



ROBERT D. 
KAPLAN



La venganza de la geografía

La geografía cambia el destino de las naciones



Lectulandia

En el pasado, el contexto geográfico y las realidades naturales de los imperios y las naciones siempre fueron determinantes en los conflictos internacionales. Así ha sido hasta ahora y así será en el futuro, por encima de cualquier condicionante que la globalización imponga. Esa es la sorprendente y brillante tesis que se postula en *La venganza de la geografía*. Serán la distribución del espacio, el clima y otras circunstancias exclusivamente físicas los parámetros que definirán el devenir de las diferentes regiones mundiales durante el próximo siglo. Robert D. Kaplan, uno de los más agudos y reputados analistas políticos de la actualidad, repasa en este impactante libro las teorías y los descubrimientos geopolíticos más recientes, así como también examina algunas reveladoras páginas de la historia, para a continuación proponer una lectura global del mundo en que vivimos y definir cuál será el posterior desarrollo de los acontecimientos en el escenario internacional.

Robert D. Kaplan

La venganza de la geografía

La geografía cambia el destino de las naciones

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2022

Título original: *The Revenge of Geography*
Robert D. Kaplan, 2012
Traducción: Laura Martín de Dios

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La venganza de la geografía](#)

[Cita](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Fronteras](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Visionarios](#)

[1](#)

[De Bosnia a Bagdad](#)

[2](#)

[La venganza de la geografía](#)

[3](#)

[Heródoto y sus sucesores](#)

[4](#)

[El mapa eurasiático](#)

[5](#)

[La distorsión nazi](#)

[6](#)

[La teoría del anillo continental](#)

[7](#)

[El atractivo del poder marítimo](#)

[8](#)

[La «crisis de espacio»](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[El mapa de principios del siglo XXI](#)

[1](#)

[La geografía de las divisiones europeas](#)

[2](#)

[Rusia y el corazón continental independiente](#)

[3](#)

[La geografía del poder chino](#)

[4](#)

[El dilema geográfico de la India](#)

[5](#)

[El pivote iraní](#)

[6](#)

[El antiguo Imperio Otomano](#)

TERCERA PARTE

El destino de Estados Unidos

1

Braudel, México y la gran estrategia

Sobre el autor

Notas

A la memoria de Harvey Sicherman (1945-2010),
presidente del Foreign Policy Research Institute, Filadelfia

Mas, precisamente, porque espero poco de la condición humana, los períodos de felicidad del hombre, su progreso parcial, sus esfuerzos por volver a empezar y proseguir se me antojan todos una cantidad tan ingente de prodigios que prácticamente compensan la monstruosa amalgama de enfermedades y derrotas, de indiferencia y de errores. Sobrevendrán la catástrofe y la ruina; triunfará el caos, aunque, de cuando en cuando, el orden también lo hará.

MARGUERITE YOURCENAR

Memorias de Adriano (1951)

Agradecimientos

La idea en la que se inspira el libro procede de un artículo que los jefes de redacción de *Foreign Policy*, en especial Christian Brose y Susan Glasser, me animaron a escribir. Durante su elaboración, una versión abreviada del capítulo acerca de China apareció como tema de portada en *Foreign Affairs*, lo que debo agradecer a James F. Hoge Jr., Gideon Rose y Stephanie Giry. El Center for a New American Security (CNAS) de Washington publicó un artículo que correspondía a una versión abreviada del capítulo sobre la India, y cuyos méritos debo agradecer a Kristen Lord, vicepresidenta y directora del área de estudios del CNAS. De hecho, no habría podido acabar el libro sin el apoyo institucional que recibí de esta institución, por lo que desearía expresar mi agradecimiento a Nathaniel Fick, John Nagl y Venilde Jerónimo, director general, presidente y director de Desarrollo, respectivamente. Fragmentos del prólogo corresponden a adaptaciones de obras que he publicado con anterioridad, tal como se recoge en la página de créditos. Durante todo el proceso de redacción, Jakub Grygiel, de la Escuela Paul Nitze de Estudios Internacionales Avanzados, de la Universidad Johns Hopkins, me sirvió de gran ayuda y fuente de inspiración. Como también lo fue el teniente general Dave Barno (retirado), el asesor principal del CNAS Richard Fontaine, el antiguo investigador del CNAS Seth Myers, los redactores jefe de *The Atlantic* James Gibney e Yvonne Rolzhausen, el profesor Stephen Wrage de la Academia Naval y el profesor Brian W. Blouet del Collège William and Mary.

En Random House, mi editor, Jonathan Jao, me ofreció su experto consejo en todos los frentes. Kate Medina me alentó en todo momento. Una vez más, agradezco a mis agentes literarios, Carl D. Brandt y Marianne Merola, su ayuda a la hora de guiarme de un proyecto a otro.

Elizabeth Lockyer, mi ayudante, trabajó en los mapas. Mi esposa, Maria Cabral, de nuevo aportó su apoyo emocional.

Prólogo

Fronteras

Un buen lugar para entender el presente y plantearse preguntas acerca del futuro es sobre el terreno, viajando con la mayor lentitud posible.

En el momento en que asomó la primera hilera de colinas abovedadas en el horizonte, alzándose desde el desierto del norte de Irak en ligeras ondulaciones hasta culminar, a tres mil metros de altura, en macizos cubiertos de robles y fresnos, mi chófer kurdo se volvió para mirar la vasta planicie, como de pasta resquebrajada, chascó la lengua con desdén, y dijo: «Arabistán». A continuación, se giró hacia las colinas y murmuró: «Kurdistán», con el rostro iluminado. Era 1986, durante el apogeo del asfixiante mandato de Sadam Husein, y, con todo, en cuanto nos adentramos algo más en los opresivos valles y los intimidatorios desfiladeros, de pronto, las omnipresentes vallas publicitarias con la imagen de Sadam desaparecieron. Así como los soldados iraquíes. En su lugar estaban los *peshmergas* kurdos con sus bandoleras, tocados con turbantes y ataviados con pantalón bombacho y fajín.

Según el mapa político, no habíamos abandonado Irak. Sin embargo, las montañas habían impuesto un límite al dominio de Sadam, un límite que solo se había superado mediante medidas extremas. Al final de la década de 1980, enfurecido por la libertad que dichas montañas habían garantizado a los kurdos a lo largo de décadas y siglos, Sadam lanzó una serie de ataques a gran escala sobre el Kurdistán iraquí —la tristemente famosa campaña de Anfal— donde se estima que muñeron cerca de cien mil civiles. Es evidente que las montañas no fueron determinantes, aunque sirvieron de telón de fondo de esta

tragedia. Hasta cierto punto, gracias a ellas el Kurdistán ha conseguido escindirse del Estado iraquí.

Las montañas son una fuerza que ayuda a preservar y que a menudo protegen culturas indígenas en sus desfiladeros de las feroces ideologías modernizadoras que, con tanta frecuencia, han actuado como plagas en las llanuras. Sin embargo, al mismo tiempo, esos macizos también han servido de refugio a las guerrillas marxistas y a los cárteles de narcotraficantes de nuestros días.^[1] James C. Scott, antropólogo de la Universidad de Yale, apunta que: «Los pueblos de las montañas se entienden mejor como comunidades fugitivas, de esclavos prófugos que, a lo largo de dos mil años, han huido de la opresión ejercida por los proyectos de creación de Estados en los valles».^[2] No olvidemos que fue en una llanura donde el régimen estalinista de Nicolae Ceaușescu hundió sus fauces en la población con mayor virulencia. En la década de 1980, tras ascender los Cárpatos en numerosas ocasiones, detecté unos cuantos signos de colectivización. Estas montañas, declaradas la puerta trasera de Europa Central, se caracterizaban, en su mayoría, más por la presencia de viviendas de piedra y madera que por la de casas de cemento y chatarra, los materiales de construcción favoritos del comunismo rumano.

Los Cárpatos que rodean Rumania constituyen una frontera, tanto como las montañas del Kurdistán. Al penetrar en esta cordillera por el oeste, desde la *puszta* húngara, una gran llanura ajada y majestuosamente desértica — caracterizada por un terreno negro como el carbón y mares de hierba de color verde intenso—, empecé a dejar el mundo europeo del antiguo Imperio austrohúngaro para adentrarme, poco a poco, en el territorio más deprimido, económicamente hablando, del antiguo Imperio otomano. El despotismo oriental de Ceaușescu, más opresivo que el caótico comunismo de gulash húngaro, fue posible, en última instancia, gracias a las murallas que constituían los Cárpatos.

Con todo, no era un sistema montañoso impenetrable. Durante siglos, los comerciantes habían prosperado al cruzar sus numerosos puertos, portadores de bienes y alta cultura, para que una muestra representativa de Europa Central echase raíces más allá, en ciudades y poblaciones como Bucarest y Ruse. Sin embargo, las montañas sí constituían una gradación innegable, la primera de una serie en dirección este, que concluía, finalmente, en los desiertos de Arabia y de Karakum.

En 1999, me embarqué en un carguero de travesía nocturna que partía de la capital de Azerbaiyán, Bakú, situada en la orilla occidental del mar Caspio, con destino a Krasnovodsk, en Turkmenistán, en la orilla oriental, el principio de lo que los persas sasánidas del siglo III d. C. llamaron Turquestán. Me desperté y vi una línea costera sobria y abstracta: campamentos blanquecinos sobre el fondo de unos acantilados de arcilla del color de la muerte. Se nos ordenó a todos los pasajeros formar una única fila, a cuarenta grados de temperatura, delante de una destartalada puerta, tras la cual, un único policía revisó nuestros pasaportes. Luego nos hicieron pasar a un cobertizo vacío y asfixiante, donde otro policía, al encontrar mis pastillas de antiácido, me acusó de estar intentando pasar drogas. Agarró mi linterna y tiró las pilas de 1,5 voltios al suelo de tierra. Su expresión era tan sombría y salvaje como el paisaje que nos rodeaba. La población que se adivinaba más allá de la choza no ofrecía cobijo de sombra alguna y era de una horizontalidad deprimente, con pocas señales arquitectónicas de una cultura consistente. De pronto sentí nostalgia de Bakú, con sus murallas persas del siglo XII y sus palacios de ensueño construidos por los primeros magnates del petróleo, embellecidos con frisos y gárgolas; una pátina de Occidente que, a pesar de los Cárpatos, el mar Negro y el alto Cáucaso, se negaba a desaparecer del todo. Viajando hacia el este, Europa había ido desvaneciéndose por fases ante mis ojos, y la frontera natural del mar Caspio señalaba el inicio de la última etapa, que anunciaba el desierto de Karakum.

Evidentemente, la geografía no basta para justificar la desesperanza de Turkmenistán. Más bien representa un principio de sensatez en la búsqueda de un patrón histórico, un modelo de reiteradas invasiones del yermo y desprotegido paisaje por parte de partos, mongoles, persas, rusos zaristas, soviéticos y una plétora de tribus túrquicas. No había ni el más mínimo rastro de civilización porque a nadie se le había permitido asentarse, lo que me ayuda a explicar mis primeras impresiones sobre el lugar.

El terreno fue elevándose y, lo que momentos antes había parecido una sola masa de arenisca, desapareció para dar paso a un laberinto de lechos de río que formaban surcos en la tierra y pliegues de tonos grises y verde oscuro. En la cima de todos los montes se divisaba una pincelada de rojo u ocre, a medida que el sol iba alzándose por sus laderas de pendientes cada vez más pronunciadas. Un aire cada vez más frío se colaba en el autobús; mi primera

bocanada de aire fresco procedente de las montañas tras el bochorno y el calor asfixiante de Peshawar, en la Frontera del Noroeste, provincia de Pakistán.^[3] En sí mismas, las dimensiones del paso Jáiber no resultan impresionantes. El pico más alto no alcanza los 2100 metros y sus pendientes no suelen ser pronunciadas. No obstante, en 1987, y en menos de una hora, me transportaron por un aislado inframundo volcánico de riscos y desfiladeros serpenteantes; desde el exuberante territorio tropical del subcontinente indio hasta las yermas y áridas regiones de Asia Central; de un mundo de tierra negra, llamativos tejidos y una gastronomía sabrosa y especiada a otro de arena, burda lana y carne de cabra.

Sin embargo, al igual que los Cárpatos, cuyos puertos de montaña atravesaron los comerciantes, la geografía tiene diversas lecciones que impartir sobre la frontera entre Afganistán y Pakistán. Aquello que los británicos llamaron por primera vez la «frontera noroccidental» no era «desde un punto de vista histórico, frontera alguna», según Sugata Bose, profesor de la Universidad de Harvard, «sino el “corazón”» de un continuo «indo-persa» e «indo-islámico», la razón por la que Afganistán y Pakistán forman un todo orgánico, que contribuye a su incoherencia geográfica como Estados separados.^[4]

Pero había fronteras incluso más artificiales.

Crucé el muro de Berlín para entrar en Alemania Oriental en dos ocasiones, en 1973 y en 1981. El muro de cemento de tres metros y medio de alto, coronado por un grueso conducto que lo recorría por encima, separaba un paisaje de película en blanco y negro, de pobres barriadas de inmigrantes turcos y yugoslavos en el lado de la Alemania Occidental, de otro paisaje de edificios abandonados y en ruinas tras la Segunda Guerra Mundial en el lado de la Alemania Oriental. Uno podía acercarse al muro y tocarlo casi en todos los puntos del lado occidental, donde estaban las pintadas; los campos de minas y las torres de vigilancia estaban en la parte oriental.

A pesar de lo surrealista que pudiera parecer este patio de cárcel urbano en su época, uno no lo cuestionaba salvo en términos morales, porque la suposición suprema del momento era que la guerra fría no tendría fin. En especial para gente como yo, que había crecido durante la guerra fría, pero que no teníamos recuerdos de ningún tipo sobre la Segunda Guerra Mundial, el muro, pese a su condición brutal y arbitraria, se nos antojaba tan permanente como una cordillera. La verdad solo salía a la luz en los libros y mapas históricos de Alemania que había empezado a consultar, por pura casualidad, durante los primeros meses de 1989, mientras me encontraba en

Bonn documentándome para el artículo de una revista. Esos libros y mapas contaban una historia.

En el corazón de Europa, entre los Alpes y los mares del Norte y Báltico, los alemanes, según el historiador Golo Mann, siempre se han erigido en una fuerza dinámica encerrada en una «gran cárcel» de la que desean fugarse. Sin embargo, con el norte y el sur limitados por agua y montañas respectivamente, la única expansión posible era hacia el este y el oeste, lugares donde no existía impedimento geográfico alguno. «Lo que ha caracterizado la naturaleza alemana durante cien años es su falta de forma, su falta de fiabilidad», escribe Mann, refiriéndose al turbulento período comprendido entre las décadas de 1860 y 1960, marcado por la expansión de Bismarck y las dos guerras mundiales.^[5] Y lo mismo podría decirse del tamaño y la forma que ha tenido Alemania en un mapa a lo largo de su historia.

De hecho, el Primer Reich, instaurado por Carlomagno en el año 800, fue una gran masa amorfa y cambiante de territorio que, según una época u otra, incluyó Austria y partes de Suiza, Francia, Bélgica, Países Bajos, Polonia, Italia y Yugoslavia. Europa parecía destinada a ser gobernada desde lo que ahora es Alemania. Sin embargo, llegó Martín Lutero, quien dividió la cristiandad de Occidente con la Reforma, la cual, a su vez, provocó el estallido de la Guerra de los Treinta Años, librada principalmente en suelo alemán. A partir de ahí, Europa Central fue devastada. Cuanto más leía —sobre el dualismo dieciochesco entre Prusia y la Austria de los Habsburgo, sobre la unidad arancelaria de principios del siglo XIX entre diversos estados alemanes, y la unificación llevada a cabo por Otto von Bismarck a finales del siglo XIX, y con base en Prusia—, más claro me quedaba que el muro de Berlín solo era otra fase de ese continuo proceso de transformación territorial.

Los regímenes derrocados poco después de la caída del muro de Berlín —en Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y otros países— fueron aquellos que yo había conocido en profundidad gracias a mi trabajo y mis viajes. De cerca me habían parecido sumamente impenetrables y temibles. Su brusca desintegración significó para mí una lección importante, no solo acerca de la inestabilidad subyacente a todas las dictaduras, sino acerca de cómo el presente, a pesar de lo permanente y abrumador que pueda parecer, es fugaz. Lo único perdurable es la ubicación de los pueblos en el mapa. Así pues, en épocas de agitación, aumenta la importancia de los mapas. Cuando el terreno

político cambia tan rápidamente bajo nuestros pies, el mapa, aun sin ser determinante, es el principio del discernimiento de una lógica histórica sobre lo que podría sobrevenir a continuación.

La violencia era la impresión reinante en la zona desmilitarizada entre las dos Coreas. En 2006, ví unos soldados de Corea del Sur inmóviles, firmes, en postura de taekwondo, con los puños y los brazos en tensión, mirando a la cara a sus homólogos de Corea del Norte. Cada bando había escogido a sus soldados más altos y de aspecto más desafiante para la misión. Pero el odio formalizado que se respiraba en ese escenario de alambradas y campos de minas probablemente quedará relegado a los anales de la historia en un futuro previsible. Cuando observamos el panorama de otros países divididos en el siglo XX —Alemania, Vietnam, Yemen—, salta a la vista que, independientemente del tiempo que haya perdurado la división, las fuerzas unificadoras acaban triunfando, de una forma no planeada, algunas veces violenta y rápida. Las zonas desmilitarizadas, como la del muro de Berlín, son fronteras arbitrarias, sin lógica geográfica, que dividen una nación étnica en el lugar en que dos ejércitos opuestos han decidido asentarse. Del mismo modo que Alemania se unificó, cabría esperar, o al menos deberíamos prever, una Corea unificada. Una vez más, es probable que las fuerzas de la cultura y de la geografía prevalezcan en un momento determinado. Una frontera establecida por el hombre, que no se corresponde con una zona fronteriza natural, es especialmente vulnerable.

También crucé por tierra las fronteras entre Jordania e Israel, y entre México y Estados Unidos. Hablaré de ellas más adelante, y también de otras. Ahora deseo emprender otro viaje —de una naturaleza totalmente distinta— a través de una selección de páginas de la historia y de la ciencia política que han sobrevivido tras salvar el abismo del paso de las décadas y, en algunos casos, de los siglos. Gracias a la importancia que dichas páginas otorgan a la geografía, podremos entender mejor el mapa físico, y con ello, nos resultará más fácil vislumbrar, aunque sea vagamente, los contornos de la política futura. Pues fue el mismo acto de cruzar tantas fronteras el que instauró en mí la profunda curiosidad sobre el destino de los lugares que atravesaba.

A lo largo de tres décadas, mis observaciones me han convencido de que todos necesitamos recuperar cierta perspectiva temporal y espacial, que se ha

perdido en la era de los aviones a reacción y de la información. En este momento, las élites de formadores de opinión pública cruzan océanos y continentes en cuestión de horas, algo que les permite hablar con sospechosa facilidad sobre lo que Thomas L. Friedman, distinguido columnista de *The New York Times*, ha bautizado como «mundo plano». Sin embargo, presentaré al lector un grupo de pensadores que, sin duda alguna, no están de moda y que luchan de forma denodada por acabar con la idea de que la geografía ya no importa. Presentaré sus argumentos de forma pormenorizada en la primera mitad de este viaje, con el objeto de aplicar su sabiduría en la segunda mitad y así hablar de lo que ha ocurrido y de lo que es probable que ocurra en toda Eurasia: de Europa a China, incluido el Gran Oriente Medio y el subcontinente indio. Mi objetivo es descubrir qué es lo que se ha perdido exactamente en nuestra visión de la realidad física, cómo lo hemos perdido y qué debemos hacer para recuperarlo; para ello debemos aminorar el paso de nuestro recorrido y el de la propia observación, y recurrir a los valiosos conocimientos de estudiosos ya fallecidos. Esa es la finalidad de este viaje.

A menudo se ha relacionado la geografía, vocablo procedente de una palabra griega que significa esencialmente «descripción de la tierra», con el fatalismo y, en consecuencia, se la ha estigmatizado, ya que, según dicen, pensar geográficamente es limitar las opciones de libre albedrío. Con todo, al utilizar herramientas como mapas físicos y estudios demográficos solo pretendo añadir un nivel más de complejidad al análisis de la política internacional convencional, y así encontrar una forma más profunda y convincente de entender el mundo. No hace falta ser determinista geográfico para saber que la geografía tiene una importancia vital. Cuanto más nos preocupen los acontecimientos actuales, más nos importarán los individuos y sus decisiones. No obstante, cuanto más extendemos nuestra mirada a lo largo del paso de los siglos, mayor es el papel que desempeña la geografía.

Oriente Medio es un buen ejemplo.

Mientras escribo, la región que se extiende desde Marruecos hasta Afganistán está en plena crisis de autoridad central. El antiguo orden de las autocracias se ha vuelto insostenible, aunque el camino hacia la democratización estable es tortuoso. La primera fase de esta gran revuelta se ha caracterizado por la derrota de la geografía a través del poder de las nuevas tecnologías de la comunicación. La televisión vía satélite y las redes sociales en Internet han creado una única comunidad de personas que manifiesta su

malestar en todo el mundo árabe. Por ello, quienes abogan por la democracia en lugares tan dispares como Egipto, Yemen y Baréin se sienten inspirados por el proceso iniciado en Túnez. Así pues, existe un denominador común en las situaciones políticas de todos estos países. Sin embargo, a medida que la revuelta ha ido desarrollándose, ha quedado claro que cada una de estas naciones ha seguido su propio hilo narrativo, inspirado, a su vez, en sus propias y trascendentales historia y geografía. Por todo ello, cuanto más conozcamos la historia y la geografía de cualquier país de Oriente Medio, menos nos sorprenderá lo que allí acontezca.

Dicho esto, que el levantamiento se haya iniciado en Túnez podría ser casual solo en parte. Un mapa de la Antigüedad clásica nos muestra una concentración de asentamientos en la zona donde se encuentra Túnez en la actualidad, en contraposición a la relativa vacuidad que caracteriza a la Argelia y la Libia modernas. Túnez se asoma al mar Mediterráneo, cerca de Sicilia, y fue el núcleo demográfico del norte de África, no solo en la época de cartagineses y romanos, sino en la de los vándalos, los bizantinos, los árabes medievales y los turcos. Mientras que Argelia, en el oeste, y Libia, en el este, no eran más que vagas expresiones geográficas, Túnez es un antiguo núcleo de civilización. (En cuanto a Libia, a lo largo de la historia, la región occidental de Tripolitania siempre miró hacia Túnez, mientras que la región oriental de Cirenaica —Bengasi— lo hizo hacia Egipto.)

Durante dos mil años, cuanto más cerca estaba un lugar de Cartago (más o menos en la ubicación del Túnez moderno), mayor era su grado de desarrollo. Teniendo en cuenta que la urbanización de Túnez se inició hace dos milenios, la identidad tribal basada en la cultura nómada —a la que el historiador medieval Ibn Jaldún culpó de haber perturbado la estabilidad política— es lógicamente débil. De hecho, después de que el general romano Escipión venciera a Aníbal en 202 a. C., a las afueras de Túnez, excavó una zanja de demarcación, o *fossa regia*, que delimitaba la extensión del territorio civilizado. Esta trinchera excavada sigue siendo relevante en la actual crisis de Oriente Medio. Todavía visible en algunos tramos, la *fossa regia* se extiende desde Tabarka, en la costa noroeste de Túnez, hacia el sur, y gira directamente hacia el este hasta Sfax, otro puerto mediterráneo. Las poblaciones que se encuentran más allá de ese límite poseen menos restos romanos y, en la actualidad, suelen ser más pobres y estar menos desarrolladas, con niveles de desempleo históricamente más elevados. La población de Sidi Bouzid, donde se inició la revuelta árabe en diciembre de

2010, cuando un vendedor de frutas y verduras se quemó a lo bonzo como acto de protesta, se encuentra justo detrás de la línea de Escipión.

No estoy siendo fatalista. Estoy limitándome a situar en un contexto geográfico e histórico los acontecimientos actuales: la revuelta árabe en busca de la democracia empezó en el lugar en que, en términos históricos, se encontraba la sociedad más avanzada del mundo árabe —la que tenía mayor cercanía física con Europa—, si bien es cierto que se inició, de forma específica, en una parte de Túnez que, desde la Antigüedad, ha sido ignorada y, en consecuencia, ha sufrido el subdesarrollo.

Este conocimiento puede añadir trascendencia a lo que está ocurriendo en todos los demás lugares; ya sea en Egipto, que al igual que Túnez es otro antiguo núcleo de civilización con una larga historia como Estado; ya sea en Yemen, centro demográfico de la península Arábiga, cuyos intentos de alcanzar la unidad se han visto frustrados por una topografía montañosa extensa, que ha conseguido debilitar al gobierno central y, en consecuencia, ha aumentado la importancia de las estructuras tribales y de los grupos separatistas; o ya sea en Siria, cuya forma truncada sobre el mapa alberga divisiones basadas en la etnicidad y la identidad sectaria dentro de su territorio. La geografía atestigua que Túnez y Egipto están cohesionados por naturaleza; Libia, Yemen y Siria lo están en menor medida. De todo ello se desprende, por tanto, que Túnez y Egipto requirieron formas relativamente moderadas de autocracia para mantenerse unidos, mientras que Libia y Siria exigieron un tipo de gobierno más extremista. Mientras tanto, la geografía siempre ha hecho que Yemen haya sido difícil de gobernar. Yemen ha sido lo que los estudiosos europeos del siglo XX Ernest Gellner y Robert Montagne denominan una sociedad «segmentaria», el producto del paisaje montañoso y desértico de Oriente Medio. Planeando entre la centralización y la anarquía, una sociedad así, en palabras de Montagne, se caracteriza por un régimen que «agota la vida de una región», aunque, «por su propia fragilidad», no consigue crear instituciones duraderas. En ese lugar, las tribus son resistentes y el gobierno central débil en comparación.^[6] La lucha por crear órdenes liberales en este tipo de lugares no puede disociarse de dichas realidades.

A medida que las revueltas políticas se multiplican y el mundo parece cada vez más ingobernable, y ante las incesantes cuestiones sobre cómo deberían reaccionar Estados Unidos y sus aliados, la geografía, al menos, ofrece una forma de encontrar algún sentido a todo ello. Mediante el estudio de mapas

antiguos, y con la ayuda de geógrafos y pensadores geopolíticos de épocas anteriores, pretendo llevar a cabo una recopilación de datos objetivos acerca de la realidad del planeta en el siglo XXI, al igual que lo hice en aquellas fronteras desde finales del siglo XX. Porque, aunque seamos capaces de enviar satélites más allá del sistema solar —y aunque los mercados financieros y el ciberespacio no conozcan fronteras—, el Hindú Kush sigue siendo una barrera formidable.

PRIMERA PARTE

Visionarios

De Bosnia a Bagdad

Para recuperar el sentido de la geografía, primero debemos establecer en qué momento de nuestra historia reciente lo perdimos por completo, explicar la causa y elucidar de qué manera ha afectado a nuestro modo de entender el mundo. Sin duda se ha tratado de un alejamiento gradual, pero el momento que yo he identificado es el inmediatamente posterior a la caída del muro de Berlín, coyuntura en que dicha pérdida parecía irremediable. A pesar de corresponder a una frontera artificial, cuya caída tendría que haber revalidado nuestro respeto por la geografía y el mapa físico —y lo que este podría haber avanzado acerca de los Balcanes y Oriente Medio—, la desaparición del muro de Berlín nos cegó ante los impedimentos geográficos reales que todavía nos dividían y seguían aguardándonos.

De pronto, nos encontrábamos en un mundo en el que el desmantelamiento de una frontera que el ser humano había creado en Alemania nos había llevado a asumir que ninguna división humana era insuperable; que la democracia conquistaría África y Oriente Medio con la misma facilidad que lo había hecho con Europa del Este; que la globalización —palabra que no tardaría en ponerse de moda— era nada menos que una orientación moral histórica y un sistema de seguridad internacional, en vez de lo que no deja de ser una fase económica y cultural del desarrollo.

Detengámonos a reflexionar sobre ello: acababa de fracasar una ideología totalitaria al mismo tiempo que la seguridad nacional de Estados Unidos y la Europa occidental no se ponía en duda. Daba la sensación de que la paz reinaba de manera generalizada. Francis Fukuyama, antiguo subdirector del Consejo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado norteamericano, supo captar el espíritu de la época y, adelantándose a los acontecimientos futuros, publicó un artículo unos meses antes de la caída del muro de Berlín, «The End of History», en el que proclamaba que, aunque

continuara habiendo guerras y rebeliones, la historia en un sentido hegeliano ya no existía, dado que el éxito de las democracias liberales capitalistas había zanjado el debate sobre qué sistema de gobierno era mejor para la humanidad. [1] Por lo tanto, solo se trataba de dar forma al mundo a nuestra imagen y semejanza, a veces mediante el despliegue de tropas estadounidenses, el cual no exigiría un precio demasiado alto a lo largo de la década de 1990. El primer ciclo intelectual posterior a la guerra fría se tradujo en una época de ilusiones engañosas, un período en que estaba mal visto ser tachado de «realista» o «pragmático», sinónimos de un rechazo frontal a la intervención humanitaria en lugares en los que el interés nacional, definido en términos convencionales y un tanto limitados, no parecía fácil de conseguir. Por entonces era mejor ser neoconservador o intemacionalista liberal, personas a quienes se las consideraba inteligentes y de buen corazón, preocupadas por detener el genocidio en los Balcanes.

No era la primera vez que Estados Unidos se veía arrastrado por una oleada de idealismo. La victoria en la Primera Guerra Mundial había desplegado la pancarta del «wilsonianismo», un concepto vinculado al presidente Woodrow Wilson que, como acabaría demostrándose, tuvo muy poco en cuenta los objetivos reales de los aliados europeos de Estados Unidos, y aún menos la realidad que se vivía en los Balcanes y Oriente Medio, donde, como se constataría en la década de 1920, la democracia y la libertad que ejercía el caciquismo imperial de los turcos otomanos se traducían, en gran medida, en una concienciación étnica intolerante en las regiones que componían el viejo sultanato. Un fenómeno similar volvió a repetirse tras la victoria de Occidente en la guerra fría, de la que muchos creyeron que traería la libertad y la prosperidad bajo las banderas de la «democracia» y el «mercado libre». Tampoco faltaron quienes sugirieron que incluso África, el continente más pobre e inestable, que además cargaba con el peso de las fronteras más artificiales e ilógicas del planeta, podría encontrarse al borde de una revolución democrática; como si la caída del imperio soviético en el corazón de Europa tuviera un significado supremo para las naciones menos desarrolladas del mundo, separadas por mares y desiertos a miles de kilómetros de distancia, pero comunicadas a través de la televisión.[2] Sin embargo, como en la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, la victoria en la guerra fría se traduciría en una democracia y paz internacional menores que en la lucha por la supervivencia que se seguiría, en la que el mal luciría máscaras nuevas.

Ciertamente, la democracia y unos gobiernos mejores empezaron a surgir en África, pero tras una batalla larga y ardua, en que los fantasmas de la anarquía (como en muchos países de África occidental), la insurrección y una crueldad desmedida (como en Ruanda) aparecieron y se instalaron durante mucho tiempo. África recorrió un largo camino para definir la dilatada década que transcurre entre el 9 de noviembre de 1989 y el 11 de septiembre de 2001, entre la caída del muro de Berlín y los ataques al Pentágono y el World Trade Center, perpetrados por Al Qaeda. Un período de doce años en el que las matanzas y las intervenciones humanitarias tardías defraudarían a los intelectuales idealistas, si bien es cierto que el éxito final de dichas intervenciones elevó el triunfalismo idealista a cotas tan altas que acabó demostrando ser catastrófico en los años posteriores al 11-S.

Tras el 11-S, la geografía, factor insoslayable en los conflictos que estallaron en los Balcanes y África durante la década de 1990, seguiría desbaratando por completo las buenas intenciones estadounidenses respecto a Oriente Próximo. El viaje de Bosnia a Bagdad, de una campaña terrestre y aérea limitada en los Balcanes, la zona occidental y más desarrollada del antiguo Imperio otomano, a una invasión de la infantería en la zona oriental y menos desarrollada de Mesopotamia, evidenciaría las limitaciones del universalismo liberal y, en consecuencia, devolvería al mapa físico el respeto que merece.

La posguerra fría se inició en la década de 1980, antes de la caída del muro de Berlín, con la recuperación del término «Europa Central», que Timothy Cartón Ash, periodista e historiador de Oxford, definiría posteriormente como «una distinción político-cultural en contraposición al “Este” soviético».^[3] Europa Central, *Mitteleuropa*, era más un ideal que una realidad geográfica, una reivindicación de la memoria: la de una cultura europea romántica, apasionada y en armónico desorden, que hablaba de calles adoquinadas y tejados a dos aguas; de vinos generosos, cafeterías vienesas y música clásica; de una tradición refinada y humanista inculcada por el arte y pensamiento modernistas, radicales y provocadores. Evocaba el Impero austrohúngaro y nombres como los de Gustav Mahler, Gustav Klimt y Sigmund Freud, acompañados de otros personajes ilustres que aportaban una percepción más profunda de la realidad, como Immanuel Kant o el filósofo neerlandés Baruch Spinoza, de origen judío. Entre muchísimas otras cosas, «Europa Central» representaba el amenazado mundo intelectual judío antes de los estragos

causados por el nazismo y el comunismo; representaba el desarrollo económico, enquistado en el recuerdo persistente de una Bohemia que había disfrutado de un grado de industrialización mayor que el de Bélgica antes de la Segunda Guerra Mundial. Representaba, con toda su decadencia y sus imperfecciones morales, una zona de tolerancia multiétnica relativa, al abrigo de la benevolente, aunque cada vez más disfuncional, monarquía de los Habsburgo. En la última fase de la guerra fría, Carl E. Schorske, profesor de la Universidad de Princeton, plasmó de manera sucinta su visión de Europa Central en su inquietante y descarnado clásico *La Viena de fin de siglo: política y cultura*, del mismo modo que hizo el escritor italiano Claudio Magris en su ensayo *Danubio*. Para Magris, *Mitteleuropa* es una sensibilidad que «representa la defensa del particularismo ante cualquier totalitarismo». Para el escritor húngaro György Konrád y el escritor checo Milán Kundera, *Mitteleuropa* es algo «noble», una «llave maestra» para liberalizar aspiraciones políticas.^[4]

Hablar de «Europa Central» en las décadas de 1980 y 1990 era decir que una cultura delimitaba, de manera intrínseca, una geografía tanto como podía delimitarla una cordillera o los tanques soviéticos. El ideal de Europa Central se entendía como una reconversión a la geografía de la guerra fría, la cual había acuñado el término «Europa del Este» para referirse a la mitad de Europa bajo el influjo comunista, controlada por Moscú. Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia y Hungría habían formado parte de Europa Central, se argumentó acertadamente, y por lo tanto no tendrían que haber sido enviadas a la cárcel de las naciones que representa el comunismo y el Pacto de Varsovia. Irónicamente, cuando años después estalló la guerra étnica en Yugoslavia, «Europa Central», en vez de considerarse únicamente un término que denotaba unificación, también se convertiría en uno que implicaba división. La gente empezó a disociar «los Balcanes» de Europa Central y, a todos los efectos, estos pasaron a integrarse en el nuevo/viejo Oriente Próximo.

Los Balcanes se identificaban con los antiguos imperios otomano y bizantino, con cordilleras inaccesibles que habían entorpecido el desarrollo de la zona y con un nivel de vida generalmente inferior, décadas y siglos por detrás de los territorios que componían los imperios austríaco y prusiano, en el corazón de Europa. Durante los años grises de la dominación comunista, países balcánicos como Rumania y Bulgaria alcanzaron unos grados de pobreza y represión desconocidos en la mitad septentrional de la «Europa Central» del imperio soviético. La situación era compleja, no cabe duda.

Entre los países satélite, Alemania Oriental era el que vivía una verdadera ocupación y, por consiguiente, su sistema comunista se contaba entre los más rígidos, al mismo tiempo que en Yugoslavia —que no era miembro formal del Pacto de Varsovia— se disfrutaba de cierto grado de libertad, sobre todo en las ciudades, que, por ejemplo, Checoslovaquia desconocía. Aun así, en conjunto, las naciones del sudeste de Europa que habían integrado los imperios otomano y bizantino vivieron bajo una variación del despotismo oriental a través de los regímenes comunistas a los que estuvieron sometidas, como si se tratara de una segunda invasión mongol, mientras que las naciones pertenecientes a la antigua Europa católica austrohúngara en general padecieron un mal algo menor: una mezcla de populismo socialista radical en diversos grados. En este sentido, viajar de una Hungría liberal, aunque comunista, bajo el gobierno de János Kádár, a una Rumania bajo el totalitarismo de Nicolae Ceaușescu ilustraría la situación a la perfección. En la década de 1980 fueron muchas las veces que realicé dicho viaje. Cuando el tren abandonaba Hungría y entraba en Rumania, la calidad del material de construcción de repente empeoraba, los funcionarios saqueaban mi equipaje y me obligaban a pagar un soborno por la máquina de escribir, el papel higiénico de los lavabos desaparecía y disminuía la intensidad del alumbrado. Ciertamente, los Balcanes estaban profundamente influenciados por Europa Central, pero también lo estaban por Oriente Medio, que se hallaba a la misma distancia. La estepa polvorienta, con sus desoladores espacios públicos —ambos importados de Anatolia—, eran característicos de la vida en Kosovo y Macedonia, donde la alegría y el buen humor de los habitantes de Praga y Budapest eran difíciles de encontrar. Por lo tanto, no es fruto de la casualidad u obra exclusiva de la perversión humana que la violencia estallara en la multiétnica Yugoslavia antes que, por poner un ejemplo, en los Estados monoétnicos de Hungría y Polonia, en Europa Central. La historia y la geografía también tuvieron algo que ver con ello.

Sin embargo, si consideramos Europa Central como un norte moral y político en vez de un norte geográfico, intelectuales liberales como Cartón Ash —una de las voces más elocuentes de la década— planteó una visión inclusiva de Europa y del mundo, en vez de discriminadora. Desde este punto de vista, ni los Balcanes deberían ser abandonados al subdesarrollo y la barbarie, ni tampoco ningún otro lugar, como por ejemplo África. La caída del muro de Berlín no solo debería afectar a Alemania, sino que tendría que contagiar el ideal de Europa Central a todo el mundo. En este enfoque humanista radicaba la esencia del cosmopolitismo que compartieron

intemacionalistas liberales y neoconservadores en la década de 1990. Recordemos que, antes de que se hiciera famoso por apoyar la Guerra de Irak, Paul Wolfowitz defendió la intervención militar en Bosnia y Kosovo, en sintonía con liberales como Garton Ash en *The New York Review of Books*, de tendencias izquierdistas. El camino a Bagdad se había iniciado en las intervenciones en los Balcanes de la década de 1990, a las que se opusieron realistas y pragmáticos, si bien es cierto que estos despliegues militares en la antigua Yugoslavia acabarían demostrando ser de una eficacia innegable.

El deseo de proteger a los musulmanes de Bosnia y Kosovo va parejo al deseo de reconstruir Europa Central, como un lugar real pero también fervorosamente imaginado que, en última instancia, pondría de manifiesto que la moralidad y el humanismo son los que consagran la belleza. (Aunque el propio Garton Ash se mostraba escéptico ante el esfuerzo de idealizar Europa Central, era consciente del uso moral positivo que podría darse a dicha idealización.)

La obra humanista de Isaiah Berlín supo plasmar el espíritu intelectual de la década de 1990. «*Ich bin ein Berliner*», solía afirmar, queriendo decir que soy un Isaiah Berliner», escribió Garton Ash en unas memorias en la que evocaba el tiempo que había pasado en Alemania Oriental.^[5] En una época en que el comunismo había sido derrotado y las utopías marxistas se habían demostrado falsas, Isaiah Berlín era el antídoto perfecto contra las teorías monistas modernas, que habían cautivado al sector académico durante las cuatro décadas anteriores. Berlín, profesor en Oxford y autor muy del siglo XX, siempre había defendido el pragmatismo burgués y primaba la «negociación para llegar a un acuerdo» sobre la experimentación política.^[6] Detestaba el determinismo en todas sus formas, ya fuera geográfico, cultural o de otro tipo, y se negaba a condenar a nadie a seguir su destino. Sus opiniones, expresadas en los artículos y las conferencias que realizó a lo largo de toda su vida, a menudo como una voz académica solitaria en el desierto, constituían la síntesis perfecta de un idealismo comedido, que empleó tanto en contra del comunismo como de la idea de que la libertad y la seguridad solo eran para algunos pueblos y no para otros. Su filosofía y el ideal de Europa Central encajaban a la perfección.

Sin embargo, a pesar de que una Europa Central a gran escala, como exponían estos sabios y elocuentes intelectuales, era una causa noble, que además desempeñaría un papel fundamental en la política exterior de todos los países occidentales, como demostraré más adelante, se ha encontrado un obstáculo que también me veo obligado a tratar.

Esta visión exaltada plantea un problema, un hecho incómodo que, a lo largo de la historia, a menudo ha convertido el concepto de Europa Central en algo trágico. Sencillamente, Europa Central no es una realidad sobre el mapa físico. (Garton Ash ya lo sugería en el título de su artículo: «*Does Central Europe exist?*».)^[7] Ahora es cuando entran en escena los deterministas geográficos, rigurosos e inflexibles en comparación con la voz sosegada de Isaiah Berlin; en particular sir Halford J. Mackinder, representante de la época eduardiana, y su discípulo, James Fairgrieve, para quienes la idea de Europa Central contiene un «fallo geográfico fundamental». Europa Central, aseguran Mackinder y Fairgrieve, pertenece a la «zona de presión» que atraviesa la Europa marítima, con sus «intereses oceánicos», y el «corazón continental eurasiático, con su perspectiva continental». En resumen, en opinión de Mackinder y Fairgrieve, «no hay sitio» para Europa Central desde un punto de vista estratégico.^[8] Las obras de Mackinder y Fairgrieve sugieren que el entusiasmo ante una Europa Central, una indulgencia justificable en la que caen los intelectuales liberales, indica cierto alejamiento de la geopolítica, o al menos el deseo de hacerlo. Sin embargo, la caída del muro de Berlín no acabó —como no podía ser de otro modo— con la geopolítica, sino que se limitó a dar paso a una nueva fase. Los conflictos entre Estados e imperios no desaparecen simplemente con deseárselo.

Más adelante, analizaremos en profundidad la obra de Mackinder, en concreto su teoría del «corazón continental» («Heartland»). Por el momento, baste con decir que, a pesar de que fue expuesta hace más de un siglo, resultó ser sorprendentemente relevante en la dinámica de las dos guerras mundiales y la guerra fría. Reducidas a su mínima expresión lógica, las dos guerras mundiales giraban en torno a la posibilidad de que Alemania acabara dominando o no el corazón continental de Eurasia que se extendía al este de sus fronteras, mientras que la guerra fría se concentró en la dominación que la Unión Soviética ejercía sobre Europa del Este, el extremo occidental del corazón continental de Mackinder. Por cierto, esta Europa oriental soviética incluía Alemania Oriental en sus dominios, es decir, la antigua Prusia, cuyos deseos expansivos históricamente se habían enfocado hacia la parte oriental del corazón continental; mientras que en la alianza marítima de la OTAN se encontraba Alemania Occidental, de tradición católica, y con un enfoque más industrial y comercial, orientada hacia el mar del Norte y el Atlántico. Saúl B. Cohen, reconocido geógrafo estadounidense de la guerra fría, sostenía que «la zona limítrofe que divide la Alemania Oriental y la Occidental [...] es una de

las más antiguas de la historia», la misma que separaba a las tribus francas y eslavas en la Edad Media. Dicho de otro modo, había poco de artificial en la frontera entre Alemania Oriental y Alemania Occidental. Según Cohen, esta última era un «magnífico reflejo de la Europa marítima», mientras que Alemania Oriental pertenecía a la «esfera del poder continental». Cohen defendía una Alemania dividida por considerarlo «geopolíticamente sensato y estratégicamente necesario», ya que estabilizaba la lucha eterna entre la Europa marítima y el corazón continental.^[9] Adelantándose a su época, Mackinder también escribió en 1919 que «la línea que atraviesa Alemania [...] es la misma línea que encontramos en otros territorios y que separa el corazón continental en un sentido estratégico de las tierras costeras».^[10] Por lo tanto, aunque la división de la propia Berlín era artificial, la división de Alemania no lo era tanto.

Cohen consideraba que Europa Central era «una mera expresión geográfica que carece de fundamento geopolítico».^[11] La reunificación de Alemania, según este argumento, en vez de favorecer el renacimiento de Europa Central, únicamente conduciría a una nueva batalla por el control de Europa y, por consiguiente, del corazón continental de Eurasia. Dicho de otro modo: ¿hacia qué lado se decantaría Alemania?, ¿hacia el este, en dirección a Rusia, con consecuencias de gran peso para Polonia, Hungría y otros antiguos países satélite?, ¿o hacia el oeste, en dirección a Gran Bretaña y Estados Unidos, lo que supondría una victoria para la esfera marítima? Aún desconocemos la respuesta porque la posguerra fría todavía se encuentra en sus inicios. Cohen y otros no podían haber previsto la naturaleza «no belicista» de la actual Alemania unificada y su «aversión a la intervención militar» como respuesta a la resolución de conflictos internacionales arraigadas en su cultura, algo que en el futuro podría ayudar a estabilizar o a desestabilizar el continente, dependiendo de las circunstancias.^[12] Precisamente porque han ocupado el centro de Europa como poder continental, los alemanes siempre han demostrado tener una profunda conciencia geográfica y estratégica como mecanismos de supervivencia; algo que los germanos podrían recuperar y que les permitiría dejar atrás el cuasipacifismo actual. ¿Podría una Alemania unificada y liberal convertirse en una fuerza equilibradora por méritos propios —entre el océano Atlántico y el corazón continental eurasiático— que permitiera el arraigo de una nueva y audaz interpretación de la cultura centroeuropea y, por lo tanto, concediera contrapeso geopolítico al concepto de Europa Central? Algo así daría más

crédito a los postulados de gente como Garton Ash que a los de Mackinder y Cohen.

En suma, Europa Central, como ideal de tolerancia y alta civilización, ¿sobrevivirá al embate de las futuras luchas de poder? Porque dichos conflictos son ineludibles en el corazón de Europa. La cultura vibrante de la Europa Central de finales del siglo XIX, que tan atractiva resultaría una centuria más tarde, fue producto de una realidad imperial y geopolítica específica y nada sentimental, es decir, la monarquía de los Habsburgo. En el fondo, el liberalismo se fundamenta en el poder; tal vez benévolo, pero poder al fin y al cabo.

Sin embargo, los intervencionistas humanitarios de la década de 1990 ni vivían ajenos a las luchas de poder, ni consideraban que Europa Central constituía una visión utópica. Al contrario, la restauración de Europa Central mediante la interrupción de las masacres de los Balcanes era un llamamiento sereno y cultivado a que se diera un uso correcto a las fuerzas militares occidentales, con el objetivo de salvaguardar el significado de la victoria obtenida en la guerra fría. A fin de cuentas, ¿acaso el propósito de este conflicto no era sino hacer del mundo un lugar seguro para la libertad individual? «Bosnia se ha convertido en la Guerra Civil española de nuestros tiempos para los internacionalistas liberales», escribió Michael Ignatieff, intelectual, historiador y biógrafo de Isaiah Berlín, refiriéndose a la pasión con que los intelectuales como él abordaron el conflicto de los Balcanes.^[13]

La necesidad de la intervención del factor humano —y la derrota del determinismo— estaba muy presente en sus mentes. Esto nos remite al pasaje del *Ulises* de Joyce en que Leopold Bloom lamenta las «condiciones genéricas impuestas por la ley natural»: las «epidemias diezmadoras», los «cataclismos catastróficos», los «trastornos sísmicos», desazón ante la que Stephen Dedalus responde señalando sencilla y conmovedoramente: «su importancia como animal racional consciente».^[14] Sí, se cometen atrocidades, el mundo es así, pero no tienen por qué aceptarse. El hombre es un ser racional y, por lo tanto, posee la capacidad de luchar contra el sufrimiento y la injusticia.

De este modo, teniendo Europa Central como norte y guía, el camino condujo al sur, primero a Bosnia, luego a Kosovo, y continuó hasta Bagdad. Ciertamente, muchos de los intelectuales que apoyaron la intervención en Bosnia se opusieron a ella en Irak —o, como mínimo, se mostrarían escépticos—; sin embargo, dicha oposición no disuadió, entre otros, a los neoconservadores. Como veremos, los Balcanes nos dejaron la imagen de un

intervencionismo que, a pesar de llegar con retraso, se cobró pocas bajas militares, lo cual llevó a muchos a creer que, en el futuro, las guerras se resolverían mediante sencillas victorias. Como Garton Ash escribió en tono mordaz, la década de 1990, con sus intervenciones tardías, recordarían la «década mezquina y deshonest» de 1930 de W. H. Auden.^[15] Eso es cierto, aunque en otro sentido resultaron períodos demasiado sencillos.

En esa época, en la década de 1990, daba la impresión de que los fantasmas de la historia y la geografía habían vuelto a aparecer con mayor fuerza que nunca. Menos de dos años después de la caída del muro de Berlín, tras el movimiento universalista y ahistórico que había seguido a dicho acontecimiento, los medios de comunicación internacionales de pronto se encontraron en medio de las ruinas humeantes, las montañas de escombros y el metal retorcido de ciudades con nombres difíciles de pronunciar, situadas en territorios fronterizos de los antiguos imperios austríaco y turco, es decir, en Eslavonia y Krajina, poblaciones que acababan de ser testigos de atrocidades que Europa no había vivido desde los tiempos de los nazis. De las reflexiones poco realistas sobre la unidad global, se pasó a conversar entre las élites sobre pequeñas historias locales y complejas que se desentrañaban a escasas horas de camino de Viena, al otro lado de la llanura Panónica, en el corazón de Europa Central. El mapa físico mostraba el sur y el este de Croacia, cerca del río Sava, como la frontera meridional de la extensa llanura europea, lugar donde se iniciaba el entramado de cordilleras que se conocía como los Balcanes, al otro lado del río. El mapa físico, donde aparece una amplia y llana extensión verde que abarca desde Francia hasta Rusia (desde los Pirineos hasta los Urales), de pronto cambia de color en la orilla meridional del Sava y se torna amarillo, y luego marrón, para anunciar un terreno más elevado y accidentado, que continuará sin variación hacia el sur, hasta Asia Menor. Esta región, próxima al nacimiento de las montañas, era la zona fronteriza donde los ejércitos austríaco y otomano estaban en constante avance y retroceso, el lugar donde acaba la cristiandad occidental y empieza el mundo de la ortodoxia oriental y el islam, el lugar donde Croacia y Serbia se cierran el paso.

Krajina, que significa «frontera» en serbocroata, era una zona militar que establecieron los austríacos de finales del siglo XVI para detener la expansión turca, un territorio que atrajo y acogió a ese lado de la línea divisoria a croatas y serbios por igual, así como a refugiados que escapaban del despotismo del

sultanato otomano. Por consiguiente, se convirtió en una región donde se mezclaban distintas etnias que, tras la desaparición del abrazo imperial de Austria después de la Primera Guerra Mundial, experimentó la evolución de identidades monoétnicas. A pesar de que serbios y croatas se mantuvieron unidos en el período de entreguerras bajo el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, acabaron divididos y atacándose mutuamente durante la ocupación nazi, a partir del momento en que el régimen fascista del Estado títere croata instaurado por los alemanes asesinó a decenas de miles de serbios en los campos de concentración. Unidos de nuevo bajo la tutela del gobierno comunista autoritario de Tito, las tropas serbias asaltaron la frontera tras el desmembramiento de Yugoslavia en 1991 y entraron en Eslavonia y Krajina, región en la que realizaron una limpieza étnica de croatas. Posteriormente, cuando los croatas recuperaron dicho territorio, los habitantes de etnia serbia huyeron al otro lado de la frontera; una frontera entre Croacia y Serbia desde donde la guerra se extendió a Bosnia, donde cientos de miles de personas murieron de manera espantosa.

La historia y la geografía tuvieron mucho que ver con ello, pero los periodistas y los intelectuales comprometidos, en cierto modo, prefirieron obviarlo. Y ciertamente no les faltaba razón. Primero vino el horror y la repulsa absolutos. Una vez más, aparecía Garton Ash:

¿Qué hemos aprendido de esta década terrible en la antigua Yugoslavia? [...] Hemos aprendido que la naturaleza humana no ha cambiado. Que Europa a finales del siglo XX sigue siendo capaz de cometer las mismas atrocidades que en el Holocausto de mediados de siglo [...] Nuestros mantras políticos occidentales de finales del siglo XX han sido la «integración», el «multiculturalismo» o, si somos un poco más anticuados, el «crisol». La antigua Yugoslavia ha resultado lo contrario. Se ha convertido en una versión gigantesca de una máquina llamada «separador», una especie de tambor giratorio que separa la nata y la mantequilla [...] Allí se separaban los pueblos al tiempo que el tambor gigantesco giraba con frenesí [...] mientras la sangre goteaba incesantemente a través del filtro del fondo.^[16]

La repulsa trajo las acusaciones de la «contemporización» de Occidente, la contemporización con Slobodan Milosevic, un mezquino político comunista que, para garantizar la supervivencia política de su partido y la suya propia tras la caída del muro de Berlín, y para conservar sus casas de campo, pabellones de caza y otros beneficios adicionales, adoptó el papel de

nacionalista serbio radical e inició una especie de segundo Holocausto. La contemporización de Hitler en Múnich, en 1938, pronto se convirtió en la analogía más utilizada de la década de 1990.

De hecho, el miedo a que se repitiera otro Múnich no era algo nuevo, sino que había sido uno de los elementos subyacentes que habían apoyado la decisión de liberar Kuwait tras la invasión de Sadam Husein en 1991. Si no se detenía a Sadam en Kuwait, este habría invadido Arabia Saudí a continuación y, de ese modo, habría controlado el suministro de petróleo mundial y los derechos humanos de la región habrían vivido sus tiempos más oscuros. Sin embargo, fue la invasión de Croacia, y posteriormente de Bosnia, llevada a cabo por los serbios entre 1991 y 1993 —y la nula respuesta por parte de Occidente— lo que convirtió Múnich en una palabra cargada de significado en el vocabulario internacional.

La analogía de Múnich tiende a reaparecer tras una paz larga y próspera, cuando las cargas que comportan las guerras están tan alejadas en el tiempo que parecen abstractas: eso es justo lo que ocurrió en la década de 1990, etapa en que los recuerdos que Estados Unidos conservaba de una guerra sucia por tierra en Asia, librada más de veinte años antes, se habían debilitado lo suficiente. Hablar de Múnich es hablar de universalismo, de velar por el mundo y sus habitantes, por lo que a menudo se emplearía como reacción ante la incapacidad de detener el genocidio en Ruanda en 1994. Sin embargo, Múnich alcanzó el punto álgido durante la campaña que desembocó en las intervenciones militares tardías, aunque efectivas, de la OTAN en Bosnia, en 1995, y en Kosovo, en 1999. Quienes se oponían a la intervención estadounidense en los Balcanes intentaron utilizar la delicada analogía de Vietnam; sin embargo, como no resultó un nuevo atolladero, los Balcanes nos brindaron la oportunidad de exorcizar los fantasmas de Vietnam de una vez por todas en la década de 1990, o eso era lo que se creía y se publicaba en la época.^[17]

Las fuerzas militares, tan odiadas durante la época de Vietnam, se convirtieron en sinónimo de humanitarismo. «La guerra contra el genocidio ha de lucharse con furia, porque es furia contra lo que se lucha —escribió León Wieseltier, editor literario de *The New Republic*—. Para detener el genocidio, el uso de la fuerza no es el último recurso, sino el primero». Y fue más allá en sus críticas, dirigidas contra la necesidad de establecer estrategias de salida en las intervenciones humanitarias:

En 1996, Anthony Lake, el tímido y atormentado asesor de seguridad nacional [del presidente Bill Clinton], incluso llegó a redactar una

«doctrina con relación a las estrategias de salida»: «Antes de enviar nuestras tropas a un país extranjero, deberíamos de saber cómo y cuándo vamos a sacarlas de allí». Lake hacía de la omnisciencia un condicionante para el uso del ejército estadounidense. La doctrina de la «estrategia de salida» malinterpreta la naturaleza de la guerra en particular y, en líneas más generales, la de los procesos históricos. En nombre de la prudencia, niega la contingencia de los asuntos humanos, ya que el conocimiento del resultado final no se nos avanza al principio. [18]

A modo de ejemplo, Wieseltier mencionaba Ruanda, donde el genocidio de los tutsis en 1994 se cobró un millón de vidas, un atolladero para las fuerzas militares occidentales en el que seguramente, escribió, habría sido preferible una intervención para detener la matanza a lo que sucedió. Los artículos de Wieseltier, una de las voces más enérgicas y con mayor poder de persuasión moral de la década, junto a la de Garton Ash, hablaban de la frustración que le producía la guerra aérea limitada y tardía de la OTAN para rescatar a los albaneses musulmanes de Kosovo de los programas de expulsión y exterminio de Milosevic. Los objetivos de la guerra aérea eran pueblos y ciudades serbios, pero hubiera sido necesario, según los intervencionistas humanitarios, liberar las poblaciones kosovares con tropas terrestres. Los titubeos de Clinton a la hora de librar una guerra fueron cómplices de un sufrimiento indescriptible. «Los esfuerzos del idealismo — escribió Wieseltier— han quedado reducidos al auxilio y el rescate, a las secuelas de la catástrofe. Donde hubiéramos tenido que atacar con balas, estamos atacando con mantas». Clinton, según él, había descubierto un tipo de guerra «en el que los estadounidenses no morían, una [...] guerra cobarde, con tecnología de precisión, que no altera ni las urnas ni las conciencias». Predijo que «esta época de inmunidad no durará para siempre. Tarde o temprano, Estados Unidos tendrá que enviar soldados a [...] un lugar donde resultarán heridos o muertos, y lo que importará es si la causa es justa, no si la causa es peligrosa».[19]

De hecho, una posible invasión de Irak nació como causa en la década de 1990, momento en que se consideraba que el ejército de Estados Unidos era invencible ante rivales como la historia y la geografía, siempre y cuando se desplegara a tiempo, y por completo, lo que significaba soldados sobre el terreno. Fueron los idealistas quienes abogaron con tenacidad y pasión por la intervención militar en Somalia, Haití, Ruanda, Bosnia y Kosovo, del mismo modo que también fueron idealistas como Brent Scowcroft y Henry

Kissinger, puestos en la picota por su inhumanidad, quienes abogaron por la moderación.

Sin embargo, es cierto que la década de 1990 no fue tanto una década de poder militar, en sentido amplio, como de poder aéreo. Este último había resultado decisivo para expulsar las fuerzas iraquíes de Kuwait en 1991; aunque también es cierto que, en este caso, la geografía facilitó la guerra tecnológica, ya que las operaciones se llevaban a cabo en un desierto uniforme, donde apenas llovía. Cuatro años después, el poder aéreo también acabó resultando un factor fundamental para poner fin a la guerra en Bosnia, y a pesar de todas las limitaciones que demostró tener, se impuso a Milosevic otros cuatro años después, en Kosovo. Los refugiados de etnia albanesa pudieron regresar a sus hogares, al mismo tiempo que las fuerzas de Milosevic se vieron debilitadas hasta tal punto que este cayó del poder al año siguiente, en 2000. «Nosotros no entramos en las montañas», fue la frase que resumió la resistencia inicial del ejército de Estados Unidos a enviar tropas a Bosnia y Kosovo. Sin embargo, resultó que, mientras domináramos el aire, «las montañas» se nos daban bastante bien. La geografía había intentado imponerse en los Balcanes, pero el poder aéreo no tardó en superarla. Y luego vinieron los aviones de combate de las Fuerzas Aéreas y la Armada de Estados Unidos, que patrullaron las zonas de exclusión aérea iraquíes y mantuvieron a Sadam dentro de sus fronteras hasta la década siguiente. De ahí que, algunos sectores de la élite, deslumbrados ante el poderío militar del ejército estadounidense, acabaran convirtiéndose en adalides de la indignación moral contra las administraciones de George H. W. Bush y Bill Clinton por no haber utilizado el ejército a tiempo para salvar a un cuarto de millón de personas del genocidio de los Balcanes (por no hablar del millón de Ruanda). Una actitud que, al menos para algunos, podía llevar a la temeridad política, cosa que sucedió. Y esto, a su vez, conduciría a una disolución parcial de la analogía de Múnich en la siguiente década, y devolvería a la geografía parte del respeto que había perdido en la anterior. El poder aéreo redujo el mapa a dos dimensiones en la década de 1990, pero poco después el mapa tridimensional volvió a imponerse en las montañas de Afganistán y en los peligrosos callejones de Irak.

En 1999, expresando un sentimiento cada vez más extendido entre los intelectuales liberales, Wieseltier escribió:

Lo verdaderamente sorprendente acerca de la negativa de Clinton a incluir la eliminación de este villano [Slobodan Milosevic] en sus objetivos militares es que él mismo heredó las consecuencias de la negativa de su predecesor a incluir la eliminación de otro villano en sus objetivos militares. En 1991, medio millón de soldados estadounidenses se encontraban a pocos cientos de kilómetros de Sadam Husein, y George Bush no les ordenó que entraran en Bagdad. Sus generales temían por las bajas y ya habían decidido de antemano que se trataría de una guerra impecable. Ellos también se acogieron a la «integridad del territorio» iraquí, como si el sufrimiento resultante del hundimiento del Estado pudiera compararse con el sufrimiento que ya había resultado, para los kurdos del norte y los chiles del sur, de la supervivencia del estado.^[20]

Era como si las fronteras imaginarias de Europa Central no tuvieran límites y se extendieran hasta Mesopotamia. Sin embargo, la realidad era otra. Con todo, en 2006, durante los peores momentos de la matanza sectaria en Irak, tras la caída del Estado, una violencia que podría haber rivalizado con la que Sadam había gobernado el país, Wieseltier tuvo la delicadeza de confesar cierta «preocupación por la arrogancia». Admitió que no tenía nada útil que decir, a pesar de su apoyo a la guerra. No se encontraba entre aquellos que habían apoyado la invasión y se esforzaban denodadamente en justificarse por escrito.^[21]

Yo también apoyé la guerra, tanto por escrito como formando parte de un grupo que alentó a la administración Bush a invadir Irak.^[22] El poder del ejército estadounidense en los Balcanes me había dejado impresionado y, teniendo en cuenta que Sadam había asesinado de manera directa o indirecta a un mayor número de personas que Milosevic y que constituía una amenaza estratégica debido a que se creía que poseía armas de destrucción masiva, en aquel momento consideré que la intervención estaba justificada. También yo era un periodista que se había acercado demasiado a su historia: después de haber informado desde Irak en la década de 1980, y tras haber visto cuán más opresivo era el Irak de Sadam que la Siria de Hafez al-Assad, no me quedaban dudas acerca de la necesidad de la eliminación de Sadam. Tiempo después se afirmó que la preocupación por Israel y la defensa de su expansionismo territorial habían llevado a muchos a apoyar la guerra.^[23] Sin embargo, mi experiencia en el trato con neoconservadores, y también con algunos liberales, durante esa época fue que, para ellos, tenía mucho más peso Bosnia

y Kosovo que Israel.^[24] Las acciones llevadas a cabo en los Balcanes, gracias a los réditos estratégicos que generaron, dieron la impresión de justificar el enfoque idealista de la política exterior. La intervención de 1995 en Bosnia cambió el tema del debate, que pasó de «¿Debería existir la OTAN?» a «¿Debería ampliarse la OTAN?». La guerra de 1991 en Kosovo, al igual que el 11-S, permitió la expansión final de dicha organización hacia el mar Negro.

Para muchos idealistas, Irak fue una continuación de las pasiones surgidas en la década de 1990. Representaba, aunque fuera de manera inconsciente, o la derrota de la geografía o su absoluta omisión, deslumbrados como muchos de ellos estaban con el poderío del ejército estadounidense. En la década de 1990 países del oeste de África, como Liberia y Sierra Leona, pese a la violencia y a estar institucionalmente mucho menos desarrollados que Irak, eran considerados candidatos creíbles a alcanzar la democracia. Sin embargo, fue el poder del ejército, y en particular el de las Fuerzas Aéreas, lo que permitió que los ideales universalistas pesaran mucho más que el carácter geográfico del lugar y la experiencia histórica de las personas que lo habitan.

Múnich también tuvo mucho que ver en la resolución del dilema que planteó Sadam Husein después del 11-S. A pesar de que Estados Unidos había acabado de sufrir un ataque en su propio suelo, comparable al de Pearl Harbor, la experiencia del país en la guerra terrestre había sido mínima en veinticinco años, o al menos no había dado demasiados disgustos. Además, Sadam no era simplemente un dictador más, sino un tirano que parecía sacado de la antigua Mesopotamia, comparable en opinión de muchos a Hitler o a Stalin, que escondía, o así se creía, armas de destrucción masiva. Teniendo en cuenta el 11-S —y Múnich—, la historia jamás nos hubiera perdonado el no haber actuado.

Cuando la analogía de Múnich empezó a ir más allá de sus posibilidades, resucitó esa otra analogía que todos creían superada: Vietnam, momento en que se dio inicio al siguiente ciclo intelectual de la posguerra fría.

En este nuevo ciclo, que abarcaría aproximadamente la primera década del siglo XXI y las complejas guerras en Irak y Afganistán, los términos «realistas» y «pragmáticos» se convirtieron en señales de respeto que se utilizaban para designar a aquellos que desde un principio se habían mostrado escépticos con respecto a la misión estadounidense en Mesopotamia, mientras que ser tachado de «neoconservador» pasó a tener connotaciones peyorativas. Si bien en la década de 1990 las diferencias étnicas y sectarias en puntos

alejados del planeta se consideraban obstáculos que los hombres de bien debían procurar superar —a riesgo de ser tildados de «fatalistas» o «deterministas» en caso de negarse a ello—, en los años siguientes, dichos odios se consideraron factores que podrían habernos hecho desestimar la intervención militar; o que deberían de haberlo hecho. Si hubiera que escoger un momento concreto en el que se hizo innegable que la analogía de Vietnam había desbancado a la de Múnich, ese sería el 22 de febrero de 2006, cuando los extremistas suníes de Al Qaeda volaron la mezquita chií de Al Askari, en Samarra, acto que hizo estallar una descarnada violencia entre comunidades iraquíes, que el ejército estadounidense fue incapaz de detener. De pronto, nuestras fuerzas terrestres se vieron impotentes en medio del odio exacerbado y el caos. El mito del nuevo y omnipotente ejército estadounidense —nacido en Panamá y la Primera Guerra del Golfo, algo dañado en Somalia, aunque recuperado y fortalecido en Haití, Bosnia y Kosovo—, se hizo añicos por un tiempo, junto con el idealismo que lo acompañaba.

Aunque hablar de Múnich es hablar de universalismo, de velar por el mundo y sus habitantes, por alejados que se encuentren, hablar de Vietnam es hablar del ámbito nacional, de velar por uno mismo, consecuencia directa de las 58 000 bajas que se cobró la guerra. Vietnam aconseja evitar la tragedia pensando trágicamente, y censura la pasión enfervorizada, pues sugiere lo mal que pueden ir las cosas. De hecho, el carácter idealista de su sentido del deber fue lo que embarcó a Estados Unidos en aquel conflicto en el Sudeste Asiático. La nación vivía en paz y había alcanzado la cima de la prosperidad que disfrutaría tras la Segunda Guerra Mundial, al mismo tiempo que los comunistas vietnamitas —uno de los grupos más despiadados y contumaces que conocería el siglo XX— habían asesinado a más de 10 000 compatriotas antes de la llegada del primer ejército profesional de Estados Unidos. ¿Qué guerra podría ser más justa? Con el siglo XX muy avanzado, la geografía, la distancia y nuestra espantosa experiencia seis décadas antes en las selvas de Filipinas en otra guerra irregular eran los últimos factores en los que pensábamos cuando nos metimos en Vietnam.

Vietnam es una analogía que revive tras un trauma nacional. El realismo no es emocionante, y solo recupera el debido respeto cuando la aparente carencia de este ha empeorado visiblemente una situación. De hecho, solo hay que volver la vista hacia Irak: casi 5000 bajas estadounidenses (y más de 30 000 heridos graves), tal vez cientos de miles de bajas iraquíes, y todo ello a un coste de más de 1000 millones de dólares. Aunque Irak acabe convirtiéndose en una democracia semiestable y en un aliado implícito de

Estados Unidos, el precio ha sido tan excesivo que, como muchos han observado, es francamente difícil conceder algún valor ético a lo logrado. Irak socavó uno de los componentes clave de la mentalidad de algunos: que la proyección del poder estadounidense siempre tenía un resultado moral. Sin embargo, hubo quienes comprendieron que el uso descontrolado del poder, ejercido por cualquier Estado, incluso por uno democrático y amante de la libertad como Estados Unidos, no era necesariamente virtuoso.

De la mano de un nuevo respeto por el realismo, surgió un interés renovado por Thomas Hobbes, filósofo del siglo XVII, quien ensalza los beneficios morales del miedo y considera la anarquía como la mayor amenaza de la sociedad. Para Hobbes, el miedo a una muerte violenta es la piedra angular del egoísmo liberal. Mediante la constitución de un Estado, los hombres sustituyen el miedo a una muerte violenta —un miedo común que lo engloba todo— por el miedo que solo sentirán aquellos que quebranten la ley. Conceptos de difícil comprensión para la clase media urbana, la cual hace tiempo que ha perdido el contacto con el estado natural del ser humano.^[25] No obstante, la violencia descarnada en un Irak en desintegración —la cual, a diferencia de Ruanda y Bosnia en algunos aspectos, no sobrevino como resultado de una máquina de matar extraordinariamente organizada, sino del propio derrumbamiento del orden establecido— a algunos nos permitió imaginar el estado original del ser humano. Por consiguiente, Hobbes se convirtió en el filósofo de este segundo ciclo de la posguerra fría, de la misma manera que Berlín lo había sido del primero.^[26]

De modo que es aquí donde nos ha traído la posguerra fría: a reconocer que el mismo totalitarismo contra el que luchamos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial podía ser preferible, en muchas ocasiones, a una situación en la que nadie está al mando. Al final resultó que hay cosas peores que el comunismo, y en Irak las provocamos nosotros mismos. Y todo esto lo afirma alguien que apoyó el cambio de régimen.

En marzo de 2004, me encontraba en Camp Udari, en medio del desierto de Kuwait. Me había incrustado en un batallón de la infantería de marina que, junto con el resto de la 1.^a División de Marines, estaba a punto de iniciar el viaje por tierra hasta Bagdad y el oeste de Irak para sustituir a la 82.^a División Aerotransportada del Ejército. Era un mundo de tiendas, catres, contenedores y comedores. Hileras infinitas de camiones de siete toneladas y Humvees se perdían en el horizonte, todos avanzando en dirección norte. La extraordinaria

dimensión de la implicación de Estados Unidos en Irak pronto se hizo evidente. Se había desatado una tormenta de arena. Soplaban vientos helados. Amenazaba lluvia. Los vehículos empezaron a averiarse. Y ni siquiera habíamos iniciado el viaje de varios cientos de kilómetros en dirección a Bagdad que apenas unos pocos años antes habían calificado de sencillo quienes creían que para derrocar a Sadam Husein bastaría con reproducir el derrocamiento de Slobodan Milosevic. Gigantescos laberintos de gravilla que olían a petróleo y gasolina anunciaron la primera parada para camiones construida por un contratista, una de las muchas que se alzaron a lo largo del camino para abastecer a los cientos de vehículos que se dirigían al norte y alimentar a miles de marines. Motores y generadores gemían en la oscuridad. Fueron días de compleja logística —almacenar y transportar todo, desde agua embotellada hasta raciones listas para consumir o kits de herramientas— para cruzar el desierto implacable hasta llegar a Faluya, al oeste de Bagdad. *Apenas unos cientos de kilómetros.*^[27] Y esa fue la parte fácil y no violenta de la ocupación del país que llevó a cabo el ejército estadounidense. Sin duda, no fue un acierto insinuar que el terreno físico ya no importaba.

La venganza de la geografía

La debacle de los primeros años en Irak ha reforzado la máxima realista, menospreciada por idealistas de la década de 1990, que reza que el legado de la geografía, la historia y la cultura impone límites a lo asumible en cualquier lugar. Aun así, quienes se opusieron a Irak deberían procurar no llevar la analogía de Vietnam demasiado lejos, en cuanto que dicha analogía puede ser una invitación al aislacionismo, así como a la contemporización y, como dijo Fouad Ajami, destacado especialista en Oriente Medio, a la suave intolerancia de las bajas expectativas. No hemos de olvidar que la Conferencia de Múnich se celebró solo veinte años después de la masacre de la Primera Guerra Mundial, lo cual, de manera comprensible, llevó a políticos realistas como Neville Chamberlain a tratar de evitar por todos los medios un nuevo conflicto; situaciones que son campo abonado para las maquinaciones de un Estado tiránico ajeno a esta clase de preocupaciones, como la Alemania nazi y el Imperio japonés.

Vietnam hace referencia a los límites; Múnich intenta superarlos. Ambas analogías son intrínsecamente peligrosas; por lo tanto, solo existe la oportunidad de adoptar una política adecuada cuando a ambas se les otorga la misma importancia. Los buenos diseñadores de políticas, aunque son conscientes de las limitaciones de sus naciones, saben que el arte del buen hacer del estadista conlleva trabajar al borde del abismo sin precipitarse por él.^[1]

En otras palabras, el verdadero realismo es un arte antes que una ciencia, en que el carácter de un hombre de Estado desempeña un papel tan importante como su intelecto. Aunque las raíces del realismo nos hacen retroceder 2400 años, hasta la descripción descarnada del comportamiento humano que Tucídides recoge en *Historia de la Guerra del Peloponeso*, probablemente fue Hans J. Morgenthau quien, en 1948, compendió de manera exhaustiva el

realismo moderno en *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*. Permítanme que me detenga un momento en este libro, obra de un refugiado alemán que impartía clases en la Universidad de Chicago, para crear el marco de un análisis posterior y más amplio de la geografía. El realismo es fundamental para poder comprender el mapa en toda su magnitud y, de hecho, nos conduce directamente a él.

Morgenthau inicia su razonamiento señalando que el mundo «es el resultado de unas fuerzas inherentes a la naturaleza humana» y, como Tucídides apuntó, el miedo (*phobos*), el interés personal (*kerdos*) y el honor (óoxa) motivan la naturaleza humana. Según Morgenthau, «para mejorar el mundo hay que trabajar con estas fuerzas, no contra ellas». De este modo, el realismo acepta el material humano del que dispone, por imperfecto que pueda ser. «Apela al precedente histórico antes que a los principios abstractos, y apunta a la comprensión del mal menor antes que a la del bien absoluto». A modo de ejemplo, en lugar de recurrir a los preceptos morales de la democracia occidental, un realista acudiría a la historia de Irak, explicada a través de su cartografía y su constelación de grupos étnicos, para ver a qué tipo de futuro puede aspirar tras el derrocamiento de un régimen totalitario. Al fin y al cabo, según Morgenthau, las buenas intenciones apenas tienen nada que ver con los resultados positivos. Chamberlain, nos explica, no estaba tan motivado por factores de poder personal como muchos otros políticos británicos y su intención de preservar la paz y la felicidad generales era sincera. Sin embargo, sus decisiones políticas contribuyeron al terrible padecimiento de millones de personas. Por otro lado, Winston Churchill estaba ciertamente motivado por manifiestos factores de poder personal y nacional, pero su política tuvo un efecto moral incomparable. (Paul Wolfowitz, antiguo subsecretario del Departamento de Defensa estadounidense, actuó empujado por las mejores intenciones al abogar por la invasión de Irak, convencido de que con ello mejoraría enormemente la precaria situación de los derechos humanos, pero sus acciones condujeron justo a lo contrario de lo que se proponía.) Abundando en el tema, que una nación sea una democracia no significa necesariamente que su política exterior vaya a resultar mejor o más progresista que la de una dictadura. Según Morgenthau, «la necesidad de encauzar el sentir popular [...] afectará de manera ineludible a la racionalidad de la propia política exterior». Sencillamente, democracia y moralidad no son sinónimos. «A todas las naciones les asalta la tentación —y pocas han sido

capaces de resistirse a ella demasiado tiempo— de disfrazar de fines morales universales sus acciones y aspiraciones particulares. Saber que las naciones están sometidas a la ley moral —prosigue— es una cosa, mientras que pretender conocer con certeza lo que es bueno y lo que es malo en las relaciones internacionales es otra muy distinta».

Además, los Estados deben operar en un universo moral mucho más constreñido que los individuos. «El individuo —escribe Morgenthau— puede decirse a sí mismo [...] “Que se haga justicia, aunque con ello se acabe el mundo”, pero el Estado no tiene derecho a decir otro tanto en nombre de aquellos por quienes vela».^[2] El individuo es únicamente responsable de sus seres queridos, quienes le perdonarán sus errores siempre que haya actuado de buena fe. Sin embargo, un Estado debe velar por el bienestar de millones de extraños que viven dentro de sus fronteras y que, en caso de una política fallida, no se mostrarán tan comprensivos. Por consiguiente, el Estado debe ser mucho más astuto que el individuo.

La naturaleza humana —el panteón del miedo, el interés personal y el honor de Tucídides— contribuye a la existencia de un mundo en que los conflictos y las coacciones son constantes, y dado que los realistas como Morgenthau dar por sentado dicho conflicto y saben que es inevitable, son menos propensos a reaccionar de manera exagerada que los idealistas cuando este estalla. Entienden que la tendencia al dominio es un elemento natural en toda interacción humana, y en especial en las interacciones entre los Estados. Morgenthau atribuye a John Randolph de Roanoke haber dicho que «solo el poder puede limitar el poder». Por consiguiente, los realistas no creen que las instituciones internacionales sean, por sí mismas, fundamentales para la paz, ya que no dejan de ser un reflejo del equilibrio de poder de cada Estado que, a fin de cuentas, es el que resuelve la materia relevante a guerra y paz. Aun así, según Morgenthau, el sistema de equilibrio de poder es inestable por definición, puesto que cada nación, por temor a calcular erróneamente ese equilibrio, debe intentar compensar los errores que aprecie aspirando constantemente a una superioridad de poder. Esto es exactamente lo que inició la Primera Guerra Mundial, cuando la Austria de los Habsburgo, la Alemania del káiser Guillermo y la Rusia zarista trataron de inclinar la balanza a su favor y erraron el cálculo de manera estrepitosa. Morgenthau afirma que, en última instancia, solo la existencia de una conciencia moral universal —que considere la guerra como una «catástrofe natural» y no como una extensión natural de la política exterior de uno— limita la aparición de una guerra.^[3]

Tras la violencia que se vivió en Irak entre 2003 y 2007, durante un tiempo todos afirmábamos que nos habíamos convertido en realistas, o eso nos decíamos. Sin embargo, ateniéndonos a la definición de realismo de Morgenthau, ¿es realmente cierto? Por ejemplo, ¿es posible que gran parte de quienes se opusieron a la Guerra de Irak por motivos realistas también crean que no existe una relación forzosa entre democracia y moralidad? Y Morgenthau, recordémoslo, que se opuso a la Guerra de Vietnam por motivos tanto éticos como de interés nacional, es la persona a la que podemos calificar como realista con mayor comodidad. Académico e intelectual, jamás sintió el afán de poder y posición que otros realistas como Kissinger y Scowcroft han demostrado. Es más, su estilo parco, casi insulso, carece de la crispación del de Kissinger o el de Samuel Huntington. Lo cierto es que supone que el realismo, incluso el de Morgenthau, y se trata de una afirmación innegable, tiene que resultarnos incómodo. Los realistas saben que la realidad que gobierna las relaciones internacionales es más triste y limitada que aquella que dirige los asuntos nacionales. Mientras que las leyes definen la política nacional debido a que un gobierno legítimo monopoliza el uso de la fuerza, en conjunto, el mundo continúa en un estado natural, en el que no existe Leviatán hobbesiano que castigue a los injustos.^[4] De hecho, bajo la pátina de civilización trabajan las fuerzas más turbias de la pasión humana, y de ahí que para los realistas la cuestión principal en asuntos exteriores sea: «¿Quién puede hacer qué a quién?».^[5]

«El realismo es ajeno a la tradición estadounidense —me comentó una vez Ashley J. Tellis, asesor de Carnegie Endowment, en Washington—. Es conscientemente amoral, centrado como está en los intereses antes que en los valores de un mundo degradado. Sin embargo, el realismo nunca muere, porque refleja a la perfección el comportamiento real de los Estados, detrás de la fachada de los valores en que basan su retórica».

Los realistas valoran el orden por encima de la libertad: para ellos, esta última cobra importancia únicamente después de que se haya establecido el primero. En Irak, el orden, a pesar de su carácter totalitario, resultó ser más humano que su posterior ausencia. Y, teniendo en cuenta que el gobierno del mundo siempre será esquivo porque nunca se llegará a un acuerdo fundamental en cuanto al modo de alcanzar una mejora social, el mundo está destinado a continuar gobernado por distintas clases de regímenes y, en algunos lugares, por órdenes tribales y étnicos. Los realistas, desde los griegos y chinos antiguos hasta Raymond Aron, filósofo francés de mediados

del siglo XX, y su contemporáneo español, José Ortega y Gasset, creían que la guerra era inherente a la división de la humanidad en Estados y otras agrupaciones humanas.^[6] De hecho, la soberanía y las alianzas casi nunca se dan en un vacío, sino que surgen a partir de las diferencias con otros. Mientras que los devotos de la globalización hacen hincapié en lo que une a la humanidad, los realistas tradicionales ponen de manifiesto lo que nos divide.

De este modo llegamos al mapa, que es la representación espacial de las divisiones humanas, esa materia sobre la que tratan las obras de los realistas. Los mapas no siempre dicen la verdad, y a menudo son tan subjetivos como cualquier narración. Los nombres con que los europeos bautizaron grandes extensiones de África muestran, como dijo el fallecido geógrafo británico John Brian Harley, hasta qué punto la cartografía puede convertirse en un «discurso de poder», en este caso de un imperialismo latente. Las proyecciones de Mercator tienden a mostrar Europa más grande de lo que realmente es. Los colores llamativos de los países implican el supuesto control que estos ejercen de las regiones interiores, cosa que no siempre es cierta.^[7] Los mapas son materialistas y, por tanto, moralmente neutrales. Desde el punto de vista histórico, se adscriben a una tradición prusiana antes que a una británica.^[8] Los mapas, en resumidas cuentas, pueden ser herramientas peligrosas pero, aun así, resultan imprescindibles para comprender la política internacional. «La pirámide del poder nacional se construye sobre los cimientos relativamente sólidos de la geografía», escribe Morgenthau.^[9] En esencia, el realismo se basa en el reconocimiento de las realidades más absolutas, incómodas y deterministas de todas: las de la geografía.

La geografía es el telón de fondo de la historia de la humanidad. A pesar de las distorsiones cartográficas, puede revelar tanto las intenciones a largo plazo de un gobierno como sus consejos secretos.^[10] La situación de un Estado en el mapa es lo primero que lo define, incluso más que la filosofía de gobierno. Un mapa, según Halford Mackinder, transmite «de un solo vistazo toda una serie de generalizaciones». La geografía, prosigue, tiende un puente entre las artes y las ciencias, relaciona el estudio de la historia con factores medioambientales, algo que los especialistas en humanidades a veces descuidan.^[11] Mientras que estudiar el mapa, cualquier mapa, puede convertirse en una tarea infinitamente absorbente y fascinante por sí misma, cuesta aceptar la geografía, igual que el realismo. Los mapas censuran la idea de la igualdad y la unidad de la humanidad tan pronto como nos recuerdan los distintos entornos del planeta que contribuyen, de múltiples formas, a la

profunda desigualdad y desunión de sus habitantes, lo cual conduce al conflicto, en el que el realismo incide de manera casi exclusiva.

En los siglos XVIII y XIX, antes de la consideración de las ciencias políticas como una especialidad académica, la geografía era una disciplina respetada, aunque no siempre con carácter oficial, dentro de la cual la política, la cultura y la economía a menudo se concebían de acuerdo con el mapa físico. Según esta lógica materialista, las montañas y las tribus revisten mayor importancia que el mundo de las ideas teóricas. O, mejor dicho, las montañas y las personas que las habitan son el primer orden de realidad; las ideas, por edificantes y enriquecedoras que sean, solo el segundo.

A mi modo de ver, al abrazar el realismo en medio de la Guerra de Irak, por incómodo que nos resultara hacerlo —y por breve que fuera el tiempo que lo hiciéramos—, en realidad, y sin ser conscientes de ello, abrazamos también la geografía, si bien no en el sentido manifiestamente prusiano e imperialista del mundo, sí en un sentido victoriano y eduardiano, menos riguroso. Es la venganza de la geografía lo que marcó la culminación del segundo ciclo de la posguerra fría, después de la derrota que había sufrido a causa del poder aéreo y el triunfo del intervencionismo humanitario, los cuales señalaron el final del primer ciclo. De este modo, nos vimos enviados de vuelta a los desmoralizadores principios básicos de la existencia humana según los cuales, en lugar de la mejora constante del mundo que habíamos imaginado en un principio, lo que aceptamos fue la lucha por la supervivencia que venía a continuación y, por asociación, las restricciones severas que la geografía nos impuso en lugares como Mesopotamia y Afganistán.

Con todo, aún queda esperanza en esta triste aceptación, pues cuanta mayor sea nuestra experiencia en la interpretación de los mapas, mayor será la facilidad con que podremos, ayudados por la tecnología, tal como la «primavera árabe» ha puesto de manifiesto, superar algunos de los límites que estos nos imponen. Ese es el objetivo de mi estudio: conocer y valorar el mapa de modo que, en contra de lo que pudiera parecer, no siempre nos encontremos limitados por él. No es solo la estrechez de miras lo que conduce al aislacionismo, sino que forzar demasiado los recursos también causa una reacción violenta en favor de dicha tendencia.

No obstante, primero debemos reconocer el carácter esencial de la disciplina geográfica. «La naturaleza impone; el hombre dispone», escribe el geógrafo inglés W. Gordon East. Sin duda alguna, la acción del hombre está limitada

por los parámetros físicos que impone la geografía,^[12] pero estas cotas son amplias en extremo, de modo que el factor humano tiene sobrado espacio de maniobra. De ahí que los árabes sean tan capaces de ejercer prácticas democráticas como cualquier otro grupo, si bien es cierto que la disposición espacial de las tribus libias y de las cordilleras del Yemen continuarán desempeñando un papel crucial en la evolución política de esos países. La geografía, antes que determinar, informa y, por lo tanto, no es sinónimo de fatalismo, aunque sí impone, igual que la distribución de los poderes económicos y militares, una restricción importante en las acciones de los Estados, al mismo tiempo que las instiga.

Nicholas J. Spykman, estadounidense de origen holandés, profesor en la Universidad de Yale y gran estratega de principios de la Segunda Guerra Mundial, escribió en 1942: «La geografía no discute. Es, sin más». Y añade:

La geografía es el factor fundamental en la política exterior de los Estados porque es el más permanente. Los ministros vienen y van, incluso los dictadores mueren, pero las montañas permanecen imperturbables. Hemos pasado de George Washington, quien tuvo que defender trece estados con un ejército exhausto, a Franklin D. Roosevelt, con los recursos de todo un continente a su disposición, pero el Atlántico continúa separando Europa de Estados Unidos y el hielo invernal sigue bloqueando los puertos del río San Lorenzo. Alejandro I, zar de todas las Rusias, legó a Iósif Stalin, un simple miembro del Partido Comunista, no solo su poder, sino su lucha interminable para acceder al mar, y Maginot y Clemenceau han heredado de César y Luis XIV el desasosiego ante la frontera abierta alemana.^[13]

Y podría añadirse que, aun a pesar del 11-S, el océano Atlántico no ha perdido su importancia y que, de hecho, es el que determina una política exterior y militar para Estados Unidos distinta a la de Europa. En esta misma línea, podemos decir que Rusia, hasta el día de hoy, es una potencia continental insegura y en constante expansión, que ha sido víctima de invasiones desde épocas anteriores a las incursiones de las hordas mongolas del siglo XIII, que cuenta con el tiempo, la distancia y el clima como únicos amigos, y que ansia tener mayor acceso al mar. Teniendo en cuenta que no existe un obstáculo geográfico insalvable entre Europa y los Urales, Europa del Este, a pesar de la caída de la frontera artificial del muro de Berlín, continúa bajo la amenaza de Rusia, como así ha sido durante siglos. También es cierto que la intranquilidad que generaba la frontera alemana mortificó a

Francia —como en tiempos de Luis XIV— hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos finalmente avaló la paz de Europa.

En realidad, la geografía es el prefacio de la propia historia de la humanidad. No es casualidad que parte de los orígenes trascendentales de la civilización europea se encontraran en Creta y las islas Cícladas de Grecia, pues la primera, un «fragmento separado de Europa», es el punto europeo más cercano a la civilización egipcia, y las últimas, el más cercano a la de Asia Menor.^[14] Tanto Creta como las Cícladas, debido a su naturaleza insular, estuvieron protegidas durante siglos de los ataques de los invasores, lo que les permitió florecer. La geografía proporciona las informaciones básicas sobre los asuntos internacionales, tan elementales que las pasamos por alto.

¿Qué otra premisa podría tener mayor peso para la historia europea que Alemania sea una potencia continental y Gran Bretaña una isla? Alemania carece de montañas que la protejan al este y al oeste, lo cual se presta a la aparición de patologías, desde el militarismo a un pacifismo incipiente, con que hacer frente a su peligrosa situación. Gran Bretaña, en cambio, segura dentro de sus fronteras, y con una orientación oceánica, pudo desarrollar un sistema democrático antes que sus vecinos y forjar una relación transatlántica especial con Estados Unidos, país con el que comparte una lengua común. Alexander Hamilton escribió que si Gran Bretaña no hubiera sido una isla, las altas esferas del estamento militar habrían resultado tan autoritarias como las de la Europa continental y, «con toda probabilidad», Gran Bretaña habría acabado siendo «víctima del poder absoluto de un solo hombre».^[15] No obstante, Gran Bretaña es una isla próxima a la Europa continental y, por lo tanto, en peligro de invasión durante casi toda su historia, lo cual a lo largo de los siglos la ha obligado a prestar una atención estratégica especial a las políticas de Francia y Países Bajos, situados en la otra orilla del canal de la Mancha y el mar del Norte.^[16]

¿Por qué, en última instancia, China es más importante que Brasil? Por su localización geográfica. Aunque le supusiéramos el mismo nivel de crecimiento económico que China y una población de tamaño similar, Brasil no controla las principales líneas marítimas de comunicación que conectan océanos y continentes, como sí es el caso de China, ni se encuentra en su mayor parte en la zona templada, con un clima más vigorizante, donde sus habitantes son menos propensos a sufrir enfermedades. China tiene salida al Pacífico occidental y posee un extenso territorio que llega hasta Asia Central, donde abundan el petróleo y el gas natural. En comparación, Brasil ofrece

menos ventajas. Se encuentra aislado en Sudamérica, geográficamente apartado de otras masas continentales.^[17]

¿Por qué África es tan pobre? A pesar de ser el segundo continente más grande del mundo, con una superficie cinco veces mayor a la de Europa, la longitud del litoral al sur del Sáhara sobrepasa en poco una cuarta parte del europeo. Además, dicho litoral carece de buenos puertos naturales, aunque los de la costa oriental, que mantienen un comercio intenso con Arabia y la India, constituyen una excepción. Pocos ríos tropicales africanos son navegables cuando se accede a ellos desde el mar, ya que llegan a las llanuras costeras desde la meseta a través de una serie de cataratas y rápidos, por lo que el interior del continente queda aislado de la costa.^[18] Asimismo, el desierto del Sáhara dificultó el contacto humano con el norte durante demasiados siglos, y por tanto África no se vio tan expuesta a las influencias de las grandes civilizaciones mediterráneas, tanto en la Antigüedad como posteriormente. Tampoco hemos de olvidar las amplias y densas selvas que se extienden en torno a la línea del Ecuador, desde el golfo de Guinea hasta la cuenca del Congo, sometidas a fuertes lluvias y calor intenso.^[19] Estas selvas no son amigas de la civilización, ni facilitan el establecimiento de fronteras naturales; de ahí que las trazadas por los colonialistas europeos fueran, forzosamente, artificiales. La naturaleza ha colocado demasiadas piedras en el camino de África hacia la modernización.

Si consultamos la lista de las economías mundiales más débiles, apreciaremos que una gran proporción de ellas no disponen de acceso al mar.^[20] También comprobaremos que, por regla general, son pobres los países tropicales (aquellos que se sitúan en una latitud de 23,45° al norte y al sur del Ecuador) y que la mayoría de los Estados de rentas altas se encuentran en las latitudes medias o altas. Advertiremos que la Eurasia que se extiende de este a oeste, situada en la zona templada, disfruta de una mejor posición económica que el África subsahariana, que se extiende de norte a sur, dado que la difusión tecnológica funciona mucho mejor en una misma latitud, donde las condiciones climáticas son similares, y las innovaciones en el cultivo y la domesticación de los animales se extienden de manera más rápida. No es casualidad que las zonas más pobres del planeta suelen encontrarse donde la geografía, gracias a la fertilidad de la tierra, admite altas densidades de población, aunque sin crecimiento económico, debido a la distancia que las separa de los puertos y las estaciones terminales. La India central y el interior de África lo ilustran a la perfección.^[21]

En una categórica conclusión de determinismo geográfico, el difunto geógrafo Paul Wheatley hizo la siguiente observación: «la lengua sánscrita enmudecía a quinientos metros de altura», de modo que la cultura india fue, en esencia, un fenómeno de tierras bajas.^[22] Son muchos los ejemplos del modo en que la geografía ha influido considerablemente en el destino de los pueblos de una manera tanto sutil como obvia, y a ellos me remitiré en el curso de este estudio.

Sin embargo, antes de proseguir, permítanme que mencione el ejemplo de Estados Unidos. La geografía ha ayudado a preservar su prosperidad y, en última instancia, es la responsable de su altruismo panhumanista. Tal como apuntó John Adams: «No existe una providencia especial para los norteamericanos, y su naturaleza es la misma que la de otros».^[23] El historiador John Keegan explica que Estados Unidos y Gran Bretaña pudieron defender la libertad solo porque el mar los protegía «de los enemigos continentales de esta». El militarismo y el pragmatismo de la Europa continental hasta mediados del siglo XX, cuestiones ante las cuales los estadounidenses siempre se habían creído superiores, fue resultado de la geografía, no del carácter. Estados e imperios colindaban unos con otros en un continente saturado. Las naciones europeas jamás dispusieron de la alternativa de retirarse por mar en caso de cometer un error de cálculo militar y de ahí que sus políticas exteriores no pudieran fundarse en una moral universalista y permanecieran bien armadas para defenderse unas de otras hasta que acabaron dominadas por una hegemonía estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial.^[24] Tener dos océanos no solo propició que Estados Unidos pudiera permitirse el lujo de su idealismo, sino que también estos le ofrecieron un acceso directo a las dos principales arterias políticas y comerciales del mundo: Europa, al otro lado del Atlántico, y Asia oriental, al otro lado del Pacífico, con las riquezas del continente americano entre ambos.^[25] Sin embargo, son estos mismos océanos los que, al mantener al país a miles de kilómetros de otros continentes, le han inoculado una cepa virulenta de aislacionismo que ha persistido hasta nuestros días. De hecho, salvo en su propio ámbito de influencia en el continente americano, Estados Unidos se ha resistido con sumo celo a la política de las grandes potencias durante casi doscientos años, ya que ni siquiera la crisis del sistema estatal europeo de 1940 consiguió involucrar a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Para ello fue necesario el ataque a Pearl Harbor de 1941. Tras la guerra, Estados Unidos volvió a retirarse, hasta que la Unión Soviética y Corea del Norte atacaron Corea del Sur, lo cual obligó a sus tropas a regresar a Europa y

Asia.^[26] Desde el fin de la guerra fría, la política exterior estadounidense ha oscilado entre el cuasiaislacionismo y el intervencionismo de visos idealistas. Y todo ello a causa de dos océanos.

La geografía «ha sido olvidada, no conquistada», escribe Jakub J. Grygiel, especialista en estudios internacionales de la Universidad Johns Hopkins.^[27] «Que la tecnología haya anulado a la geografía encierra el mérito justo para tacharla de falacia plausible», escribe Golin S. Gray, viejo asesor sobre estrategia militar de los gobiernos británico y estadounidense. No es solo que, tal como hemos visto en Irak y Afganistán, «el ejercicio de una influencia o un control continuos exija la presencia física de tropas armadas en la zona en cuestión», tal como defiende Gray, sino que quien crea de verdad que la geografía ha sufrido una rebaja esencial de categoría ignora profundamente el funcionamiento de la logística militar y todo lo que conlleva el traslado de cantidades significativas de efectivos y material bélico de un continente a otro. Lo que presencié cuando viajé por tierra con la 1.^a División de Marines en Irak fue solo una pequeña parte de ese conjunto de maniobras logísticas, entre las que se incluían transportar hombres y equipamiento en barco a miles de kilómetros, de Norteamérica al golfo Pérsico. En 1999, en un análisis de extraordinaria lucidez, el experto en historia militar norteamericano Williamson Murray escribió que el nuevo siglo que se avecinaba obligaría a Estados Unidos a enfrentarse de nuevo a la «dura realidad geográfica» impuesta por los dos océanos, los cuales limitan y casi convierten en un gasto demencialmente caro el despliegue de tropas terrestres norteamericanas en escenarios lejanos. A pesar de que algunas guerras y misiones de rescate pueden culminarse con rapidez mediante un «asalto» aéreo (como, se me ocurre, la incursión israelí de 1976, en el aeropuerto de Entebbe, Uganda, para rescatar un avión de pasajeros secuestrado), incluso en esas operaciones el terreno reviste importancia, puesto que determina el ritmo y el método de actuación. La Guerra de las Malvinas de 1982 se desarrolló lentamente a causa del entorno marítimo, mientras que los desiertos uniformes de Kuwait e Irak en la Guerra del Golfo de 1991 aumentaron la efectividad de las fuerzas aéreas, si bien es cierto que el control de amplios territorios iraquíes densamente poblados en la Segunda Guerra del Golfo demostró sus limitaciones y, por consiguiente, convirtió a los estadounidenses en víctimas de la geografía. Los aviones pueden bombardear, pero no pueden transportar grandes cantidades de víveres ni ejercer control alguno sobre el terreno.^[28]

Además, en muchos casos, los aviones necesitan tener una base a una distancia razonable. Aun cuando nos encontramos en la era de los misiles balísticos intercontinentales y las bombas nucleares, la geografía conserva su importancia. Como apunta Morgenthau, Estados pequeños y medianos como Israel, Gran Bretaña, Francia e Irán no pueden asumir el mismo grado de castigo que Estados de tamaño continental, como Estados Unidos, Rusia y China, y por consiguiente carecen de la credibilidad necesaria para ser considerados una amenaza nuclear, lo cual significa que un Estado pequeño rodeado de sus adversarios, como Israel, se ve obligado a ser especialmente pasivo o agresivo para poder sobrevivir. Se trata, en esencia, de una cuestión geográfica.^[29]

Sin embargo, abrazar el mapa físico, junto con las montañas y sus habitantes, previene contra la visión de un mundo dominado de manera ineludible por líneas divisorias étnicas y sectarias que se resisten a la globalización. La historia es mucho más complicada. La propia globalización ha alentado el renacimiento de localismos, contruidos en muchas ocasiones sobre conciencias étnicas y religiosas, las cuales están adscritas a paisajes específicos y, por lo tanto, se explican mejor si no se olvida el mapa físico. Todo ello es debido a que el poder de las comunicaciones de masas y la unificación económica han debilitado el de muchos estados, incluso el de los de concepción artificial —en contra de los dictados de la geografía—, que ha dejado un mundo rebelde e inestable desprotegido en algunas áreas críticas. Gracias a la tecnología de las comunicaciones, los movimientos panislámicos ganan fuerza en todo el arco afroasiático del islam, si bien es cierto que los Estados musulmanes individuales están sitiados desde dentro.

Tomemos Irak y Pakistán como ejemplos. En términos geográficos, posiblemente son los dos Estados de concepción más ilógica que se encuentran entre el mar Mediterráneo y el subcontinente indio, si bien es cierto que el mapa físico estipula que, en el mejor de los casos, Afganistán es un Estado débil. Sí, Irak se desmoronó porque Estados Unidos lo invadió; sin embargo, podría argumentarse que la dictadura de Sadam Husein (que conocí de manera muy directa en la década de 1980 y era, con mucho, la peor del mundo árabe) estaba determinada geográficamente. Si nos remontamos hasta el primer golpe militar de 1958, cada dictador iraquí ha tenido que mostrarse más represor que el anterior para poder controlar un Estado sin fronteras naturales y compuesto de kurdos y árabes suníes y chiíes con un grado de conciencia étnica y sectaria bien definido.

Sé que es importante no llevar esta lógica demasiado lejos. Ciertamente, las montañas que separan el Kurdistán del resto de Irak y la división de la llanura mesopotámica entre suníes, en el centro, y chiíes, en el sur, pueden haber resultado más decisivas en cuanto al desarrollo de los acontecimientos que la búsqueda de la democracia. Sin embargo, nadie puede predecir el futuro y, desde luego, no puede descartarse un Irak razonablemente estable y democrático, del mismo modo que las montañas del sudeste de Europa, que ayudaron a separar el Imperio austrohúngaro del Imperio otomano, más pobre y menos desarrollado, y a unos grupos étnicos y confesionales de otros en los Balcanes durante siglos, no condenaron al fracaso la intervención estadounidense en aquellos territorios para detener guerras intestinas. No hablo de una fuerza implacable contra la cual la humanidad no tiene nada que hacer; en realidad, prefiero abogar por una relativa aceptación del destino, que la realidad geográfica asegura en última instancia, para poner freno a un fervor excesivo dentro de la política exterior, en el que yo mismo he caído.

Cuanto mayor sea nuestra capacidad de poner freno a dicho fervor, mayor será el éxito de las intervenciones en las que tomemos parte, y cuanto más exitosas resulten dichas intervenciones, mayor libertad tendrán nuestros legisladores en el tribunal de la opinión pública para actuar del mismo modo en el futuro.

Soy consciente de que piso terreno peligroso al poner la geografía en un pedestal. Por lo tanto, a lo largo de este libro trataré de tener siempre presente la admonición que Isaiah Berlín lanzó en su famoso discurso pronunciado en 1953 y publicado al año siguiente bajo el título de «*Historical Inevitability*», en el cual tacha de inmoral y cobarde defender que «vastas fuerzas impersonales» como la geografía, el entorno y las características étnicas determinen nuestras vidas y la dirección de la política internacional. Berlín reprocha a Arnold Toynbee y Edward Gibbon que contemplen a las «naciones» y las «civilizaciones» como entes «más concretos» que los individuos que las constituyen, y que consideren «más juiciosas que nosotros» algunas abstracciones como la «tradicición» y la «historia».^[30] Para Berlín, el individuo y su responsabilidad moral son primordiales y, por lo tanto, nadie puede atribuir todas, o gran parte, de sus acciones —o de su destino— a factores como el entorno o la cultura. Las motivaciones de los seres humanos tienen gran importancia para la historia; no se trata de falsas ilusiones que

puedan justificarse aludiendo a fuerzas mayores. El mapa es un principio, no un fin, para interpretar el pasado y el presente.

Es evidente que la geografía, la historia y las características étnicas influyen en los acontecimientos futuros, pero no los determinan. Sin embargo, en la actualidad, no es posible resolver los desafíos que presenta la política exterior, ni escoger la opción acertada, sin tener muy en cuenta esos mismos factores que Berlín, en su ataque frontal a todo tipo de determinismo, parece rechazar a primera vista. Confiar en la geografía y en los factores étnicos y sectarios podría habernos servido para prever la violencia que se desataría tanto en los Balcanes después del final de la guerra fría, como en Irak tras la invasión de Estados Unidos en 2003. No obstante, la recusación moral de Berlín se sostiene a la hora de encuadrar los debates que han tenido lugar en el curso de las dos últimas décadas acerca de dónde convenía y dónde no desplegar tropas estadounidenses fuera de sus propias fronteras.

Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo mantenemos el equilibrio entre otorgar el debido reconocimiento a la importancia de la geografía en la conformación de la historia y el peligro que supone exagerar ese mismo hecho? Creo que podríamos encontrar un punto de apoyo en Raymond Aron y su noción de una «ética formal que tiene sus raíces en el “determinismo probabilístico”», porque «el libre albedrío siempre se ejerce dentro de ciertos límites o restricciones tales como la herencia del pasado».^[31] La palabra clave es «probabilístico», es decir, al centrarnos en la geografía, nos adherimos a un determinismo parcial o vacilante que reconoce la existencia de diferencias obvias entre grupos y territorio, pero que no lo simplifica todo en exceso y da opción a múltiples posibilidades. Tal como defiende el historiador británico Norman Davies: «He llegado a la conclusión de que la casualidad no se compone exclusivamente de elementos deterministas, individualistas o aleatorios, sino de una combinación de los tres».^[32] Los internacionalistas liberales, quienes en general apoyaron la intervención en los Balcanes aunque se opusieron a la invasión de Irak, reflejan este espíritu de sutil diferenciación. Intuyeron, por imprecisa que fuera dicha intuición, uno de los hechos indiscutibles de la geografía: mientras que la antigua Yugoslavia se encontraba en el extremo más avanzado y occidental del antiguo Imperio otomano, contigua a Europa Central, Mesopotamia se encuentra en el más caótico de sus confines orientales. Y teniendo en cuenta que, hasta la fecha, dichas circunstancias han afectado al desarrollo político, la intervención en Irak acabaría poniéndonos a prueba.

Así pues, ¿qué podría tenernos reservado ese destino, esa mano oculta, para los años venideros? ¿Qué puede enseñarnos el mapa que nos sirva para anticiparnos a posibles peligros? Revisemos algunos ejemplos del modo en que la geografía ha afectado al desarrollo de la historia de la humanidad a través de la visión de grandes expertos del siglo XX, y luego concentrémonos en la geografía y en el factor humano a través de los ojos de un gran hombre de la Antigüedad, lo cual nos preparará para estudiar las teorías geopolíticas más refrendadas por el tiempo y provocadoras de la era moderna, y para ver adónde nos conduce su análisis del mundo que nos espera.

Heródoto y sus sucesores

Desde mediados hasta finales del siglo XX, época en que Hans Morgenthau impartió clases en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago, otros dos profesores, William H. McNeill y Marshall G. S. Hodgson, pavimentaban nuevos y prodigiosos caminos en el Departamento de Historia. La universidad era una fuente de talento y de rigor académico, aunque no pretendo desmerecer la labor de muchos otros al concentrarme únicamente en estos tres profesores. Mientras Morgenthau definía el realismo tal como lo entenderíamos en nuestra época, McNeill hacía lo propio con la historia de la humanidad y Hodgson con la historia del islam, en obras monumentales de influencia herodotea donde rara es la ocasión en que no se recurre a la geografía. La audacia que McNeill y Hodgson demostraron en la elección de su objeto de estudio es digna de admiración en nuestra época académica, que tanto énfasis pone en la especialización, una necesidad a medida que el repositorio del conocimiento se amplía de manera ininterrumpida. Sin embargo, leyendo a McNeill y a Hodgson uno casi siente nostalgia de un tiempo, no tan lejano, en que los horizontes de los eruditos parecían infinitos. La especialización ha dado sus frutos, pero el mundo académico podría sacar mayor provecho a lo que representan estos dos profesores de la Universidad de Chicago. La geografía, tal como demuestran, es en sí misma un medio que contribuye a enfrentarse a la realidad con amplitud de miras.

William Hardy McNeill, nacido en la Columbia Británica, era un hombre de mediana edad cuando publicó en 1963 *The Rise of the West: A History of the Human Community*, un libro de más de ochocientas páginas. La intención general de la obra de McNeill es recusar el punto de vista del historiador

británico Arnold Toynbee y su homólogo alemán Oswald Spengler, quienes defendían que las civilizaciones separadas persiguieron sus destinos de manera independiente. Por el contrario, McNeill afirma que las culturas y las civilizaciones han interactuado desde siempre y que eso es lo que ha construido los cimientos de la historia de la humanidad. Si el libro trata de algo, es de los grandes movimientos de personas por todo el mapa.

A saber: un movimiento septentrional llevó a los denominados cultivadores de la región del Danubio al centro y oeste de Europa entre los años 4500 y 4000 a. C. Mientras tanto, un movimiento meridional de pastores y agricultores cruzó el norte de África y atravesó el estrecho de Gibraltar «donde se topó y se mezcló con la riada danubiana». Sin embargo, las poblaciones europeas de cazadores, más antiguas, no fueron aniquiladas, afirma McNeill, sino que hubo una unión de pueblos y culturas.^[1] En este punto se inicia la parte central del libro.

Ambos movimientos de población, al norte y al sur del Mediterráneo, se originaron en el Creciente Fértil y Anatolia, donde la inestabilidad política era, en gran medida, una de las consecuencias de la geografía. «Mientras Egipto se extiende pacífica y paralelamente a las rutas de desplazamiento humano, Irak es, desde tiempos pretéritos, una provincia fronteriza que se sitúa, de manera inoportuna, perpendicular a los caminos predestinados del hombre», escribe la difunta escritora de viajes británica Freya Stark.^[2] De hecho, tal como indica McNeill, Mesopotamia se abrió paso a través de una de las rutas migratorias más sangrientas de la historia. «En cuanto las ciudades de la llanura comenzaron a florecer», como resultado de un paisaje de pendientes poco pronunciadas en el curso bajo del valle del Tigris y el Éufrates, ríos que proveían de agua de regadío durante muchos kilómetros, «se convirtieron en el tentador objetivo de los saqueos que llevaban a cabo los pueblos bárbaros de los alrededores». Es más, cuando la mayor parte de la tierra irrigable de Mesopotamia acabó convertida en campos de cultivo y los de unas y otras comunidades empezaron a entrar en contacto, comenzaron las guerras crónicas, dado que no existía una autoridad central que dirimiera las disputas territoriales o la distribución del agua en tiempos de escasez. En medio de este semicaos, conquistadores como Sargón (2400 a. C.) entraron en Mesopotamia desde los márgenes de la zona cultivada. A pesar de que con ello se pudo establecer una autoridad centralizada, McNeill asegura que, al cabo de varias generaciones, la soldadesca vencedora abandonó la vida militar a favor del «estilo de vida más tranquilo y acomodado» de las ciudades. Y la historia empezó a repetirse con la llegada de nuevos conquistadores.

Todo ello nos recuerda el modelo descrito por el historiador y geógrafo tunecino del siglo XIV Ibn Jaldún, según el cual, aunque inicialmente un estilo de vida acomodado fortalece el Estado al avalar su legitimidad, en las siguientes generaciones este conduce a la decadencia, cuyo proceso de desmoronamiento lo señala el surgimiento de líderes provinciales poderosos, quienes a su vez irrumpen en la escena y crean sus propias dinastías.^[3] En esencia, la evolución de la civilización en el antiguo territorio de Irak condujo a las tiranías más opresoras para evitar la desintegración interna, y de ahí que tengamos a Tiglatpileser (siglos XII-XI a. C.), Asurnasirpal II (siglo IX a. C.), Senaquerib (siglos VIII-VII a. C.) y otros, famosos por su crueldad, megalomanía y deportaciones masivas.^[4] Un modelo que culmina con la figura de Sadam Husein: el de una región propensa a las invasiones y a la fragmentación, que ha exigido, a lo largo de casi toda su historia, un importante ejercicio de tiranía. Sin embargo, no debemos precipitarnos en abrazar una conclusión tan categórica: por ejemplo, entre 1921 y 1958, Irak disfrutó de un sistema parlamentario que funcionaba moderadamente bien, y que podría haber prosperado si las circunstancias hubieran sido algo distintas. McNeill, Ibn Jaldún y Stark solo hablan de tendencias históricas y geográficas, con lo que evitan ser acusados de deterministas.^[5]

Así como la geografía estableció las bases para el ejercicio continuo de tiranías y burocracia en Mesopotamia, McNeill explica de qué modo, en Egipto, las características geográficas se tradujeron en un gobierno en cierta medida menos opresivo. «Los desiertos proporcionaban a Egipto unas fronteras claras y fácilmente defendibles, mientras que el Nilo servía de columna vertebral y sistema nervioso naturales», de modo que la opresión mesopotámica no era tan necesaria a lo largo del Nilo. «La defensa de las fronteras contra los extranjeros —prosigue— apenas suponía un problema real para el faraón de Egipto»; de hecho, gracias a la inmejorable situación de Egipto con respecto a las rutas migratorias en comparación con Mesopotamia, la infiltración de los libios por el oeste y de los asiáticos por el este eran cuestiones relativamente menores. Egipto estaba aislada del sur, donde lo único que se extiende a ambas orillas del río es el desierto, mientras que al norte se encuentra el mar Mediterráneo. Es probable que, en cuatro mil años, los egipcios «no vieran ni una sola hueste invasora atravesar el corazón de su territorio».^[6] Además, el Nilo era un río de fácil navegación y la corriente llevaba a los barcos hacia el norte, al mismo tiempo que los vientos, generalmente de dirección norte-sur, empujaban a las embarcaciones en sentido contrario, con la ayuda de velas. De ahí que una gran civilización

tuviera la oportunidad de florecer en Egipto. «Por comparación —escribe McNeill—, los gobernantes mesopotámicos no disponían de instrumentos naturales con que afianzar su autoridad centralizada, por lo que se vieron obligados a instaurar, lenta y penosamente, leyes y una administración burocrática [opresivas] a modo de sustituto artificial de la articulación natural que la geografía había concedido a Egipto». La severa burocracia mesopotámica, además, tenía que lidiar con el problema que suponía la frecuencia caprichosa de las inundaciones del Tigris y el Éufrates, lo cual complicaba aún más la organización del sistema de riego, cosa que no ocurría con el Nilo.^[7] Incluso hoy en día, tanto Egipto como Irak han estado sometidos a regímenes dictatoriales durante largos períodos de tiempo, pero el hecho de que los de Irak hayan sido mucho peores es algo que, en parte, nos remite a la Antigüedad, y a la geografía.

Más allá de Oriente Medio se encontraban lo que McNeill llama las civilizaciones «periféricas» de la India, Grecia y China, «en los márgenes del mundo civilizado de la Antigüedad», de las cuales las dos primeras heredaron buena parte de su vigor de las culturas del río Indo y la Creta minoica. Asimismo, las tres supieron sacar provecho de su interacción con los invasores bárbaros, si bien es cierto que la geografía las resguardaba parcialmente de ellos. Tanto Grecia como la India, gracias a sus montañas septentrionales, estaban «protegidas de manera efectiva del impacto directo de la caballería de las estepas». China se hallaba incluso más aislada por los desiertos inhóspitos, picos elevados y distancias insuperables que la rodeaban, ya que miles de kilómetros separaban el valle del río Amarillo, cuna de la civilización china, del interior de Oriente Medio y la India. El resultado fueron tres civilizaciones completamente originales, en especial la de China, capaces de evolucionar por separado y ajenas a la creciente uniformidad cultural del Gran Oriente Medio, que se extendía desde el norte de África hasta el Turquestán.^[8]

McNeill expone que, a lo largo de la Antigüedad, los avances y retrocesos de las fronteras entre las civilizaciones helénica, mesopotámica e india contribuyeron al mantenimiento de un delicado equilibrio cultural en Eurasia que, posteriormente, en los siglos medievales, el aluvión de los pueblos de las estepas del norte, los mongoles en particular, se encargarían de descomponer.^[9] En gran medida, la Ruta de la Seda prosperó gracias a los mongoles, sobre todo en los siglos XIII y XIV, lo cual, en cierto modo, puso en contacto a las civilizaciones eurasiáticas del Pacífico con las mediterráneas. Sin embargo, geográficamente comparada con las civilizaciones más occidentales, China

creó su propio ámbito de influencia, en el que Tíbet, Mongolia, Japón y Corea dirigían sus miradas hacia ella, al mismo tiempo que construían sus propias culturas. Aun así, las grandes limitaciones impuestas por un entorno extremadamente desértico «conllevaran que nada más allá de una protocivilización fuera posible en Tíbet y Mongolia», según McNeill.

Los lamaístas tibetanos, «que siempre fueron conscientes de los orígenes indobudistas de su fe», se opusieron a la sinización apelando a las tradiciones de la civilización rival colindante.^[10] La historia, según McNeill, es un modelo de fluidez en el que las cosas parecen seguras y geográficamente bien ordenadas y, más importante aún, en el que nosotros nos encontramos en un estado de pequeñas transiciones e incesantes intercambios culturales.

Aunque se opone a Spengler, a Toynbee y más adelante a la teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington, profesor de la Universidad de Harvard, al hacer hincapié en la interacción entre dichas civilizaciones antes que en su distanciamiento, la obra de McNeill atrae la atención del lector con la idea global de que es la geografía la que, en gran medida, conforma las civilizaciones, de que estas nacen de entornos de características muy concretas, crean su propia identidad y a continuación interactúan con otras civilizaciones, con las que a su vez forman nuevos híbridos. Y así es como se entreteje la historia.^[11] McNeill utiliza una metáfora para describir el proceso:

Las civilizaciones podrían compararse con las cordilleras, que se alzan durante eones, durante los que solo han de enfrentarse a las fuerzas erosivas, que de manera lenta, aunque ineludible, las desgastan hasta nivelarlas con su entorno. Dentro del comparativamente breve lapso de tiempo de la historia de la humanidad, también las civilizaciones son susceptibles de sufrir la acción de la erosión cuando el conjunto especial de circunstancias que condujo a su auge desaparece, a la vez que los pueblos cercanos se alzan hasta nuevas cumbres culturales tomando prestados los logros de dicha civilización o, por el contrario, en respuesta a ellos.^[12]

Esta erosión y estos préstamos amenazan la pureza que defiende Oswald Spengler, filósofo e historiador alemán de principios del siglo XX, quien teoriza acerca de los «profundos vínculos con la tierra» por los que se distinguen las mejores altas culturas, el modo en que la evolución interna de dogmas y prácticas sacras quedan «atrapados en el lugar de su nacimiento», pues «aquello que pierde el contacto con la tierra se envara y endurece». La

alta cultura, prosigue, se inicia en el «campo preurbano» y culmina en un «final materialista», en las «ciudades-mundo». Para este oscuro romántico, que traducido al inglés puede resultar grandilocuente y al mismo tiempo hipnótico, profundo y, sinceramente, en ocasiones ininteligible, el cosmopolitismo es la esencia del desarraigo porque no está vinculado a la tierra.^[13]

Esto plantea la cuestión del auge y destino final de una cultura urbana occidental, en plena transformación hacia una cultura mundial cada vez más divorciada de la tierra. Una cuestión que abordaremos más adelante. Mientras tanto, me gustaría continuar con McNeill, quien hace incluso mayor hincapié que Spengler en el clima y la geografía, y de una manera bastante más inteligible.

Por poner un ejemplo, McNeill defiende que los arios desarrollaron una personalidad cultural distinta en la llanura atravesada por los ríos Indo y Ganges, menos belicosa, que en la Europa mediterránea, debido a la influencia de las selvas del subcontinente y el ciclo monzónico, lo cual fomentó la meditación y el conocimiento religioso. En otro ejemplo, determina que la «precocidad» de la Jonia griega se debió a la proximidad de Asia Menor y Oriente con quienes mantenía estrecho contacto. Sin embargo, McNeill también rehúye el determinismo categórico en este punto porque, a pesar de la orografía griega, la cual favoreció el establecimiento de pequeñas unidades políticas como, por ejemplo, las ciudades-estado, procura dejar constancia de que, en ciertos casos, «extensiones de terrenos fértiles colindantes se dividían» en distintas ciudades-estado, de modo que la geografía podría ser solo un elemento más de la historia. Y especialmente, cómo no, está la historia de los judíos, contraria a toda la lógica de la continuidad geográfica de las grandes religiones (en concreto del hinduismo y el budismo), y que, por lo tanto, McNeill se esfuerza por incluir. La aniquilación de la comunidad judía de Judea, a consecuencia de las represiones romanas de las revueltas de los siglos I y II d. C., no acabaron con el judaísmo, que sobrevivió de manera sorprendente y acabó evolucionando y prosperando en ciudades dispersas de la diáspora occidental; una historia de dos mil años contraria a la geografía que demuestra, una vez más, hasta qué punto las ideas y el factor humano revisten tanta importancia como el terreno físico.^[14]

Y aún quedaría Europa, cuya historia se remonta a los albores de la humanidad y versa, primordialmente, sobre la primacía de la geografía. Tal como apunta McNeill, Europa occidental disfrutaba de unas ventajas

geográficas claras que pusieron en juego los avances tecnológicos de lo que se ha dado en llamar la Edad Media: llanuras amplias y fértiles, un litoral recortado que favorecía la existencia de un sinnúmero de buenos puertos naturales, ríos navegables que fluían hacia el norte a través de dichas llanuras y que fomentaron la actividad comercial hasta tal punto que llegó a superar a la de la región mediterránea, y abundancia de madera y metales.^[15] El de Europa también era un clima duro, frío y húmedo, y sin embargo, como Toynbee — que, al igual que McNeill, no era fatalista—, escribe: «La comodidad es adversa a la civilización [...]. Cuanto mayores comodidades aporte el entorno, menor será el estímulo de la civilización».^[16] De ahí que Europa se desarrollara gracias a una geografía que, a pesar de su hostilidad, contaba con multitud de centros neurálgicos naturales para el comercio y el transporte. Las civilizaciones son, en muchos sentidos, reacciones esforzadas y valerosas ante el entorno natural. Tomemos como ejemplo la proximidad de Escandinavia y la presión militar que ejerció sobre las costas europeas occidentales, lo cual condujo a la articulación de Inglaterra y Francia como entidades nacionales. Es más, Inglaterra, a pesar de no superar en tamaño a los reinos feudales del continente y, como defiende Toynbee, «en posesión de fronteras mejor definidas [al fin y al cabo, era una isla]», alcanzó una realidad nacional, en contraposición a una feudal, bastante antes que sus vecinos.^[17]

Es evidente que ciertos paisajes, como el Ártico, resultan tan inhóspitos que pueden conducir al hundimiento de la civilización o a su atrofia, a las que precede, según Toynbee, una demostración de fuerza cultural, como por ejemplo la capacidad de los esquimales para permanecer en el hielo en invierno y cazar focas. Sin embargo, una vez conseguida dicha proeza, son incapaces de dominar el entorno hasta el punto de establecer una verdadera civilización. Tanto Toynbee como su coetáneo Jared Diamond, geógrafo de la Universidad de California, en Los Ángeles, escriben extensamente acerca de las dificultades y las caídas a las que se enfrentaron las culturas medievales de los vikingos de Groenlandia, los polinesios de la isla de Pascua, los anasazis del sudoeste de Estados Unidos y los mayas de las selvas de Centroamérica, cuyo denominador común eran sus problemas con el entorno.^[18] Parece ser que el paisaje de Europa brindaba a sus pobladores el grado de dificultad ideal para desafiarlos a alcanzar nuevas metas culturales, si bien es cierto que seguía encontrándose en la zona templada septentrional, bastante próxima a África, Oriente Medio, la estepa eurasiática y Norteamérica. De ahí que sus pueblos dispusieran de la posibilidad de aprovechar al máximo los modelos comerciales y de prosperar a lo largo de siglos gracias a avances tecnológicos

en ámbitos la navegación.^[19] Solo hay que pensar en Vasco de Gama y cómo fue capaz de dominar el monzón en el Océano Índico, lo cual permitió que las costas de Eurasia se convirtieran en uno de los centros neurálgicos de las rutas marítimas mundiales, dominadas por los europeos. Sin embargo, según McNeill, no es solo el progreso material de Europa en un entorno físico exigente lo que conduce al auge de Occidente, sino también la clausura, en sus propias palabras, de los espacios «bárbaros».^[20]

McNeill habla de la «inexorable, aunque no siempre ininterrumpida, imposición cultural sobre la barbarie»:

Fue esta imposición la que generó la múltiple variedad interna de las civilizaciones mundiales que se desarrollaron por separado y aumentó la frecuencia del contacto mutuo, lo cual preparó el camino para la espectacular unificación del planeta que ha ido desarrollándose durante los últimos tres o cuatro siglos.^[21]

Esta clausura cultural de los espacios relativamente vacíos del planeta, sobre todo en la zona templada, se inició en gran medida con los viajes de descubrimiento como los de Vasco de Gama, Colón, Magallanes y otros, y continuó con las famosas etapas que vivió la revolución de la industria, el transporte y las comunicaciones, hasta la globalización de la actualidad. También fueron declinando definitivamente los pueblos de las estepas, con lo que Rusia, China y el imperio de los Habsburgo se repartieron las llanuras y las mesetas relativamente desiertas de Eurasia central. El mismo destino sufrieron las poblaciones indígenas tras el violento afianzamiento de la frontera occidental de Norteamérica y la invasión colonial europea del África subsahariana.^[22] El mundo, tal como McNeill lo describe, se halla definitivamente unificado bajo una cultura esencialmente occidental y cada vez más urbanizada. Recordemos que el comunismo, aun tratándose de una prolongación de unas tendencias totalitarias íntimas del cristianismo ortodoxo oriental y, por lo tanto, una afrenta al liberalismo, seguía siendo una ideología del Occidente industrializado. El nazismo también surgió como una patología de un Occidente en rápida modernización y acosado por la inflación. McNeill no habla de unidad política, sino de amplias tendencias culturales, geográficas y demográficas.

A pesar de que la clausura de los espacios vacíos del mapa es uno de los temas clave que trata *The Rise of the West*, obviamente dicha postulación solo es cierta en un sentido relativo. El hecho de que dos vías férreas procedentes de direcciones opuestas se encuentren y coincidan en un punto no significa

que ya no queden espacios desiertos o escasamente habitados en medio. Las fronteras pueden cerrarse en un sentido formal, pero la densidad de la población y la interacción electrónica continúan aumentando a un ritmo desaforado. Y es este ritmo de crecimiento el que ayuda a conformar el escenario político internacional que vivimos en la actualidad. McNeill concebía como una unidad un mundo en que ningún lugar civilizado distaba más que unas cuantas semanas de otro.^[23] Sin embargo, ¿cómo cambia la geopolítica cuando los lugares más remotos se encuentran a tan solo unos días, o unas cuantas horas, como ocurre en la actualidad? En cierto modo, el mundo estaba unido en los siglos XVIII y XIX, pero ese mundo apenas guarda relación en términos demográficos y tecnológicos con el de principios del siglo XXI. Como veremos, el drama central de nuestra época es la ocupación constante del espacio, lo que contribuye a una geografía verdaderamente cerrada en la que Estados y ejércitos tienen cada vez menos sitios donde esconderse. Hace un siglo las tropas mecanizadas y de modernización incipiente tenían que atravesar cientos de kilómetros para ir en busca del enemigo, pero ahora existen todo tipo de misiles. La geografía no desaparece en este escenario, sino que, como veremos, incluso se hace más esencial.

Examinemos la cuestión desde otro ángulo. Para ello recuperaremos a Morgenthau, quien defiende que la expansión imperial de los siglos XVIII y XIX hacia territorios geográficos relativamente deshabitados de África, Eurasia y el oeste de Norteamérica desvió la política de las grandes potencias hacia la periferia, con lo que se redujeron los conflictos. Por ejemplo, cuanto mayor fue la atención que Rusia, Francia y Estados Unidos prestaron a expandirse hacia tierras remotas de un modo imperialista, menor fue la atención que se prestaron mutuamente y, en cierto sentido, el mundo estuvo más tranquilo.^[24] No obstante, a finales del siglo XIX se consumó la consolidación de las grandes naciones-estado y los imperios de Occidente, y la conquista de nuevos territorios solo sería posible a expensas de otros.^[25] Morgenthau lo resume de este modo:

Cuando el equilibrio del poder —donde tres continentes ejercen el mayor peso— pasa al ámbito internacional, la dicotomía entre el círculo de las grandes potencias y su centro, por un lado, y su periferia y los espacios deshabitados, por el otro, debe desaparecer necesariamente. La periferia del equilibrio del poder ahora coincide con los confines del mundo.^[26]

Mientras que la visión de Morgenthau, adscrita a los primeros y tensos años de la guerra fría, augura peligro, la de su colega de universidad McNeill, adscrita a una fase posterior y más estable, destila esperanza:

Los Han de la antigua China [...] pusieron fin a los disturbios de los Estados en guerra al erigir una estructura burocrática imperial que ha perdurado, con algún que otro declive y enmienda modesta, casi hasta nuestros días. Los Estados en guerra del siglo XX parecen animados a alcanzar una resolución similar de sus conflictos.^[27]

Da la impresión de que la caída del muro de Berlín en 1989 ha confirmado el optimismo de McNeill, aunque podría mantenerse que el mundo es tan peligroso en la actualidad como lo era durante la guerra fría, ya que el mapa sigue cerrándose de distintos y múltiples modos. Tomemos China como ejemplo: Mao Zedong consolidó China, a un precio muy alto sin duda, como un Estado moderno, un Estado que en la actualidad constituye una gran potencia económica (aunque a un ritmo más moderado) y militar, con un peso mayor del que Morgenthau hubiera imaginado en el tablero de ajedrez eurasiático. Entretanto, incluso los rincones más remotos del planeta se urbanizan, y aunque Spengler pudiera considerar el abandono de la tierra y la vida agrícola como un declive cultural, las aglomeraciones urbanas en rápido crecimiento conducen, como McNeill intuía, a la metamorfosis de la religión y la identidad de un modo enérgico, aunque preocupante.^[28] El islam, por ejemplo, se convierte en una religión menos tradicional y arraigada a la tierra y más en una fe austera, en algunos casos ideológica, con que regular el comportamiento de la población en barriadas marginales extensas e impersonales en que el clan familiar no se manifiesta con tanta fuerza. Esto conduce a un Oriente Medio de megaciudades y otras concentraciones urbanas en lo que antes era campo que, aunque pobres, por lo general disfrutaban de un índice de delincuencia muy bajo, si bien es cierto que, en ocasiones, de ello se derive un terrorismo internacional desestabilizador. El cristianismo también evoluciona hacia una vertiente más ideológica en el sur y el oeste de América a consecuencia de las tensiones que genera la vida en los suburbios, al mismo tiempo que una forma libre de paganismo ecológico echa raíces en las ciudades europeas y sustituye al nacionalismo tradicional, sin olvidar que el superestado de la Unión Europea tiene un significado abstracto para todos menos para las élites. Mientras tanto, la guerra ya no es un «deporte de reyes», como lo era en el siglo XVIII, sino un instrumento del fanatismo nacionalista y religioso, ya sea a gran escala, como en el caso de la

Alemania nazi, o a pequeña escala, como ocurre con Al Qaeda.^[29] Y a todo ello hemos de añadir el fantasma espeluznante de las armas nucleares en manos de élites radicalizadas tanto a nivel estatal como subestatal. En medio de todos estos delicados y turbulentos cambios, la geografía clásica vuelve a imponerse y modela las tensiones entre Occidente, Rusia, Irán, India, China, Corea, Japón, etcétera, que analizaremos detalladamente más adelante. La teoría de McNeill acerca de la interacción entre civilizaciones nunca ha tenido mayor vigencia que en la actualidad. Sin embargo, sería un error equiparar una cultura mundial emergente con la estabilidad política, porque el espacio —precisamente porque está más poblado y, por tanto, nunca antes ha sido tanpreciado— sigue revistiendo importancia, y mucha.

Si el ojo académico de McNeill abarcaba todo el planeta, el horizonte de Marshall Hodgson, en cuanto a lo que nos interesa, se estrecha y se limita al Gran Oriente Medio. Aun así, Hodgson, cuáquero de fuerte personalidad, fallecido a los cuarenta y seis años, demuestra una gran ambición en su obra *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, compuesta de tres volúmenes y publicada íntegramente en 1974, seis años después de su muerte. De acuerdo con McNeill, este historiador de la Universidad de Chicago, en gran parte olvidado y bastante menos conocido entre los periodistas de su época que otros distinguidos expertos en Oriente Medio como Bernard Lewis, de la Universidad de Princeton, o John Esposito, de la de Georgetown, ha situado geográfica y culturalmente el islam en el contexto de las grandes corrientes de la historia de la humanidad gracias a esta obra monumental. Puede que el estilo de Hodgson se decante hacia lo académico o lo oscuro, pero si el lector persevera se verá recompensado con una explicación del modo en que el islam consiguió emerger, arraigar y extenderse de la increíble, y a menudo veloz, manera en que lo hizo, no solo en Arabia y el norte de África, sino en todo el litoral del Océano Índico y el interior, desde los Pirineos hasta los Tian Shan.^[30]

Cabe destacar que Hodgson escribió gran parte de *The Venture of Islam* en las décadas de 1950 y 1960, cuando los medios de comunicación solían centrar su atención en la guerra fría que se libraba en Europa. Aun así, en el primer volumen, desarrolla una teoría según la cual siempre ha sido un error mantener una visión eurocéntrica del mundo, origen de unos prejuicios que ya se reflejaban en el diseño de las primeras convenciones cartográficas.^[31] El «uso cada vez más extendido de un mapa mundial visualmente distorsionado

en extremo, la proyección de Mercator, la cual, al exagerar las dimensiones del norte, consigue que una “Europa” artificialmente delimitada parezca mayor que toda “África” y, además, empequeñece otra península eurasiática, la India, disimuló el desatino». A continuación, Hodgson procede a trasladar el centro geográfico del lector hacia el sur y el este, a lo que él llama la ecúmene, antiguo término griego con que se designaba la «tierra habitada», la zona templada de la masa continental afroasiática que se extiende desde el norte de África hasta los confines de China occidental, un territorio que también denomina «del Nilo al Oxus».^[32] Estas definiciones son tan vagas que, en ocasiones, se contradicen. Por ejemplo, el área del Nilo al Oxus comprende una región en cuyo extremo occidental se encontraría Egipto, mientras que la ecúmene podría hacer referencia a una zona que comienza mucho más al oeste, siguiendo el litoral africano del Mediterráneo. La cuestión es que las rígidas distinciones que impuso la guerra fría, en aquellos momentos en su apogeo, y que desmarcaban Oriente Medio tanto de Anatolia como del subcontinente indio, pierden toda su consistencia cuando Hodgson nos muestra una geografía más orgánica, delimitada por el entorno y la cultura, es decir, todo ese territorio de vastas dimensiones y generalmente agostado que se extiende entre las civilizaciones de Europa y China. En suma, el mundo de Heródoto, el cual, según da a entender Hodgson, posee la clave de la historia de la humanidad.

Si tenemos en cuenta el modo en que la globalización está eliminando fronteras, regiones y diferencias culturales, la construcción geográfica deliberadamente flexible y grandiosa de Hodgson resulta de gran utilidad, pues parece indicar hasta qué punto el mapa físico se rebela contra aquello que intenta constreñirlo. De este modo, Hodgson ayuda al lector a imaginar el mundo dinámico de la Antigüedad tardía en el que surgió el islam, así como el actual, en el que China y la India incrementan su presencia económica en el Gran Oriente Medio (la anterior ecúmene), del mismo modo que los territorios del golfo Pérsico gobernados por jeques hacen lo propio en África, y por tanto enmiendan las divisiones artificiales a las que estábamos acostumbrados.

«Casi podríamos definir de manera peyorativa la región donde acabaría formándose la cultura “islamizada” —explica— como ese grupo de tierras residuales en las que no se hallan las raíces de la tradición cultural griega y sánscrita, y de las cuales, con el tiempo, las regiones europea e india acabarían desmarcándose [...]. En este sentido, en la era axial [del año 800 al 200 a. C.], dicha región se componía de aquellas tierras que se extendían entre

el Mediterráneo y el Hindú Kush [Afganistán], donde griegos y sánscritos únicamente tuvieron una presencia local o temporal, en el mejor de los casos». Dentro de esta amplia zona del Gran Oriente Medio, que se extiende aproximadamente a lo largo de unos cinco mil kilómetros dentro de la zona templada, dos realidades geográficas estimularon la alta cultura: la situación clave con relación a las rutas comerciales que atravesaban la ecúmene de un extremo al otro, especialmente la de Arabia y el Creciente Fértil, y la gran aridez de la región.

Este último punto requiere explicación. Hodgson sostiene que la escasez generalizada de agua reducía la riqueza que podía obtenerse de la tierra mediante la agricultura y, por lo tanto, la concentración de terrenos productivos no era demasiado común; de ahí que la vida rural fuera insegura y no resultara tan atractiva como la vida urbana de los oasis. El dinero y el poder se concentraban en manos de los mercaderes de los «puntos de unión» que se repartían a lo largo de las rutas comerciales de larga distancia de Oriente Medio, sobre todo cuando dichas vías pasaban cerca del tráfico marítimo del mar Rojo, el mar de Omán y el golfo Pérsico, lo cual ofrecía a los mercaderes árabes un acceso crucial a las magníficas rutas comerciales del Océano Índico. Y dado que se trataba de un mundo gobernado por el comercio y los contratos, la honradez y el «trato justo» eran elementos primordiales para el mantenimiento de una vida económica estable. De este modo, cuando los septentrionales imperios bizantino y sasánida empezaron a tambalearse en Anatolia y Persia, en Arabia y el Creciente Fértil se dieron las condiciones ideales para la aparición de una fe que enaltecía la ética en detrimento de otra que meramente aseguraba «el ciclo de las estaciones agrícolas». De ahí que el islam naciera tanto como un credo comercial como una religión del desierto.^[33]

El centro comercial más importante de Arabia central y occidental era La Meca, en Hiyaz, una región próxima al mar Rojo, que se encontraba en la intersección de dos grandes rutas. Una de ellas, con La Meca en un punto intermedio, tenía una orientación norte-sur y conectaba Yemen y los puertos del Océano Índico con Siria y el Mediterráneo. La otra, de orientación esteoeste, conectaba el Cuerno de África, en la costa opuesta del mar Rojo, con Mesopotamia e Irán, en el golfo Pérsico. Si bien La Meca se encontraba lo suficientemente alejada del centro del poder sasánida de Irán para no estar sometida a este, también estaba expuesta a influencias religiosas y filosóficas —zoroastrismo, maniqueísmo, helenismo, judaísmo, etcétera— procedentes de Persia, Irak y Asia Menor. Aunque no disponía de un gran oasis, sí de agua

suficiente para los camellos. Las montañas la protegían de los piratas del mar Rojo, y poseía un santuario, la Kaaba, que acogía los ídolos sagrados de los clanes de la región y al que acudían peregrinos de todas partes. Este es, principalmente, el contexto geográfico en el que surgió el profeta Mahoma, un respetado comerciante y mercader de la región que, ya en la treintena, empezó a preocuparse por cómo llevar una vida pura y justa. La Meca era más que un mero campamento apartado en medio del desierto, era un palpitante centro cosmopolita.^[34]

Por descontado, y en última instancia, la geografía del intrincado tapiz de Hodgson no explica el islam, puesto que una religión por definición se fundamenta antes en lo metafísico que en lo físico. Sin embargo, sí demuestra que la geografía contribuyó al desarrollo y difusión de una religión aglutinada, como estaba el islam, en modelos comerciales y beduinos que a su vez eran criaturas de una zona de clima árido cruzada por rutas mercantiles.

La Arabia beduina se agrupaba en tres regiones agrícolas: Siria al norte, Irak al noreste y Yemen al sur. Cada una de estas tres áreas, a su vez, estaba vinculada a una «región interior política», una zona montañosa que, en los siglos VI y VII, la dominaba. En el caso de Siria, se trataba de las montañas de Anatolia; en el de Irak, las de Irán; y en cuanto a Yemen, existía una interrelación algo más débil con las montañas de Abisinia (la moderna Etiopía). El islam acabaría por conquistar la mayor parte de estas tierras, pero la geografía determinaría en parte que estos grupos agrícolas, especialmente los de Siria e Irak, los dos arcos del Creciente Fértil, conservaran su identidad comunitaria y, por lo tanto, se convirtieran en centros rivales del poder islámico.^[35]

El repaso histórico de la Antigüedad tardía y la Edad Media que Hodgson recoge en los dos primeros volúmenes de su obra mastodóntica nos ayuda a comprender de qué modo se constituyeron los Estados modernos de Oriente Medio, supuesto resultado del colonialismo occidental, y por qué son menos artificiales de lo que se ha afirmado. Egipto, Yemen, Siria e Irak, como hemos visto, y no digamos ya Marruecos, cercado por mares y el Atlas, y Túnez, heredero de la antigua Cartago, son antiguos reductos de civilizaciones, los precursores legítimos de los Estados modernos, aun cuando sus fronteras demarcadas en medio del desierto suelen ser arbitrarias. Toynbee se lamenta de las divisiones del mundo árabe y afirma que la occidentalización «se impuso antes de que se vislumbrara la posibilidad de un Estado universal islámico».^[36] No obstante, el hecho de que el islam constituya una civilización mundial no significa que estuviera decidido a convertirse en un

sistema de gobierno, ya que, tal como demuestra Hodgson, dicha civilización estaba constituida por múltiples y distintos centros de población con un rico pasado preislámico, que ha entrado en juego en la época poscolonial. Las tierras altas iraníes, como defiende Hodgson, siempre han estado intrínsecamente relacionadas con la política y la cultura mesopotámicas, algo que se ha puesto de relieve después de la invasión estadounidense de Irak en 2003, lo cual abrió la puerta para la reentrada de Irán en la región. De hecho, durante largos períodos de tiempo, la frontera entre Persia y Mesopotamia, en constante cambio, fue el propio río Éufrates, que en la actualidad atraviesa Irak. Los árabes conquistaron el Imperio sasánida, situado en el corazón de la meseta iraní, en 644 d.C., solo veintidós años después de la huida de Mahoma, o Hégira, de La Meca a Medina, el acontecimiento que marca el inicio de la era islámica en la historia de la humanidad. Sin embargo, las tierras altas de Anatolia se encontraban más alejadas y ocupaban mayor territorio y, por lo tanto, debido en parte a la geografía, no sería hasta más de cuatrocientos años después, en 1071, cuando los turcos selyúcidas —no los árabes— conquistaron el interior de Anatolia para el islam, en la batalla de Manzikert, en la que se enfrentaron al Imperio bizantino.^[37]

Los selyúcidas eran un pueblo de la estepa del interior de Eurasia, que invadió Anatolia desde el este (Manzikert se hallaba en el extremo oriental de Anatolia). No obstante, así como los árabes nunca consiguieron conquistar las imponentes montañas de Anatolia, los selyúcidas, en el interior de dicha fortaleza natural, tampoco lograron mantener un gobierno estable en el corazón del mundo islámico: el Creciente Fértil y la meseta iraní, por no hablar de Hiyaz y el resto de la Arabia desértica meridional. De nuevo, la geografía entra en acción. (Aunque los turcos otomanos, herederos de los selyúcidas, conquistarían los desiertos árabes, su influencia fue a menudo muy limitada.) El dominio túrquico alcanzaría puntos tan lejanos como Bengala, en el extremo oriental del subcontinente indio, aunque formaría parte de un movimiento de población que atravesaría la extensa zona templada eurasiática en dirección sur, ya que estos nómadas túrquicos constituían el grueso de las tribus controladas por los tristemente famosos ejércitos mongoles (los mongoles propiamente dichos constituían una élite relativamente reducida). Más adelante trataremos las hordas mongolas y su importancia geopolítica, pero llegados a este punto resulta interesante apuntar la opinión de Hodgson, para quien el nomadismo de caballo de los mongoles y los pueblos túrquicos tuvo mayor impacto en el desarrollo de la historia que el nomadismo de camello de los árabes. Como los caballos no estaban

preparados para soportar la aridez de los desiertos de Oriente Medio y las ovejas con que estos nómadas solían viajar necesitaban pastos relativamente espesos, los ejércitos dirigidos por los mongoles evitaron la lejana Arabia y, en su lugar, se dedicaron a asolar Europa oriental, Anatolia, el norte de Mesopotamia e Irán, Asia Central, la India y China, tierras mucho más próximas y climatológicamente benignas; unos territorios que, en conjunto, resultarían de una importancia estratégica incomparable para el mapa eurasiático anterior al uso de la pólvora en la guerra. Probablemente, las invasiones túrquico-mongolas fueron el suceso más importante de la historia de la humanidad en el segundo milenio de la era cristiana, y se debió principalmente al uso de ciertos animales impuesto por la geografía.^[38]

El análisis que Hodgson realiza de los mongoles demuestra que *The Venture of Islam* es mucho más que una obra de una sola especialidad. Llamar a Hodgson arabista o islamista es infravalorarlo, pues en sus manos el islam se convierte en el vehículo que nos permite descubrir las tendencias intelectuales, culturales y geográficas más importantes que afectan a las sociedades afroeurasiáticas. En realidad, a todo el mundo antiguo, en cuyo corazón se encuentra la ecúmene primitiva. No se trata de una obra sobre geografía *per se*. Hodgson dedica tanto tiempo a la exposición del misticismo sufí como a la descripción del entorno, por no mencionar las demás tradiciones intelectuales y sectarias que desarrolla. Y aun así, al introducir la geografía en su análisis del modo en que lo hace, demuestra cómo esta interactúa con la política y las ideologías para tejer la trama de la historia. Tomemos por ejemplo a los turcos otomanos, quienes acabarían sucediendo a sus hermanos túrquicos en Anatolia, los selyúcidas, a finales del siglo XIII. El «monolítico sistema de castas militar» de los otomanos, a diferencia del de Rusia, por poner un ejemplo, o incluso el de los mongoles, impuso «límites geográficos» sobre el territorio bajo su dominio. Los otomanos estaban acostumbrados a un único e imponente ejército en el que el *padishah*, o emperador, debía estar siempre presente. Al mismo tiempo, tenían que funcionar con una única capital, Constantinopla, situada al noreste del Mediterráneo, en la entrada del mar Negro, donde residía la vasta estructura burocrática del sultanato. «Por consiguiente, una campaña bélica de gran importancia solo podía llegar lo lejos que lo permitieran las estaciones en que pudiera realizarse la marcha»: por eso Viena, en el noroeste, y Mosul, en el sudeste, eran los límites geográficos de la estable expansión otomana por tierra. El ejército podía pasar el invierno en Sofía o Aleppo, y desde ahí ampliar el alcance de sus objetivos, aunque ello acarreaba grandes problemas

logísticos. No obstante, en términos generales, este sistema absolutista, cuyo poder, tanto personal como burocrático, se concentraba en Constantinopla, acabó convirtiendo la situación geográfica de la capital en un factor determinante. En cierto modo, justo lo contrario que el factor humano. Este sistema favorecería el declive de este Estado militar, dado que, una vez que se alcanzaron los límites geográficos del ejército otomano, la moral, así como las recompensas, descendieron entre las filas de los soldados. Un Estado menos centralizado podría haber conducido a un imperio más seguro, en lugar de a uno que se encontraba a merced de la geografía. En el ámbito naval, el absolutismo también exageró la tiranía de la ubicación, de ahí que la fuerza naval otomana se agrupara principalmente en el mar Negro y en el Mediterráneo, próximos a su hogar, y que únicamente consiguiera un éxito «pasajero» contra los portugueses en el Océano Índico.^[39]

Hodgson, al igual que McNeill, colega suyo en el Departamento de Historia de la Universidad de Chicago, no es tanto un académico en el sentido actual de la palabra como un intelectual que domina el mundo antiguo y que se apoya en la rigurosidad de una incansable indagación de signo científico, tal vez fruto de su exigente carácter cuáquero. Es decir, aun cuando se sumerge en la exploración de los pormenores, es capaz de mantener una amplia perspectiva. Su escenario principal es el de la antigua ecúmene griega, que casualmente también conforma gran parte del objeto de estudio de McNeill y, tal como hemos dicho, del trasfondo de la obra *Historia* de Heródoto, escrita en el siglo V a.C. Quizá no sea tan fortuito que precisamente este mundo, la región comprendida entre el Mediterráneo oriental y la meseta iranoafgana, ocupe los titulares de la actualidad. La ecúmene es el lugar en que las masas continentales eurasiática y africana convergen y posee muchas salidas al Océano Índico a través del mar Rojo y el golfo Pérsico, lo cual la convierte en un punto de gran importancia estratégica, así como en una mixtura de flujos migratorios y, por consiguiente, de grupos étnicos y sectarios enfrentados. Una agitación constante que Heródoto ya recoge en su *Historia*.

Heródoto es una de las piezas clave de la argumentación con que pretendo demostrar la relevancia de McNeill y Hodgson en el siglo XXI. Este griego de origen persa, nacido en Halicarnaso, en el sudoeste de Asia Menor, entre el 490 y el 484 a. C., mantiene el equilibrio perfecto entre la geografía y las decisiones de los hombres en su relato sobre los orígenes y el desarrollo de la guerra entre griegos y persas. Presenta el determinismo «parcial» justo, pues nos muestra un mundo donde el mapa físico planea al fondo —Grecia, Persia

y sus respectivas penumbras «bárbaras» en Oriente Próximo y el norte de África— al mismo tiempo que refleja los demoleedores resultados políticos fruto de las pasiones humanas. Heródoto representa la sensibilidad que debemos recuperar si deseamos que el mundo al que nos dirigimos no nos coja tan de sorpresa.

«La costumbre es reina de todo», observa Heródoto, citando a Píndaro. Nos habla de los egipcios, que se afeitaban las cejas en señal de luto por el fallecimiento de un gato doméstico, o de los miembros de las tribus libias, que llevaban el pelo largo por un lado y afeitado por el otro y se embadurnaban el cuerpo con bermellón. También habla de los masagetas, un pueblo que vivía al este del mar Caspio, en lo que ahora es Turkmenistán, entre quienes, cuando un hombre llega a la ancianidad, «sus parientes se reúnen y lo matan, junto con ovejas y cabras, y cocinan toda la carne junta, con la que se dan un festín». Primero solo está el entorno, la experiencia histórica de un pueblo en ese entorno y las costumbres y las ideas que nacen de esa experiencia. Heródoto es el encargado de conservar la memoria de estas culturas y sus geografías, de sus mitos, fábulas e incluso las mentiras por las que se regían. Sabe que cuanto más habilidad política posea un líder para comprender «lo que ocurre ahí fuera», menos probabilidades habrá de que cometa un error de graves consecuencias. Los escitas vivían en el extremo más alejado del Bósforo cimerio, una región tan fría que, en invierno, tenían que encender un fuego para hacer barro. Ya Artabano advirtió en vano a Darío, el rey persa, pidiéndole que no entablara una guerra contra los escitas, un pueblo nómada de gran movilidad, sin ciudades ni tierras de cultivo, que no ofrecía ningún objetivo concreto de ataque para un ejército grande y bien equipado.^[40]

La gran virtud de Heródoto es su convincente capacidad para evocar lo que el ser humano es capaz de llegar a creer. Una convicción refrendada por el hecho contrastado de que los antiguos, que vivían sin ciencia ni tecnología, veían y oían de una manera distinta, más vívida, que nosotros. El entorno y la geografía eran reales para ellos de una manera que no alcanzamos a imaginar.

Examinemos la historia de Filípides, un corredor profesional que fue enviado de Atenas a Esparta como heraldo para suplicar ayuda contra los persas. Filípides cuenta a los atenienses que, de camino a Esparta, ha visto al dios Pan en el monte Partenio y le ha pedido que pregunte a sus compatriotas lo siguiente: «¿Por qué ignoráis a Pan, un buen amigo del pueblo de Atenas, que os ha prestado ayuda muchas veces y que lo hará de nuevo?». Los

atenienses no dudan de Filípides, y cuando la suerte les favorece, erigen un santuario en honor a Pan bajo la Acrópolis.

Se trata de algo más que de una historia pintoresca; bien podría ser la verdad tal como los atenienses se la relataron a Heródoto. El corredor probablemente creía haber visto a Pan. Él lo vio. Teniendo en cuenta el cansancio, el panteón inherente a su sistema de creencias y el miedo a los elementos físicos, a los que se les atribuían cualidades sobrenaturales, y que los seres humanos han perdido desde entonces, la aparición de un dios no es descabellada. El mundo antiguo está «tan poco poblado que el hombre todavía no ha eclipsado la naturaleza —escribe Boris Pasternak en *El doctor Zhivago*—. La naturaleza te asaltaba los sentidos y te agarraba por el cogote con tanta furia y de manera tan ostensible que tal vez realmente todavía estuviera llena de dioses».^[41] Si el racionalismo y el secularismo nos han llevado tan lejos que ya no somos capaces de imaginar lo que vio Filípides, entonces tampoco somos capaces de comprender los movimientos religiosos —y, por consiguiente, de defendernos de ellos— que van en dirección opuesta a la Ilustración y afectan a la geopolítica actual. A pesar de que apenas queda lugar en el planeta que no esté habitado y que el mundo natural no es lo que era, la nueva geografía de los barrios degradados, los poblados de chabolas y los paisajes que no son ni lo uno ni lo otro produce un efecto psicológico de la misma intensidad en los seres humanos, aunque de un modo distinto, por descontado. Y para entender esta nueva geografía, la importancia especial que concede al espacio y su consiguiente impacto físico, es de gran ayuda aprender a interpretar los paisajes antiguos descritos por Heródoto.

El punto central de la *Historia* de Heródoto es el influjo que ejerce el archipiélago griego, hervidero cultural, y que asomaba al oeste, más allá de las mesetas montañosas de Persia y Asia Menor. Podría dar la impresión de que nos encontramos ante un determinismo geográfico evidente, pues los pueblos de Asia, al este, y de Grecia, al oeste, se han enfrentado durante milenios, desencuentros que en nuestros días se traducen en las tensas relaciones que mantienen Grecia y Turquía y que no han llevado a una guerra abierta desde la década de 1920 gracias, en gran medida, a los traslados masivos de población que se llevaron a cabo en esos años y que crearon dos Estados claramente diferenciados y monoétnicos. En otras palabras, la paz reinó únicamente después de una limpieza étnica con acuerdo a los dictados de la geografía. Sin embargo, esta no es la línea de pensamiento que Heródoto defiende.

La obra de este antiguo historiador evidencia cierta receptividad hacia el terreno de las emociones y la relevancia consecuente de las intrigas humanas. Ilustra el modo en que el interés personal se origina en el interior de un torbellino de pasiones deformante. Atosa, una de las esposas del rey Darío de Persia, apela en el lecho conyugal a la vanidad masculina de su marido para suplicarle que invada Grecia. Se trata del favor con el que quiere corresponder al médico griego, que le ha curado un tumor en el pecho, y que desea volver a visitar su patria. Todo gira en torno a la geografía, hasta que empieza a girar en torno a Shakespeare.

En esencia, la *Historia* de Heródoto trata sobre la apreciación de las complejidades del destino, *moira* en griego, «el que reparte las porciones». Dado que los héroes son quienes vencen al destino, ellos son los que conforman la superestructura de la narración de Heródoto. No es sino Hodgson quien lo señala en su introducción a *The Venture of Islam*;

Heródoto escribió su obra, dijo, para conservar la memoria de las grandes hazañas conseguidas por los griegos y los persas, hazañas irrepetibles que todavía hoy merecen nuestro respeto. Dichos logros son inimitables, aunque pueden emularse y, en cierto modo, tal vez incluso superarse. Sin embargo, todavía hoy seguimos sin atrevernos a reconocer como grande a ningún hombre cuyos méritos no puedan compararse, de una u otra forma, con los de ellos.^[42]

Hodgson se expresa de este modo al principio de su obra para dejar claro que, en última instancia, los hombres poseen control sobre sus destinos, si bien es cierto que, a lo largo de sus tres volúmenes, a menudo se sumergirá en la descripción de grandes tendencias históricas y medioambientales sobre las que podría parecer que los individuos apenas poseen control alguno. Según Hodgson, sin la aceptación de la lucha individual, el humanismo no tiene razón de ser en el estudio de la historia. Y de este modo teje el tapiz del islam: «un entramado de tradiciones moral y humanamente trascendentes» que adopta el carácter de fuerza mundial, aunque se inició con las acciones de unos cuantos individuos en La Meca.

De modo que volvemos a encontrarnos ante la batalla contra el destino, y es bueno que así sea. A partir de ahora tendremos que recurrir especialmente a expertos como Heródoto, Hodgson y McNeill, pues estamos a punto de entrar en un terreno sumamente accidentado: el de la geopolítica y las teorías cuasideterministas que se desprenden de ella. Lo cierto es que hasta el momento se han predicho las líneas generales de la historia, algo que todavía

podría volver a ocurrir. Esto, como mínimo, resulta inquietante, teniendo en cuenta el modo en que los individuos son capaces de alterar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, como veremos, así es. Los hombres que estudiaremos a continuación deberían incomodar profundamente a los humanistas liberales. Se trata de hombres que ni siquiera eran filósofos, sino geógrafos, historiadores y estrategas que defendieron que el mapa lo determinaba casi todo, lo cual deja poco margen a la intervención del hombre, el cual únicamente les importaba, en la medida que lo hacía, en relación con el dominio militar y comercial. No obstante, son estos hombres de quienes debemos ocuparnos a partir de ahora para poder establecer el marco de aquello a lo que nos enfrentaremos, y de lo que puede lograrse, dentro del panorama mundial.

El mapa eurasiático

Las épocas de agitación internacional, a pesar del modo en que ponen a prueba nuestras asunciones acerca de la perdurabilidad del mapa político, conducen a una revisión del modo en que se aborda la geografía, lo cual se explica por ser esta la base de la estrategia y la geopolítica. La estrategia, tal como la definió Napoleón, es el arte de utilizar el tiempo y el espacio de un modo militar y diplomático. La geopolítica constituye el estudio del entorno al que se enfrenta cada Estado cuando ha de determinar su propia estrategia: ese entorno es la presencia de otros Estados que también luchan por su supervivencia y la consecución de beneficios.^[1] En resumen, la geopolítica es la influencia que ejerce la geografía en las divisiones humanas.^[2] Como dijo Napoleón, conocer la geografía de una nación es conocer su política exterior.^[3]

Morgenthau considera la geopolítica una «pseudociencia» porque erige «el factor de la geografía en un principio absoluto». Su obra, adscrita al período inmediatamente posterior a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, hace una clara referencia al gran geógrafo británico Halford Mackinder, cuyas teorías de finales del siglo XIX cobraron un nuevo impulso en plena Segunda Guerra Mundial gracias al uso indebido que le dieron los nazis, con las que intentaron justificar su idea del *Lebensraum* o «espacio vital» alemán.^[4] Para que quede claro: puesto que el objetivo de la geopolítica es alcanzar el equilibrio del poder y los nazis no trataron otra cosa que desestabilizarlo, esta apropiación indebida fue una perversión del pensamiento del geógrafo, quien consideraba que dicho equilibrio constituía la base de la libertad, ya que garantizaba a cada nación su propia seguridad.^[5] Puede que Morgenthau sea demasiado duro con Mackinder. En cualquier caso, la aversión que Morgenthau le profesaba, así como la minuciosa síntesis que realiza de las teorías del geógrafo, son en sí mismos indicativos de la

poderosa influencia que Mackinder ejerció en el pensamiento geopolítico occidental durante largas décadas. Mackinder no ha dejado de recibir críticas, y aun así continúa resultando pertinente, sobre todo en épocas como la actual, en que gran cantidad de tropas estadounidenses siguen desplegadas en el Gran Oriente Medio y el noreste de Asia. Es evidente que en su obra subyace una realidad inquietante, aunque también se corre el riesgo de exagerarla.

No cabe duda de que Mackinder tenía un don. La máxima del trabajo de toda su vida era que la geografía es la respuesta generalista a la especialización académica.^[6] En 1890, ejemplificó de manera singular el modo en que los conocimientos sobre geografía enriquecen los conocimientos sobre política exterior:

Supongamos que me dicen que cierta muestra de trigo procede de Lahore y que yo no sé dónde está Lahore. Lo miro en el índice geográfico y descubro que es la capital del Punjab. [...] Si no sé nada de geografía, me quedaré con la idea de que Lahore está en la India y poco más. Si me hubiera instruido debidamente en geografía, la palabra Punjab [...] seguramente me diría muchas cosas. Situaría Lahore en el norte de la India. Me la imaginaría en una gran llanura, al pie de una cordillera nevada, entre los afluentes del Indo. Pensaría en el monzón y en el desierto, en el agua que llega de las montañas a través de los canales de riego. Conocería el clima, la época de siembra y la de cosecha. Karachi y el canal de Suez destacarían en mi mapa mental. Podría calcular en qué momento del año los cargueros llegan a Inglaterra. Además, el Punjab tendría para mí el mismo tamaño y población que un gran país europeo, como una España o una Italia, y sabría valorar el mercado que ofrece a las exportaciones inglesas.^[7]

Las ideas de Mackinder y el modo en que las expone, como veremos a continuación, son fascinantes.

Sir Halford J. Mackinder, padre de la geopolítica actual, que Morgenthau tanto menosprecia, es famoso no por un libro, sino por un solo artículo, «*The Geographical Pivot of History*», publicado en el número de abril de 1904 de la revista londinense *The Geographical Journal*. Mackinder defiende que Asia Central, al tiempo que forma parte del corazón continental de Eurasia, es el pivote sobre el que gira el destino de los grandes imperios del mundo, ya que el propio mapa de arterias naturales que atraviesan cordilleras y continúan a lo largo de valles fluviales fomenta el surgimiento de imperios, oficiales u oficiosos, en lugar de Estados. Antes de analizar de qué modo esta idea,

ligeramente redefinida, nos ayuda a ilustrar nuestra propia geopolítica, merece la pena estudiar cómo alcanzó Mackinder esta conclusión. El artículo, que abarca toda la historia de la humanidad y los modelos de asentamientos humanos, es el arquetipo de la disciplina geográfica, en el que remite a las obras de Heródoto e Ibn Jaldún, y presagia estilísticamente las de McNeill, Hodgson y el historiador y geógrafo francés Fernand Braudel. Tal como dice Mackinder, de un modo que recuerda a Braudel: «Es el hombre, y no la naturaleza, quien comienza, pero es la naturaleza la que, en gran medida, dirige».^[8]

La frase introductoria de Mackinder insinúa la extraordinaria magnitud del artículo:

Cuando, en un futuro lejano, los historiadores se remonten hasta el conjunto de siglos en el que ahora nos encontramos y los consideren en perspectiva, del mismo modo que nosotros consideramos en la actualidad las dinastías egipcias, no sería de extrañar que describieran los últimos cuatrocientos años como la época colombina y que dijeran que acabó poco después del año 1900.^[9]

Según Mackinder, mientras la cristiandad medieval «se concentraba en una región reducida y amenazada por la barbarie externa», la era colombina —la era de los descubrimientos— vio la expansión de Europa hacia otros continentes a través de los océanos, superando «resistencias insignificantes». Sin embargo, de la época actual en adelante, en la era poscolombina (escribe desde la perspectiva de principios del siglo XX), «tendremos que volver a tratar con un sistema político cerrado», y esta vez uno de «ámbito mundial». Ahondando en el tema, dice:

Toda explosión de fuerzas sociales, en vez de disiparse en un circuito circundante de espacio desconocido donde reina el caos, se repetirá [en lo sucesivo] fielmente en la otra punta del planeta y, en consecuencia, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán eliminados.^[10]

Al apreciar que los imperios europeos ya no disponían de espacio suficiente en el planeta para expandirse, comprendió que las guerras europeas tendrían que librarse a escala mundial, algo que se hizo realidad en las dos guerras mundiales. Sin embargo, como oí hace años en un seminario en la Escuela de Comando y Estado Mayor General del Ejército de Estados Unidos,

en Fort Leavenworth, «el desgaste de iguales conlleva grandes cambios». En otras palabras, podría decirse que la era de los descubrimientos había acabado en 1900, pero ese mapa o tablero de ajedrez cerrado y abarrotado de Mackinder ha continuado llenándose, como ya he indicado con anterioridad, a lo largo del siglo XX hasta llegar a nuestros días —sobre todo con vistas a las décadas venideras—, y no solo en términos poblacionales, sino también en cuanto al alcance del armamento. Oriente Medio, por ejemplo, solo en los últimos cincuenta años ha pasado de ser una sociedad rural a una de megaciudades inmensas. Incluso algunos de los lugares más remotos del mundo, como he descubierto ejerciendo de corresponsal en el extranjero durante treinta años, están densamente urbanizados. Más adelante analizaremos en profundidad las implicaciones de este mapa abarrotado una vez más, pero para ello primero debemos regresar con Mackinder y su teoría del pivote central eurasiático.

Mackinder nos pide que consideremos que la historia europea está «subordinada» a la de Asia, ya que cree que la civilización europea es tan solo el resultado de la lucha contra las invasiones asiáticas. Anterior a McNeill, Mackinder apunta que Europa se convirtió en el fenómeno cultural que representa gracias, en gran medida, a su geografía: una orografía intrincada, llena de montañas, valles y penínsulas —en las que surgirían naciones individuales— en comparación con la inmensa y amenazadora planicie de Rusia, al este. Esta llanura rusa se repartía entre los bosques del norte y la estepa del sur. Los primeros vestigios de Polonia y Rusia germinarían, como explica Mackinder, al amparo de los brazos protectores del bosque septentrional, ya que, del siglo V al XVI, las desnudas estepas del sur darían a luz una sucesión de invasores nómadas: hunos, ávaros, búlgaros, magiares, calmucos, cumanos, pechenegos, mongoles y otros. En la estepa del corazón continental, la tierra es interminablemente llana, el clima es duro y la producción de vegetales se limita al pasto, que la arena, llevada por fuertes vientos, destruye a su paso. Estas condiciones dieron origen a una raza de hombres duros y crueles que debían destruir sin pensárselo a cualquier adversario que encontraran o arriesgarse a ser destruidos, dado que no existían medios de defensa mejores en un lugar antes que en otro. Fue la unión de francos, godos y los romanos de las provincias contra estos asiáticos lo que estableció las bases de la Francia actual. Del mismo modo, Venecia, el papado, Alemania, Austria, Hungría y otras potencias europeas florecientes se originarían, o al menos madurarían, gracias a los amenazadores

enfrentamientos con los nómadas de las estepas asiáticas. Tal como escribe Mackinder:

Cuando pensamos en que a lo largo de los siglos de la Alta Edad Media, los escandinavos paganos se dedicaban a la piratería con sus barcos en los mares del norte, los sarracenos y los árabes infieles a la piratería con sus barcos en el Mediterráneo, y que los turcos de Asia llegaron a caballo hasta el mismo corazón de la península cristiana cuando esta estaba asediada por fuerzas navales hostiles, nos hacemos una idea de la molienda, como la que se da entre el mortero y el mazo, que contribuía a la construcción de la Europa moderna. El mazo era el poder terrestre del corazón continental.^[11]

Mientras tanto, Rusia, a resguardo en los claros de los bosques que les habían servido de protección contra más de una hueste devastadora, con todo cayó presa de la Horda de Oro de los mongoles en el siglo XIII y, de este modo, vería denegado su acceso a la Europa renacentista, por lo que arrastraría para siempre un amargo sentimiento de inferioridad e inseguridad. Imperio basado en la tierra por excelencia, sin barreras naturales que lo protegieran de las invasiones salvo los mismos bosques, Rusia sabría por siempre jamás qué era ser conquistada con brutalidad y, en consecuencia, estaría constantemente obsesionada con expandirse y conservar el territorio, o al menos con dominar las zonas vecinas que viven a su sombra.

Las invasiones mongoles procedentes de Asia Central no solo diezmaron y, posteriormente cambiaron, Rusia, sino Turquía, Irán, la India, China y los extremos septentrionales del Oriente Medio árabe. En cambio, gran parte de Europa no llegó a sufrir el mismo grado de destrucción y, por tanto, fue capaz de alzarse como el puente de mando político del mundo.^[12] De hecho, dado que el desierto del Sáhara aislaba a Europa de casi toda África, según Mackinder, el macrodestino de la Europa medieval hasta la época colombina estaría condicionado, en líneas generales, por lo que ocurría en la estepa asiática. Aunque no hablamos únicamente de los mongoles: los turcos selyúcidas, que salieron de estampida de la estepa interior en los siglos X y XI, invadieron gran parte de Oriente Medio, y fue el maltrato dispensado a los peregrinos cristianos en Jerusalén lo que, según parece, condujo a las cruzadas, momento que Mackinder señala como el inicio de la historia moderna y conjunta de Europa.

Al hilo de este razonamiento, Mackinder prosigue y esboza para el lector una Eurasia delimitada al norte por el hielo y al sur por un océano tropical,

con cuatro zonas marginales en sus extremos, todas ellas ubicadas bajo la sombra de la vasta extensión axial de Asia Central y sus hordas mongolas túrquicas. Estas cuatro regiones marginales, según nos informa, corresponden de manera nada fortuita a las cuatro grandes religiones, pues, a juicio de Mackinder, la fe también depende de la geografía. Están las «tierras monzónicas», una al este, orientada hacia el océano Pacífico, la tierra del budismo, y la otra al sur, orientada hacia el Océano Índico, la tierra del hinduismo. La tercera región marginal es la propia Europa, bañada por el Atlántico al oeste, el centro de la cristiandad. No obstante, la más frágil de las cuatro zonas periféricas es Oriente Medio, la tierra del islam, «privada de humedad por su proximidad a África», y «a excepción de los oasis [...] apenas poblada» (en 1904, claro). Zona desprovista de bosques, donde predomina el desierto y, por tanto, abierta a las invasiones de los nómadas y a posteriores agitaciones y revoluciones, Oriente Medio es, además —gracias a su proximidad a golfos, mares y océanos— particularmente vulnerable ante el poder marítimo (si bien es cierto que también se beneficia de ello). En sentido estricto, el Gran Oriente Medio, bajo el punto de vista totalmente geográfico de Mackinder, es la zona de transición inestable por excelencia, la parada obligada cada vez más extensa entre el mundo mediterráneo y las civilizaciones india y china, donde se inscriben todos los grandes cambios en la política del poder. Un precursor definitivamente coherente de la representación que hace Hodgson del Gran Oriente Medio como la ecúmene del mundo antiguo, la cual alumbró a las tres grandes religiones confesionales (judaísmo, cristianismo e islamismo), y que ha conservado el papel fundamental que desempeña en la geopolítica hasta la actualidad.

Sin embargo, para Mackinder, que escribió en una época anterior a las grandes petrolíferas, el transporte por oleoducto y los misiles balísticos, el pivote geográfico del planeta se encuentra más allá, ya que deja Oriente Medio a un lado y prosigue con su tesis.

La época colombina, defiende Mackinder, contó con el descubrimiento de una ruta marítima hacia la India que bordeaba el cabo de Buena Esperanza y, por lo tanto, evitaba Oriente Medio.

Mientras que en la Edad Media, Europa estaba «enjaulada entre un desierto infranqueable al sur, un océano desconocido al oeste [...], tierras áridas, páramos helados o cubiertos de bosque al norte y noreste», y «hombres a caballo o a camello» al este y el sudeste, de pronto tuvo acceso a todo el anillo continental del sur de Asia a través del Océano Índico, además de los descubrimientos estratégicos que realizó en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, mientras los pueblos de la Europa occidental «cubrían el océano con sus flotas», Rusia se expandía de manera igualmente espectacular por tierra, «surgiendo de sus bosques septentrionales» a fin de controlar la estepa con sus cosacos, que emplearía contra los nómadas mongoles. De modo que, mientras los marineros portugueses, holandeses e ingleses bordeaban con éxito el Cabo, Rusia avanzaba hacia Siberia y enviaba a sus campesinos a sembrar la estepa sudoccidental de campos de trigo, al tiempo que flanqueaba el mundo islámico iraní. Toynbee y otros defendieron estos mismos argumentos en décadas posteriores, pero Mackinder se encontró entre los primeros.^[13] La de Europa contra Rusia era una vieja historia: una potencia naval liberal, como lo eran Atenas y Venecia, contra una potencia terrestre reaccionaria, como Esparta y Prusia. El mar, además de las influencias cosmopolitas que llegan por él gracias a que ofrece el acceso a puertos lejanos, brinda el tipo de seguridad fronteriza inviolable necesaria para que arraiguen el liberalismo y la democracia. (Estados Unidos es, prácticamente, una nación isleña rodeada por dos océanos y con un Ártico canadiense escasamente poblado al norte. La única amenaza procede del sur: la fuerza demográfica mexicana.)

Mackinder señala que, en el siglo XIX, el vapor y el canal de Suez aumentaron la movilidad de las fuerzas navales alrededor del anillo continental meridional de Eurasia, del mismo modo que el avance del ferrocarril comenzó a actuar como «alimentador del comercio transatlántico». Sin embargo, también apunta que este medio de transporte empezó a servir al poder terrestre del mismo modo que lo había hecho con el poder marítimo, sobre todo en el corazón continental de Eurasia, que previamente había encontrado una de sus mayores dificultades en la carencia de piedra y madera, necesarias para la construcción de carreteras.

Finalmente, llega al fondo de la cuestión:

Tras este rápido repaso de las principales corrientes de la historia, ¿acaso no se hace evidente la persistencia de un nexo geográfico? ¿Acaso la principal zona de la política internacional no es esa vasta extensión de Eurasia inaccesible a los barcos, aunque en la Antigüedad estaba abierta a los nómadas que se trasladaban a caballo, y que en la actualidad está a punto de quedar cubierta por una red ferroviaria?

En su opinión, la centralidad de una Rusia expandida al inicio del siglo XX sustituiría la de las hordas mongolas, lo cual, alguien podría sostener, tuvo un impacto sin parangón en la historia de la humanidad durante el

segundo milenio. Del mismo modo que los mongoles aporrearon —y muchas veces echaron abajo— las puertas de las regiones marginales de Eurasia (Finlandia, Polonia, Turquía, Siria, Irak, Persia, la India y China), también lo haría Rusia ahora, apoyándose en la cohesión de su masa continental, obtenida gracias al reciente desarrollo de su red ferroviaria. Tal como escribe Mackinder, «puestos a calcular, las cantidades geográficas son más mensurables y casi más constantes que las humanas». Olvidemos a los zares y, en 1904, a los comisarios que vendrían después, pues no son más que insignificancias en comparación con las fuerzas tectónicas de la geografía y la tecnología. No puede decirse que los acontecimientos de su época ayudaran a Mackinder, ya que dos semanas después de su famosa conferencia la Marina de guerra japonesa atacó Port Arthur, en el extremo sur de Manchuria, en la primera batalla de la Guerra ruso-japonesa. El conflicto terminó un año después con la batalla de Tsushima, donde los japoneses lograron una gran victoria marítima. Es decir, mientras Mackinder defendía la importancia del poder terrestre, fue el poder marítimo el que derrotó a la potencia terrestre con mayor capacidad de expansión del planeta en uno de los primeros enfrentamientos del siglo XX.^[14]

Aun así, el aparente determinismo de Mackinder nos preparaba para el nacimiento de la Unión Soviética y su enorme área de influencia en la segunda mitad del siglo XX, así como para las dos guerras mundiales de la primera mitad de la centuria, que fueron, como apunta el historiador Paul Kennedy, disputas por los «anillos continentales» de Mackinder, que se extendían desde el este de Europa al Himalaya y más allá.^[15] Desde la Revolución rusa hasta la disolución de la Unión Soviética, la red de ferrocarriles se extendió más de 70 000 kilómetros por toda Asia Central y Siberia, lo cual confirma el razonamiento de Mackinder.^[16] La estrategia de contención de la guerra fría, además, dependería de manera acusada de las bases establecidas a lo largo del anillo continental de todo el Gran Oriente Medio y el Océano Índico. De hecho, la proyección de fuerza de Estados Unidos en los anillos continentales de Afganistán e Irak, y la tensión con Rusia a causa del destino político de Asia Central y el Cáucaso —el pivote geográfico— han prestado incluso mayor legitimidad a la tesis de Mackinder. En su último párrafo, Mackinder hace aparecer el fantasma de las conquistas del territorio ruso llevadas a cabo por China, lo cual convertirá a esta última en la potencia geopolítica dominante. Solo hay que mirar el modo en que, en la actualidad, los emigrantes chinos están reclamando demográficamente algunas partes de Siberia, al mismo tiempo que el control político ruso de sus

territorios orientales se demuestra complicado, para que no resulte tan difícil imaginar que Mackinder podría volver a tener razón.

A Mackinder se le ha tachado de determinista acérrimo e imperialista. Ambas acusaciones son, hasta cierto punto, injustas. Se dedicó a la enseñanza toda su vida y, por naturaleza, huía de los extremismos y las ideologías. Mackinder solo era imperialista porque, en su época, Gran Bretaña dirigía un imperio mundial y él era un patriota británico liberal que consideraba que el progreso humano —y en especial el de la democracia— era más probable bajo la influencia británica que bajo la rusa o la alemana. Estaba supeditado a los mismos prejuicios que sus contemporáneos. Era determinista únicamente en cuanto a que la geografía era su área de estudio, y la geografía puede, por su propia naturaleza, ser determinista. Mackinder intentó defender el imperialismo británico en el período posterior a la debilitadora Guerra de los Bóers (1899-1902).^[17] Sin embargo, uno de los puntos principales que defendía en su *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* es que el factor humano puede vencer a los dictados de la geografía. «Sin embargo, a la larga —escribe el biógrafo W.H. Parker, parafraseando a Mackinder—, quienes trabajan en armonía con las influencias del entorno se impondrán a quienes luchan contra ellas».^[18] Es la viva esencia del «determinismo probabilístico» de Raymond Aron, al que la mayoría de nosotros podemos adherirnos.^[19] De hecho, Aron defiende a Mackinder al considerarlo un científico social antes que un científico natural, ya que, en su opinión, Mackinder cree que la geografía puede conquistarse a través de la innovación tecnológica.^[20] Para desterrar cualquier duda acerca de la solución por la que Mackinder acabó tomando partido, escribe al inicio de *Democratic Ideals and Reality*;

En el siglo pasado, fascinados por la teoría darwinista, los hombres llegaron a pensar que las formas de organización que sobrevivían eran las que mejor se adaptaban a su entorno natural. Hoy en día sabemos, mientras nos rehacemos de la dura prueba a la que nos hemos visto sometidos [la Primera Guerra Mundial], que la victoria de la humanidad consiste en imponerse a ese mero fatalismo.^[21]

Mackinder se oponía a la complacencia en todas sus formas. De nuevo, un ejemplo revelador extraído de las primeras páginas de *Democratic Ideals and Reality*;

La tentación del momento [en 1919] es creer que a continuación sobrevendrá una paz eterna solo porque unos hombres cansados están decididos a que no haya más guerras. Sin embargo, la tensión internacional crecerá de nuevo, aunque lentamente al principio; hubo una generación de paz después de Waterloo. ¿Quiénes, entre los diplomáticos que ocupaban sus asientos en la mesa del Congreso en Viena en 1814, previeron que Prusia se convertiría en una amenaza para el mundo? ¿Acaso podemos calcular el cauce de la historia futura para evitar más cataratas? Este, y no otro menor, es el cometido al que nos enfrentamos si queremos que la posteridad tenga de nuestro buen juicio una mejor opinión de la que nosotros tenemos del de los diplomáticos de Viena.^[22]

No, Mackinder no era un simple fatalista. Creía que podía vencerse a la geografía y el entorno, pero únicamente tratándolos con el mayor de los respetos y armados de conocimientos.

Sin duda alguna, *El príncipe* de Maquiavelo ha perdurado hasta nuestros días en parte porque es un manual de instrucciones para quienes no aceptan un destino escrito y deciden valerse del ingenio para derrotar a fuerzas más poderosas. Lo mismo ocurre con las teorías de Mackinder. Nos presenta un panorama que parece desalentador gracias al peso de sus argumentos y al poder de su prosa, por lo que se desprende la sensación de ser apaleado por una realidad predeterminada, pero, de hecho, lo que intenta es desafiarnos a superarla. Era un determinista indeciso, en el mejor sentido de la palabra, consciente del esfuerzo que se nos exige para evitar la tragedia.

El determinismo implica un razonamiento inflexible, una inclinación a dejarse vencer por tendencias y fuerzas arrolladoras y, por lo tanto, a permanecer inmutable ante las paradojas de la historia cuando estas se presentan. Sin embargo, Mackinder era todo lo contrario. Como llevado por una obsesión, continuó revisando la tesis que había presentado en 1904, en la que profundizó y a la que añadió nuevos puntos de vista, ateniéndose a acontecimientos recientes y al modo en que la afectaban. La verdadera genialidad de «The Geographical Pivot of History» reside en su adelanto de un sistema «global» en una época en que las mentes eduardianas todavía estaban volcadas en la búsqueda de un sistema «continental» europeo.^[23] Dicho sistema continental tenía su origen en el Congreso de Viena posnapoleónico que se había celebrado casi un siglo antes y al que le quedaba ya poco tiempo, muy poco; sin embargo, solo Mackinder y algunos otros lo intuyeron. El cataclismo de la Primera Guerra Mundial, que estalló una

década después de la publicación de «The Geographical Pivot of History», enfrentó a Alemania-Prusia contra la Rusia zarista en el frente oriental, y a la fuerza terrestre alemana contra la fuerza marítima británico-francesa en el frente occidental, lo cual, aunque de una manera vaga, refrendó la tesis de la lucha por el corazón continental de Mackinder, al tiempo que añadió complicaciones y ajustes. *Democratic Ideals and Reality* fue una versión actualizada de «The Geographical Pivot of History» en formato de libro, que apareció el mismo año que se celebró el Tratado de Versalles. Allí advertía a los conciliadores «que el conflicto entre el poder marítimo y el terrestre no ha quedado resuelto de manera definitiva y el duelo entre teutones y eslavos todavía debe resolverse», a pesar de una guerra que se había cobrado millones de vidas.^[24] «The Geographical Pivot of History» solo era una teoría; *Democratic Ideals and Reality*, en cambio, era una tesis revisada y ampliada, al tiempo que una advertencia clarividente.

Democratic Ideals and Reality abunda en descripciones, información y puntos de vista esclarecedores acerca de entornos contemporáneos y antiguos, ya que presenta el mundo desde la perspectiva tanto de un hombre de mar como de un hombre de tierra. Pensando como un marino, Mackinder explica que la civilización del valle del Nilo estaba protegida por desiertos a este y oeste, y nunca sufrió la piratería que infestaba las aguas del Mediterráneo gracias a las marismas del delta, al norte, lo cual ayudó a proporcionar a los reinos egipcios un grado de estabilidad extraordinario. Al norte de Egipto, en el Mediterráneo oriental, se encuentra la isla de Creta, la mayor y más fructífera de las islas griegas, y por lo tanto «la primera base de la fuerza marítima» del mundo occidental, dado que «la fertilidad terrestre ha de nutrir la mano de obra del mar». Desde Creta, los marineros podrían haber establecido la «cámara marina» egea, que constituyó los cimientos de la civilización griega. El poder marítimo griego floreció hasta que se vio amenazado por el poder terrestre persa, prosigue Mackinder; sin embargo, la tentativa persa no prosperó. Fueron los macedonios del norte, «en la raíz de la península griega», quienes finalmente conquistaron todo el Egeo. Macedonia, más alejada del mar que Grecia, engendró una raza de «hombres de tierra y montañeses» que, si bien eran grandes guerreros, también se mostraban más disciplinados bajo el poder de sus gobernantes, pero además se encontraban lo bastante próximos al mar para saber que el mundo no acababa tras sus fronteras. Fue esta ocupación macedonia la que, al convertir el Egeo en un «mar cerrado» —y, por lo tanto, privar a los griegos y a los fenicios de sus bases—, permitió a Alejandro Magno, un macedonio, abordar la conquista

terrestre del Gran Oriente Medio. A continuación, Mackinder ilustra los orígenes geográficos del Imperio romano, entre otros, aunque admite que la geografía no siempre explica la historia. Por ejemplo, los sarracenos del Sáhara, al sur del Mediterráneo, conquistaron España, al norte del Mediterráneo, mientras que los romanos, al norte del Mediterráneo, conquistaron Cartago, al sur del Mediterráneo; en ambos casos fue fruto de la voluntad de unos hombres que representaban una fuerza marítima excepcional.

Sin embargo, apunta Mackinder, por espectaculares que sean los logros humanos, las fuerzas geográficas, que actúan sobre las culturas, tienden a imponerse en última instancia. Un caso paradigmático es San Petersburgo, que Pedro el Grande convirtió en capital de Rusia «a pesar de una geografía hostil», si bien es cierto que la cultura y unos individuos altamente motivados fueron quienes hicieron posible su supervivencia. De modo que, a corto plazo, Pedro el Grande triunfó, y durante más de dos siglos «el Imperio ruso estuvo gobernado desde ese “desvarío”». Sin embargo, Moscú, una ciudad del interior, y la geografía al final volvieron a imponerse. La voluntad humana tiene sus límites.^[25]

Mackinder parte de las extraordinarias apreciaciones que hace en «The Geographical Pivot of History» para referirse a la época posterior a la Primera Guerra Mundial, según las cuales, por primera vez en la historia nos encontramos ante un «sistema cerrado» en el que «la propiedad política de toda la tierra firme» se ha «delimitado con estacas». En esta nueva geografía global, la tierra firme forma un «cabo inmenso», o «Promontorio Mundial», según lo describe él, que se extiende hacia el sur desde las islas Británicas y la península Ibérica, abarca África occidental y el cabo de Buena Esperanza, y continúa por el Océano Índico hasta el subcontinente indio y Extremo Oriente. De este modo, Eurasia y África forman juntas la «Isla Mundial», algo que, con el paso del tiempo, irá convirtiéndose en una unidad cada vez más cohesionada:^[26]

Hay un océano que cubre nueve doceavas partes del planeta; hay un continente —la Isla Mundial— que cubre dos doceavas partes del planeta; y hay muchas más islas y más pequeñas —entre las que, a efectos prácticos, Norteamérica y Sudamérica pueden contarse como dos—, que en conjunto cubren la doceava parte restante.^[27]

Además, podría decirse que el 75 % de la población mundial vive en Eurasia (por no hablar de África), donde además se concentra la mayor parte

de la riqueza, el 70 % del producto interior bruto y tres cuartas partes de los recursos energéticos del planeta.^[28]

La asunción implícita en la tesis de Mackinder es que Eurasia dominará los cálculos geopolíticos, al mismo tiempo que Europa dejará de ser un ente separado del resto de Eurasia y África. «El Viejo Mundo se ha convertido en una isla o, dicho de otro modo, en una unidad, la unidad geográfica más grande del planeta sin punto de comparación». Desde el final de las guerras napoleónicas, la fuerza marítima británica circundó este «Promontorio Mundial», con excepción del Mozambique portugués, el África oriental alemán y las Indias Orientales holandesas. Mackinder compara el control que los romanos ejercieron en el Mediterráneo —con sus legiones desplegadas a lo largo de la frontera del Rin— con la dominación británica del Océano Índico (el mar principal del promontorio), mientras su ejército delimitaba con estacas la frontera noroccidental de la India para protegerse de una Rusia zarista en pleno avance.^[29]

Las implicaciones del «sistema cerrado» de Mackinder, en el que es posible concebir toda la extensión de Eurasia y África como una unidad orgánica, y el cierre progresivo de este sistema a lo largo del siglo XX y en el futuro, constituyen el eje principal de mi estudio, del que se derivarán otras ideas. No obstante, conviene recordar que incluso un sistema cerrado, en el que, por poner un ejemplo, el Océano Índico fuera uno de los centros vasculares de la economía mundial, con futuros buques cisterna recogiendo petróleo y gas natural en Somalia para depositarlos en China, sufre de divisiones internas atribuibles a la geografía. En realidad, la geografía resulta fundamental en este tipo de sistemas, dada la, por decir algo, tendencia de estos a favorecer que un terreno inhóspito de Afganistán tenga repercusiones políticas en todos los puntos de la Isla Mundial.

Por el momento, analicemos con exactitud a qué se refería Mackinder cuando hablaba del corazón continental, que tan profundamente afecta al destino de la Isla Mundial.

Mackinder inicia y resume sus ideas con esta máxima grandilocuente y simplista, tantas veces citada:

Quien domine Europa oriental, gobernará el corazón continental.

Quien domine el corazón continental, gobernará la Isla Mundial.

Quien domine la Isla Mundial, gobernará el mundo.^[30]

Lo primero que llama la atención es que Mackinder, en lugar de ser enteramente determinista, tanto reacciona ante los acontecimientos aplicables

a la intervención humana como también los predice. Entre la publicación de «The Geographical Pivot of History», en 1904, y la de *Democratic Ideals and Reality*, en 1919, estalló la Primera Guerra Mundial, tras la cual se celebraría la Conferencia de Paz de París, mientras el libro de Mackinder estaba en imprenta. Con la caída de los imperios austrohúngaro y otomano como resultado de la guerra, uno de los principales objetivos de los diplomáticos de Versalles era la reordenación del mapa de Europa oriental. De ahí que Mackinder hiciera suya una causa que había ignorado en «The Geographical Pivot of History» quince años antes: la «necesidad vital de que exista un conjunto de Estados independientes entre Alemania y Rusia». Como él mismo escribe: «Nos enfrentamos al zarismo medio ruso y medio alemán porque Rusia había sido la fuerza dominante y amenazadora, tanto en el este de Europa como en el corazón continental, durante medio siglo. Nos enfrentamos al gobierno alemán del káiser porque Alemania había recogido el testigo en el este de Europa que le había entregado el zarismo, con el que hubiera aplastado los levantamientos eslavos y dominado Europa oriental y el corazón continental». Por lo tanto, según opinaba Mackinder en 1919, Europa oriental se convierte en la llave del corazón continental, de la que se deriva el poder terrestre de Alemania y, en especial, el de Rusia, que está «llamando a las puertas del interior de las Indias», en contraposición al poder marítimo británico que, a su vez, está «llamando a las puertas marítimas de China», circundando el cabo de Buena Esperanza y, más adelante, a través del canal de Suez. En realidad, al proponer un baluarte de Estados europeos orientales independientes, desde Estonia hasta Bulgaria —«Gran Bohemia», «Gran Serbia», «Gran Rumania», etcétera—, Mackinder matiza su idea acerca de una «zona de presión», compartida con James Fairgrieve, quien la había descrito con detalle en 1915, con la que hace referencia a una zona susceptible de ser invadida tanto por un poder terrestre originado en el corazón continental, como por un poder marítimo originado en Europa occidental.^[31] Defendía que si estos Estados de reciente soberanía lograban sobrevivir, entonces existía la posibilidad del nacimiento de una Europa Central, tanto en un sentido espiritual como geopolítico. Mackinder fue incluso más allá y propuso una serie de Estados al este, por así decirlo, de Europa oriental: Rusia Blanca (Bielorrusia), Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiyán y Daguestán, para desbaratar los proyectos de la Rusia bolchevique, a la que llamaba «reino zarista jacobino». En realidad, con la disolución de la Unión Soviética en 1991 surgiría un conjunto de Estados independientes sorprendentemente similar al que Mackinder había propuesto.

[32]

Sin embargo, al menos en teoría, Mackinder se equivocó en este punto. Parece ser que no supo prever, al contrario de Toynbee, que una Europa cuyas fronteras se erigieran sobre el principio de la autodeterminación nacional era susceptible de ser una Europa dominada por Alemania, una nación más grande, geográficamente mejor situada y más poderosa que cualquiera de los otros Estados constituidos según su cohesión étnica. De hecho, Alemania acabaría conquistando Europa oriental en la década de 1930 y principios de la siguiente, y Rusia, en respuesta, conquistaría esos Estados de reciente independencia que componían la zona amortiguadora descrita por Mackinder y que acabarían en una cárcel de naciones de 1945 a 1989. Únicamente en la última generación ha renacido la esperanza de la supervivencia de una Europa Central espiritual entre esas dos potencias terrestres que son Rusia y Alemania. Por lo tanto, ¿por qué Mackinder, realista por excelencia, se ablanda de pronto, por así decirlo, y apoya lo que en realidad eran principios «wilsonianos» de autodeterminación nacional? Porque, tal como propone un experto, Arthur Butler Dugan, pese a sus atrevidas y deterministas teorías, Mackinder era hijo de su época, «más influido por el “clima de opinión” de lo que él creía».[33]

En el fondo, Mackinder era un liberal, o al menos acabó siéndolo. Imaginaba que la Comunidad Británica de Naciones acabaría convirtiéndose en una asociación de culturas y pueblos, diferentes pero iguales, y creía que una liga de democracias sería la mejor defensa contra una superpotencia imperial en el corazón de Eurasia (con lo que ya previo el tira y afloja de la OTAN con la Unión Soviética).[34]

La deriva de Mackinder hacia los principios wilsonianos, que se inició en *Democratic Ideals and Reality*, conforma el eje central de la revisión que realizó de su propia teoría sobre el corazón continental, y que expuso por primera vez en el artículo «The Geographical Pivot of History», donde no se utilizaba el término corazón continental. En realidad, fue Fairgrieve quien lo acuñó en su libro, *Geography and World Power*, en 1915. En 1919, Mackinder añadió los «cursos tibetanos y mongoles de los grandes ríos de la India y China» a las áreas de Asia Central que en 1904 consideraba zonas pivote, además de la amplia franja de países comprendidos entre Escandinavia y Anatolia, donde también se incluía las zonas central y oriental de Europa. De este modo, el nuevo corazón continental correspondería aproximadamente al imperio soviético durante la guerra fría, en el apogeo de su poder.[35] Mejor dicho, el imperio soviético más Noruega, el norte de Turquía, Irán y parte de China occidental. Dado que el grueso de la población china no vive en el

oeste, sino en el litoral monzónico, el corazón continental de Mackinder está compuesto en gran medida por el interior de Eurasia, relativamente poco poblado, y se encuentra flanqueado por los gigantes demográficos de China, la India y la mitad occidental de Europa. Oriente Medio (en concreto Arabia y el Creciente Fértil) no estaba ni densamente poblada ni formaba parte del corazón continental pero, como Mackinder escribe en 1919, resulta crucial para el destino de la Isla Mundial porque es la «tierra de paso» entre Europa y las Indias, y entre el norte del corazón continental y el sur, al mismo tiempo que, gracias a las diversas masas de agua que envuelven la península Arábiga, también es accesible por mar.^[36] No obstante, el destino de Arabia, igual que el de Europa, está fuertemente influenciado por el corazón continental; y la parte más próxima del corazón continental a Arabia es Irán, algo que no deberíamos olvidar con respecto a nuestros tiempos. De hecho, la meseta iraní, de la que nos ocuparemos más adelante, resulta crucial.

Con todo, en Grecia nos topamos con una excepción fascinante. A pesar de que, geográficamente, forma parte de la franja independiente de Estados barrera que se interpone entre Alemania y Rusia, Mackinder excluye el país del corazón continental expandido de 1919 porque, como él dice, está rodeado de agua en casi toda su extensión y, por lo tanto, se encuentra a merced del poder marítimo. Grecia fue el primero de estos Estados que escapó al control alemán en la Segunda Guerra Mundial. En esto, también, Mackinder se demostró clarividente. «La asimilación de Grecia por parte de una gran potencia del corazón continental —escribe— seguramente conllevaría el control de la Isla Mundial».^[37] En realidad, casi fue lo que ocurrió. Tras la lucha encarnizada que se entabló en la guerra civil entre los grupos prooccidentales y las guerrillas comunistas, Grecia se convirtió en la única de estos territorios barrera que no cayó dentro de la órbita soviética después de la Segunda Guerra Mundial, y posteriormente formó, junto con Turquía, un parapeto estratégico septentrional de la OTAN. Los soviéticos, cosas del destino, acabarían perdiendo la guerra fría.

Según Mackinder, el corazón continental afecta de manera más directa a Europa y Oriente Medio que a la India o China, cuyos cientos de millones de habitantes son autosuficientes y, por lo tanto, pueden continuar desarrollándose de un modo pacífico. De ahí que Mackinder se atreviera a predecir que, en gran medida, el futuro se encuentra en las «tierras monzónicas de la India y China».^[38]

Sin embargo, ¿por qué el corazón continental es tan importante? ¿Es realmente imprescindible controlar las extensas tierras bajas y las mesetas del

interior de Eurasia para el dominio mundial? Sí, en ellas abundan los minerales y metales estratégicos y el petróleo, pero ¿acaso eso lo justifica? A pesar de lo extremadamente mecanicista que resulta la idea de Mackinder, en parte es justamente ese mecanicismo lo que nos ofrece un vehículo con el que explicar la ordenación espacial de los Estados y los pueblos del hemisferio oriental. Resulta más sencillo interpretar las relaciones entre un extremo y otro de Eurasia teniendo su centro como punto de referencia que teniendo cualquier límite costero. El corazón continental puede considerarse antes un indicador del poder que rodea la Isla Mundial que el determinante de este. Cerca del final de *Democratic Ideals and Reality*, Mackinder postula que si la Unión Soviética se adelanta a Alemania tras la Primera Guerra Mundial, «ocupará el lugar de la mayor potencia terrestre del planeta» gracias a su capacidad para proteger militarmente el corazón continental.^[39] La Unión Soviética acabó adelantándose, y volvió a hacerlo después de la Segunda Guerra Mundial. Fue así como acabó enfrentándose, tal como Mackinder predijo que haría, a la potencia marítima mundial preeminente, Estados Unidos. En la conquista del poder marítimo —la búsqueda de un puerto de aguas templadas en el Océano Índico—, los soviéticos invadieron Afganistán, una pequeña parte del corazón continental que había escapado a su control, y al quedar atrapado por las guerrillas, todo el imperio del Kremlin se vino abajo. Actualmente Rusia, que ha reducido mucho su tamaño, intenta reconsolidar ese mismo corazón continental: Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso y Asia Central, lo cual, un siglo después de que Mackinder expusiera sus teorías, constituye uno de los principales dramas geopolíticos de nuestro tiempo.

La distorsión nazi

Como herederos del poder terrestre, alemanes y rusos han pensado más en términos geográficos a lo largo de la historia que estadounidenses y británicos, herederos del poder naval. Para los rusos, conscientes de la desolación que causó la Horda de Oro de los mongoles, la geografía significa simplemente que, sin expansión, existe el peligro de ser conquistado y, por lo tanto, nunca se posee suficiente territorio. La necesidad de Rusia de erigir un imperio de satélites europeos orientales durante la guerra fría y el uso del poder militar, la subversión y la configuración de su red de transporte por tubería —diseñada para recuperar su área de influencia y, de esta manera, reconstituir la antigua Unión Soviética— son fruto de una profunda inseguridad. Con todo, los alemanes, al menos a mediados del siglo XX, incluso otorgaban mayor importancia a la geografía que los rusos. La configuración de los territorios de habla germana en el mapa europeo ha cambiado constantemente desde la Alta Edad Media hasta los tiempos modernos, que no vieron la unificación de un Estado alemán hasta la década de 1860, bajo el gobierno de Otto von Bismarck. Alemania, que se encontraba en el corazón de Europa, era tanto una potencia marítima como terrestre y, por lo tanto, muy consciente de los lazos que la unían a la Europa occidental marítima y al corazón continental de Rusia y Europa oriental. Las victorias de Alemania frente a Dinamarca, la Austria de los Habsburgo y Francia fueron, en última instancia, el resultado de la brillante mente estratégica de Bismarck, que se afianzaba en su aguda intuición geográfica, la cual, a su vez, se derivaba de saber dónde están los límites, es decir, las regiones eslavas que quedaban al este y el sudeste, en las que Alemania no se aventuraba. La abjuración de la cautela de Bismarck condujo a Alemania a su derrota en la Primera Guerra Mundial, cosa que dotó a los germanos de una mayor conciencia de su vulnerabilidad y sus posibilidades geográficas. Los alemanes

han vivido la geografía, literalmente, en continuo cambio histórico sobre el mapa, entre el mar al norte y los Alpes al sur, con llanuras al este y al oeste abiertas tanto a la invasión como a la expansión. Fueron ellos quienes desarrollaron el concepto de geopolítica (*Geopolitik* en alemán), el estudio del dominio político y militar de un espacio. Y fueron estas teorías geográficas, que tanto debieron a Mackinder en la primera mitad del siglo XX, las que acabarían conduciéndolos a la perdición, lo cual a su vez conseguiría que la geografía y la geopolítica se ganaran el descrédito de los alemanes durante generaciones a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial.

El auge y la caída de la *Geopolitik*, proceso en el que un teórico tras otro construyeron y abusaron de las obras de sus predecesores, comenzó de manera formal con Friedrich Ratzel, geógrafo y etnógrafo alemán de finales del siglo XIX, que acuñó la idea del *Lebensraum* o «espacio vital». En realidad, el concepto le debe su origen a un alemán de principios del siglo XIX emigrado a Estados Unidos, Friedrich List, periodista, profesor de Ciencias Políticas, especulador empresarial y amigo de Henry Clay, quien se inspiró en la doctrina Monroe y la idea de un área geográfica extensa y prácticamente soberana. En cuanto a Ratzel, este también estuvo profundamente influenciado por la obra de Charles Darwin, y de ahí que desarrollara un sentido orgánico, hasta cierto punto biológico, de la geografía, según el cual las fronteras evolucionan de manera constante dependiendo del tamaño y composición de las poblaciones humanas circundantes. Nosotros consideramos las fronteras como algo estático, como la representación última de la permanencia, la legalidad y la estabilidad, pero Ratzel solo veía en ellas una expansión, contracción e impermanencia graduales de las relaciones entre naciones. Para él, el mapa respiraba como si se tratara de un ser vivo, y de ahí se derivaba la idea del Estado orgánico-biológico cuya expansión venía refrendada por la ley natural.

Uno de los estudiantes de Ratzel, el sueco Rudolf Kjellén, ya como profesor de Ciencias Políticas de las universidades de Uppsala y Göteborg, acuñaría el término *Geopolitik*. Kjellén, nacionalista sueco a ultranza, temía el expansionismo ruso en su búsqueda de las aguas relativamente templadas del mar Báltico, por lo que abogaba por que una Suecia y una Finlandia expansionistas hicieran frente a los planes de Rusia. Nostálgico de la grandeza pasada de Suecia bajo los reinados de soberanos como Gustavo Adolfo y Carlos XII, Kjellén encontró apoyos entre los miembros de la

aristocracia y la clase media alta, aunque sus ideas apenas calaron entre el público general. Incluso a finales del siglo XIX y principios del XX, hacía tiempo que Escandinavia había abandonado sus ansias de poder, de modo que Kjellén acabó depositando todas sus esperanzas en una Gran Alemania que hiciera frente a Rusia y Gran Bretaña, naciones que detestaba especialmente. El imperio alemán del futuro, como él mismo lo llamó, comprendía todo el centro y este de Europa, así como los puertos del canal que recorren la costa francesa y las provincias bálticas de Rusia, Ucrania, Asia Menor y Mesopotamia (que estarían conectadas con Berlín a través de una gran línea ferroviaria). Apoyándose en las ideas de Ratzel, Kjellén catalogó las sociedades humanas sirviéndose de paradigmas raciales y biológicos, y concebía el Estado en términos del *Volk*, el cual, para ser lo suficientemente vigoroso y dinámico, necesitaría una gran cantidad de espacio vital. Es la grandilocuencia y la prolijidad que permeaba el pensamiento de Ratzel y Kjellén lo que utilizaría una generación posterior de asesinos para justificar sus actos. Las ideas tienen importancia, para bien o para mal, y las confusas pueden ser especialmente peligrosas. Mientras que la geografía legítima nos muestra qué encontraremos en los retos a los que debemos enfrentarnos en todo el mundo, la que postulan Ratzel y Kjellén es una geografía ilegítima que aniquila al individuo y lo sustituye por la vasta multitud racial.

Sirva todo ello como introducción a la vida de Karl Haushofer, el geopolítico del nazismo y admirador entusiasta de Mackinder. La perversión trágica de la obra de Mackinder a manos de Haushofer, así como el peligro que representó la *Geopolitik* nazi, se explica con elegancia en una obra clásica, aunque en gran medida olvidada, de ciencia política, *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*, de Robert Strausz-Hupé, publicada en 1942. Strausz-Hupé, austríaco que emigró a Estados Unidos, fue miembro del profesorado de la Universidad de Pensilvania y embajador de Estados Unidos en cuatro países (Turquía entre ellos) durante los años de la guerra fría. En 1955, en Filadelfia, fundó el Foreign Policy Research Institute, con el que tengo cierta relación desde hace veinte años. El libro de Strausz-Hupé, escrito antes de que el viento empezara a soplar a favor de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, fue un intento claro no solo de advertir a los ciudadanos de su país de adopción del peligro que representaba la *Geopolitik* nazi, sino de explicar qué es la geopolítica y el porqué de su importancia, con el objetivo de que las fuerzas del bien le dieran un uso bastante distinto del que estaban otorgándole los nazis. De este modo, Strausz-Hupé restablece la reputación de

Mackinder y el de la propia disciplina, al mismo tiempo que lleva a cabo un acto individual mediante su aportación intelectual para ganar la guerra.

El general de división y catedrático Karl Haushofer nació en Múnich, en 1869. Tanto su abuelo, como su tío y su padre escribieron sobre cartografía y viajes, cosa que acabó marcando su vida. Haushofer se alistó en el ejército bávaro y en 1909 fue designado como instructor de artillería del ejército japonés. El auge militar de Japón, país con el que recomendaba una alianza, lo fascinaba. Haushofer luchó en la Primera Guerra Mundial como comandante de brigada y tuvo como asesor al nazi Rudolf Hess, a quien posteriormente dedicaría varios libros. Tras la guerra, Haushofer fue nombrado catedrático de Geografía y Ciencia Militar en la Universidad de Múnich, adonde Hess lo siguió como discípulo. A través de Hess, Haushofer conoció al «agitador en alza» Adolf Hitler, a quien visitaría y con quien mantendría reuniones informativas sobre geopolítica cuando Hitler estuvo encarcelado en la prisión de Landsberg, tras el fallido *Putsch* de Múnich de 1923. Hitler, hombre de cultura media, estaba escribiendo su *Mein Kampf* por aquella época y necesitaba, a pesar de su intuición, informarse mejor acerca del mundo real, para lo cual se valió de este profesor universitario, que llenaría algunas de sus lagunas. Es probable que el capítulo 14 de *Mein Kampf*, donde se define la política exterior y el ideal nazi del *Lebensraum*, estuviera influido por Haushofer, quien a su vez bebía de las fuentes de Ratzel y Kjellén, entre otros, y especialmente de Mackinder, quien había escrito que la historia de la humanidad siempre había estado promovida por los grandes avances hacia el exterior de los pueblos que no tenían salida al mar y que se situaban cerca de Europa oriental y el corazón continental de Eurasia.^[1]

Strausz-Hupé emprende un viaje a lo largo de la línea de pensamiento con que Mackinder, contemporáneo de Haushofer, acabó cautivando a este último. Mackinder, a pesar de su obsesión con el poder terrestre, en realidad nunca menospreció la importancia del poder marítimo, pero no albergaba buenas expectativas con respecto a la capacidad del poder marítimo británico para impedir una incursión en el corazón continental llevada a cabo por el poder terrestre alemán. Una vez en posesión del corazón continental, Alemania podría construir una gran armada de la que valerse para la conquista de la Isla Mundial. Mackinder defendía que, sobre todo en el siglo XX, el poder marítimo necesitaba adentrarse más en tierra para aprovechar la industrialización. La era industrial se tradujo en un mundo de Estados de

grandes dimensiones en que los fuertes se comían a los débiles. Haushofer adoptó esta teoría de Mackinder «desde el punto de vista alemán y contrario —escribe Strausz-Hupé— y concluyó que el camino hacia la dominación mundial alemana pasaba por lo que los ingleses habían temido, es decir, la consolidación de las “grandes áreas” alemana y rusa». Haushofer, como dice Strausz-Hupé, se vuelve confuso, místico e impreciso cuando describe el corazón continental de Mackinder. Es la «cuna de los conquistadores del mundo», «una ciudadela gigantesca que se extiende desde “el Elba hasta el Amur”», es decir, desde Alemania central hasta Manchuria y el extremo oriental de Rusia, a cuyo interior Alemania puede retirar su industria de guerra, de vital importancia, lo que permite a su ejército y su armada avanzar hacia el exterior, en cualquier dirección.^[2]

Mackinder, influenciado por el wilsonianismo y la necesidad de conservar el equilibrio del poder en Eurasia, recomendó en 1919 la constitución de una franja de Estados independientes en Europa oriental, mientras que Haushofer por su parte invirtió la tesis de Mackinder y unos años más tarde defendió la «extinción de dichos Estados». Haushofer, escribe Strausz-Hupé, los llama «pedazos de Estados [...] fragmentos», cuyos habitantes poseen una mentalidad de «espacios limitados», lo cual, para Haushofer, «es síntoma inequívoco de decadencia». Strausz-Hupé prosigue hasta dejar al descubierto la «lógica impecable» de Haushofer con respecto a la disolución del Imperio británico y a la necesidad de descomponer la Unión Soviética en las unidades étnicas que lo componen, lo cual llevará a la creación de una Gran Alemania que, en opinión de Haushofer, es el único Estado con derecho a una autodeterminación nacional. Según escribió el propio Haushofer, «un tercio del pueblo alemán vive bajo dominio extranjero fuera de las fronteras del Reich». La *Geopolitik* alemana, nos advierte Strausz-Hupé, es un mundo de «acrobacias en el trapecio ideológico», con conclusiones de una «simplicidad sorprendente». El nuevo orden mundial alemán presupone una Gran Asia Oriental bajo la hegemonía japonesa, una «Panamérica» dominada por Estados Unidos y un corazón continental eurasiático controlado por los germanos, con una «subregión mediterránea-norteafricana bajo el gobierno encubierto de Italia». Sin embargo, todo esto no es más que un paso intermedio para Haushofer, ya que, según Mackinder, el corazón continental domina la Isla Mundial y, por lo tanto, el mundo.^[3]

Strausz-Hupé nos dice que la idea de Mackinder acerca del corazón continental «está empañada por la opinión puramente personal de un inglés eduardiano». Para la generación de Mackinder, Rusia llevaba cerca de un

siglo siendo la antagonista de Gran Bretaña y, por consiguiente, los estadistas británicos vivían con el temor a la posibilidad de que Rusia controlara los Dardanelos, redujera a cenizas el Imperio otomano y cayera sobre la India. De ahí la fijación de Mackinder con la franja de Estados barrera independientes entre Rusia y la Europa marítima, a pesar de que también consideraba que el corazón continental dentro de la propia Rusia representaba un instrumento visual estratégico. «La visión de Mackinder —escribe Strausz-Hupé— coincidía a la perfección con la filosofía perniciosa de la dominación mundial o la perdición, que explica muy bien la patología nacional alemana. En el dogma de Mackinder se encuentra el tipo de irrevocabilidad que tanto anhela la mentalidad wagneriana». Sin embargo, Strausz-Hupé acaba rehabilitando la reputación de Mackinder:

Una imparcialidad absoluta dignifica la obra de Mackinder —escrita cuando los ejércitos todavía no habían regresado de los campos de batalla—, que nunca pierde de vista el amplio horizonte de la historia. Es su fe en el individuo de lo que lamentablemente carece su admirador alemán. Aunque a Haushofer le guste hacer hincapié en la contribución del heroísmo a la conformación de la historia, en realidad está pensando en el sacrificio colectivo en el campo de batalla, en lugar de en la lucha anónima de hombres y mujeres normales y corrientes...^[4]

Strausz-Hupé y Mackinder creen en el factor humano, en la inviolabilidad, como ellos lo llaman, del individuo, mientras que los *Geopolitikers* alemanes no.

Si, en manos de Mackinder, el corazón continental es un modo fascinante de explicar la geopolítica, en las de Haushofer se convierte en una ideología delirante y fantasiosa. Sin embargo, Strausz-Hupé le otorga gran importancia e insta a sus conciudadanos estadounidenses a que hagan otro tanto: «Para los nazis —escribe Strausz-Hupé—, [Haushofer] transmitía algo que las vagas elucubraciones de Adolf Hitler no habían conseguido proporcionar: una doctrina coherente de imperio». En contraposición a Mackinder, que veía el futuro en función de un equilibrio del poder que garantizaría la libertad, Haushofer estaba decidido a desestabilizar dicho equilibrio por completo, tergiversando así la geopolítica. Es más, Haushofer distorsionó las teorías de lord George Nathaniel Curzon de la misma manera que lo hizo con las de Mackinder. Curzon dio una conferencia en 1907 con el nombre de «Frontiers». Haushofer, inspirado por Curzon, escribió un libro en cuyo título también se mencionaban las fronteras (*Grenzen in ihrer Geographischen und*

politischen Bedeutung), aunque en realidad trataba sobre cómo romperlas. Según Haushofer, solo las naciones en declive ambicionan fronteras estables, y solo las que se encuentran en decadencia persiguen protegerlas con fortificaciones permanentes, puesto que las fronteras son organismos vivos. Por el contrario, las naciones vigorosas construyen carreteras. Las fronteras no eran más que obstáculos temporales para las naciones dominantes. Sin duda alguna, la *Geopolitik* alemana es una guerra perpetua por el «espacio» y, por lo tanto, afín al nihilismo. Strausz-Hupé añade:

No obstante, no debe asumirse que este uso desvirtuador, tan perjudicial para la paz mundial, invalida forzosamente todas las teorías geopolíticas; la antropología no es menos ciencia por haber servido de instrumento al racismo.^[5]

Haushofer, incluso dentro de los límites de su violenta visión del mundo, tenía pocos principios inamovibles. En 1939, en el quincuagésimo aniversario de Hitler, describió al Führer como un «estadista» que aunaba en su persona la «sangre de Clausewitz y el espacio y la tierra de Ratzel».^[6] Haushofer celebró el pacto germano-soviético de no agresión en 1939 con entusiasmo en un editorial, en el que hizo hincapié en la necesidad de que Alemania uniera sus fuerzas, como poder terrestre, con las de Rusia. Sin embargo, después de que Hitler invadiera Rusia en 1941, escribió otro editorial en el que elogiaba la invasión por considerarla un modo de hacerse con el corazón continental. Evidentemente, nadie osaba criticar la decisión de Hitler. Existen buenas razones para pensar que se exageraron los vínculos que supuestamente unían a Haushofer y Hitler, si bien es cierto que Haushofer acabó representando una típica visión estratégica nazi.^[7] En cualquier caso, cuando las cosas empezaron a torcerse en el campo de batalla, Haushofer perdió el favor del Führer y fue enviado al campo de concentración de Dachau, en 1944. Ese mismo año, el hijo de Haushofer, Albrecht, también geopolítico, había sido ejecutado por su participación en el complot militar contra Hitler, después de que Haushofer y su familia hubieran sido encarcelados. Tampoco hemos de olvidar que la esposa de Haushofer tenía sangre judía. Hess, que fue encarcelado en Gran Bretaña en 1941 tras su vuelo en solitario para negociar la paz por separado, había protegido a la pareja de las leyes raciales nazis. Las contradicciones en la vida de Haushofer debieron de acabar siendo demasiado difíciles de soportar a medida que él mismo fue haciéndose consciente de la magnitud de los estragos y la destrucción resultado de una guerra mundial que él había contribuido a provocar. La vida de Haushofer es una lección ejemplar

acerca de los peligros que acechan a los hombres de ideas que ambicionan desesperadamente congraciarse con quienes ostentan el poder. Poco después de la derrota de Alemania y de la investigación que llevaron a cabo los Aliados acerca de su vinculación con los crímenes de guerra que se cometieron, Haushofer y su mujer se suicidaron.

Strausz-Hupé no concibió su obra solo para desacreditar a Haushofer y restituir la reputación de Mackinder, sino para implorar a los norteamericanos que se tomaran la geopolítica en serio, porque de lo contrario lo harían otros con intenciones aviesas que acabarían venciendo a Estados Unidos. Como escribe al final de su libro:

La maquinaria de guerra nazi es el instrumento de conquista; la *Geopolitik* es el plan maestro ideado para decirles a quienes manejan el instrumento qué han de conquistar y cómo. Es tarde, pero no demasiado para sacar provecho de las lecciones de la *Geopolitik*.^[8]

Strausz-Hupé es realista a ultranza. Exponer algunos de los apuntalamientos ideológicos del programa de conquista de un Estado totalitario no es suficiente para él, y además es demasiado fácil. Es consciente de la verdad incómoda que se oculta tras el pensamiento de Haushofer ya que, así como el razonamiento de Mackinder presenta fallos cruciales, el de Haushofer se fundamenta en la realidad, a pesar del modo en que la tergiversa. De ahí que el objetivo de Strausz-Hupé sea el de infundir a los norteamericanos —que viven en un aislamiento perfecto gracias a los dos océanos que los rodean— una concienciación mayor sobre la importancia que tiene la disciplina geográfica, de manera que, tras la guerra, Estados Unidos pueda adoptar el papel de estabilizador y preservador del equilibrio del poder eurasiático que los nazis, con la ayuda de Haushofer, trataron de subvertir.

En cuanto a la tesis del corazón continental, con la que se muestra extremadamente escéptico, Strausz-Hupé defiende que el poder aéreo —tanto comercial como militar— podría acabar vaciándola de sentido. Sin embargo, cree que la tecnología de la era industrial ofreció mayores ventajas a los Estados grandes que, gracias a las distancias y la extensión de su territorio, son capaces de sacar mayor provecho a las fábricas de grandes dimensiones, las líneas de ferrocarril, los tanques y los portaviones. «La historia de nuestros tiempos parece reflejar, con una fatalidad maligna, la tendencia hacia la construcción de los imperios y los superestados que predijeron los Ratzels,

Spenglers y Mackinders».^[9] Por descontado, la era postindustrial, con su énfasis en la miniaturización —microchips, móviles, explosivos plásticos—, ha investido de poder no solo a Estados de grandes dimensiones, sino a individuos y grupos apátridas, lo cual solo ha añadido mayor complejidad y tensión a la geopolítica. No obstante, Strausz-Hupé intuye parte de todo esto en su propuesta sobre las fronteras, que retoma a causa del uso indebido que hace Haushofer de la teoría de Curzon.

A pesar del nihilismo de Haushofer, Strausz-Hupé no se deja intimidar a la hora de echarlo por tierra. La existencia misma de las fronteras muestra un mundo acosado por las divisiones políticas y militares. «El Estado soberano es, al menos en sus orígenes, una fuerza organizada. La guerra da inicio a su historia y de ahí que sus fronteras —sean “buenas” o “malas”— resulten fronteras estratégicas», afirma Strausz-Hupé. De manera certera, escoge una cita de Curzon en la que este último apunta que las guerras fronterizas aumentarán en número e intensidad a medida que «el planeta habitable se reduzca», momento en que «las ambiciones de un Estado entran en colisión frontal e irreconciliable con las de otro».^[10] Dicho de otro modo, Haushofer no anda desencaminado en su postulación del conflicto perpetuo. Incluso después de la guerra, la tragedia de la condición humana apenas concederá una tregua al planeta. La superpoblación de las décadas recientes, junto con los avances en tecnología militar —para la que el tiempo y la distancia han desaparecido—, auguran una crisis de «espacio» en el mapa mundial.^[11] Una crisis que se deriva de la idea de Mackinder de un «sistema cerrado». Por el momento, baste con señalar que añade apremio a la petición de Strausz-Hupé, según la cual Estados Unidos, que para él encarna la máxima fuente del bien en un mundo de grandes potencias, no puede permitirse la retirada de la geopolítica, pues esta y la competición por el «espacio» son eternas. Los Estados liberales tendrán que prepararse para la tarea que se les presenta, salvo que quieran dejar vía libre a gente como Haushofer.

La teoría del anillo continental

Robert Strausz-Hupé no fue el único estadounidense de origen europeo que advertiría a sus conciudadanos durante la guerra acerca de la necesidad de arrebatar la geopolítica de las manos de los nazis, restituir su reputación y utilizarla en provecho de Estados Unidos. Nicholas J. Spykman nació en el año 1893, en Ámsterdam. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando Países Bajos era un país neutro, viajó mucho como corresponsal extranjero en Oriente Próximo (1913-1919) y Extremo Oriente (1919-1920). Tras la guerra, cursó estudios superiores en la Universidad de California, en Berkeley, donde también impartió clases, y luego ingresó en Yale, donde en 1935 fundó el Instituto de Estudios Internacionales.^[1] Inculcó a sus alumnos la concienciación de que la geografía era un medio fundamental para evaluar los peligros y oportunidades a los que su país de adopción se enfrentaba en el mundo. Murió de cáncer en 1943, a la edad de cuarenta y nueve años, poco tiempo después de publicar *Estados Unidos frente al mundo*, una obra que, incluso más que la de Mackinder, nos ofrece un marco para entender el mundo tras la guerra fría. Spykman, posterior a Mackinder, en cierto sentido actualiza el trabajo de este último.

En la línea de Strausz-Hupé, Morgenthau, Henry Kissinger y otros inmigrantes europeos en las décadas centrales del siglo XX, quienes llevaron el realismo a un país que les había proporcionado refugio, pero al que consideraban peligrosamente ingenuo, Spykman estaba desprovisto del idealismo y el sentimentalismo que caracterizaba a buena parte del pensamiento estadounidense. Sostenía que la geografía lo es todo. Estados Unidos era una gran potencia, no tanto por sus ideas como por ser «el Estado más favorecido del mundo desde el punto de vista de su situación»^[2], con acceso directo a los océanos Atlántico y Pacífico. Con Spykman, la severidad del mapa y la lucha consiguiente por el espacio no dan tregua posible. «La

sociedad internacional es [...] una sociedad sin una autoridad central que vele por la defensa de la ley y el orden». Dicho de otro modo, se encuentra en un estado anárquico y, por consiguiente, cada Estado deberá luchar por su supervivencia. Los estadistas pueden esforzarse en alcanzar los valores universales de la justicia, la imparcialidad y la tolerancia, pero solo mientras estos no interfieran en la lucha por el poder, que para él es sinónimo de supervivencia. «La lucha por el poder no está diseñada para alcanzar una serie de valores morales; los valores morales se utilizan para facilitar la obtención del poder». Una afirmación que bien podría atribuirse a Karl Haushofer, lo cual no deja de ser inquietante. Sin embargo, ello no ha de impedirnos ver la diferencia fundamental que existe entre ambos. Spykman, al igual que Mackinder y Strausz-Hupé, cree en la «seguridad» que ofrece un «poder en equilibrio», no en la dominación; diferencia de la que se derivan todas las demás, ya que el «equilibrio del poder», insiste, equivale a la «ley de la naturaleza y a la ética cristiana» porque preserva la paz.^[3]

Mientras que Strausz-Hupé se concentra en la teoría geopolítica nazi y, de paso, defiende a Mackinder, Spykman se centra en el mapa mundial para evaluar las posibilidades de la dominación nazi, así como para esbozar de qué forma se configuraría el poder en un mundo de posguerra, que no llegaría a ver. Para ello, primero ofrece una explicación geográfica acerca del modo en que Estados Unidos se convirtió en una gran potencia.

Según Spykman, «la historia se forja en las latitudes templadas», donde predomina un clima moderado, «y, dado que la masa continental del hemisferio sur apenas se encuentra en dicha zona, la historia se forja en las latitudes templadas del hemisferio norte». No es que el África subsahariana y el Cono Sur no importen, puesto que importan mucho más en nuestros días que en el pasado gracias a la tecnología de las comunicaciones y el transporte, que han conseguido que cualquier lugar pueda afectar a todos los demás, sino que todavía no tienen tanto impacto internacional como los que se encuentran en el hemisferio norte y, en particular, aquellos que se sitúan en la zona templada septentrional. James Fairgrieve, casi contemporáneo de Mackinder, explica que debido a la falta de energía solar en comparación con los trópicos, los habitantes de las zonas templadas deben invertir mayores esfuerzos para hacer frente a un clima más diverso, en el que la diferenciación de las estaciones conlleva tiempos concretos de siembra y cosecha, y de ahí que sea en las zonas templadas donde los seres humanos «prosperan viento en popa».

Mientras que en el Polo Sur encontramos un gran continente rodeado de agua por todas partes, cerca del Polo Norte hallamos un océano casi completamente rodeado de tierra, la tierra en la que los seres humanos han sido más productivos. Strausz-Hupé es incluso más específico al respecto y nos aclara que la historia se escribe entre «los veinte y sesenta grados de latitud norte». Esta área comprende Norteamérica, Europa, el Gran Oriente Medio y el norte de África, gran parte de Rusia, China y la mayoría de la India, y coincide aproximadamente con el «cinturón yermo» de Mackinder, ya que incluye el corazón continental y las zonas marginales contiguas de Eurasia. Según este razonamiento, la ventaja fundamental de Estados Unidos es que, situado bajo el Ártico canadiense, ocupa el último territorio extenso y relativamente deshabitado de la zona templada que no fue colonizado por la civilización urbana hasta el Siglo de las Luces europeo. Es más, según Spykman, Estados Unidos prosperó en un principio porque su costa este, con sus estuarios y sus entrantes, ofrecía «un sinfín de parajes idóneos para la construcción de puertos»^[4]. En esencia, según este punto de vista, la geografía fue el primer proveedor de la libertad norteamericana.

La condición de gran potencia de América es tal porque Estados Unidos ostenta la hegemonía regional del hemisferio occidental y, como dice Spykman, posee «capacidad suficiente para operar fuera del Nuevo Mundo»; de ahí que pueda afectar el equilibrio del poder en el hemisferio oriental.^[5] Toda una hazaña cuya importancia Estados Unidos debería saber valorar en su justa medida, ya que tiene sus raíces en la idiosincrasia geográfica latinoamericana. Ninguna otra nación del mundo, ni China, ni Rusia, ejerce una hegemonía de proporciones hemisféricas, y cuya explicación, gracias a Spykman, incluye a Sudamérica —a la que Mackinder apenas presta atención— en el debate geopolítico. Mackinder es fundamental para entender la geografía de la guerra fría por centrarse en Eurasia y, sobre todo, en el corazón continental de esta; mientras que Spykman defiende una concepción más orgánica del planeta y, por lo tanto, resulta más relevante que Mackinder en una época en que cualquier lugar puede afectar a todos los demás.

El corazón estratégico y geográfico del Nuevo Mundo es lo que Spykman llama el «Mediterráneo americano», es decir, la cuenca del Caribe, donde se incluye el golfo de México. Del mismo modo que Atenas ejerció un verdadero control sobre el archipiélago griego con su dominio del Egeo, y Roma tomó las riendas del mundo occidental con su dominio del mar Mediterráneo, Estados Unidos, según Spykman, se convirtió en una potencia mundial cuando finalmente fue capaz de arrebatar el dominio del «mar

intermedio», o Caribe, a los Estados coloniales europeos de manera incuestionable en la Guerra hispanoestadounidense de 1898, lo cual permitiría la construcción del canal de Panamá poco después. «Ninguna amenaza seria contra la posición de Estados Unidos puede proceder de la región», asegura, refiriéndose a la cuenca del Caribe. «Las islas son de tamaño reducido y la topografía de Centroamérica, igual que la de la península balcánica [...] favorece la organización en pequeñas unidades políticas. Incluso los países de gran tamaño como México, Colombia y Venezuela se encuentran limitados por la topografía, el clima y la ausencia de materias primas estratégicas para convertirse en grandes potencias marítimas». La Armada estadounidense puede bloquear la frontera oriental del Caribe y aislar a todos estos Estados del mercado internacional, de modo que, en última instancia, se encuentran subordinados a Estados Unidos. El punto fuerte de Spykman, así como el de otros pensadores que recojo en este libro, es su capacidad para ver más allá de la turbulenta actualidad y constatar verdades fundamentales. Y la realidad geográfica fundamental del hemisferio occidental, dice, es que la división no se encuentra entre Norteamérica y Sudamérica, sino entre el área al norte de la selva ecuatorial dominada por el Amazonas y el área al sur de esta, de lo que se deduce que Colombia y Venezuela, así como las Guayanas, a pesar de encontrarse en la costa septentrional de Sudamérica, funcionalmente forman parte de Norteamérica y el Mediterráneo americano. Su mundo geopolítico es el Caribe, y tienen relativamente poco que ver con los países que se extienden al sur de la selva amazónica, a pesar de que comparten el mismo continente. Al igual que el Mediterráneo europeo, el Mediterráneo americano no divide, sino que une. Del mismo modo que el norte de África se adscribe al mundo mediterráneo y el desierto del Sáhara le impide ser parte de África *de facto*, las costas septentrionales de Sudamérica se adscriben al mundo caribeño y la geografía las separa propiamente del resto del subcontinente meridional. Según Spykman:

Las cordilleras que se extienden desde los Andes hacia el este separan la cuenca amazónica de los valles del Magdalena y el Orinoco y conforman las fronteras meridionales de las Guayanas. Al otro lado se encuentra la selva impenetrable y el bosque tropical del valle del Amazonas. El río y sus afluentes conforman un magnífico sistema de comunicaciones de oeste a este, pero no ofrecen modo de transporte para trasladarse de norte a sur.^[6]

En cuanto a la mitad meridional de Sudamérica, en opinión de Spykman, la geografía se ocupa de marginalizar su importancia geopolítica. La costa occidental sudamericana se comprime entre el océano Pacífico y los Andes, la cordillera más alta del mundo, si exceptuamos el Himalaya, el Karakórum y el Pamir, que separan China del subcontinente indio. Los valles que atraviesan los Andes, en comparación con los que cruzan los Apalaches y que favorecen el paso hacia el oeste desde la costa oriental de América, son estrechos y escasos. Los ríos no son navegables, de modo que países como Chile y Perú, a casi 13 000 kilómetros de Asia oriental a través del Pacífico, y a otros muchos miles de kilómetros de ambas costas de Estados Unidos, se encuentran alejados de los principales canales internacionales e históricos de migración y comunicación; de ahí que no posean grandes armadas. Solo el centro y el sur chilenos se encuentran en la zona templada, y, como dice un chascarrillo atribuido a Henry Kissinger, Chile es un puñal clavado en la Antártida. Con respecto a la costa oriental de Sudamérica, esta también se encuentra apartada y aislada. Dado que Sudamérica no se sitúa directamente debajo de Norteamérica, sino hacia el este, las zonas habitadas de la costa atlántica sudamericana, desde Río de Janeiro hasta Buenos Aires —muy al sur, debajo del boscoso Amazonas—, distan tanto de Nueva York como de Lisboa. Estados Unidos, gracias al dominio que ejerce sobre el Mediterráneo americano y separado del corazón de Sudamérica por grandes distancias y una amplia zona de selva tropical, apenas tiene contrincantes en su propio hemisferio. El Cono Sur, escribe Spykman, es antes un «territorio de ultramar» que un «vecino continental».^[7]

Sin embargo, no hemos de olvidar la otra cara de la moneda. Sí, la cuenca del Caribe une en lugar de dividir, y la ruta de la cocaína y la marihuana que atraviesa Centroamérica y México, desde Colombia hasta Estados Unidos, lo deja patente. La así llamada guerra contra la droga es una excelente lección de geografía, que en estos momentos está llamando a las puertas hemisféricas de Estados Unidos. Lo mismo ocurre con el radicalismo populista y antiamericano del caudillo venezolano Hugo Chávez, quien se ha convertido en una afrenta para los intereses internacionales estadounidenses, no solo por haberse aliado con Rusia e Irán, sino por haberlo hecho desde su posición privilegiada en la cuenca del Caribe; de estar situado por debajo de la selva tropical amazónica, en el Cono Sur, no supondría mayor amenaza. La globalización —la era de la información, la desaparición de las distancias, la explosión migratoria laboral procedente de países demográficamente jóvenes a países demográficamente cada vez más viejos— ha obligado a Estados

Unidos a estrechar la relación en el Caribe con una Latinoamérica inestable de un modo que le resulta incómodo. Si bien anteriormente el Caribe era un lugar dominado por la Armada de Estados Unidos, pero que por lo demás continuaba separado de las principales corrientes de la sociedad americana, hoy en día forma parte de su tejido social. Las ideas de Spykman presagian todos estos cambios, aunque también es cierto que, obviamente, no podría haberlos predicho con detalle.

Como autor que publica en plena Segunda Guerra Mundial, igual que Strausz-Hupé, antes de que el signo de la guerra cambiara a favor de los Aliados, lo que más inquietaba a Spykman era la amenaza internacional que suponían los nazis, y de ahí que considerara de una gran importancia geográfica que Estados Unidos estuviera separado del sur de Sudamérica. Dicha separación constituía una ventaja estratégica en tanto en cuanto Estados Unidos no se veía obligado a dominar la región del mismo modo que sí debía hacerlo con la cuenca del Caribe, aun cuando se trataba de una vulnerabilidad en la medida en que Estados Unidos no poseía ningún tipo de ventaja geográfica en el caso de que un adversario europeo amenazara la región. En el Cono Sur, desde Río de Janeiro hacia el sur —lo que Spykman llama la «zona equidistante»—, se encontraban las regiones agrícolas más productivas del continente, tres cuartas partes de la población sudamericana y las mayores ciudades de las dos repúblicas sudamericanas más importantes de aquellos tiempos: Brasil y Argentina. Aun transigiendo en su insignificancia geográfica en comparación con Eurasia, a Spykman le preocupaba que el Cono Sur pasara a formar parte de la estrategia de envolvimiento de una potencia hostil. Del mismo modo que la geografía de las Américas favoreció la hegemonía hemisférica de Estados Unidos, la disolución de las Américas en un norte libre y un sur dominado por el Eje habría significado el fin de dicho predominio. «Muchos aislacionistas —explica Spykman— aceptaron la política de la defensa del hemisferio porque vieron en ella el modo de evitar el conflicto con Alemania, pero pasaron por alto el hecho de que, aun cuando Estados Unidos hubiera podido evitar la guerra contra Alemania en defensa de Europa, no podría haber evitado luchar contra ella por la hegemonía de Sudamérica».^[8]

A pesar de que las potencias del Eje acabarían siendo vencidas, podría decirse que la advertencia de Spykman sigue vigente. Europa, Japón y China han penetrado profundamente en el mercado de la zona equidistante de Spykman, y no existe garantía alguna de que Estados Unidos continúe siendo el poder dominante externo en una región cuyo comercio con este país no

llega al 20 % y teniendo en cuenta que se tarda lo mismo en volar de Nueva York a Buenos Aires, once horas, que de Estados Unidos a Oriente Medio. A pesar de que su obsesión era ganar la guerra, Spykman nos muestra el mundo que habitamos en la actualidad gracias al vehemente énfasis con que subrayó la geografía.

Spykman pertenecía a la generación posterior a Mackinder, por lo que su marco de referencia e inspiración se derivan del geógrafo inglés. Latinoamérica supone una larga desviación del tema principal de Spykman, Eurasia, el cual compartía con Mackinder. La obra de este último plantea la lucha del poder terrestre dominado por el corazón continental contra el poder marítimo, y considera que el primero goza de mejor posición. En extractos como el siguiente, Spykman básicamente se limita a reconocer la influencia esencial de Mackinder, aun cuando ambos valoraban de manera distinta la importancia relativa de los poderes terrestre y marítimo:

Durante doscientos años, desde los tiempos de Pedro el Grande, Rusia ha intentado abrirse camino a través del anillo de Estados limítrofes que la rodea para alcanzar el océano. La geografía y el poder marítimo se lo han impedido constantemente.^[9]

Spykman identifica vagamente el corazón continental con el imperio soviético, rodeado por mares árticos helados al norte, entre Noruega y el extremo oriental de Rusia, y por montañas al sur, desde los Cárpatos, en Rumania, hasta las mesetas de Anatolia, Irán y Afganistán, y desde ahí giraba hacia el noreste, en dirección al Pamir, el macizo de Altái y la meseta de Mongolia, hasta llegar a Manchuria y Corea. Para él, esta era la geografía clave del mundo, por la que se lucharía constantemente. Al norte y en el interior de este cinturón de montañas y mesetas se encuentra el corazón continental; al sur y en el exterior de esta franja se sitúan los gigantes demográficos de Europa, Asia meridional, el Sudeste Asiático, China y Japón, así como Oriente Medio, rico en petróleo. Estas áreas marginales de Eurasia, especialmente sus litorales, era lo que Spykman denominaba anillo continental («*Rimland*») y sostenía que era la clave del poder mundial; no el corazón continental de Mackinder, porque además de dominar Eurasia, el anillo continental, que asignaba mayor importancia al ámbito marítimo, resultaba fundamental para comunicarse con el resto del mundo.^[10]

Como es obvio, en realidad ambos hablan de lo mismo, ya que Mackinder afirma que quien controle el corazón continental se hallará en mejor posición para dominar el anillo continental, que a su vez ofrece la clave de la

dominación mundial a través del poder marítimo. Como dice Mackinder: «Si lo consideráramos desde una perspectiva amplia, ¿acaso no deberíamos contar con la posibilidad de que, algún día, una gran parte del gran continente pueda acabar bajo un solo yugo, y que un poder marítimo invencible pueda depender de este?». Evidentemente, ese era el sueño de la Unión Soviética en la década de 1980: avanzar hasta las aguas templadas del Océano Índico mediante la invasión de Afganistán y el intento de desestabilización de Pakistán, y de este modo combinar el poder marítimo y el terrestre.^[11]

Con todo, Spykman cuenta con una ligera ventaja al poner el énfasis en el anillo continental. Dada la situación mundial actual, la agitación que vive el Gran Oriente Medio, en el anillo continental, y las tensiones que recorren todo el sur de Asia, así como la península coreana, Spykman, gracias a su anillo continental y a su visión de la geopolítica, más compleja que la de Mackinder, casi parece contemporáneo. El grueso de las teorías de Mackinder se fundamenta en el mundo de finales del siglo XIX y principios del XX y la Primera Guerra Mundial, mientras que los argumentos de Spykman se derivan de la realidad de un conflicto posterior, en la que el corazón continental se hallaba en las manos de un aliado, la Rusia soviética, y por lo tanto no representaba un problema, mientras que el anillo continental se encontraba amenazado por las potencias del Eje.

Aunque las potencias del Eje perdieron la guerra, la competición por el anillo continental prosiguió durante la guerra fría. La Unión Soviética pasó a convertirse en la gran potencia del corazón continental que amenazaba el anillo continental en Europa, Oriente Medio, la península coreana y otras partes, y al que hacía frente un poder marítimo occidental. Por consiguiente, «la contención», la política de la guerra fría contra la Unión Soviética promulgada en 1946 por el diplomático y experto en Rusia George Kennan en su Telegrama Largo, tenía reminiscencias tanto spykmanianas como mackinderianas. Contención es como denomina el poder marítimo periférico lo que el poder del corazón continental llama envolvimiento.^[12] La defensa de Europa occidental, Israel, los Estados árabes moderados, el Irán del sah y las guerras en Afganistán y Vietnam conllevan la idea de evitar que un imperio comunista extienda su control al anillo continental desde el corazón continental. En su obra de referencia, *Armas nucleares y política internacional*, publicada en 1957, un joven Henry Kissinger escribe que «la guerra limitada representa el único modo de evitar que el bloque soviético, a un precio aceptable, invada los territorios periféricos de Eurasia», sobre todo teniendo en cuenta que, como prosigue Kissinger, la Unión Soviética, como

poder del corazón continental, posee «líneas de comunicación internas» que le permiten reunir una fuerza considerable «en cualquier punto a lo largo de su periferia».^[13] Polonia, Irán, Afganistán, Vietnam, todos ellos son campos de batalla en la historia de la guerra fría, y todos se sitúan en la periferia del comunismo soviético y chino. Este era el mundo de Mackinder, pero con la intuición de Spykman.

En las observaciones que Spykman vertió en 1942 con relación al futuro tras la Segunda Guerra Mundial, vemos un ejemplo de cómo la geografía es capaz de generar predicciones inquietantes. A pesar de que los Aliados estaban perdiendo y de que la destrucción absoluta de la maquinaria de guerra de Hitler es prioritaria, Spykman se preguntó en ese momento con gran preocupación por lo que implicaba desmilitarizar Alemania. «Un Estado ruso que abarque desde los Urales hasta el mar del Norte —explicó— no constituye una gran mejora respecto a un Estado alemán que abarque desde el mar del Norte a los Urales». Los campos de aviación rusos en el canal de la Mancha serían tan peligrosos para la seguridad de Gran Bretaña como los campos de aviación alemanes. Por lo tanto, después de Hitler, sería necesaria una Alemania poderosa. Asimismo, si bien es cierto que a Estados Unidos todavía le quedaban por delante tres cruentos años luchando contra el ejército japonés, Spykman recomendó una alianza con Japón tras la guerra para hacer frente a las potencias continentales de Rusia y, en particular, de una China en alza. Japón es un importador neto de alimentos y carece de combustibles fósiles como el petróleo y el carbón; sin embargo, posee una gran tradición naval, lo cual lo hace tanto vulnerable como útil. Una gran isla frente a las costas orientales de Asia podría cumplir la misma función para Estados Unidos en Extremo Oriente que Gran Bretaña en Europa. Spykman subrayó la necesidad de forjar una alianza con Japón para hacer frente a una poderosa China, si bien es cierto que a principios de la década de 1940 China era débil y todavía se tambaleaba tras la desolación causada por el ejército japonés:

Una China moderna, revitalizada y militarizada [...] se convertiría en una amenaza no solo para Japón, sino también para la posición de las potencias occidentales en el Mediterráneo asiático. China será una potencia continental de dimensiones gigantescas y ostentará el control de gran parte del litoral de ese mar intermedio. Su situación geográfica será similar a la de Estados Unidos con respecto al Mediterráneo americano. Cuando China se haga fuerte, es indudable que su penetración económica

en la región adoptará connotaciones políticas. Es bastante posible imaginar el día en que esa masa de agua estará controlada no por el poder marítimo británico, estadounidense o japonés, sino por el poder aéreo chino.^[14]

Tal vez la reflexión más terminante de Spykman concierne a Europa. Del mismo modo que se opone a la dominación, ya sea rusa o alemana, de Europa, también se opone rotundamente a una Europa unida. Prefiere un equilibrio de poder entre los Estados europeos, por considerarlo más provechoso para los intereses estadounidenses, que una federación europea, aun cuando su constitución se llevara a cabo de una manera pacífica y democrática. «Una Europa federal —sostiene— constituiría una concentración de poder que afectaría decisivamente a nuestra relevancia como potencia atlántica, al tiempo que debilitaría en gran medida nuestra posición en el hemisferio occidental». Dado que la Unión Europea se encuentra todavía en una fase intermedia de desarrollo, en la que líderes nacionales de gran peso buscan políticas exteriores coordinadas, aunque independientes en última instancia, a pesar de la creación de una zona de moneda única, es demasiado pronto para pronunciarse sobre la predicción de Spykman. Sin embargo, es fácil ver que cuanto más unida esté Europa, más aumentará la tensión con Estados Unidos. Un verdadero superestado europeo con un ejército y una política exterior única sería un firme competidor de Estados Unidos y, posiblemente, el poder exterior dominante en la zona equidistante de Sudamérica meridional.^[15] (Eso sí, es evidente que la actual crisis económica europea hace que esta sea una posibilidad dudosa.)

Este es un aspecto en que Spykman difiere notablemente de Mackinder y la política de contención de la guerra fría.^[16] La política de contención, que alentó la creación de una Europa unida para que se erigiera en baluarte contra el comunismo soviético, tenía sus raíces tanto en los ideales liberales de una sociedad libre como en la geopolítica. Cuando George Kennan escribió el Telegrama Largo, creía firmemente en el estilo de vida occidental, el cual, según opinaba, sobreviviría a las restricciones totalitarias del comunismo soviético. Por lo tanto, de ello se deducía que debía animarse a los Estados europeos democráticos con ideas afines a redoblar sus esfuerzos en la consecución de una unión política y económica común. Pese a todo, Spykman es incluso más implacable que Kennan, quien ya de por sí era un realista a ultranza. Sencillamente, no deja que ningún factor, salvo los geográficos, influya en su análisis. A diferencia de Haushofer, no se trata de que no crea en

la democracia y en una sociedad libre, sino de que no cree que la existencia de esta tenga ninguna relevancia en el análisis geopolítico. Spykman no considera que su trabajo consista en tratar de mejorar el mundo, sino en decir lo que cree que ocurre en este, y es precisamente esta impasibilidad lo que le permite ver más que Kennan y más allá de la guerra fría. Tanto es así que, a pesar de escribir en 1942, sus observaciones todavía son pertinentes con relación a la época presente:

Solo los estadistas capaces de pensar política y estratégicamente en términos de una tierra redonda y una guerra tridimensional pueden evitar que sus países sean superados tácticamente en flancos alejados. Gracias al modo en que el poder aéreo complementa al poder marítimo y a que la movilidad vuelve a ser la esencia de la guerra, no hay lugar en el planeta lo bastante alejado para carecer de importancia estratégica, ni lo bastante remoto para no ser tomado en cuenta en los cálculos de la política del poder.^[17]

Dicho de otro modo, gracias al poder aéreo y a la capacidad del cuerpo expedicionario del ejército, en especial el norteamericano, para desplegarse rápidamente en cualquier lugar, todo el planeta entra en el juego. Sin embargo, no solo entra en el juego para los estadounidenses, sino para todo aquel que, gracias a la tecnología de las comunicaciones, con las que el poder aéreo está directamente relacionado, se encuentre en el «sistema cerrado» de Mackinder. Sin embargo, el planeta es un sistema demasiado grande para acabar dominado por una única hegemonía, de modo que, como sostiene Spykman, habrá «una descentralización regional del poder» en la que todas las grandes áreas afectarán a las demás. Intuye un mundo de hegemonías múltiples, similar a la multipolaridad de la que tanto se habla en la actualidad, y la cual ya existe en un sentido político y económico, aunque no tanto en uno militar a causa de la gran distancia que aún separa Estados Unidos de otros ejércitos. No obstante, un mundo emergente de gigantes regionales como Estados Unidos, la Unión Europea, China, la India y Rusia, con potencias medias como Turquía, Irán, Indonesia, Vietnam o Brasil, confirmaría sus observaciones.^[18]

¿Cuál será la dinámica de dicho mundo? Spykman practica la futurología del mejor modo que puede hacerse: estudiando los mapas desde distintas perspectivas. Sus conclusiones más fascinantes se derivan de un mapa polar septentrional. «Dos características significativas destacan con claridad: la concentración de las masas continentales en el hemisferio norte y su

dispersión en forma de estrella de mar a partir del centro, el Polo Norte, en dirección a África y el cabo de Buena Esperanza por un lado, Sudamérica y el cabo de Hornos por otro, y Australia». Desde este ángulo, la tierra lo ocupa casi todo, mientras que si tomamos el ángulo contrario, el de un mapa polar meridional, el agua es lo que predomina. En el mapa polar septentrional se aprecia que los continentes del hemisferio norte están relativamente próximos unos a otros y que los meridionales están muy separados. Es evidente que en esta proyección se exagera la distancia entre los continentes meridionales, pero el mapa sigue sirviendo como símbolo de lo alejada que está Australia de Sudamérica, y Sudamérica de África. Por lo tanto, la estrecha relación geográfica entre Norteamérica y Eurasia es dinámica y constituye «el punto de referencia de la política mundial», mientras que aquellos que componen los continentes meridionales son mucho menos importantes. Una vez más, Spykman no dice que Sudamérica y África sean insignificantes, sino que las relaciones entre estos continentes sí lo son. Sudamérica y África adquieren relevancia geopolítica únicamente en las relaciones que establecen con los continentes septentrionales. Sin embargo, el verdadero mensaje que nos transmite este mapa polar es la relación orgánica que se da entre Norteamérica y Eurasia. Cuando pensamos en el inmenso océano Pacífico, imaginamos una gran masa de agua que separa la costa occidental de Norteamérica de Asia oriental; sin embargo, la ruta polar demuestra que es solo cuestión de volar hacia Alaska y luego bajar hacia el sur, a través del extremo oriental de Rusia, hasta la zona templada de Japón, Corea y China. El Ártico, sobre todo si se calienta, dará un nuevo significado al poder marítimo y especialmente al poder aéreo en las décadas futuras. El transporte supersónico puede acortar en dos tercios las distancias entre la costa oeste de Estados Unidos y las ciudades de Asia. El uso cada vez más regular de las rutas polares estrechará aún más los lazos entre Estados Unidos, Rusia y China. La geografía tendrá, dada su mayor accesibilidad, en contra de lo que pudiera pensarse, mayor importancia.^[19] La globalización, entendida como la superación de las barreras, conlleva un incremento del número y la intensidad de los contactos, lo cual a su vez implica una probabilidad aún mayor de conflictos, tanto políticos como de cooperación.

Mackinder arguye que una vez que el mundo se convierta en «un sistema político cerrado, se impondrá la realidad geográfica última».^[20] Con ello se refiere al reconocimiento de la Isla Mundial como una unidad en geopolítica, en la que Norteamérica haría las veces del satélite continental más importante de los mares circundantes. En realidad, Mackinder habla del hemisferio norte,

ya que toda la masa continental de Eurasia y gran parte de África —los componentes de la Isla Mundial— se inscriben en él. La teoría del anillo continental de Spykman encaja a la perfección en este escenario, en el que las zonas marginales de Europa, Oriente Medio, el subcontinente indio y Extremo Oriente acaparan el litoral eurasiático de los océanos Índico y Pacífico, consolidadas por sus importantes poblaciones, desarrollo económico y reservas de hidrocarburos. En conjunto, todas estas zonas frenan el poder del corazón continental de Rusia, si bien es cierto que Rusia domina las aguas cada vez más cálidas de su litoral ártico.^[21] Del mismo modo que el Ártico será un centro neurálgico para aviones y barcos que comunicarán Norteamérica con las zonas septentrionales de la Isla Mundial, el gran Océano Índico se convertirá en la autopista marítima del tráfico comercial y militar de la Isla Mundial, y comunicará África y Oriente Medio con Asia oriental.

Aun así, el anillo continental eurasiático no estará unido en un sentido estrictamente político. En un mundo de múltiples hegemonías regionales, no parece que exista el peligro que tanto preocupaba a Mackinder y Spykman: el de la aparición de un solo poder terrestre que dominara Eurasia, o el de un solo poder marítimo que dominara el anillo continental eurasiático. Ni siquiera parece posible que lo alcance una potencia marítima en alza como China, que tendría que enfrentarse a las armadas estadounidense, india, japonesa y australiana, entre otras. Sin embargo, tal como veremos, un mundo de relaciones de poder sutiles, en que el comercio y la economía se impondrán a la fuerza militar pura, seguirá siendo un mundo en que la geografía gobernará la geopolítica, sobre todo en los océanos, que estarán más transitados que nunca. Para comprender mejor este universo marítimo, a continuación nos concentraremos en otro pensador de finales del siglo XIX y principios del XX.

El atractivo del poder marítimo

De igual modo que Mackinder hacía hincapié en la importancia del poder continental a causa de los incipientes avances tecnológicos en el transporte por carretera y ferrocarril, la misma Revolución industrial hizo del capitán de la Armada de Estados Unidos Alfred Thayer Mahan, contemporáneo de Mackinder aunque algo mayor que este, un defensor acérrimo del poder marítimo. Mahan pensaba que el poder marítimo no solo era más importante que el poder continental en la lucha por la dominación, sino que, además, amenazaba en menor medida la estabilidad internacional. Mahan apuntó que es «la capacidad limitada de las armadas para ejercer una fuerza coercitiva en tierra» lo que las exime de convertirse en una amenaza para la libertad. Creía que, en lugar de ser el corazón continental de Eurasia el eje geográfico de los imperios, eran los océanos Índico y Pacífico los que determinarían el destino geopolítico. Dichos océanos permitirían que una nación marítima pudiera proyectar su poder en el anillo continental eurasiático, lo que a su vez afectaría al desarrollo de la vida política —gracias a las mismas redes de ferrocarril y carreteras— en el interior de Asia Central. Nicholas Spykman, defensor de la importancia del anillo continental alrededor de los océanos Índico y Pacífico, estaba tan profundamente influenciado por Mahan como por Mackinder.

A pesar de que Mackinder se sentía intimidado por el control que Rusia ejercía sobre el corazón continental, Mahan, cuyo libro *The Problem of Asia* se publicó cuatro años antes que el artículo de Mackinder «The Geographical Pivot of History», entrevió la vulnerabilidad de Rusia, dada la distancia a la que esta se encontraba de las aguas templadas del Océano Índico. La «lejanía incontestable [que separa a Rusia] de un mar abierto ha contribuido a colocarla en una posición de desventaja respecto a la acumulación de riqueza». Prosigue Mahan: «Siendo así, es lógico y normal que se sienta

insatisfecha, y la insatisfacción no tarda en adoptar la forma de agresión». De este modo, Mahan expone las corrientes psicológicas más profundas — basadas, de hecho, en la geografía— del carácter nacional ruso. Mahan llama a las naciones que se extienden al sur de Rusia y al norte del Océano Índico el «territorio discutible» de Asia, «la zona conflictiva entre el poder continental ruso y el poder marítimo británico» (Spykman, cuatro décadas después, la llamará anillo continental). Dentro de este territorio discutible, Mahan destaca la importancia de China, Afganistán, Irán y Turquía. No es casualidad que en 1900 sea capaz de señalar los principales Estados geopolíticamente significativos de nuestros tiempos, pues la geografía es inmutable.

Durante la guerra fría, la geografía ayudó a dictar una estrategia de contención contra la Unión Soviética que se apoyaba en la franja meridional de Estados eurasiáticos en la que se inscriben todas estas naciones del anillo continental; y también es la geografía la que ayuda a determinar la importancia de China como un Estado y civilización que se extiende desde el corazón continental eurasiático hasta las aguas templadas de la cuenca del Pacífico, del mismo modo que ayuda a determinar que Afganistán e Irán son dos naciones del corazón continental fundamentales para el destino de Oriente Medio. Fue Mahan quien, en 1902, utilizó por primera vez el término «Oriente Medio» para referirse al territorio que se extiende entre Arabia y la India, de especial importancia para la estrategia naval. La India, apunta, situada en el centro del litoral del Océano Índico, y cuya retaguardia está resguardada por la cordillera del Himalaya, es decisiva para la penetración en dirección al mar tanto de Oriente Medio como de China. El poder marítimo, se desprende, ofrece al mahaniano medios con los que un lejano Estados Unidos puede influir en Eurasia en un «sistema cerrado» mackinderiano.^[1]

La visión oceanocéntrica de Mahan no es infalible. Como Robert Strausz-Hupé explica en su obra *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*; «En la constatación de que Gran Bretaña y Estados Unidos se aferraban a la doctrina de Mahan, ellos [Haushofer y los demás *Geopolitikers* alemanes] vieron la oportunidad de oro de Alemania. Mientras las potencias anglosajonas fundamentaran su defensa en la doctrina [de Mahan] —tan atractiva porque prometía seguridad a la vez que una continuidad absoluta—, Alemania tendría asegurada la oportunidad que necesitaba para organizar una guerra total».^[2] Dicho de otro modo, la doctrina del poder marítimo de Mahan, centrada en una ambiciosa seguridad eurasiática, no le dio la necesaria relevancia, por agresiva que fuera, a la capacidad de un poder

continental para sitiar rápidamente Europa desde la península Ibérica hasta los Urales.

Aun así, Mahan se cubrió las espaldas y escribió: «El debido uso y control del mar no es más que otro eslabón de la cadena de intercambio mediante la que se acumula la riqueza».^[3] Sin embargo, su línea de pensamiento se adecuaba más a la expansión internacional del poder marítimo de Estados Unidos que a la conservación del equilibrio del poder en Europa. En palabras de Strausz-Hupé, un «imperialismo insaciable» gobernaba a Mahan, quien consideraba que el objetivo último del poder estadounidense iba más allá del simple «de un mar resplandeciente a otro» del destino manifiesto e incluía la dominación del Caribe y del Pacífico, lo cual convertiría a Estados Unidos en la primera potencia mundial. Mahan sostenía que una nación debía expandirse o entrar en la decadencia, ya que era imposible defenderse quedándose quieto. Como estrategia, tampoco solía detenerse en matices, pues creía firmemente en la concentración del poder naval mediante la supremacía de la flota bélica: «una gran armada de buques de guerra».^[4]

No obstante, es difícil de encasillar a Mahan, que a partir de 1883 y en solo veinte años publicó diecinueve libros. Imperialista insaciable sería únicamente una de sus muchas facetas. También era un demócrata que, a pesar de haber dicho que las democracias no son demasiado amigas de los gastos militares, abogaba abiertamente por un gobierno democrático antes que por uno monárquico. Tampoco consideraba que fuera absolutamente necesario que Estados Unidos poseyera una gran armada, sino que esta cooperara con Gran Bretaña, dado que solo era posible alcanzar la supremacía naval a través de una coalición. Opinaba que la guerra era un estado antinatural para el cual, sin embargo y por desgracia, las naciones debían prepararse. Además, previó un sistema multinacional de alianzas marítimas para velar por los habitantes del planeta. Así que es importante no caer en su caricaturización.^[5]

Mahan expuso su visión global en *Influencia del poder naval en la historia*, publicado en 1890, que influyó en el pensamiento de los presidentes William McKinley y Theodore Roosevelt —así como en el del káiser alemán Guillermo II— y contribuyó a impulsar la concentración naval previa a la Primera Guerra Mundial. Mahan demostró que, debido al carácter del mar como «gran autopista» o «gran espacio de uso común» de las civilizaciones, el poder naval —la capacidad para proteger flotas mercantes— siempre había sido el factor determinante en los conflictos políticos internacionales, sobre todo teniendo en cuenta que «viajar y el transporte por agua siempre han sido

más fáciles y baratos que por tierra». La fuerza de su argumentación radica tanto en su originalidad como en la amplitud de lo que abarca.^[6]

Mahan inicia su colosal obra con la afirmación de que «una nación pacífica y amante de los beneficios no tiene visión de futuro, una cualidad necesaria para una preparación militar apropiada, sobre todo en estos tiempos». Mahan no es belicista ni defiende el despotismo. En realidad, tal como él señala, por culpa del despotismo y la «codicia insaciable», ni España ni Portugal, a pesar de ser grandes potencias marítimas, acabaron siendo grandes naciones. Sin embargo: «Es una incógnita si un gobierno democrático tendrá visión de futuro, la aguda intuición sobre la posición nacional» necesaria para disuadir a los adversarios. Es más, también apunta que los puertos amigos desperdigados por todo el mundo no perduran para siempre. No son solo las naciones que viven en paz las que en general desconocen la tragedia que se deriva de no cultivar una sensibilidad trágica; también sus historiadores son unos grandes desconocedores del mar, de las vastas extensiones del planeta que tanta influencia ejercen sobre la tierra firme y que contribuyen a su seguridad y prosperidad. Por lo tanto, es urgente, nos advierte, escribir sobre la historia de la guerra naval, especialmente porque sus principios han permanecido inalterados, pese a los avances tecnológicos, desde las galeras provistas de remos hasta los barcos de vapor (y a los portaviones y submarinos nucleares de nuestros días). Mahan lo ilustra mediante una analogía con un ejército terrestre:

Cuando la marcha a pie se sustituyó por el traslado de tropas en camiones, y cuando estos últimos, a su vez, dejaron paso al ferrocarril, la escala de la distancia aumentó o, si se quiere, la escala del tiempo se redujo; sin embargo, los principios que dictaban el punto donde el ejército debía concentrarse, la dirección en que debía moverse, la posición del enemigo que debía tomar y la protección de las comunicaciones no cambiaron.^[7]

Mahan estudia el período que comprende desde 1660, el inicio de la era de los buques de vela, hasta 1783, el final de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Señala que George Washington atribuyó parte de la victoria de Estados Unidos en dicho conflicto al control que Francia ejercía sobre los mares, si bien es cierto que, décadas antes, parte de la derrota de Francia en la Guerra de los Siete Años podría achacarse a haber descuidado su poder marítimo. Sin embargo, el análisis panorámico que realiza Mahan sobre tácticas navales, al igual que sus ejemplos ilustrativos acerca de la

importancia primordial del mar en la historia de la humanidad, se remontan a mucho antes. Fue el control marítimo romano lo que obligó a Aníbal a llevar a cabo «esa larga y peligrosa marcha a través de la Galia, en la que perdió a más de la mitad de sus tropas veteranas. Durante toda la guerra, las legiones [romanas] se desplazaron por mar, tranquilas y descansadas, entre Hispania, la base de Aníbal, y la península Itálica». Mahan apunta que no hubo grandes batallas navales en la Segunda Guerra Púnica porque el dominio de Roma sobre el Mediterráneo fue un elemento decisivo en la derrota de Cartago. Si el mar Mediterráneo fuera un desierto, escribe Mahan, y la tierra fueran las montañas que se alzan desde dicho desierto, una armada dominante sería la fuerza capaz de trasladarse de un lado al otro del desierto, de una cordillera a otra, a su antojo. Como en el caso de Roma. Sin embargo, dado que el agua es un elemento extraño, y los marineros «una raza extraña desde tiempos inmemoriales», no tenemos las armadas en la alta estima que se merecen. «La marina de guerra es, esencialmente, un cuerpo ligero —prosigue Mahan—, mantiene abierta las comunicaciones entre sus puertos, obstruye los del enemigo, pero surca el mar al servicio de la tierra, controla el desierto para que el hombre pueda vivir y prosperar en el planeta habitable».[8]

Y así, proclama Mahan: «No es la conquista de un solo barco o de convoyes» lo que importa, sino «la ostentación de ese poder incontestable sobre el mar lo que le arrebató la bandera al enemigo o le permite considerarlo solo como un fugitivo». Y «si una nación se halla situada de tal manera que no se ve obligada a defenderse por tierra, ni se ve inducida a buscar la expansión de su territorio por la misma vía, posee, por la propia unidad de su objetivo, dirigido hacia el mar, una ventaja en comparación con un pueblo que posea una frontera continental».[9]

Esa es la situación de Inglaterra y América, por lo que ambas han disfrutado de largos períodos de dominio mundial a lo largo de la historia. No obstante, Mahan insinúa, asimismo, que la posición geográfica de Estados Unidos también posee verdaderas desventajas. Sí, es prácticamente una isla, gigantesca, rica en recursos, localizada en la zona de clima templado e independiente de las debilitantes luchas de poder de Eurasia, pero al mismo tiempo se encuentra a una distancia considerable de los puertos eurasiáticos, especialmente en el Pacífico, lo cual obstaculiza su capacidad para ejercer influencia sobre ellos. La construcción de un canal centroamericano en Panamá, que prevé en su libro, aumentará el contacto de la marina mercante y la marina de guerra estadounidenses con ambos extremos de Eurasia. No obstante, la distancia continuará siendo considerable, lo que será «causa de

cuantiosos gastos». Sin embargo, el verdadero efecto que tendrá el canal de Panamá será la transformación del Caribe, que pasará de ser una «terminal» y un «lugar de tráfico regional» a «una de las grandes vías del mundo» cuando los barcos, no solo ya de Estados Unidos, sino de las naciones europeas, transiten por el canal de camino al Pacífico. A lo que añade que, para Estados Unidos «no será tan sencillo, como lo ha sido hasta el momento, mantenerse al margen de los conflictos internacionales».[10]

La geografía, que para empezar permite la construcción de dicho canal istmico, también exige una mayor colaboración entre Estados Unidos y sus vecinos centroamericanos y caribeños para protegerlo y controlar los mares circundantes. Al haber acercado físicamente Estados Unidos a Asia, y haber estrechado sus lazos con Europa a través del transporte marítimo, el canal ayudaría a que se hiciera realidad la debilitación definitiva del aislacionismo y el consiguiente ascenso de un internacionalismo liberal impuesto con fuerza por las altas esferas de Washington. Sin embargo, a pesar del papel preponderante de la geografía, el destino no tuvo nada que ver. El canal de Panamá fue el resultado de varios sucesos, todos ellos relacionados con el factor humano: la Guerra hispano-estadounidense; la política de las grandes potencias que, en última instancia, impidió la participación en el proyecto de ninguna nación europea; las negociaciones soterradas que acabaron con la elección de Panamá en lugar de Nicaragua; la erradicación de ciertas enfermedades en los trópicos centroamericanos y, sobre todo, grandes dosis de esfuerzo e ingenuidad. Una vez más, la geografía ofrece el telón de fondo para lo que dispone la voluntad humana.

Y es evidente que Mahan deseaba influir en dicha voluntad. En su voluminosa obra, publicada propiciamente el mismo año en que el ejército consolidó su poder en el continente americano con una victoria definitiva (aunque brutal) en las Guerras Indias, y solo unos años antes de que Estados Unidos se hiciera, tras otra guerra, con el imperio español en el Pacífico occidental, así como con el dominio del Caribe, Mahan hace un llamamiento a las armas mediante un poder marítimo internacional. Mahan no es tanto un geógrafo como un historiador y un estratega, así como también es el representante de una sensibilidad imperialista que conlleva evidentes implicaciones geográficas, lo cual explica a la perfección la alta consideración en que lo tenía Spykman. Y no me refiero a que Spykman fuera un entusiasta de la conquista territorial, sino a que gracias a la percepción intuitiva que compartía con Mahan, supo ver que a Estados Unidos no le quedaría más remedio que tomar parte en las luchas de poder internacionales debido a su

posición geográfica privilegiada en el hemisferio occidental, que a su vez le permitía ejercer influencia sobre el hemisferio oriental.

Mahan, como era de esperar, tenía enemigos. Sir Norman Angelí, en su interesante y enérgica defensa del pacifismo, *La grande ilusión*, publicada en 1909, condena las obras de Mahan, a las que califica de «pamplinas malintencionadas». Este periodista y político británico —del cual podemos decir a su favor que Haushofer lo odiaba— refuta a Mahan cuando este afirma que la «imposición de una autoridad nacional sobre comunidades extranjeras» puede ser una empresa decorosa, pues «igual que los individuos, las naciones y los imperios poseen alma y cuerpo». Mahan, desde el punto de vista de Angelí, niega de manera absurda la realidad tangible del individuo, a quien sustituye por la realidad intangible del Estado. Como Angelí defiende: «¿Acaso a alguien se le ocurriría mostrar deferencia con el *mujik* ruso porque da la casualidad de que pertenece a uno de los mayores imperios territoriales? ¿A alguien se le ocurriría despreciar a un Ibsen [...] o a cualquier otro intelectual escandinavo, o belga u holandés, porque da la casualidad de que pertenecen a las naciones más pequeñas de Europa?».^[11] Dicho de otro modo, Mahan, y por ende Spykman, Mackinder y demás geógrafos-geopolíticos, son deterministas y esencialistas. Tal como protestó Isaiah Berlín, sus tendencias belicistas se derivan de una visión según la cual las naciones y los imperios son entes más reales que los individuos que los componen. Una vez más, únicamente nos queda la defensa Haushofer: si Mahan y los demás no se hubieran adherido a la clase de determinismo que Angelí condena, habrían abandonado el terreno de la alta estrategia en manos de otros con intenciones mucho peores. Lamentablemente, necesitamos las imperfecciones morales de gente como Mahan.

De hecho, el tratado de Angelí acerca de por qué la guerra y la competencia entre las grandes potencias son ilógicas tuvo la desgracia de publicarse pocos años antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, que inauguró un siglo de guerras y conflictos sin precedentes en Europa. Angelí, de manera injusta, se convirtió en el hazmerreír en todas partes. Subrayo que esta burla era injusta porque el libro en sí es muy ameno y está brillantemente argumentado. Si la naturaleza humana fuera un poco menos mezquina, podría haber resultado clarividente. Gracias a las imperfecciones de dicha naturaleza, ampliadas por las divisiones que impone la geografía, un escritor como Mahan soporta mucho mejor el paso del tiempo que uno como Angelí.

Sirva como muestra del modo en que está cambiando la dinámica del poder mundial que ahora sean los estrategas indios y chinos los que leen a

Mahan con avidez; ellos, muy por delante de los estadounidenses, son los nuevos mahanianos, los que construyen flotas concebidas para enfrentamientos armados en el mar, mientras que las armadas europeas contemplan el poder marítimo solo en términos policiales. Por ejemplo, en 2004, en un simposio en Pekín, «un experto tras otro citaban a Mahan [...] lo cual da testimonio de su influencia», escriben James R. Holmes y Toshi Yoshihara, profesores de la Escuela de Guerra Naval. «Y casi sin excepción, citaron los preceptos de reminiscencias más belicosas de Mahan y equipararon el gobierno del mar con el poder incontestable que niega el derecho de navegación a una bandera enemiga».^[12] Desde entonces, mientras la armada china crece y cada vez tiene mayor alcance, la inclinación hacia Mahan solo se ha intensificado en Pekín, sobre todo tras el auge del poder marítimo indio, que los chinos temen. Los indios, por su parte, contemplan a los chinos en términos mahanianos similares. Mientras tanto, la Armada de Estados Unidos parece haber adoptado el punto de vista de un nuevo teórico. Veámoslo.

Julián Corbett, historiador británico contemporáneo de Mahan, antes que diferir de este, ofrece un enfoque más sutil de la estrategia naval y hace mayor hincapié en cuánto más puede hacerse en el mar con menos barcos. Corbett defiende que solo porque una nación haya perdido el control del mar, ello no significa necesariamente que lo haya ganado otra (como creía Mahan). Una coalición naval aparentemente débil y dispersa puede tener, si está constituida de manera adecuada, «una fuerza real». Corbett lo llama «flota en potencia»: un conjunto de barcos con capacidad para concentrarse rápidamente en una flota unificada cuando es necesario. Esta flota en potencia no necesitaría dominar o hundir otras flotas, ya que su eficacia quedaría demostrada en la toma de bases y la patrulla de canales y estrechos. Corbett postula que una flota tan engañosamente capaz llevaría una «vida activa e intensa» en la gestión de una defensa limitada.^[13] Quiso la casualidad que el libro de Corbett se publicara después de que la Armada Real británica hubiera reducido su presencia internacional aprovechando el creciente poder marítimo de sus aliados, Japón y Estados Unidos.

En la actualidad, Estados Unidos disfruta de una posición similar a la que ocupaba Gran Bretaña un siglo antes. La Armada norteamericana ha ido reduciéndose en número: ha pasado de unos seiscientos barcos durante la guerra fría, a trescientos cincuenta en la década de 1990, y de ahí a los doscientos ochenta de la actualidad, con la posibilidad —debido a recortes presupuestarios y costes superiores a los previstos— de llegar a los doscientos

cincuenta en los próximos años y décadas, al mismo tiempo que ha establecido alianzas navales con la India, Japón, Australia y Singapur. La Armada estadounidense publicó un documento en octubre de 2007, «A Cooperative Strategy for 21 st Century Seapower», que se encuentra más en la línea de Corbett, defensor de la cooperación, que en la de Mahan, defensor de la dominación. «La promoción de un sistema internacional pacífico — sostiene el documento— compuesto de redes interdependientes de comercio, finanzas, información, leyes, personas y formas de gobierno atiende mejor los intereses de nuestra nación». Desde el punto de vista de la Armada de Estados Unidos, el nuestro es un mundo cada vez más interconectado, cuya población se concentra en puntos demográficos efervescentes próximos a los mares y propensos a sufrir grandes alteraciones, tales como ataques asimétricos y catástrofes naturales. Incluso los conflictos de las grandes potencias, prosigue el documento, son susceptibles de convertirse en sutiles y asimétricos. Apenas se habla de batallas marítimas y terrestres convencionales. El creciente poder naval de China ni siquiera se menciona. El espíritu de la «seguridad colectiva» lo imbuye todo. «Ninguna nación posee los recursos necesarios para garantizar la seguridad [...] de todo el ámbito marítimo». Y dentro de este ámbito marítimo, el documento señala que los océanos Índico y Pacífico occidental serán los primeros entre iguales en importancia estratégica.^[14]

De este modo, parece ser que el anillo continental de Eurasia y el Promontorio Mundial (el litoral de la Isla Mundial), según la terminología de Spykman y Mackinder, disfrutarán de dos realidades militares. Por un lado estará la Armada de Estados Unidos, con su flota cada vez más reducida, aunque todavía dominante, que patrullará, en la línea de Corbett, desde África hasta el noreste de Asia de común acuerdo con sus aliados regionales, con el objetivo de hacer que los mares sean seguros para el comercio. Por el otro lado, nos encontraremos con que China, principalmente, y la India reafirmarán su poder creciente, ambas defendiendo su postura mahaniana. Justamente, a causa del entusiasmo con que los chinos han acogido este icono norteamericano de la ambición imperialista, la Armada de Estados Unidos no podrá deshacerse completamente de su fantasma, ya que la política de la eterna lucha por el poder continúa, por mucho que deseemos escapar de ella. «Sostener que la expansión es intrínsecamente errónea —escribe John Mearsheimer, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago— implica afirmar que, en estos últimos trescientos cincuenta años, ninguna gran potencia ha sabido comprender el funcionamiento del sistema internacional. En principio, una argumentación poco convincente». Y como prosigue

Mearsheimer: «Teniendo en cuenta que los beneficios de la hegemonía son inmensos», en un sistema anárquico en el que no exista una supremacía mundial, «los Estados poderosos se verán tentados de manera inexorable a emular a Estados Unidos y tratarán de dominar su región del mundo».^[15] Por lo que a su reputación respecta, puede que los mejores días de Mahan estén por venir.

Con un litoral eurasiático cada vez más transitado por barcos de guerra que tratan de responder a las ambiciones de chinos, indios y demás, junto a las de Estados Unidos, al mismo tiempo que una ruta polar muchísimo más práctica acorta las distancias entre Eurasia y Norteamérica, puede que la lucha por la hegemonía mundial solo se acelere e intensifique. De ahí la necesidad de estudiar a continuación los elementos distintivos de un sistema geográfico cerrado.

La «crisis de espacio»

Hace unos años, siendo profesor visitante en la Academia Naval Estadounidense de Annapolis, impartí un curso sobre desafíos futuros en seguridad nacional. Inicié el semestre pidiéndoles a los guardiamarinas que leyeran *Fire in the East: The Rise of Asian Military Power and the Second Nuclear Age*, de Paul Bracken, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Yale. El texto de Bracken, obra maestra concisa y clarividente, que no tuvo demasiada repercusión cuando se publicó en 1999, se inscribe en gran medida en la línea de Mackinder y Spykman, si bien es cierto que no los menciona en ningún momento. Bracken, que ha ejercido de asesor en casi todos los nuevos estudios realizados por los gobiernos posteriores a la guerra fría, dibuja un mapa conceptual de Eurasia definido por la pérdida continua de la importancia del tiempo y la distancia, y la ocupación de los espacios deshabitados, algo sobre lo que William McNeill ya alertó en los últimos capítulos de su ambiciosa historia de la humanidad. Sin embargo, como quiera que Bracken escribe en una fase más aguda de esta evolución, todo ello le conduce a anunciar una «crisis de espacio». Bracken hace referencia a la idea del gran matemático húngaro-estadounidense John von Neumann, quien sostenía que, en el pasado, una geografía escasamente habitada había actuado de mecanismo de seguridad contra los avances militares y tecnológicos. No obstante, a Von Neumann le preocupaba que la geografía estuviera perdiendo la batalla. Indudablemente, el «tamaño finito de la Tierra» empujaría cada vez más hacia la inestabilidad, al tiempo que el material y los medios militares condensan las distancias del mapa geopolítico. «Un cambio que es fácil que pase desapercibido —advierte Bracken— porque es gradual».^[1]

Tratemos de sintetizar la teoría de Bracken en unas pocas páginas, dada su gran importancia para el desarrollo de mi propio análisis.

Mientras que los estadounidenses y los europeos se concentran en la globalización, el reclamo del nacionalismo y el poder militar aumenta en Eurasia. Pruebas nucleares, programas de guerra biológica y la evolución de las armas químicas son «el resultado de una Asia próspera y liberalizadora», apunta Bracken. Lo que Occidente «no ha sabido ver» es que la tecnología militar y la creación de riqueza siempre han estado estrechamente relacionadas; de ahí que el auge militar de Asia provenga de su auge económico. En los primeros años de la guerra fría, las fuerzas armadas asiáticas eran, sobre todo, ejércitos torpes, similares a los de la Segunda Guerra Mundial, cuyo objetivo principal, a pesar de no estar escrito en ninguna parte, era la consolidación nacional. «El ejército era un instrumento de adoctrinamiento masivo, una escuela gigantesca cuyo programa de estudios se basaba en el sentimiento nacionalista». Los soldados a menudo trabajaban más ayudando a recoger las cosechas que perfeccionando sus habilidades en el campo de batalla. De ahí que los ejércitos se concentraran en el interior, si bien es cierto que muchas veces extensos territorios de miles de kilómetros separaban unas fuerzas nacionales de otras. Sin embargo, a medida que la riqueza nacional fue aumentando y la revolución informática se afianzó, los ejércitos asiáticos, desde el Oriente Medio rico en petróleo hasta las economías emergentes del Pacífico, construyeron complejos postindustriales militares y civiles, con misiles, fibra óptica y teléfonos móviles. Al mismo tiempo, los Estados eurasiáticos fueron haciéndose cada vez más cohesionados burocráticamente, lo cual permitió que sus ejércitos y sus líderes apartaran la mirada de la política nacional y la dirigieran hacia el exterior, hacia otros Estados, a la vez que iban profesionalizándose y haciéndose progresivamente más mortíferos. En vez de retirarse hacia el campo ante un peligro, lo cual había sido una opción en épocas pasadas, ahora los dispositivos electrónicos controlan las fronteras internacionales con armas de destrucción masiva. La geografía, en lugar de funcionar como un amortiguador, se ha convertido en una cárcel de la que es imposible huir.^[2]

«Una franja ininterrumpida de países, desde Israel hasta Corea del Norte —entre los que se incluyen Siria, Irán, Pakistán, la India y China—, ha reunido un gran arsenal, ya sea nuclear o químico, y está desarrollando misiles balísticos. Un equilibrio del terror multipolar se extiende a lo largo de un arco de 9500 kilómetros», y atraviesa escenarios militares y políticos y departamentos de «estudios regionales» en los que Occidente divide Asia. El «fin de la distancia» ha llegado, advierte Bracken. Tomemos Japón como ejemplo: desde que Corea del Norte lanzó un misil en 1998 que sobrevoló su

espacio aéreo y cayó en el océano Pacífico, ha dejado de ser un santuario y ha pasado a formar parte integrante del espacio militar continental asiático, a pesar de su geografía insular. Desde los portugueses de principios del siglo XVI, el poder marítimo occidental ha ido dando forma al concepto de Asia a lo largo del tiempo, hasta que la guerra fría acabó deconstruyéndolo en regiones separadas. Sin embargo, en la década de 1970, a la vez que el este de Asia vivía un auge económico sin parangón, se formó una nueva región de grandes dimensiones, la «cuenca del Pacífico», que originaría la vuelta a un mapa holístico de Asia. Esta historia de éxito económico únicamente fue posible porque la amenaza del uso de la fuerza era impensable, lo cual, a su vez, se debía a la existencia de una hegemonía militar, Estados Unidos, que garantizaba la paz. En la actualidad, a medida que Asia vuelve a ser una unidad orgánica única, el poder de Estados Unidos disminuye lentamente y el poder militar de China, la India y otros Estados de la región aumenta. Asia crece a medida que desaparecen las subunidades regionales. La ampliación, tanto de sus poblaciones como del alcance de sus misiles, la hacen cada vez más claustrofóbica, mientras que la acumulación de armas sin una estructura de alianzas concomitantes la vuelven cada vez más inestable.^[3]

Como explica Bracken, debido a sus dimensiones descomunales, las alianzas nunca tuvieron demasiada importancia en Asia durante gran parte de su historia, ya que los ejércitos se hallaban demasiado alejados los unos de los otros para prestarse ayuda mutua. Algo completamente distinto a la situación que se vivía en Europa, donde gran cantidad de Estados poderosos podían apiñarse en una pequeña península. Sin embargo, esto está cambiando. Son misiles y armas de destrucción masiva lo que en la actualidad se acumula a lo largo de toda Eurasia, no cuerpos de infantería. Las patrullas navales y marítimas de varios Estados, provistas de tecnología punta, surcan el Océano Índico y el Pacífico occidental, alejadas de sus puertos de origen. China, Japón, la India, Israel y otras naciones desarrollan redes de comunicaciones utilizando satélites y dispositivos de escucha submarina. La India, que durante gran parte de su historia consideró que China apenas suponía una amenaza para su seguridad gracias a que las montañas más altas del mundo separaban a ambos países, en estos momentos posee satélites y aviones de reconocimiento propios que le proporcionan información acerca de los movimientos de las tropas chinas en el Tíbet. Entretanto, la Armada india ha establecido un puesto de mando naval en las islas Andamán, a 1200 kilómetros del este de la India, para contrarrestar la presencia naval china, que también se encuentra muy alejada de sus costas. Bracken afirma que, mientras «el poder industrial

asiático se alinea con el poder militar asiático», en el continente no hay lugar, literalmente, para fallos y errores de cálculo, y en la práctica se convierte en «el menguante tablero de ajedrez eurasiático».^[4]

A este tablero menguante, Bracken añade el factor desestabilizador de las «tecnologías disruptivas», es decir, tecnologías que, en vez de ayudar a mantener el liderazgo y la estructura de poder internacional actual, «la socavan al alterar el *statu quo*». En dichas tecnologías se incluyen los virus informáticos y las armas de destrucción masiva, especialmente las bombas nucleares y biológicas. Bracken escribe:

La tecnología disruptiva cambia las reglas del juego. Al desarticular las prerrogativas existentes, alimenta nuevas capacidades y fomenta estrategias distintas. La incertidumbre resultante reestructura el orden establecido y reescribe los criterios que definen el liderazgo.^[5]

De hecho, la tecnología disruptiva, instigada por el fanatismo religioso, llevó la meseta iraní a las puertas de la Palestina geográfica, aun cuando casi 1300 kilómetros separan a Irán de Israel. E Irán no es más que parte de una tendencia. Tal como ya he indicado con anterioridad, en vez de comprar lo último en armamento occidental, China, Corea del Norte, la India, Pakistán y otros países están desarrollando tecnologías disruptivas. En una época en que los antiguos países del Tercer Mundo adquieren armas nucleares estratégicas, en lo sucesivo, las grandes bases avanzadas, como las que el ejército de Estados Unidos tenía en Arabia Saudí y Kuwait antes de las dos guerras del Golfo, podrían ser vulnerables al ataque enemigo. Un cambio de estas características promete entorpecer la proyección de poder de Estados Unidos en todo el anillo continental eurasiático y, por lo tanto, allanar el terreno a una distribución del poder más inestable y multipolar. La libertad de concentrar equipamiento militar en lugares clave de todo el mundo es lo que ha sostenido el peso militar estadounidense. Sin embargo, las armas nucleares y las químicas-biológicas poseen la capacidad de destruir estas posiciones avanzadas, o por lo menos de inutilizarlas durante un tiempo. «La preservación de la situación asimétrica —observa Bracken—, según la cual el mayor poder militar de Asia no es asiático [sino estadounidense], depende del control armamentístico», algo cada vez más problemático a medida que las antiguas naciones del Tercer Mundo desarrollan capacidades militares disruptivas. Durante décadas, Estados Unidos y la Unión Soviética han utilizado las armas nucleares para «maniobras políticas, amenazas implícitas, disuadir, señalar, establecer límites y otras formas de ejercicios

psicológicos» sin llegar nunca a detonarlas. Ahora, otros países querrán hacer lo mismo, incluso motivados por la rabia resultante de la pobreza, aun cuando habrá quienes carecerán de los mecanismos de control burocráticos con que regular de manera responsable el uso de dichas armas. Durante la guerra fría, ambas superpotencias abordaron la guerra nuclear con «frialidad y racionalidad». Puede que no sea así en lo que Bracken llama «la segunda era nuclear», en la que Eurasia constituye una pequeña habitación abarrotada de países pobres, algunos de los cuales son potencias nucleares.^[6]

«La proliferación de misiles y armas de destrucción masiva en Asia es como la proliferación del revólver de seis tiros en el Lejano Oeste americano», asegura Bracken. Barato y mortífero, el revólver de seis balas fue un arma mortífera, pues a partir de entonces el tamaño y la fuerza física de quien lo disparaba ya no tuvo tanta importancia. Del mismo modo que dicho revólver alteró el equilibrio de poder entre los hombres en el Lejano Oeste, las *bombas atómicas de los pobres* y otras tecnologías disruptivas alteran el equilibrio del poder internacional.^[7]

La proliferación de armas nucleares en Asia «hace que el mundo sea menos eurocéntrico» y, por lo tanto, acelera el proceso de la globalización.^[8] La geografía de Eurasia acabará resultando tan íntima como la de Europa, en la que un sinnúmero de Estados poderosos, incómodamente confinados en un espacio reducido, se turnaban constantemente durante períodos de guerra y paz a lo largo del ejercicio de la política del equilibrio del poder. No se acumularán cantidades ingentes de cabezas nucleares como ocurrió durante la guerra fría, por lo tanto de ello no resultará la paz y la estabilidad que se obtenían mediante la destrucción mutuamente asegurada, si bien es cierto que el daño que un Estado será capaz de infligir a otro es inmenso y —en un mundo de megaciudades superpobladas— casi inimaginable. Por consiguiente, una geografía cerrada exigirá gobernantes con grandes habilidades políticas para mantener un equilibrio del poder metternichiano que evite la violencia masiva.

Es evidente que podríamos estar adentrándonos en un mundo de políticas arriesgadas y multidimensionales. El encogimiento del mapa no solo elimina las regiones artificiales que los estudios de área de la guerra fría elucubraron, sino que además desdibuja la concepción de un pivote específico y de unos anillos continentales contiguos de Mackinder y Spykman, ya que la tecnología ha reconfigurado Eurasia, que ha pasado a ser un todo orgánico. Por ejemplo, la ayuda militar que China y Corea del Norte pudieran prestar a Irán podría provocar que Israel, en el otro extremo de la masa continental

eurasiática, tomara medidas militares específicas. Debido a las imágenes vívidas televisivas de la actualidad, los bombardeos sobre Gaza son capaces de exaltar a las masas en Indonesia. Las Fuerzas Aéreas estadounidenses tienen la capacidad de atacar un Afganistán sin acceso al mar desde la isla de Diego García, en medio del Océano Índico. Antes los ejércitos locales no solían aventurarse fuera de su territorio, pero ahora las armadas china e india van proyectando su poder de manera progresiva desde el golfo de Adén hasta el mar de China Meridional y el de Japón, es decir, a lo largo de todo el anillo continental navegable. Existen muchos más ejemplos de situaciones políticas similares en una parte de Eurasia que repercuten en otros lugares. Lo cual no significa que la geografía haya dejado de tener validez, sino que debemos tener en cuenta otros factores, aunque sí es cierto que ya no reina con la supremacía de antaño.

Las tecnologías disruptivas en las que Bracken hace hincapié no serán las únicas que agraven las preocupaciones de Mackinder y Spykman; también lo hará el aumento desproporcionado de las poblaciones urbanas, que dibujarán un mapa de Eurasia aún más claustrofóbico. En la década de 1990, durante el primer ciclo intelectual posterior a la guerra fría, en los emocionantes días que siguieron a la caída del comunismo, en que los términos «realista» y «determinista» solo encontraban detractores, muchos intelectuales ridiculizaron las ideas de Thomas Robert Malthus, filósofo inglés de finales del siglo XVIII, por juzgarlas demasiado lúgubres y fatalistas. Malthus considera la humanidad una especie que reacciona ante su entorno físico en vez de un conjunto de individuos obstinados, motivados por las ideas. La teoría concreta de Malthus —según la cual la población aumenta de manera geométrica mientras que la producción de alimentos solo lo hace de manera aritmética— estaba equivocada. Sin embargo, con el paso de los años, en los que los precios de los alimentos y las energías han sufrido grandes fluctuaciones y hay muros en lugares como Karachi y Gaza (el Soweto de Oriente Próximo) que separan a multitudes numerosas de fieles airados y socialmente marginados —varones jóvenes en su mayoría—, Malthus, el primer filósofo que se concentró en la demografía y las repercusiones políticas que tenía la calidad de vida de los pobres, ha ido cosechando mayor respeto. La mitad de la población de Gaza y Cisjordania no supera los quince años. De hecho, a medida que la población del Gran Oriente Medio pase de los 854 millones actuales a los más de 1200 millones en los próximos veinte

años, en los que el mundo árabe casi doblará su población al mismo tiempo que las reservas de aguas subterráneas disminuirán a ojos vista —sobre todo en lugares como Yemen, lo cual tendrá delicadas repercusiones políticas—, el adjetivo «malthusiano» sonará con mayor frecuencia.

Aunque puede que no sirva de nada demostrar que Malthus tenía razón, su visión general del mundo se corresponde con la idea de Bracken sobre la falta de espacio en Eurasia. Las megaciudades superpobladas, asediadas por condiciones de vida infrahumanas, subidas periódicas del precio de los productos básicos, la escasez de agua y unos servicios municipales claramente insuficientes, serán terreno abonado para la difusión tanto de la democracia como del radicalismo, al mismo tiempo que misiles y ejércitos modernos y orientados hacia el exterior invertirán de poder a los regímenes de manera progresiva.

La megaciudad se encontrará en el corazón de la geografía del siglo XXI. En la actualidad, ya existen veinticinco ciudades en el mundo con una población que supera los 10 millones de habitantes, una cifra que llegará a cuarenta en 2015, y todas esas ciudades menos dos se hallan en el antiguo Tercer Mundo. Tokio y su área metropolitana encabezan la lista con 35 millones, mientras que Lagos aparece en el último puesto, con cerca de 12 millones. Trece de esas veinticinco ciudades se sitúan en el sur o el este de Asia. Karachi, Teherán, Estambul y El Cairo son las megaciudades del Gran Oriente Medio. La clave está en que existen muchas ciudades en el antiguo Tercer Mundo que no entran en la lista por muy poco y en que, en la actualidad, más de la mitad de la población mundial vive en entornos urbanos, una estadística que alcanzará los dos tercios en 2025. Hay 468 ciudades en el mundo con poblaciones que superan el millón de habitantes. Casi todo el crecimiento urbano futuro se dará en países en vías de desarrollo, específicamente en Asia y África. Vivimos en una época en que un porcentaje significativo de gente vive en condiciones similares a las de un barrio de chabolas. En los tiempos de Mackinder, a principios del siglo XX, solo el 14 % de la humanidad vivía en centros urbanos.

Como ya he señalado, Ibn Jaldún escribe en su *Introducción a la historia universal* que los nómadas del desierto, en búsqueda de las comodidades de la vida sedentaria, crean la dinámica original de la urbanización de la cual se apropian a continuación gobernantes y dinastías poderosas, quienes a su vez fomentan el florecimiento de las ciudades gracias a la seguridad que proporcionan. No obstante, dado que la autoridad llama al lujo, la decadencia acaba haciendo acto de presencia al tiempo que la solidaridad de grupo

disminuye y los individuos, mediante la acumulación de riquezas e influencia, debilitan el poder ejecutivo. De este modo, los sistemas se vuelven frágiles y fragmentados, y acaban desbancados por otras formaciones.^[9] Por primera vez en la historia, se trata de un proceso que se da a escala global. Las grandes ciudades y las megaciudades se forman cuando los habitantes del entorno rural de toda Eurasia, África y Sudamérica abandonan el campo subdesarrollado y emigran hacia los centros urbanos. A consecuencia de ello, los alcaldes y gobernadores de estas conurbaciones se descubren cada vez menos capaces de gobernarlos de manera eficaz desde un despacho central, de modo que estas concentraciones en expansión acaban parcelándose sin orden ni concierto en barrios de chabolas y comunidades vecinales autosuficientes, cuyos líderes locales a menudo suelen estar motivados por ideales e ideologías que tienen su origen en otro lugar, y que llegan hasta ellos por vía de la tecnología de las comunicaciones. El islam radical se explica, en cierta medida, a partir de la urbanización que ha sufrido todo el norte de África y el Gran Oriente Medio a lo largo del último medio siglo; una urbanización que también es responsable del surgimiento de unos defensores de la democracia mucho más progresistas, que derrocaron varios regímenes árabes en 2011. Olvidemos la imagen del árabe como nómada o habitante de un oasis del desierto. En la mayoría de las ocasiones reside en la ciudad, en una ciudad atestada y descuidada además, y se encuentra cómodo rodeado de multitudes. Es el carácter impersonal de la vida urbana, la vida entre extraños, la responsable del sentimiento religioso exacerbado. Antaño, en los pueblos, la religión era una prolongación natural de las tradiciones y la rutina diaria del clan familiar, pero la emigración a la ciudad ha llevado a los musulmanes a un anonimato provocado por la subsistencia en un barrio de chabolas; para mantener a la familia unida y a los jóvenes alejados del mal camino, la religión no ha tenido más remedio que reinventarse y adoptar una forma más ideológica y severa. Los Estados se debilitan de este modo, o como mínimo se ven obligados a ceder un tanto ante nuevas formas de nacionalismo y religiosidad, a veces extremistas, que plantea la urbanización. Por lo tanto, las nuevas comunidades se afianzan de espaldas a la geografía tradicional, al mismo tiempo que construyen modelos de distribución espacial propios. Los grandes cambios en la historia a menudo ocurren de manera confusa.^[10]

Una Eurasia y una África septentrional de extensas concentraciones urbanas, misiles de alcances que se solapan y medios de comunicación sensacionalistas internacionales alimentarán a multitudes constantemente enfurecidas por rumores y medias verdades que viajarán por todo el corazón y

los anillos continentales a la velocidad de la luz gracias a la televisión por satélite, de una ciudad del Tercer Mundo a otra. A la inversa, la multitud, investida de poder por medios sociales como Twitter y Facebook, también se alimentará de la verdad que los gobernantes autocráticos le han negado. La multitud, entendida como un gran grupo de gente que renuncia a su individualidad en favor de un símbolo colectivo embriagador, será clave en una nueva era en que las megaciudades densamente pobladas ensombrecerán el mapa físico. Elias Canetti, judío de origen sefardí nacido en Bulgaria y premio Nobel de Literatura, quedó tan marcado y aterrado ante la violencia de la turba enfurecida, instigada por la inflación que asfixiaba a Fráncfort y Viena entre las dos guerras mundiales, que dedicó gran parte de su vida al estudio de las masas en todas sus manifestaciones. La idea fundamental de su libro *Masa y poder*, publicado en 1960, es que todos deseamos formar parte de un grupo, pues en el grupo —o en la turba, en realidad— nos sentimos a salvo de peligros y también, de ello se deduce, de la soledad. El nacionalismo, el extremismo, las ansias de democracia..., todo ello resulta de las formaciones grupales y, por lo tanto, son manifestaciones del deseo de huir de la soledad. Pues es esta última, atenuada por Twitter y Facebook, la que conduce, en última instancia, a la desintegración de la autoridad tradicional y al surgimiento de nuevas formas de gobierno.

La soledad es una de las características propias de la vida urbana, en la que abundan los extraños y escasean las amistades verdaderas y la familia. Por eso, en el siglo XXI, la nueva geografía urbana del antiguo Tercer Mundo conformará un mapa de intensos anhelos personales. En realidad, por mucho que se intente negarlo, la descripción de la tiranía que realizó George Orwell se basa en buena parte en la tendencia humana a renunciar a la libertad individual a cambio de la protección y el contacto íntimo que ofrece el grupo. «Grita siempre con los demás, ese es mi lema. Solo así estarás a salvo», dice uno de los personajes de la novela 1984 de Orwell.^[11] De hecho, Internet, según afirma el novelista Thomas Pynchon, ofrece la protección de una masa virtual y, por lo tanto, «augura un control social a una escala que ni siquiera podían llegar a imaginar los viejos y pintorescos tiranos de bigotes ridículos del siglo XX».^[12] Mientras tanto, los medios de comunicación magnifican el ahora, el furor, el éxtasis y las virtudes —según se trate de un caso u otro— del momento presente, para bien y para mal. Dicho de otro modo, la política en la era de los medios de comunicación tendrá mayor peso del que ha tenido en toda su historia, porque el pasado y el futuro habrán sido relegados al olvido.

La psicología de masas, suplantada por la tecnología, influyó en la elección de Barack Obama y la venta de acciones de Wall Street en 2008, provocada por una inminente bajada de precios. Una influencia que también se dejó sentir en los pogromos antimusulmanes del Gujarat hindú, en la India, en 2002, en las manifestaciones multitudinarias europeas contra la invasión estadounidense de Irak en 2003, en las manifestaciones, tanto a favor como en contra, del régimen iraní en 2009 y 2010, en las concentraciones populistas de la misma época contra el gobierno tailandés en Bangkok y, endémicamente, en las manifestaciones antiisraelíes de Gaza y Cisjordania, y, por descontado, en 2011, el año de la revolución de Oriente Medio, aun cuando la «primavera árabe» defendía la inviolabilidad del individuo mediante el ataque al poder de los autócratas que despojaban al individuo de su dignidad.

La psicología de masas tendrá su mayor impacto geopolítico en las megaciudades de Eurasia. Las ideas sí tienen importancia, tal como defienden los humanistas liberales y los detractores del determinismo, y es la comprensión de la geografía lo que facilitará que se den las circunstancias óptimas para la aparición tanto de nuevas y peligrosas ideologías como de ideas democratizadoras beneficiosas. La educación de las masas, que genera multitudes precariamente formadas y alejadas del fatalismo, contribuirá a la inestabilidad, y la falta de espacio se convertirá en un factor clave. El hogar psicológico de la identidad nacionalista es, cada vez más, la ciudad, y no los bucólicos entornos rurales del pasado, si bien es cierto que, en ocasiones, la población urbana exigirá políticas exteriores maximalistas a sus gobiernos, basadas precisamente en este paisaje tan idealizado.

Los medios de comunicación desempeñarán un papel crucial en este proceso. «No hay domador con mayor poder sobre sus fieras» que los medios de comunicación, asegura Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*;

Basta con soltar a la gente, convertida en masa lectora, y arrasará las calles en pos del objetivo indicado. [...] Es difícil imaginar una parodia más vergonzosa de la libertad de pensamiento. Antiguamente, el hombre no se atrevía a pensar por sí mismo. Ahora se atreve, pero no puede; su disposición no es más que la disposición a aceptar un pensamiento controlado, y es eso a lo que llama su libertad.^[13]

Spengler es sumamente derrotista. Sin embargo, no hemos de olvidar que, durante una época anterior a la tecnología de las comunicaciones, el odio que soviéticos y estadounidenses se profesaban era cerebral y abstracto, sin una base racial, separados como estaban por océanos y la tundra ártica. No

obstante, las grandes pantallas planas y digitales de televisión del presente y del futuro (que, como la CNN en los aeropuertos, ¡no pueden apagarse!) consiguen que todo sea cada vez más cercano y personal. Algo que, de nuevo, nos remite a Bracken:

A los occidentales les cuesta comprender la intensidad emocional con que los asiáticos [y habitantes de Oriente Medio] viven las disputas religiosas y étnicas. Los disturbios internos podrían propagarse rápidamente a regiones enteras, avivados por unos medios de comunicación que cruzan fronteras y por la lógica política que busca una cabeza de turco extranjera para atribuirle los problemas nacionales. Los líderes acabarían enrocados en su propia retórica, una posición peligrosa para quienes disponen de bombas atómicas.^[14]

Bracken advierte que los observadores occidentales «subestiman peligrosamente» el nacionalismo, ya que lo consideran parte de un pasado retrógrado que el progreso económico y social anima a dejar atrás. «El reto más importante del siglo XXI es comprender de qué modo el nacionalismo se integra en las tecnologías destructivas que surgen en Asia». Como ya hemos adelantado, las nuevas potencias nucleares, como Pakistán, la India y China, tendrán poblaciones pobres y de clase media baja, lo cual instigará un nacionalismo resentido y apasionado en una era en que los nuevos símbolos militares no son los ejércitos, sino las armas nucleares y los misiles, los últimos objetos totémicos de las masas.^[15]

A pesar de que la posesión de misiles como muestra de orgullo afianzará el nacionalismo, y por lo tanto el poder de algunos Estados, al tiempo que potenciará el patriotismo, la psicología de masas que, con la ayuda de los medios de comunicación, une varios grupos étnicos, religiosos y sectarios, así como otros dedicados al universalismo democrático, diluirá el poder de otros Estados. Mientras tanto, habrá países que perderán la batalla contra la globalización de manera lenta, aunque inexorable, a medida que las guerras interminables, la atención de los refugiados y el trabajo de administrar ciudades colosales y mal urbanizadas mermen sus capacidades burocráticas. En suma, a medida que la tecnología y el crecimiento demográfico encoja el mapa de Eurasia, las fronteras artificiales empezarán a debilitarse.

Entender el mapa del siglo XXI conlleva aceptar graves contradicciones. Mientras unos Estados se fortalecen militarmente, abastecidos con armas de destrucción masiva, otros, sobre todo en el Gran Oriente Medio, se debilitan: generan ejércitos subestatales, ligados a geografías específicas con toda la

tradición cultural y religiosa que ello comporta, que combaten mejor de lo que jamás podrían hacerlo los ejércitos estatales en el mismo territorio. Hezbolá en el sur de Líbano, los antiguos Tigres TAMILDES del norte de Sri Lanka, los naxalitas maoístas en el este y centro de la India, los grupos tribales pastunes y otros protalibanes en el noroeste de Pakistán, los propios talibanes en Afganistán y la multitud de milicias en Irak, sobre todo durante la guerra civil de 2006-2007, son ejemplos de esta tendencia hacia un ejército de tierra subestatal específico para cada territorio. En una época en que misiles teledirigidos de gran precisión pueden alcanzar una casa en concreto a cientos de kilómetros de distancia y dejar intacta la de al lado, pequeños grupos de soldados irregulares con turbante pueden aprovechar las complejas características de un inextricable entorno de montaña para poner en un aprieto a una superpotencia. En este último caso, la venganza de la geografía es clara. Sin embargo, también es cierto que, en el primer caso expuesto, esos misiles tienen que lanzarse desde algún sitio, lo cual exige la existencia de una base terrestre o marítima y, por lo tanto, nos devuelve a la geografía, aunque menos íntima y tradicional. El anillo continental del Océano Índico de Spykman es crucial para el emplazamiento de barcos de guerra estadounidenses, cuyos misiles están dirigidos hacia Irán y Afganistán, dos Estados del corazón continental, el último de los cuales se encuentra tan dividido por conflictos tribales como lo estaba en la época de Alejandro Magno. Los conceptos de principios del siglo XX de Spykman y Mackinder coexisten con los de la Antigüedad, y ambos son relevantes para nuestra propia época.

La pesada carga que supone gobernar vastas y empobrecidas concentraciones urbanas ha hecho que la condición de Estado sea más onerosa ahora que en cualquier otro momento de la historia, razón que explica la caída de dictaduras escleróticas, así como la debilidad de las democracias jóvenes. Un Estado como Pakistán puede poseer armas de destrucción masiva, aun cuando apenas es capaz de proporcionar servicios municipales y proteger a su población de terroristas suicidas. Estados como Nigeria, Yemen o Somalia, por nombrar unos cuantos, se encuentran al borde del colapso, asediados por milicias subestatales. Los palestinos, sobre todo en Gaza, han recurrido a la violencia para protestar por su situación, si bien han rehuido los compromisos necesarios para alcanzar la categoría de Estado. Lo mismo ocurre con Hezbolá en Líbano, que podría haber derrocado el gobierno de Beirut cuando hubiera querido, pero prefirió no hacerlo. Un Estado está obligado a observar ciertas reglas y eso lo convierte en un objetivo más fácil.

De ahí que nos hallemos ante un fenómeno nuevo en esta época de megaciudades y medios de comunicación: el poder del apátrida. «El Estado es una carga», escribe Jakub Grygiel, profesor adjunto en la Universidad Johns Hopkins, por lo que estos subestados «quieren el poder evitándose la responsabilidad de gobernar». La moderna tecnología militar y de las comunicaciones facilita que estos grupos se organicen, busquen ayuda en el extranjero y se abastezcan de armas mortíferas, de modo que el Estado ya no posee el monopolio de la violencia. Como ya he comentado con anterioridad, mientras que la Revolución industrial se concentraba en todo aquello de grandes dimensiones (aviones, tanques, portaviones, vías ferroviarias, fábricas, etcétera), la Revolución postindustrial se concentra en todo aquello de tamaño reducido (bombas y explosivos plásticos en miniatura, cuya utilización no exige de grandes territorios, como los de un Estado). Los pequeños grupos apátridas se benefician de esta nueva era de la tecnología. De hecho, cada vez existen más razones para no tener Estado. Grygiel escribe:

Cuanto mayor es la capacidad de destrucción mutua que tienen las naciones, y las grandes potencias en particular, más peligroso es tener un Estado, sobre todo para los grupos cuyo objetivo es desafiar los poderes establecidos.^[16]

Un Estado, prosigue Grygiel, no se ajusta a las necesidades de aquellos con objetivos absolutistas inspirados por un celo religioso o un extremismo ideológico que la condición de Estado jamás les permitiría desarrollar. El éxodo masivo hacia los barrios de chabolas de nuestro tiempo, tras cortar el lazo de unión con el campo tradicional, ha ayudado a que este proceso de radicalización se extienda a lo largo de la amplia franja del anillo continental del sudeste eurasiático. Los medios de comunicación, a los que estos grupos tienen acceso, divulgan sus exigencias, con lo que fortalecen su identidad, y así se generan colectividades con ideas afines con las que no tienen por qué compartir necesariamente su afiliación nacional. En resumidas cuentas, si nos distanciamos un poco y estudiamos la situación, nos hallamos ante un mapa de Eurasia que se corresponde con un territorio inmenso en lugar de las divisiones de menor tamaño de las regiones que estableció la guerra fría a las que estábamos acostumbrados. Este mapa está sobrecargado de centros neurálgicos de contacto y comunicaciones que, o bien nunca habían existido o bien no tenían la importancia actual, ya que además de ciudades en constante expansión, misiles de alcances que se solapan e ideologías con amplia

resonancia gracias a los medios de comunicación, tendremos nuevos puertos, carreteras y redes de oleoductos y gasoductos que conectarán Oriente Medio y Asia Central con el resto de Eurasia, desde Rusia al Océano Índico y China. Con culturas embutidas unas contra otras, y los medios de comunicación como vehículo de denuncias constantes, así como de la presión popular ejercida por grupos oprimidos, jamás habrá sido tan acuciante la necesidad de una diplomacia discreta y sobria. Una crisis nos conducirá a la siguiente y la obligatoriedad de que todo el mundo «mantenga la calma» será permanente. Dada la cohesión y el encogimiento del mapa, conceptos como «corazón continental», «anillo continental» y zonas «marginales», que implican una horizontal descomponiéndose en los grandes elementos que la forman, en cierto sentido serán menos relevantes, aunque de otro modo revestirán una gran importancia a causa de la interacción continua que se da entre estas áreas. El tamaño de un reloj o, para el caso, de un chip informático no afectará a su complejidad, pero para comprender el funcionamiento de ese reloj o de ese chip hay que desmontarlos y ver de qué modo un componente afecta a los demás. No cabe duda de que el avión, Internet, la concentración de la política en las grandes ciudades, cada vez más parecidas entre ellas, desdibujan la trascendencia del mapa físico. De hecho, la oralidad misma de Internet transforma guerras territoriales en guerras ideológicas (razón por la que tendremos que aferrarnos desesperadamente al humanismo de Isaiah Berlín). Sin embargo, a medida que los Estados, por muy bien armados que estén, se debiliten, debido precisamente a la buena sintonía que reinará entre la democracia y el ciberespacio y las fuerzas subnacionales y supranacionales, en las fronteras surgirán regiones más pequeñas, como ocurrió en la Edad Media tras la caída del Imperio romano.

Sin embargo, ahora que habitamos el «sistema político cerrado» de Mackinder, que, como apunta Bracken, ha continuado cerrándose a lo largo del siglo XX, el mapa también está sometido a la ley de la entropía, lo cual significa que tarde o temprano acabará alcanzando un equilibrio, en el cual todos los entornos habitados del mapa físico —no solo las megaciudades— se parecerán cada vez más entre sí y se verán sometidos a pasiones similares. De todo ello resultará, según Randall L. Schweller, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad Estatal de Ohio, «una especie de hastío global» derivado de la sobrestimulación, «que los Estados mezclarán con una dosis alarmantemente grande de extremismo individual y pose dogmática».^[17] Dicho de otro modo, el mundo será más gris y peligroso de lo que jamás lo había sido.

Sin embargo, antes de que el hastío se instale por completo, se vivirán convulsiones, cambios políticos y evoluciones geopolíticas naturales que podrán explicarse haciendo referencia al mapa físico.

Ha llegado el momento de estudiar en profundidad varias regiones del planeta, centrándonos particularmente en el supercontinente de Eurasia, sin olvidar todo lo que hemos aprendido de estos historiadores, geopolíticos y otros pensadores. En los próximos capítulos, trataré de reproducir con fidelidad tanto sus visiones como sus teorías. Hablaremos acerca de Europa, colindante con el corazón continental de Mackinder, que tanto la influencia; de Rusia, el corazón continental propiamente dicho; de China, que en las próximas décadas puede acabar dominando parte del corazón y del anillo continental de Spykman; del subcontinente indio, la región central del anillo continental; de Irán, el lugar donde se encuentran el corazón y el anillo continentales; del Oriente Medio árabe y turco, que tanto se aproxima a la ecúmene de Hodgson; y, finalmente, de Norteamérica, el mayor de los satélites continentales de Mackinder que desafiará a Eurasia y la Isla Mundial. Intentaré no hacer predicciones y limitarme a describir la geografía en tanto esta afecta a la historia para hacernos una idea de lo que puede depararnos el futuro.

SEGUNDA PARTE

El mapa de principios del siglo XXI

La geografía de las divisiones europeas

Cuando se habla de la geopolítica actual, con sus frecuentes turbulencias y evoluciones, el foco de atención se sitúa de manera natural en África y Asia, desde Oriente Medio hasta China. Europa tiende a quedar fuera de la ecuación, al ser reducida a menudo a un argumento económico. Sin embargo, esto supone un error. La población de la Unión Europea, con un total de 500 millones de habitantes, es la tercera más numerosa del mundo, después de las de China y la India. La economía de la Unión Europea, de 16 billones de dólares, es mayor que la de Estados Unidos. Desde su extremo occidental, Europa mira hacia el corazón de Norteamérica, y está situada a la misma distancia del Cono Sur de Sudamérica que de Estados Unidos. Desde su extremo oriental, Europa divisa África y Eurasia. Europa se encuentra en el corazón del hemisferio oriental o «continental», equidistante entre el extremo oriental ruso y el sur de África.^[1] De hecho, nuestra explicación geográfica de la política internacional debería empezar por Europa. La perspectiva de Mackinder, Spykman, Morgenthau y algunos otros pensadores que hemos tomado en consideración es, en su mayor parte, europea. Por lo tanto, para hacernos una idea de cómo ha evolucionado el mundo desde su época, nos ayudará empezar desde donde lo hicieron ellos. Aunque Marshall Hodgson tiene razón al hablar del predominio de la ecúmene de Oriente Próximo, esta región será uno de los puntos culminantes de nuestro viaje, de modo que no es necesario que empecemos por ella. No hay por qué preocuparse, Europa nos llevará de manera natural a examinar geográficamente Rusia, China, el subcontinente indio y el Gran Oriente Medio. Para entender la geopolítica en el siglo XXI, debemos empezar por el siglo XX, y eso significa hacerlo por Europa.





Según sabemos por Mackinder, las hordas asiáticas determinaron el destino de Europa. De hecho, en el siglo XXI, las relaciones que Europa mantenga con el Este, y en particular con Rusia, continuarán influyéndola de

manera fundamental. El grado en el que el centro y el este de Europa sean capaces de hacer surgir una franja de Estados prósperos y estables de las cenizas del comunismo será de gran ayuda para proteger a Europa de Rusia y, al mismo tiempo, convertir en realidad el sueño de una resucitada *Mitteleuropa*, un sueño que, en realidad, los intelectuales liberales comparten con Mackinder.

Sin embargo, Europa, precisamente a causa de su búsqueda de una unidad mayor y más firme, seguirá viéndose acosada por sus propias divisiones internas, las cuales, a pesar de la apariencia económica que dichas fracturas muestran a primera vista —véase la indignación alemana por la crisis de la deuda griega—, son en realidad las eternas expresiones de la geografía: es decir, los diferentes modelos de desarrollo de Alemania en el norte de Europa, por un lado, y de Grecia en la Europa mediterránea y balcánica, por otro. Es evidente que la historia de Europa, en gran parte debido al modo en que la tecnología facilita el movimiento de los pueblos, se interrelacionará cada vez más con África en el sur y con Asia en el este, aunque también es cierto que no por ello tendrá que renunciar a su diversidad interna. En otras palabras, el hecho de que en este momento Europa no se enfrente a una amenaza militar convencional podría convertirla en víctima del narcisismo de las pequeñas diferencias. Y eso, a su vez, haría que las preocupaciones de Spykman acerca de una Europa unificada capaz de desafiar a Estados Unidos resultaran demasiado precipitadas.

Precisamente, es esta deliciosa complejidad de la geografía de Europa, con su gran diversidad de mares, penínsulas, valles fluviales y macizos montañosos que han favorecido la formación de distintos grupos de lenguas y de naciones-estado, la que seguirá contribuyendo a la desunión política y económica en los próximos años, pese al esfuerzo de las instituciones paneuropeas. El mapa indica que Europa tiene un gran futuro en los titulares.

Según Barry Cunliffe, arqueólogo de la Universidad de Oxford, Europa es la «excrecencia occidental» del continente asiático, una península extensa que llegó a dominar la política internacional en el curso del segundo milenio después de Cristo. La geografía así lo dispuso, según sabemos desde la tesis de McNeill, que Cunliffe desarrollaría. Europa se encuentra en una ecozona «agradable», entre los desiertos de África y las capas de hielo del Ártico, con un clima regulado por la corriente del Golfo. Ha sido rica en recursos naturales, tales como madera, piedra, metales y pieles. Y lo que es más

importante, posee un litoral sinuoso y accidentado, con buenos y numerosos puertos naturales, y abarrotado de islas y penínsulas. Este litoral se extiende a lo largo de 37 000 kilómetros, una longitud excepcional que casi iguala la circunferencia terrestre. De hecho, en comparación con cualquier otro continente o subcontinente, Europa tiene mayor proporción de costa que de masa terrestre.^[2] Europa linda nada menos que con cuatro mares cerrados o semicerrados que constriñen el subcontinente, por llamarlo así, en una península relativamente estrecha: los mares Mediterráneo, Negro, Báltico y del Norte; aunque también es cierto que dispone de una beneficiosa topografía fluvial bendecida con ríos que atraviesan la península: el Rin, el Elba y, sobre todo, el Danubio. El Danubio, según lo describe con extraordinario entusiasmo el italiano Claudio Magris, gran admirador de Europa Central, «arrastra la civilización alemana, con su sueño de una Odisea del espíritu, hacia el este, y la mezcla con otras civilizaciones en un sinfín de metamorfosis híbridas».^[3] También están la Puerta Morava, el paso del Brennero y la ancha planicie que se extiende por Francia hasta el valle del Ródano, y que facilitan todos ellos el paso de un lado a otro de Europa.

Esta interrelación entre tierra y agua, y el hecho de que Europa se encuentre protegida por un vasto océano, al mismo tiempo que tiene acceso a él, ha contribuido al dinamismo marítimo y a la movilidad entre sus pueblos, facilitando además la formación de una variedad amplia de paisajes dentro de Europa. A su vez, esto ha llevado a la existencia de comunidades humanas notablemente diferentes entre sí y, en última instancia, a la aparición de la política del poder: desde los guerreros atenienses, espartanos, romanos, íberos, fenicios, escitas y otras tribus bárbaras de la Antigüedad, hasta los conflictos entre franceses, alemanes y rusos —y entre prusianos, austrohúngaros y otomanos— en la era moderna. Ello no obstante, y a pesar de estas divisiones, un corredor de tierras bajas, que va desde el océano Atlántico hasta el mar Negro, ha permitido durante siglos que los viajeros atravesaran Europa con relativa comodidad, y ha contribuido a su cohesión y su sentimiento de superioridad, tan hábilmente evidenciados ambos en la prosa de Magris.^[4] Además, el hecho de que las distancias sean cortas dentro de Europa ha sido otro factor unificador: de Lisboa a Varsovia, es decir, de un extremo a otro de Europa, solo hay 2700 kilómetros.

La geografía, dicho de otro modo, ha servido para comprobar que existe una *idea* denominada Europa, que es la expresión geográfica del humanismo liberal, a través de la fusión de las soberanías resultantes tras la Segunda Guerra Mundial. Esta tendencia pacificadora, así como el rechazo de los

devastadores conflictos militares que se han producido en todas las épocas históricas, es también el resultado de muchos siglos de progreso intelectual y material. Ello no obstante, también existen varias Europas, a menudo enfrentadas entre sí. Las divisiones económicas que vemos hoy en forma de crisis monetaria en realidad tienen su origen en la historia y la geografía.

En los años inmediatamente anteriores y posteriores a la caída del muro de Berlín, como hemos visto en un capítulo anterior, los intelectuales ensalzaron el concepto de Europa Central, de *Mitteleuropa*, como modelo de tolerancia multiétnica y liberalismo histórico, al que podrían y deberían aspirar los vecinos Balcanes y las regiones más lejanas del Tercer Mundo. Sin embargo, lo cierto es que el corazón político de la Europa del siglo XXI se halla situado ligeramente hacia el noroeste de *Mitteleuropa*; comienza en el Benelux y a continuación serpentea hacia el sur, a lo largo de la frontera franco-alemana, hasta las proximidades de los Alpes. Es decir, está la Comisión Europea y su administración, que se encuentran en Bruselas; el Tribunal Europeo, en La Haya; Maastricht, la ciudad del tratado del mismo nombre; el Parlamento Europeo, con sede en Estrasburgo, y así sucesivamente. De hecho, todos estos lugares se sitúan a lo largo de una franja que se extiende al sur desde el mar del Norte, la cual, según observó el difunto Tony Judt, el eminente experto en la historia contemporánea de Europa, «sirvió como eje central y principal vía de comunicación de la monarquía carolingia del siglo XIX».^[5] No es casualidad que el incipiente superestado europeo de nuestra era se concentre en el núcleo medieval de Europa, cuya capital en la época de Carlomagno, Aquisgrán (Aix-la-Chapelle en francés, Aachen en alemán), permanece aún en su centro. En ningún otro lugar del continente, la interpelación entre el mar y la tierra europeos es tan rica y profunda como a lo largo de esta columna vertebral de la civilización del Viejo Mundo. Los Países Bajos tienen salida al gran océano, al mismo tiempo que la entrada al canal de la Mancha y una cadena de islas en Holanda forman una útil barrera protectora, que da a estos pequeños Estados unas ventajas desproporcionadas con respecto a su tamaño. Inmediatamente detrás de esta línea costera del mar del Norte se hallan abundantes ríos y vías navegables protegidos, que fomentan el comercio, el movimiento y el consiguiente desarrollo político. El suelo de *loess* del noroeste de Europa es de color oscuro y fértil, del mismo modo que los bosques proporcionan una defensa natural. Por último, el clima frío entre el mar del Norte y los Alpes, en mayor medida que el clima más cálido al sur de los Alpes, fue lo suficientemente duro como para estimular la tenacidad humana desde la Edad

del Bronce tardía en adelante, cuando francos, alamanes, sajones y frisones se asentaron durante la Antigüedad tardía en la Galia, el antepaís alpino y las tierras bajas de la costa. Sucesivamente, esos territorios pertenecieron al reino de los francos y el Sacro Imperio Romano en el siglo IX, Borgoña, Lorena, Brabante y Frisia, y a ciudades-estado como Tréveris y Lieja, todo lo cual, conjuntamente, reemplazó a Roma y evolucionó en las estructuras políticas que actualmente guían la maquinaria de la Unión Europea.





Por supuesto, antes de todo lo anterior estuvo Roma, y antes que esta, la Grecia antigua; ambas, en palabras de William McNeill, constituyeron la antesala del mundo «civilizado de la Antigüedad», que empezó en Egipto y

Mesopotamia, y se extendió desde allí, a través de la Creta micénica y Anatolia, hasta la costa norte del Mediterráneo. Esta civilización, según sabemos, echó raíces en valles fluviales cálidos y protegidos, como el del Nilo y el del Tigris y el Éufrates, y continuó su migración hacia los climas relativamente benignos del Levante, norte de África y las penínsulas griega e italiana, donde la vida era cómoda, aunque solo disponían de una tecnología rudimentaria.

Sin embargo, a pesar de que la civilización europea floreció inicialmente a lo largo del Mediterráneo, continuó desarrollándose, en épocas tecnológica y móvilmente más avanzadas, hacia el norte, en climas más fríos. Un espacio al que Roma se había expandido durante las décadas anteriores al inicio de la era cristiana, y en el que instaló por primera vez un orden político y una seguridad nacional que se extendía desde los Cárpatos, en el sudeste del continente, hasta el Atlántico, en el noroeste: es decir, en gran parte de Europa Central y en la región limítrofe con el mar del Norte y el canal de la Mancha. Grandes asentamientos, que Julio César llamó *oppida*, emergieron por todo este corazón continental europeo, de tierras negras, extensas, boscosas y sin problemas de escasez de agua, lo cual proporcionó los fundamentos básicos para la aparición de ciudades medievales y modernas.^[6]

De la misma manera que la expansión romana dio una cierta estabilidad a las así llamadas tribus bárbaras del norte de Europa, su desintegración también contribuyó durante siglos a la formación de pueblos y naciones-estado que hoy nos son familiares, todo lo cual quedó formalizado en 1648, en el Tratado de Westfalia, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años. Tal como escribió William Anthony Hay: «La presión de las tribus nómadas en las estepas y la periferia europea desató un efecto en cadena que empujó a otros grupos, que vivían en culturas más o menos estables, al vacío provocado por el declive del poder romano».^[7] Es decir, la caída de Roma, a la que se sumaron los violentos ataques de los pueblos de la estepa hacia el oeste, contribuyeron a la formación de grupos nacionales en Europa Central y en su zona noroccidental.

La Antigüedad se caracterizó, sobre todo, por el predominio geográfico del Mediterráneo, y cuando este «disminuyó», a medida que Roma fue perdiendo las áreas internas de influencia en el norte de Europa y Oriente Próximo, nació el mundo de la Edad Media.^[8] La unidad mediterránea fue, además, destruida por el saqueo de los árabes a su paso por el norte de África.^[9] El mapa de Europa en el siglo XI ya tiene un aspecto moderno, en el que Francia y Polonia muestran una configuración bastante aproximada a la

actual, donde el Sacro Imperio Romano aparece a modo de una Alemania unificada, y en el que Bohemia —en cuyo centro se hallaba Praga— anticipa la República Checa. Por consiguiente, la historia se desplazó hacia el norte.

En palabras del historiador y geógrafo francés Fernand Braudel, las sociedades mediterráneas, a pesar de sus innovaciones políticas —la democracia ateniense y la república romana—, se caracterizaron en líneas generales por «el conservadurismo y la rigidez». La baja calidad de las tierras mediterráneas favoreció la existencia de grandes latifundios, los cuales se encontraban forzosamente bajo el control de los ricos. Ello, a su vez, tuvo como consecuencia un orden social inflexible. Mientras tanto, en los claros de los bosques del norte de Europa, de suelos más ricos, emergió una civilización más emancipada, afianzada por las informales relaciones de poder del feudalismo, que sería capaz de sacar mejor provecho del invento de la imprenta de tipos móviles y de otras tecnologías todavía por descubrir.^[10]

Por determinista que pueda parecer esta explicación de Braudel, sirve para explicar los amplios trasfondos del pasado europeo. Evidentemente, el factor humano, que tuvo su personificación en hombres como Jan Hus, Martín Lutero y Juan Calvino, fue decisivo para la Reforma protestante, y por consiguiente, para la Ilustración, las cuales favorecerían el surgimiento dinámico del norte de Europa como uno de los cuarteles generales de la historia en la era moderna. Ello no obstante, nada de eso hubiese podido ocurrir sin las importantes vías de acceso marítima y fluvial y el suelo de *loess*, rico en yacimientos de carbón y hierro, que propiciaron el marco idóneo para este dinamismo individual y la industrialización. Es cierto que en la Edad Media existieron grandes imperios a lo largo del Mediterráneo, eclécticos y resplandecientes, particularmente el de Rogelio II, rey normando de Sicilia en el siglo XII, y tampoco olvidemos que el Renacimiento apareció por primera vez en la Florencia de la Edad Media tardía, con las obras de Miguel Ángel y el realismo secular de Maquiavelo. Sin embargo, fue la atracción del frío Atlántico la que impulsó la apertura de las rutas comerciales de navegación de ámbito mundial que, a la larga, acabaron triunfando frente al cerrado Mediterráneo. Mientras Portugal y España se convertían en las primeras beneficiarias del comercio atlántico gracias a su prominente posición peninsular, sus sociedades, que todavía no habían entrado en el proceso de la Ilustración, traumatizadas por la proximidad (y la ocupación) de los musulmanes norteafricanos, terminaron por perder terreno en la competición oceánica ante holandeses, franceses e ingleses. Así, de la misma manera que el Imperio carolingio sucedió a Roma, el norte de Europa también relevaría al

sur en la época moderna, donde destaca por encima de los demás el antiguo núcleo carolingio, rico en recursos minerales, que en la actualidad representa la Unión Europea. Y todo ello fue posible en buena medida gracias a la geografía.

El mismo Mediterráneo medieval acabó dividido entre el dominio franco en el oeste y el bizantino en el este. No solo hubo divisiones entre el norte y el sur, que aún hoy marcan el rumbo de Europa, sino también entre el este y el oeste y, como veremos más adelante, entre el noroeste y el centro. Consideremos la ruta migratoria del valle del Danubio, que continúa hacia el este, más allá de la Gran Llanura Húngara, los Balcanes y el mar Negro, a través de las estepas del Ponto y de Kazajstán hasta Mongolia y China.^[11] Esta realidad geográfica, junto con el acceso fácil, sin obstáculo alguno, a Rusia por el norte, fueron determinantes para las oleadas migratorias de los pueblos eslavos y turcos del este, principalmente, que Mackinder describió con detalle en su artículo «The Geographical Pivot of History» y que, según nos consta, configuraron en gran medida el destino político de Europa. Así, del mismo modo que existieron una Europa carolingia y otra mediterránea, también hubo, a menudo como resultado de esas invasiones procedentes del este, una Europa otomano-bizantina, otra prusiana y, por último, la Europa de los Habsburgo, todas ellas muy distintas geográficamente, y que en la actualidad coexisten a través de modelos diferentes de desarrollo económico, los cuales no pueden suprimirse únicamente con la instauración de una moneda única.

Por ejemplo, en el siglo IV d. C., el Imperio romano se dividió en dos mitades, una occidental y la otra oriental. Roma quedó como capital del imperio occidental, mientras que Constantinopla se convirtió en capital de la mitad oriental. El Imperio romano de Occidente cedió el paso al reino de Carlomagno más al norte y al Vaticano; en otras palabras, emergió la Europa occidental. El Imperio romano de Oriente —Bizancio— estaba habitado principalmente por ortodoxos cristianos grecoparlantes, y posteriormente por musulmanes, cuando los turcos otomanos, que emigraron de Oriente, conquistaron Constantinopla en 1453. La frontera entre estos imperios, el occidental y el oriental, atravesaba el territorio que se convertiría en el estado multiétnico de Yugoslavia tras la Primera Guerra Mundial. Cuando este se desintegró de manera violenta en 1991, la separación, al menos al principio, recordó las divisiones de Roma dieciséis siglos antes. Los eslovenos y los croatas eran católicos romanos, herederos de una tradición que se remontaba al Imperio austrohúngaro y a la Roma occidental, mientras que los serbios

eran ortodoxos orientales, y por lo tanto herederos del legado otomano-bizantino y de la Roma oriental. Los Cárpatos, que se extienden al noreste de la antigua Yugoslavia y dividen Rumania en dos partes, reforzaron parcialmente esta frontera entre Roma y Bizancio, y más tarde entre los emperadores de la casa de Habsburgo de Viena y los sultanes turcos de Constantinopla.^[12] En estas magníficas montañas existían pasos y, por consiguiente, rutas comerciales, que hicieron posible llevar el patrimonio cultural de *Mitteleuropa* hasta el mismo corazón de los Balcanes otomano-bizantinos. No obstante, aunque los Cárpatos no llegaron a ser una frontera inexpugnable, como los Alpes, sí que determinaron una progresión y un cambio en el equilibrio entre una y otra Europa. El sudeste de Europa ha sido pobre no solo en comparación con el noroeste, sino también con el noreste, de tradición prusiana. Dicho de otro modo, los Balcanes eran pobres no solo frente a los países del Benelux, sino también en comparación con Polonia y Hungría.

La caída del muro de Berlín puso de manifiesto de forma patente estas divisiones. El Pacto de Varsovia había constituido un imperio oriental de pleno derecho, gobernado desde Moscú, que destacaba principalmente por la ocupación militar y un régimen de pobreza impuesto por la introducción de economías planificadas. Durante los cuarenta y cuatro años de gobierno del Kremlin, gran parte de la Europa prusiana, de los Habsburgo y la otomano-bizantina, estuvo confinada en una especie de prisión soviética de naciones, a la que se conoció como Europa del Este. En ese tiempo, la Unión Europea fue tomando forma en Europa occidental, primero como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, después como el Mercado Común y finalmente con el nombre actual, que partió en sus inicios del núcleo carolingio integrado por Francia, Alemania y los países del Benelux, a los que se unieron después Italia y Gran Bretaña, y posteriormente Grecia y los países de la península Ibérica. Gracias al progreso económico que vivió durante los años de la guerra fría, la Europa carolingia ha emergido en el seno de la OTAN con mayor fuerza, por ahora, que la Europa prusiana del noreste y la *Mitteleuropa* danubiana, las cuales fueron igual de prósperas históricamente, pero que permanecieron demasiado tiempo dentro del Pacto de Varsovia.

La ofensiva soviética en Europa Central durante la última etapa de la Segunda Guerra Mundial supuso el giro completo de los acontecimientos, a la vez que confirmó la tesis de Mackinder según la cual las invasiones asiáticas marcaron el destino de Europa.

Evidentemente, no debemos conceder demasiado peso al papel que desempeñó este determinismo, dado que sin la actuación de un ser humano, Adolf Hitler, la Segunda Guerra Mundial no hubiese ocurrido y, por consiguiente, no se habría producido una invasión soviética.

Pero Hitler existió, por lo que heredamos la situación en la que nos encontramos en la actualidad, es decir, la Europa del dominio carolingio. No obstante, debido al resurgimiento de una Alemania reunificada, el equilibrio de fuerzas dentro de Europa podría inclinarse ligeramente hacia el este, a la confluencia de Prusia con *Mitteleuropa*, gracias al fortalecimiento de Polonia, los países bálticos y los del alto Danubio por parte del poder económico alemán. En cambio, la costa mediterránea y la región de los Balcanes otomano-bizantinos se van quedando atrás. Los mundos mediterráneo y balcánico convergen en la montañosa y peninsular Grecia, la cual, a pesar de ser rescatada del comunismo a finales de la década de 1940, sigue entre los miembros de la Unión Europea más problemáticos social y económicamente. Por su emplazamiento en el extremo nororiental de la ecúmene de Oriente Próximo de Hodgson, Grecia fue la beneficiaria de la geografía en la Antigüedad, el lugar donde los regímenes crueles de Egipto y Persia-Mesopotamia pudieron suavizarse y humanizarse, lo que dio lugar a la invención de Occidente, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, en la Europa actual, dominada desde el norte, Grecia se encuentra en el extremo equivocado y orientalizado de todo, y, si bien es mucho más estable y próspera que otros países, tales como Bulgaria y Kosovo, ello se debe únicamente al hecho de que pudo evitar los estragos del comunismo. Aproximadamente tres cuartas partes de las empresas griegas son de propiedad familiar y cuentan con mano de obra propia, hecho que impide, por un lado, que se aplique la legislación relativa al salario mínimo y, por el otro, que los individuos sin lazos familiares puedan medrar profesionalmente.^[13] Un fenómeno que tiene profundas raíces culturales y, por lo tanto, históricas y geográficas.

Efectivamente, la geografía sirve para explicar muchos episodios. Tal como se menciona en un capítulo anterior, tras la desintegración del Pacto de Varsovia, los países que habían formado parte del mismo avanzaron económica y políticamente en casi perfecta concordancia con su posición en el mapa: Polonia y los Estados bálticos, junto con Hungría y la región de Bohemia, en Checoslovaquia, pusieron todo su empeño en alcanzar sus objetivos, mientras que los países balcánicos del sur padecieron pobreza y todo tipo de conflictos. A pesar de las vicisitudes del siglo XX —inclusive el

efecto devastador del nazismo y del comunismo—, los legados que dejaron los imperios prusiano y austrohúngaro, por un lado, y el bizantino y el otomano, por otro, todavía prevalecen. Estos imperios fueron ante todo hijos de la geografía, cuyos flujos migratorios procedentes del este de Asia, según Mackinder, dejaron su huella.

Ahora bien, si observamos de nuevo el mapa de la Europa del siglo XI, en cuyo centro se hallaba el Sacro Imperio Romano, semejante a la Alemania unificada, constatamos que el mismo está rodeado por regiones independientes tales como Borgoña, Bohemia, Pomerania y Estonia, con Aragón, Castilla, Navarra y Portugal al sudoeste. Pensemos después en las regiones de historial fulgurante del siglo XXI, principalmente en la Europa carolingia, como por ejemplo Baden-Württemberg, Ródano-Alpes, Lombardía y Cataluña. Estas, que según nos recuerda Tony Judt, se encuentran en su mayoría en el norte, miran con condescendencia el sur mediterráneo, al que consideran retrasado, gandul y subvencionado, aunque contemplan con más horror aún el hecho de que naciones balcánicas como Rumania y Bulgaria se hayan incorporado a la Unión Europea.^[14] En otras palabras, tendríamos el centro frente a la periferia, con los perdedores en esta última, que incluye en líneas generales, aunque no exclusivamente, las regiones que geográficamente se sitúan más cerca de Oriente Medio y el norte de África. Precisamente gracias al buen trabajo que el superestado europeo, con sede en Bruselas, ha venido desempeñando a favor de subregiones norteñas como Baden-Württemberg y Cataluña, estas se han liberado de la tutela de sus gobiernos nacionales, con sus políticas de modelo único válido para todos, y han prosperado, por consiguiente, mediante la ocupación de nichos económicos, políticos y culturales de arraigo histórico.

Más allá del descontento que sienten frente a los perdedores de la periferia de Europa, hay cierto malestar entre los europeos del norte respecto a la disolución de la sociedad misma. Las poblaciones nacionales y la mano de obra de Europa se han estancado desde el punto de vista demográfico, hecho que ha provocado su envejecimiento. En el año 2050, Europa habrá registrado un descenso de un 24% de su población activa, mientras que la de los habitantes mayores de sesenta años habrá aumentado un 47% en el mismo período. Es probable que esta situación provoque un incremento de la inmigración de población joven procedente del Tercer Mundo para compensar el envejecimiento de los Estados del bienestar europeos. Si bien hay informes que exageran el dominio musulmán de Europa, lo cierto es que el porcentaje de musulmanes en los grandes países europeos se triplicará hacia mediados de

este siglo, desde el actual 3 % hasta, tal vez, el 10 % de la población. Mientras que en 1913 Europa tenía más habitantes que China, en 2050 la suma de las poblaciones de Europa, Estados Unidos y Canadá representará solo el 12 % del total mundial, inferior al 33 % que hubo después de la Primera Guerra Mundial.^[15] Europa se encuentra en un evidente proceso de retroceso demográfico frente a Asia y África, a la vez que sus mismas poblaciones van incorporando como propios ciudadanos procedentes de África y Oriente Medio.

Efectivamente, el mapa europeo está a punto de desplazarse hacia el sur, y de abarcar nuevamente el espacio mediterráneo en su totalidad, como ocurrió no solo bajo el dominio de Roma, sino también bajo los imperios bizantino y turco-otomano. Durante décadas, debido a los regímenes autocráticos que obstaculizaron su desarrollo económico y social, a la vez que promovieron políticas extremistas, el norte de África quedó aislado de la cuenca septentrional del Mediterráneo, proporcionando a Europa mano de obra barata y poco más. Por otra parte, a medida que los Estados del norte de África evolucionen hacia democracias conflictivas, se multiplicará el grado de interacción político-económica con la vecina Europa, al menos con el tiempo (y algunos de estos emigrantes árabes podrían regresar a sus lugares de origen, una vez se hayan creado allí nuevas oportunidades, mediante la puesta en marcha de reformas políticas). El Mediterráneo se convertirá en un conector, en lugar del divisor que ha sido durante la mayor parte de la época poscolonial.

Tal como ocurrió durante las revoluciones democráticas de 1989, cuando Europa se desplazó hacia el este para integrar los países que anteriormente habían sido satélites de la Unión Soviética, ahora esta se extenderá hacia el sur para incorporar las revoluciones árabes. Aunque por el momento no se plantee su adhesión a la Unión Europea, Túnez y Egipto están a punto de convertirse en zonas de penumbra en las que la Unión Europea se verá cada vez más profundamente implicada. De este modo, y más que nunca, se convertirá en un proyecto más ambicioso y complejo que nunca, lo que confirmaría el argumento de Mackinder, según el cual el desierto del Sáhara marcaba la frontera real del sur de Europa al separar el África ecuatorial del África septentrional.^[16]

No obstante, a pesar de las divisiones, incertidumbres y dificultades de crecimiento que la acosan, Europa continuará siendo uno de los mayores centros neurálgicos postindustriales del mundo. De este modo, la actual inclinación del poder dentro de Europa hacia el este, desde Bruselas y

Estrasburgo hacia Berlín —desde la Unión Europea hacia Alemania—, será fundamental para la política internacional. Como argumentaremos más adelante, Alemania, Rusia y, sí, también Grecia, con solo 11 millones de habitantes, son los países que señalan el destino de Europa de manera más perceptible.

Teniendo en cuenta su preponderancia económica, demográfica y geográfica en el corazón de Europa, el mero hecho de una Alemania unificada ha de suponer, comparativamente, una menor influencia para la Unión Europea que cuando Alemania estaba dividida. La población de este país es actualmente de 82 millones de habitantes, frente a los 62 de Francia, y los casi 60 de Italia. Su producto interior bruto es de 3,65 billones de dólares, en comparación con los 2,85 de Francia y los 2,29 de Italia. Es aún más significativo que mientras la influencia económica de Francia se limita principalmente a los países de la Europa occidental de la guerra fría, la de Alemania abarca tanto a los países occidentales como a los que pertenecieron anteriormente al Pacto de Varsovia, un tributo a su situación geográfica más céntrica y a lazos comerciales tanto con el este como con el oeste.^[17]

Además de beneficiarse de la posición geográfica favorecedora de su país, a caballo entre la Europa marítima y *Mitteleuropa*, los alemanes tienen una actitud cultural innata hacia el comercio. Tal como me explicó hace mucho tiempo Norbert Walter, que en aquella época era uno de los economistas de más alto nivel del Deutsche Bank, «los alemanes preferimos destacar en actividades puramente económicas antes que en las estrictamente financieras. Nosotros conservamos los clientes, averiguamos cuáles son sus necesidades y desarrollamos nichos de mercado y relaciones durante décadas». Esta habilidad se complementa con un particular dinamismo alemán; según me explicó en una ocasión el filósofo Peter Koslowski, «el hecho de que muchos alemanes empezaran desde cero después de la Segunda Guerra Mundial hizo que fueran agresivamente progresistas. En este país, el progresismo y la cultura de clase media han alcanzado la condición de ideologías». La organización de la Alemania unificada sigue también un criterio de espacio para aprovechar una época de prosperidad de las regiones del norte de Europa. Siguiendo la tradición de los pequeños Estados independientes que emergieron en el siglo XVII, después de la Guerra de los Treinta Años —tradición que todavía rige el sistema federal de Alemania—, no hay una capital única, semejante a una gran olla a presión, sino toda una serie de

pequeñas capitales que logran sobrevivir incluso en una época en que Berlín brilla con luz propia. Hamburgo es un núcleo de las comunicaciones, Múnich un centro de la moda, Francfort representa el corazón financiero, y así sucesivamente, beneficiándose todas de una red ferroviaria que se extiende indistintamente en todas las direcciones. Gracias a su unificación tardía, que se produjo en la segunda mitad del siglo XIX, Alemania ha preservado su carácter regional, lo que constituye una gran ventaja en la Europa actual. Finalmente, la caída del muro de Berlín, que en términos históricos es todavía reciente, y cuyas tendencias han tardado décadas en manifestarse, ha vuelto a conectar Alemania a Europa Central, recreando, de manera muy sutil e informal, el Primer y el Segundo Reich de los siglos XII y XIX, lo cual, en términos generales, sería el equivalente del Sacro Imperio Romano.

Además de la caída del muro de Berlín, otro factor que ha contribuido a reforzar la solidez geopolítica alemana ha sido la histórica reconciliación germano-polaca que tuvo lugar a mediados de la década de 1990. Tal como escribió Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de seguridad nacional: «A través de Polonia, la influencia alemana ha podido extenderse hacia el norte, a los Estados bálticos, y hacia el este, a Ucrania y Bielorrusia». En otras palabras, el poder alemán se ve incrementado tanto por una Europa más grande como por una Europa en cuyo seno resurge *Mitteleuropa* como una entidad aparte.^[18]

El grado en el que el semipacifismo europeo, y en concreto el alemán, se mantenga en el futuro representará un factor decisivo de esta evolución. Según Golin Gray, estratega británico-estadounidense: «Víctimas del infortunio [...] en las batallas del Somme, de Verdún y más tarde, en la última batalla de 1945, las potencias del centro y oeste de Europa se niegan rotundamente a considerar como legítimo el papel que desempeñaron las fuerzas armadas en la solución de los conflictos internacionales».^[19] Sin embargo, no han sido solamente el legado de la guerra y la destrucción lo que han provocado que los europeos se muestren reacios a las soluciones militares (excepto para el mantenimiento de la paz y en el caso de las intervenciones de carácter humanitario), sino también el hecho de que durante las décadas de la guerra fría, la superpotencia estadounidense salvaguardó la seguridad de Europa, y en la actualidad no se enfrenta a ninguna amenaza convencional evidente. «La amenaza que se cierne sobre Europa no llega vestida de uniforme, sino con los harapos de los refugiados», afirma Josef Joffe, académico y periodista germano-estadounidense.^[20] ¿Y si, tal como predice Mackinder, el destino de Europa depende todavía de la historia de Asia, bajo

el aspecto de una Rusia que renace?^[21] Entonces podríamos hablar de una amenaza. La motivación de la Unión Soviética para forjar un imperio en Europa del Este al final de la Segunda Guerra Mundial sigue todavía vigente, el legado de los estragos que le infligieron lituanos, polacos, suecos, franceses y alemanes, y que impuso la necesidad de establecer un cordón sanitario de regímenes dóciles entre la Rusia histórica y Europa Central. Es evidente que los rusos no desplegarán fuerzas terrestres para reocupar Europa del Este por el mero hecho de instaurar un nuevo cinturón sanitario, pero recurriendo a una combinación de presión económica y política, en parte gracias a que Europa precisa el gas natural de Rusia, los rusos podrían ejercer una influencia exagerada sobre sus antiguos satélites en los años venideros: es bien sabido que Rusia suministra un 25 % del gas de Europa, un 40 % del de Alemania y casi la totalidad del de Finlandia y los Estados bálticos.^[22] Además, puede que tras la recuperación de la tremenda crisis económica y monetaria que padece Europa, nos encontremos ante un mundo en el que Rusia tenga mayor influencia en el continente. Sus actividades inversionistas, así como el papel decisivo que desempeña como proveedor de energía, ocuparán un lugar importante en una Europa más debilitada y nuevamente dividida.

Entonces ¿sucumbirá de alguna manera la pacífica Alemania a la influencia de Rusia, lo que conduciría a una Europa del Este finlandizada y a un Tratado del Atlántico Norte aún más vacío de contenido? ¿O bien Alemania desafiará sutilmente a Rusia utilizando diferentes recursos económicos y políticos, mientras su sociedad permanece inmersa en su semipacifismo postheroico? El primer escenario viene a confirmar la preocupación de Mackinder y de otros geógrafos: en un sentido geográfico, no existe una Europa Central o *Mittleuropa*, sino solamente una marítima y otra continental, con una zona de presión entre ambas. El segundo escenario, por otra parte, presentaría un destino europeo sumamente complejo, en el que Europa Central resurgiría y florecería plenamente por primera vez desde antes de la Primera Guerra Mundial. Asimismo habría una serie de Estados entre Alemania y Rusia que prosperarían igualmente, tal como deseaba Mackinder, manteniendo la paz en Europa, incluso si su aversión hacia los despliegues militares representase un inconveniente para Estados Unidos desde un punto de vista geopolítico. En este escenario, Rusia aceptaría la adhesión a Europa de países situados tan al este como Ucrania y Georgia. De este modo se plasmaría finalmente la *idea* de Europa como expresión geográfica del liberalismo histórico. Europa atravesó siglos de reorganización política durante la Edad Media, tras la caída del Imperio romano, y en busca de esa

idea seguirá reorganizándose después de la larga guerra europea desarrollada entre 1914 y 1989.

Efectivamente, en términos geográficos, Europa ha recorrido muchas etapas a lo largo de su historia. Tras la Era de los Descubrimientos, Europa se desplazó lateralmente en dirección oeste, a medida que el comercio cruzó el Atlántico, hecho que determinó que ciudades como Quebec, Filadelfia y La Habana se acercaran económicamente a la Europa occidental mucho más que ciudades como Cracovia y Lvov en Europa oriental; a pesar de eso, los avances militares otomanos, que se desplazaron al noroeste hasta llegar a la ciudad de Viena, cortaron el contacto de los Balcanes con gran parte del subcontinente europeo. Por supuesto, hoy en día, Europa está moviéndose por un lado hacia el este, a medida que acepta la adhesión de antiguos Estados comunistas a la Unión Europea, y por otro, hacia el sur, en su afán de lograr la estabilidad económica y política de la costa sur del Mediterráneo en el norte de África.

En todas estas reorganizaciones, Grecia, más que cualquier otro lugar, supondrá un examen revelador de la salud del proyecto europeo. Este país es la única región de los Balcanes accesible desde varios puntos de su litoral al Mediterráneo y, por lo tanto, ejerce de elemento unificador de dos mundos europeos. Geográficamente, Grecia se halla a la misma distancia de Bruselas que de Moscú, y desde un punto de vista cultural está tan próxima a Rusia como a Europa, en virtud de su cristianismo ortodoxo oriental, que es, a su vez, un legado de Bizancio. A lo largo de su historia contemporánea, Grecia ha tenido que soportar la carga de su propio subdesarrollo político. Mientras que las revoluciones que estallaron en Europa a mediados del siglo XIX tuvieron su germen en las ansias de la clase media de lograr libertades políticas, el movimiento griego de independencia tuvo una motivación básicamente étnica con fundamentos religiosos. Durante la Guerra de Kosovo de 1999, el pueblo griego se situó de manera categórica del lado de Rusia y de los serbios, y en contra de Europa, a pesar de que la posición del gobierno griego fue más ambigua. De todos los países europeos que no pertenecieron al bloque comunista durante la guerra fría, Grecia es el que se encuentra en mayores apuros económicos. Puede afirmarse que, desde la Antigüedad, Grecia es el lugar donde empieza y termina Europa y, por extensión, Occidente. La guerra entre Grecia y Persia, que describió Heródoto en sus crónicas, estableció una «dicotomía» de Occidente contra Oriente que perduró

durante milenios.^[23] Grecia apenas permaneció en el bando occidental durante la guerra fría a causa de su propia guerra civil entre la derecha y los comunistas, y de las catastróficas negociaciones entre Winston Churchill e Iósif Stalin, que culminaron con la entrada de esta en la OTAN. Este país, según apunta Mackinder, se encuentra justamente en la parte exterior del corazón continental de Eurasia y, por lo tanto, es accesible al poder marítimo. Sin embargo, si una potencia del corazón continental (es decir, Rusia) tomara posesión de Grecia, «seguramente conllevaría hacerse con el control de la isla mundial».^[24] Evidentemente, Rusia no tiene intención de asumir el control de Grecia en un futuro inmediato. Aun así, sería interesante analizar lo que habría podido ocurrir durante la guerra fría si las negociaciones entre Churchill y Stalin hubieran seguido otro derrotero. Imaginémoslo lo fuerte que habría sido la posición estratégica del Kremlin, con Grecia dentro del bloque comunista, poniendo en peligro Italia, a través del mar Adriático, por no mencionar todo el este mediterráneo y Oriente Medio. La crisis económica griega, tan representativa del subdesarrollo económico y político del país, hizo tambalear el sistema monetario de la Unión Europea a principios de 2010 y, debido a las tensiones que provocó entre los países del norte y el sur de Europa, constituyó el mayor desafío del proyecto europeo desde las guerras de secesión de la antigua Yugoslavia. Tal y como demuestra hábilmente Grecia, Europa continúa siendo un proyecto verdaderamente ambicioso, en pleno desarrollo, en el que dejarán sus huellas tendencias y convulsiones procedentes del sur y del este, en un mundo sacudido por la crisis de espacio.

Rusia y el corazón continental independiente

Aleksandr Solzhenitsyn inicia su extraordinaria novela sobre la Primera Guerra Mundial, *Agosto 1914*, con una entusiasta descripción de la cordillera del Cáucaso, cuyas «cimas [...] intensamente blancas y profundas hondonadas azules [...] se alzaban con tanta majestuosidad ante la insignificante creación humana, con tan naturalidad en un mundo fabricado por los hombres, que incluso si todos los que han vivido en los últimos milenios hubieran abierto sus brazos tanto como hubiesen podido llevando en ellos todo lo que hubieran creado a lo largo de su vida [...] y lo hubiesen apilado en montones gigantescos, jamás hubieran podido levantar una cadena montañosa tan fantástica como el Cáucaso». Solzhenitsyn continúa describiendo con su inspirado estilo «extensiones nevadas», «peñascos pelados», «barrancos y hendiduras» y «fragmentos vaporosos indistinguibles de nubes auténticas».^[1]

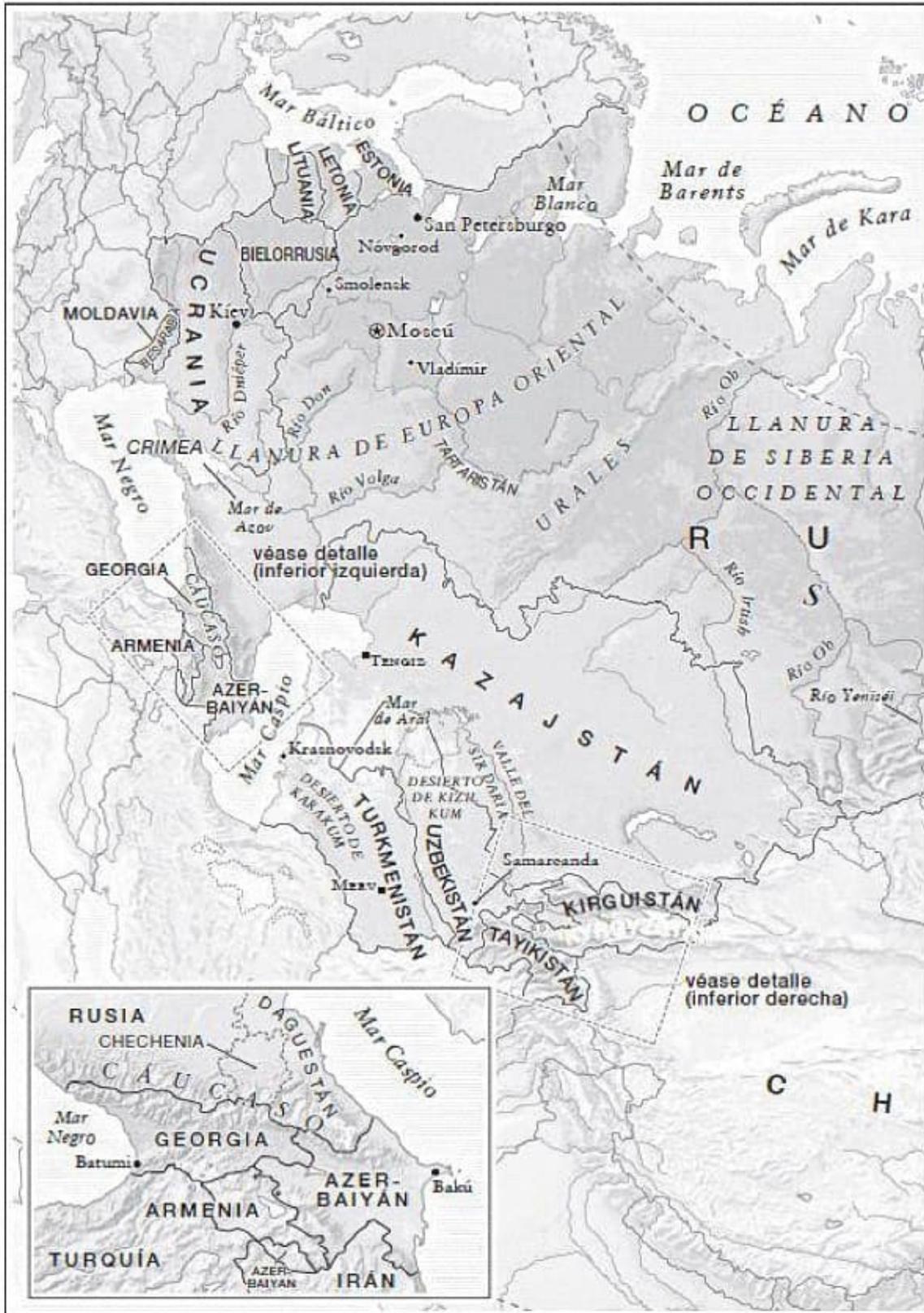
A lo largo de la historia, el Cáucaso ha inspirado temor y asombro a los rusos, especialmente a nacionalistas apasionados como Solzhenitsyn. Allí, entre el mar Negro y el Caspio, se halla un puente continental donde Europa desaparece gradualmente entre más de un millar de kilómetros de cadenas montañosas —cuyo pico más alto supera los 5600 metros de altitud— de una belleza deslumbrante y fascinadora, sobre todo después de cientos de kilómetros de vasta y llana estepa septentrional. Este es el Salvaje Oeste de Rusia, si bien las montañas se extienden al sur de Moscú y San Petersburgo. Desde el siglo XVII, los colonizadores rusos han intentado someter a los pueblos orgullosos que habitaban estas tierras: chechenos, ingusetios, osetios, daguestaníes, abjasios, kartvelianos, kajetos, armenios, azeríes y otros. Es aquí donde los rusos se han topado tanto con la moderación como con la implacabilidad del islam. La compleja reacción emocional de los rusos frente

al Cáucaso, que los atormenta y amenaza por igual, abre una ventana que nos permite adentrarnos en la trama rusa.

Rusia, que se extiende a lo largo de 170 grados de longitud, o sea, casi la mitad de la distancia que cubre la superficie terrestre, es la mayor potencia continental del mundo. La principal salida de Rusia al mar se encuentra en el norte, pero el hielo ártico la mantiene bloqueada durante muchos meses al año. Según sugirió Mahan, las potencias continentales se sienten constantemente inseguras, puesto que, sin mares que las protejan, están siempre en situación de inferioridad y no tienen más remedio que seguir expandiéndose o arriesgarse a ser conquistadas. Eso es especialmente cierto en el caso de Rusia, cuya enorme extensión carece casi por completo de fronteras naturales y ofrece poca protección. El temor de Rusia a los enemigos terrestres es uno de los temas principales que trata Mackinder. Los rusos llegaron hasta el este y el centro de Europa para impedir el avance de Francia en el siglo XIX y de Alemania en el siglo XX. De igual manera, intervinieron en Afganistán para impedir el paso a los británicos desde la India, con lo cual se procuraron una salida hacia las cálidas aguas del Índico, y también se han adentrado en Extremo Oriente para detener a China. En cuanto al Cáucaso, estas montañas constituyen una barrera que los rusos se ven obligados a controlar para protegerse de las convulsiones políticas y religiosas del Gran Oriente Medio.

Otra realidad geográfica de Rusia es su frío intenso. La mayor parte de la región septentrional de Estados Unidos se encuentra por debajo del paralelo 49 de latitud norte, donde empieza Canadá, mientras que la gran extensión del territorio ruso se halla al norte del paralelo 50, lo que significa que la población rusa habita en un clima aún más frío que el de los canadienses, que viven principalmente a lo largo de la frontera estadounidense. Según observa el geógrafo Saúl Cohen, «debido a la latitud, a la lejanía del mar abierto, al efecto barrera de las montañas y a la continentalidad», el clima de Rusia, al ser demasiado frío y seco, hace que gran parte de su territorio sea demasiado inhóspito para propiciar grandes asentamientos estables.^[2] No obstante, el Cáucaso, junto al territorio ruso de Extremo Oriente cercano a la frontera con Corea del Norte, son las excepciones de este principio, por lo que otro de sus atractivos son las temperaturas relativamente suaves en el paralelo 43.^[3] Efectivamente, el clima y el paisaje rusos son penosamente duros, y como tales son claves para entender el carácter ruso y su historia.

El intenso frío parece haber desarrollado en los rusos «una capacidad para el sufrimiento, una cierta vida comunal, incluso una inclinación a sacrificar lo individual en pro del bien común», según opina Philip Longworth, historiador especializado en Rusia, quien explica además que la corta temporada de bonanza de las latitudes más septentrionales exigía una «interdependencia entre los agricultores», así como un «esfuerzo extenuante y frenético, muchas horas en el campo y la movilización de los niños», porque tanto la siembra como la recolección de la cosecha tenían que llevarse a cabo a toda velocidad. Por otra parte, la falta de excedentes, a causa del frío, provocaba que las élites del emergente Estado ruso controlaran extensas áreas, aniquilando de este modo el aliciente de los agricultores para trabajar más arduamente sin coacción alguna, y fomentando «tendencias violentas» en la vida diaria.^[4] El comunismo ruso, así como hasta hace poco un cierto desprecio hacia la libertad personal, tienen sus raíces en el gélido entorno. La deforestación, la construcción de iglesias y fortificaciones en la llanura helada, al igual que los cantos litúrgicos de los ortodoxos orantes fraguaron todos ellos una vida comunal desgarradora.





El cinturón nórdico de Rusia, que se sitúa entre el Círculo Polar y el océano Ártico, es una tundra helada sin árboles, cubierta de musgo y líquen. En verano, tras el deshielo, la nieve derretida inunda el suelo, que se infesta

de enormes mosquitos. Al sur de la tundra se encuentra la taiga, el bosque de coníferas más extenso del mundo, que va desde el mar Báltico hasta el océano Pacífico. Casi el 40 % de la superficie de estas regiones de Siberia y el Extremo Oriente ruso se cubre de una capa permanente de hielo, conocida como permafrost. Por último, en el sur de Rusia se halla la estepa, que se extiende desde la Gran Llanura Húngara en el oeste, atraviesa Ucrania, el norte del Cáucaso y Asia Central hasta llegar a la remota Manchuria, y es la pradera más grande del mundo, «la ruta de los pastizales», en palabras del eminente especialista en Rusia, W. Bruce Lincoln.^[5] Según relata Mackinder, los rusos fueron en su origen un pueblo que vivía hacinado en la profundidad protectora del bosque y que, desde la Alta Edad Media hasta los inicios de la época contemporánea, por el bien de su propia seguridad, tuvieron que perseguir y someter a los nómadas asiáticos que llegaron desde el sur y el este de la estepa. Cabe mencionar, sobre todo, la presencia prolongada y humillante de los mongoles —la Horda de Oro, en las proximidades de la Moscovia medieval, y la Horda Azul, en Asia Central—, que desempeñaron un papel importante en la exclusión rusa del Renacimiento, pero proporcionó a los castigados eslavos ortodoxos orientales un sentido de comunidad, una energía y una finalidad decisivos a la hora de liberarse del yugo tártaro y hacer acopio de grandes extensiones de territorio en los últimos siglos.^[6] El yugo tártaro, según el historiador G. Patrick March, inculcó a los rusos «una mayor tolerancia frente a la tiranía», a la vez que los habituó a la privación y los mortificó con un «temor paranoico a la invasión».^[7]

La inseguridad es el sentimiento nacional ruso por excelencia. «El deseo de encontrar sus raíces, por un lado, y la reivindicación del papel que han desempeñado en la historia, por otro, tuvieron su origen en la inseguridad de la llanura oriental», afirma James H. Billington, bibliotecario del Congreso de Estados Unidos, en su excelente libro sobre la cultura rusa *El icono y el hacha: una historia interpretativa de la cultura rusa*. «La geografía y no la historia», sostiene él, ha dominado el pensamiento ruso:

Ciclos estacionales duros, pocos ríos y alejados, y unos indicadores de pluviosidad y fertilidad del suelo desiguales controlaban la vida del campesino común; y las oleadas de los conquistadores nómadas a menudo parecían poco más que un movimiento sin sentido de objetos flotantes en la superficie de un mar inmutable y hostil.^[8]

En otras palabras, la mera monotonía de Rusia, que se extiende desde Europa hasta Extremo Oriente, con unas cuantas fronteras naturales

desperdigadas y cierta tendencia hacia los asentamientos aislados, en contraposición a las concentraciones urbanas, ha dado lugar durante mucho tiempo a un paisaje anárquico, en el que cada grupo se ha sentido constantemente inseguro.

Apiñados en el bosque con sus enemigos acechando en la estepa, los rusos encontraron refugio en el animismo y la religión. La celebración de la Pascua ortodoxa en primavera «adquirió una intensidad especial en el norte de Rusia», escribe Billington. La tradicional felicitación de Pascua «no era el insulso “Feliz Pascua” del moderno Occidente, sino una confirmación del acontecimiento principal de la historia sagrada: “¡Cristo ha resucitado!”, y la respuesta era “¡En verdad, ha resucitado!”». Esto no se refería solo a la resurrección de Cristo, sino también a la de la naturaleza, puesto que el largo y oscuro invierno casi había terminado, los árboles se habían sacudido la nieve de encima y sus hojas brotaban de nuevo. El cristianismo ortodoxo oriental contiene más de una insinuación pagana. Según Nikolái Berdiáyev, intelectual ruso de principios del siglo XX, el comunismo ruso, con su énfasis bolchevique en la totalidad, fue otra forma de religión rusa, el equivalente laico de la ortodoxia. Tal como explica el título del libro de Billington, para los hostigados colonizadores, el icono era un vivo recordatorio del poder de su fe ortodoxa, la seguridad y la noble causa que esta suponía, mientras que el hacha «era el instrumento básico de la Gran Rusia: el medio indispensable para subordinar el bosque» a sus propias necesidades.^[9]

En Rusia, la idea de totalidad tanto religiosa como comunista recordaba aquel sentimiento de indefensión que les había atormentado en el bosque, cerca de la estepa, y que a su vez inculcó a los rusos la necesidad de conquistar más tierras. Sin embargo, debido a que su territorio era llano y lindaba en su mayor parte con Asia y el Gran Oriente Medio, la propia Rusia fue objeto de conquista. Mientras otros imperios emergieron, se extendieron, cayeron y nunca más volvió a saberse de ellos, el Imperio ruso se ha expandido, se ha desmoronado y ha resurgido en varias ocasiones.^[10] La geografía y la historia nos demuestran que nunca podemos subestimar un país como Rusia. Su resurgimiento parcial en nuestra época, tras la desintegración del imperio soviético, forma parte de una vieja historia.

El primer gran Imperio ruso y, de hecho, la primera gran forma de gobierno de Europa oriental, fue la Rus de Kíev, que apareció a mediados del siglo IX en esta histórica ciudad, la más meridional de todas las que se encontraban a

lo largo del río Dniéper, hecho que le permitió estar en contacto permanente con el Imperio bizantino al sur. Esta circunstancia facilitó la conversión de los rusos a un cristianismo ortodoxo que, como bien sabemos, se enriquecería con la intensidad particular que estos le aportarían, y a la vez se derivaba de su propio enfrentamiento con un paisaje invernal. La geografía dispuso también que la Rus de Kiev se uniera, desde el punto de vista demográfico, a los vikingos escandinavos (que descendían por los ríos desde el norte) y a los eslavos orientales autóctonos. Los suelos pobres de la zona provocaron la necesidad de conquistar grandes extensiones de tierra en busca de provisiones y, de esta manera, empezó a formarse un imperio, que juntó dos fuerzas regionales dinámicas: la de los vikingos y la de los bizantinos, cuyo resultado fue Rusia, como concepto geográfico y cultural.

La Rus de Kiev estuvo luchando constantemente contra los nómadas esteparios hasta que los mongoles de Baiu Kan, nieto de Gengis, la destruyeron finalmente a mediados del siglo XIII. Después de que sus tierras de pastoreo tradicionales sufrieran una sequía pertinaz durante años, los mongoles se desplazaron hacia el oeste, en busca de nuevos pastizales para sus caballos, que constituían por igual su medio de subsistencia y de movilidad. Fracasaría, por lo tanto, el primer gran intento de expansión del Imperio ruso hacia el corazón continental eurasiático.

Como consecuencia de ello, tras incontables avances y retrocesos, así como dramas políticos derivados de la intervención del factor humano, la historia de Rusia fue desplazándose gradualmente hacia el norte, hacia localidades como Smolensk, Nóvgorod, Vladímir y Moscú, ciudad que emergería con mayor fuerza que las demás en los últimos años de la Edad Media, que se caracterizaron a su vez, como hemos visto, por la autocracia y la paranoia, en parte reminiscencias de la presión de los mongoles. La creciente importancia de Moscú se debió sobre todo a su situación favorable para el comercio, gracias a las rutas de transporte que existían entre los ríos de la cuenca del Volga superior y medio. Bruce Lincoln apunta: «Moscú se ubicaba en el corazón de las tierras altas, en las que tenían su origen los grandes ríos de la Rusia europea [...] era un centro neurálgico desde el que las vías navegables rusas se alejaban zigzagueando hacia el exterior, como los radios irregulares de una rueda torcida».^[11] Además, debido a que en esta fase de su historia, los rusos evitaban la estepa en la que abundaban los tártaros, se dedicaron a extender las rutas de transporte que cruzaban bosques impenetrables, donde era más sencillo mantener la cohesión de un Estado.^[12] La Moscovia medieval se encontraba rodeada y prácticamente no tenía salida

al mar; en el este solo había taiga, estepa y los mongoles; en el sur, los turcos y los mongoles de la estepa le negaban el acceso al mar Negro; mientras que en el oeste y noroeste, suecos, polacos y lituanos le vedaban el paso hacia el mar Báltico. Durante el gobierno de Iván IV el Terrible (1533-1584), Rusia disponía de una sola costa, apenas practicable, en el lejano norte, el mar Blanco, que en realidad era una ensenada del océano Ártico. Acosados por todos los costados de la llanura infinita, los rusos no tuvieron otra alternativa que la de intentar abrirse camino, cosa que hicieron bajo el reinado de Iván IV.

Iván el Terrible es una figura histórica controvertida, considerado por igual monstruo y héroe popular, cuyo apodo es una traducción errónea de *Grozni!*, «el Temible», como lo bautizaron sus adeptos por los castigos que infligía a los culpables. Iván demostró que en su época y en aquellas tierras, el único antídoto contra el caos era el absolutismo. Fue el primer gran imperialista de Rusia, un papel que le impusieron la historia y la geografía. En 1453, el Imperio bizantino griego fue invadido por los turcos otomanos, y los refugiados griegos fueron emigrando de manera escalonada hacia el norte, de Constantinopla a Moscú, llevando consigo unos conocimientos políticos, militares y administrativos fundamentales para la creación de un imperio. Después de ser proclamado zar, Iván venció a los tártaros de Kazán, lo que le brindó el acceso a los Urales, y posteriormente dio un gran paso hacia la conquista definitiva de Siberia con la derrota del kanato mongol de Sibir, junto al río Irtysh, al noroeste de la actual Mongolia. La crueldad y la astucia de Iván sintetizaban todo aquello que su pueblo había aprendido durante generaciones de «pacientes y acomodaticios tratos» con los asiáticos.^[13] Los rusos irrumpieron en este vasto territorio con tal ímpetu que, en menos de seis décadas, a principios del siglo XVII, llegarían al mar de Ojotsk, junto al océano Pacífico.

Iván también volvió la vista hacia el sur y el sudeste, concretamente hacia el kanato musulmán de Astracán, descendiente de la Horda de Oro, el cual controlaba el estuario del Volga y las rutas hacia el Cáucaso, Persia y Asia Central. Se trataba del territorio de la Horda de Nogay, nómadas túrquicos que hablaban una variante de las lenguas kipchak. A pesar de ser enemigos políticos de Moscovia, los nogayos comerciaban con el principado y aceptaron a la soldadesca de Iván con el fin de mantener a salvo las principales rutas. Los vastos pastizales formaban una compleja extensión en la que mongoles y tártaros, cuyas huestes se solapaban algunas veces, guerreaban contra los rusos, a la vez que hacían comercio con ellos.

Recordemos que, por muy duras y peligrosas que fueran las extensas llanuras, la cordillera del Cáucaso todavía lo era más y, por lo tanto, parecía más exótica a los ojos de los rusos, lo que explicaría su obsesión con ella.



Iván fue incansable, ya que, poco después de su victoria en el sur, hizo la guerra en la región de las actuales Estonia y Letonia con el fin de asegurarse una posición favorable en el mar Báltico, aunque la alianza entre la Liga Hanseática y la Orden de Livonia terminó derrotándolo. Este hecho aisló significativamente a Rusia por el oeste, a la vez que empezaba a sentir la influencia de los territorios recientemente ocupados de Oriente Medio y Asia.

El primer gran intento de Rusia de crear un imperio continental a finales del siglo XVI y principios del XVII hizo que se consolidase la reputación de los cosacos, que el Estado ruso utilizó para afianzar su posición en el Cáucaso. Si bien el término «cosaco» o *kazak* se refería en un principio al guerrero mercenario tártaro, en los cosacos llegaron a integrarse rusos, lituanos y polacos, los cuales, desesperados por las penalidades que sufrían en sus tierras de origen, emigraron hacia la estepa ucraniana. Allí, en medio de la situación caótica de la anterior frontera mongol, se ganaban la vida como ladrones, comerciantes, colonos y mercenarios, y acabaron fusionándose de manera gradual con las tropas irregulares de las huestes de Iván gracias a su dureza y a lo baratos que resultaban. Los asentamientos cosacos emergieron en los valles de los ríos, principalmente en los del Don y el Dniéper.^[14] Da la casualidad que el clásico *Taras Bulba*, del escritor Nikolái Gógol, publicado inicialmente en 1835, y su versión final una década más tarde, es un relato sobre los cosacos del Dniéper. Gógol fue un nacionalista ruso, pero situó los orígenes reales de Rusia en Ucrania (palabra que significa «zona fronteriza»), cuyas infinitas estepas, totalmente llanas —carentes de barreras naturales y con relativamente pocos ríos navegables que las drenasen— hicieron que sus pueblos se enfrentaran con asiduidad. Aunque Gógol utilizó los términos «ruso», «ucraniano» y «cosaco» para designar unas identidades específicas, también reconoció que estas coexistían (tal y como ocurre todavía).^[15] El relato de Gógol es oscuro y cargado de una violencia irredenta. Si bien la falta total de humanidad reflejada en sus páginas se atribuye a unos individuos que toman sus propias decisiones, por espantosas que sean, también es cierto que la violencia de *Taras Bulba* es, al menos en parte, una expresión de la geografía de las estepas rusa y ucraniana, donde la llanura, la continentalidad y las rutas migratorias llevan al conflicto y a cambios repentinos en los avatares de su azarosa existencia.

El imperio de Iván IV continuó su expansión bajo el reinado de Borís Godunov (1598-1605), sobre todo en dirección sudeste, hacia Tsahtsyn (luego Stalingrado y actualmente Volgogrado), los Urales y la estepa kazaja. Sin

embargo, la Moscovia medieval acabó derrumbándose, tal como había ocurrido antes con la Rus de Kíev, pero esta vez fueron los suecos, los polacos, los lituanos y los cosacos quienes despiezaron su cadáver. La Moscovia medieval se había creado a sí misma concibiéndose como la «Tercera Roma», legítima sucesora de la misma Roma y de Constantinopla. De aquí que su hundimiento, al cual se le conoce como el Período Tumultuoso —resultado del faccionalismo de la capital—, hizo pensar que un mundo y una cultura enteros llegaban a su fin. Pero, a pesar de las apariencias, Rusia todavía tendría mucho que decir. Al cabo de pocos años, en 1613, Miguel Románov fue investido zar y con él se inició una nueva dinastía, a la vez que un nuevo capítulo de la historia rusa.

Los Románov fueron quienes establecieron las bases de la Rusia moderna con la introducción de la mecanización y la reforma de la organización administrativa del imperialismo ruso, lo que constituía una mejora de las un tanto románticas incursiones ad boe que se habían llevado a cabo en la Moscovia medieval. Bajo su gobierno, que duró más de trescientos años, Rusia sometió Polonia y Lituania, destruyó Suecia, humilló a la Francia de Napoleón, recobró Ucrania, se expandió hasta Crimea y los Balcanes a expensas de los turcos otomanos y se apoderó formalmente del Cáucaso, Asia Central y Siberia hasta llegar a China y el océano Pacífico. Rusia también se recuperó de los reveses que sufrió en las guerras de Crimea (1853-1856) y ruso-japonesa (1904-1905). Y para hacer justicia a la gran trama de la historia rusa, la de las expansiones trascendentales y las retiradas igualmente cruciales, teniendo siempre como telón de fondo la inmensa y monótona geografía, los Románov cedieron Polonia y el oeste de Rusia frente a la Grande Armée de Napoleón en 1812, solo para recuperar esos territorios al cabo de unas cuantas semanas y precipitar la retirada de los franceses hacia Europa Central, diezmando las tropas napoleónicas.

Pedro el Grande, que gobernó Rusia a finales del siglo XVII y principios del XVIII, representó para la dinastía de los Románov lo mismo que Iván IV para la Moscovia medieval, es decir, un personaje excepcional cuyas acciones demostraron que la geografía solo constituye una parte de la trama general. Es cierto que a Pedro se le conoce por ser quien fomentó la construcción de San Petersburgo a orillas del Báltico, la cual se inició en 1703 y conllevó una agotadora guerra contra el Imperio sueco. Estos últimos se adentraron hasta los humedales de Mazuria, en las proximidades de Bielorrusia, y los rusos, a su vez, prendieron fuego a las cosechas, como parte de su política de tierra quemada en las zonas áridas, táctica que utilizarían más tarde contra

Napoleón y Hitler. No obstante, el gran logro de Pedro de consolidar la costa báltica de Rusia mediante el establecimiento de una nueva capital orientada hacia Europa, en un intento por cambiar la identidad cultural y política de Rusia, se vio finalmente truncado. Gracias a las conquistas que realizó en las demás direcciones, Rusia acabó siendo un país eminentemente eurasiático, incluso podría decirse que emblemático, el único, de hecho, que se esforzó en ser europeo, si bien es cierto que la geografía y su historial de invasiones, ilustrado por los mongoles, le denegaron dicha condición. Alexander Herzen, eminente intelectual ruso del siglo XIX, observó:

Hasta el día de hoy hemos contemplado a los europeos y Europa del mismo modo que unos provincianos observan a los que viven en la capital, con respeto y un sentimiento de inferioridad, rindiéndonos ante ellos e imitándolos, y considerando como un defecto todo aquello que nos diferencia.^[16]

En cualquier caso, los rusos no tenían ningún motivo para sentirse avergonzados, ya que solo pudieron ser lo que eran: un pueblo que había levantado un imperio en un paisaje continental implacable y que, por consiguiente, llamaba continuamente a las puertas del Levante y de la India, amenazando así los imperios de Francia y Gran Bretaña. Aproximadamente en la misma época que Herzen escribía estas palabras, las tropas rusas tomaban Taskent y Samarcanda, que se encontraban en la antigua Ruta de la Seda hacia China, cerca de la frontera con el subcontinente indio.

Mientras los imperios marítimos de Francia y Gran Bretaña se enfrentaban a enemigos implacables en el extranjero, los rusos les hacían frente en su propio territorio, y por ello aprendieron, desde una época muy temprana de su historia, a mostrarse inquietos y cautelosos. Rusia ha sido una nación que de una manera u otra ha estado siempre en guerra. De nuevo, el Cáucaso nos proporciona un ejemplo paradigmático en la persona de los chechenos musulmanes del norte del Cáucaso, contra quienes lucharon las tropas de Catalina la Grande a finales del siglo XVIII y, después de ella, otros zares que se sucedieron a lo largo del siglo XIX, por no mencionar los conflictos en la época actual. Esto ocurrió mucho tiempo después de que regiones más acomodaticias más al sur del Cáucaso, como por ejemplo Georgia, cayeran bajo el control zarista. La beligerancia de los chechenos se deriva de la dificultad de ganarse la vida en un pedregoso terreno montañoso y de la necesidad de llevar armas para proteger sus ovejas y cabras de los animales salvajes. Dado que las rutas comerciales atravesaban el Cáucaso, los

chechenos se convirtieron en guías a la vez que ladrones.^[17] Y aunque eran prosélitos del sufismo —en ocasiones menos fanático que las demás formas de espiritualidad del islam—, se mostraron muy fervientes en la defensa de su patria contra los rusos ortodoxos. Según apunta el geógrafo Denis J. B. Shaw, «los asentamientos rusos, ucranianos y cosacos del “imperio colonizador” entraron en conflicto con la fuerte resistencia de la gente de la montaña. La inmensa mayoría de esta gente, excepto una gran parte de los osetios, es de cultura islámica, y esto refuerza su determinación en la lucha contra el invasor ruso». De este temor hacia el espíritu independiente de los pueblos del Cáucaso norte surgió la negativa bolchevique a agruparlos en una sola república y de ahí que los separaran para volverlos a reunir después en unidades artificiales que no se ajustaban a sus patrones lingüísticos y étnicos. De este modo, escribe Shaw, «a los kabardinios se los agrupó con los balkares, a pesar de que los primeros tenían muchas más cosas en común con los cherkeses y los segundos con los karacháis». Stalin, además, exilió a los chechenos, ingusetios, calmucos y otros a Asia Central en 1944, por su presunta colaboración con los alemanes.^[18]

El Cáucaso contribuyó significativamente al endurecimiento del Imperio ruso. Un destino al que suelen estar condenadas, tal como hemos visto, las potencias continentales, que a menudo se ven en la necesidad de conquistar territorios.

Así, los rusos continuaron avanzando, hecho que sirvió de inspiración a Mackinder para enunciar su teoría del pivote en base a la construcción del ferrocarril de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX: casi 25 000 kilómetros de vías entre 1857 y 1882, que unieron Moscú con la frontera prusiana al oeste y con Nizhni Nóvgorod al este, así como con Crimea en la costa del mar Negro al sur. Además, entre 1879 y 1886, los ingenieros rusos construyeron una vía férrea que iba desde Krasnovodsk, en la costa este del mar Caspio, hasta Merv, que se encontraba a más de 800 kilómetros hacia el este, cerca de las fronteras de Persia y Afganistán. Hacia 1888, esta vía se extendería otros 500 kilómetros en dirección noreste, hasta Samarcanda. (Un nuevo tramo corto se construyó entre Merv, al sur, y las proximidades de la frontera afgana.) Estas nuevas arterias del imperio seguían los avances militares rusos en los desiertos de Karakum (Arena negra) y Kizil Kum (Arena roja), en el sur de la estepa de Asia Central, en la zona de las actuales Turkmenistán y Uzbekistán. Gracias a su proximidad con el subcontinente indio, donde el Imperio británico se encontraba en la cumbre de su poder, este arranque de actividad imperial rusa se añadió al «Gran Juego» entre Rusia y Gran Bretaña

por el control de Asia. Mientras tanto, se construyó una vía férrea que comunicaba Bakú, en la costa oeste del mar Caspio, con Batumi, en el mar Negro, para poder alcanzar el Cáucaso. En 1891, los rusos comenzaron la obra del ferrocarril entre los Urales y el océano Pacífico, que cubría una distancia de 6500 kilómetros, pasando por Siberia y Extremo Oriente, y que atravesaba bosques, montañas, marismas y tierras heladas. Ya en 1904, Rusia disponía de una red ferroviaria que sumaba unos 60 000 kilómetros, lo cual daba acceso a San Petersburgo a once zonas horarias diferentes, desde allí hasta el estrecho de Bering que separa Rusia y Alaska. Lo que motivó esta última versión rusa de la doctrina del «Destino Manifiesto» fue, una vez más, la inseguridad de una potencia continental que tiene que seguir atacando y explorando en todas direcciones o arriesgarse a ser derrotada.

En un mapa topográfico de Eurasia destaca un aspecto muy importante que explica la historia de Rusia. Desde los Cárpatos, al oeste, hasta la meseta central siberiana, al este, no hay nada más que llanuras de tierras bajas, con los Urales en medio, que constituyen una pequeña erupción en este paisaje monótono de dimensiones continentales. Esta planicie, donde se inscribe el corazón continental de Mackinder, se extiende desde las ensenadas del mar Blanco y el mar de Kara en el océano Ártico, hasta el Cáucaso y los montes Hindú Kush y Zagros en Afganistán e Irán, respectivamente, de modo que el imperialismo ruso siempre ha albergado la vaga esperanza de disponer de una salida a las aguas cálidas del cercano Océano Índico. Sin embargo, no fueron los casos del Cáucaso y de Afganistán los únicos en que los rusos se aventuraron más allá del corazón de esta llanura infinita y se adentraron en las montañas. Desde principios del siglo XVII y hasta el siglo XX, los rusos cosacos, que eran a la vez tramperos y comerciantes de pieles, recorrieron con mucha valentía la distancia que separaba Siberia occidental de la oriental y el Extremo Oriente, llegando más allá del río Yeniséi, hasta alcanzar la inmensidad glacial de siete grandes cordilleras montañosas, que se extendían a lo largo de 4000 kilómetros, donde las heladas duraban nueve meses al año. Mientras que la conquista de Bielorrusia y de Ucrania fue natural debido a la estrecha afinidad y a la historia común que estas tierras compartían con Rusia, en Siberia los rusos levantaron un nuevo «imperio costero boreal».^[19] Según escribe W. Bruce Lincoln en su magistral libro, *The Conquest of a Continent: Siberia and the Russians*, «la conquista que definió su grandeza [la de Rusia] se llevó a cabo en Asia» y no en Europa.^[20] El drama que se representó en la

Siberia oriental y más allá resumió la experiencia histórica rusa en su forma más intensa. Philip Longworth afirma:

El rigor del clima los hizo resistentes y tenaces; la inmensidad de su paisaje y el escaso número de asentamientos, así como la brevedad de la temporada de cultivo fomentaron por igual la cooperación y la coacción en sus relaciones sociales, por lo que los rusos necesitaron un mayor grado de organización que otros pueblos para sobrevivir. [...] En el pasado, esta necesidad propició la existencia de formas de gobierno centralizadas y autoritarias y descartó otras opciones más participativas. [21]

El Yeniséi es el sexto río más largo del mundo y, durante las crecidas, las riadas pueden alcanzar casi cinco kilómetros de ancho. Fluye hacia el norte, desde Mongolia hasta el Ártico, y su recorrido alcanza los 5500 kilómetros. Este río, en mucha mayor medida que los Urales, representa la verdadera línea divisoria entre las dos Rusias —entre el oeste y el este de Siberia, con miles y miles de kilómetros de llanura de tierras bajas que reclaman su orilla occidental y otros tantos de meseta y montañas nevadas en la oriental. El viajero británico Golin Thubron apunta que «la corriente del río, que surge de la nada, como una encarnación, perdurable en el tiempo, pacífica y terrible a la vez, hace que se me encoja el estómago». En un punto más septentrional del curso del mismo río, pasado el Círculo Polar Ártico, sigue su relato: «La tierra se extiende por encima de su eje. La ribera se pierde. Como si nada hubiera ocurrido. Y así [...] la historia se hace geología».[22]

El atractivo de las pieles de animales atrajo exploradores a estas tierras glaciales, dejadas de la mano de Dios. Más tarde serían los recursos naturales, tales como petróleo, gas natural, carbón, hierro, oro, cobre, grafito, aluminio, níquel y toda una variedad de otros metales y minerales, así como la energía generada por los potentes ríos siberianos. No olvidemos que si el Yeniséi separa el este y el oeste de Siberia, el igualmente majestuoso río Lena separa Siberia del Extremo Oriente ruso. En realidad, los grandes ríos siberianos fluyen de sur a norte, mientras que sus afluentes lo hacen de este a oeste, «como ramas de [...] árboles gigantes que se entrecruzan», creando una amplia red de transporte.[23]

Las minas que salpican este paisaje constituirían el corazón del sistema penitenciario zarista y más tarde del soviético. De hecho, la geografía de Siberia se ha traducido siempre en crueldad y riquezas estratégicas, contribuyendo a forjar durante décadas una imagen dual de Rusia como

potencia moralmente oscura y energéticamente rica. La súbita aparición de Rusia entre las grandes potencias de Europa, a principios de la década de 1700, estuvo vinculada a las grandes reservas de mineral de hierro que se encontraron en los bosques de los Urales, idóneas para la fabricación de cañones y mosquetes, tan necesarios para la guerra moderna. Del mismo modo, a mediados de la década de 1960, el descubrimiento de vastos yacimientos de petróleo y gas natural en el noroeste de Siberia haría que Rusia se convirtiera en una superpotencia energética a principios del siglo XXI.^[24] La conquista de Siberia tuvo también otra consecuencia: Rusia se incorporó a la geopolítica del Pacífico y entró en conflicto con China y Japón. Fue precisamente el conflicto con China lo que marcó la dinámica de la guerra fría, aunque este podría resultar fundamental para la propia estrategia de Estados Unidos en su trato con ambas potencias en el siglo XXI.^[25]

A diferencia de los ríos Irtysh, Ob, Yenisei y Lena, el Amur no discurre de sur a norte, sino de oeste a este, donde se une con el río Ussuri para formar la actual frontera entre el Extremo Oriente ruso y la Manchuria china. Esta región limítrofe, a la que se le conoce como Amuria al norte de la frontera china y como Ussuria al este de la misma, fue objeto de disputas entre la Rusia zarista y la China Qing (Manchú) desde mediados del siglo XVII, cuando los saqueadores rusos penetraron en la zona, a los que siguieron los soldados moscovitas, y más tarde los diplomáticos, aprovechando que los manchúes habían bajado la guardia, concentrados como estaban en las conquistas de Taiwán y parte del territorio continental. Este proceso culminó en 1860, cuando China, debilitada por una dinastía en decadencia, se vio forzada a ceder 900 000 kilómetros cuadrados de su territorio a Rusia, de lo que surgieron las actuales fronteras.^[26] Ahora que China es fuerte y Rusia comparativamente débil, esta frontera vuelve a encontrarse bajo presión, ejercida en este caso por los colonos chinos y las compañías que quieren establecerse en el norte para beneficiarse del petróleo, el gas natural, la madera y otros recursos que se encuentran en esa región. La geografía impone una relación de tensión permanente entre China y Rusia, disimulada en el presente por una cierta alianza táctica antiestadounidense. En julio de 2009, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Rusia, Nikolái Makárov, hizo una presentación en la que se afirmaba que «la OTAN y China [...] son nuestros rivales geopolíticos más peligrosos».^[27]

Lo que aclara esta geografía es algo que suele olvidarse y es que, históricamente, Rusia ha formado parte de la dinámica del poder de Asia oriental. La Guerra ruso-japonesa de 1904-1905 en cierto modo se inició tras

la demanda de Japón para que Rusia reconociese la soberanía de China en Manchuria, así como la libertad para intervenir en Corea, a lo cual los rusos se opusieron. El resultado final de la guerra, además de humillar al régimen zarista, también constituyó una ofensa para la China Qing, dado que tuvo lugar en un territorio que los manchúes consideraban suyo. Es decir, a pesar de su derrota, Rusia mantuvo el control de Amuria y Ussuria, que los manchúes codiciaban.

Pero más que la Guerra ruso-japonesa, en la que Rusia perdió la mitad sur de la isla de Sajalín y territorios meridionales de Manchuria (la cual, siguiendo una lógica geográfica, de todos modos debería haber pertenecido a China), fueron la Revolución rusa de 1917 y su caótica posguerra las razones que realmente aceleraron el proceso por el que Rusia acabó perdiendo el control de sus territorios en Extremo Oriente. China, Japón y Estados Unidos (un poder emergente en Extremo Oriente por derecho propio) se apoderaron de varios tramos del ferrocarril transiberiano que se extendían entre el lago Baikal, en el oeste, y el puerto de Vladivostok, en el este, puerto que acabó cayendo en manos japonesas entre 1918 y 1922. Ochenta mil soldados japoneses ocuparon la región del Amur durante este período.

Sin embargo, el Ejército Rojo de Lenin poco a poco cambió el curso de la guerra civil contra los rusos blancos antirrevolucionarios. Por consiguiente, el nuevo Estado soviético pudo recuperar los territorios limítrofes, especialmente los de la zona de etnia túrquica, en los desiertos de Asia Central, donde los bolcheviques temían ser vulnerables a un ataque de los británicos desde la India, a través de Afganistán. Los bolcheviques, a pesar de su ideología declarada respecto a la unidad de todos los trabajadores del mundo, optaron por un enfoque realista cuando se enfrentaron al «problema ancestral» de un poder continental en expansión, es decir, la amenaza de un ataque en sus territorios periféricos. Tanto daba quien gobernara Rusia, la realidad a la que tendría que enfrentarse siempre sería la misma: la de una masa continental inexorablemente llana que se extendía en todas direcciones, más allá de los Estados colindantes. Para compensar este hecho, los bolcheviques se convirtieron en imperialistas rusos, como lo fueron los zares antes que ellos: moldavos, chechenos, georgianos, azeríes, turkmenos, uzbekos, kazajos, tayikos, kirguises, mongoles-buriatos, tártaros y otros acabaron bajo su yugo. Los bolcheviques racionalizaron sus conquistas sin dificultad: después de todo, habían dado a conocer las bondades del comunismo a estos pueblos, a la vez que les habían concedido repúblicas soviéticas propias.^[28] Siguiendo los dictados de la geografía, aunque de

manera subconsciente, los bolcheviques trasladaron la capital hacia el este, de San Petersburgo, en el Báltico, a Moscú, recobrando así una realidad esencialmente asiática que siempre fue fundamental para la existencia de Rusia. En lugar del semimodernizado régimen que había instaurado Pedro el Grande, quien había gobernado Rusia desde su «ventana abierta hacia Occidente», en el Báltico, surgió un Estado dirigido desde el Kremlin, la histórica sede semiasiática de la Moscovia medieval.^[29] La nueva Unión Soviética estaba formada por la unión de tres repúblicas —Rusia, Ucrania y Bielorrusia— y once repúblicas autónomas y subregiones. Sin embargo, debido a que muchas de estas repúblicas no se establecieron en función de sus fronteras étnicas —por ejemplo, había una importante minoría tayika en Uzbekistán y otra uzbeka en Tayikistán— la escisión solo era posible a través de una guerra civil, y de ahí que la Unión Soviética se convirtiera en una prisión de naciones.

Esta prisión fue tan agresiva en el siglo XX como lo había sido antes, si bien es cierto que nunca había tenido tantos motivos que justificaran su inseguridad. En 1929, la infantería, la caballería y las fuerzas aéreas soviéticas atacaron el extremo occidental de Manchuria para hacerse con el control de una vía férrea que atravesaba territorio chino. En 1935, la Unión Soviética convirtió la provincia de Sinkiang, en la China occidental, en un satélite propio, mientras que Mongolia Exterior se transformaba en la República Popular de Mongolia, estrechamente alineada con la Unión Soviética. Mientras tanto, en la Rusia europea, la firma del pacto ruso-alemán en 1939 permitió a Stalin anexionarse el este de Polonia, el este de Finlandia, Besarabia y los Estados bálticos de Lituania, Letonia y Estonia. Rusia, bajo el disfraz de la Unión Soviética, se extendía ahora desde Europa Central hasta la península de Corea. No obstante, tal como demostrarían los acontecimientos, Rusia seguía sin estar a salvo de invasiones. La geografía todavía tendría algo que decir al respecto. En 1941, la incursión de Hitler hacia el este, a través de la llanura de la Rusia europea, llevó a las tropas alemanas hasta las afueras de Moscú, y a un paso del mar Caspio, hasta que los rusos las detuvieron en Stalingrado a principios de 1943. Al final de la guerra, los soviéticos se cobraron su venganza y dieron rienda suelta a siglos de una inseguridad geográfica que se remontaba hasta los estragos causados por los mongoles en la Rus de Kíev.

Tras la caída de la Alemania nazi y del Japón fascista, la Unión Soviética se anexionó toda la mitad oriental de Europa por medio de la instauración de un sistema comunista de Estados satélite cuya lealtad, en la mayoría de los

casos, quedaba asegurada por la presencia de tropas soviéticas, las cuales habían avanzado en dirección oeste a marchas forzadas, cruzando toda la planicie —así como los ríos Dniéper, Vístula y Danubio—, a medida que la logística de la máquina de guerra de Hitler fracasaba en medio de la inmensidad de la Rusia europea, como ya había ocurrido con la de Napoleón un siglo antes. Ese imperio soviético de la Europa del Este penetró mucho más profundamente en el corazón de la Europa Central que el imperio de los Románov entre 1613 y 1917, y abarcó todo los territorios que le habían sido prometidos a Rusia en el pacto firmado entre nazis y soviéticos.^[30] En el otro extremo de la Unión Soviética, Moscú tomó posesión de las islas de Sajalín y Kuriles, al norte de Japón, que lindaban con el Extremo Oriente ruso. El caos y la debilidad que dominaban China, consecuencia directa de la ocupación japonesa y la lucha por el poder que se libraba entre los comunistas de Mao Zedong y los nacionalistas de Chiang Kai-shek, permitió la presencia de un gran número de tropas rusas en Manchuria, la consolidación de una Mongolia Exterior prosoviética y la instauración de un régimen comunista leal en la mitad norte de la península de Corea, donde el gran poder continental de la Unión Soviética, así como el de la que pronto sería la China comunista, se enfrentaría al poder marítimo de Estados Unidos, hecho que favoreció el estallido de la Guerra de Corea cinco años después de la Segunda Guerra Mundial. El resultado de esta última fue la creación del poder continental de Mackinder, personificado por la Rusia soviética, que se yuxtapondría al gran poder marítimo postulado por Mahan y Spykman, y representado por Estados Unidos. Los destinos de Europa y China se verían afectados por la rápida propagación del poder soviético a lo largo del corazón continental en la misma medida en que el Gran Oriente Medio y el Sudeste Asiático, en el anillo continental eurasiático, sentirían la presión del poder marítimo y aéreo de Estados Unidos. Esta fue la gran verdad geográfica de la guerra fría que enturbiaron la ideología comunista procedente de Moscú y el ideal democrático que llegaba desde Washington.

Sin embargo, la guerra fría, que parecía interminable a aquellos que, como yo, crecimos durante ese período, resultó ser simplemente otra fase de la historia de Rusia, que terminaría de acuerdo con los ya conocidos dictados de su geografía. El intento de Mijaíl Gorbachov de reformar el comunismo soviético en la década de 1980 puso al descubierto el sistema tal y como era realmente: un imperio inflexible de pueblos sometidos, que en muchos casos

habitaban las estepas y las periferias montañosas de los bosques y las llanuras rusas. En cuanto el mismo Gorbachov llegó a reconocer que los preceptos ideológicos en los que se basaba el imperio tenían grandes defectos, el sistema comenzó a desplomarse en su totalidad, y sus piezas anexas se desprendieron del centro de Rusia del mismo modo que lo habían hecho tras las caídas de la Rus de Kíev a mediados del siglo XIII, de la Moscovia medieval a principios del xvii, y del imperio de los Románov a principios del siglo XX. Por esta razón, el historiador Philip Longworth afirmaba que su repetida expansión y su consiguiente desplome en el marco de una topografía básicamente llana han constituido una característica predominante de la historia de Rusia. De hecho, según sostiene el geógrafo especialista en Rusia Denis Shaw, a pesar de que la frontera abierta y la responsabilidad militar que ello suponía «fomentaron la centralización del Estado ruso» —de hecho, el poder de los zares fue legendario—, Rusia fue un Estado débil debido a que sus gobernantes no supieron desarrollar instituciones administrativas sólidas en las provincias más lejanas. Esto provocó que Rusia estuviera incluso más expuesta a las invasiones.^[31]

En 1991, cuando la Unión Soviética se disolvió oficialmente, el territorio ruso era el de menor tamaño desde antes del reinado de Catalina la Grande. Incluso había perdido Ucrania, el centro neurálgico original de la Rus de Kíev. No obstante, a pesar de la pérdida de Ucrania, los Estados bálticos, el Cáucaso y Asia Central, y pese a la incertidumbre militar en Chechenia, Daguestán y Tartaristán, y al surgimiento de Mongolia Exterior como un Estado independiente, liberado de la tutela de Moscú, su extensión todavía superaba a la de cualquier otra nación del planeta, con más de un tercio del Asia continental y fronteras terrestres que abarcaban más de la mitad de las zonas horarias del mundo, desde el golfo de Finlandia hasta el mar de Bering. Sin embargo, la protección de esta vasta y pelada extensión —cuyos extremos ya no quedaban resguardados por montañas y estepas— quedó en manos de una población que superaba en muy poco la mitad de la que había habitado la antigua Unión Soviética.^[32] (De hecho, la población de Rusia era menor que la de Bangladesh.)

Tal vez nunca antes, Rusia había sido tan vulnerable geográficamente en tiempos de paz. Toda Siberia y Extremo Oriente solo sumaban 27 millones de habitantes.^[33] Sus líderes no tardaron en evaluar la grave situación. Apenas un mes después de la disolución de la Unión Soviética, el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Andréi Kozyrev, declaraba en la *Rossiyskaya Gazeta* que «entendimos rápidamente que la geopolítica está reemplazando la ideología».

[34] «Repetidamente demonizada en los tiempos de la Unión Soviética — según apunta John Erickson, profesor emérito de la Universidad de Edimburgo—, la geopolítica ha vuelto con fuerza para atormentar a la Rusia postsoviética». Atrás quedaron las acusaciones de ser la herramienta del militarismo capitalista; no solo la geopolítica recuperó su prestigio disciplinar en Rusia, sino que también lo hizo la reputación de Mackinder, Mahan e incluso Karl Haushofer. Con un «descarado estilo neomackinderiano», el dirigente comunista de la vieja guardia, Guenádi Ziugánov, declaró que Rusia tenía que recuperar el control del «corazón continental».[35] Teniendo en cuenta los altibajos de su historia, además de su nueva vulnerabilidad geográfica, Rusia no tuvo otra opción que convertirse en una potencia revisionista para intentar recuperar, de forma más o menos sutil, su área de influencia en Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, el Cáucaso y Asia Central, donde aún vivían 26 millones de personas de etnia rusa. Durante la década perdida de 1990, con Rusia al borde del colapso económico y, por lo tanto, debilitada y humillada, empezó a engendrarse un nuevo ciclo de expansión. El ultranacionalista ruso Vladímir Zhirinovski sugirió que el sur del Cáucaso, así como Turquía, Irán y Afganistán, tenían que pasar a estar bajo el dominio ruso. Pese a que la mayoría de los rusos no compartían el extremismo de Zhirinovski, este llegó, no obstante, a una de las corrientes subyacentes del pensamiento ruso. Es verdad que la actual debilidad de Rusia en Eurasia ha convertido la geografía en la obsesión rusa de principios del siglo XXI.

Estaba claro que la Unión Soviética nunca se reconstruiría. No obstante, todavía era posible una especie de unión más informal que llegara hasta las fronteras de Oriente Medio y del subcontinente indio. Ahora bien, ¿qué motivación habría detrás de esa llamada a la unión? ¿De qué manera podrían los rusos justificar moralmente esa nueva ola expansionista? Zbigniew Brzezinski comenta en su libro *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* que, en la década de 1990, los rusos empezaron a reavivar la doctrina del eurasianismo del siglo XIX como una alternativa al comunismo, cuyo objetivo sería atraer de nuevo a los pueblos no rusos de la antigua Unión Soviética.[36] El eurasianismo encaja perfectamente con la personalidad histórica y geográfica de Rusia. Extendiéndose desde Europa hasta Extremo Oriente, aunque sin estar anclada a ninguno de estos territorios, Rusia personifica Eurasia mejor que ningún otro país. Además, una geografía cerrada, que se caracteriza por la crisis de espacio del siglo XXI —y que difumina las discrepancias entre los especialistas en temas de guerra fría—, evidencia en mayor medida la idea de

Eurasia como un conjunto orgánico y continental. Sin embargo, a pesar de que Eurasia podría convertirse en un concepto de gran utilidad para geógrafos y geopolíticos en los próximos años, eso no significa que georgianos, armenios o uzbekos, con todas las vivencias históricas y emocionales que comportan dichas entidades étnicas, empiecen a considerarse «eurasiáticas». El Cáucaso es el Cáucaso precisamente porque constituye un hervidero de identidades étnicas y conflictos, identidades que con la caída de los bloques de poder de la guerra fría disponen de potencial suficiente para desarrollarse en todo su esplendor. Y lo mismo puede aplicarse a gran parte de Asia Central. Aunque los rusos y, por poner un ejemplo, los kazajos fueran capaces de olvidar sus rivalidades étnicas gracias a una especie de «unión eurasiática», no parece probable que nadie estuviera dispuesto a luchar por defender su eurasiatismo, o que este consiguiera despertar grandes emociones, sobre todo si se tiene en cuenta que ucranianos, moldavos, georgianos y otros pueblos suspiran por ser europeos. Ahora bien, si el eurasiatismo pudiera eliminar diferencias en algunas zonas de la antigua Unión Soviética, por muy leves que fueran, contribuyendo así a la estabilidad, ¿no merecería realmente la pena?

Del mismo modo que la geografía no sirve para explicarlo todo, tampoco es una solución. La geografía es meramente el telón de fondo sobre el que se libra la batalla de las ideas. Incluso cuando la geografía actúa como elemento unificador —como en el caso de Estados Unidos, Gran Bretaña, la India o Israel— los ideales democráticos, la libertad y el sionismo (con su componente espiritual) han sido, a pesar de todo, fundamentales para la identidad nacional. Y cuando un pueblo no tiene otro elemento que lo una salvo la geografía, como en el caso de Egipto o Japón, bajo los gobiernos del antiguo dictador Hosni Mubarak o del despótico Partido Liberal Democrático respectivamente, entonces el Estado se ve afectado por un profundo malestar que, gracias a la geografía, puede que sea estable, pero nada más. Por consiguiente, desprovista de zarismo y comunismo, Rusia necesita un ideal inspirador más allá de una geografía que la una si pretende recuperar los pueblos que sometió antaño, especialmente en un momento en el que su exigua población disminuye a marchas forzadas. De hecho, debido a una serie de factores determinantes, tales como una baja tasa de natalidad, un alto índice de mortalidad y abortos y una inmigración escasa, la población rusa, actualmente compuesta por 141 millones de habitantes, podría reducirse hasta los 111 millones en el año 2050. (Este proceso se acelera a causa de los altos índices de contaminación del agua y el suelo como parte de una degradación

medioambiental generalizada.) Mientras tanto, la comunidad minoritaria musulmana de Rusia está creciendo y en una década podría llegar a representar más del 20 % de la población del país, si bien se concentra en el norte del Cáucaso y en la zona del Volga y los Urales, así como en Moscú y San Petersburgo, por lo que muestra una tendencia al separatismo regional, al mismo tiempo que manifiesta cierta predisposición hacia el terrorismo urbano. Las mujeres chechenas tienen un tercio más de hijos que las rusas. Sin duda alguna, una mera invocación de la geografía —que es en realidad de lo que es el eurasiatismo y la Comunidad de Estados Independientes— no conseguirá el resurgimiento de un imperio ruso comparable con la Rus de Kíev, la Moscovia medieval, la dinastía de los Románov o la Unión Soviética.

Dmitri Trenin, director del Carnegie Moscow Center, sostiene que en el siglo XXI, «el poder de atracción triunfa sobre el de dominación» y, por lo tanto, «el poder blando debería ser el elemento central de la política exterior rusa». En otras palabras, una Rusia verdaderamente reformada estaría en mejor posición para ejercer su influencia sobre las periferias eurasiáticas. También hay que tener en cuenta que el ruso es una lengua vehicular desde el mar Báltico hasta Asia Central, y la cultura rusa, «desde Pushkin hasta la música pop», tiene todavía una gran demanda. Un canal de televisión en ruso podría, en caso de una revitalización intelectual, «convertirse en una especie de Al Jazeera para los rusohablantes». En esta misma línea de pensamiento, la democracia liberal es el único ideal que permitiría a Rusia alcanzar una vez más lo que, en su opinión, es su destino geográfico.^[37] Esta idea encaja con la observación que hacía Solzhenitsyn en 1991, según la cual, «ha llegado la hora de una elección definitiva entre un imperio, cuyas primeras víctimas somos nosotros mismos, y la salvación espiritual y física de nuestro propio pueblo».^[38]

De hecho, hay un aspecto geográfico en el análisis que hace Trenin. Argumenta que Rusia debería prestar más atención a sus extremos, Europa y el Pacífico, que a su corazón continental eurasiático. Un énfasis en la cooperación con Europa desviaría el enfoque ruso hacia el oeste. El mapa demográfico de Rusia muestra que, si bien el territorio cubre once zonas horarias, una mayoría abrumadora de rusos vive en la zona occidental que linda con Europa. Por tanto, una verdadera reforma política y económica combinada con una evolución demográfica podría hacer de Rusia un auténtico país europeo. En cuanto al Pacífico se refiere, «Rusia haría bien en considerar Vladivostok como su capital del siglo XXI», escribe Trenin. Vladivostok es un puerto cosmopolita, muy cercano a Pekín, Hong Kong, Seúl, Shanghái y

Tokio, la región más dinámica del mundo en términos económicos.^[39] En realidad, debido a que la antigua Unión Soviética veía los territorios que poseía en Extremo Oriente más como una región de explotación de materias primas que como una puerta a la costa del Pacífico, el crecimiento económico de Asia oriental, que empezó en la década de 1970 y que ha continuado hasta el presente, ha dejado a un lado a Rusia.^[40]

Trenin afirma que es tarde para enmendar la situación y Rusia sufre las consecuencias. A diferencia de Rusia, China siguió la estela de otros países de la costa del Pacífico, como Japón y Corea del Sur, y adoptó un capitalismo de mercado, por lo que está emergiendo como la gran potencia de Eurasia. Pekín ha concedido préstamos por valor de 10 000 millones de dólares a Asia Central, ha ayudado a Bielorrusia por medio de un *swap* de divisas, ha prestado 1000 millones de dólares en ayudas a Moldavia, al otro lado del continente, y está desarrollando un área de influencia en el Extremo Oriente ruso. Para Rusia, una estrategia similar comportaría unirse políticamente a Europa y económicamente a Asia oriental. De este modo, solucionaría sus problemas en el Cáucaso y Asia Central, ya que resultaría atractiva para aquellas antiguas repúblicas soviéticas cuyos pueblos desean las libertades y los niveles de vida que existen en los extremos oriental y occidental de Eurasia.

En realidad, hace un siglo Rusia tuvo la oportunidad de labrarse un destino similar. Si los bolcheviques no hubieran tomado el poder en 1917, en un momento particularmente delicado, es muy posible, incluso probable, que en el transcurso del siglo XX Rusia hubiera llegado a convertirse en una versión más pobre y ligeramente más corrupta e inestable de Francia y Alemania, aunque estrechamente relacionada con Europa, en lugar del monstruo estalinista que acabó siendo. Después de todo, el antiguo régimen, con su gobierno zarista de profunda influencia alemana, sus nobles de habla francesa y un Parlamento burgués en la europea capital de San Petersburgo, tenía sus vistas puestas hacia el oeste, a diferencia de su campesinado.^[41] Una vez más, mientras el mapa físico de Rusia se extiende por Asia, la población se inclina hacia Europa.

La Revolución bolchevique representó el rechazo total a esta inclinación semioccidental. Igualmente, el autoritarismo de baja intensidad promovido por Vladímir Putin desde el año 2000, primero como presidente y después como primer ministro, constituye el rechazo a la experimentación con la democracia occidental y el mercado capitalista que puso de rodillas a una caótica Rusia en la década de 1990, tras la caída del comunismo. Putin y más

recientemente el presidente ruso Dmitri Medvédev no han orientado Rusia precisamente hacia Europa y el Pacífico, y por consiguiente, no la han reformado para hacerla más atractiva a los ojos de los pueblos que había dominado antiguamente. (De hecho, en cuestiones comerciales, de inversión extranjera, tecnología, infraestructuras y educación, «las nubes se han oscurecido» para Rusia bajo el gobierno de Putin.)^[42] Aunque Putin no sea imperialista en sentido estricto, el último imperio ruso en ciernes está levantándose a costa de su inmensa riqueza en recursos naturales que con tanta desesperación necesitan en la periferia europea y China, con los beneficios y la coacción que ello conlleva. De hecho, Putin y Medvédev no han demostrado tener ni ideas constructivas ni ningún tipo de ideología. En realidad, lo único que tienen a su favor es la geografía, y con eso no es suficiente.

Rusia dispone de la mayor reserva de gas natural del mundo, la segunda mayor de carbón y la octava de petróleo; una gran parte de ellas se encuentran al oeste de Siberia, entre los Urales y la gran meseta central. Asimismo, a todo esto habría que añadir sus vastas reservas hidroenergéticas en las montañas, los ríos y los lagos de la Siberia oriental, en un momento de la historia en que la escasez de agua es crucial para muchas naciones, especialmente para China. Putin ha utilizado los ingresos por la venta de energía para cuadruplicar el presupuesto militar, en particular el de las fuerzas aéreas, durante sus primeros siete años de mandato. Y desde entonces, el presupuesto militar no ha hecho más que crecer. Debido a la geografía — Rusia, como ya he dicho anteriormente, no posee fronteras topográficas claramente definidas, salvo en el Ártico y el océano Pacífico—, los rusos parecen aceptar «la profunda militarización» de su sociedad y la «interminable búsqueda de su seguridad mediante la creación de un imperio territorial», que Putin les ha proporcionado a través de su califato energético.^[43] En vez de liberalizar Rusia y dar rienda suelta a un poder blando potencial en todo el territorio de la antigua Unión Soviética y los anillos continentales adyacentes de Eurasia, Putin ha optado por el expansionismo neozarista, que la abundancia de recursos naturales de su país posibilita a corto plazo.

Sin embargo, ni siquiera él ha renunciado del todo a la dimensión europea de la geografía rusa. Al contrario, su concentración en Ucrania, como parte de una tentativa más amplia para recrear una esfera de influencia a su alrededor, constituye una prueba de su deseo de estrechar los lazos con Europa, aunque no sobre una base democrática. Ucrania es el Estado pivote que transforma Rusia. Colindante al sur con el mar Negro y al oeste con los antiguos países

satélite de la Europa del Este, en gran medida, la independencia de Ucrania mantiene a Rusia fuera de Europa. Con católicos griegos y romanos al oeste y ortodoxos orientales al este, el oeste de Ucrania es un caldo de cultivo para el nacionalismo mientras que el este se decanta a favor de estrechar las relaciones con Rusia. En otras palabras, la geografía de sus propias religiones ilustra el papel que este país desempeña como territorio fronterizo entre la Europa Central y la oriental. Zbigniew Brzezinski afirma que, sin Ucrania, Rusia todavía puede ser un imperio, aunque «predominantemente asiático», que se vería envuelto en conflictos con los Estados caucásicos y los de Asia Central. Sin embargo, si recuperara el dominio de Ucrania, Rusia añadiría 46 millones de personas a su demografía con las miras puestas en Occidente, con lo que de pronto supondría una amenaza para Europa, a pesar de formar parte de esta. En este caso, según Brzezinski, Polonia, codiciada también por Rusia, se convertiría en el «pivote geopolítico» que determinaría los destinos del centro y el este de Europa y, por lo tanto, de la misma Unión Europea.^[44] La lucha entre Rusia y Europa, y en particular entre Rusia y Alemania-Francia, prosigue como lo ha venido haciendo desde las guerras napoleónicas, con el destino de países como Polonia y Rumania pendientes de un hilo. El comunismo puede haberse derrumbado, pero los europeos aún necesitan el gas natural de Rusia, el 80 % del cual llega vía Ucrania.^[45] La victoria en la guerra fría cambió muchas cosas, sin lugar a dudas, pero no atenuó en absoluto las realidades de la geografía. Una Rusia renaciente, escribe Paul Dibb, analista de los servicios de inteligencia australianos, podría estar dispuesta a «contemplar la posibilidad de algún tipo de trastorno, con el fin de crear un espacio estratégico».^[46] Tal como demostró con la invasión de Georgia en 2008, la Rusia de Putin no es una potencia de *statu quo*.

Ucrania, bajo la fuerte presión de Rusia, ha aceptado alargar el usufructo de la base de la flota rusa del mar Negro a cambio de una reducción en el precio del gas natural, a la vez que el Kremlin intenta hacerse con el control de la red de gasoductos de Ucrania. (Ucrania también depende de Rusia para gran parte de su comercio.) Sin embargo, no toda la geografía de la canalización energética de Eurasia actúa a favor de Rusia. También están las canalizaciones que transportan los hidrocarburos de Asia Central a China. El petróleo que Azerbaiyán extrae en el mar Caspio atraviesa Georgia hasta el mar Negro y viaja vía Turquía hasta el Mediterráneo, esquivando de este modo a Rusia. También existe un plan para construir un gasoducto que vaya desde el mar Caspio hasta Europa Central, atravesando el sur del Cáucaso y Turquía y cruzando los Balcanes, el cual, de nuevo, evitará a Rusia. Sin

embargo, mientras tanto Rusia está planeando el desarrollo de un gasoducto propio en dirección sur, hasta Bulgaria, que atravesaría el mar Negro. Turkmenistán, en el extremo más alejado del mar Caspio, exporta su gas natural a través de Rusia. No obstante, aun disponiendo de diversos proveedores de energía, Europa —especialmente Europa oriental y los Balcanes— seguirá dependiendo de Rusia de manera significativa. Su futuro, al igual que su pasado, está supeditado en gran medida a lo que ocurre en el este, tal como afirmó Mackinder.

Rusia dispone también de otros recursos: una poderosa base naval emplazada en el mar Báltico, entre Lituania y Polonia, la presencia de importantes minorías rusohablantes en los Estados bálticos, el Cáucaso y Asia Central; una Armenia prorrusa; una Georgia amenazada por las provincias separatistas prorrusas de Abjasia y Osetia del Sur; emplazamientos para pruebas con misiles y una base aérea en Kazajstán; otra en Kirguistán, dentro del radio de alcance de Afganistán, China y el subcontinente indio; y un Tayikistán que permite a las tropas rusas patrullar a lo largo de su frontera con Afganistán. Además, Rusia orquestó la campaña mediática y la presión económica que contribuyeron a derrocar en 2010 al presidente kirguis Kurmanbek Bakiyev por haber cometido el crimen de haber acogido una base aérea estadounidense.

En muchos de estos lugares, desde Chechenia, en el norte del Cáucaso, hasta Tayikistán, junto a China, Rusia tiene que bregar con un renaciente islam a lo largo de una extensa frontera meridional, la cual históricamente ha pertenecido al ámbito cultural y lingüístico de la Gran Persia. Por consiguiente, la recuperación de las repúblicas perdidas mediante el establecimiento de una esfera de influencia claramente requiere un Irán amistoso, que no compita con Rusia en esas regiones y que no exporte el radicalismo islámico. Rusia, por razones derivadas de la geografía, apenas puede prestar una ayuda exigua en la campaña estadounidense contra el régimen iraní.

No obstante, a pesar de todas estas ventajas, es probable que la historia no vuelva a repetirse, es decir, que el resurgimiento de un nuevo imperio ruso no se haga realidad a principios del siglo XXI, a causa de circunstancias históricas y geográficas muy concretas que nos remiten a Asia Central.

Rusia empezó a consolidar su dominio en Asia Central a principios del siglo XIX, cuando aumentó el comercio ruso en la zona, si bien es cierto que

en la estepa kazaja, por ejemplo, reinaba la anarquía, ya que no existía un poder político mayor al de las autoridades tribales locales.^[47] A principios del siglo XX, los soviéticos crearon Estados individuales en las vastas estepas y mesetas de Asia Central que no coincidían con las fronteras étnicas, de modo que, si alguno hubiera intentado escindirse de la Unión Soviética, le habría resultado totalmente imposible y habría provocado una guerra interétnica. Los soviéticos temían el panturquismo, el panpersianismo y el panislamismo, para los que la separación de los grupos étnicos constituía una panacea parcial. Esto conllevó un sinnúmero de anomalías. El valle del río Sir Daría empieza en una zona de Kirguistán poblada por uzbekos y atraviesa Tayikistán antes de continuar por Uzbekistán y terminar en Kazajistán. La carretera que une la capital uzbeka, Taskent, con la provincia uzbeka de Ferganá ha de pasar por Tayikistán. Para ir desde Dusambé, capital de Tayikistán, a Khojent y Khorog, pobladas por etnia tayika, ha de pasarse por Uzbekistán y Kirguistán. La ciudad de Chimkent, cerca de Uzbekistán, es mayoritariamente uzbeka, pero «forma parte» de Kazajistán. La ciudad de Samarcanda, cuya población es en su mayor parte de etnia tayika, se encuentra en Uzbekistán, y los ejemplos podrían continuar. Por lo tanto, lo que surgió en Asia Central no fue tanto un nacionalismo étnico como un «sovietismo» como técnica de control y poder. Por ello, el «sovietismo» sobrevive aun después de la disolución de la Unión Soviética, pero a los habitantes de etnia rusa se los ha marginado, y en algunos lugares existe una gran hostilidad hacia ellos. No obstante, el panturquismo y el panpersianismo apenas sobreviven. Irán ha sido chií desde el siglo XVI, mientras que los tayikos y los otros musulmanes persianizados de Asia Central son principalmente suníes. En cuanto a los turcos, solo en los últimos tiempos se ha observado un intento por parte de la Turquía moderna de convertirse en un centro neurálgico del mundo musulmán.^[48]

El sovietismo y la falta de una total identificación de cada Estado con un solo grupo étnico han conducido irónicamente a una moderada estabilidad en Asia Central y a conflictos ocasionales en el valle de Ferganá y en otros lugares. (Debo aclarar que la región sigue siendo un polvorín.) Esta dinámica, respaldada por una extraordinaria riqueza en recursos naturales, ha facilitado que algunos de estos países tengan una importante baza en la negociación con los principales Estados eurasiáticos —Moscú y Pekín— que podría acabar enfrentándolos. (Rusia necesita el gas natural de Asia Central para llevarlo a los mercados europeos y lograr así tener una influencia en Europa, pero su posición peligra ante China y la compra del gas de Asia Central.)^[49] La prodigalidad de Asia Central es inmensa. Se calcula que solo los yacimientos

de petróleo de Tengiz, en Kazajstán, contienen una cantidad dos veces mayor que el North Slope de Alaska.^[50] La producción anual de gas natural de Turkmenistán es la tercera mayor del mundo. Kirguistán era el mayor productor de mercurio y antimonio de la Unión Soviética y posee asimismo grandes yacimientos de oro, platino, paladio y plata.^[51] Esta abundancia en recursos naturales, así como un resentimiento persistente hacia la ocupación soviética, ha provocado, por ejemplo, que Uzbekistán abra su puente ferroviario hacia Afganistán al tráfico de la OTAN sin consultar siquiera, al menos al principio, a Rusia; que Turkmenistán diversifique sus rutas energéticas antes que depender completamente de esta, y que Kazajstán recurra a los ingenieros europeos antes que a los rusos para la explotación de sus reservas de petróleo geológicamente «complicadas» en la plataforma del mar Caspio.^[52]

De todo ello se desprende la dificultad de mantener una esfera de influencia rusa que, además, hasta cierto punto estaría a merced de la volubilidad del precio mundial de la energía, teniendo en cuenta que la economía de Rusia depende esencialmente de sus propios recursos naturales, así como de los de Asia Central. El nuevo imperio ruso, si es que llega a consolidarse, probablemente será una débil reencarnación de los anteriores, limitado no solo por los adustos Estados de Asia Central, sino también por la creciente influencia de China en la zona y, en menor medida, de Irán y la India. China ha llevado a cabo una inversión de 25 000 millones de dólares en Asia Central para la construcción de una autopista de 3000 kilómetros que cruza Kazajstán. Asimismo, hay vuelos diarios entre la ciudad kazaja de Almaty y la de Urumqui, en el oeste de China, a la vez que los productos chinos abarrotan los mercados de la zona.^[53]

Puede que Kazajstán sea el mejor indicador del destino de Rusia en Eurasia. Es un Estado próspero de desarrollo medio para los niveles de Asia Central, de un tamaño parecido al de Europa occidental y con un PIB superior al de todos los demás países de Asia Central juntos. Su nueva capital, Astaná, se encuentra en la zona de etnia rusa del norte del país, que los impetuosos nacionalistas rusos quisieron anexionar después de la disolución de la Unión Soviética. En aquel momento, en ocho de los nueve óblasts que se extendían a lo largo de los casi 5000 kilómetros de frontera septentrional que Kazajstán compartía con Rusia, y más concretamente en el norte de estos, la población kazaja casi no alcanzaba el 10%.^[54] Los edificios emblemáticos de Astaná, obra de sir Norman Foster, son un modo de expresar el reproche kazajo a las aspiraciones rusas respecto a este país. La reinención de Astaná como capital

costó 10 000 millones de dólares, y en la actualidad está conectada con el sur del país mediante trenes de alta velocidad.^[55] Ciertamente, Kazajstán está convirtiéndose en una potencia independiente por derecho propio. Está explotando tres yacimientos «mastodónticos» de petróleo, gas natural y condensado, dos de ellos en el mar Caspio, con importantes inversiones de multinacionales occidentales. Dentro de poco se terminará la construcción de un nuevo oleoducto que irá del mar Caspio al oeste de China. Kazajstán está a punto de convertirse en el mayor productor de uranio, a la vez que ocupa el segundo lugar mundial en cuanto a reservas de cromo, plomo y zinc, el tercero en magnesio, el quinto en cobre, y se sitúa entre los diez mayores productores de carbón, hierro y oro.

¡Kazajstán es el corazón continental de Mackinder! En sus tierras abundan todos los recursos naturales de importancia estratégica a nivel mundial, se encuentra justo en medio de Eurasia —a caballo entre Siberia occidental y Asia Central—, y se extiende a lo largo de casi 3000 kilómetros, desde el mar Caspio, en el oeste, hasta Mongolia Exterior, en el este. Los Urales desaparecen gradualmente en el noroeste de Kazajstán, y las laderas de los lian Shan asoman al sudeste. El clima de este país es tan continental en sus extremos que en invierno, antes del amanecer, la temperatura puede llegar a los cuarenta grados bajo cero en Astaná. Mackinder creía que una gran potencia o superpotencia controlaría el corazón continental. Sin embargo, en nuestros días, el corazón continental está en manos de sus habitantes autóctonos, aunque grandes potencias como Rusia y China se disputen sus recursos energéticos. Rusia puede influir sobre Kazajstán, y en algunos aspectos ejerce sobre ella una fuerte presión. En última instancia, las economías rusa y kazaja están entrelazadas y el país no puede defenderse frente al ejército ruso. No obstante, Kazajstán siempre tendrá la opción de recurrir a China si gente como Putin o su sucesor se vuelven demasiado tiránicos; en cualquier caso, las posibilidades de que Rusia esté dispuesta a soportar la condena internacional y el aislamiento diplomático que supondría una eventual invasión de Kazajstán son escasas. En 2008, Georgia, un país con una superficie cuarenta veces menor que la de Kazajstán, con un tercio de la población de esta y pocos recursos naturales, pudo haber dejado en evidencia los límites del aventurerismo militar de Rusia en el supercontinente. De hecho, en 2010, cuando Kirguistán pidió de manera sutil que las tropas rusas intervinieran para aplacar los disturbios étnicos, Rusia optó por no intervenir a gran escala, temerosa de quedar empantanada en un país montañoso de Asia Central, en el extremo más alejado de Kazajstán.

Otro factor que condicionó la no intervención militar rusa en Asia Central es China, cuya influencia en la región se ha ido incrementando a expensas de Rusia, y con la que comparte una larga frontera en Extremo Oriente. Las relaciones razonablemente buenas entre ambos países darán impulso a la Organización de Cooperación de Shanghái, grupo al que pertenece Kazajstán, cuyo objetivo se sitúa en la unión de las potencias eurasiáticas, principalmente autocráticas, en un esfuerzo por contrarrestar la influencia de Estados Unidos. El resultado de una enemistad entre Rusia y China redundaría en una mayor influencia de Estados Unidos y Europa en Eurasia. De ahí que Rusia se impondrá comportándose con gran disciplina en Asia Central y es probable que renuncie a cualquier intento de reclamar partes del corazón continental de Mackinder por la fuerza.

Sin embargo, debemos ser cautos respecto a este análisis: es posible que la posición de Rusia se haya debilitado en Asia Central a consecuencia del ascenso de China y del deseo de los centroasiáticos de mantener relaciones comerciales con países que no presentan ninguna amenaza y que poseen alta tecnología como Corea del Sur y Japón. El caso es que, si bien las opciones militares de Rusia se ven obstaculizadas hasta cierto punto, aún puede movilizar sus tropas por toda Asia Central como ninguna otra potencia y, por otro lado, en estos tiempos de tanta inestabilidad política, la región todavía recuerda con cierta nostalgia la paz y la seguridad que representaba la Unión Soviética.

Sin embargo, puede que Dmitri Trenin del Carnegie Moscow Center tuviera razón al afirmar que, a largo plazo, la mejor opción de Rusia es la de liberalizar su economía y su política y, de este modo, atraer a los kazajos y a otros pueblos que antiguamente habían estado bajo su dominio. Tras la caída del comunismo y el inicio de la globalización, el corazón continental se ha convertido en una potencia por derecho propio. Kazajstán, con una superficie que es más del doble que la de todos los demás Estados de Asia Central juntos, es buena prueba de ello. Mackinder, que temía una separación horizontal del mundo en clases e ideologías, creía que el provincialismo —la división vertical del mundo en pequeños grupos y Estados—, junto con el equilibrio del poder, es lo que ayuda a garantizar la libertad.^[56]

La geografía del poder chino

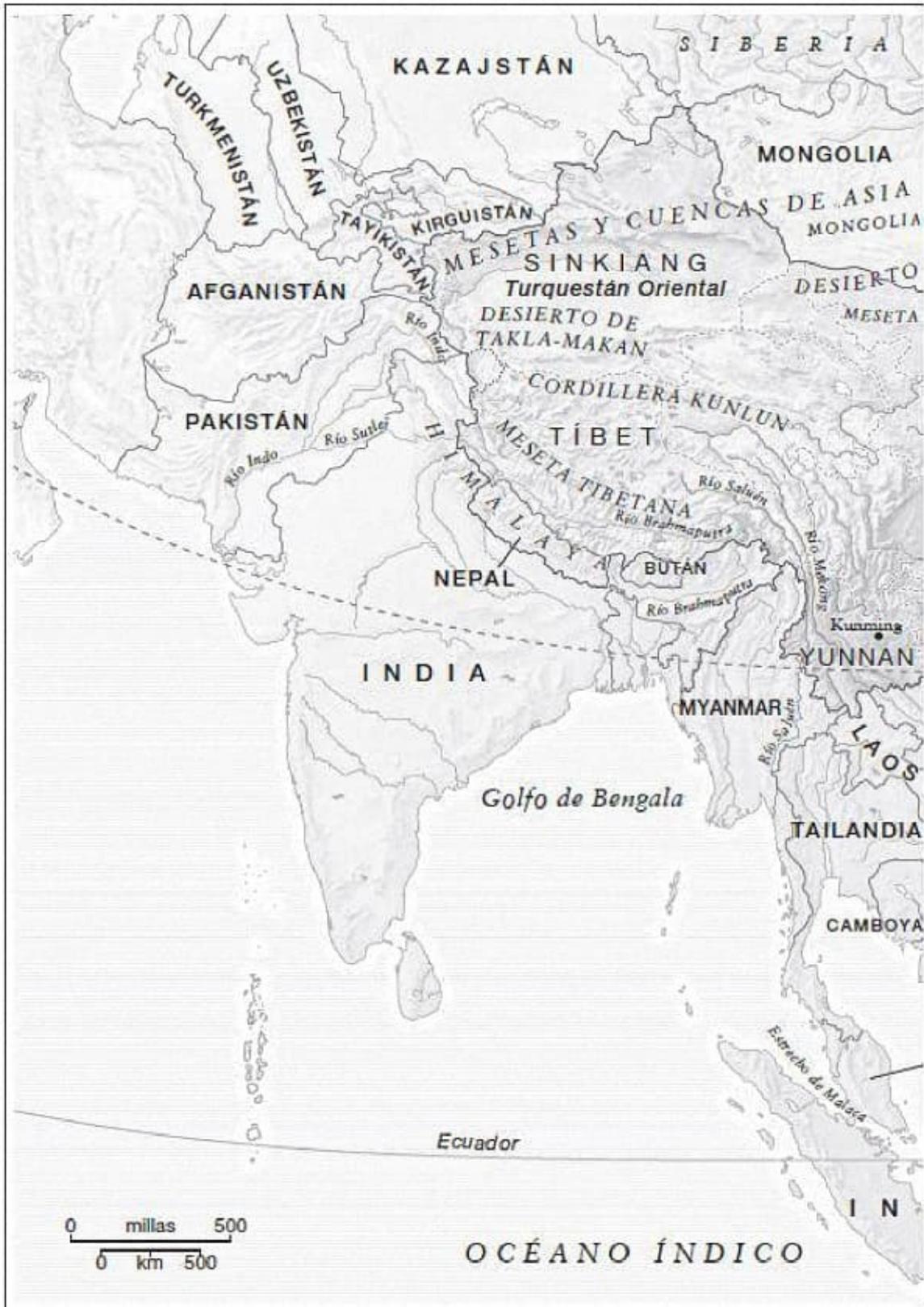
Al final de su famoso artículo «*The Geographical Pivot of History*», Mackinder hace una inquietante referencia a China. Después de explicar la razón por la cual el interior de Eurasia representa el punto de apoyo geoestratégico del poder mundial, sugiere que los chinos «podrían constituir el peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque podrían añadir un frente oceánico a los recursos del gran continente, una ventaja todavía denegada al inquilino ruso de la región pivote».^[1] Dejemos a un lado el inherente sentimiento racista de la época, así como el ataque de histeria con que se recibe el auge de cualquier potencia que no sea occidental, y concentrémonos en cambio en el análisis de Mackinder, según el cual por un lado Rusia constituye un poder continental, cuyo único frente oceánico se encuentra en su mayor parte bloqueado por el hielo del Ártico, y por otro China también lo es, pero en cambio prácticamente se extiende no solo hasta el núcleo estratégico centroasiático de la Unión Soviética, con toda su riqueza en recursos minerales e hidrocarburos, sino también hasta las principales rutas marítimas del océano Pacífico, a 5000 kilómetros de distancia, donde China disfruta de 14 500 kilómetros de costa, con numerosos y buenos puertos naturales, en los que el hielo no constituye ningún impedimento. (En realidad, Mackinder temía que algún día China pudiera conquistar Rusia.) Además, según apuntó Mackinder en 1919 en su libro *Democratic Ideals and Reality*, si Eurasia conjuntamente con África forma la «Isla Mundial» —el corazón de tierras firmes del planeta, que cuadriplica el tamaño de Norteamérica y con una población ocho veces superior— entonces China, como la mayor nación continental de Eurasia, con litoral en ambos trópicos y situada en la zona templada, ocupa la posición más ventajosa del mundo. En la conclusión de *Democratic Ideals and Reality*, Mackinder vaticina que, junto con Estados Unidos y el Reino Unido, China podría finalmente liderar el mundo «al crear,

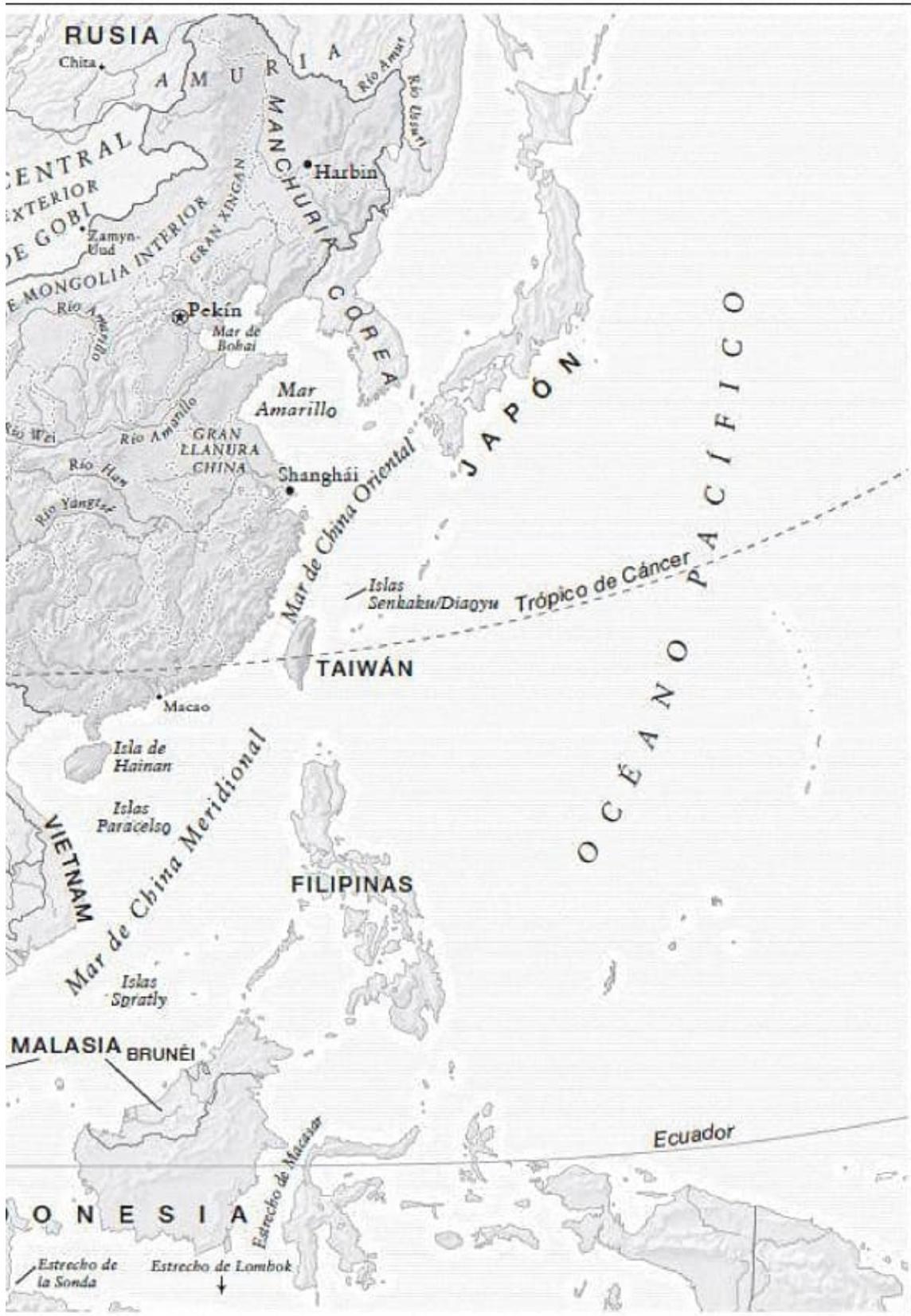
para una cuarta parte de la humanidad, una nueva cultura, ni muy oriental ni muy occidental». [2] Mackinder, patriota imperialista a fin de cuentas, naturalmente incluyó Gran Bretaña en esta exaltada categoría. Sin embargo, teniendo en cuenta únicamente los aspectos geográficos y demográficos, su predicción sobre China ha resultado ser, al menos hasta el momento, cierta.

El hecho de que China tenga la geografía a su favor es tan elemental y obvio que tiende a ser ignorado en todas las discusiones respecto a su dinamismo económico y su reafirmación nacional en las últimas décadas. De ahí que sea tan necesario mirar el mapa a través del prisma de su historia.

Mientras que Rusia se sitúa al norte de los 50 grados de latitud norte, China se extiende al sur de esta, casi en la misma franja templada que Estados Unidos, con toda la variedad climática y los beneficios que ello supone. [3] Harbin, la principal ciudad de Manchuria, se halla a 45 grados de latitud norte, al igual que Maine. Pekín se sitúa cerca de los 40 grados de latitud norte, como Nueva York. Shanghái, en la desembocadura del río Yangtsé, se encuentra a 30 grados de latitud norte, al igual que Nueva Orleans. El trópico de Cáncer se extiende a lo largo del extremo sur de China y atraviesa justo la parte inferior de los cayos de Florida.

En comparación con Estados Unidos, limitado por dos océanos y el Ártico canadiense, y cuya única amenaza la constituye el fantasma de la demografía mexicana en su frontera sur, a China le faltaría muy poco para poder considerarla un continente. La amenaza para China la representó durante milenios la estepa eurasiática al norte y noroeste, la misma que intimidó a Rusia desde el otro lado. De ahí que la interacción entre los chinos nativos y los manchúes, los mongoles y los pueblos túrquicos de la zona alta del desierto haya sido uno de los temas centrales de la historia de China. Por esta razón, las principales ciudades de las primeras dinastías chinas se construían a menudo en las orillas del río Wei, antes de su confluencia con el río Amarillo (o Huang He), donde las precipitaciones eran suficientes para fomentar una agricultura sedentaria y donde la población se encontraba a salvo de los nómadas de la meseta de Mongolia Interior, justo al norte.





Mientras que la «impeccable» secuencia de bosque, pradera, alto desierto, montaña y costa —atravesada por los ríos Mississippi y Missouri que discurren de norte a sur— define la geografía norteamericana, en China, los

grandes ríos —Wei, Han, Amarillo y Yangtsé— fluyen de oeste a este, desde las tierras altas y áridas del interior eurasiático hacia las zonas agrícolas más húmedas próximas a la costa del Pacífico.^[4] En términos comparativos, estas tierras de cultivo se dividen, a su vez, en una zona más seca en el norte de China, donde se cultiva trigo y mijo, cuya temporada de crecimiento es relativamente corta (similar al norte del Medio Oeste estadounidense), y otra más húmeda en el productivo sur del país, donde se cultiva arroz y se obtienen dos cosechas anuales. Por consiguiente, la construcción del Gran Canal entre los años 605 y 611, que unió los ríos Amarillo y Yangtsé —o sea el norte de China, expuesto a la carestía, y el económicamente productivo sur, con sus excedentes de arroz—, tuvo, en opinión del historiador británico John Keay, «un efecto similar al de la construcción del primer ferrocarril continental en Norteamérica».^[5] El Gran Canal desempeñó un papel fundamental en la unidad de China, ya que facilitó la conquista del sur durante las dinastías medievales Tang y Song, las cuales ayudaron a consolidar el núcleo geográfico de la China agraria. Una vez más, nos encontramos ante un ejemplo del modo en que la acción del hombre —la construcción de un canal— acabó demostrándose más relevante en términos históricos que la realidad geográfica. Dadas las serias diferencias entre el norte y el sur de China, la separación entre las dos partes del país a principios de la época medieval, que duró dos siglos, podría haberse eternizado, tal como ocurrió con los imperios romanos oriental y occidental.^[6]

Según apunta el desaparecido catedrático de la Universidad de Harvard John King Fairbank, «los contrastes entre el norte y el sur de China son superficiales comparados con los que se dan entre el nomadismo pastoral de las mesetas de Asia interior y los pueblos asentados que se basan en la agricultura intensiva de China». Fairbank entiende por Asia interior un territorio sumamente extenso: «El amplio arco que va desde Manchuria hasta el Tíbet, pasando por Mongolia y Turquestán». La percepción que tiene China de sí misma, prosigue, se fundamenta en la diferencia cultural que impera entre la franja envolvente de desierto y las tierras cultivables, es decir, entre las tierras de pastoreo y las agrícolas.^[7] La geografía étnica de China evidencia esta «estructura centro-periferia», en la cual el centro corresponde a la «llanura central» cultivable (*zhongyuan*) o «la China interior» (*neidi*) y la periferia la constituye la «zona inexplorada» de pastizales (*bianjiang*) o la «China exterior» (*waidi*).^[8]

En última instancia, de aquí surge una de las razones para la construcción de la Gran Muralla. Según el politólogo Jakub Grygiel, la Gran Muralla

«sirvió para reforzar la distinción ecológica que se traducía en diferencias políticas».^[9] Ciertamente, para los primeros chinos la agricultura significaba la civilización misma: el País del Centro o del Medio, *Zhongguo*, no debía nada a los pueblos de las tierras de pasto de la periferia, de lo que se derivó el dogma cultural que China compartiría con el cristianismo occidental.^[10] A partir de la dinastía Zhou, en el siglo III a. C., la China agrícola empezaría a incorporar elementos tanto bárbaros como cuasibárbaros.^[11] Más tarde, a partir de la dinastía Han en el siglo II a. C., los chinos empezaron a tener contacto con otras culturas —romana, bizantina, persa y árabe— y desarrollaría un sentido de espacio *regional* comparativo.^[12] El hecho de que en el Estado chino actual se inscriban tanto el desierto como las tierras de cultivo, y nada menos que a una escala continental, refleja la culminación de un largo y triunfante proceso histórico que, a su vez, proporciona la base geográfica del poder chino, al menos de momento.

Este proceso de expansión se inició en la «cuna», alrededor de los ríos Wei y el curso bajo del Amarillo, en la parte norte de la zona agrícola, justo al sur de Manchuria y Mongolia Interior, que floreció durante la dinastía occidental Zhou hace tres mil años.^[13] Debido a que la zona de pastizales de Asia interior no tenía agricultura de cultivo, la supervivencia de su escasa población, una dieciseisava parte de la de la zona originaria, peligraba sin acceso a esta.^[14] Así, China se extendió a partir de los ríos Wei y el curso bajo del Amarillo, aunque algunas excavaciones arqueológicas recientes muestran la existencia de una civilización en el sur de China y el norte de Vietnam en esta época.^[15] Durante el período de los Reinos Combatientes (403-221 a. C.), en el que el número de estructuras de gobierno se redujo de 170 a 7, la civilización china se desplazó hacia el sur, a las zonas de cultivo de arroz y té, donde se incluye la región de la actual Shanghái. Aun así, el poder político se quedó en el norte, que abarcaba la zona de la actual Pekín.^[16] La dinastía Qin, que dio nombre a China según algunos etimólogos, salió victoriosa del período de los Reinos Combatientes. Alrededor del siglo I a. C., bajo la dinastía Han (que había sucedido a la Qin), China incorporó todo el corazón continental cultivable, desde las cabeceras de los ríos Amarillo y Yangtsé hasta la costa del Pacífico, y desde el mar de Bohai, cerca de la península de Corea, hasta el mar de China Meridional. Una combinación de negociaciones diplomáticas e incursiones militares permitió a los emperadores de la dinastía Han establecer feudatarios entre los xiongnu, los nómadas hunos de Mongolia Exterior y Turquestán Oriental (Sinkiang), así como en el sur de Manchuria y norte de Corea.

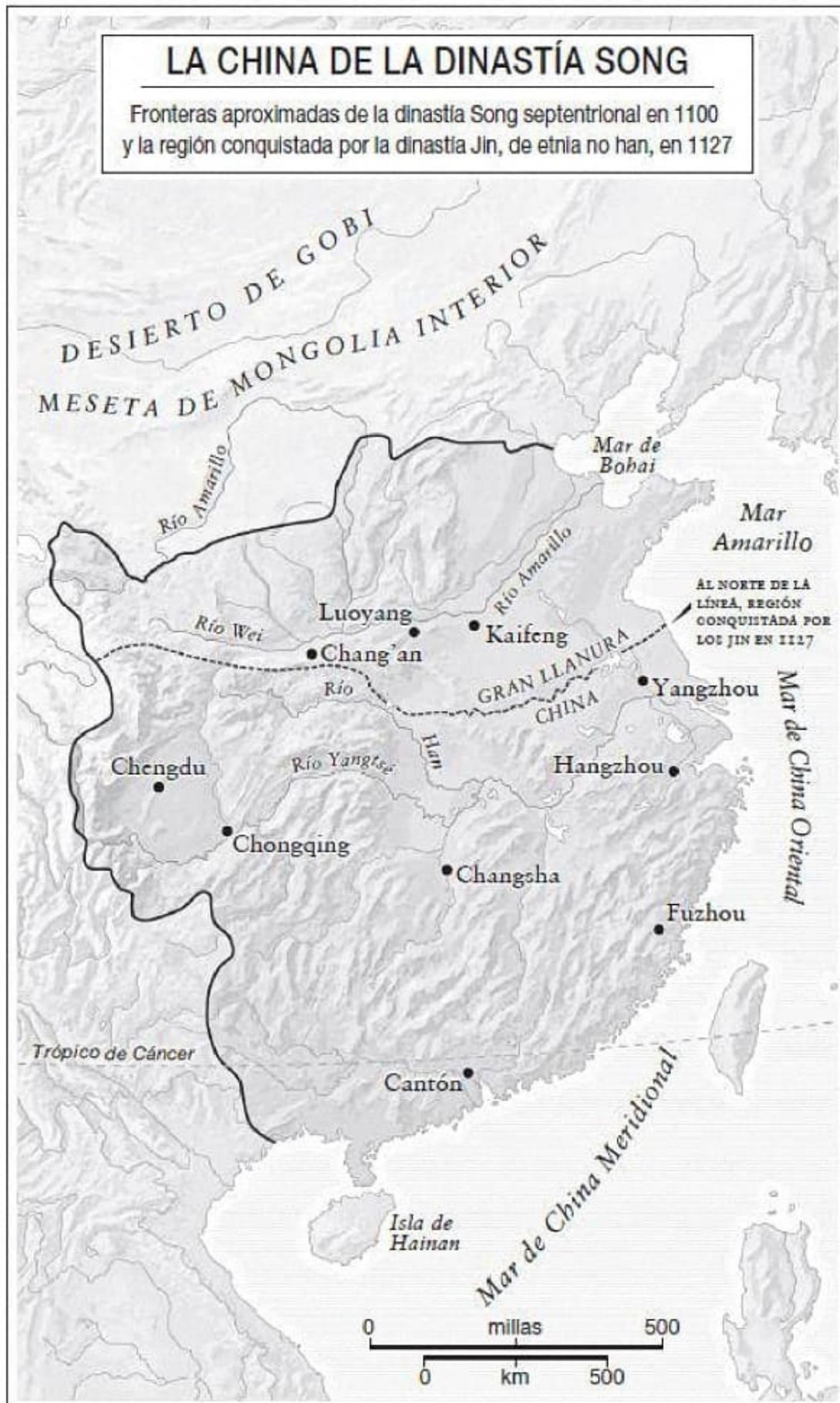
Se había establecido un modelo. La asentada civilización agrícola de China tuvo que luchar continuamente para mantener una zona de seguridad que la protegiera los pueblos nómadas de las áridas tierras altas que la rodeaban por tres lados, desde Manchuria hasta el Tíbet en el sentido contrario a las agujas del reloj.^[17] Este histórico dilema era estructuralmente similar al de los rusos, quienes también necesitaron zonas de seguridad. Mientras los rusos se extendieron a lo largo de once husos horarios con una escasa población, China siempre ha tenido desde la Antigüedad una población relativamente más densa y cohesionada. Con menos que temer, en términos comparativos, China se convirtió en una sociedad menos militarizada. Sin embargo, el país dio lugar a dinastías particularmente enérgicas y agresivas. En el siglo VIII, bajo los emperadores Tang, la destreza militar prosperó junto con la literatura y las artes. Sus ejércitos se abrieron paso a través del territorio que separaba Mongolia del Tíbet para fundar protectorados en toda Asia Central, y llegaron a puntos tan alejados como Jorasán, en el noreste de Irán, lo que a su vez permitió establecer la Ruta de la Seda. Simultáneamente, los emperadores de la dinastía Tang combatieron contra los tibetanos en el sudoeste con la ayuda de los uigures túrquicos del noroeste. Se trataba siempre de maniobrar entre los pueblos de la estepa, antes que luchar contra todos ellos a la vez. De hecho, la soldadesca fue solo uno de los instrumentos que utilizaron los Tang. En palabras del historiador británico John Keay, «la doctrina de Confucio, que se había formulado durante el período de los “Reinos Combatientes” y en parte como reacción a este, era inflexible respecto al control civil de los asuntos militares».^[18] Entre las «glorias de la antigua China», apunta Fairbank, existía un «pacifismo razonado», dado que uno de los mitos confucianos del Estado era el del «gobierno virtuoso».^[19] Según los historiadores, en ocasiones este pacifismo es objeto de crítica por el hecho de que, de la misma manera que China invadió los pastizales y las zonas de la meseta, los pastores nómadas invadieron, a su vez, China. En el año 763 d. C., las fuerzas tibetanas saquearon Chang’an, la capital Tang. Aún más significativo es el hecho de que las dinastías Jin, Liao y Yuan —todas ellas originarias de los pastizales del norte— personificaran la agresividad militar de Asia interior hacia China durante la Edad Media. Esto coincidió con el intento fallido de las dinastías autóctonas Song y Ming de recuperar los territorios de la estepa, a pesar de su avanzada tecnología militar. No fue hasta los siglos XVII y XVIII, bajo la dinastía manchú Qing, cuando se recuperaron los territorios de Asia interior, que se extendían desde el Tíbet y el Turquestán Oriental, pasando por Mongolia, hasta la frontera con Rusia. (Durante este

mismo período se «delimitó» y concibió el territorio multiétnico que hoy controla el actual Estado chino, es decir, Taiwán, que fue adquirido en 1683.)^[20] En resumen, China llegó a ser un vasto continente en virtud de los avances y retrocesos resultantes de sus interacciones con un Asia interior esteparia que se adentraba en el corazón continental de Mackinder, lo cual rige la realidad política de la China actual.

De hecho, la cuestión que China debe afrontar en estos momentos es si el grupo étnico dominante de los han, que constituye más del 90 % de la población china, y que vive en su mayor parte en la zona fértil y originaria de este país, es capaz de mantener bajo control a los tibetanos, uigures túrquicos y mongoles del interior, que habitan la periferia, y todo ello con un nivel mínimo de conflictos. El destino final del Estado chino dependerá de este factor, sobre todo a medida que China tenga que afrontar dificultades económicas y sociales.

En el momento actual, China se encuentra en la cima de su poder continental, aunque las heridas infligidas por naciones de Europa, Rusia y Japón en forma de expolio territorial son aún demasiado recientes desde el punto de vista histórico chino. El declive de la dinastía Qing comenzó en el siglo XIX, y con ella China se convirtió en el enfermo de Asia oriental. A consecuencia de ello, China perdió gran parte de sus territorios: el sur de Nepal y Birmania pasaron a manos de Gran Bretaña, Francia se quedó con Indochina, Japón se adjudicó Taiwán y los tributarios de Corea y Sajalín, y Mongolia, Amuria y Ussuria se incorporaron a Rusia.^[21] En el siglo XX, los japoneses tomaron la península de Shandong y Manchuria, en el corazón de China. A todo esto hay que añadir las humillaciones que los acuerdos de extraterritorialidad de los siglos XIX y principios del XX impusieron a los chinos, y gracias a los cuales los Estados occidentales llegaron a controlar una parte de las ciudades chinas. Años después, en la década de 1950, en las escuelas secundarias chinas empezaron a aparecer mapas de una Gran China que incluían todos esos territorios perdidos, así como el este de Kazajstán y Kirguistán. Mao Zedong, que había consolidado la China continental por vez primera desde el período de máximo esplendor de la dinastía Qing, fue un irredentista declarado que había interiorizado las heridas del que una vez fuera un vasto Estado imperial que había sobrevivido al paso del tiempo para acabar humillado en un pasado reciente.^[22] Teniendo en cuenta las vicisitudes de la historia china, podríamos perdonarle a Mao este razonamiento erróneo. Aunque es posible que los gobernantes de China de la segunda década del siglo XXI no compartan una visión tan descarnada como la de Mao, siempre

tendrán presente la historia de su país. A pesar de que las fronteras actuales de China incluyen Manchuria, Mongolia Interior, el Turquestán Oriental y el Tíbet, es decir, todas las mesetas y pastos circundantes, las estrategias económicas y diplomáticas de los actuales gobernantes chinos evidencian una *idea* de país que va más allá de la extensión territorial que alcanzó en tiempos de la dinastía Tang, en el siglo VIII, o durante el máximo esplendor de la dinastía Qing, en el siglo XVIII. A diferencia de Rusia, China, un coloso demográfico cuya economía ha sido una de las más enérgicas a nivel mundial en las últimas tres décadas, está incrementando mucho más su influencia territorial mediante el comercio que mediante la coacción.



La geografía indica que, si bien la tendencia de China hacia un poder cada vez más global puede no ser progresiva —es difícil que la tasa anual de crecimiento de su PIB, que se ha situado por encima del 10 % durante los últimos treinta años, pueda mantenerse al mismo nivel—, aun en el caso de un caos socioeconómico, permanecerá en el centro neurálgico de la geopolítica. Retomando la opinión de Mackinder, China combina una extrema modernidad de tipo occidental con una civilización hidráulica, similar a las del antiguo Oriente y Oriente Próximo: ejerce un control central, con un régimen que construye grandes obras hidráulicas y de ingeniería que requieren el trabajo de millones de personas.^[23] Esto hace de China un país tenaz y dinámico, aunque no al estilo de las democracias occidentales. Debido a que sus líderes simbólicamente comunistas representan la última de las veinticinco dinastías chinas que gobernaron a lo largo de cuatro mil años, la incorporación de la tecnología y los modos occidentales tiene lugar dentro del disciplinado marco de un sistema cultural complejo que, entre otras cosas, atesora una experiencia excepcional en el establecimiento de relaciones tributarias. «Los chinos —me contó un oficial singapurense— te fascinan cuando quieren fascinarte y te estrujan cuando quieren estrujarte, y lo hacen de manera sistemática».

El dinamismo interno de China, con todos sus conflictos civiles y sus ineficiencias, por no mencionar la desaceleración económica, crea ambiciones externas. A menudo, no se busca de manera consciente la construcción de un imperio, sino que, a medida que los Estados se fortalecen, desarrollan necesidades y —a pesar de lo que pueda pensarse— todo un conjunto de nuevas inseguridades que los llevan a expandirse de manera natural. Tomemos como ejemplo el caso estadounidense: bajo el mandato de algunos de sus presidentes menos ilustres —Rutherford B. Hayes, James Garfield, Chéster Alan Arthur y Benjamín Harrison, entre otros—, la economía progresó de manera lenta y regular con altas tasas de crecimiento anual entre el final de la Guerra de Secesión y la Guerra hispano-estadounidense de 1898. Por consiguiente, a medida que Estados Unidos empezó a comerciar más con el exterior, también desarrolló por primera vez complejos intereses económicos y estratégicos en lugares remotos que condujeron, entre otras acciones militares, a los desembarcos de la Armada y los marines en Sudamérica y el Pacífico. Y todo ello a pesar de los problemas sociales que Estados Unidos padecía en aquellos momentos y que, a su vez, se derivaban de ese mismo dinamismo. Otro factor que determinó que Estados Unidos dirigiera su vista hacia el exterior fue su consolidación territorial en el interior

del continente. La última gran batalla de las Guerras Indias contra los nativos se libró en 1890.

China está también consolidando sus fronteras continentales y empezando a orientarse hacia el exterior. A diferencia de Estados Unidos, China no enfoca los asuntos internacionales con una actitud misionera. No pretende difundir ninguna ideología o forma de gobierno. El progreso moral en política internacional es un objetivo estadounidense, no chino. Y dado que China no es una potencia *statu quo*, se ve obligada a salir al exterior en busca de energía, metales y minerales estratégicos para hacer frente al aumento del nivel de vida de aproximadamente una quinta parte de la humanidad. De hecho, China es capaz de alimentar al 23 % de la población mundial con solo el 7 % de la tierra cultivable de todo el mundo, «haciendo casi 800 habitantes por kilómetro cuadrado de tierra cultivada en los valles y las llanuras aluviales», según apunta Fairbank.^[24] Actualmente, China está bajo presión popular para lograr algo similar, es decir, proporcionar un nivel económico social típico de la clase media a la mayoría de la población urbana.

Para cumplir este objetivo, China ha establecido relaciones de poder beneficiosas tanto con territorios vecinos como en lugares más alejados, todos ellos ricos en aquellos recursos que necesita para impulsar su crecimiento. En realidad, si consideramos que la razón que la lleva a atravesar sus fronteras oficiales está relacionada con un interés nacional fundamental — supervivencia económica y crecimiento—, China puede definirse como una potencia ultrarrealista. Su objetivo es establecer una presencia imponente, de tipo colonial, en buena parte del África subsahariana, la cual dispone de buenos recursos petrolíferos y minerales, a la vez que desea asegurar los accesos a sus puertos del mar de China Meridional y el Océano Índico, los cuales conectan el mundo del golfo Pérsico, rico en hidrocarburos, con la costa china. Dado que apenas tiene dónde elegir, a Pekín no le preocupa demasiado el tipo de régimen con el que trata. Necesita estabilidad, no virtud, del modo en que Occidente la concibe. Y debido a que algunos de estos regímenes —como los de Irán, Sudán y Zimbabue— son o bien legos o bien autoritarios, o ambas cosas, el empeño con que China busca recursos en todo el mundo desemboca en un conflicto con un Estados Unidos en actitud misionera, así como con países como la India y Rusia, contra cuyas esferas de influencia choca. Lo que frecuentemente pasa desapercibido es que estos países, y otros del Sudeste Asiático, Asia Central y Oriente Medio, son territorios que en el pasado estuvieron bajo el dominio de una u otra dinastía

china. Incluso Sudán no se halla lejos de la zona del mar Rojo que el almirante Zheng He, de la dinastía Ming, asoló a principios del siglo XV. En cierto modo, China está limitándose a restablecer su dominio imperial.

China no supone una amenaza existencial. La posibilidad de una guerra con Estados Unidos es extremadamente remota. La amenaza militar existe, pero, como veremos más adelante, es indirecta. El desafío que China plantea es en primer lugar geográfico, sin desmerecer por ello otros asuntos de importancia fundamental tales como el endeudamiento, el comercio y el cambio climático. La emergente área de influencia de China en Eurasia y África —en la «Isla Mundial» de Mackinder— está ampliándose, aunque no un sentido imperialista propio del siglo XIX, sino bajo otra forma, más sutil y adecuada a la era de la globalización. Solo por el mero hecho de satisfacer sus necesidades económicas, China modifica el equilibrio del poder en el hemisferio oriental, lo cual afecta de manera sustancial a Estados Unidos. Por tierra y por mar, alentada por la favorecedora situación de China en el mapa, la influencia de Pekín emana desde Asia Central hasta el Extremo Oriente ruso, y desde el mar de China Meridional hasta el Océano Índico. China es una potencia continental en pleno auge y, tal como dijo Napoleón, las políticas de este tipo de Estados son inherentes a su geografía.

Según hemos visto, la situación de China en el mapa del centro y el este de Asia es ventajosa. No obstante, desde otros puntos de vista, la China del siglo XXI está peligrosamente incompleta. Tomemos como ejemplo Mongolia (la «Mongolia Exterior» geográfica), al norte del país: una gigantesca masa amorfa de territorio que parece haberse desprendido de China, con la que, de hecho, comparte frontera por tres lados: sur, oeste y este. Con una de las densidades de población más bajas del mundo, Mongolia se ve amenazada por la más reciente de las grandes migraciones de la historia de Eurasia: la civilización china urbana, que tiende a desplazarse hacia el norte. China ya ha abarrotado su propia Mongolia Interior con inmigrantes de etnia han, motivo por el que los habitantes de Mongolia Exterior temen ser el próximo territorio invadido demográficamente. Después de haber ocupado Mongolia Exterior en otros tiempos mediante el desplazamiento de las áreas de cultivo hacia el norte, China podría estar pensando en conquistar Mongolia mediante la globalización. Los chinos codician el petróleo, el carbón, el uranio y otros minerales estratégicos, así como los ricos pastizales de sus antiguas posesiones en la época de la dinastía Qing-Manchú.^[25] Desde esta perspectiva

debe examinarse la construcción de vías de acceso hacia el interior de Mongolia. Con unos niveles de industrialización y urbanización desmesurados, China es el principal consumidor mundial de aluminio, cobre, carbón, plomo, níquel, zinc, estaño y hierro, y Mongolia dispone de estos recursos en abundancia. La proporción de China en el consumo mundial de metales ha aumentado de un 10 a un 25 % desde finales de la década de 1990. De ahí que las empresas mineras chinas hayan hecho grandes inversiones de capital en los activos subterráneos de Mongolia. Teniendo en cuenta que China ha absorbido el Tíbet, Macao y Hong Kong en el continente, Mongolia servirá de indicador por el que juzgar sus futuras intenciones. En realidad, la frontera entre Mongolia y China cerca de la ciudad de Zamyn-Uud, que visité en 2003, no es más que un límite artificial en las tierras llanas, si bien ligeramente descendentes, del desierto de Gobi. El puesto fronterizo chino era un arco bien diseñado y profusamente iluminado, la personificación del poblado monolítico industrializado orientado al sur, que invadía la escasamente poblada estepa mongola, salpicada de tiendas de campaña y chozas construidas con chatarra. Pero no olvidemos que estas ventajas demográficas y económicas pueden ser un arma de doble filo en el caso de que estallara un conflicto étnico en la Mongolia Interior china. La propia extensión de la influencia china, al abarcar tanto territorio periférico, puede provocar que emerjan debilidades características de los Estados multiétnicos. Además, otro factor que podría desbaratar los planes de China es el desarrollo acelerado de la propia Mongolia en los últimos tiempos, que está atrayendo numerosos inversores de todo el mundo, lo cual, como es lógico, limita la influencia de Pekín.

Al norte de Mongolia y de las tres provincias chinas de Manchuria se encuentra el Extremo Oriente ruso, una vasta prolongación de bosques de abedules entre el lago Baikal y Vladivostok. Esta imponente inmensidad, con casi dos veces el tamaño de Europa, tiene una población de solo 6,7 millones de habitantes, que en la actualidad sufre un fuerte retroceso, por lo que se prevé que se reduzca hasta los 4,5 millones. Rusia, como hemos visto, se expandió en esta área en el siglo XIX y a principios del XX, durante un arrebato de imperialismo nacionalista que coincidió con una época de declive en China y que ya ha superado. Hay muy pocos lugares en los que el Estado ruso se encuentre en una situación tan delicada como en su tercio oriental, y particularmente en el área más próxima a China. Sin embargo, al otro lado de la frontera, en Manchuria, hay 100 millones de chinos, una densidad demográfica sesenta y dos veces mayor que la de la Siberia oriental. Los

emigrantes chinos han ido cruzando esta frontera poco a poco, como es el caso de la ciudad siberiana de Chita, en el norte de Mongolia, donde existe una importante población de etnia china en continuo crecimiento. La obtención de recursos naturales constituye el principal objetivo de la política exterior china y el prácticamente despoblado Extremo Oriente ruso dispone de grandes reservas de gas natural, petróleo, madera, diamantes y oro. «Rusia y China podrían establecer una alianza táctica, pero existe gran tensión entre ellas con respecto a Extremo Oriente» sostiene David Blair, corresponsal del diario londinense *The Daily Telegraph*. «Moscú se muestra muy recelosa con el gran número de colonos chinos que están trasladándose a esa zona, a los que les siguen compañías madereras y mineras».^[26] En este caso, al igual que en el de Mongolia, no se trata de un ejército invasor o de una anexión formal, sino de un control demográfico y empresarial, cada vez más intenso en esta región que en su mayor parte perteneció a China durante las dinastías Ming y Qing.

Durante la guerra fría, los conflictos fronterizos entre la Unión Soviética y China desencadenaron enfrentamientos militares en los que cientos de miles de soldados se concentraron en las remotas tierras siberianas: en 1969 había cincuenta y tres divisiones del ejército soviético en la orilla rusa de los ríos Amur y Ussuri. La China de Mao respondió con el despliegue de un millón de soldados en su lado de la frontera y la construcción de refugios antiaéreos en las principales ciudades. Con el propósito de ayudar a rebajar la presión en su flanco occidental y poder concentrar todos sus esfuerzos en Extremo Oriente, el líder soviético Leonid Brézhnev promovió la política de la distensión en sus relaciones con Estados Unidos. Por su parte, China se vio prácticamente rodeada por la Unión Soviética, su Estado satélite Mongolia, el prosoviético Vietnam del Norte y su propio cliente Laos, así como por la India prosoviética. Todas estas tensiones desencadenaron la ruptura chino-soviética, de la que se aprovechó la administración Nixon con su apertura hacia China en los años 1971-1972.

¿Podría la geografía separar de nuevo a Rusia y China, cuya actual alianza es principalmente táctica? ¿Sería posible que el beneficiario fuera, al igual que en el pasado, Estados Unidos? Pero, en cambio, en esta ocasión, siendo China la mayor potencia, Estados Unidos podría asociarse con Rusia en una alianza estratégica para contrarrestar la influencia del reino del Centro y así desviar su atención de la primera cadena de islas en el Pacífico y de sus fronteras continentales. Efectivamente, la habilidad para impedir el aumento de la presencia naval china cerca de Japón, Corea del Sur y Taiwán, exigirá

que Estados Unidos ejerza presión desde las bases de Asia Central próximas a China, y que establezca una relación amistosa especial con Rusia. La presión por tierra puede ayudar a Estados Unidos a desbaratar los planes de China por mar.

No obstante, podría presentarse otro escenario, mucho más optimista y beneficioso para los habitantes del norte de Manchuria y el Extremo Oriente ruso. En esta nueva situación, que remite a una época anterior a 1917, el comercio chino y la incursión demográfica de Amuria y Ussuria conducirían a un florecimiento económico en el Extremo Oriente ruso, el cual sería bien acogido por un gobierno más liberal en Moscú que, a su vez, lo utilizaría para mejorar el posicionamiento del puerto de Vladivostok como uno de los centros neurálgicos mundiales del noreste asiático. Llevando este escenario aún más allá, se postularía el surgimiento de un régimen mejor en Corea del Norte, que conduciría a una región dinámica en el noreste asiático de fronteras abiertas alrededor del mar de Japón.

La frontera de China con las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central no es tanto incompleta como arbitraria y, por ello, hasta cierto punto atemporal. China se adentra demasiado en el corazón de Eurasia y, sin embargo, no lo suficiente. Sinkiang, el nombre de la provincia más occidental del país, significa «Nueva Frontera» y la zona que está bajo el dominio de los chinos es el Turquestán Oriental, un territorio que queda aún más alejado del núcleo demográfico de China por la interferencia del desierto de Gobi. Aunque China haya sido, de una forma u otra, un Estado durante tres mil años, Sinkiang solo se unió a ella a mediados del siglo XVIII, cuando el emperador Qianlong de la dinastía Qing (Manchú) conquistó vastas extensiones de territorio occidental y, en consecuencia, dobló el tamaño de China y estableció una «frontera occidental firme» con Rusia.^[27] Desde entonces, escribe el ya desaparecido diplomático y escritor de viajes británico, sir Fitzroy Maclean, la historia de la provincia «ha vivido en una agitación constante».^[28] Hasta la década de 1940, las revueltas se alternaron con períodos de gobierno túrquico independiente. En 1949, los comunistas de Mao Zedong entraron en Sinkiang y la anexionaron por la fuerza al resto de China. Sin embargo, en fecha tan reciente como en 1990, y de nuevo en 2009, se produjeron disturbios y derramamientos de sangre durante protestas contra la autoridad china, provocados por la etnia de los uigures túrquicos, un subgrupo turco que gobernó Mongolia entre los años 745 y 840, cuando los kirguises los empujaron hasta el Turquestán Oriental. Los uigures, que suman unos ocho millones, representan menos del 1 % de la población de China,

pero suponen el 45 % de la de Sinkiang, que es la provincia china más grande (el doble del tamaño de Texas).

De hecho, la población de China se concentra en las zonas costeras próximas al Pacífico, y en las tierras bajas ribereñas y valles aluviales del centro del país, en contraposición a las parcialmente despobladas mesetas áridas, a menudo con alturas de 4000 metros, del vasto oeste y sudoeste, si bien es cierto que los habitantes de estas tierras están integrados por uigures antichinos y minorías tibetanas. Como ya se ha dicho, la China original emergió en los valles del río Amarillo y, particularmente, el río Wei, donde muy probablemente habitaron seres humanos en la prehistoria, y desde donde la civilización china comenzó a extenderse orgánicamente a lo largo de grandes ríos, los cuales desempeñaron el mismo papel para los chinos que las carreteras para los romanos. En este corazón de la civilización china, «innumerables ríos, acequias y arroyos, que regaban huertos exuberantes y arrozales» recorrían las tierras, mientras que «las inundaciones estacionales [...] le devolvían al suelo los nutrientes necesarios».^[29] Hoy en día, el territorio chino no se solapa solamente con ese núcleo fluvial, sino también con el del Asia Central túrquica y el histórico Tíbet, el mayor desafío cartográfico de Pekín, aunque encaje bien con la historia imperial de China. Desde el punto de vista de Pekín, no hay alternativa al control chino de sus mesetas colindantes. Según nos recuerda Gwen Lattimore, el sinólogo estadounidense de mediados del siglo XX: «Las aguas del río Amarillo provienen de las nieves del Tíbet» y «parte de su trayecto fluye cerca de la estepa de Mongolia».^[30] El Tíbet, donde se hallan las fuentes de los ríos Amarillo, Yangtsé, Mekong, Saluén, Brahmaputra, Indo y Sutlej, puede considerarse la mayor reserva mundial de agua dulce, pese a lo cual, hacia el año 2030 se espera que China no pueda cubrir el 25 % de sus necesidades de agua.^[31] Asegurar estas áreas, bajo cuyo suelo se encuentran miles de millones de toneladas de petróleo, gas natural y cobre, ha supuesto poblarlas, desde hace décadas, con inmigrantes chinos de etnia han, procedentes del núcleo demográfico de la nación. En el caso de Sinkiang, ha significado también cortejar activamente a las repúblicas independientes de etnia túrquica de Asia para evitar que los uigures lleguen a disponer de una retaguardia política y geográfica que les permita enfrentarse al gobierno de Pekín.

En Asia Central, así como en la parte oriental de Siberia, China compite ferozmente con Rusia por su esfera de influencia. El comercio entre este Estado y la antigua Asia Central soviética ha pasado de mover 527 millones de dólares en 1992 a 25 900 millones de dólares en 2009.^[32] A pesar de ello,

Pekín intentará aumentar su influencia mediante la construcción, al menos por el momento, de dos grandes canalizaciones: un oleoducto que transportará petróleo desde el mar Caspio hasta Sinkiang, a través de Kazajstán, y un gasoducto que transportará el gas natural desde la frontera de Turkmenistán y Uzbekistán hasta Sinkiang, atravesando Uzbekistán y Kazajstán. Una vez más, la Gran China no recurrirá a sus tropas para penetrar en el corazón continental eurasiático de Mackinder gracias a la demanda insaciable de energía y el peligro interno que suponen sus propias minorías étnicas.

En cualquier caso, China no es reacia a asumir riesgos. En su búsqueda de algunos de los últimos yacimientos de cobre, hierro, oro, uranio y piedras preciosas que quedan sin explotar en el mundo, China ya está extrayendo cobre en un Afganistán devastado por la guerra, justo al sur de Kabul. La visión que este país tiene de Afganistán (y de Pakistán) es la de un intermediario seguro en lo que respecta a las carreteras y la red de canalizaciones que transportan los recursos naturales desde los puertos del Océano Índico hasta esa especie de nueva frontera en ciernes que es la ciudad de Pekín. China ha sido «excepcionalmente activa» en la construcción de carreteras que unirán Sinkiang con Kirguistán, Tayikistán y Afganistán. En este último país, la compañía China Railway Shitiju Group está «desafiando la inseguridad» con la construcción de una carretera en la provincia de Wardak. China está mejorando las estructuras de ferrocarril que se dirigen a Afganistán desde distintas direcciones.^[33] De este modo, mientras Estados Unidos se mueve para derrotar a Al Qaeda y los elementos hostiles de los talibanes, la posición geopolítica de China va cobrando importancia. Los despliegues militares son efímeros, en cambio, las carreteras, las conexiones de ferrocarril y las canalizaciones pueden ser prácticamente para siempre.

Al igual que el desierto de Takla-Makan en la provincia de Sinkiang, la extensa y montañosa meseta tibetana, rica en cobre y hierro, representa una gran parte del territorio chino, realidad que explica la aversión con la que Pekín contempla la autonomía de esta región, por no mencionar su independencia. Sin el Tíbet, el territorio de China se reduciría sustancialmente y el subcontinente indio prácticamente se expandiría; de ahí el ritmo con el que se acometen los proyectos chinos de construcción de carreteras y ferrocarril a través del macizo tibetano.

Si se acepta que Pakistán, con su carretera construida por China y un proyecto para un puerto en el Océano Índico igualmente ideado por ella, pueda ser en el futuro una zona de la Gran China, y si se incluyen asimismo en esta categoría los Estados relativamente débiles del Sudeste Asiático,

entonces la India, con su población de más de 1000 millones de habitantes, constituye una cuña geográfica que perfora esta gran esfera de influencia china. Uno de los mapas de la Gran China incluidos en *El gran tablero mundial*, de Zbigniew Brzezinski, lo deja bastante claro.^[34] Ciertamente, la India y China —ambas con una población inmensa, ricas, respetadas, con experiencias culturales marcadamente distintas, próximas desde el punto de vista geográfico y enzarzadas en rifirrafes fronterizos— están destinadas por la geografía a rivalizar en cierto grado, a pesar de su relación comercial complementaria. El problema del Tíbet no hace más que avivar este antagonismo. La India acoge en Dharamsala el gobierno en el exilio del dalái lama, lo que le permite a este mantener viva la causa del Tíbet en el tribunal de la opinión pública internacional. Dan Twining, socio principal para Asia en la Germán Marshall Fund de Washington, apuntó que las tensiones fronterizas entre la India y China «pueden relacionarse con las preocupaciones de Pekín acerca de la sucesión del dalái lama», si se tiene en cuenta la posibilidad de que el siguiente dalái podría ser nombrado fuera de China, es decir, en el cinturón cultural tibetano que se extiende a lo largo de la zona norte de la India, Nepal y Bután.^[35] Este cinturón incluye el estado indio de Arunachal Pradesh, que China también reclama, puesto que forma parte de la meseta tibetana y, por consiguiente, queda fuera de las tierras bajas que definen el subcontinente indio geográficamente. China ha expandido su influencia militar hasta el inestable Estado himalayo de Nepal, una zona de seguridad de influencia maoísta, a lo que la India ha respondido con un acuerdo de cooperación indio-nepalesa en materia de defensa. China y la India jugarán el Gran Juego no solamente en esta región, sino también en Bangladesh y Sri Lanka. La presión de China sobre la India desde el norte, que contribuyó al estallido de una guerra entre ambos países en 1962, deberá continuar si China pretende quedarse con el Tíbet. Esto supone que, en el marco mundial de los medios de comunicación, cada vez más febril, la causa romántica del nacionalismo tibetano no solo no se desvanecerá, sino que incluso puede intensificarse.

Naturalmente podría argumentarse que las fronteras salpicadas de regiones tan conflictivas constreñirán el poder de China, por lo que la geografía constituye un obstáculo para sus ambiciones. En pocas palabras, China está prácticamente rodeada. Sin embargo, si tenemos en cuenta su expansión económica y demográfica en las últimas décadas, y sus perspectivas razonables de crecimiento económico sostenido, aunque algo más reducido —con serios sobresaltos, eso sí— en el futuro inmediato, sus

múltiples fronteras continentales pueden también actuar como un multiplicador de su fuerza, puesto que sería China la que se impusiera en estas zonas menos dinámicas y menos pobladas y no al revés. Algunos explican que la presencia de Estados fallidos o semifallidos en las fronteras de China, como por ejemplo Afganistán y Pakistán, constituye una seria amenaza para Pekín. Yo estuve en esas fronteras, ubicadas en tierras muy remotas y a alturas considerables, donde vive muy poca gente. Pakistán podría desintegrarse por completo sin que ello se notara en el lado chino. Las fronteras chinas no son el problema, el problema es la sociedad china, la cual, a medida que se vuelve más próspera y el crecimiento económico se ralentiza, hace temer el desencadenamiento de algún tipo de conflicto social. Y un conflicto social serio podría volver a China repentinamente vulnerable en sus periferias étnicas.

La salida más beneficiosa para sus ambiciones se encuentra en los Estados relativamente débiles del Sudeste Asiático. En esta región, su geografía está también incompleta. China dominó Vietnam durante el primer milenio de la era moderna. La dinastía Yuan (de descendencia mongola) invadió Birmania, Siam y Vietnam a finales del siglo XIII. La emigración china a Tailandia tuvo lugar hace muchos siglos. La falta de una Gran Muralla en el sudeste se debió no solo a la presencia de frondosos bosques y montañas escarpadas que se extendían entre este país y Birmania, sino también a la expansión de China a lo largo de toda esta frontera, desde Birmania (la actual Myanmar), al oeste, hasta Vietnam, al este, la cual era más fluida que el norte, según observa Lattimore.^[36] Hay muy pocos obstáculos naturales que separen China de algunas zonas de Myanmar, o de Tailandia, Laos y Vietnam. La capital de una eventual esfera de prosperidad en el área del río Mekong, y que uniría a todos los países de Indochina a través del tráfico terrestre y fluvial, sería Kunming, en la provincia china de Yunnan, cuyas presas proporcionarían la energía eléctrica que consumen los tailandeses y otras etnias que viven en este centro demográfico del mundo. Es precisamente en el Sudeste Asiático, con sus 568 millones de habitantes, donde la población china, que asciende a 1300 millones de ciudadanos, converge con la del subcontinente indio, de 1500 millones.

El primero y principal de todos los Estados del Sudeste Asiático, con la mayor superficie de la región, es Myanmar. Al igual que Mongolia, el Extremo Oriente ruso y otros territorios en las fronteras continentales artificiales de China, Myanmar es un Estado frágil, en el que abundan aquellos metales, hidrocarburos y demás recursos naturales que China

necesita desesperadamente. La distancia que separa la costa india de Myanmar —donde China y la India compiten por derechos de explotación— de la provincia china de Yunnan no llega a los 800 kilómetros. Una vez más, estamos hablando de un futuro marcado por red de canalizaciones, en este caso de gas natural, de las explotaciones en alta mar del golfo de Bengala, que harán que China se extienda más allá de sus fronteras legales, llegando así a sus límites naturales geográficos e históricos. Esto ocurrirá en un Sudeste Asiático en el que Tailandia, antiguamente un Estado fuerte, vea disminuido su papel como referente regional e inherente moderador frente a China, debido a profundos problemas estructurales de su política. La familia real, con un rey enfermizo, representa una fuerza estabilizadora cada vez menor; el ejército tailandés está dividido en facciones, y la población está ideológicamente separada entre una clase media urbana y una emergente clase rural. China, sin problemas de liquidez, está estableciendo relaciones militares bilaterales con Tailandia y otros países del Sudeste Asiático al mismo tiempo que la importancia de la presencia de las fuerzas estadounidenses, cuyo vivo ejemplo son las maniobras militares anuales en la región, tales como Cobra Gold, tiende a disminuir desde que Estados Unidos se vio obligado a concentrar sus energías en las guerras que mantiene en Oriente Medio. (Esto es algo que empieza a cambiar, al tiempo que la administración Obama promete un giro hacia Asia, alejándose por tanto de Oriente Medio, con el fin de hacer frente a una China militarmente más poderosa.)^[37]

En una zona más lejana del Sudeste Asiático, Malasia y Singapur afrontan el reto de sus propias transiciones democráticas, coincidiendo con la salida de la escena política de sus respectivos hombres de Estado, Mahathir bin Mohammed y Lee Kuan Yew. Dado que la etnia malaya es de confesión musulmana, el islam en Malasia tiene un marcado componente racial, de lo que se derivan las consiguientes divisiones entre las comunidades malasia, china e hindú.

La creciente islamización ha provocado el éxodo de 70 000 chinos de Malasia en los últimos veinte años, aun cuando el país cada vez depende más económicamente de China, de donde procede la mayor parte de las importaciones malasia. Puede que los chinos sean impopulares en Malasia, pero China, como «el Estado», es demasiado grande para resistirse a él. El temor latente hacia China se hace más evidente en las acciones de Singapur, una ciudad-estado estratégicamente ubicada cerca de la parte más angosta del estrecho de Malaca. En Singapur, la etnia china domina a la malaya por un amplio margen de 77 % frente a 14 %. Sin embargo, este país teme

convertirse en un vasallo de China y, por consiguiente, ha mantenido una relación duradera con Taiwán en el ámbito del entrenamiento militar. El recientemente retirado ministro Lee Kuan Yew ha solicitado públicamente que Estados Unidos reitere su compromiso militar y diplomático con la región. El grado en que Singapur pueda mantener su combativa independencia será, junto con lo que ocurra en Mongolia, un indicador de la influencia de Pekín en la zona. Indonesia, por su parte, se halla atrapada entre la necesidad de una presencia naval estadounidense para protegerse de China y el temor de parecer un estrecho aliado de estos, lo cual podría provocar la ira del mundo islámico. La zona de libre comercio que hace poco ha entrado en vigor entre China y la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, en sus siglas inglesas) evidencia la relación tributaria que está desarrollándose entre China y sus vecinos del sur. Siguiendo la típica estrategia de divide y vencerás, China lleva a cabo sus negociaciones con cada país por separado y no como una unidad, de modo que podría decirse que utiliza la ASEAN como un mercado para sus artículos manufacturados de alto valor al tiempo que importa productos agrícolas de bajo coste procedentes del Sudeste Asiático, es decir, que establece una relación de tipo colonial clásica.^[38] Esto ha conducido a que China tenga excedentes comerciales hasta tal punto que algunos países de la ASEAN están convirtiéndose en colectores de los productos industriales fabricados por la relativamente barata mano de obra urbana china. De hecho, el déficit comercial entre China y la ASEAN ha aumentado cinco veces en la primera década del siglo XXI. Si repasamos la historia reciente, es fácil ver que de 1998 a 2001, las exportaciones malasias e indonesias a China «casi se duplicaron», al igual que las exportaciones filipinas a China entre los años 2003 y 2004. El conjunto de las exportaciones de todos los Estados de la ASEAN a China, entre los años 2002 y 2003, crecieron un 51,7 %, y en 2004 «China se había convertido en el principal socio comercial de la región, por delante de Estados Unidos».^[39] Sin embargo, el dominio económico de China tiene su vertiente benévola, teniendo en cuenta que ejerce de motor de la modernización de todo el Sudeste Asiático. El factor que complica la situación en este escenario lo constituye Vietnam, rival histórico de China, que posee un gran ejército y bases navales situadas estratégicamente, y que podría ejercer de muro de contención ante China, junto con la India y Japón. Sin embargo, incluso a Vietnam, a causa del temor que suscita su gigantesco vecino del norte, no le queda otra elección que llevarse bien con él. Es probable que China se encuentre todavía en las primeras fases de su

expansión continental, de modo que el control de la periferia bien podría encontrarse en un momento incipiente. La evolución de la situación en los próximos años dependerá fundamentalmente del modo en que China consiga cumplir con sus objetivos. Y, si llega a cumplirlos, ¿qué tipo de hegemonía regional ejercerá?

Mongolia, el Extremo Oriente ruso, Asia Central y el Sudeste Asiático constituyen zonas naturales de la influencia y la expansión china, aunque no habrá cambios en las fronteras políticas. Sin embargo, no hay lugar en que China no esté más incompleta que en la península de Corea, donde las fronteras políticas sí podrían desplazarse, siempre y cuando aceptemos el razonamiento de que en un mundo en que la tecnología de la información tiene cada día mayor influencia, el régimen hermético de Corea del Norte tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir como hasta ahora. Este hecho convierte al país en el verdadero pivote de Asia oriental, cuya desintegración podría afectar los destinos de toda la región en las próximas décadas. Proyectándose desde Manchuria, de la que es una prolongación geográfica natural, la península de Corea controla todo el tráfico marítimo del noreste de China, y sobre todo encierra en su perímetro el mar de Bohai, base de la más grande reserva de petróleo de China en alta mar. En la Antigüedad, el reino de Goguryeo se extendía por todo el sur de Manchuria y los dos tercios superiores de la península de Corea. Goguryeo pagaba tributo a la dinastía china Wei, aunque más tarde se enfrentaría a ella. Ciertos territorios de Corea, sobre todo en el norte, pasaron a formar parte del dominio de la dinastía Han, en la Antigüedad, y de la dinastía Qing a principios de la era moderna. En cualquier caso, China jamás se anexionará ningún territorio coreano, por mucho que le moleste la soberanía de Corea. El gobierno chino ha apoyado los regímenes estalinistas del difunto Kim Jong-il y de su hijo Kim Jong-un, pero codicia mucho más la geografía de Corea del Norte —con sus salidas adicionales al Pacífico, cerca de Rusia— y, por consiguiente, tiene planes para la península más allá de los gobiernos del fallecido «Querido Líder» y de su hijo, que ya le han provocado a Pekín más de un dolor de cabeza. Con el tiempo, a China le gustaría enviar a los miles de desertores norcoreanos a preparar unos cimientos políticos favorables que le faciliten a Pekín la absorción económica gradual de la región del río Turnen, donde confluyen China, Corea del Norte y el Extremo Oriente ruso, y que cuenta con buenas instalaciones portuarias en la costa del Pacífico, frente a Japón. La meta china con respecto a Corea del Norte debe ser que el país acabe convirtiéndose en

un Estado barrera más moderno, autoritario y en la línea de Gorbachov, que lo separe de la pujante democracia de clase media de Corea del Sur.

Pero ni siquiera China puede controlar lo que ocurre en Corea del Norte. En décadas pasadas, la fuerza de la unidad fue la que, en última instancia, acabó triunfando en países igualmente divididos como Vietnam, Alemania o Yemen. No obstante, en ninguno de estos casos, la unificación se ha dado como resultado de un proceso deliberado. Al contrario, ocurrió de manera imprevista y convulsa, sin que se tuvieran en cuenta los intereses de las principales partes implicadas. De todas formas, es más que probable que China, a pesar de recelar la reunificación, se beneficie de ella. Una gran Corea unificada estaría más o menos bajo el control de Seúl, y China es el mayor socio comercial de Corea del Sur. Una Corea reunificada sería nacionalista, con un trasfondo hostil hacia sus vecinos más grandes, China y Japón, los cuales históricamente han intentado controlarla y ocuparla. La enemistad de Corea con Japón es mucho más significativa, teniendo en cuenta que Japón ocupó la península entre los años 1910 y 1945. (Seúl y Tokio se disputan todavía hoy los islotes de Dokdo y Takeshima, que se encuentran en el mar que los coreanos llaman del Este y los japoneses mar de Japón.) Mientras tanto, la influencia económica de China será más fuerte que la de Japón. Una Corea reunificada, que se inclinaría levemente hacia China y se alejaría de Japón, no justificaría ya la presencia de las tropas estadounidenses, algo que, a su vez, animaría el rearme japonés. En otras palabras, es fácil imaginar el futuro de Corea dentro de una Gran China al tiempo que la presencia de las tropas estadounidenses se reduce en el noreste de Asia.

De este modo, si China se adentra en el corazón continental centroasiático de Mackinder, es probable que tenga asimismo una importante influencia en el anillo continental de Spykman, del que son partes integrantes el Sudeste Asiático y la península de Corea.

En este momento de la historia, las fronteras continentales de China parecen ofrecer más oportunidades que peligros, lo cual nos remite al comentario que John J. Mearsheimer, profesor de la Universidad de Chicago, introduce en su libro, *The Tragedy of Great Power Politics*, acerca de que «los Estados más peligrosos en el sistema internacional son las potencias continentales que poseen grandes ejércitos».^[40] Sin embargo, China encaja en esta descripción solo en parte. Es verdad que, a su manera, es una potencia continental en expansión y que las fuerzas terrestres de su Ejército Popular de Liberación, que suma aproximadamente 1,6 millones de soldados, son las más numerosas del mundo. Ahora bien, como ya he mencionado con anterioridad,

a excepción del subcontinente indio y la península de Corea, China se limita a llenar vacíos más que a arremeter contra sus competidores. Además, según quedó demostrado en 2008 y 2009, las fuerzas terrestres del Ejército Popular de Liberación tardarán años en tener una capacidad expedicionaria real. Esos dos años el ejército, por un lado, tuvo que hacer frente a una situación de emergencia a consecuencia del terremoto que sacudió Sichuan y a los conflictos étnicos del Tíbet y Sinkiang y, por el otro, tuvo que garantizar la seguridad de los Juegos Olímpicos de Pekín. En opinión de Abraham Denmark, del Center for Naval Analyses, lo que evidenciaron aquellos «ejercicios de movilidad transregional», como los denominan los chinos, fue su capacidad para desplazar sus tropas de un extremo de China a otro, no su capacidad para trasladar provisiones y equipamiento pesado al ritmo deseado. La única circunstancia imaginable en la que el ejército cruzaría las fronteras de China, sería que se hubiera originado un error de cálculo, en el supuesto de una nueva guerra terrestre contra la India, o para llenar un posible vacío en el caso de que el régimen de Corea del Norte cayese, lo que atraería también a las tropas de Estados Unidos y Corea del Sur, en la que sería la madre de todas las emergencias humanitarias. (La población de Corea del Norte es más pobre que la de Irak y, en su historia moderna, posee mucha menos experiencia en cuestiones de autogobierno responsable.) El mismo hecho de que China puede permitirse el lujo de llenar vacíos en su inmenso territorio sin necesidad de contar con el apoyo de unas fuerzas terrestres verdaderamente expedicionarias indica en qué medida este país está más seguro en el continente de lo que nunca lo había sido en décadas o siglos.

En los últimos años, la diplomacia china se ha ocupado de resolver los restantes conflictos fronterizos con las repúblicas de Asia Central y sus demás vecinos (aunque la India ha sido una notable excepción).^[41] Es posible que los acuerdos no se establezcan en los términos que China desea, pero el mero hecho de que Pekín adopte un enfoque tan amplio de la situación indica una fuerte orientación estratégica. China ha firmado tratados militares con Rusia, Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán. «La estabilización de las fronteras continentales de China puede representar uno de los cambios geopolíticos más importantes en Asia en los últimos decenios», apunta Jakub Grygiel.^[42] Ya no hay un ejército soviético presionando en Manchuria, como durante la guerra fría, una época en la que, bajo Mao Zedong, China concentró todo su presupuesto de defensa en el ejército y descuidó deliberadamente los mares. Difícilmente podría subrayarse en su justa medida la relevancia de este hecho. Desde la Antigüedad, a China le han preocupado las invasiones terrestres. La

Gran Muralla se construyó en el siglo III a.C., presumiblemente para mantener alejados a los invasores túrquicos. Fue una invasión mongola desde el norte la que puso fin a las incursiones de la dinastía Ming en el Océano Índico en el siglo XV. En este sentido, es la actual coyuntura favorable en el continente, antes que cualquier otra variable, la que ha permitido que China inicie la construcción de una gran marina de guerra y recupere el océano Pacífico, y quizá incluso el índico, como parte de su geografía. Mientras que las ciudades-estado del litoral y las naciones insulares, sean grandes o pequeñas, persiguen el poder marítimo de manera natural, una nación continental e históricamente insular como China lo hace en parte como ostentación, es la marca de una especie de imperio en ciernes. En el pasado, los chinos, que vivían seguros en sus fértiles valles fluviales, no se vieron obligados a hacerse a la mar, como los vikingos, que habitaban territorios fríos y áridos. El océano Pacífico les ofrecía poco a los chinos, y era en muchos sentidos una ruta hacia la nada, a diferencia de los mares Mediterráneo y Egeo, que estaban salpicados de islas en un espacio marítimo cerrado. Su dependencia de los ciclos agrícolas de las llanuras hizo que los chinos, a diferencia de los europeos, no tuvieran coraje para explorar el mar, según el filósofo alemán de principios del siglo XIX Georg Wilhelm Friedrich Hegel.^[43] Probablemente los chinos no habían oído hablar de Formosa (Taiwán) hasta el siglo XIII, y sus primeros asentamientos en la isla datan del siglo XVII, después de que los comerciantes portugueses y holandeses hubieran ocupado la isla.^[44] Así pues, por el mero hecho de salir al mar del modo en que lo hace, China demuestra su posición continental favorable en el corazón de Asia.

El este de Asia se enfrenta en estos momentos al poder continental de China con el poder marítimo estadounidense, con Taiwán y la península de Corea como principales focos de atención. Durante décadas, China se preocupó por territorios por los que Estados Unidos no manifestaba ningún interés, sobre todo después del desastre de Vietnam. Y todavía sigue sin interesarle Asia, sobre todo tras haber sufrido un verdadero vía crucis en Irak y Afganistán. Ahora bien, China se encuentra en la fase inicial de su conversión en una potencia marítima y continental, lo cual constituye un gran cambio en la región.

En términos geográficos, China tiene tanto que agradecer a su litoral marítimo y su proximidad al mar como a su interior continental. Domina la

línea costera asiática que da al Pacífico, en las zonas templada y tropical, y su frontera meridional está lo bastante cerca del Océano Índico como para contemplar la posibilidad de estar conectada a este por carreteras y canalizaciones para el transporte de energía en los próximos años. Si bien China se encuentra en una posición generalmente favorable a lo largo de toda su frontera, se enfrenta a un entorno más hostil en el mar. La Armada china no encuentra más que problemas y frustración en lo que ellos mismos denominan la primera cadena de islas, la cual, de norte a sur, incluye Japón, las islas Ryukyu, la que se conoce como la media isla de la península de Corea, Taiwán, Filipinas, Indonesia y Australia. Todos estos lugares, salvo Australia, son potenciales focos de tensión. Entre los posibles escenarios se encuentra la caída de Corea del Norte, o una guerra entre las dos Coreas, un posible enfrentamiento con Estados Unidos por Taiwán y actos de piratería o terrorismo que posiblemente impedirían el acceso de la flota mercante china a los estrechos del archipiélago indonesio, entre ellos el de Malaca. Y no hemos de olvidar las disputas territoriales por los posibles yacimientos de los mares de Japón y de China Meridional. En el caso del primero, China y Japón se enfrentan por la soberanía de las islas Senkaku-Diaoyu; en el segundo, China está en conflicto con Taiwán, Filipinas y Vietnam por la soberanía de algunas o todas las islas Spratly, y con Vietnam por las islas Paracelso. (China también mantiene otras serias disputas territoriales con Malasia y Brunei en el mar de China Meridional.) En el caso particular de las islas Senkaku (llamadas así por los japoneses) o Diaoyu (conocidas así por los chinos), el conflicto además ofrece a Pekín la posibilidad de avivar el nacionalismo cada vez que lo necesite. En cuanto al resto, no supone más que un sombrío entorno marítimo para los estrategas navales chinos, ya que si miran hacia el mar desde la costa del Pacífico, en dirección a esa primera cadena de islas, lo que perciben es una especie de «Gran Muralla a la inversa». Según las palabras de los profesores del Naval War Collége, James Holmes y Toshi Yoshihara, constituye una línea de aliados de Estados Unidos bien organizada, como si fueran el equivalente de torres de vigilancia que se extienden desde Japón hasta Australia, bloqueando potencialmente el acceso de China al gran océano. Los estrategas chinos se enfurecen ante este mapa, en el que su Armada queda encajonada.^[45]

La solución de China ha sido notablemente agresiva. En cierto modo, no deja de sorprender ya que, en muchos casos, podría argumentarse que la potencia marítima es más benigna que la continental. El factor que limita las fuerzas navales es que, a pesar de sus armas de precisión, no pueden ocupar

territorios importantes por sí mismas y, por lo tanto, se supone que no representan una amenaza para la libertad. La marina de guerra tiene múltiples cometidos más allá de combatir, como por ejemplo proteger el comercio. El poder marítimo se adecuaba mejor a aquellas naciones que no pueden permitirse un gran número de bajas en los combates en tierra. China, que en el siglo XXI proyectará su poder duro principalmente a través de su fuerza naval, debería, por ello mismo, ser benévola a imagen de otras naciones y otros imperios marítimos históricos tales como Venecia, Gran Bretaña y Estados Unidos; es decir, debería interesarse por la libre circulación del comercio y la preservación de un sistema marítimo pacífico. Sin embargo, China todavía no ha alcanzado ese grado de confianza en sí misma. Cuando se trata del mar, sigue pensando en términos territoriales, igual que un poder continental inseguro que intenta extenderse en círculos concéntricos, del modo sugerido por Spykman. Las expresiones que utiliza, «primera cadena de islas» y «segunda cadena de islas», son términos territoriales que, en estos casos, se refieren a extensiones de archipiélagos del continente. Los chinos han asimilado la agresiva filosofía de Alfred Thayer Mahan sin haber dominado todavía el mar abierto, que le permitiría aplicar la teoría mahaniana. En noviembre de 2006, un submarino chino siguió con sigilo al portaviones estadounidense *Kitty Hawk* y, de manera provocativa, emergió a la superficie dentro del radio de alcance de sus torpedos. En noviembre de 2007, los chinos negaron la entrada al puerto de Hong Kong al grupo de combate del portaviones *Kitty Hawk*, a pesar del gran oleaje y las malas condiciones climáticas (la embarcación entró finalmente en Hong Kong a principios de 2010). En marzo de 2009, varios buques chinos mantuvieron un pulso con el buque de vigilancia estadounidense *Impeccable*, mientras dirigía, de manera abierta, unas operaciones navales en el mar de China Meridional, fuera de las doce millas del límite territorial chino. Los buques chinos le cerraron el paso e intentaron abordarlo, lo cual obligó al buque a responder con chorros de agua a presión, para lo que se utilizaron las mangueras de incendios. No son acciones propias de una gran potencia, serena gracias a su posición dominante, que no reconoce la hermandad del mar con otras marinas, sino de una potencia emergente y todavía inmadura, obsesionada con las humillaciones territoriales que sufrió en los siglos XIX y XX.

China está desarrollando capacidades asimétricas y tácticas de negación de área, diseñadas expresamente para obstaculizar la entrada de la Armada de Estados Unidos en el mar de Japón y otras aguas costeras. Al respecto, hay división de opiniones entre los analistas. Robert S. Ross, de la Universidad de

Boston, cree que «hasta que China desarrolle una capacidad de información general sobre la situación marítima y pueda dañar la tecnología de contravigilancia de Estados Unidos, solo dispone de un sistema operativo limitado y plausible de denegación de acceso». Andrew F. Krepinevich, del Center for Strategic and Budgetary Assessments, cree que, a pesar de las dificultades técnicas a las que China pueda enfrentarse en estos momentos, está en proceso de «finlandizar» Asia oriental.^[46] De ahí que, a pesar de haber modernizado su flota de destructores y de tener planes para construir uno o dos portaviones, China no está comprando plataformas navales de manera general. En realidad ha construido cuatro nuevos tipos de submarinos nucleares equipados con armamento convencional y misiles balísticos. Según Seth Cropsey, anterior subsecretario adjunto de la Armada norteamericana, China podría poseer una fuerza de submarinos mayor que la de Estados Unidos en un futuro no muy lejano. La marina de guerra china, prosigue Cropsey, planea utilizar radares de vigilancia costera, satélites, redes de sonares marinos y sistemas de guerra informática al servicio de misiles balísticos antibuque con vehículos de reentrada maniobrables, los cuales, junto con su pujante flota de submarinos, formarán parte de sus esfuerzos para impedir el acceso naval de Estados Unidos a grandes áreas del Pacífico occidental. A todo esto hay que añadir la mejora de la capacidad de China en cuanto a la guerra de minas y la adquisición de aviones de combate rusos de cuarta generación, Su-27 y Su-30, así como el despliegue de 1500 misiles rusos tierra-aire a lo largo de la costa de China. Además, los chinos están instalando sistemas de fibra óptica subterráneos y desplazando su potencial defensivo hacia el interior de la China occidental, fuera del alcance de los misiles navales, al mismo tiempo que desarrolla una estrategia ofensiva diseñada para hacer frente al máximo icono de la riqueza y el poder estadounidenses: el portaviones. China presentará un nuevo caza de quinta generación entre 2018 y 2020, a la vez que Estados Unidos desacelera o detiene la producción del caza F-22.^[47] La geografía estratégica del Pacífico occidental está cambiando gracias a la compra de armas china.

Es probable que, por el momento, China no tenga la intención de atacar un portaviones estadounidense y está lejos de poder desafiar de manera directa a Estados Unidos en el ámbito militar. Su objetivo es la disuasión: reunir toda la capacidad tanto de ataque como de defensa a lo largo de la costa, de modo que, en el futuro, la Armada estadounidense se lo piense dos veces antes de aventurarse entre la primera cadena de islas y la costa china. Evidentemente, esta es la esencia del poder: influir en el comportamiento del adversario. Este

es el modo que tiene la Gran China de realizarse en un sentido marítimo. Los chinos, con sus compras navales, aéreas y de misiles, demuestran una clara territorialidad. En mi opinión, la relación entre Estados Unidos y China se fundamentará no solo en aspectos bilaterales y globales como el comercio, la deuda, el cambio climático y los derechos humanos, sino también en un asunto de suma importancia: la geografía específica de la esfera de influencia potencial de China en la Asia marítima.

El futuro de Taiwán es crucial para esta esfera de influencia. Taiwán ilustra un aspecto básico de la política mundial, y es que bajo las cuestiones morales a menudo subyace una cuestión de poder. Con frecuencia, el tema de Taiwán se debate en términos morales, aun cuando su soberanía, o la falta de la misma, conllevan consecuencias geopolíticas fundamentales. Cuando se refiere a Taiwán, China habla en términos de consolidación del patrimonio nacional y su unificación en beneficio de todas las etnias chinas. Por el contrario, Estados Unidos habla de Taiwán en términos de conservación de un modelo de democracia. Sin embargo, Taiwán representa algo más: en palabras del general del ejército Douglas MacArthur, «es un portaviones indestructible» que domina el punto central del litoral convexo de China, desde el cual una potencia exterior como Estados Unidos puede «irradiar» poder a lo largo de su costa periférica, según apuntan a su vez Holmes y Yoshihara.^[48] Ahora bien, nada irrita más a los estrategas navales chinos que la independencia *de facto* de Taiwán, en tanto que de todas las torres de vigilancia a lo largo del reverso marítimo de la Gran Muralla, este es, metafóricamente hablando, el más alto y más céntricamente situado. Una vez Taiwán regrese al seno de la China continental, la Gran Muralla y la camisa de fuerza marítima que representa desaparecerían. Si China logra consolidar Taiwán, no solo su marina de guerra ocupará una posición estratégica muy ventajosa con respecto a la primera cadena de islas, sino que también su vigor nacional, sobre todo el militar, dispondrá de total libertad para dirigir su mirada hacia el exterior en términos de proyección de fuerza en un grado que hasta ese momento hubiera sido impensable. Aunque el adjetivo «multipolar» se usa libremente para describir la situación global, será la fusión de Taiwán con el continente la que marque, en un sentido militar, el verdadero surgimiento de un mundo multipolar.

Según un estudio del *think tank* RAND del año 2009, Estados Unidos no podrá defender Taiwán de un ataque chino en 2020. China posee ciberarmas, unas fuerzas aéreas provistas de nuevos cazabombarderos de cuarta generación, misiles balísticos lanzados desde submarinos y miles de misiles

instalados en el continente y dirigidos hacia Taiwán, y los cazabombarderos que esta tiene estacionados en tierra. Los chinos, según el mismo informe, derrotarían a los estadounidenses con o sin cazas F-22, tanto si utilizara como si no la base aérea de Kadena, en Japón, y con o sin la ayuda de dos grupos de combate con portaviones. El informe de RAND aconseja la guerra aérea, puesto que, en cualquier caso, los chinos necesitarían desembarcar decenas de miles de soldados y, por lo tanto, serían susceptibles de ser detectados por los submarinos estadounidenses. No obstante, el informe, con todas sus reservas, resalta una tendencia alarmante. Apenas 150 kilómetros separan China de Taiwán, pero Estados Unidos tiene que proyectar su poder militar desde medio mundo de distancia, en un entorno típicamente posterior a la guerra fría, en el que podrá contar cada vez menos con el uso de bases extranjeras. La táctica de negación de área de China se ha diseñado no solo con el objetivo general de prohibir la entrada de Estados Unidos, sino también con la intención específica de facilitar la conquista de Taiwán. El ejército chino puede concentrarse con mayor intensidad en Taiwán que el norteamericano, teniendo en cuenta todas las responsabilidades globales de Estados Unidos. Por esta razón, las noticias sobre los tropiezos de Estados Unidos en Irak y Afganistán han sido particularmente devastadoras para Taiwán.

A medida que China establece un cerco militar alrededor de Taiwán, también establece otro económico y social. El 30 % del comercio de Taiwán lo realiza con China, y el 40 % de sus exportaciones se destinan al continente. Hay 270 vuelos comerciales que unen semanalmente Taiwán con el continente. Dos tercios de las compañías taiwanesas, que suman unas 10 000, han invertido en China en los últimos cinco años. Existen servicios postales directos y acuerdos mutuos para la lucha contra la delincuencia; medio millón de turistas continentales visitan la isla cada año y 750 000 taiwaneses residen en China la mitad del año.

En total se registran cinco millones de visitas entre ambos países anualmente. La necesidad de una invasión será cada vez menor, a medida que la sutil guerra económica alcance el mismo resultado y, por consiguiente, habremos sido testigos de la desaparición del movimiento secesionista de Taiwán.^[49] Ahora bien, aunque es probable que haya una mayor integración en el futuro, la forma en la que esta se produzca será fundamental para la política de las grandes potencias. Si Estados Unidos se limitara a abandonar Taiwán, la isla podría socavar sus relaciones bilaterales con Japón, Corea del Sur, Filipinas, Australia y otros aliados del Pacífico, por no mencionar la India, e incluso algunos Estados africanos, que empezarán a poner en duda la

validez de los demás compromisos bilaterales de Estados Unidos, sintiéndose inclinados hacia un acercamiento a China, lo que permitiría el resurgimiento de una Gran China de proporciones realmente hemisféricas. Estados Unidos y Taiwán tienen que encontrar sus propios medios cualitativos y asimétricos para contrarrestar el poder militar chino. El objetivo no es ser capaces de derrotar a China en una guerra de estrechos, sino conseguir que dicha guerra resulte tan costosa que desanime a China a intervenir, con lo que se lograría salvaguardar la independencia funcional taiwanesa el tiempo suficiente para que China se convirtiera en una sociedad más liberal, al mismo tiempo que Estados Unidos mantendría su credibilidad ante sus aliados. Por ello, el sistema de defensa antimisiles de Taiwán y sus trescientos refugios antiaéreos, así como la venta de armamento a este país, por valor de 6400 millones de dólares, que anunció la administración Obama a principios de 2010, son fundamentales para la posición general de Estados Unidos en Eurasia. El propósito de transformar China en un plano interno no es una quimera. No olvidemos que los millones de turistas chinos que llegan a Taiwán ven los animados programas de debates políticos y compran en sus librerías, llenas de títulos subversivos. Una China más abierta es mucho más factible que una represiva. Sin embargo, una China más democrática podría ser una gran potencia mucho más dinámica que una China represiva, en un sentido económico, cultural y, por lo tanto, militar.

Sobre el mapa físico, el mar de China Meridional se extiende al sur de Taiwán, encuadrado en el coso demográfico del Sudeste Asiático continental, Filipinas e Indonesia, con Australia algo más alejada. Por allí pasa un tercio de todos los bienes comerciales que se transportan por mar y la mitad de la demanda energética del noreste asiático. Si el sueño de la Gran China ha de hacerse realidad, y como puerta al Océano Índico —la autopista mundial del hidrocarburo, donde China participa en varios proyectos de desarrollos portuarios—, el mar de China Meridional habrá de acabar bajo el influjo de la Armada china en un futuro próximo. Esta zona presenta toda una serie de desafíos, desde la piratería, el islamismo radical y el ascenso naval de la India hasta los grandes atascos de los distintos estrechos indonesios (Malaca, Sonda, Lombok y Macasar), por los que debe pasar la mayor parte de los petroleros y la marina mercante china. También hay importantes yacimientos de petróleo y gas natural que China espera explotar, lo cual convertiría el mar de China Meridional en un «segundo golfo Pérsico» según algunas estimaciones, tal como mencionan los profesores Andrew Erickson y Lyle Goldstein del Naval War Collége.^[50] Spykman apuntaba que, a lo largo de la

historia, los Estados se han involucrado en una «expansión circunferencial y transmarina» para hacerse con el control de mares adyacentes:

Grecia ha intentado controlar el mar Egeo, Roma el Mediterráneo, Estados Unidos el Caribe, y ahora, siguiendo la lógica, China aspira a dominar el mar de China Meridional.^[51] De hecho, este mar, a través del estrecho de Malaca, facilita la salida de China al Océano Índico, al igual que el control del Caribe abrió el camino hacia el océano Pacífico para Estados Unidos en la época de la construcción del canal de Panamá.^[52] Y, de la misma manera que Spykman denominó la cuenca del Caribe «el Mediterráneo americano» para enfatizar su importancia, podemos llamar al mar de China Meridional el Mediterráneo asiático, teniendo en cuenta que en los próximos decenios ocupará un lugar central en la geografía política.^[53] Puede que China trate de dominar el mar de China Meridional de un modo similar al que utilizó Estados Unidos para dominar el Caribe, mientras que, siguiendo ahora unas reglas del juego distintas y valiéndose de aliados como Vietnam y Filipinas, Estados Unidos trata de mantenerlo como una vía marítima internacional. Es el temor a China —no el amor por Estados Unidos— lo que empuja a Hanoi a echarse en los brazos de Washington. Teniendo en cuenta la historia de la Guerra de Vietnam, podría resultarnos desconcertante presenciar esta relación emergente entre dos antiguos enemigos, pero habría que considerar el hecho de que precisamente por haber derrotado a Estados Unidos en una guerra, Vietnam es un país desacomplejado y seguro de sí mismo, y por lo tanto sin inhibiciones psicológicas que le impidan establecer una alianza no declarada con Estados Unidos.

China está utilizando su poder nacional en todos sus aspectos —político, diplomático, económico, comercial, militar y demográfico— para expandirse prácticamente más allá de sus fronteras continentales y marítimas legales con el propósito de circundar las lindes de la China imperial en su momento de máximo apogeo histórico. No obstante, existe una contradicción en este planteamiento, que explicaremos a continuación.

Tal como hemos señalado con anterioridad, China está decidida a denegar el acceso a sus mares. De hecho, los profesores Andrew Erickson y David Yang sugieren «la posibilidad de que China esté más cerca que nunca de dominar» la capacidad de alcanzar un blanco móvil en el mar, como por ejemplo un portaviones estadounidense, con un misil lanzado desde una base terrestre, y puede planear «una prueba que será estratégicamente anunciada en

algún momento futuro».^[54] No obstante, denegar dicho acceso sin ser capaces de defender sus líneas de comunicación marítimas resta sentido a cualquier ataque contra un combatiente de superficie estadounidense (no digamos ya una guerra naval con Estados Unidos), dado que la Armada norteamericana conservaría su capacidad para cortar las vías de aprovisionamiento energético de China mediante la destrucción de sus barcos en los océanos Pacífico e Índico. Es evidente que los chinos intentarán influir en el comportamiento de Estados Unidos antes que emprender una guerra abierta contra este. Aun así, ¿por qué molestarse en denegar el acceso si nunca se ha pensado en llevarlo a cabo? Jacqueline Newmyer, que dirige una consultoría especializada en temas de defensa en Cambridge, Massachusetts, apunta que Pekín «pretende crear una disposición de poder tan favorable a la RPC [República Popular China], que no se verá realmente obligada a utilizar la fuerza para defender sus intereses».^[55] Por lo tanto, de la misma manera que Taiwán refuerza sus defensas sin tener la intención de enfrentarse a China, esta hace lo mismo con respecto a Estados Unidos. Todos intentan influir en el comportamiento del contrario al tiempo que evitan la guerra. Las propias demostraciones de los nuevos sistemas armamentísticos (si Erickson y Yang están en lo cierto), por no mencionar la construcción de instalaciones portuarias y puestos de escuchas en los océanos Pacífico e Índico, así como las importantes ayudas militares que Pekín ofrece a los Estados costeros que se hallan entre el territorio chino y el Océano Índico, representan exhibiciones de poder que, por su propia naturaleza, no son secretas. Aun así, se percibe cierta crispación en el ambiente. Por ejemplo, los chinos están construyendo una base naval de grandes dimensiones en el extremo meridional de la isla de Hainan, justo en el corazón del mar de China Meridional, la cual está provista de instalaciones subterráneas con capacidad para albergar hasta veinte submarinos nucleares y diésel eléctricos. Esa actividad tiene poco que ver con un intento por influir en el comportamiento de la otra parte y mucho con una firme reivindicación de la Doctrina Monroe, en cuanto a la soberanía de las aguas circundantes. Podría dar la impresión de que los chinos están construyendo la Gran China en primer lugar, en cuyo corazón se encontraría el mar de China Meridional y el Sudeste Asiático, al mismo tiempo que tienen un plan a largo plazo para consolidar su poder en mar abierto que, a su vez, la capacitaría para proteger sus líneas marítimas de comunicación con Oriente Medio a través del Océano Índico, con lo cual el conflicto militar con Estados Unidos no resultaría del todo descabellado desde el punto de vista chino. (China no tiene motivos para entrar en guerra con Estados Unidos, pero estos pueden surgir con los años,

por lo que es prudente seguir la trayectoria de la capacidad aérea y naval de la otra parte.) En este tiempo, a medida que Taiwán vaya cayendo poco a poco en los brazos de China, es mucho más probable que el ejército chino desvíe su atención hacia el Océano Índico y la protección de las vías marítimas hemisféricas. Los chinos tienen que proteger cada vez más inversiones en materias primas en el África subsahariana, en el otro extremo del Océano Índico: mercados de petróleo en Sudán, Angola y Nigeria, minas de hierro en Zambia y Gabón, o explotaciones de cobre y cobalto en la República Democrática del Congo, los cuales estarán comunicados entre ellos a través de las carreteras y vías férreas construidas por China, que a su vez comunicarán todos estos territorios con los puertos de los océanos Atlántico e Índico.^[56] Sin lugar a dudas, el control y acceso a las líneas marítimas de comunicación son mucho más importantes hoy en día que en la época de Mahan, y puede ser que la preponderancia estadounidense sobre estas rutas tenga los días contados.

Todo lo anterior entraña que el compromiso estadounidense para prolongar la independencia *de facto* de Taiwán tenga implicaciones que van más allá de la simple defensa de la isla. En realidad, el futuro de Taiwán y Corea del Norte constituye la balanza sobre la que descansa el equilibrio del poder de gran parte de Eurasia.

En esencia, la actual situación de seguridad en Asia es más complicada, y por lo tanto más inestable, que la existente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. A medida que la unipolaridad estadounidense entra en decadencia, con la relativa reducción del volumen de la flota de guerra, y con el consiguiente auge (aunque a un ritmo más lento que tiempo atrás) de la economía y el ejército chinos, la multipolaridad caracteriza cada vez más las relaciones de poder en Asia. Los chinos están construyendo refugios subterráneos para submarinos en la isla de Hainan y desarrollando misiles antibuque. Estados Unidos suministrará a Taiwán 114 misiles de defensa aérea Patriot y decenas de avanzados sistemas de comunicación militares. Los japoneses y surcoreanos se han tomado muy en serio la modernización general de sus flotas, con especial atención a los submarinos, y la India está reuniendo una gran armada. Todas estas acciones no son más que burdos intentos de inclinar el equilibrio del poder en su favor. Lo que tenemos ante nosotros es una carrera armamentista, con Asia como telón de fondo. Este es el panorama que se encontrará Estados Unidos cuando complete su retirada de Irak y Afganistán. Si bien ningún Estado asiático tiene ningún incentivo para entrar en guerra, el riesgo de que se produzcan incidentes en alta mar y fatales

errores de cálculo en cuanto al equilibrio del poder —que todos procuran ajustar continuamente— tenderá a aumentar con el tiempo y con la complejidad cada vez mayor del pulso militar.

Las tensiones en alta mar serán consecuencia de conflictos continentales, puesto que, como hemos podido comprobar, China está llenando vacíos y eso la hará enfrentarse, a su debido tiempo, con Rusia y la India. Los espacios vacíos del mapa se van llenando de gente, carreteras estratégicas y redes de tuberías para el transporte de energía, a lo que hay que sumar los buques en el mar, por no mencionar los círculos concéntricos de misiles que se solapan entre sí. Asia está convirtiéndose en una geografía cerrada en la que pronto habrá una «crisis de espacio», tal como apuntó Paul Bracken en 1999. Este proceso no ha hecho más que continuar, y esto conlleva un aumento de las fricciones.

Ahora bien, ¿cómo podría Estados Unidos mantener su compromiso militar al tiempo que trabaja para salvaguardar la estabilidad en Asia? ¿De qué manera puede proteger a sus aliados, limitar las fronteras de la Gran China y, a la vez, evitar un conflicto con esta? Si su economía sigue prosperando, China podría convertirse en una potencia en estado embrionario mucho mayor que cualquier otro adversario al que se haya enfrentado Estados Unidos en el siglo XX. Puede que actuar como contrapeso marítimo, tal como sugieren algunos, no sea del todo suficiente. Aliados importantes como Japón, la India, Corea del Sur y Singapur solicitan que la Armada y las Fuerzas Aéreas estadounidenses estén en «sintonía» con sus propias fuerzas, es decir, que pasen a formar parte integral del paisaje continental y marítimo, antes que limitarse a vigilar desde algún lugar lejano, según me confesó en una ocasión un alto mandatario hindú.

Ahora bien, ¿cómo se materializa una sintonía de fuerzas en alta mar y en el anillo continental de Eurasia, según la definición de Spykman? Un plan que circuló por el Pentágono en 2010, esboza una cartografía naval estadounidense del siglo XXI que procura «contrarrestar el poder estratégico chino [...] sin una confrontación militar directa». Y todo ello mientras se concibe una reducción de los efectivos de la Armada estadounidense, que pasará de los 280 buques actuales a 250, y un recorte del 15 % en los gastos de defensa. El plan fue diseñado por Pat Garrett, coronel retirado de la Armada estadounidense, y merece la pena explicarlo, puesto que introduce en la ecuación del anillo continental eurasiático la importancia estratégica de Oceanía, precisamente en un momento en el que la presencia militar de Estados Unidos en la isla de Guam aumenta de manera significativa.

Las islas de Guam, Palaos y las Marianas del Norte, Salomón, Marshall y las Carolinas son todas o bien territorios estadounidenses, o confederaciones que tienen acuerdos de defensa con Estados Unidos, o Estados independientes que, debido a su pobreza, podrían estar abiertos a acuerdos de este tipo. La posición de Estados Unidos en Oceanía es el resultado de la repartición posterior a la Guerra hispano-estadounidense de 1898 y de la sangre que vertieron los marines cuando liberaron estas islas del yugo japonés durante la Segunda Guerra Mundial. La importancia de Oceanía aumentará gracias a que se encuentra suficientemente próxima a Asia oriental y al mismo tiempo se halla fuera de la burbuja de negación de área, actualmente en proceso de expansión a causa del emplazamiento por parte de China de misiles DF-21 y misiles antibuque más avanzados. Las futuras bases de Oceanía no son excesivamente provocadoras, a diferencia de las que se encuentran en las «torres de vigilancia» de Japón, Corea del Sur y (hasta la década de 1990) Filipinas. Guam está a tan solo cuatro horas de vuelo de Corea del Norte y a dos días de viaje en barco de Taiwán. Asimismo, cabe destacar que, tratándose de posesiones de Estados Unidos, o de territorios funcionalmente dependientes de este para el buen desarrollo de sus economías locales, el país norteamericano puede hacer enormes inversiones en defensa en alguno de ellos sin miedo a ser desalojado.

La base aérea de Andersen, en Guam, es la plataforma mundial más prominente para la proyección del poder duro de Estados Unidos. Con 100 000 bombas y misiles y 250 millones de litros de combustible para reactores disponibles en todo momento, constituye la mayor base aérea de repostaje estratégico de las Fuerzas Aéreas estadounidenses. Sus pistas están llenas de largas hileras de Globemasters C-17, Hornets F/A-18 y otros aviones por el estilo. Guam también acoge una escuadra de submarinos estadounidenses y una base naval en expansión. Tanto Guam como las cercanas islas Marianas, todas ellas territorio estadounidense, se encuentran casi a la misma distancia de Japón que del estrecho de Malaca.

Tampoco hemos de olvidar el potencial estratégico de la punta sudoeste de Oceanía, representado por los fondeaderos en alta mar de las islas Ashmore y Cartier —ambas posesiones australianas— y el litoral adyacente de la propia Australia occidental, desde Darwin hasta Perth, con vistas a la parte inferior del archipiélago indonesio y el Océano Índico, el cual está emergiendo como centro neurálgico de la economía mundial, y a través del cual se transporta petróleo y gas natural desde Oriente Medio hasta la floreciente clase media de Asia oriental. La Armada y las Fuerzas Aéreas

estadounidenses, de acuerdo con el plan de Garrett, aprovecharían la geografía de Oceanía para constituir «una presencia regional en potencia» ubicada «justo por encima del horizonte», desde las fronteras virtuales de la Gran China y las principales rutas marítimas de Eurasia.^[57] Una «presencia regional en potencia» es una variante del concepto «flota en potencia» que el estratega naval británico Julián Corbett utilizó hace cien años, y que hace referencia al conjunto de barcos diseminados que pueden reagruparse con rapidez en caso de necesidad para formar una flota, mientras que «justo por encima del horizonte» refleja la confluencia de la participación y el equilibrio de los poderes locales desde bases militares estratégicas en un concierto de poderes.^[58]

La idea del afianzamiento de la presencia naval y aérea de Estados Unidos en Oceanía representa una solución intermedia entre su empeño en resistirse a la Gran China a cualquier precio y su voluntad de consentir que esta adquiera en el futuro un cierto protagonismo naval que la legitime a patrullar la primera cadena de islas, y al mismo tiempo le exigiría un alto precio por la agresión militar a Taiwán. Sin manifestarlo claramente, esta visión nos permite imaginar un mundo en el cual las bases estadounidenses «heredadas» en cierto modo se limitarían a la primera cadena de islas, si bien los buques y aviones norteamericanos continuarían patrullando la zona, tanto dentro como fuera de la burbuja de negación de área de China. Mientras tanto, el plan prevé una expansión importante de la actividad naval estadounidense en el Océano Índico. Para alcanzar este objetivo, Estados Unidos no habrá reforzado sus bases, sino que habrá establecido «centros de operaciones» y acuerdos de defensa con Singapur, Brunéi y Malasia, y en las naciones insulares diseminadas por el Océano Índico, como las Comoras, las Seychelles, Mauricio, Reunión, las Maldivas y Andamán, entre las cuales algunas se encuentran bajo la administración directa o indirecta de Francia y la India, países aliados de Estados Unidos. Este hecho favorece la libre navegación en Eurasia, así como que haya flujos de energía sin obstrucciones. El plan reduce el peso de las bases norteamericanas existentes en Japón y Corea del Sur, y diversifica la presencia de Estados Unidos en Oceanía para desviar la tremenda presión que soporta Guam y, por lo tanto, alejarse de las bases «principales», que suponen un objetivo fácil. En una época de soberanías complicadas, defendidas por medios de comunicación inestables, el refuerzo de las bases extranjeras suscita el rechazo de las poblaciones locales. Guam, como territorio estadounidense, constituye la excepción. Estados Unidos experimentó este tipo de contratiempos en el uso de las bases

que había establecido en Turquía con anterioridad a la Guerra de Irak de 2003, y durante un breve período de tiempo con las bases japonesas en 2010. En la actualidad, la presencia del ejército estadounidense en Corea del Sur sufre menos acoso, debido principalmente a la reducción del número de soldados estacionados en el país, que ha pasado de 38 000 a 25 000 en los últimos años, a la vez que el ejército norteamericano ha abandonado en gran medida el centro de Seúl.

En cualquier caso, el control que Estados Unidos ejerce sobre la primera cadena de islas empieza a debilitarse. Las poblaciones autóctonas simpatizan cada vez menos con las bases extranjeras, al tiempo que una China emergente, que actúa como fuerza tanto intimidante como de atracción, puede complicar las relaciones bilaterales de Estados Unidos con sus aliados del Pacífico. Algo que se veía venir. Para entendernos, la crisis diplomática entre Estados Unidos y Japón de 2009-2010, en la que un gobierno japonés nuevo y poco experimentado quiso replantear la relación bilateral en beneficio de Tokio a la vez que mencionó la posibilidad de estrechar sus lazos con China, tendría que haber estallado unos cuantos años antes. La posición trascendental que Estados Unidos ocupa en el Pacífico es un legado obsoleto de la Segunda Guerra Mundial, que devastó China, Japón y Filipinas; del mismo modo que tampoco puede durar para siempre la división de Corea, resultado de un conflicto que terminó hace seis décadas y otorgó a Estados Unidos una posición dominante en la península.

Entretanto, una Gran China emerge política y económicamente en el centro y este de Asia y en el oeste del Pacífico, con una presencia naval significativa en los mares de Japón y de China Meridional, al mismo tiempo que Pekín se involucra en proyectos de construcción de puertos y traslado de armas en el litoral del Océano Índico. Solamente una importante tormenta política y económica en el interior de China podría alterar esta tendencia. No obstante, es posible que al otro lado de las fronteras de esta nueva potencia aguarde una hilera de barcos de guerra estadounidenses, la mayoría de ellos procedentes de los cuarteles generales de Oceanía, asociados con buques de guerra de la India, Japón y otras democracias, que no pueden resistirse a la influencia china, aunque al mismo tiempo se ven forzadas a neutralizarla. Con el tiempo, la fuerza naval china podría acabar siendo menos territorial a medida que creciera su confianza y, de este modo, podría acabar integrada en esta estructura de alianzas. Además, según apuntaba el politólogo Robert S. Ross en un artículo de 1999, tan relevante hoy como lo fue en su día, gracias a la geografía específica de Asia oriental, la lucha entre Estados Unidos y

China será más estable que la que se dio con la Unión Soviética, y ello es debido a que el poder marítimo estadounidense no logró frenar a la Unión Soviética durante la guerra fría, ya que para ello también se hubiera precisado una importante potencia continental en Europa. Ahora bien, incluso en el caso de crearse una Gran Corea ligeramente prochina, dicha fuerza terrestre no sería necesaria en el anillo continental de Eurasia, en el que la Armada estadounidense se enfrentaría a la china, mucho más débil.^[59] (El volumen de las fuerzas terrestres de Estados Unidos en Japón se reduce y, en cualquier caso, no están orientadas hacia China, sino hacia Corea del Norte.)

Aun así, el solo hecho del poder económico de China —cada vez más acompañado del poder militar— alcanzará un grado de tensión crucial en los años venideros. Parafraseando el razonamiento que hace Mearsheimer en *The Tragedy of Great Power Politics*, Estados Unidos, como potencia hegemónica del hemisferio occidental, intentará impedir que China se convierta en la potencia hegemónica de gran parte del hemisferio oriental.^[60] Esta podría constituir la trama más significativa de nuestra era. Mackinder y Spykman no se sorprenderían de ello.

El dilema geográfico de la India

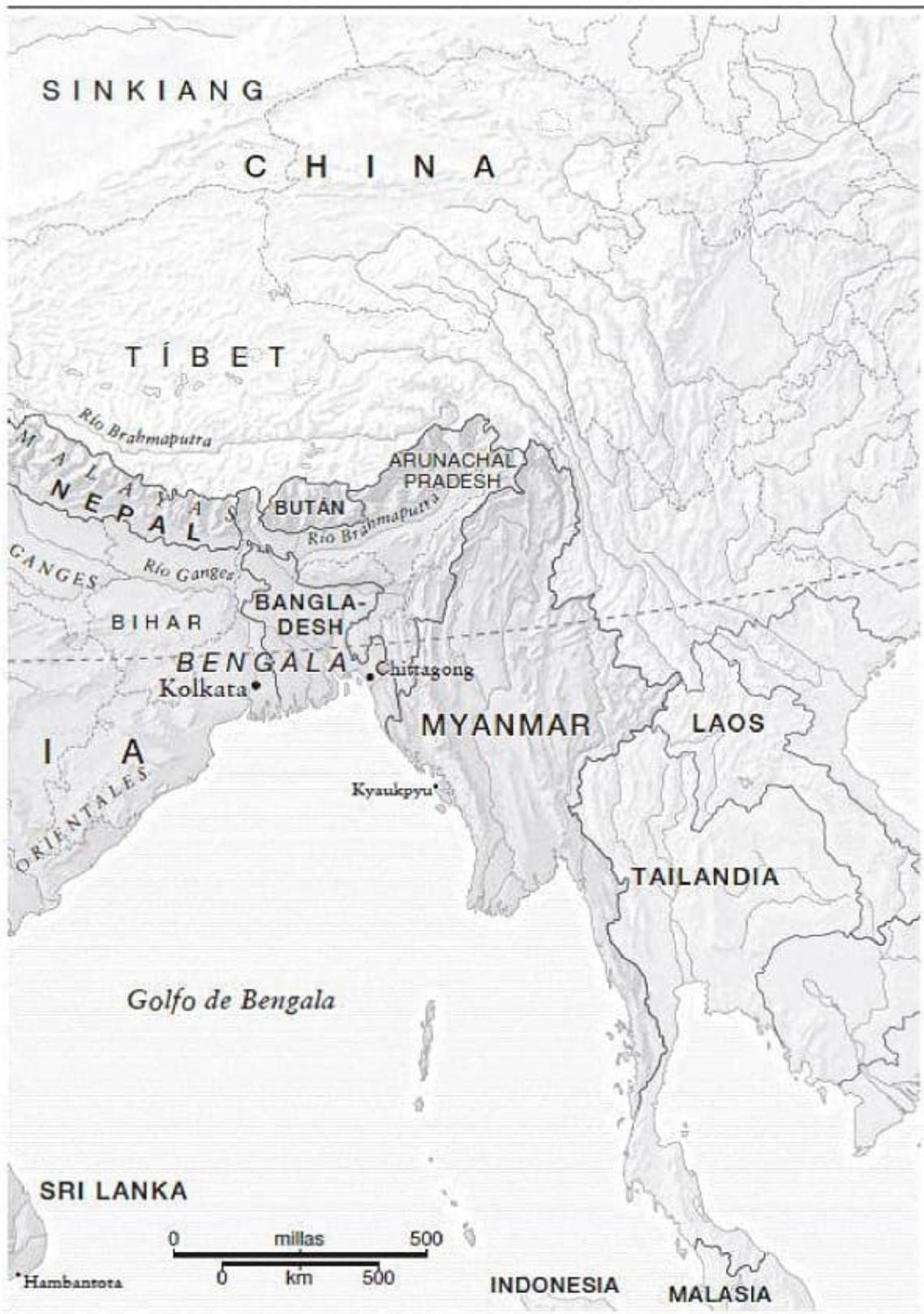
A medida que Estados Unidos y China se vayan convirtiendo en potencias rivales, el lado hacia el que se incline la India podría determinar el curso de la geopolítica de Eurasia en el siglo XXI. En otras palabras, la India se perfila como el último Estado pivote. De acuerdo con Spykman, es una potencia del anillo continental en toda regla. Mahan señaló que la India, situada en el centro del litoral del Océano Índico, es fundamental para el acceso al mar tanto de Oriente Medio como de China. Mientras que por un lado la clase política india conoce profundamente el contexto histórico y geográfico de Estados Unidos, por otro, la clase política norteamericana no posee esos mismos conocimientos de la India. Además, si Estados Unidos no logra desentrañar la altamente inestable geopolítica de la India, especialmente en todo lo que respecta a Pakistán, Afganistán y China, no sabrá encauzar esta relación de manera adecuada. La historia y la geografía de la India constituyen, desde los albores de la humanidad, el código genético de cómo se ve el mundo desde Nueva Delhi. Por ese motivo empezaremos situando el subcontinente indio en el contexto general de Eurasia.

Con Rusia dominando la masa continental eurasiática, aunque escasamente poblada, las cuatro grandes concentraciones de población de este supercontinente se encuentran en sus periferias: Europa, la India, el Sudeste Asiático y China. Tal y como apuntó en 1917 el geógrafo James Fairgrieve, las civilizaciones china y europea crecieron de forma orgánica hacia el exterior desde sus respectivas cunas en el valle de río Wei y el Mediterráneo.

[1] La evolución de la civilización del Sudeste Asiático fue más compleja. Los pyu y los mon, seguidos por birmanos, jemerés, siameses, vietnamitas y malayos, entre otros —que a su vez se veían influenciados por las

migraciones procedentes del sur de China—, se agruparon a lo largo de los valles de ríos como el Irrawady y el Mekong, así como en las islas de Java y Sumatra. La India es un caso completamente distinto. Al igual que China, la India posee lógica geográfica, ya que está rodeada por el mar Arábigo al oeste y el sudoeste, por el golfo de Bengala en el este y sudeste, por la jungla montañosa birmana en el este y por el Himalaya y el nudo de Karakórum y el Hindú Kush al norte y noroeste. La India, también al igual que China, posee un vasto territorio interior. Sin embargo, en menor medida que China, carece de un semillero singular de organización demográfica, como por ejemplo el valle del río Wei y el curso inferior del río Amarillo en China, desde el cual un sistema de gobierno pudiera expandirse en todas las direcciones.

Ni siquiera el valle del río Ganges fue capaz de proporcionar la plataforma adecuada para la expansión de un Estado indio unitario hacia el vasto interior del sur peninsular del subcontinente. De hecho, varios de los sistemas fluviales del subcontinente, además del Ganges —Brahmaputra, Narmada, Tungabhadra, Kaveri, Godavari y otros—, lo dividen aún más. El delta del Kaveri, por ejemplo, representa el corazón donde prosperan los pueblos dravídicos, del mismo modo que el Ganges lo es para las gentes de habla hindi.^[2] Por otra parte, la India tiene (junto con el Sudeste Asiático) el clima más cálido y el paisaje más variado y exuberante de todos los núcleos demográficos de Eurasia y, por lo tanto, sus habitantes, según afirma Fairgrieve, no necesitaban crear estructuras políticas para la administración de recursos, al menos no en la medida en que los chinos de la zona templada y los europeos lo hicieron. Este último aspecto puede parecer, por supuesto, determinista en exceso, y quizá intrínsecamente racista en su extrema simplicidad: una característica de la época en la que escribió Fairgrieve. Aunque, al igual que en el caso de Mackinder, a quien le preocupaba el «peligro amarillo» que supuestamente representaba China, el amplio análisis sobre la India de Fairgrieve es esencialmente válido, a la vez que revelador.



Si bien, obviamente, ha desarrollado su propia civilización, el subcontinente indio, debido a las razones mencionadas anteriormente, no ha tenido la unidad política que ha disfrutado China durante gran parte de su historia, en tanto que estuvo abierto a las grandes invasiones desde el

noroeste, la menos definida y protegida de sus regiones fronterizas, lugar en el que la India se encuentra peligrosamente cerca de las estepas de Asia Central y la meseta iraní, donde viven sus civilizaciones de zona templada, más «viriles».^[3] La generosa fecundidad que caracteriza la llanura del Punjab, favorecida por precipitaciones no muy excesivas y regada por el río Indo y sus afluentes, en el lugar preciso donde la meseta iraní desciende hasta el nivel del suelo del subcontinente, fue lo que motivó estas invasiones a lo largo de la historia. Y precisamente esas excesivas invasiones e incursiones desde el oeste y Asia Central perjudicaron, hasta bien entrada la época moderna, la búsqueda de unidad y estabilidad en el subcontinente. Como comentó Mackinder en una de sus conferencias: «En el Imperio británico solo hay una frontera continental en la que tiene que estarse siempre preparado para la guerra. Y esa frontera es la del noroeste de la India».^[4]

Las ventajas y desventajas de la India, que aspira a ser una gran potencia a principios del siglo XXI, son aún atribuibles a su geografía. Según señalaba el desaparecido historiador Burton Stein, la extensión de la India en los mapas de la época medieval abarcaba partes de Asia Central e Irán, al mismo tiempo que solo existía una exigua conexión entre el valle del Indo, en el noroeste, y la India peninsular, al sur del Ganges.^[5] De la misma manera que la China actual representa la exitosa culminación de la relación entre las estepas de Asia interior y las planicies aluviales del corazón continental chino, las zonas en penumbra de las grandes altitudes influyeron profundamente en la India durante milenios; son territorios que, a diferencia de China, aún tiene que dominar, por lo que la India sigue siendo una potencia menor.

Los lazos que unen la India subcontinental con el sudeste de Afganistán son obvios debido a su vecindad, aunque los vínculos que mantiene con las estepas de Asia Central y la meseta iraní son igualmente fuertes. La India e Irán han compartido la difícil situación de encontrarse en el extremo del territorio sobre el que los mogoles de Asia Central lanzaban sus ataques, aunque también es cierto que la vitalidad de la cultura iraní, alentada por invasiones desde la época de los aqueménidas (entre los siglos VI y IV a. C.), contribuyó a que el persa fuera la lengua oficial de la India hasta 1835.^[6] Los emperadores mogoles de la India de los siglos XVI y XVII «personificaron la cultura persa, —apuntaba el también desaparecido historiador K. M. Panikkar—, celebraban el Nauroz [el Año Nuevo persa] con fiestas tradicionales y popularizaron las técnicas artísticas persas».^[7] Por otra parte, el urdu, lengua oficial de Pakistán —Estado que ocupa el cuadrante noroccidental del subcontinente indio— se apoya fuertemente en el persa (así como en el árabe)

y se escribe con caracteres árabes modificados.^[8] Por lo tanto, la India es un subcontinente a la vez que una extremidad vital del Gran Oriente Medio, lo cual nos ayuda a comprender el verdadero significado de lo que William McNeill llamaba la mezcla y fusión de civilizaciones.

La clave para entender la India es la constatación de que, si bien como subcontinente posee sentido geográfico, sus límites naturales son, no obstante, muy vulnerables en algunos lugares, de ahí que a lo largo de la historia se haya dividido en Estados que no encajan en nuestra idea espacial de la India, rebasándola incluso. De hecho, el Estado indio actual todavía no se ajusta a las fronteras del subcontinente, y este es el quid del dilema: Pakistán, Bangladesh y, en menor grado, Nepal también están dentro del subcontinente y representan una seria amenaza para la seguridad de la India, puesto que le arrebatan una energía política vital que de otro modo podría aprovechar para proyectar su poder sobre gran parte de Eurasia.

No es que los asentamientos humanos desde los primeros tiempos no se hayan adaptado a la geografía subcontinental, sino más bien que su geografía es compleja, sobre todo en el noroeste, y cuenta una historia diferente de la que el mapa revela a simple vista. El mapa físico muestra una franja marrón de montañas y mesetas que delimitan perfectamente los fríos páramos del centro de Asia de las tierras verdes y tropicales del subcontinente a lo largo de la actual frontera entre Afganistán y Pakistán. El descenso desde Afganistán hasta el río Indo, que fluye longitudinalmente a través del centro de Pakistán, es muy gradual, de modo que durante milenios, culturas similares entre sí como la harappa, la kushán, la túrquica, la mogola, la indopersa, la indoislámica o la pastún, por nombrar solo algunas, ocuparon las altas mesetas, así como las tierras bajas y las llanuras fluviales. Por no mencionar los desiertos alcalinos de Makrán y Beluchistán, que enlazan Irán con el subcontinente, o el tráfico marítimo medieval que unía Arabia con la India gracias a los predecibles vientos del monzón. «La frontera de Al-Hind», como llama a toda la región el profesor André Wink, experto en Asia meridional —utilizando un término árabe—, que se extiende desde el este de Irán hasta la India occidental, dominada por poblaciones musulmanas persianizadas, ha sido a lo largo de la historia un organismo cultural fluido, por lo que definir las fronteras del Estado resulta intrínsecamente problemático.^[9]

El mapa de la civilización harappa, una compleja red de jefaturas tribales bajo un control central, que perduró desde finales del cuarto milenio hasta mediados del segundo milenio antes de Cristo, es revelador. Según los descubrimientos arqueológicos, las dos ciudades más importantes fueron

Harappa y Mohenjo-Daro, ambas ubicadas a lo largo del Indo, en la parte alta de la provincia de Sind; por ello, el río Indo no fue tanto una frontera que separaba el subcontinente de Asia interior, sino que representó la cuna de una civilización. Los contornos de la civilización harappa se extendían desde Beluchistán hasta Cachemira, al noreste, y hasta Delhi y Mumbai (la ciudad antes conocida como Bombay), al sudeste, bordeando el desierto de Thar; es decir, que casi llegaba a los actuales Irán y Afganistán, abarcaba gran parte de Pakistán y se adentraba en el noroeste y el oeste de la India. Se trataba de una compleja geografía de asentamientos que se concentraba en los entornos en los que era posible el riego, lo que proporciona una idea de cómo un vasto subcontinente puede tener varias subdivisiones naturales.

Es posible que los arios hubieran entrado poco a poco desde la meseta iraní y hubieran formado, junto con los habitantes autóctonos del subcontinente, parte de un proceso que consolidó la organización política de la llanura del Ganges, en el norte de la India, alrededor del año 1000 a. C. Esto condujo al establecimiento de varias monarquías entre los siglos VIII y VI a. C., sistema que culminó con el Imperio nanda, que en el siglo IV a. C. se extendía por el norte de la India y la llanura del Ganges, desde el Punjab hasta Bengala. En el año 321 a. C., Chandragupta Maurya derrocó al rey Dhana Nanda y fundó el Imperio Maurya, que llegó a ocupar la mayor parte del subcontinente, excepto el sur profundo, y por lo tanto, por primera vez en la historia se alentó la idea de la India como una entidad política que se ajustaba a la geografía del sur de Asia. Burton Stein sugiere que la fusión de tantas ciudades-estado y jefaturas tribales en un sistema único y coherente se debió, además de al «florecente comercio» interno, a la amenaza que representaba Alejandro Magno, quien hubiera podido conquistar el valle del río Ganges de no haber tenido que hacer frente al motín de sus soldados en 326 a. C. Otro factor que contribuyó a la unificación, según Stein, fue la aparición de las nuevas ideologías pansubcontinentales del budismo y el jainismo, las cuales «captaron la lealtad de los comerciantes».^[10]

Los emperadores de la dinastía Maurya abrazaron el budismo y gobernaron su imperio utilizando prácticas imperiales griegas y romanas, que habían llegado a la India a través de la ruta vertebral de la migración en la zona templada, procedente de la cuenca egea y de Asia occidental. Sin embargo, fue necesario hacer ingeniosos malabarismos para mantener unido el Imperio Maurya. Kautilia (también conocido como Chanakia), supuestamente consejero de Chandragupta, escribió un clásico de la literatura política, el *Arthashastra* o «el libro del Estado», que describe el modo en el

que un conquistador puede crear un imperio explotando las relaciones entre varias ciudades-estado: cualquier ciudad-estado que linda con otra debe ser considerada enemiga y tendrá que ser sometida durante la construcción del imperio, mientras que una ciudad-estado alejada, que linde con un enemigo, debe ser considerada amiga. Dado que mantener unido un imperio de grandes dimensiones era sumamente difícil, Kautilia apostaba por los complejos sistemas de alianzas y por la benevolencia con el súbdito conquistado, que debía conservar su estilo de vida.^[11] En tiempos de Ashoka, nieto de Chandragupta, el Imperio Maurya se basaba en un gobierno descentralizado, por así decirlo, que contaba con una masa continental en la llanura oriental del Ganges y con cuatro centros regionales: Taxila en el noroeste, en las afueras de la capital pakistaní de Islamabad; Ujjain en la meseta de Malwa, en la India centro-occidental; Suvarnagiri en el estado indio meridional de Karnataka; y Kalinga que se extendía a lo largo del golfo de Bengala, al sur de Kolkata (antes conocida como Calcuta).

Fue un logro extraordinario que, en una época tan temprana de la historia de la humanidad en la que solo se disponía de medios de transporte y comunicaciones primitivos, un imperio pudiera abarcar tanta extensión dentro del subcontinente. Los Maurya demostraron el potencial que para un solo Estado tiene emplear la lógica geográfica en un área de vastas dimensiones durante bastante tiempo. Por desgracia, la decadencia del Imperio Maurya conllevó las invasiones procedentes del noroeste, especialmente a través del paso Jáiber: los griegos en el siglo II a. C. y los escitas en el siglo I a. C., lo cual llevó a una nueva división del subcontinente en dinastías regionales: Sunga, Pandyan, Kuninda, etcétera. El Imperio kushán surgió en el siglo I d. C., en Bactria, donde el norte de Afganistán limita con Tayikistán y Uzbekistán, y sus emperadores indoeuropeos conquistaron territorios desde el valle de Ferganá, en el corazón demográfico de Asia Central, hasta Bihar, en el noreste de la India. El mapa del Imperio kushán resulta impresionante para la sensibilidad moderna, ya que abarca la antigua Asia Central soviética, Afganistán y Pakistán, y la mayor parte de la llanura del Ganges en el norte de la India. Este imperio se extendía, por un lado, por los valles fluviales, pero por el otro, cruzaba cordilleras; por lo tanto, seguía, a la vez que contradecía, la geografía. Esto también constituye una importante lección, en tanto que las actuales fronteras podrían no indicar necesariamente una organización política definitiva en el centro y el sur de Asia.

El imperio de la dinastía Gupta (320-550 d. C.) devolvió cierta unidad al subcontinente, ya que gobernaba los territorios que se extendían desde el

Indo, en el oeste, hasta Bengala, en el este, y desde el Himalaya, en el norte, hasta la meseta del Decán, en el centro, aunque la mayor parte del sur se hallaba fuera de su control, de modo que sufrieron incursiones de los jinetes centroasiáticos que bajaban desde el noroeste hasta Rajastán y la llanura occidental del Ganges. Además, al igual que los Maurya, los Gupta controlaban, antes que un Estado unitario, un sistema débil de estados-cliente, unidos por el comercio y los impuestos en el corazón del Ganges. Fue precisamente desde el sur que no controlaban desde donde se extendió el hinduismo en dirección norte, hasta el Ganges. La India peninsular del sur, marcada de forma significativa por las lenguas dravídicas, a diferencia del norte, donde se hablaban las lenguas sánscritas, era una región propiamente dicha, separada del norte por la meseta del Decán y bajo la influencia marítima de Oriente Medio e Indochina. A lo largo de más de seis siglos, tras el declive de la dinastía Gupta —acelerado por el influjo de los hunos de Asia Central—, hubo una sucesión de pequeños Estados, un hecho que evidencia, una vez más, que la India no se parecía demasiado a China, dada la propensión de esta última a la centralización y unidad política. En efecto, los reinos que siguieron a los Gupta, en palabras de Stein, «se caracterizaron menos por la administración que por la lengua, las afiliaciones sectarias y los templos».^[12]

Según apunta Fairgrieve, desde el siglo VII hasta el XVI, los pueblos musulmanes penetraron sucesivamente en la India. «Los árabes, como era natural, llegaron primero por tierra y luego por vía marítima, en ambos casos siguiendo el litoral, aunque no lograron asentarse allí de manera permanente; después llegaron los turcos —prosigue Fairgrieve— a partir de un poco antes del año 1000 d. C., a través de la meseta iraní y Afganistán. En poco menos de un siglo, debido en gran parte a las rencillas entre los gobernantes hindúes, toda la llanura del norte había reconocido la doctrina de Mahoma».^[13] Beluchistán y Sind, en el sur, formaron parte de la misma «franja del desierto», que se extendía hasta Mesopotamia.^[14] A todos los efectos, el subcontinente indio se inscribió en el Gran Oriente Medio. Entre los aspectos más importantes cabe destacar que los árabes iraquíes ocuparon áreas de Sind, Punjab, Rajastán y Gujarat a principios del siglo VIII. Mahmud de Gazni, guerrero mameluco acuartelado en Afganistán oriental, unificó en su imperio de principios del siglo XI el actual Kurdistán iraquí, Irán, Afganistán, Pakistán y el noroeste de la India hasta Delhi, y atacó Gujarat en el sur, en el mar Arábigo. Desde el siglo XIII hasta inicios del xvi, el que se conoció como sultanato de Delhi mantuvo su dominio en el norte de la India y en zonas del

sur, a través de las dinastías túrquica Tughluq, la afgana Lodi y otras dinastías provenientes de Asia Central.

Para estos invasores, la elección de Delhi como capital de la India fue, en gran medida, una de las funciones de la geografía. Como observa Fairgrieve, «Sind y el valle del río Indo, incluyendo el Punjab [...] forman la antesala de la India, a la que se llega a través de un paso relativamente estrecho, de unos 250 kilómetros de ancho, entre el desierto indio y la cordillera del Himalaya. A la salida de este paso se sitúa Delhi».^[15] a espaldas de Delhi estaba el mundo islámico; por delante, el hindú. (En aquella época, el budismo prácticamente había desaparecido de la India, su lugar de origen, y se había desplazado hacia el este y el noreste.) La geografía ha determinado que el noroeste del subcontinente no sea tanto una frontera fija como una interminable serie de gradaciones, que empiezan en Irán y Afganistán y terminan en Delhi. Todo lo cual refrenda, una vez más, la idea de McNeill acerca de la gran historia de la civilización humana.

El Imperio mogol de la India fue una expresión cultural y política de dicha realidad. Pocos imperios han presumido del eclecticismo artístico y religioso de los mogoles. Gobernaron enérgicamente la India y zonas de Asia Central desde principios del siglo XVI hasta 1720 (después de lo cual el imperio decayó rápidamente). *Mogol* es la forma árabe y persa de *mongol*, término aplicado a todos los musulmanes extranjeros llegados del norte y noroeste de la India. El imperio lo fundó Zahir-ud-din-Muhammad Babur, un turco chughtai que nació en 1483 en el valle de Ferganá, en el actual Uzbekistán, y que dedicó los primeros años de su juventud a la captura de Tamerlán (la actual Timur), la antigua capital de Samarcanda. Después de que el kan Muhammad Shaybani, descendiente de Gengis, le infligiera una derrota decisiva, Babur y sus seguidores se dirigieron hacia el sur y capturaron Kabul, ciudad desde donde Babur lanzó sus tropas a la conquista del subcontinente indio, desde la alta meseta de Afganistán hasta el Punjab. El Imperio mogol o timúrida, consolidado bajo el mandato de Akbar el Grande, nieto de Babur, disponía de una nobleza compuesta de rajputs, afganos, árabes, persas, uzbekos y turcos chughtai, así como de indios suníes, chiíes e hindúes, por no mencionar otros grupos que se solapaban; un mundo étnico y religioso que empezaba en el sur de Rusia, y se extendía hacia el noroeste, y alrededor del Mediterráneo, hacia el oeste.^[16] La India fue en gran medida un depositario de las tendencias culturales y políticas que se apuntaban en el vecino Oriente Medio.

Kabul y Kandahar fueron una extensión natural de esa venerable dinastía con sede en Delhi, a diferencia de la zona más meridional, cercana a la actual Bangalore —la capital de la tecnología punta de la India—, de marcado carácter hindú. El emperador mogol Aurangzeb, el «conquistador del mundo», nombre que adoptó cuando subió al trono y bajo cuyo mandato, a finales del siglo XVII, el Imperio mogol alcanzó el cénit de su expansión, era un anciano que a sus ochenta años todavía luchaba contra los insurgentes del Imperio Maratha en el sur y oeste de la India. Murió en 1707, en su campamento de la meseta del Decán, incapaz de someterlos. El Decán, en palabras de Panikkar, «constituyó siempre la gran muralla intermedia de la India», que no pudo ser sometido por los pueblos del valle del Ganges. Además, la corriente de dirección oeste-este de los ríos en un subcontinente orientado de norte a sur, complicó la conquista del sur por parte del norte hasta un período histórico relativamente tardío, tal como demuestra la experiencia de Aurangzeb. En pocas palabras: no hay demasiados aspectos geográficos que faciliten la comunicación entre el norte y el sur de la India.^[17] De hecho, fue la larga y persistente insurgencia del sur la que socavó la cohesión y la moral de la élite mogol del norte. La obsesión de Aurangzeb con los valientes guerreros Maratha —que desvió su atención de los problemas que surgían en otras partes del imperio— facilitó el afianzamiento de las compañías holandesa, francesa y británica de las Indias Orientales en la costa, lo que finalmente llevó a la dominación británica de la India.^[18]

Abundando en la cuestión, la situación de Aurangzeb era la misma que la de los soberanos que habían reinado en Delhi durante siglos, e incluso comparable a la de gobernantes aún más antiguos que se remontaban a los albores de la historia del subcontinente. Es decir, la vasta región que actualmente abarca el norte de la India, junto con Pakistán y gran parte de Afganistán, tradicionalmente se encontraba bajo el dominio de un gobierno único, a pesar de la cuestionada soberanía sobre el sur de la India. De ahí que para las élites indias no solo sea algo natural, sino también históricamente justificado, pensar que tanto Pakistán como Afganistán forman parte del territorio. La tumba de Babur se encuentra en Kabul, no en Delhi. Esto no significa que la India tenga intereses territoriales en Afganistán, sino que a Nueva Delhi le preocupa sobremanera quién gobierna en Afganistán y desea asegurarse que este sea amigo de la India.

Los británicos, a diferencia de los anteriores gobernantes de la India, representaban un poder mucho más marítimo que terrestre, por lo que pudieron conquistarla al hacerlo desde el mar, como lo demostraron las presidencias de Mumbai, Madrás y Kolkata, que se convertirían en los núcleos de su gobierno. Por consiguiente, fueron los británicos quienes, después de más de dos mil años de invasiones y migraciones desde el oeste y el noroeste, devolvieron a la India, en forma de concreción política, su realidad geográfica fundamental: que ciertamente es un subcontinente. Y nada mejor que un mapa de la India de 1901 para dejar constancia de ello. En él se puede observar un amplio entramado de líneas de ferrocarril de construcción británica que se extiende como un sistema de arterias por todo el subcontinente, desde la frontera afgana hasta el estrecho de Palk, cerca de Ceilán, en el sur profundo, y desde Karachi, en el oeste, en el actual Pakistán, hasta Chittagong, en el este, en la actual Bangladesh. La tecnología ha permitido que el vasto territorio interior se unificara finalmente bajo un solo sistema de gobierno, en lugar de estar dividido entre varios, o administrado por un débil sistema imperial de alianzas.

Es cierto que los mogoles (junto con la Confederación Maratha en una época más próxima, aunque en menor medida) fueron los precursores de este logro, gracias a su capacidad para dirigir con habilidad gran parte del subcontinente. Sin embargo, el gobierno mogol, por brillante que fuera, no dejó de representar una nueva invasión musulmana desde el noroeste, la cual hasta el día de hoy sigue siendo denigrada por los nacionalistas hindúes. A pesar de todo, Gran Bretaña, el poder marítimo, se mostró neutral en el desarrollo de la trama histórica entre hindúes y musulmanes, una trama que se fundamenta en la geografía, teniendo en cuenta que la mayor parte de los musulmanes de la India vivía tanto en el noroeste, de donde casi siempre habían llegado las invasiones, como en el este de Bengala, el extremo oriental de la llanura del Ganges, una región agrícola rica, donde el islam se extendió de la mano de las invasiones de los mogoles túrquicos del siglo XIII y la deforestación de los bosques.^[19]

Tal vez los británicos contribuyeron a unir el subcontinente indio a finales del siglo XIX y principios del XX por medio de una burocracia moderna y la construcción de un sistema ferroviario, pero su precipitada y caótica salida, en 1947, contribuyó a dividirlo de nuevo, esta vez de un modo más profundo y formalizado que cualquier desgajamiento imperial anterior. En el pasado, los lugares donde confluían, por poner un ejemplo, los indogriegos y el Imperio Gupta, o el Imperio mogol y la Confederación Maratha, no se traducían —tal

y como ocurre hoy en día en estas fronteras— en alambradas, campos de minas, pasaportes distintos y guerra mediática, los cuales pertenecen a una fase posterior de la tecnología. La brecha que existe en la actualidad es estrictamente legal y solo en parte cultural, provocada no tanto por la geografía como por las decisiones de los seres humanos.

En resumen, desde la perspectiva histórica de la India, Pakistán representa mucho más que un adversario que dispone de armas nucleares, o un Estado que patrocina el terrorismo y que posee un gran ejército convencional a las puertas de su casa. Pakistán, al noroeste de la India, donde las montañas se encuentran con la llanura, es la personificación geográfica y nacional de las invasiones musulmanas que han asolado la India a lo largo de su historia. Se cierne amenazador al noroeste, del mismo modo que hicieron las grandes fuerzas invasoras musulmanas en el pasado. «Pakistán —apunta George Friedman, fundador de la compañía privada de inteligencia Stratfor— es el remanente actual de la dominación musulmana sobre la India medieval», a la vez que el sudeste pakistaní es la primera región del subcontinente que ocuparon los invasores musulmanes árabes desde Irán y el sur de Afganistán. [20]

Que quede claro: los mandatarios indios no son antimusulmanes. India es el hogar de 154 millones de musulmanes, la tercera mayor población de esta etnia del mundo, después de Indonesia y Pakistán, y ha tenido tres presidentes musulmanes. No obstante, la India es una democracia secular en tanto que ha tratado de evitar la política religiosa con el fin de atenuar la división entre hindúes y musulmanes en un Estado predominantemente hindú. Una república islámica como Pakistán, por no mencionar sus elementos radicales, es en cierta forma una afrenta a los mismos principios liberales en los que se basa la India.

El hecho de que el temor de la India hacia Pakistán —y viceversa— sea algo existencial no debería de sorprender a nadie. Es cierto que la India podría derrotar a Pakistán en una guerra convencional; sin embargo, en un enfrentamiento nuclear o una guerra terrorista, Pakistán podría tener las mismas posibilidades que la India. No obstante, no todo queda ahí, ya que Pakistán no es el único país que, en cierto modo, representa la amenaza de una nueva invasión mogol, aunque sin el cosmopolitismo conciliador de estos; también hay que tener presente a Afganistán en tanto que, como ya sabemos, la frontera que separa Pakistán de Afganistán es en gran parte un espejismo, tanto hoy como a lo largo de la historia. Los peñascos y cañones de la provincia de la Frontera del Noroeste de Pakistán (oficialmente conocida como Jáiber Pastunjuá), limítrofe con Afganistán, son totalmente permeables.

Yo nunca la he cruzado de manera legal. Incluso por el puesto fronterizo oficial de Jáiber cruzan semanalmente decenas de miles de personas de etnia pastún sin mostrar documentos identificativos, mientras que cientos de camiones pakistaníes lo hacen a diario sin ningún tipo de inspección. La ausencia de trámites da fe no solo de que a ambos lados de la frontera existen las mismas tribus, sino también de la frágil naturaleza de los propios Estados afgano y pakistaní, cuya causa fundamental es su falta de coherencia geográfica como corazón de los continuos indo-islámico e indo-persa, a través de los cuales es casi imposible trazar una línea. Los imperios aqueménida, kushán, indo-griego, gaznávida y mogol, entre otros, incluyeron tanto Afganistán como Pakistán en sus dominios, los cuales o bien amenazaban a la India o se anexionaron parte de ella. Más tarde fueron el centroasiático Timur (Tamerlán) y el sah turcomano Nader el Grande quienes, en 1398 y en 1739 respectivamente, sometieron a Delhi desde sus bastiones imperiales en los actuales Irán, Afganistán y Pakistán.

Se trata de una rica historia poco conocida en Occidente, pero que sectores de la élite india tienen muy interiorizada. Cuando los indios miran los mapas del subcontinente, contemplan Afganistán y Pakistán, en el noroeste, del mismo modo que lo hacen con Nepal, Bután y Bangladesh, en el noreste, como parte de la esfera de influencia india, y a Irán, el golfo Pérsico, las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central y Myanmar como zonas de penumbra. Hacerlo de otro modo es, desde el punto de vista de Nueva Delhi, ignorar las lecciones de la historia y la geografía.

Tal y como evidencia este constante ir y venir imperial a lo largo de los siglos, Afganistán y su guerra no representan únicamente un problema más de seguridad al que la India tiene que hacer frente. Desde una perspectiva occidental, Afganistán forma parte de Asia Central; en cambio, para los indios, se inscribe en su subcontinente.^[21] La geografía concede a Afganistán una relevancia fundamental no solo por ser una de las principales rutas de invasión hacia la India —tanto para los terroristas de hoy en día como para los ejércitos de otras épocas—, sino porque constituye una base de retaguardia estratégica vital para Pakistán, principal enemigo de la India.

A pesar de que la lógica geográfica de la India no es perfecta, Pakistán, situado en ángulo recto con la ruta de entrada de las invasiones del pasado, no tiene absolutamente ninguna lógica geográfica en opinión de muchos, y Afganistán aún menos. Podría considerarse Pakistán la pieza artificial de un rompecabezas, a caballo entre la meseta afgano-iraní y las tierras bajas del subcontinente; una pieza que abarca la mitad occidental del Punjab, pero no la

oriental, y que une de forma caótica el Karakórum, en el norte (una de las montañas más altas del mundo), con el desierto de Makrán, en el sur, a casi 1500 kilómetros, cerca del mar Arábigo.^[22] Aunque el Indo debería ser una especie de frontera, el Estado pakistaní se extiende a ambas orillas. Pakistán es el hogar de cuatro grupos étnicos principales que se profesan hostilidad mutua y que viven separados, cada uno de ellos muy vinculado a una región específica: el Punjab al noreste, el Sind al sudeste, Beluchistán al sudoeste y la provincia de la Frontera del Noroeste, dominada por los pastunes. Se supone que el islam tenía que haber servido de elemento aglutinador para el Estado, pero ha fracasado estrepitosamente al respecto: si bien es cierto que los grupos islámicos pakistaníes se han radicalizado, los baluchis y los sindis siguen considerando este país como una entidad extranjera bajo el dominio despótico de los punjabíes, en tanto que los pastunes, en el noroeste, se sienten más atraídos por la política de la frontera afgano-pakistaní, tan contaminada por los talibanes. Sin el ejército preeminentemente punjabí, Pakistán podría dejar de existir y quedar reducido a una mínima expresión dentro de un Gran Punjab islámico, con las regiones semianárquicas de Beluchistán y el Sind cada vez más cerca del área de influencia de la India.

Fundado en 1947 por Muhammad Ali Jinnah, intelectual nacido en la presidencia de Mumbai, hijo de un comerciante de Gujarat y educado en Londres, Pakistán se construyó sobre una premisa ideológica: la de una patria para los musulmanes del subcontinente indio. Y era cierto, la mayoría de los musulmanes del subcontinente vivían en el este y el oeste de Pakistán (que se convirtió en Bangladesh en 1971); sin embargo, decenas de millones de musulmanes permanecieron en la India, por lo que las contradicciones geográficas de Pakistán hicieron que su ideología fuese sumamente imperfecta. De hecho, millones de musulmanes e hindúes se convirtieron en refugiados tras la creación de Pakistán. La realidad es que el historial de invasiones y migraciones del subcontinente favorece una generosa mezcla étnica, religiosa y sectaria. Por ejemplo, la India es la cuna de varias religiones: el hinduismo, el budismo, el jainismo y el sijismo. Zoroastrianos, judíos y cristianos han vivido en esas tierras durante siglos y milenios. La filosofía del Estado indio acepta esta realidad y la celebra, en cambio la del Estado pakistaní es mucho menos integradora, lo que explica en parte por qué la India es estable y Pakistán no.

Con todo, la geografía es susceptible de diferentes interpretaciones en este caso. Desde otra perspectiva, Pakistán tiene un sentido geográfico indiscutible como intermediario cultural y canal de rutas comerciales que conectan el

subcontinente con Asia Central, el corazón del mundo indo-islámico. Dado que el concepto de André Wink acerca del *Al-Hind* indo-islámico es difícil de definir según las fronteras modernas, podríamos preguntarnos por qué consideramos Pakistán más artificial que la India. Al fin y al cabo, Lahore en Pakistán fue un filón del dominio mogol tanto como Delhi en la India. El verdadero corazón geográfico de la llanura subcontinental septentrional es el Punjab, que, al dividirse entre ambos países, les niega su unidad, tanto histórica como geográfica. Así como el norte de la India resulta del núcleo demográfico del Ganges, podría decirse que Pakistán surge de ese otro núcleo demográfico vital, el Indo y sus afluentes. Desde este punto de vista, el Indo no constituye un elemento divisor, sino unificador.^[23] Aunque donde mejor se explica es en la obra de Aitzaz Ahsan, *The Indus Saga and the Making of Pakistán*. Miembro del Partido del Pueblo Pakistaní de la desaparecida Benazir Bhutto, con sede en Sind, Ahsan sostiene que la «línea divisoria fundamental» a lo largo de la historia del subcontinente es el «saliente Gurdaspur-Kathiawar», una línea que se aproxima a la actual frontera entre la India y Pakistán y que se extiende desde Gurdaspur, en el Punjab oriental, y continúa hacia el sudoeste hasta Kathiawar, en Gujarat, en la costa del mar Árabe.^[24]

No obstante, aquí está el dilema. Durante los períodos relativamente breves de la historia en que la India y Pakistán estuvieron unidos —en tiempos de los Maurya, los mogoles y los británicos— no se cuestionaba quién dominaba las rutas comerciales en Asia Central (Afganistán y más allá). En la historia posterior, tampoco hubo ningún problema, pues a pesar de que imperios como el kushán, el gaznávida y el sultanato de Delhi no controlaron el Ganges oriental, en cambio sí lo hicieron en el caso del Indo y el Ganges occidental, de modo que Delhi y Lahore quedaban bajo el dominio de un solo gobierno, al mismo tiempo que Asia Central, así que nuevamente no había conflictos. Sin embargo, la geografía política actual es históricamente única: un Estado del valle del Indo y otro poderoso del Ganges luchan por el control de un territorio independiente de Asia Central.

Debido a que el Indo y sus afluentes, con el Punjab en el centro, es el núcleo demográfico de la región que se extiende del Indo al Oxus y en la que se inscriben actualmente Pakistán y Afganistán, en un sentido histórico o geográfico no resulta impropio que, por ejemplo, el ISI, el servicio de inteligencia pakistaní, dominado por punjabíes, tenga gran protagonismo en las operaciones terroristas y de contrabando de la red Haqqani, la cual, a su vez, actúa en toda la región. Al ISI le interesa controlar el sur y el este de

Afganistán, lo que permitiría que los territorios al norte del Hindú Kush llevaran a cabo una especie de fusión con la región del Oxus y la Transoxiana del sur de Uzbekistán y Tayikistán, es decir, un resurgimiento de la antigua Bactria. Ciertamente, el mapa de principios del siglo XXI podría parecer uno antiguo.

Detengámonos un momento en Afganistán, tan fundamental, como hemos visto, para las vicisitudes geopolíticas de la India a lo largo de la historia. La esperanza de vida es de cuarenta y cuatro años y la tasa de alfabetización es del 28 % (mucho menor en el caso de las mujeres) en un país donde solo el 9 % de las mujeres asisten a la escuela secundaria y donde solo una quinta parte de la población tiene acceso a agua potable. De un total de 182 países, Afganistán ocupa el penúltimo lugar en el índice de desarrollo humano de la ONU. Irak, en vísperas de la invasión de Estados Unidos de 2003, ocupaba el puesto 130, y su tasa de alfabetización alcanzaba un razonable 74 %. Mientras que en Irak la urbanización se sitúa en el 77 %, por lo que la reducción de la violencia en Bagdad y su periferia, tras el aumento de tropas de 2007, tuvo un efecto tranquilizador en todo el país, en Afganistán la urbanización solo alcanza el 30 %, lo que significa que los esfuerzos de la contrainsurgencia en un pueblo o una región puede que no tengan ningún efecto en otro.

Si Mesopotamia, con grandes conglomerados urbanos en un paisaje llano, es propicia para las fuerzas militares de ocupación, en cambio, Afganistán apenas puede considerarse un país en términos geográficos. Grandes cadenas montañosas atraviesan su territorio y ayudan a sellar las divisiones entre pastunes, tayikos y otras minorías, si bien es cierto que son comparativamente menos significativas que los obstáculos naturales que separan Afganistán de Pakistán, o Afganistán de Irán. Teniendo en cuenta que más de la mitad de los 42 millones de pastunes que hay en el mundo vive en Pakistán, a partir del mapa físico podríamos crear un país llamado Pastunistán, situado entre las montañas del Hindú Kush y el río Indo, que se solaparía con los Estados pakistaní y afgano.

Afganistán no emergió como lo que podría considerarse un país hasta mediados del siglo XVIII, cuando Ahmed Khan, líder del contingente abdalí del ejército persa del sah Nader el Grande, creó una zona de contención en el subcontinente indio, entre Persia y el Imperio mogol en declive, que más tarde se convertiría en una zona de seguridad entre la Rusia zarista y la India británica. Así, tal vez podría argumentarse que, con la lenta disolución del

antiguo imperio soviético en Asia Central y el debilitamiento gradual del Estado pakistaní, en estos momentos esté produciéndose un reajuste histórico que podría desembocar en la desaparición de Afganistán del mapa político. En un futuro, por poner un ejemplo, el Hindú Kush (el límite real del noroeste del subcontinente) podría formar una frontera entre Pastunistán y un Gran Tayikistán. Los talibanes, que son el resultado de un conjunto de factores como el nacionalismo pastún, el fervor islámico, el dinero de la droga, la corrupción entre los caudillos y el odio hacia la ocupación estadounidense, pueden representar, en palabras del especialista en temas asiáticos Selig Harrison, simplemente el vehículo para esta transición, que es demasiado amplia y extensa para que pueda impedirla un ejército extranjero, dirigido desde Washington por unos civiles impacientes.

Sin embargo, existe otra realidad que contrarresta la anterior y rehúye este determinismo. El hecho de que Afganistán sea más grande que Irak y que su población esté más dispersa carece de importancia, ya que el 65 % del país vive dentro de un radio de poco más de 50 kilómetros de la red viaria principal, que coincide casi con las antiguas rutas de caravanas medievales, por lo que solo 80 de los 342 distritos son claves para un control centralizado. Afganistán ha sido gobernado más o menos desde el centro desde los tiempos de Ahmed Khan, y aunque Kabul no siempre ha sido un núcleo de autoridad, por lo menos sí que ha representado un centro de arbitraje. Especialmente entre principios de la década de 1930 y comienzos de la de 1970, Afganistán disfrutó de un sistema de gobierno moderado y constructivo bajo la monarquía constitucional de Zahir Shah, descendiente de Ahmed Khan. Las ciudades más importantes estaban comunicadas entre sí a través de una red de carreteras por las que se viajaba con seguridad, e incluso se estuvo a punto de erradicar la malaria mediante meritorios programas de desarrollo y salud. Hacia el final de este período, viajé por Afganistán haciendo autoestop y en los autobuses locales, en ningún momento me sentí amenazado y pude enviar libros y ropa de vuelta a casa utilizando los servicios de las oficinas de correos. También existía una fuerte identidad nacional afgana, distinta a la de Irán, Pakistán o la Unión Soviética. Tal vez fuera un frágil entramado de tribus, pero estaba desarrollándose como algo más que un Estado barrera. Pastunistán podría convertirse en una realidad, pero al igual que ocurre con la doble nacionalidad, también Afganistán es una realidad. La culpa de los tres golpes de Estado en Kabul en la década de 1970, que llevaron a la aparentemente interminable ola de violencia que asola el país, recae tanto en una gran potencia colindante, la Unión Soviética, como en los afganos. Como

parte de un proceso cuyo propósito era afianzar la permanencia del país dentro de su esfera de influencia, los soviéticos desestabilizaron la política afgana de manera inconsciente, lo que condujo a su invasión en diciembre de 1979. Afganistán, como zona de amortiguación geográfica entre la meseta iraní, las estepas de Asia Central y el subcontinente indio, tiene suma importancia estratégica, por lo que ha sido objeto de codicia no solo de los rusos, sino también de los iraníes y pakistaníes, llegando incluso a obsesionar a las autoridades indias.

Un Afganistán bajo un gobierno talibán amenaza con crear una sucesión de sociedades islámicas radicalizadas desde la frontera entre la India y Pakistán hasta Asia Central. A todos los efectos, nos encontraríamos ante un Gran Pakistán, el cual ofrecería al ISI Pakistani la posibilidad de crear un imperio clandestino integrado por individuos como Jalaluddin Haqqani, Gulbuddin Hekmatyar, y Lashkar-e-Taiba, que sería capaz de hacer frente a la India de la misma manera que Hezbolá y Hamás en Israel. Por el contrario, un Afganistán en paz y dirigido desde Kabul por un gobierno más o menos liberal daría a Nueva Delhi la posibilidad de librarse de su enemigo histórico en la frontera noroccidental, así como la de desafiar a Pakistán tanto en la frontera occidental como en la oriental. Por eso, durante la década de 1980, la India apoyó el régimen títere de Mohammed Najibullah que los soviéticos instauraron en Kabul, el cual era laico, e incluso liberal en comparación con algunos de los muyahidines islamistas propakistaníes que trataron de derrocarlo; la misma razón por la que la India respalda ahora el gobierno de Hamid Karzai.

Un Afganistán estable y razonablemente moderado lo convierte en el verdadero centro neurálgico, no solo del sur de Asia Central, sino también de Eurasia en general. El corazón continental de Mackinder existe en cuanto a la «convergencia» de los intereses de Rusia, China, la India e Irán a favor de los corredores de transporte a través de Asia Central. Y los motores más potentes de las rutas comerciales de Eurasia son las economías china e india. Las estimaciones para el comercio por tierra a través de Asia Central hacia los mercados europeos y de Oriente Medio prevén un crecimiento anual de más de 100 000 millones de dólares. Debido a que Afganistán sigue estando en guerra, Nueva Delhi no se comunica con Estambul y Tiflis mediante camiones, trenes y barcos transcaspianos; ni con Almaty y Taskent por carretera y ferrocarril. No obstante, la India ha contribuido de manera significativa a la construcción de la red de carreteras de Afganistán, junto con Irán y Arabia Saudí. La carretera Zaranj-Delaram, financiada con dinero

indio, enlaza el oeste de Afganistán con el puerto iraní de Chah Bahar, en la costa del mar Arábigo.^[25] Los indios saben valorar los beneficios que podría reportarles un Afganistán tranquilo, a pesar de la violencia que lo asola desde hace más de tres décadas. En un Afganistán pacífico se fomentaría la construcción de carreteras, ferrocarriles y redes de transporte por tuberías no solo a través del país en todas las direcciones, sino también a través de Pakistán, donde radica la solución definitiva a la inestabilidad propia de este último. Eso sí, una región en paz beneficia sobre todo a la India, puesto que su economía eclipsa a la de cualquier otro Estado, con excepción de China.

Sin embargo, esa no es la situación que actualmente prevalece. Por el momento, el gran subcontinente indio se caracteriza por ser la zona geopolíticamente menos estable del mundo. La sucesión de imperios e invasiones constituye una historia viva dada su relevancia con respecto a las profundas inseguridades y los problemas políticos de la actualidad. En muchos sentidos, la Gran India es como un mapa de la Europa de principios de la edad moderna, solo que peor, por la existencia de las armas nucleares. En dicho período, Europa estaba poblada por grupos étnicos y nacionales enfrentados en camino de convertirse en Estados burocráticos, a la vez que establecían complejos acuerdos de reparto de poderes, los cuales, debido a sus frecuentes interacciones y errores de cálculo posteriores, en ocasiones terminarían en guerras abiertas. El nacionalismo moderno se hallaba entonces en una fase temprana y dinámica, como ocurre en la actualidad en el sur de Asia. No obstante, a diferencia de la multipolaridad de la Europa moderna, Asia meridional evidencia una lucha bipolar entre la India y Pakistán, con Afganistán como uno de sus campos de batalla y el disputado estado himalayo de Cachemira como otro. Sin embargo, contrariamente a la bipolaridad de las superpotencias, no hay nada de frío, ni desapasionado, ni ritualista en este conflicto. No es un choque de ideologías en el que las partes enfrentadas no están animadas por un odio religioso o histórico mutuo y están separadas por todo un hemisferio y el hielo del Ártico. Se trata de un choque entre un Estado de mayoría hindú, aunque laico, y uno musulmán, ambos en plena fase de efervescencia nacionalista, y separados por una frontera común superpoblada, con capitales y grandes ciudades en su proximidad. Menos de 320 kilómetros separan el corazón del río Indo, en Pakistán, del núcleo del río Ganges, en la India septentrional.^[26] y además de todo lo anteriormente

dicho, se trata de una geografía cerrada y claustrofóbica, similar a la que Paul Bracken describe en su reflexión sobre una nueva era nuclear.

La India desea desesperadamente escapar de esta geografía y esta historia. Su competencia y fijación con China es uno de los elementos de esta vía de escape. La rivalidad que mantiene con China no se parece en nada a la que mantiene con Pakistán: tiene un carácter más abstracto, menos emocional y (lo que es verdaderamente significativo) menos temperamental. Se trata de una rivalidad sin una historia real detrás.

Ha pasado casi medio siglo desde que la India se enfrentó en una guerra limitada con China por la disputada frontera del Himalaya, en la que los combates tuvieron lugar a altitudes de 4000 metros en la región noroccidental de Aksai Chin, cerca de Cachemira, y en Arunachal Pradesh, cerca de Bután, en el noreste. Los antecedentes de esta guerra, que estalló en 1962 y en la que murieron más de 2000 soldados y 2744 resultaron heridos, se remontan al levantamiento del Tíbet en 1959 —tras el cual el dalái lama se exilió a la India—, a raíz de la invasión china de 1950. Un Tíbet independiente o autónomo que fuera siquiera vagamente proindio incomodaría a los estrategas chinos en grado sumo. Dadas las tensiones inherentes a la crisis del Tíbet, China consideró el establecimiento de puestos de avanzada indios al norte de las líneas fronterizas en disputa como un *casus belli* y, tras un mes de combates en pleno otoño, derrotaron a las fuerzas indias. Ninguna de las partes desplegó su armada o sus fuerzas aéreas, por lo que los enfrentamientos se limitaron a regiones remotas poco pobladas, en contraposición a la frontera indo-pakistaní, que además de cruzar pantanos y desiertos, atraviesa la rica zona agrícola del Punjab, habitada por millones de personas.

Todavía existen áreas de la frontera entre la India y China que son motivo de disputa. Los chinos han construido carreteras y campos de aviación en todo el Tíbet, y la India se encuentra ahora en el arco de operaciones de los pilotos de combate chinos, aunque también es cierto que las Fuerzas Aéreas indias ocupan el cuarto lugar mundial, con más de 1300 aviones repartidos en sesenta bases. Satélites y aviones de reconocimiento indios proporcionan información de inteligencia sobre los movimientos de tropas chinas en el Tíbet. Y luego está el aumento de las armadas de ambos países, aunque de la Marina de guerra china ya hablamos en el capítulo anterior. Como la India no dispone de un equivalente del Mediterráneo, no cuenta con mares cerrados y grupos de islas con que atraer a los marineros, pero al mismo tiempo, sus tierras son cálidas y productivas, puede decirse que, hasta hace poco, ha sido una nación territorial enmarcada por un mar abierto. Esta situación ha

cambiado de repente gracias a los avances en tecnología militar, que han comprimido la geografía oceánica y el desarrollo de la economía india, capaz de financiar grandes adquisiciones y construcciones navales. Otro de los factores que han impulsado a la India hacia el mar es la amenaza de China, cuyas aspiraciones navales la han llevado más allá del Pacífico occidental hasta llegar al Océano Índico.

China ha estado ayudando a construir o a mejorar puertos alrededor de la India: el de Kyaukpyu en Myanmar, Chittagong en Bangladesh, Hambantota en Sri Lanka y Gwadar en Pakistán. Además, China proporciona una ayuda militar y económica sustancial y respaldo político. Como ya hemos visto, cuenta con una impresionante flota mercante y aspira a reunir una marina en mar abierto que velará por sus intereses y protegerá sus rutas comerciales entre Oriente Medio, rico en hidrocarburos, y la costa china del Pacífico. Y todo ello ocurre al mismo tiempo que la India aspira a consolidar su presencia, que va en la línea de la Doctrina Monroe, en todo el Océano Índico, desde el sur de África hasta Australia. El acusado solapamiento de estas esferas de intereses navales agrava los problemas fronterizos en el norte del Himalaya, que siguen pendientes de solución. Lo único que China desea es proteger sus líneas de comunicación marítimas mediante el establecimiento de puertos aliados y ultramodernos a lo largo de la costa. En cambio, la India se siente rodeada. La remota posibilidad de un centro de operaciones navales chinopakistaní en Gwadar, cerca de la entrada al golfo Pérsico, ha suscitado la ampliación del puerto naval indio de Karwar, en el mar Arábigo. El puerto y las canalizaciones para el transporte de energía que China está construyendo en Kyaukpyu, Myanmar, han llevado a que la India inicie su propio puerto y complejo energético en Sittwe, a 80 kilómetros al norte, lo que evidencia claramente que la India y China aceleran su competencia por las rutas y los recursos del oeste de Indochina.

Sin embargo, vale la pena insistir en el hecho de que la rivalidad entre la India y China representa un nuevo forcejeo que no viene impulsado por la fuerza de la historia. Por lo general, las interacciones entre ambos países en el pasado lejano han sido productivas, siendo la más famosa de ellas la difusión del budismo desde la India a China en la Antigüedad clásica y tardía, hasta el punto que el budismo acabó convirtiéndose en la religión oficial de la dinastía Tang. A pesar de la cuestión del Tíbet, cuya autonomía o independencia favorecería los intereses geopolíticos de la India a la vez que perjudicaría claramente los de China, el alto muro del Himalaya separa las poblaciones de ambos países. No ha sido hasta estas últimas décadas, a medida que los

ejércitos orientales han permitido desarrollar un poder marítimo, aéreo y nuclear, que se ha hecho patente una nueva geografía del conflicto en todo el territorio eurasiático. La desaparición de la distancia, mucho más que las divisiones culturales, es lo que hace zozobrar las relaciones entre la India y China en la actualidad. Por otra parte, dicha rivalidad únicamente preocupa a las élites políticas indias, mientras que el problema de Pakistán consume a todo el país, especialmente el norte de la India. Además, las relaciones comerciales entre la India y China se cuentan entre las más dinámicas y complementarias del mundo. En cierto modo, la tensión entre ambos países ilustra los problemas del éxito, el desarrollo económico trascendental que tanto Nueva Delhi como Pekín pueden utilizar con fines militares, sobre todo para la instalación de bases aéreas y navales sumamente caras. Ciertamente, esta nueva rivalidad demuestra con creces la idea de Bracken, según la cual la tecnología de guerra y la creación de riqueza van de la mano, y el tamaño limitado del planeta es una fuente de inestabilidad mayor a medida que el *hardware* y el *software* militar reducen las distancias del mapa geopolítico.

En resumen, durante las primeras décadas posteriores a la guerra fría, la India y China disponían de unas fuerzas terrestres relativamente rudimentarias que se limitaban a vigilar sus propias fronteras y a servir de baluartes para la consolidación nacional. Por lo tanto, no existía una amenaza mutua. Sin embargo, una vez que los aviones, los misiles y los buques de guerra entraron en sus inventarios militares, al mismo tiempo que sus ejércitos se volvían más expedicionarios, de pronto se vieron como bandos opuestos de un nuevo campo de batalla. Y esto no solo puede aplicarse a la India y China, sino también a otros Estados que se ubican a lo largo de toda Eurasia, como Israel, Siria, Irán, Pakistán y Corea del Norte, por mencionar algunos de ellos, los cuales se encuentran en una nueva y mortífera dimensión geográfica, marcada por misiles de alcances que se solapan entre sí.

Examinemos una vez más el subcontinente indio. Limitado por mares y montañas, sigue poseyendo un vasto interior, y la falta de una base natural para una temprana unidad y organización política es todavía evidente, mientras que China, a pesar de su falta de democracia, sigue estando mejor organizada y gobernada. China añade cada año más kilómetros de autopistas que los que tiene la India en total. Los ministerios indios son prepotentes y débiles en comparación con los chinos. Puede que China tenga que hacer frente a huelgas y manifestaciones, pero la India debe enfrentarse a violentas

insurrecciones, especialmente la de los naxalitas de tendencia maoísta, en el centro y el este del país. A este respecto, la descripción que ofrece Fairgrieve acerca de una civilización «menos avanzada» en comparación con otras externas, conserva su vigencia.^[27]

Quien gobierna desde Delhi, de espaldas al Asia Central musulmana, todavía debe preocuparse por los desórdenes en las mesetas del noroeste. Estados Unidos reducirá sus tropas en Afganistán, pero la India aún tendrá que hacer frente a las consecuencias de esa retirada y, por lo tanto, no puede desentenderse de ello. La India se enfrenta a un dilema. Su condición de gran potencia de este nuevo siglo se verá reforzada por la competencia política y militar con China, aun cuando continúe atrapada dentro del subcontinente por las fronteras que comparte con Estados débiles y semidisfuncionales. Hemos hablado de Afganistán y Pakistán, pero también debemos tener en cuenta a Nepal y Bangladesh, aunque sea de forma sucinta.

Tras el desmantelamiento de la monarquía y la llegada al poder de los antiguos insurgentes maoístas, el gobierno nepalés apenas controla las zonas rurales, donde vive el 85 % de su población. Debido a que nunca fue colonizado, Nepal no ha heredado una fuerte tradición burocrática de los británicos. A pesar del aura que desprende la cordillera del Himalaya, la mayor parte de la población nepalesa habita en las tierras bajas, frías y húmedas que recorren la frontera, poco vigilada, que los separa de la India. He viajado por esta región y debo decir que, en muchos aspectos, apenas se distingue de la llanura del Ganges. Si el gobierno de Nepal no puede aumentar la capacidad productiva del Estado, este podría disolverse gradualmente. Bangladesh ni siquiera dispone de defensas geográficas para organizarse como Estado, aspecto en el que incluso supera a Nepal. El paisaje es invariable, totalmente llano y acuático, salpicado de campos de arroz y malezas a ambos lados de la frontera con la India. Los puestos fronterizos, como comprobé en su momento, se caen a pedazos y están completamente desorganizados. Este territorio, moldeado de manera artificial a lo largo de la historia —sucesivamente ha sido Bengala, Bengala Oriental, Pakistán Oriental y Bangladesh— podría metamorfosearse una vez más en medio del impetuoso vendaval de la política regional, el extremismo religioso musulmán y el cambio climático. Como en el caso de Pakistán, la historia de Bangladesh está salpicada de regímenes militares y civiles, muy pocos de los cuales han funcionado bien. Millones de refugiados bangladesíes han cruzado ya la frontera con la India de manera ilegal. Aun así, mientras escribo este libro, el gobierno de Bangladesh sigue luchando y mejorando su actuación. Podría

incluso convertirse en uno de los centros neurálgicos de las rutas comerciales y redes de canalización que comunican la India, China y una futura Myanmar libre y democrática.

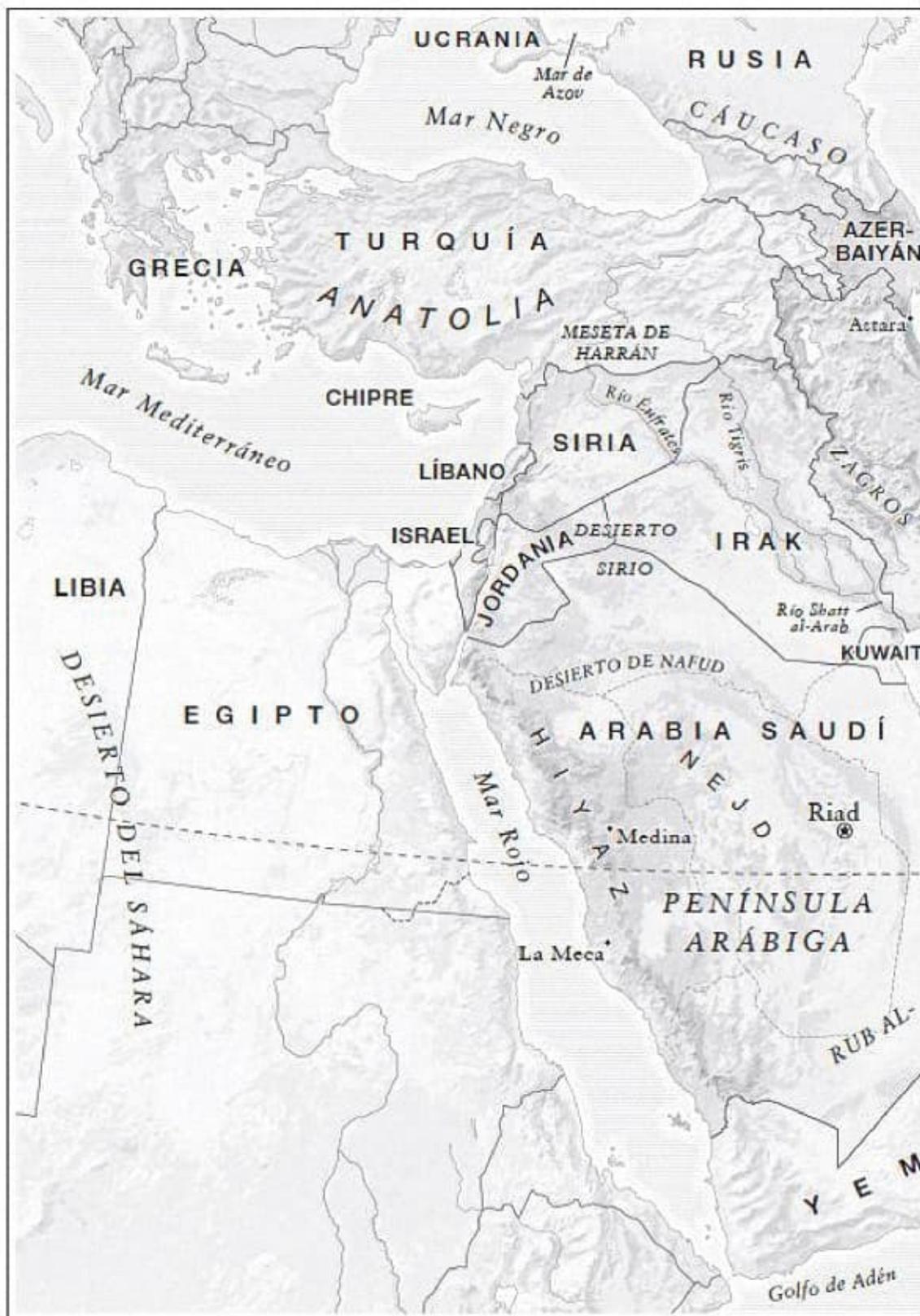
El subcontinente estuvo dividido políticamente desde la Antigüedad, y eso es lo que lo aflige todavía. Consideremos ahora el extremo norte, donde el Karakórum se encuentra con la cordillera del Himalaya. Aquí está Cachemira, encajada entre Pakistán, Afganistán, la India y China. Pakistán controla las zonas septentrionales de la cordillera del Karakórum, donde se encuentra la ciudad de Gilgit, que reclama la India, y lo mismo ocurre con Azad Cachemira («Cachemira Libre»), al oeste. La India administra la cordillera de Ladakh, en el corazón de Cachemira, donde se inscriben las ciudades de Srinagar y Jammu, que reivindica Pakistán, y lo mismo ocurre con el glaciar Siachen, al norte. China gobierna el valle de Shaksam y la región de Aksai Chin, en el extremo norte y noreste, que pretende la India. Es más, en el estado indio de Jammu y Cachemira (la cordillera de Ladakh) los musulmanes constituyen una mayoría del 75 %, un factor que ha contribuido a avivar las rebeliones yihadistas durante años. El fallecido Osama bin Laden arremetía en sus declaraciones contra la dominación de Cachemira por parte de la etnia hindú de la India. Y aunque gran parte de Cachemira se compone de tierras yermas inhabitables, situadas a gran altitud, en ella y por ella se han librado varias guerras, una dinámica que no tiene visos de acabar. Los chinos se enfrentaron a la India en 1962 porque querían construir una carretera desde Sinkiang hasta el Tíbet, que atravesaba Cachemira Oriental, mientras que la India se enfrentó a China para obstruir la frontera entre China y Pakistán.

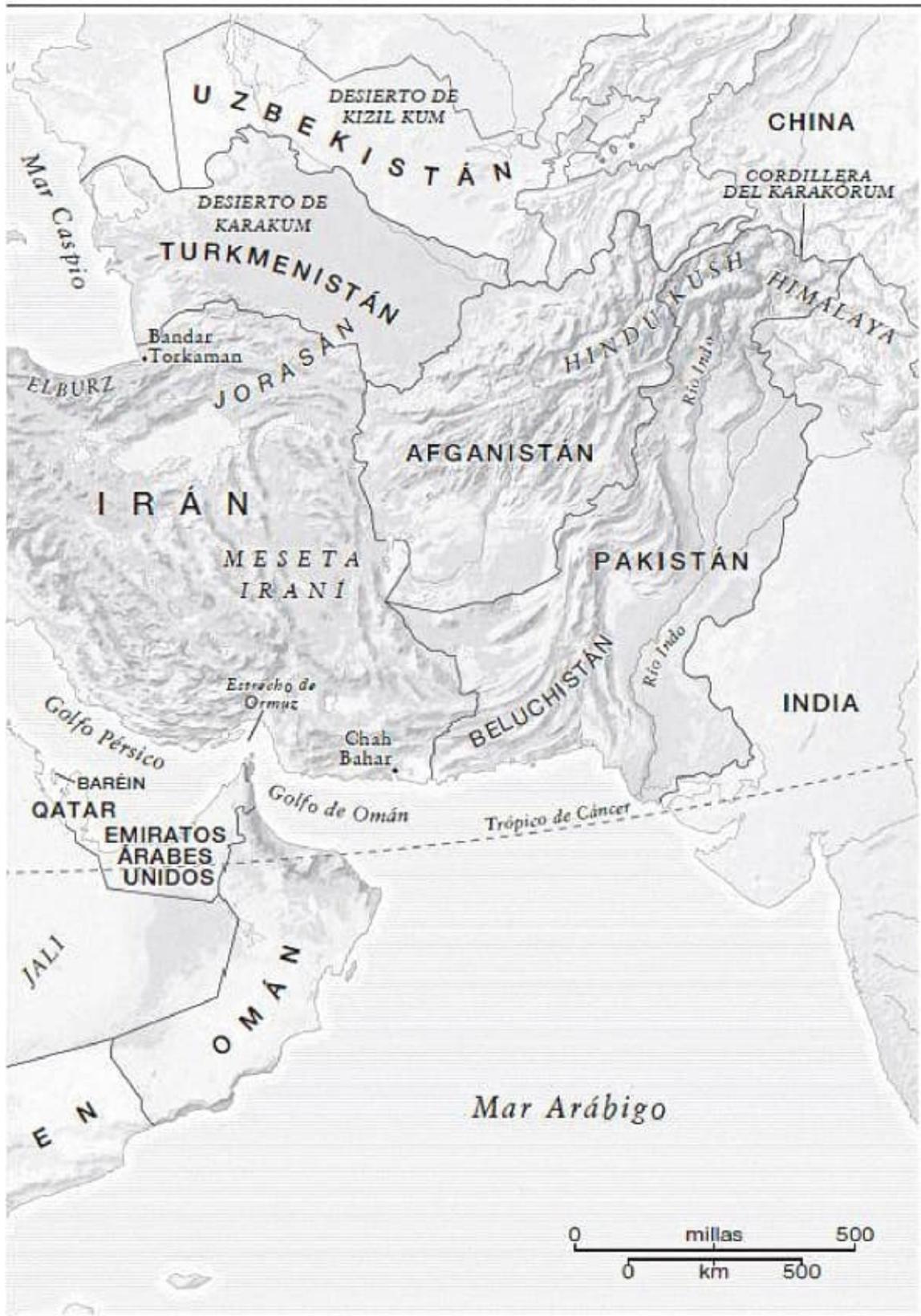
Cachemira, al igual que Palestina, gracias al ciberespacio y los nuevos medios de comunicación, todavía podría avivar el odio entre millones de personas, lo cual alejaría aún más la posibilidad de hallar una solución al conjunto de sus intrincados problemas. Las mismas tecnologías que vencen a la geografía también tienen la capacidad de aumentar su importancia. El subcontinente es una realidad geográfica incontestable, pero la definición de sus fronteras continuará indefinidamente.

Mientras que por un lado las dinastías chinas de la Antigüedad casi nunca traspasaron las fronteras actuales de China, como hemos visto, las dinastías de las cuales la India es heredera sí lo han hecho. De ahí que la India contemple Afganistán y sus otras zonas de penumbra con menos serenidad que China las suyas. La India es una potencia regional en la medida en que se encuentra atrapada en esta geografía, y puede llegar a ser una gran potencia en la medida en que pueda liberarse de ella.

El pivote iraní

Tal y como ha dicho William McNeill, historiador de la Universidad de Chicago, la India, China y Grecia se extendieron en «los márgenes del mundo civilizado de la Antigüedad», protegidas por montañas, desiertos y la distancia.^[1] Por descontado, se trataba de una protección parcial, pues sabemos que Grecia fue devastada por Persia, China por los mongoles y los pueblos túrquicos de la estepa, y la India por una oleada de invasores musulmanes. Sin embargo, la geografía proporcionó la barrera idónea para que tres grandes civilizaciones únicas echaran raíces. Ahora bien, tal como señalamos en un capítulo anterior, en el inmenso espacio que separaba esas civilizaciones se hallaba lo que el colega de McNeill, Marshall Hodgson, denominó la ecúmene, un antiguo término griego con el que se hacía referencia a la «tierra habitada» del mundo. Estamos hablando del mundo de Heródoto, la reseca zona templada del continente afroasiático que se extendía desde el norte de África hasta los límites occidentales de China, una franja de territorios a la que Hodgson también llama la región del Nilo al Oxus.^[2]





La visión de Hodgson plasma a la perfección varios hechos decisivos y contradictorios: por un lado, la ecúmene —Gran Oriente Medio— es una zona definida que se extiende entre Grecia, China y la India, claramente

separada de estos tres territorios, si bien ha tenido una influencia fundamental en cada uno de ellos, de tal manera que las relaciones son extremadamente orgánicas; y por otro, el Gran Oriente Medio, aunque unido por el islam y la herencia del nomadismo de caballo y camello —a diferencia de la cultura agrícola de China y la India— se encuentra también profundamente dividido por ríos, oasis y altiplanos, lo cual tiene importantes consecuencias para la organización política actual. La disparidad entre el Gran Oriente Medio y China, por ejemplo, es especialmente reveladora. John King Fairbank, el desaparecido experto en temas de China de la Universidad de Harvard, señala:

La homogeneidad de la antigua China, como demuestran los testimonios arqueológicos, contrasta de manera notable con la pluralidad y diversidad de pueblos, países y culturas en el antiguo Oriente Medio. A partir del año 3000 a. C., aproximadamente, egipcios, sumerios, semitas, acadios, amorreos [...], asirios, fenicios, hititas, medos y persas, entre otros, empezaron a pelear entre ellos en una constante y desconcertante fluctuación de [...] guerras y políticas. Eso da fe de un pluralismo acérrimo. El riego favoreció la agricultura en varios puntos, en los valles del Nilo, el Tigris-Éufrates y el Indo. [...] Las lenguas, los sistemas de escritura y las religiones proliferaron.^[3]

A pesar del abismo temporal que nos separa, aún conservamos esta herencia clásica de la división, tan arraigada en nosotros que, en la actualidad, resulta crucial para entender la inestabilidad política del Gran Oriente Medio. El idioma árabe ha acabado por unificar gran parte de la región, pero el persa y el turco predominan en las zonas de la meseta septentrional, por no hablar de las numerosas lenguas de Asia Central y el Cáucaso. Como demuestra Hodgson, muchos de los Estados de Oriente Medio, a pesar de que son producto de una cartografía arbitraria diseñada en época colonial, tienen también una base sólida asentada en la Antigüedad, es decir, en la geografía. Sin embargo, la propia diversidad de estos Estados, así como las fuerzas religiosas, ideológicas y democratizadoras que operan en su seno, materializan aún más su asignación a lo que Alfred Thayer Mahan define como territorio discutible. De hecho, la realidad innegable de la política mundial del siglo XXI es que la zona geográficamente central de la tierra es también la más inestable.

En Oriente Medio tenemos, en palabras de los politólogos Geoffrey Kemp y Robert E. Harkavy, un «vasto cuadrilátero» donde se cruzan Europa, Rusia,

Asia y África; con el mar Mediterráneo y el desierto del Sáhara al oeste; el mar Negro, el Cáucaso, el Caspio y la estepa de Asia Central al norte; el Hindú Kush y el subcontinente indio al este, y el Océano Índico al sur.^[4] A diferencia de China y Rusia, este cuadrilátero no constituye un solo Estado, ni se encuentra, como en el caso del subcontinente indio, bajo el dominio absoluto de un solo gobierno, el cual al menos podría dotarlo de cierta coherencia aparente. Tampoco es como Europa, un grupo de Estados integrados en estructuras de alianzas muy reguladas (OTAN, Unión Europea). Oriente Medio se caracteriza más bien por su desordenada y confusa diversidad de reinos, sultanatos, teocracias, democracias y autocracias de estilo militar, cuyas fronteras comunes parecen trazadas con un cuchillo manejado por una mano insegura. No debe sorprendernos que toda esta región, que incluye el norte de África, el cuerno de África, Asia Central y, hasta cierto punto, el subcontinente indio, constituya a todos los efectos un eje de inestabilidad superpoblado, en el que convergen continentes, redes viarias históricas y vías marítimas. Es más, esta región posee el 70 % de las reservas mundiales comprobadas de petróleo y el 40 % de las de gas natural.^[5] También es propensa a padecer todas las patologías que menciona Paul Bracken, especialista de la Universidad de Yale: ideologías extremistas, psicología de masas, misiles de alcances que se solapan y medios de comunicación con ánimo de lucro, que, como la cadena Fox News, se dedican a ofrecer su particular punto de vista. En realidad, a excepción de la península de Corea, la proliferación nuclear es un factor más propio de Oriente Medio que de cualquier otra zona.

Oriente Medio también está experimentando un aumento repentino de su población joven, de la cual el 65 % tiene menos de treinta años. Entre 1995 y 2025, la población de Irak, Jordania, Kuwait, Omán, Siria, Cisjordania, la Franja de Gaza y Yemen se habrá duplicado. Como hemos visto en la «primavera árabe», las poblaciones jóvenes son las más proclives a forzar la revolución y el cambio. La próxima generación de dirigentes de Oriente Medio, ya sea en Irán o en los países árabes, no podrá disfrutar del lujo de gobernar de manera autocrática como sus predecesores, aunque los experimentos democráticos en la región demuestran que, si bien es fácil lograr convocar unas elecciones, los órdenes democráticos estables y liberales son procesos que se perfeccionan en el curso de varias generaciones. En Oriente Medio, el crecimiento de las poblaciones jóvenes y la revolución de las comunicaciones han dado origen a una serie de escenarios confusos similares al que se vive en México (la sustitución de estados decididamente

unipartidistas por otros más caóticos, multipartidistas y divididos en facciones), pero sin el nivel de institucionalización de este, el cual, con todas sus limitaciones, va muy por delante de la mayoría de los países de Oriente Medio. Para Estados Unidos ha sido mucho más complicado tratar con un México auténticamente democrático que con uno gobernado por un régimen unipartidista. En las próximas décadas, Oriente Medio, provisto de armamento avanzado, por no hablar de las armas de destrucción masiva, hará que el conflicto árabe-israelí de los últimos tiempos casi parezca un capítulo romántico, en tonos sepia, de la guerra fría y de la época posterior a esta, cuando los cálculos del provecho moral y estratégico estaban relativamente claros.

La región entre el Nilo y el Oxus señalada por Hodgson incluye, básicamente, Egipto y Asia Central, donde Egipto funcionaría como sinónimo de todo el norte de África. Esta terminología abarca tanto el sur de Oriente Medio, que es árabe, caracterizado por el desierto y las llanuras, como la meseta montañosa del norte, que no lo es, y que comienza en el mar Negro y termina en el subcontinente indio. Una extensa región, la de la meseta septentrional, a la que también podríamos llamar del Bósforo al Indo, y que ha estado muy influenciada por las migraciones de Asia Central. Lo mismo ocurre con la del Nilo al Oxus, aunque a esta influencia hay que añadir la que llegó a través del denso tráfico del Mediterráneo, el mar Rojo y el Océano Índico. El hecho de que Oriente Medio sea el punto de intersección de varios continentes, con una geografía interna más compleja que la de cualquier otra región, a excepción de Europa, pero cuyo vasto territorio se extiende a través del doble de zonas horarias que Europa, hace que sea necesario, para mayor claridad de este análisis, dividir la región en sus partes constituyentes. Obviamente, las comunicaciones electrónicas y el transporte aéreo han vencido a la geografía en los últimos tiempos, de modo que será la interacción política de la región lo que definirá las futuras crisis. Por ejemplo, los israelíes interceptan una flotilla de ayuda humanitaria con destino a Gaza y el hecho provoca la furia de multitudes en Turquía, Irán y todo el mundo árabe. Un vendedor de frutas y hortalizas se inmola en el centro-sur de Túnez y no solo Túnez estalla en manifestaciones contra el régimen dictatorial, sino también gran parte del mundo árabe. Sin embargo, todavía hay mucho que puede discernirse mediante el estudio del mapa y sus divisiones inherentes.

Cuando uno observa la topografía de Oriente Medio, tres elementos geográficos destacan por encima de los demás: la península Arábiga, la meseta iraní y el puente continental de Anatolia.

El reino de Arabia Saudí ocupa la mayor parte de la península Arábiga, que incluye asimismo otros países importantes. De hecho, la población de Arabia Saudí, de solo 28,7 millones de habitantes, representa mucho menos de la mitad del total de la península. Ello no obstante, la tasa anual de crecimiento de la población es de casi un 2 %, de modo que, si esa tendencia continúa, la población del país se duplicará en unas décadas, lo cual supondrá una enorme presión en cuanto a la obtención y distribución de recursos, teniendo en cuenta que Arabia Saudí se extiende por la estepa y el desierto árido. Cerca del 40 % de los saudíes son menores de quince años. El 40 % de los hombres jóvenes no tiene empleo, de modo que la presión política que ejercerá una población tan joven, que reclama empleo y educación, será inmensa. El poder de Arabia Saudí no se deriva del tamaño de su población, que en realidad es un pasivo, sino del hecho de que encabeza las reservas de petróleo mundiales, con 262 000 millones de barriles, y es el cuarto país del mundo en cuanto a reservas de gas natural, con 6,8 billones de metros cúbicos.

La cuna geográfica del Estado saudí, y del movimiento religioso suní extremista conocido como wahabismo, con el que se lo asocia, es Nejd, una región árida en el centro de la península Arábiga, que se extiende entre el desierto de Nafud, al norte, y el Rub al-Jali, o «Cuarto Vacío», al sur. Al este se encuentra la franja costera del golfo Pérsico, al oeste de las montañas de Hiyaz. La palabra *Nejd* significa «Tierras Altas». Su altura general varía de los 1500 metros que alcanza en el oeste a menos de 700 en el este. Charles M. Doughty, explorador británico y arabista que vivió a finales del siglo XIX, describía Nejd así:

El chirrido de la noria y el sonido del agua al caer es, por así decirlo, la triste voz de una tierra que no conoce la lluvia en ninguna de las aldeas del Nejd. Día y noche, el afanoso trabajo de la extracción del agua no debe interrumpirse. La fuerza de los bueyes no puede sacarla de los pozos de más de tres o cuatro brazas de manera provechosa y, si Dios no hubiera creado el camello, Nejd, dicen, no tendría habitantes.^[6]

Sin duda, Nejd es el corazón de lo que Hodgson llamó nomadismo basado en el camello. En los últimos siglos, desde el bastión de Nejd partían hacia sus incursiones los fanáticos wahabíes. Aunque Hiyaz, junto al mar Rojo,

acogía las ciudades santas de La Meca y Medina, los wahabíes de Nejd consideraban las peregrinaciones a los distintos lugares santos (con la única excepción de la Kaaba en La Meca) una forma de paganismo. Mientras que las ciudades sagradas de La Meca y Medina tienen connotaciones de religiosidad musulmana en la mentalidad occidental, en cierta medida, la verdad es otra: es precisamente la peregrinación de musulmanes de todo el mundo islámico la que da un cierto carácter cosmopolita a estas ciudades santas y a la región de Hiyaz, donde se encuentran. Hiyaz, «con su población joven y urbana que profesa distintas religiones, nunca se ha acomodado al gobierno saudí y wahabí», apunta el asesor de la CIA, Bruce Riedel.^[7] La gente de Hiyaz vuelve la vista hacia el mar Rojo, Egipto y Siria en busca de sustento cultural, no hacia el austero desierto de Nejd y sus wahabíes. La realidad fundamental de esta historia parte de la base de que los wahabíes no fueron capaces de conservar bajo su dominio las periferias de la península Arábiga de manera permanente, si bien es cierto que sus adversarios se vieron en las mismas dificultades para proteger el corazón de Nejd. La actual Arabia Saudí, aun siendo el testimonio de la visión y las aptitudes de un hombre que vivió en la primera mitad del siglo XX, Abdul Aziz ibn Saud —el nejedí que conquistó Hiyaz en 1925—, sigue ajustándose a este diseño geográfico.^[8] El Estado se centra en Nejd y su capital, Riad, y no incluye los dominios de los jeques en el litoral del golfo Pérsico, ni tampoco Omán ni Yemen.

El peligro fundamental para una Arabia Saudí concentrada en Nejd es Yemen. Aunque este último solo dispone de una cuarta parte de la superficie de Arabia Saudí, su población casi iguala a la saudí, por lo que el núcleo demográfico más importante de la península Arábiga se encuentra en su montañoso extremo sudoeste, donde amplias mesetas de basalto, que se alzan formando castillos de arena y cuellos volcánicos, abarcan una red de oasis densamente habitados desde la Antigüedad. Los turcos otomanos y los británicos nunca lograron dominar Yemen por completo. Al igual que Nepal y Afganistán, Yemen, debido a que no fue realmente colonizado, no desarrolló instituciones burocráticas sólidas. Hace ya algunos años, cuando yo viajaba por la frontera que separa Arabia Saudí de Yemen, ví cómo esta estaba plagada de camionetas que transportaban a jóvenes armados, leales a uno u otro jeque, mientras que, por el contrario, la presencia del gobierno yemení era insignificante. Los cálculos sobre el número de armas de fuego que podría haber dentro de las fronteras de Yemen ascienden a los 80 millones, casi tres por cada yemení. Nunca olvidaré lo que un experto militar estadounidense me dijo en Saná, la capital yemení: «En Yemen hay más de 20 millones de

personas agresivas, de mentalidad comercial y bien armadas, todas ellas muy trabajadoras en comparación con sus vecinos saudíes. Es el futuro y esto aterroriza al gobierno de Riad».

Arabia Saudí es sinónimo de península Arábiga del mismo modo que la India lo es del subcontinente. Sin embargo, en tanto que todo el territorio de la India está densamente poblado, Arabia Saudí constituye una red geográficamente imprecisa de oasis separados por vastas extensiones áridas. De ahí que las carreteras y los enlaces aéreos nacionales sean cruciales para su cohesión. Sin embargo, si bien la India se construye sobre un ideal democrático y de pluralismo religioso, Arabia Saudí lo hace sobre la lealtad que se le profesa a un clan familiar. Aun así, mientras que la India está prácticamente rodeada por Estados semidisfuncionales, las fronteras de Arabia Saudí desaparecen al norte en un desierto que no representa ninguna amenaza, al mismo tiempo que los sólidos territorios independientes de los jeques (a excepción de Baréin), gobernados con suma eficiencia, las protegen al este y sudeste. Dichos jeques, a su vez, son producto de la historia y la geografía. Dado que los dominios de los actuales Kuwait, Baréin, Qatar y Emiratos Árabes Unidos se extienden a lo largo de la ruta comercial de la mayor potencia marítima del siglo XIX, Gran Bretaña, y en particular a lo largo de su ruta a la India, esta negoció acuerdos con los jeques, que llevaron finalmente a su independencia después de la Segunda Guerra Mundial. Grandes yacimientos de petróleo completan el resto de la historia de estos «Estados de El Dorado», tal como los denominó el arabista británico Peter Mansfield.^[9]

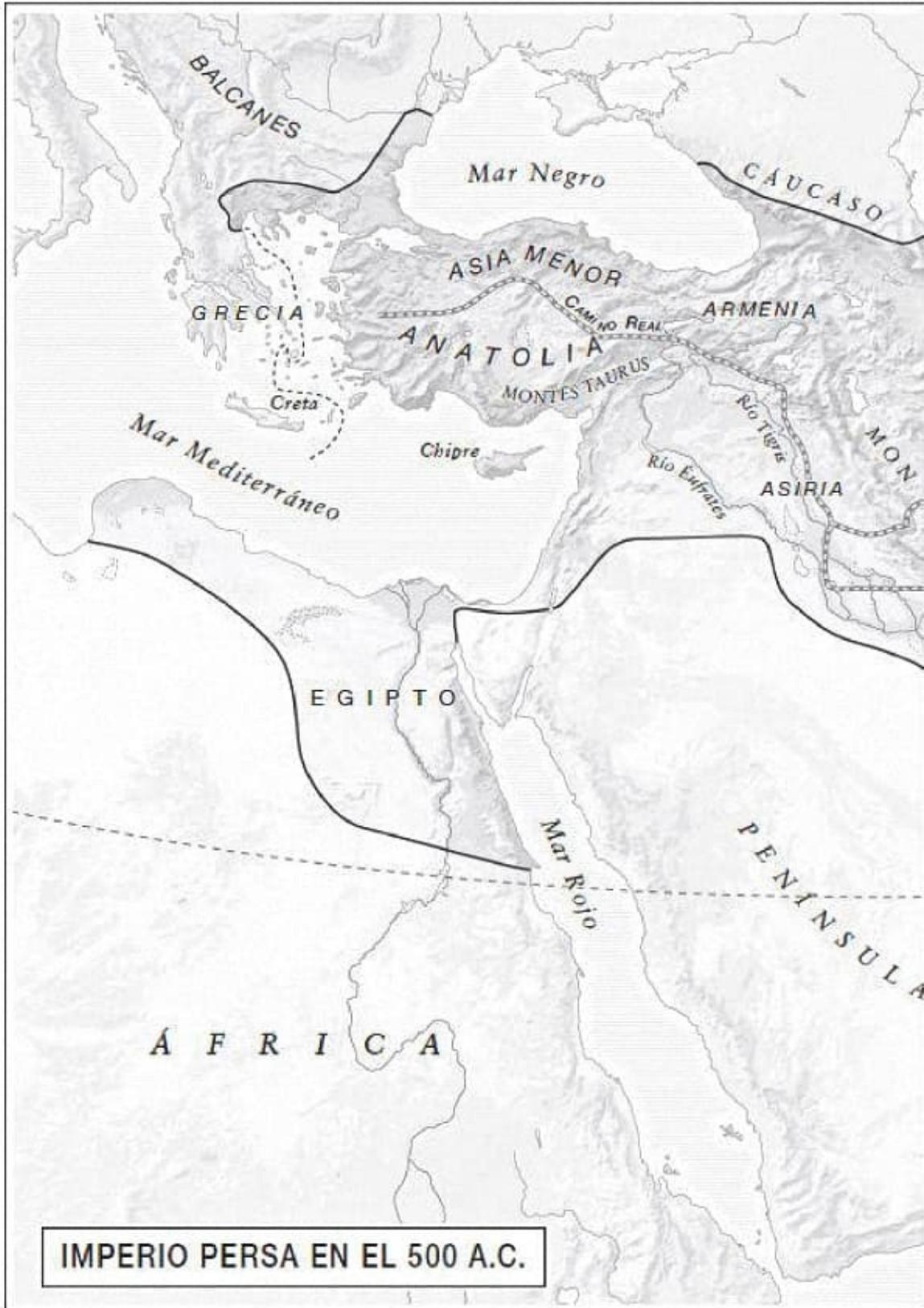
En resumen, dentro de la península Arábiga, es en el sudoeste superpoblado donde se encuentra la verdadera amenaza para Arabia Saudí, donde un continuo ir y venir de armas, explosivos y hojas narcóticas de qat traspasa la frontera desde el lado yemení. El futuro del superpoblado y tribalizado Yemen determinará en gran medida el futuro de Arabia Saudí, y la geografía, tal vez más que las ideas, tiene mucho que ver en ello.

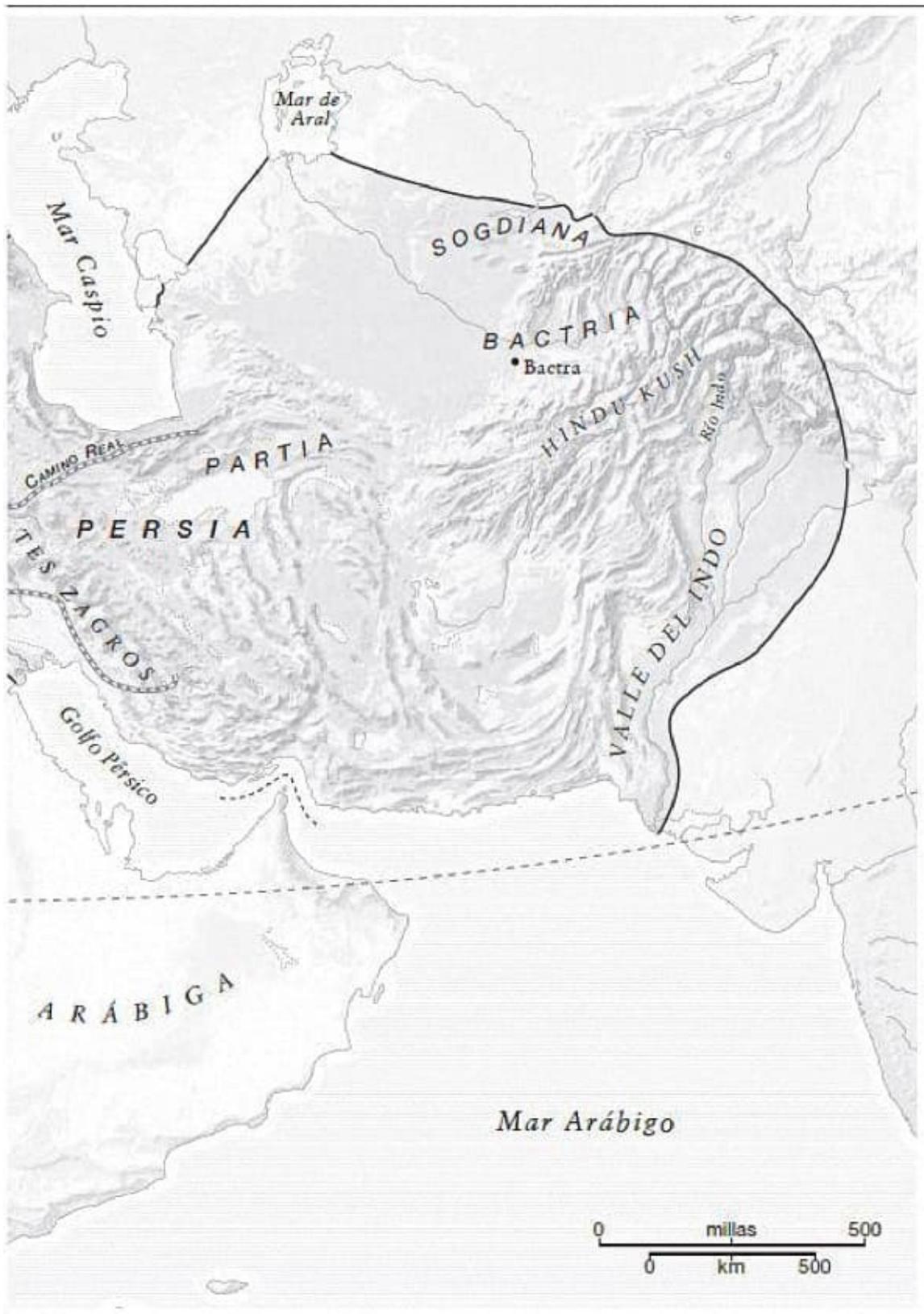
La meseta iraní, por otro lado, es sinónimo de un solo país: Irán. Su población, de 74 millones de habitantes, es 2,5 veces mayor que la de Arabia Saudí y la más grande de Oriente Medio, junto con la de Turquía y Egipto. Además, Irán ha conseguido reducir de manera impresionante la tasa de crecimiento demográfico muy por debajo del 1%, y solo el 22% de su población tiene menos de quince años. Por lo tanto, la población iraní no

representa una carga, como la Saudí, sino más bien un activo. Se podría argumentar que, por ejemplo, Turquía tiene una población aún mayor, una tasa de crecimiento de la población igualmente baja y una tasa de alfabetización más alta. Además, Turquía tiene una economía agrícola estable y está más industrializada que Irán. Más adelante nos ocuparemos de Turquía. De momento, basta con señalar que se encuentra al noroeste de Irán, más cerca de Europa y mucho más alejada de los grandes centros de población árabe suní. Turquía ocupa, asimismo, uno de los puestos inferiores entre los productores de hidrocarburos; en cambio, Irán es el número tres del mundo en reservas de petróleo, con 133 000 millones de barriles, y el número dos en cuanto a reservas de gas natural, con 27,5 billones de metros cúbicos. Sin embargo, es esta ventaja geográfica de Irán, ubicado justo al sur del corazón continental de Mackinder y dentro del anillo continental de Spykman, la que cabe destacar como elemento fundamental, antes que cualquier otro factor.

Prácticamente todas las reservas de petróleo y gas natural del Gran Oriente Medio se concentran en las regiones del golfo Pérsico o el mar Caspio. Del mismo modo que las rutas de navegación irradian del golfo Pérsico, los oleoductos y gasoductos irradian y seguirán haciéndolo desde la región del Caspio hasta el Mediterráneo, el mar Negro, China y el Océano Índico. El único país que se encuentra a caballo entre las dos zonas de producción de energía es Irán, que se extiende desde el mar Caspio hasta el golfo Pérsico.^[10] Según algunas estimaciones, en el golfo Pérsico se encuentra el 55 % de las reservas mundiales de crudo, e Irán domina todo el golfo, desde el río Shatt al-Arab, en la frontera iraquí, hasta el estrecho de Ormuz, a un millar de kilómetros de distancia. Gracias a sus bahías, ensenadas, calas e islas —excelentes lugares para ocultar las suicidas lanchas rápidas que embisten a los petroleros—, la costa de Irán en el interior del estrecho de Ormuz tiene 1356 millas marinas. La siguiente costa más larga es la de Emiratos Árabes Unidos, con solo 733 millas marinas. Irán también tiene litoral en el mar Arábigo, en este caso de 300 millas, donde se inscribe el puerto de Chah Bahar, cerca de la frontera con Pakistán.

Todo ello convierte a Irán en una pieza clave para los países centroasiáticos de la antigua Unión Soviética que carecen de litoral y desean tener acceso a aguas cálidas. Al mismo tiempo, la costa iraní del mar Caspio, en el extremo norte, envuelta por montañas cubiertas de frondosos bosques, se extiende a lo largo de casi 650 kilómetros, desde Astara, en el oeste, en la frontera con el antiguo Azerbaiyán soviético, hasta Bandar Torkaman, en el este, cerca de la frontera con Turkmenistán.





Una mirada al mapa físico de Eurasia evidencia algo más. Las vertientes posteriores de los montes Zagros bajan desde Anatolia, en el noroeste, hacia Beluchistán, en el sudeste, atravesando Irán. Al oeste de esta cordillera, todas

las carreteras se abren a Mesopotamia. Cuando la británica Freya Stark, conoedora de la región y escritora de libros de viajes, exploró en 1934 la provincia iraní de Loristán, en los montes Zagros, se estableció fuera de Bagdad, no en Teherán.^[11] Al este y noreste, los caminos conducen a Jorasán y los desiertos de Karakum (Arena negra) y de Kizil Kum (Arena roja), en Turkmenistán y Uzbekistán, respectivamente. De igual modo que Irán se extiende sobre los ricos yacimientos energéticos del golfo Pérsico y el mar Caspio, se encuentra a caballo entre Oriente Medio y Asia Central. Ningún país árabe puede afirmar lo mismo (ni tampoco ningún otro país árabe abarca dos áreas productoras de energía). De hecho, la invasión mongol de Irán, que acabó con la vida de cientos de miles de personas y destruyó el *qanat*, el sistema de riego agrícola, fue muy trascendente porque limitó la proyección de Irán en Asia Central. La influencia iraní en las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y Asia Central es potencialmente enorme, aun cuando estas, a su vez, podrían desestabilizar el Estado iraní, al menos en teoría, a raíz de la presencia de compatriotas de otras etnias en el norte de Irán. Mientras que la población turcoazerí de Azerbaiyán, en la frontera noroeste de Irán, es de aproximadamente ocho millones de personas, esa cantidad se duplica en las provincias iraníes de Azerbaiyán y Teherán. Los azeríes cofundaron el sistema de gobierno iraní. El primer sah chií de Irán (Ismail, en 1501) fue un turco azerí. Hay importantes empresarios y ayatolás azeríes en Irán. El hecho es que la influencia de Irán se ha consolidado en el oeste, en la vecina Turquía y en el mundo árabe, pero también es igual de profunda en el norte y el este, y si el futuro trae consigo regímenes menos represivos, tanto en Irán como en la franja meridional de países islámicos de la antigua Unión Soviética, la preponderancia de Irán podría aumentar aún más a través de una mayor interacción política y cultural.

Además, Irán, como sabemos por los titulares, ha disfrutado de una posición política envidiable en la región del Mediterráneo durante el año 2011: en la Franja de Gaza controlada por Hamás, en el sur de Líbano bajo el dominio de Hezbolá, y en la Siria alauí. Sin embargo, una interpretación de la historia y la geografía sugiere una expansión de Irán en todas las direcciones. En el palacio de Ctesifonte de los emperadores persas sasánidas del siglo VI, al sur de la actual Bagdad, había dispuestos varios asientos vacíos bajo el trono real destinados a los emperadores de Roma y China, y para el jefe de los nómadas de Asia Central, por si se daba el caso de que estos llegasen como peticionarios a la corte del rey de reyes.^[12] Las pretensiones de los gobernantes iraníes no han disminuido en la época moderna, y de ahí que el

clero no se diferencie demasiado del desaparecido sah. En última instancia, esta es la razón por la que Moscú debe andar con pies de plomo en sus relaciones con Irán. Hace un siglo, Rusia tenía una zona de influencia en el norte de Irán. Y aunque en la actualidad Rusia sea más débil que en épocas pasadas, la proximidad y la contigüidad siguen teniendo importancia.

Más aún, Irán no es una invención del siglo XX impuesta por una familia y una ideología religiosa, como Arabia Saudí, que se encuentra enclaustrada entre fronteras arbitrarias. Irán se corresponde casi por completo con la meseta iraní —«la Castilla de Oriente», según Peter Brown, historiador de la Universidad de Princeton—, aun cuando el dinamismo de su civilización rebasa los límites de esta. Irán fue la primera superpotencia del mundo antiguo. El Imperio persa, aunque asedió Grecia, «se desenroscó como la cola de un dragón [...] hasta llegar al Oxus, Afganistán y el valle del Indo», continúa Brown.^[13] W. Barthold, el gran geógrafo ruso de principios del siglo XX, coincide en situar el Gran Irán entre el Éufrates y el Indo, y en identificar a los kurdos y a los afganos como pueblos esencialmente iraníes.^[14]

De los pueblos antiguos de Oriente Próximo, solo los hebreos y los iraníes «poseen textos y tradiciones culturales que han sobrevivido hasta el día de hoy», apunta el lingüista Nicholas Ostler.^[15] El árabe no sustituyó al persa (farsi), como ocurrió con otras tantas lenguas, y se conserva hoy en la misma forma que en el siglo XI, aunque ha adoptado la escritura árabe. Irán tiene un historial mucho más venerable como nación-estado y civilización urbana que la mayoría de regiones del mundo árabe y que todas las zonas del Creciente Fértil, incluyendo Mesopotamia y Palestina. En otras palabras, no hay nada artificial en Irán: los propios centros competitivos de poder dentro de su régimen clerical indican un mayor grado de institucionalización que en casi cualquier otro lugar de la región, con excepción de Israel y Turquía. Del mismo modo que Oriente Medio es el cuadrilátero de Afro-Eurasia, es decir, de la Isla Mundial, Irán es el verdadero nexo universal de Oriente Medio. El pivote de Mackinder, en lugar de situarse en la estepa de Asia Central, debería trasladarse justo al sur, a la meseta iraní. A nadie sorprende que Irán reciba cada vez más atenciones de la India y China, cuyas fuerzas navales podrían, a lo largo del siglo XXI, compartir con Estados Unidos el dominio de las rutas marítimas de Eurasia. Aunque Irán es mucho más pequeño en tamaño y población que estas dos potencias, o que Rusia y Europa, representa la clave geográfica de Oriente Medio —en cuanto a ubicación, población y recursos energéticos— y, por lo tanto, resulta fundamental para la geopolítica mundial.

También tenemos lo que el historiador británico Michael Axworthy denomina la «idea de Irán», y que, como explica, tiene tanto que ver con la cultura y el lenguaje como con la raza y el territorio.^[16] Según él, Irán es un imán de civilizaciones, del mismo modo que ocurrió con la antigua Grecia y China, que atrae a otros pueblos y lenguas hacia su órbita lingüística. En otras palabras, es la esencia del poder blando, el tan emblemático concepto con el que McNeill explica de qué modo una civilización y cultura influye en otra. El darí, el tayiko, el urdu, el hindi, el bengalí y el árabe iraquí son o bien variantes del persa o idiomas fuertemente influenciados por este. Es decir, se puede viajar desde Bagdad hasta Kolkata y permanecer dentro de una especie de dominio cultural persa. Si echamos una breve ojeada a la historia iraní, deteniéndonos en los mapas antiguos, esta dinámica se hará aún más evidente.

En el año 700 a. C., los medos, antiguo pueblo iraní, iniciaron la construcción del Gran Irán con la ayuda de los escitas, y establecieron un país independiente en el noroeste de Irán. Hacia el año 600 a. C., este imperio ya se extendía desde el centro de Anatolia hasta el Hindú Kush (de Turquía a Afganistán), mientras que hacia el sur llegaba hasta el golfo Pérsico. En 549 a. C., Ciro II el Grande, príncipe de la dinastía persa aqueménida, tomó la capital meda de Ecbatana (Hamadán), al oeste de Irán, y prosiguió con sus ataques en la conquista de mayores territorios. El mapa del Imperio aqueménida, gobernado desde Persépolis (cerca de Shiraz), en el sur de Irán, nos muestra la antigua Persia en su máximo esplendor, del siglo VI al siglo IV a. C. Se extendía desde Tracia y Macedonia, en el noroeste, y desde Libia y Egipto, en el sudoeste, hasta el Punjab, en el este, y desde Transcaucasia y los mares Caspio y Aral, en el norte, hasta el golfo Pérsico y el mar Árabe, en el sur. Es decir, la región del Bósforo al Indo, incluyendo el Nilo. No había existido ningún otro imperio en la historia de la humanidad que pudiera compararse al persa. Aunque el resultado de las guerras del siglo V a. C. entre Persia y Grecia determinaron la actitud de Occidente hacia el antiguo Irán y ha hecho que nuestras simpatías se decanten hacia los griegos occidentalizados y no hacia los persas asiáticos, también es cierto que, como señala Hodgson, la ecúmene, bajo la paz relativa, la tolerancia y la soberanía de la Persia aqueménida y los imperios posteriores, supuso una base sólida para el surgimiento y la prosperidad de las grandes religiones confesionales.
[17]

«Los partos —escribe Axworthy— personificaron lo mejor del genio iraní: el reconocimiento, la aceptación y la tolerancia de la complejidad de las culturas [...] bajo su dominio».^[18] Tras haberse asentado en la región

nororiental iraní de Jorasán y el adyacente desierto de Karakum, y hablando una lengua iraní, los partos gobernaron entre el siglo III a. C. y el siglo III d. C., generalmente en los territorios comprendidos entre Siria e Irak y el centro de Afganistán y Pakistán, incluyendo Armenia y Turkmenistán. Por lo tanto, en lugar de implantar su dominio en la región desde el Bósforo hasta el Indo o desde el Nilo hasta el Oxus, como lo hizo la dinastía aqueménida de Persia, el Imperio parto constituye una visión más realista de un Gran Irán para el siglo XXI. Eso no es necesariamente negativo, puesto que el Imperio parto fue extremadamente descentralizado, una zona de fuerte influencia más que de control absoluto, que se apoyó en gran medida en el arte, la arquitectura y las prácticas administrativas, todo ello heredado de los griegos. En cuanto al Irán de hoy en día, no es ningún secreto que el régimen clerical es temible, pero las fuerzas demográficas, económicas y políticas son igualmente dinámicas, y los principales segmentos de la población muestran cierta inquietud.

Los mapas cartográficos medievales, así como los lingüísticos, supusieron una continuación de los antiguos, aunque tal vez de manera más sutil. En el siglo VIII, el centro político del mundo árabe se desplazó hacia el este, de Siria a Mesopotamia, es decir, de los califas omeyas a los abasíes. El dominio del califato abasí, que alcanzó su apogeo a mediados del siglo IX, se extendió desde Túnez hasta Pakistán en el este, y desde el Cáucaso y Asia Central hasta el golfo Pérsico en el sur. Su capital se encontraba en la ciudad nueva de Bagdad, cerca de la antigua capital persa sasánida de Ctesifonte, y las prácticas burocráticas persas, que agregaron nuevos grados jerárquicos, consolidaron ese incipiente imperio. El califato se convirtió en un símbolo del despotismo iraní antes que del dominio de un jeque árabe. Algunos historiadores han considerado el califato abasí el equivalente de la «reconquista cultural» de Oriente Medio llevada a cabo por los persas bajo la apariencia de gobernantes árabes.^[19] Los abasíes sucumbieron a las prácticas persas del mismo modo que lo hicieron los omeyas, que se encontraban más cerca de Asia Menor, frente a los bizantinos. Como afirma el historiador Philip K. Hitti, «los títulos persas, los vinos y las esposas persas, las amantes persas y las canciones persas, así como las ideas y los pensamientos persas prevalecieron».^[20] Los persas también contribuyeron a decidir la monumental arquitectura medieval de ladrillo y la planta circular de Bagdad.

«En el imaginario occidental —escribe Peter Brown, de la Universidad de Princeton— el imperio islámico [abasí] representa la quintaesencia del poder oriental. El islam no debía esa orientación fundamental ni a Mahoma ni a los versátiles conquistadores del siglo VII, sino al resurgimiento masivo de las

tradiciones persas orientales en los siglos VIII y IX». No fue tanto Carlos Martel en Tours en el año 732 quien «destruyó la maquinaria de guerra árabe», sino la fundación misma de Bagdad, que sustituyó el dinamismo de la caballería de los beduinos por una administración persa lujosa e imperial.^[21]

Ni siquiera la conquista de Bagdad llevada a cabo por los mongoles en el siglo XIII, quienes asolaron el país, y en particular su sistema de riego (como ocurrió en Irán), una devastación de la que Irak nunca se recuperó por completo, pudo poner fin a la vitalidad de las artes y las letras persas. La poesía de Rumi, Iraqi, Saadi y Hafez prosperó a raíz del ataque de Hulagu Kan, que había reducido Mesopotamia a un pantano palúdico. Nostálgicos de sus antepasados sasánidas, que habían levantado un imperio mayor que el de sus predecesores partos y casi comparable al de los aqueménidas, los artistas y eruditos persas embellecieron el ámbito intelectual y lingüístico de una sucesión de imperios no persas: abasí, gazznávida, selyúcida, mongol y mogol. El persa era la lengua de la corte mogol, mientras que los otomanos lo usaban en la diplomacia. Tal vez los persas no gobernaron directamente la región del Bósforo al Indo en la época medieval, como lo habían hecho en la Antigüedad, pero sí lo hicieron en la vida literaria, y en la misma medida. El «imperio iraní de la mente», como lo denomina Axworthy, fue una poderosa concepción que sirvió para magnificar la envidiable posición geográfica de Irán, de modo que un Gran Irán fuera un fenómeno natural desde el punto de vista histórico.^[22] Arnold Toynbee plantea esta atractiva hipótesis: si Tamerlán (Timur) no hubiera dado la espalda a la Eurasia central y septentrional para volverse contra Irán en 1381, la relación entre Rusia y Transoxiana podría haber sido totalmente «distinta» a la que acabaría siendo en la época contemporánea, con un Estado más o menos del tamaño de la Unión Soviética, gobernado no por rusos desde Moscú, sino por iraníes desde Samarcanda.^[23]

En cuanto al chiismo, es en gran medida un componente de esta misma idea, a pesar del aura culturalmente sombría y opresiva que ha proyectado el clero chií desde 1979 hasta, al menos, la primera década del siglo XXI. Si bien la llegada del Mahdi en la persona del duodécimo imán oculto significa el fin de la injusticia y, por lo tanto, es un estímulo para el activismo radical, poco más hay en el chiismo que empuje al clero a desempeñar un papel explícito en la política. De hecho, el chiismo se caracteriza por una cierta pasividad que lo obliga a doblegarse ante los poderes fácticos, y que con frecuencia denuncia el sufismo.^[24] Observemos como ejemplo a la figura que estaba al frente del clero iraquí en los últimos años, el ayatolá Ali Sistani, que

solo hace un llamamiento a la conciliación política en momentos trascendentales, y siempre desde un segundo plano. Precisamente a causa de la relación simbiótica que ha existido entre Irak e Irán a lo largo de la historia, y que se deriva de la geografía, es muy posible que en el Irán posrevolucionario, los iraníes dirijan antes sus miradas en búsqueda de una guía espiritual hacia las ciudades santas chiíes de Nayaf y Karbala, en Irak, que hacia su propia ciudad santa de Qom, o que esta adopte el quietismo de aquellas.

El académico francés Olivier Roy afirma que el chiismo es históricamente un fenómeno árabe que llegó tarde a Irán, pero que con el tiempo dio lugar al establecimiento de una jerarquía clerical para amasar poder. El chiismo se fortaleció aún más gracias a la condición de Irán como Estado consolidado y burocrático, de la que ha disfrutado desde la Antigüedad, en comparación con otros países del mundo árabe, la cual, como sabemos, se deriva en parte de la coherencia espacial de la meseta iraní. Fueron los safávidas los que introdujeron el chiismo en Irán en el siglo XVI. Su nombre proviene de su propia orden sufí militante, que había sido suní en sus orígenes. Los safávidas eran una de las hermandades de jinetes de origen mixto —turco, azerí, georgiano y persa— de finales del siglo XV, que ocuparon la región de la meseta montañosa que se extendía entre los mares Negro y Caspio, en la confluencia de Anatolia oriental, el Cáucaso y el noroeste de Irán. Con el fin de construir un Estado estable en la meseta de habla persa, estos nuevos soberanos con orígenes lingüísticos y geográficos eclécticos adoptaron el chiismo duodecimano como religión oficial, la cual espera el regreso del duodécimo imán, un descendiente directo de Mahoma, que no está muerto, sino oculto.^[25] Ni la historia ni la geografía determinaron el desarrollo de estos acontecimientos, que dependieron en gran medida de diversas personalidades y circunstancias. Si, por ejemplo, el kan Óljeitü, heredero de un kanato mongol, no se hubiera convertido al chiismo duodecimano en el siglo XIII, la evolución de esta religión en el noroeste de Irán podría haber sido diferente, y se desconoce qué curso habría tomado la historia a partir de entonces. En cualquier caso, el chiismo había estado cobrando fuerza entre los diversos órdenes turcos, en el noroeste de Irán, lo cual sentó las bases para la aparición del sah safávida Ismail I, quien impuso el chiismo en los territorios conquistados y trajo teólogos árabes del sur de los actuales Líbano y Baréin para formar el núcleo de un clero oficial.^[26]

En su momento de máximo esplendor, el Imperio safávida se extendía aproximadamente desde Anatolia y Siria-Mesopotamia hasta el centro de

Afganistán y Pakistán, otra variante más del Gran Irán en el curso de la historia. El chiismo fue un agente consolidador de Irán como una nación-estado moderna, aunque la iranización de las minorías chiíes no persas durante el siglo XVI también ayudó en este sentido.^[27] Irán pudo haber sido una gran nación-estado desde la Antigüedad, pero los safávidas lo reestructuraron para adaptarlo a la era moderna al introducir el chiismo en la meseta iraní.

De hecho, el Irán revolucionario de finales del siglo XX y principios del XXI es una manifestación apropiada de este legado poderoso y singular. Sin duda alguna, el ascenso de los ayatolás ha representado un paso atrás en cuanto al daño —y no pretendo exagerar— que por ello han sufrido las ricas, sofisticadas e intelectualmente estimulantes tradiciones del pasado iraní. (Persia es «esa tierra de poetas y rosas», como la describe James J. Morier en la epístola introductoria a su libro *The Adventures of Hajji Baba of Ispahan*.)^[28] Sin embargo, suele decirse que la comparación es el principio de todo estudio serio, por lo que, si comparamos el régimen que se instituyó a raíz de la Revolución iraní de 1978-1979 con los levantamientos y revoluciones que sufrió el mundo árabe durante las fases inicial e intermedia de la guerra fría, no podemos por menos que admirar su vitalidad y modernidad. Lo cierto es que —y esto es algo que se remonta a la época de los aqueménidas— todo lo relacionado con el pasado y el presente de Irán sobresale por su excelencia, ya se trate del dinamismo de sus imperios, desde Ciro II hasta Mahmud Ahmadineyad (no puede negarse el enorme talento iraní para dirigir redes terroristas en Líbano, Gaza e Irak, lo cual, después de todo, forma parte de la dominación imperial), del pensamiento y los textos políticos de su clero chií o de la compleja eficacia de la burocracia y los servicios de seguridad a la hora de tomar medidas severas contra los disidentes. El orden revolucionario de Teherán ha establecido una estructura gubernamental sobradamente desarrollada, con amplios centros de poder. Irán nunca ha sido una dictadura en manos de un vulgar mafioso como la que Sadam Husein gobernaba en el vecino Irak árabe. Olivier Roy comenta que la «originalidad» de la revolución iraní reside en la alianza entre el clero y los intelectuales islamistas:

El clero chií tiene indiscutiblemente una actitud más abierta hacia los textos no islámicos que los ulemas [árabes] suníes. Los ayatolás son grandes lectores (incluso de Marx y Feuerbach): hay algo de jesuíta o de dominico en ellos. Por lo tanto, combinan el sincretismo filosófico puro con un legalismo casuístico riguroso. [...] La cultura de doble vertiente

del clero chií es sorprendente: muy tradicional [...] y a la vez muy abierta al mundo moderno.^[29]

En realidad, este esfuerzo relativamente progresista hace que, en palabras de Roy, «la imaginación chií se adapte con mayor facilidad a la idea de la revolución», una idea que a su vez requiere una interiorización de la historia y la justicia social combinada con la del sacrificio máximo. Si bien ha tenido reformadores y renovadores, tales como Muhammad Abdu y Rashid Rida entre finales del siglo XIX y principios del XX, al mundo árabe suní le faltó durante demasiado tiempo el contacto con los pensamientos políticos occidentales de filósofos como Hegel y Marx para alcanzar el mismo nivel que Irán, cuyos mulás, en la línea precisamente de Hegel y Marx, basan su superioridad moral en la comprensión del propósito de la historia. A diferencia del conservadurismo de los muyahidines afganos o los represores regímenes militares del mundo árabe, el Irán revolucionario de la década de 1980 se vio a sí mismo como miembro de una hermandad que incluía a los sandinistas en Nicaragua y el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica.^[30] Aunque en los últimos años, el gobierno del clero se ha reducido a la práctica de una represión brutal —el indicio de un régimen agotado y en fase de decadencia, similar al de Brézhnev en su día—, la propia naturaleza doctrinal y abstracta de la lucha interna, que se sigue produciendo puertas adentro, es testimonio del elevado espíritu cultural iraní. El Estado iraní ha sido el más fuerte y el mejor organizado del Gran Oriente Medio, a excepción de Turquía e Israel, y por eso la revolución islámica no solo no lo ha desmantelado, sino que se ha sumado a él. El régimen mantuvo el sufragio universal e instituyó un sistema presidencial, aunque el clero y los servicios de seguridad lo vulneraron en las supuestamente manipuladas elecciones de 2009.

Cabe mencionar de nuevo que lo que determinó que el régimen clerical en Irán fuese tan eficaz en su afán de conseguir sus intereses, desde Líbano hasta Afganistán, fue su integración en el Estado iraní, que a su vez es producto de la historia y la geografía. El Movimiento Verde, que surgió durante las multitudinarias protestas contra el régimen que estallaron tras las controvertidas elecciones del año 2009, se parece mucho al que pretendía derrocar: sumamente sofisticado, según los valores morales de la región (al menos hasta la Revolución del Jazmín en Túnez, que tuvo lugar dos años después) y, por lo tanto, una muestra de la genialidad iraní. Los verdes constituyeron un movimiento democrático de primer orden tras dominar las últimas tecnologías de la comunicación —Twitter, Facebook, mensajes de

texto—, con las que demostraron su habilidad organizativa, y adoptar una potente mezcla de nacionalismo y valores morales universales, con la que promovieron su causa. El régimen recurrió a todos los medios de represión, sutiles y no sutiles, para hacer desaparecer dicho movimiento. Si los verdes llegan a tomar el poder en algún momento, o a promover un cambio en la filosofía clerical del régimen y una política exterior más moderada, Irán, gracias a su solidez y a su pensamiento progresista, dispondrá de los medios para alejar de la radicalización a todo Oriente Medio, lo cual daría voz política a una nueva burguesía con valores de clase media que ha ido creciendo discretamente en todo el Gran Oriente Medio, y que la obsesión de Estados Unidos con Al Qaeda y el radicalismo ha silenciado hasta la «primavera árabe» de 2011.^[31]

Hablar del destino es peligroso, ya que implica la aceptación de la suerte y el determinismo, pero es evidente que, teniendo en cuenta la geografía, la historia y el capital humano de Irán, parece probable que el Gran Oriente Medio, y por extensión Eurasia, se vean afectados seriamente por la misma evolución política de Irán, para bien o para mal.

El mejor indicio de que Irán aún tiene que cumplir ese destino lo encontramos en lo que aún no ha acabado de producirse en Asia Central. Expliquémoslo. Como hemos visto, la geografía de Irán le proporciona acceso a Asia Central en la misma medida que a Mesopotamia y Oriente Medio. No obstante, la desintegración de la Unión Soviética le hizo un escaso favor a Irán, si se tiene en cuenta la historia completa del Gran Irán en la región. El sufijo *-istán*, utilizado por numerosos países centroasiáticos y que significa «lugar», es de origen persa, puesto que los vehículos para la islamización y la civilización de Asia Central fueron la lengua y la cultura persas. Los intelectuales y otras élites centroasiáticas de principios del siglo XX utilizaron asimismo alguna variante de la lengua persa. Sin embargo, como Roy y otros nos explican, después de 1991, el Azerbaiyán chií del noroeste adoptó el alfabeto latino y recurrió de nuevo a la lengua turca para la enseñanza. En cuanto a las repúblicas del noreste de Irán, el Uzbekistán suní se decantó por una base nacionalista antes que por una islámica por temor a sus propios fundamentalistas, lo cual lo hace recelar de Irán. Tayikistán, suní pero de habla persa, busca en Irán un protector; sin embargo, Irán no acaba de facilitarle esa protección por temor a crearse algún enemigo entre los muchos musulmanes de habla túrquica que pueblan Asia Central.^[32] Es más, al ser nómadas o seminómadas, los pueblos centroasiáticos raras veces han sido musulmanes devotos, y además los setenta años de comunismo no han hecho

sino reforzar sus tradiciones seculares. Por ello, al tener que aprender de nuevo el islamismo, se sienten a la vez desalentados y acosados por el clero de Irán.

Por descontado, desde el punto de vista de Teherán, se han producido importantes adelantos. Tal y como prueba su programa nuclear, Irán se sitúa entre los países tecnológicamente más avanzados de Oriente Medio (en consonancia con su cultura y política), y ha construido centrales hidroeléctricas, carreteras y ferrocarriles en aquellos países centroasiáticos con los que algún día se comunicará, ya sea de manera directa o a través de Afganistán. Por otra parte, un gasoducto conecta actualmente el sudoeste de Turkmenistán con el noreste de Irán, transportando el gas turcomano a la región del Caspio iraní, lo que permite a Teherán utilizar su propia producción en el sur del país para exportarla a través del golfo Pérsico. (A todo esto hay que añadir la construcción, en la década de 1990, de un enlace ferroviario que comunica ambos países.) Turkmenistán posee la cuarta mayor reserva mundial de gas natural y destina toda su exportación a Irán, China y Rusia. Por consiguiente, de ahí surge la posibilidad de que se cree un eje energético eurasiático unido por la geografía crucial de tres potencias continentales, que haga frente a la democracia occidental.^[33] Irán y Kazajistán han construido un oleoducto que une ambos países, y el petróleo kazajo se bombea hasta el norte de Irán, aunque una cantidad equivalente se transporta desde el sur de este país, por vía marítima, hacia el golfo Pérsico. Kazajistán e Irán también estarán comunicados por ferrocarril, lo que facilitará el acceso directo del primero al golfo. Otra vía férrea podría conectar el montañoso Tayikistán con Irán, a través de Afganistán. De hecho, Irán constituye para todos estos países ricos en recursos naturales la ruta de acceso más corta a los mercados internacionales.

De modo que imaginemos un Irán en el que convergen las rutas de canalizaciones de Asia Central, junto con su particular imperio terrorista subestatal en el Gran Oriente Medio. Es evidente que estamos hablando del sucesor del siglo XXI del pivote del corazón continental de Mackinder. Sin embargo, todavía existe un problema más.

Teniendo en cuenta el prestigio del que el Irán chií sigue gozando en algunos sectores del mundo árabe, por no mencionar la influencia que ejerce sobre los chiíes del sur de Líbano y los de Irak —que se deriva del apoyo incondicional que el régimen presta a la causa palestina y su antisemitismo inherente—, es revelador que dicha capacidad para atraer a las masas fuera de sus fronteras no se traslade de manera similar a Asia Central. Uno de los

factores que lo explican es el hecho de que las repúblicas exsoviéticas mantienen relaciones diplomáticas con Israel y no sienten hacia el Estado judío el odio que todavía puede ser omnipresente en el mundo árabe, a pesar de las fases iniciales de la «primavera árabe». Sin embargo, en este caso interviene un elemento mucho más importante, algo que deslució el atractivo de Irán no solo en Asia Central sino también en el mundo árabe. Y ese algo es la propia tenacidad de su sofocante régimen clerical, el cual, aunque resulta impresionante en un sentido negativo —ya que utiliza la fuerte tradición estatal de Irán para aplastar ingeniosamente una oposición democrática, y para torturar y violar personas—, también ha conseguido deslucir el atractivo lingüístico y cosmopolita que, en un sentido cultural, ha explicado la existencia de un Gran Irán a lo largo de la historia. El Technicolor desapareció del paisaje iraní bajo este régimen para ser reemplazado por el blanco y negro granuloso.

Hace algunos años estuve en Asjabad, capital de Turkmenistán, desde donde las ciudades jorasaníes de Teherán y Masad, al otro lado de la frontera, siempre se han contemplado con cierta reverencia como centros cosmopolitas de comercio y peregrinaje, en marcado contraste con el escasamente poblado y nómada paisaje de Turkmenistán. Sin embargo, a pesar de que las políticas comerciales y de transporte de energía mediante canalizaciones evolucionaban con suma rapidez, Irán no tuvo suficiente poder de seducción para atraer a los turcomanos musulmanes, que son en su mayoría laicos y, por tanto, desaprueban a los mulás. Por muy extensa que sea la influencia iraní en virtud de su agresivo y descarado desafío a Estados Unidos e Israel, no parece posible que veamos el verdadero atractivo de Irán en todo su esplendor cultural hasta que su régimen no se liberalice o sea derrocado. Un Irán democrático o casi democrático, gracias precisamente al poder geográfico del Estado iraní, tiene la posibilidad de infundir vigor a cientos de millones de musulmanes, tanto en el mundo árabe como en Asia Central.

El ascenso del liberalismo árabe suní podría apoyarse no solo en el ejemplo de Occidente, o en el ascenso de un Irak democrático, aunque disfuncional, sino también en el reto lanzado por un Irán chií, históricamente ecléctico y recién liberalizado, el cual podría lograr lo que dos décadas de democracia occidental posterior a la guerra fría y la promoción de la sociedad civil no han logrado, es decir, una relajación sustancial de las restricciones características de un Estado policial en la antigua Asia Central soviética.

Por un tiempo, el régimen chií de Irán fue capaz de incitar a la insurrección a los suníes marginados, fieles y oprimidos de todo Oriente

Medio contra sus propios gobiernos desgastados y faraónicos, algunos de los cuales ya han caído. Gracias a un mensaje inflexible y los hábiles servicios de inteligencia, Irán ha dirigido durante mucho tiempo un imperio no convencional y posmoderno de organizaciones subestatales como Hamás en Palestina, Hezbolá en Líbano y el movimiento Mahdi en el sur de Irak. Sin embargo, el régimen iraní se ha visto obligado a atender el descontento progresivo que se ha extendido dentro de sus propias fronteras, donde el concepto de revolución islámica, que los iraníes han experimentado ya con creces, se ha materializado en cortes de energía, la devaluación de la moneda nacional y una mala gestión. La batalla por Eurasia, como ya hemos explicado, se libra en muchos frentes, cada vez más entrelazados entre sí. No obstante, en este sentido, el primero entre iguales es el de los corazones y las mentes de los iraníes, que constituyen, junto con los turcos, la población más avanzada del mundo musulmán. Aquí es donde la lucha de ideas se encuentra con los dictados de la geografía: aquí es donde el humanismo liberal de Isaiah Berlín se topa con el cuasideterminismo de Halford Mackinder.

Ahora bien, por muy irresistibles y abrumadoras que parezcan las fuerzas de la geografía, todavía hay mucho que pende de un hilo. Veamos la historia de Nader, el brillante conquistador del siglo XVIII, posterior al período safávida. De origen túrquico y originario de Jorasán, en el noreste de Irán, el imperio persa del sah Nader se extendía desde Transcaucasia hasta el Indo. Entre las ciudades que asedió se cuentan Bagdad, Basora, Kirkuk, Mosul, Kandahar y Kabul, lugares desde donde se acosa a Estados Unidos a principios del siglo XXI, y que pocas veces estuvieron fuera del ámbito administrativo del gobierno iraní. Si Nader no hubiera enloquecido en los últimos cinco años de su vida, como explica Michael Axworthy, podría haber instituido en Irán «un Estado modernizado, capaz de hacer frente a la intervención colonial» de los británicos y los rusos en el siglo XIX. Sin embargo, en lugar de ser recordado como el Pedro el Grande de Persia y aquel que hubiera podido cambiar drásticamente la historia de Irán, y para mejor, su régimen terminó en desgobierno y desastre económico.^[34]

O también podemos examinar la caída del sah en 1979. Henry Kissinger me comentó en una ocasión que si, a finales de la década de 1970, la administración Carter hubiera manejado la rebelión contra el sah de manera más competente, este podría haber sobrevivido y ahora Irán sería como Corea del Sur, un régimen dinámico, con una democracia de evolución imperfecta que siempre tendría desacuerdos menores con Estados Unidos, pero al que podría considerar un aliado. En su opinión, el régimen del sah hubiera sido

capaz de llevar a cabo reformas, sobre todo visto el gran trastorno democrático que se produciría una década después en el imperio soviético. Aunque resulte muy fácil culpar al presidente Jimmy Carter de la caída del sah, las posibilidades que plantea aún la más leve diferencia en el resultado de la Revolución iraní siguen siendo intrigantes. ¿Quién sabe? Lo que sí sé es que cuando estuve viajando por Irán en la década de 1990, recién llegado de Egipto, comprobé que el país era mucho menos antiestadounidense y antiisraelí que Egipto. La relación relativamente afable de Irán con los judíos se remonta a la Antigüedad y se extiende hasta el reinado del desaparecido sah. La población iraní todavía tiene mucho que decir.

O también podemos recordar la oportunidad que se le ofreció a Estados Unidos a raíz de los ataques del 11 de septiembre de 2001, cuando tanto el ayatolá Ali Jamenei como el presidente Mohamed Jatamí condenaron el terrorismo de la suní Al Qaeda en términos muy claros y los iraníes hicieron vigiliias por las víctimas en las calles de Teherán, aun cuando algunas multitudes en ciertas partes del mundo árabe celebraron los ataques; o también la ayuda que prestó Irán a la coalición liderada por Estados Unidos contra los talibanes ese mismo año; o asimismo la proposición iraní para establecer conversaciones tras la caída de Bagdad, en la primavera de 2003. Todos ellos son indicios de que la historia, hasta ese momento, hubiese podido tomar un camino distinto al que eligió. Otros resultados habrían sido posibles.

La geografía establece que Irán será esencial en cuanto a las líneas evolutivas que escojan el Gran Oriente Medio y Eurasia; sin embargo, aunque pueda establecer su relevancia, no puede disponer con qué propósito lo haría. Eso depende de las decisiones de los hombres.

Mientras escribo, Irán, fiel a las tradiciones imperialistas innovadoras de su pasado medieval y antiguo, ha levantado con brillantez un imperio militar posmoderno, el primero en su clase: sin colonias y sin los tanques, vehículos blindados y portaviones que suelen acompañar al poder. Según señala el antiguo asesor de la CIA Robert Baer, Irán, en lugar de promover un imperialismo clásico —invasión y ocupación—, es una superpotencia en Oriente Medio en virtud de una «triple estrategia: mediante la guerra subsidiaria, el armamento asimétrico y un llamamiento a los [...] oprimidos», particularmente legiones de hombres jóvenes y frustrados. Hezbolá, el representante árabe chií de Teherán en Líbano, apunta Baer, allí «es el estado

de facto», con mayor peso militar y organizativo, y mayor compromiso comunitario que el que poseen las autoridades oficiales en Beirut. En Gaza, la ayuda militar y económica oculta de Irán y su «descarnado mensaje anticolonial» sedujeron a los palestinos pobres, que vivían atrapados en condiciones similares a las de Soweto y que estaban alejados de los Estados árabes suníes contiguos y gobernados por dirigentes como el exdictador Mubarak.^[35] Irán, a más de un millar de kilómetros hacia el este, parecía más cerca de esos palestinos oprimidos que la frontera de Gaza con Egipto bajo el gobierno de Mubarak. Una expresión más de la genialidad iraní. A continuación, por lo menos durante el año 2011, nos encontramos con los gobiernos amigos de Siria e Irak, el primero de los cuales se aferró a Irán con todas sus fuerzas hallando en él a su único aliado verdadero, y el segundo posee una clase dirigente conectada con los servicios de inteligencia iraníes, los cuales pueden ayudar a estabilizar o desestabilizar el país, según les convenga. Por último está el propio golfo Pérsico, donde Irán es la única gran potencia, cuya larga y desolada costa se halla frente a principados árabes pequeños y relativamente débiles, a los cuales Teherán puede o bien derrotar militarmente sin otra ayuda, o debilitarlos a través de una quinta columna de población chií local, como hemos visto en el caso de Baréin, o dañarlos económicamente a través del terrorismo en el estrecho de Ormuz.

A pesar de lo intimidatorio y terrible del hecho, el factor más importante, y que una vez más está relacionado con la tolerancia, brilla por su ausencia. A diferencia de los aqueménidas, los sasánidas, los safávidas y otros imperios iraníes del pasado, sistemas benevolentes o realmente estimulantes tanto en un sentido moral como cultural, el actual imperio iraní de la mente gobierna desde el miedo y la intimidación a través de terroristas suicidas en lugar de poetas, lo cual limita su poder e indica su decadencia.

Irán, con su rica cultura, su vasto territorio y sus extensas y pobladas ciudades, es, en el mismo sentido que China y la India, un universo en sí mismo, cuyo futuro eminentemente lo determinará la política interna y la situación social. Aun así, si hay alguien que pueda dar un giro al destino de Irán, ese es Irak. Este país, según evidencian la historia y la geografía, se entrelaza con la política iraní de un modo incomparable al de ningún otro país. Los santuarios chiíes del imán Alí (primo y yerno del profeta Mahoma) en Nayaf y del imán Husein (nieto del Profeta) en Karbala, ambos en la zona central del sur de Irak, han dado origen a comunidades teológicas chiíes que rivalizan con la de Qom en Irán. Si la democracia iraquí garantizase incluso un mínimo de estabilidad, la atmósfera intelectual más libre de sus ciudades

santas podría influir en la política iraní. En un sentido más amplio, un Irak democrático serviría como una fuerza de atracción que podrían aprovechar en el futuro los reformistas iraníes. A medida que los iraníes se involucren en la política iraquí, el parentesco de las dos naciones, con una frontera larga y compartida, podría ayudar a socavar el más represivo de los dos sistemas políticos. La política iraní se anquilosará por la interacción con una sociedad pluralista, étnicamente árabe chií. Además, a medida que la crisis económica del país se acentúe, los iraníes podrían enfurecerse por los cientos de millones de dólares que dedica su gobierno a comprar influencias en Irak, Líbano y otros países. Por no mencionar que los iraníes serán cada vez más odiados en Irak, al ser considerados un equivalente de los «americanos desagradables». Irán desearía simplemente utilizar los partidos iraquíes chiíes contra los suníes, algo completamente imposible, dado que solo lograría reducir el universalismo islámico radical, al que aspira representar en el ámbito suní, a un sectarismo que no ejercería ningún atractivo fuera de la comunidad chií. Por consiguiente, Irán puede quedarse bloqueado en su intento de ayudar a formar precarias coaliciones entre chiíes y suníes en Irak y fomentar su funcionamiento de manera indefinida, al mismo tiempo que aumenta el odio de los iraquíes por la intromisión iraní en su política nacional. Sin pretender justificar la forma en que se planeó y se llevó a cabo la invasión de Irak en 2003, o racionalizar los miles de millones de dólares gastados y los cientos de miles de vidas perdidas en la guerra, es muy posible que, en su momento, la caída de Sadam Husein iniciara un proceso que culmine con la liberación de dos países, no de uno solo. Del mismo modo que la geografía ha facilitado a Irán la sutil colonización de la política iraquí, también podría ser uno de los factores que favorecieran la influencia que Irak pueda ejercer sobre Irán.

En cualquier caso, las posibilidades de un cambio pacífico de régimen —o evolución— en Irán, a pesar de la agitación pasajera del Movimiento Verde, son mayores en la actualidad de lo que lo fueron con la Unión Soviética durante gran parte la guerra fría. Un Irán liberado, junto con unos gobiernos menos autocráticos dentro del mundo árabe —que se centrarían más en los problemas nacionales debido a su propia inseguridad—, fomentarían un mayor y más fluido equilibrio del poder entre suníes y chiíes en Oriente Medio, lo cual contribuiría a que la región se prestara mayor atención a sí misma y a sus propias dinámicas de poder internas y regionales que a Estados Unidos e Israel.

Además, un régimen más liberal en Teherán inspiraría una tolerante continuidad cultural, digna de los antiguos imperios persas, que no estaría

condicionada por las reaccionarias fuerzas clericales.

Dado el gran número de kurdos, azeríes, turcomanos y otras minorías tanto en el norte como en otras partes, un Irán más liberal también podría estar gobernado por un poder mucho menos centralizado en que las etnias periféricas se alejarían poco a poco de la órbita de Teherán. A menudo, Irán ha sido un imperio multinacional amorfo antes que un Estado, y su verdadera dimensión siempre será mayor o menor que la definida en cualquier cartografía oficial. Mientras el noroeste del Irán actual es kurdo y turcoazerí, algunas zonas del oeste de Afganistán y Tayikistán son cultural y lingüísticamente compatibles con un Estado iraní. Irán podría regresar a esta amorfía, tan propia del Imperio parto, a medida que la ola de extremismo islámico y la percepción de legitimidad del régimen de los mulás se desgaste.

[36]

El antiguo Imperio Otomano

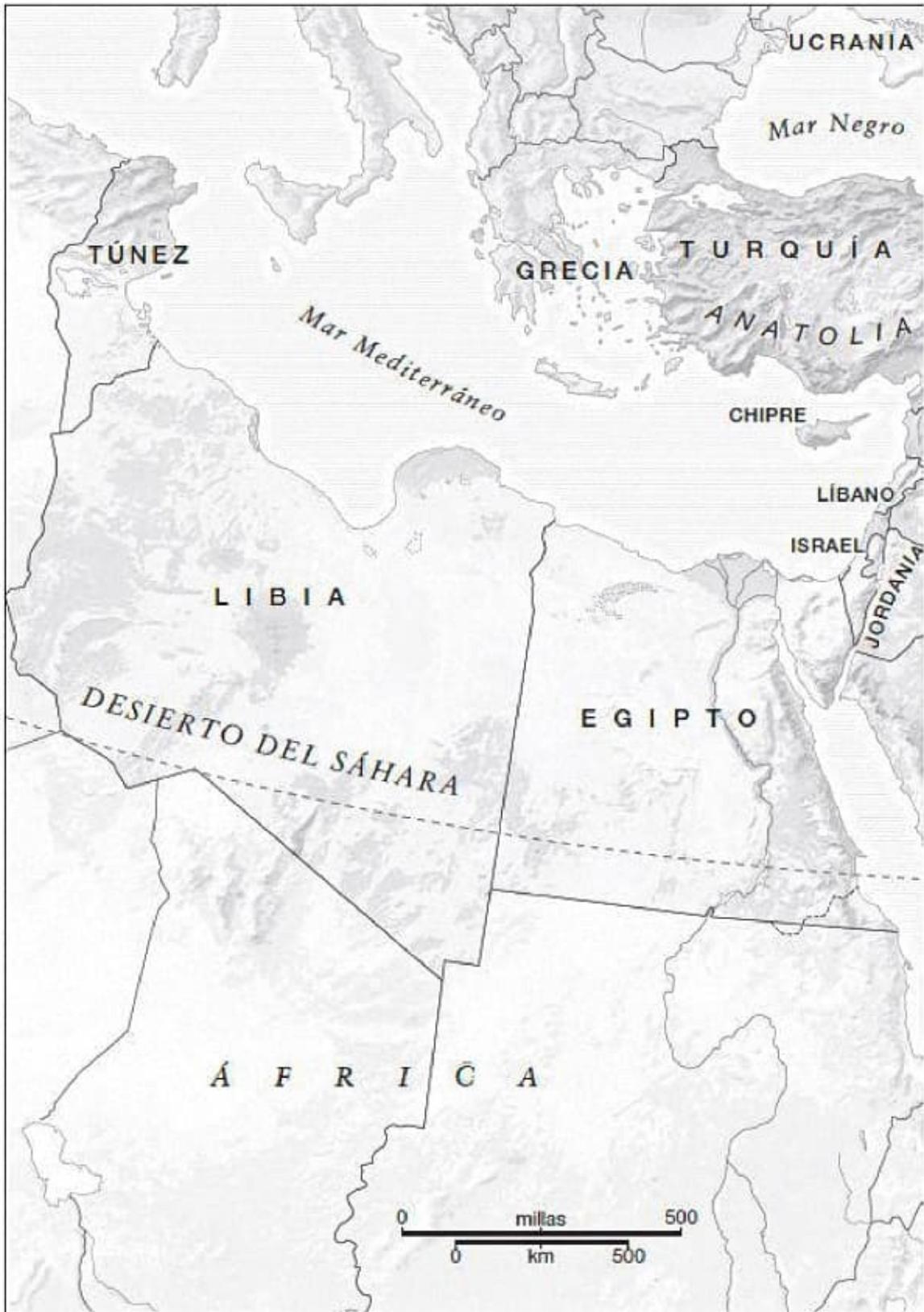
Si la meseta iraní es el mayor pivote de la geografía en el Gran Oriente Medio, entonces el puente continental de Anatolia, o Asia Menor, es naturalmente el siguiente en importancia. Del mismo modo que un solo país, Irán, ocupa por completo la meseta iraní, otro único país, en este caso Turquía, ocupa el puente continental de Anatolia. Entre ambos Estados, delimitados por montañas y mesetas desde donde se domina el norte de la Arabia desértica, cuentan con una población de 150 millones de habitantes, ligeramente superior a la población conjunta de los doce países árabes del sur que se inscriben en el Creciente Fértil y la península Arábiga. Habría que sumar Egipto y el resto del norte de África, que se extiende hasta el Atlántico, para que los árabes pudieran contrarrestar demográficamente el peso de Turquía e Irán.

Turquía e Irán —áreas fundamentales del cinturón yermo de Mackinder y del anillo continental de Spykman— tienen también las economías agrícolas más ricas de Oriente Medio, así como los niveles más altos de industrialización y conocimientos tecnológicos. La misma existencia del programa nuclear iraní y la tradicional habilidad turca de seguir el mismo ejemplo si así lo desea —por cuestiones de prestigio nacional— contrastan enormemente con Arabia Saudí y otros países árabes, que no disponen de la capacidad intelectual para desarrollar sus propios programas y, por lo tanto, necesitarían una transferencia de tecnología de una potencia nuclear existente como Pakistán.

Turquía, al igual que Irán, constituye por sí sola la región de mayor importancia de su ámbito territorial, cuya influencia abarca una amplia zona que incluye, en el sentido de las agujas del reloj, los Balcanes, el mar Negro, Ucrania, el sur de Rusia, el Cáucaso y el Oriente Medio árabe. Turquía «es una plataforma estable en medio del caos», según apunta el estratega de

Stratfor George Friedman, sobre todo en comparación con el mundo árabe.^[1] Sin embargo, aunque Turquía influye en todos los territorios de su alrededor, su posición como puente continental, encorsetada entre el Mediterráneo, al sur, y el mar Negro, al norte, hace que en parte sea una isla nación. La falta de vecindad terrestre en esos puntos implica que, a pesar de la influencia que ejerce sobre los territorios circundantes, no es geográficamente fundamental, como sí lo es Irán para sus vecinos. En cuanto a su preponderancia en los Balcanes, al oeste, y Siria y Mesopotamia, al sur, es principalmente económica, aunque recientemente se ha involucrado en la mediación posterior a la guerra en la antigua Yugoslavia. Turquía solo disfruta del tipo de influencia diplomática capaz de afectar de manera drástica la política del día a día en un lugar: el Cáucaso, y particularmente en Azerbaiyán, donde la lengua es muy similar al turco.

Es cierto que Turquía controla las cabeceras de los ríos Tigris y Éufrates, una tremenda ventaja geográfica que le permitiría cortar el suministro de agua a Siria e Irak; aunque, si llegara a hacerlo, su acción constituiría el equivalente a un acto de guerra, por lo que tiene que ser muy prudente a la hora de aprovechar dicha ventaja. El temor a que Turquía pudiera reducir el caudal de agua por medio de desvíos, en interés de su propio desarrollo agrario, le proporciona un ascendiente considerable sobre la política árabe. Un hecho geopolítico relativamente nuevo, y que a menudo se pasa por alto, es el Proyecto de la Anatolia Sudoriental, cuyo elemento central es la presa de Atatürk, a 40 kilómetros al norte de Sanliurfa, junto a la frontera siria. Cerca de 5000 kilómetros cuadrados de tierras cultivables de la llanura de Harrán se riegan mediante un sistema de abastecimiento por gravedad de agua desviada desde esa presa. Todo el sistema de presas del río Éufrates, planificado en la década de 1970 y construido en las de 1980 y 1990, con capacidad suficiente para bombear agua hasta lugares tan lejanos como la sedienta Cisjordania, en Palestina, hará que Turquía se convierta en una potencia mayor en el Oriente Medio árabe en el siglo XXI de lo que lo fue en el anterior. El destacado perfil político que Turquía ha adoptado en los últimos tiempos debería considerarse en el contexto de esta nueva realidad geográfica.





Si bien los recientes titulares evidencian un interés especial de Turquía en Oriente Medio, no siempre ha sido así. Desde los orígenes del Imperio otomano, en el siglo XIII, los otomanos estuvieron concentrados principalmente en el noroeste, más cercanos a Europa, donde se hallaban la

riqueza y las lucrativas rutas comerciales. Este patrón se había iniciado a finales de la Edad Media, cuando el ascenso de Europa Central y del Imperio carolingio actuó como un imán para las tribus turcas, que a su vez se habían desplazado hacia el oeste, hasta los Balcanes, a través de Anatolia, atraídas por las tierras agrícolas más fértiles de las inmediaciones de Asia Menor. Turquía puede ser sinónimo de todo el puente continental de Anatolia, pero (al igual que en el caso de Rusia) el peso demográfico e industrial de la nación se ha concentrado durante siglos en el oeste, junto a los Balcanes y relativamente lejos de Oriente Medio. Sin embargo, a pesar de que los otomanos se agrupaban cerca de Europa, el sumamente alto y abrupto terreno de Anatolia, con grandes valles alejados entre sí, obstaculizó la creación de alianzas tribales que podrían haber desafiado el control otomano en las zonas más cercanas al Cáucaso y Oriente Medio. De hecho, dado que la geografía favoreció las «perturbaciones» sociales en el este de Anatolia, dinastías organizadas como la de los selyúcidas y la de los otomanos pudieron gobernar cientos de años seguidos desde su base en la lejana Anatolia occidental, es decir, la Turquía europea, sin tener que preocuparse por los disturbios en el este.^[2] Al igual que la abrumadora topografía de Siberia oriental y el Extremo Oriente ruso hacía difícil desafiar a los rusos que vivían en Europa, lo mismo ocurrió con Anatolia y los turcos otomanos; salvo que, gracias a que Anatolia tenía extensas fronteras marítimas, a los gobernantes de Constantinopla les obsesionaron mucho menos las incursiones en sus territorios periféricos que a los rusos. Anatolia es compacta, Rusia dispersa.

Por lo tanto, la demografía turca ha acentuado su geografía. Anatolia se encuentra más alejada del corazón continental de Oriente Medio que de la meseta iraní y, en los últimos siglos, la disposición espacial de la población turca en el noroeste ha provocado que se aleje aún más. Las incursiones militares otomanas en Europa Central, que recordaron las correrías nómadas y culminaron con el asedio de Viena en 1683, fueron posibles gracias a la propia fragmentación política de Europa. Francia, Gran Bretaña y España estaban concentradas en superarse tácticamente unas a otras y en sus colonias del Nuevo Mundo, al otro lado del Atlántico. Venecia estaba enzarzada en una larga contienda contra Génova. El papado estaba envuelto en otras crisis. Y los eslavos de los Balcanes meridionales estaban divididos, otro caso en el que una geografía montañosa fomenta la división social y política. Por último, tal como apunta Herbert Adams Gibbons, periodista y corresponsal en el extranjero de principios del siglo XX: «Desde Europa se podría conquistar Asia Menor y más allá; en cambio, desde Asia no se podría conquistar

ninguna parte de Europa».^[3] Se refería a que, a fin de consolidar verdaderamente las tierras yermas de Anatolia y expandirse por Oriente Medio, los turcos otomanos necesitaban en primer lugar poseer la riqueza que solo la conquista de los Balcanes les podría proporcionar. Lo que facilitó esta fluida disposición entre Europa y Oriente Medio fue la ubicación de Constantinopla, la capital otomana, un puerto seguro que permitía el acceso a los Balcanes, el Mediterráneo y el norte de África a la vez que el final del recorrido de las rutas de caravanas procedentes de Persia, el Cáucaso y más allá.

De esta geografía surgió un imperio multinacional en expansión, que a finales del siglo XIX daba sus últimos estertores, aunque el sultanato otomano no pasó a mejor vida hasta su derrota en la Primera Guerra Mundial. Mustafá Kemal Atatürk («Padre Turco»), el único general otomano invicto, que forjó un Estado moderno en Anatolia después de las pérdidas imperiales en los Balcanes y Oriente Medio, fue un auténtico revolucionario: cambió el sistema de valores de su pueblo. Supo ver que las potencias europeas habían derrotado al Imperio otomano no por razón de sus ejércitos más numerosos, sino gracias a su civilización superior, que había dado origen a ejércitos superiores. Por lo tanto, en adelante Turquía sería occidental y, bajo sus designios, se orientaría cultural y políticamente hacia Europa, para lo cual abolió los tribunales religiosos musulmanes, prohibió a los hombres llevar fez, desalentó a las mujeres a usar el velo y sustituyó el alfabeto árabe por el latino. No obstante, por muy revolucionarias que fuesen estas reformas, también representaban la culminación de la obsesión turca con Europa, que se remontaba a siglos atrás. Aunque Turquía se mantuvo neutral durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial, el kemalismo —la doctrina secular prooccidental de Kemal Atatürk— guió la cultura turca y en particular su política exterior hasta finales de la primera década de la posguerra fría. De hecho, Turquía albergó durante años la esperanza de adherirse a la Unión Europea, una fijación que los funcionarios turcos me dejaron clara durante mis numerosas visitas al país en las décadas de 1980 y 1990. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI se hizo evidente que Turquía nunca podría convertirse en miembro de pleno derecho de la Unión Europea. La razón era obvia y olía a determinismo geográfico y cultural: aunque Turquía era una democracia y miembro de la OTAN, también era musulmana, y por lo tanto no se la deseaba. Los políticos turcos recibieron el rechazo con gran conmoción. Y lo que es más importante, confluyó con otras tendencias sociales que enmendarían de manera categórica la historia y la geografía de Turquía.

En realidad, la orientación europea que Atatürk impuso a Turquía conllevaba una contradicción. Atatürk nació y se crió en Salónica, en el norte de Grecia, entre griegos, judíos y otras minorías. En otras palabras, era un europeo, puesto que Salónica era un baluarte multilingüe del cosmopolitismo a finales del siglo XIX. Del mismo modo, la definición de nacionalidad de Atatürk fue sorprendentemente moderna, pues él mismo no se cansaba de repetir que quienquiera que dijera que era turco, hablara turco y viviera en Turquía, era turco, aunque fuera judío o cristiano. Trasladó la capital a Ankara, en el centro de Anatolia, desde Estambul (Constantinopla), en la Turquía europea, debido a la asociación de esta con el antiguo régimen. Además, no hizo ningún esfuerzo por recuperar las provincias otomanas perdidas en los Balcanes o en Oriente Medio: su estrategia consistía en construir un Estado turco monoétnico fuera de la zona central de Anatolia y decididamente orientado hacia Europa y Occidente. El guardián de la llama kemalista sería el ejército turco, dado que la democracia auténtica fue algo que el kemalismo no logró alcanzar en vida de Atatürk. El problema, aunque tardaría décadas en materializarse, fue que, al centrarse en Anatolia, sin querer dio un mayor relieve a la civilización islámica, la cual estaba mucho más arraigada en Asia Menor que en la Turquía europea de Constantinopla y el sultanato. Además, la democracia, del modo que evolucionó en Turquía, a trompicones entre golpes militares periódicos, proporcionó el derecho al voto a la clase trabajadora y a los turcos devotos de las tierras del interior de Anatolia.

En las primeras décadas de existencia de la República de Turquía, la riqueza y el poder estuvieron en manos de los militares y de la élite ultralaica de Estambul. Durante este período, los funcionarios estadounidenses se permitieron el lujo de proclamar el Estado democrático de Turquía, aun cuando los generales turcos habían sido los responsables de la política exterior prooccidental. Esto empezó a cambiar en la década de 1980, cuando el recién elegido primer ministro Turgut Özal, musulmán devoto de tendencias sufíes nacido en Anatolia central, promulgó una serie de reformas que liberalizaron la economía controlada hasta entonces por el Estado. Fueron muchas las grandes empresas que se privatizaron, y se relajaron los controles sobre las importaciones, todo lo cual dio origen a una clase media de nuevos ricos con poder político real entre los musulmanes devotos. Sin embargo, la genialidad de Özal en los últimos años de la guerra fría consistió en permanecer políticamente ligado a Occidente a la vez que suavizaba la tendencia archilaicista del kemalismo para otorgar a los musulmanes

practicantes una mayor participación en el sistema. De pronto, Turquía se volvió más islamista y más proestadounidense. El islamismo de Özal permitió a Turquía llegar a los kurdos, que se sentían unidos a los turcos por la religión, pero separados por el origen étnico. Los generales turcos, sumamente incómodos con la religiosidad de Özal, mantuvieron el control de la política nacional de seguridad, que este último no impugnó porque Özal y los generales estaban mayormente de acuerdo con respecto a Turquía como baluarte de la OTAN dentro del anillo continental eurasiático de Spykman, frente a la Unión Soviética.

Özal murió repentinamente en 1993, a la edad de sesenta y cinco años, después de una década como primer ministro y presidente. Su fallecimiento tuvo profundas repercusiones para el futuro de Turquía, un nuevo ejemplo de cómo la vida y la muerte de algunos individuos afectan el destino de la geopolítica tanto como la geografía, que conserva su primacía básicamente sobre todo porque es permanente. Debido a que el propio Özal caía en ciertas contradicciones personales, siendo a la vez proislamista y proestadounidense, su muerte provocó la ruptura del delicado consenso nacional, aunque aún tendrían que pasar varios años para que se materializara. A lo largo de la década posterior a la desaparición de Özal, Turquía tuvo líderes laicos anodinos, al mismo tiempo que el poder económico y la devoción islámica siguieron floreciendo en el corazón de Anatolia. A finales de 2002, la refinada élite laica perdió buena parte de su prestigio y las elecciones dieron la mayoría absoluta parlamentaria al islámico Partido de la Justicia y el Desarrollo liderado por Recep Tayyip Erdogan, exalcalde de Estambul. Esta ciudad, a la vez que hogar de la élite laica, también lo era de millones de turcos pobres y devotos que habían emigrado desde el campo anatolio en busca de trabajo para integrarse en la clase media baja, y fue precisamente a esta población a la que Erdogan le dio la oportunidad de expresarse.

Cuando Erdogan asumió el control del gobierno, abrió la puerta a una oleada de un islamismo que Özal había fortalecido y que había ido aumentando su presencia en la vida turca poco a poco, aunque vigilada de cerca por el kemalismo oficial. En 1945 había 20 000 mezquitas en Turquía, en 1985, 62 000, y ese número ha ido aumentando de manera constante desde entonces, de manera desproporcionada en relación con la población. Según algunos estudios, casi dos tercios de la clase trabajadora urbana turca rezaba a diario, lo mismo que la mayoría de los turcos de las zonas rurales, y estos porcentajes no han hecho más que aumentar en los últimos años.^[4] Un renacido islam ha competido sin problemas con las ideologías seculares de la

derecha (el fascismo) y de la izquierda (el marxismo) «como un salvador de la juventud urbana desilusionada», para la cual el kemalismo no fue «un sistema social ético» con el que guiar la vida cotidiana, explica Dilip Hiro, escritor y periodista residente en Londres. Una vez que un nacionalismo normal vinculado al islam echó raíces, el kemalismo fue perdiendo su «razón de ser». [5]

Sin embargo, cuando en marzo de 2003 el Parlamento turco denegó el permiso a las tropas norteamericanas para abastecerse en territorio turco, con vistas a una invasión de Irak, lo cierto es que no fue el islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo el que socavó la posición de Estados Unidos, sino los laicos, que, a esas alturas, se habían unido a los europeos en su antiamericanismo como reacción a la retórica poco sutil y a la postura de la administración Bush tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. El desastroso resultado de la invasión de Irak, que llevó a una guerra sectaria, si bien es cierto que no se encontraron armas de destrucción masiva, coincidió más o menos con el momento en que Turquía comprendió que no sería admitida en la Unión Europea. Las consecuencias de estos dramáticos acontecimientos —que se produjeron cuando Turquía tenía un gobierno nuevo, popular y de fuertes raíces islamistas— iban a dar un giro espectacular a la situación política y cultural del país, que apartó su mirada de Occidente por primera vez en muchos siglos y la dirigió hacia Oriente Medio.

En cierto sentido, como ya hemos dicho, Estados Unidos cayó en su propia trampa. Durante décadas, los líderes norteamericanos habían proclamado a la Turquía democrática como un bastión proisraelí de la OTAN en Oriente Medio, aun cuando sabían que su política exterior y de seguridad y defensa estaba en manos de sus Fuerzas Armadas. Por último, a principios de siglo XXI, Turquía había emergido como una verdadera democracia desde el punto de vista político, económico y cultural, que reflejaba el carácter islámico de los turcos, todo lo cual derivó en una nación antiestadounidense y antiisraelí.

En el otoño de 1998, entrevisté en Kayseñ, Anatolia central, a líderes islamistas turcos, entre ellos a Abdullah Gül, actual presidente de Turquía. Fue con ocasión de una reunión y posterior mitin del Partido de la Virtud, que más tarde se disolvería y se reorganizaría como el Partido de la Justicia. El propio Partido de la Virtud era una reencarnación del islamista Partido del Bienestar, que no había sido contaminado por la corrupción y que deseaba instaurar la justicia social que había existido bajo el islam otomano. En las conclusiones que publiqué en el año 2000 acerca de estas reuniones, comprendí algo muy importante con suma claridad y me equivoqué de medio

a medio en algo de igual relevancia. Lo que supe ver fue que esas gentes, a pesar de integrar un partido minoritario, estaban a punto de convertirse en una mayoría en pocos años, y que su planteamiento fundamental era la democracia: cuanto más democrática fuese Turquía, tanto más aumentaría su poder islamista, pues ellos vinculaban Occidente con la estructura autocrática del poder militar del país, lo cual era irónico, pero cierto.

«¿Cuándo apoyará Estados Unidos la democracia en Turquía?, —me preguntó mi vecino de mesa en la cena del Partido de la Virtud—. Porque hasta ahora ha estado apoyando a los militares». Sin esperar mi respuesta, añadió: «He estado en Israel y allí la democracia está más desarrollada que en Turquía».^[6]

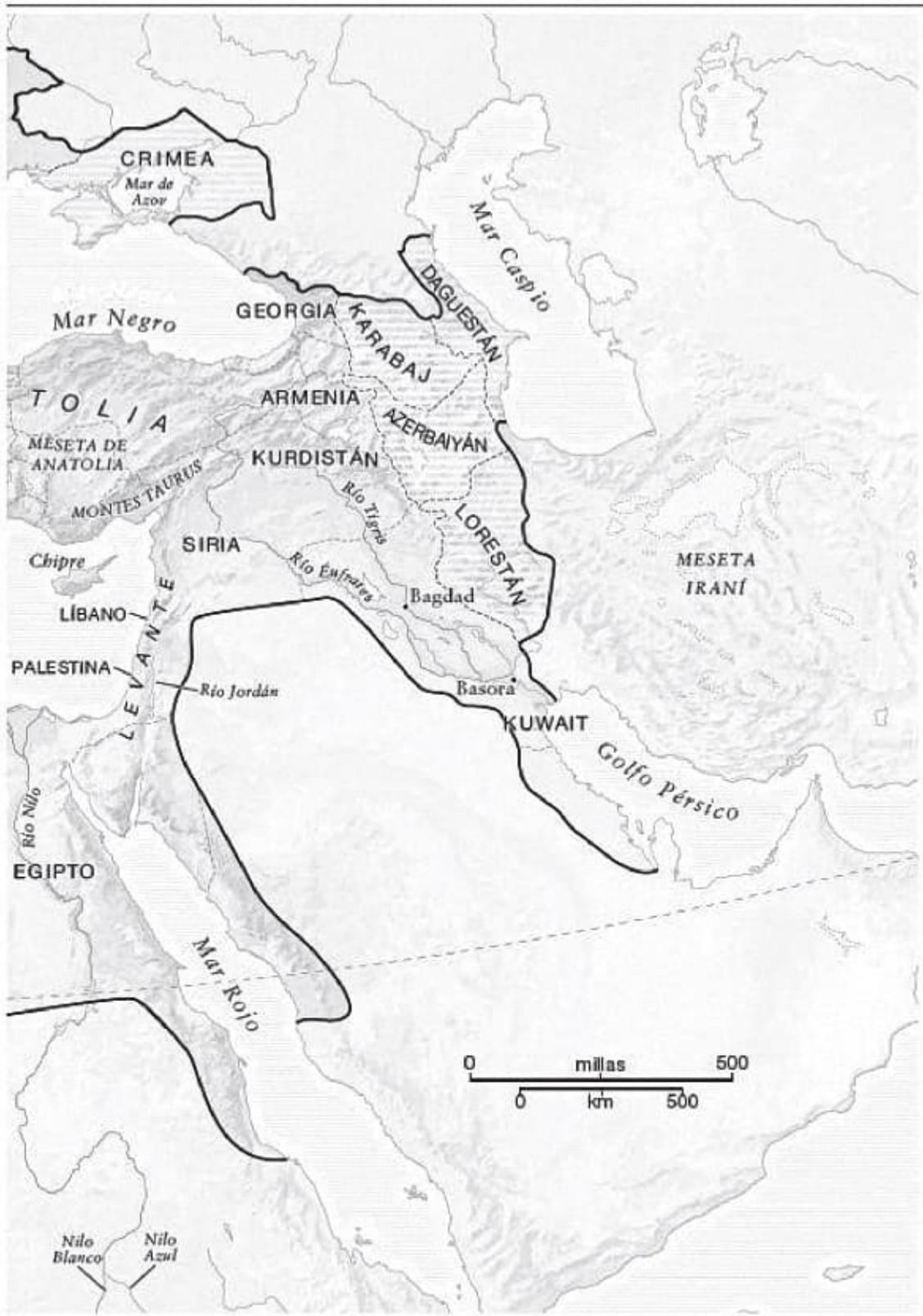
Y fue ahí donde me equivoqué. Debido a que los islamistas turcos moderados tenían entonces una mentalidad relativamente abierta con respecto a Israel, supuse que siempre sería así. De hecho, las circunstancias cambiarían drásticamente: por un lado, el resultado de la propia evolución histórica de los turcos a medida que las comunicaciones electrónicas los acercaban al pensamiento panislamista (la derrota de la geografía, en otras palabras) y, por otro, las acciones y errores específicos de los gobiernos estadounidense e israelí en los años posteriores.

A principios de la segunda década del siglo XXI, la geografía turca reflejaba la política turca. Turquía limita con Grecia en el oeste y con Irán en el este, con Bulgaria en el noroeste y con Irak en el sudeste, con Azerbaiyán en el noreste y con Siria en el sur, mientras que más de la mitad de Anatolia ocupa la costa del mar Negro o del Mediterráneo, por lo que este país se encuentra realmente equidistante entre Europa, Rusia y Oriente Medio. Lo mismo ocurre con su política exterior y de seguridad nacional. Turquía seguía siendo miembro de la OTAN, colaboraba con los servicios de inteligencia estadounidenses, mantenía una embajada en Israel y había facilitado las conversaciones de paz indirectas entre Israel y Siria. Sin embargo, también llevaba a cabo incursiones militares contra los kurdos en el norte de Irak, ayudaba a Irán a evitar las sanciones por el desarrollo de un arma nuclear y respaldaba política y emocionalmente a los grupos palestinos más radicales.

El asalto de un comando israelí en mayo de 2010 a una flotilla de seis barcos que transportaban ayuda humanitaria desde Turquía a la Franja de Gaza controlada por Hamás, y la reacción virulenta de Turquía ante este hecho, fueron el catalizador que sirvió para anunciar al mundo el giro histórico de Turquía de Occidente hacia Oriente. Los turcos no veían la lucha por Palestina como un conflicto árabe-israelí en el que, como turcos, no

desempeñaban ningún papel, sino como un conflicto que enfrentaba a musulmanes y judíos, en el que los turcos abanderaban la causa musulmana. Una de las ideas clave que a menudo se pasan por alto en la obra del desaparecido profesor de la Universidad de Harvard Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, de la que Turquía constituye una magnífica ilustración, es que la globalización, a pesar de que hasta cierto punto representa una fuerza unificadora, también constituye una fuerza que crea tensión entre civilizaciones en tanto que acerca grandes y extensos grupos solidarios. Por lo tanto, aunque el mundo islámico carece de cohesión política, la conciencia islámica aumenta con la globalización, y de ahí la intensificación del carácter islámico de la identidad turca. Todo esto sucede en un momento en el que el mundo no occidental tiene cada vez menos problemas sanitarios y de analfabetismo y es más urbano, de modo que se registra un aumento del poder político y económico de los países del grupo intermedio, como Turquía.^[7]





Los turcos ayudaron a liderar la Casa del Islam durante casi 850 años, desde la victoria de los turcos selyúcidas sobre los bizantinos en 1071, en la batalla de Manzikert, en el este de Anatolia, hasta la derrota del Imperio otomano ante los aliados occidentales, en 1918. Los árabes solo han

encabezado la civilización musulmana durante el pasado siglo. De hecho, hasta la Revolución iraní de 1978-1979, incluso los entonces 50 millones de musulmanes de Irán habían sido en gran parte invisibles para Occidente, como también lo habían sido los 75 millones de musulmanes de la actual Turquía hasta que la crisis de la flotilla de Gaza estalló en la misma época en que los turcos hacían un trato con Irán para aceptar enriquecer su uranio y votaban en contra de la sanción a Irán en las Naciones Unidas. De pronto, el gran público y los medios de comunicación occidentales tomaron conciencia de la contundente realidad geográfica de Turquía.

A continuación, en 2011 llegaron los levantamientos contra las desgastadas autocracias en todo el norte de África y Oriente Medio, de los que Turquía se benefició en un sentido histórico y geográfico. La Turquía otomana gobernó el norte de África y el Levante durante cientos de años de la era moderna. Si bien su dominio fue despótico, no llegó a ser tan opresivo como para dejar una cicatriz duradera en las mentes de los árabes de la actualidad. Turquía es un ejemplo de democracia islámica que puede servir como modelo a seguir para estos Estados recién liberados, sobre todo porque su democracia evolucionó a partir de un régimen híbrido, en el que los generales y los políticos han compartido el poder hasta hace poco, un proceso por el que tendrán que atravesar algunos Estados árabes en su camino hacia unos sistemas más libres. Con 75 millones de habitantes y una saludable tasa de crecimiento económico hasta hace poco, Turquía es también un gigante demográfico y económico que puede proyectar el poder blando por todo el Mediterráneo, dado que simplemente disfruta de ventajas de las que otros grandes Estados de esta zona próxima al norte de África —Grecia, Italia y España— no disponen.

Sin embargo, existen factores clave que deben saberse acerca del islam turco y que podrían hacer que Occidente considerara el ascenso de Turquía en Oriente Medio como algo beneficioso.

De hecho, si supiéramos un poco más acerca de Yalal ad-Din Rumi, fundador de la *tariqat* («orden espiritual») túrquica en siglo XIII, asociada con los derviches giróvagos, no nos habría sorprendido tanto la compatibilidad del islam con la democracia, y el fundamentalismo islámico no nos habría parecido tan monolítico y amenazador. Rumi rechazaba a los «fanáticos inmaduros», que despreciaban la música y la poesía.^[8] Advirtió que la barba o el bigote del clero no era signo de sabiduría. Rumi favorecía al individuo por encima de la multitud, y siempre hablaba en contra de la tiranía. El legado de Rumi es más aplicable a las tendencias democratizadoras del

mundo musulmán que las figuras de los panteones árabes e iraníes con las que Occidente está más familiarizado. La naturaleza ecléctica del islam turco, como demuestra Rumi, va de la mano de la occidentalización de Turquía. El sistema democrático turco, aunque imperfecto e influenciado durante mucho tiempo por los militares autoritarios, fue incorporando elementos islámicos ortodoxos durante décadas. A diferencia de un buen número de países árabes e Irán, la base industrial de Turquía y la clase media no surgieron de la nada como consecuencia de los ingresos derivados del petróleo. Una vez más, debemos agradecer a la geografía el avanzado nivel de desarrollo humano que existe en Turquía, en comparación con la mayoría de los países de Oriente Medio. La posición de Turquía como puente continental no solo la conecta a Europa, sino que también hizo posible una ola de invasiones de los nómadas de Asia Central que vigorizaron la civilización de Anatolia, de la que la poesía de Rumi es un ejemplo. Fue el Imperio otomano el que desempeñó un papel fundamental en la puesta en contacto de la política europea —o al menos la balcánica, parte de la anterior— con la de Oriente Medio. Las luchas por la independencia nacional del siglo XIX en Serbia, Bulgaria, Rumania y Grecia alentaron el surgimiento de sociedades árabes nacionalistas en Damasco y Beirut. De modo similar, el terrorismo moderno nació a principios del siglo XX en Macedonia y Bulgaria, antes de pasar a la Gran Siria.

A principios del siglo XXI, Turquía ya contaba con un movimiento islámico efervescente y políticamente dominante, una inmensa capacidad militar en comparación con cualquier país de Oriente Medio, a excepción de Israel, una economía que había mantenido una tasa de crecimiento de un 8 % anual durante mucho tiempo, y que había conseguido conservar por encima del 5 % a pesar la recesión mundial, y un sistema de presas que convirtió a Turquía en una potencia acuífera en la misma medida que Irán y Arabia Saudí eran potencias petroleras. Estos factores, visibles o no, le permiten a Turquía competir con Irán por el liderazgo y la legitimidad islámicos. Durante años, Turquía ha permanecido casi tan sola como Israel en Oriente Medio. Su caciquismo de la época otomana había complicado el trato con los árabes, a la vez que sus relaciones con la vecina Siria eran abiertamente hostiles, y las que mantenía con el Irak baazista y el Irán fundamentalista podían considerarse tensas. En 1998, Turquía estuvo a punto de entrar en guerra con Siria, a causa del apoyo de Damasco al Partido de los Trabajadores del Kurdistán, de orientación radical y antiturca.

Durante esta época, Turquía mantuvo una alianza militar con Israel, lo que afianzó su condición de paria en Oriente Medio. Sin embargo, todo esto

empezó a cambiar con la llegada al poder de Erdogan y el Partido de la Justicia y el Desarrollo, que coincidió con un descenso brusco de la afinidad con Occidente entre la opinión pública turca, debido, por un lado, al rechazo expreso de la Unión Europea a la adhesión de Turquía, y por otro, a una cada vez mayor y lamentable orientación hacia unos Estados Unidos e Israel manifiestamente de derechas.

Turquía no se retiró de la OTAN, ni rompió las relaciones diplomáticas con Israel. Por el contrario, bajo el mandato del ministro de Asuntos Exteriores de Erdogan, Ahmet Davutoglu, Turquía adoptó una política de «no enfrentamiento» con sus vecinos inmediatos, lo que supuso acercamientos históricos con Siria, Irak e Irán. Gracias a su economía, tecnológicamente mucho más avanzada que la de sus vecinos —y también con un crecimiento más rápido—, la fuerte influencia de Turquía en los Balcanes, al oeste, y en el Cáucaso, al este, era ya un hecho consumado. Bulgaria, Georgia y Azerbaiyán recibieron una oleada de electrodomésticos turcos y otros bienes de consumo. Sin embargo, fue la defensa de la causa palestina y la inmensa popularidad que ello le granjeó al pueblo turco entre la gente de Gaza lo que convirtió a Turquía en una parte integrante de la estructura del mundo árabe hasta un punto que no había vivido desde la época otomana. El neootomanismo podría haber sido una estrategia específica desarrollada por Davutoglu, pero también constituyó una evolución política natural: la intensificación de su islamización de pronto otorgó relevancia a la posición geográfica y económica dominante de Turquía. El atractivo de esta ideología se basaba en la suposición tácita de que, en esta era de la globalización, Turquía carecía de los medios y la voluntad para forjar un renovado imperio en Oriente Medio; mejor dicho, se fundamentaba en la normalización de las relaciones de Turquía con sus antiguas posesiones árabes, para las que el dominio otomano, al menos visto desde la perspectiva temporal, se hallaba lo bastante alejado y había sido lo suficientemente benevolente como para dar a Turquía la bienvenida de vuelta al redil, en un momento en que había aumentado bastante su hostilidad hacia Israel.

La verdadera innovación de Davutoglu fue acercarse a Irán. Las civilizaciones de las mesetas de Anatolia e Irán, turca y persa respectivamente, han tenido una larga y compleja relación: el persa, como ya hemos dicho, era la lengua que usaba la diplomacia durante el Imperio otomano, aun cuando los otomanos y los persas safávidas mantuvieron largas contiendas militares en el siglo XVI y principios del XVII. Puede decirse que los pueblos turco e iraní son rivales, al mismo tiempo que sus culturas y

lenguas se interrelacionan profundamente. Rumi escribía en persa, aunque pasó la mayor parte de su vida en Turquía. Además, ni Turquía ni Irán han ejercido nunca un dominio de tipo colonial sobre el otro. Geográficamente, sus esferas de influencia, aunque se solapan, son en gran medida independientes, y comparten frontera en el este de Turquía. Durante el reinado del sah, tanto Turquía como Irán eran prooccidentales y, aun cuando Irán se radicalizó bajo el régimen de los mulás, Ankara se cuidó de mantener unas relaciones correctas con Teherán. Desde el punto de vista histórico, la acogida de Ankara a los ayatolás no tiene nada de chocante, aunque en el contexto político contemporáneo este hecho tuvo un gran impacto.

Consideremos algunos hechos relevantes: Estados Unidos, con un presidente mundialmente popular en ese momento, Barack Obama, trataba desesperadamente, junto con sus aliados europeos, de impedir que Irán obtuviera armas nucleares a fin de evitar que Israel lanzara un ataque contra este país. Un Irán nuclear alteraría drásticamente el equilibrio del poder en Oriente Medio en perjuicio de Occidente, mientras que un ataque israelí contra Irán incluso podría tener peores consecuencias, en cuanto a la desestabilización de la región. Sin embargo, en mayo de 2010, Turquía y Brasil llevaron a cabo una serie de complicadas maniobras diplomáticas para ayudar a Irán a evadir las sanciones económicas y así ganar un tiempo valioso para fabricar una bomba nuclear. Tras comprometerse a enriquecer el uranio de Irán, Turquía ganó un peso aún mayor en el mundo islámico, el cual sumaría a la posición que ya había logrado gracias al apoyo que le había prestado a Hamás en Gaza. Irán tiene el potencial «para ayudar a Turquía a lograr su objetivo estratégico fundamental de convertirse en un centro energético, que suministraría gas natural y petróleo [de Irán] a los mercados de Europa occidental».^[9] Convertida en un enlace para el traslado de energía desde Irán, así como para los hidrocarburos procedentes del mar Caspio a través del Cáucaso, al mismo tiempo que tiene la posibilidad de desviar hasta un 90 % del agua que recibe Irak desde el Éufrates y un 40 % de la de Siria, Turquía se suma a Irán como hiperpotencia en Oriente Medio, con oleoductos, gasoductos y canalizaciones de agua en todas partes, elementos básicos de la vida industrial.^[10]

Como he sugerido con anterioridad, antes de la era del petróleo, Turquía se adentró en los Balcanes y Europa con el fin de desarrollar la capacidad económica necesaria para poder adentrarse en Oriente Próximo. En la era del petróleo, la situación dio un giro de ciento ochenta grados, puesto que, a medida que Turquía se convertía en el canal europeo para el petróleo que

proviene de Irán y el mar Caspio, se ha transformado en un factor económico de tal importancia que Europa se ha visto obligada a prestarle su atención. En lugar de constituir simplemente un puente continental, aunque sea el más grande del mundo, Turquía —miembro del G-20— se ha erigido en una región central que, junto con Irán, tiene la capacidad de neutralizar el Creciente Fértil árabe, cuyas sociedades se ven acosadas por conflictos internos como consecuencia de décadas de regímenes de seguridad nacional ineficaces.

Asimismo, el paso que dieron Turquía y Brasil para salvaguardar el uranio enriquecido de Irán, y así ayudar a que el gobierno fundamentalista iraní adquiriera una bomba nuclear, fue algo más que una treta de poca importancia. En realidad, reflejó el auge de las potencias intermedias en todo el mundo, a medida que millones y millones de ciudadanos de los países en vías de desarrollo se integran en la clase media.

El resquicio de esperanza para Occidente reside en que, sin el ascendiente de Turquía, el Irán revolucionario se convertiría en la potencia dominante de Oriente Medio; en cambio, con el enérgico ascenso de Turquía en la región, del que no había vuelto a disfrutar desde la caída del Imperio otomano, Irán tendrá la competencia al lado, en tanto que Turquía puede ser al mismo tiempo amigo y competidor de Irán. Además, tampoco hay que olvidar que Turquía sigue perteneciendo a la OTAN y que todavía mantiene relaciones con Israel, a pesar de haberse deteriorado. Por muy difícil que le resulte a Occidente admitirlo, el liderazgo islamista de Turquía representa, no obstante, una gran mejora en comparación con la ideología del gobierno clerical iraní. Turquía aún puede actuar como mediador entre Israel y los países musulmanes, al igual que Irán todavía dispone del potencial para cambiar su política, ya sea a través de la agitación política o como consecuencia de las cargas que suponen la longevidad y las contradicciones del propio régimen. Lo que está claro es que, a medida que la guerra fría se desvanezca en la memoria, tanto Turquía como Irán tratarán de sacar el mayor provecho a sus respectivas geografías para afianzar su posición en el Oriente Medio árabe. Turquía ya no se encuentra tan fuertemente vinculada a la OTAN como antes, si bien es cierto que esta apenas es un débil reflejo de lo que era. Con el fin del régimen de Sadam Husein en Irak —en sí mismo un vestigio de la guerra fría, en tanto que era un Estado policial de estilo soviético—, Irán está involucrándose en la política del mundo árabe como nunca antes lo había hecho. Todo es muy sutil: Turquía actúa en consonancia con Irán a la vez que actúa como contrapeso de su poder. Al mismo tiempo, Irak, a pesar de su

actual debilidad, emerge como una alternativa predominantemente chií a Irán. Y a todo esto hay que añadir la revolución en el mundo de la comunicación a escala internacional, que actuó a favor de Turquía e Irán ya que permite, al menos en su caso, que sus pueblos dejen a un lado su etnicidad y adopten la religión como identidad de grupo. De esta manera, turcos, iraníes y árabes se identifican como musulmanes y se unen contra Israel y, hasta cierto punto, contra Occidente. Por consiguiente, el vasto cuadrilátero de Oriente Medio está mucho más orgánicamente interrelacionado que antes gracias a una mayor influencia de las realidades geográficas de Turquía e Irán en el mundo árabe.

A diferencia de Turquía e Irán, los países árabes que se extienden entre el mar Mediterráneo y la meseta iraní tuvieron poco peso antes del siglo XX. Palestina, Líbano, Siria e Irak fueron solo expresiones geográficas, mientras que a Jordania ni siquiera se la tuvo en cuenta. Si obviamos los límites oficiales del mapa, queda al descubierto un entramado de núcleos de población suníes y chiíes que contradicen las fronteras nacionales. Dentro de estos confines, los gobiernos centrales de Líbano e Irak apenas tienen sentido. El régimen tiránico de Siria se encuentra bajo el asedio intenso de su propia población (y puede que ya no exista cuando se publique este libro), mientras que en Jordania hay una monarquía absoluta, que probablemente solo tendrá futuro en tanto que constitucional. (La razón principal de la existencia de este país nunca se ha explicitado: actúa como Estado barrera para otros regímenes árabes, que temen compartir una frontera continental con Israel.) Cuando el entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush, derrocó la dictadura iraquí, en aquel momento se pensó que había puesto en marcha la historia en el mundo árabe y que la había agitado en mayor grado que cualquier otra figura occidental desde Napoleón. Sin embargo, a continuación vinieron las rebeliones democráticas de la «primavera árabe», cuyas causas internas no guardaban relación alguna con lo que Bush había hecho. En cualquier caso, el sistema estatal posotomano que surgió a raíz de la Primera Guerra Mundial se encuentra bajo mayor presión que nunca. Es posible que no se suceda una democracia al estilo occidental, pero sí acabará produciéndose alguna forma de liberalización, beneficiada por la revolución de Egipto y la transición que se vive en los Estados árabes de tipo policial que surgieron en la guerra fría, la cual hará que aquella que se llevó a cabo en los países de Europa Central y los Balcanes para alejarse del comunismo parezca sencilla en comparación.

De hecho, el Levante se caracteriza actualmente por el colapso de los regímenes autoritarios y las democracias, escasas, que no son capaces de hacer nada para progresar. La gran energía que caracteriza los gobiernos de Turquía e Irán, en parte producto de sus geografías, ha sido durante décadas casi inexistente en el mundo árabe, otra razón por la que este ha entrado en un período de transición política histórica.

En verdad, los levantamientos árabes del año 2011, que derrocaron varios regímenes, pusieron de relieve el poder de la tecnología de las comunicaciones y la derrota de la geografía. Sin embargo, a medida que pase el tiempo, las geografías de Túnez, Libia, Egipto, Yemen, Siria y otros países se consolidarán. Túnez y Egipto son antiguos núcleos de civilizaciones, cuyos Estados tienen su origen en la Antigüedad, mientras que Libia y Yemen, por ejemplo, no son más que vagas geografías, cuyas naciones no se establecieron hasta el siglo XX. Libia occidental, alrededor de Trípoli (Tripolitania), siempre se orientó hacia las civilizaciones ricas y urbanas de Cartago, en Túnez, mientras que Libia oriental, cerca de Bengasi (Cirenaica), se inclinó más hacia las de Alejandría, en Egipto. Yemen fue un territorio rico y estuvo densamente poblado desde la Antigüedad, pero sus reinos, ubicados en las montañas, estuvieron siempre apartados unos de otros. Por lo tanto, no es de extrañar que la construcción de Estados modernos y no tiránicos en Libia y Yemen esté demostrándose más difícil que en Túnez y Egipto.

No obstante, en Levante y el Creciente Fértil podría desarrollarse la siguiente fase del conflicto.

Irak, a causa de la invasión estadounidense de 2003, se encuentra inmerso en una etapa de evolución política que, inevitablemente, afecta a todo el mundo árabe. Ello se debe a sus vastas reservas de petróleo (el país ocupa el segundo lugar en el mundo después de Arabia Saudí), su numerosa población de más de 31 millones de habitantes, su situación geográfica en la confluencia de las civilizaciones suní y chií, su equidistancia entre Irán, Siria y Arabia Saudí, y su importancia histórica y política como antigua capital de la dinastía abasí. Asimismo, Irak padece las consecuencias de tres legados: casi medio siglo de brutal dictadura militar bajo distintos gobernantes, de los cuales Sadam fue el último, que distorsionaron su cultura política; una historia sombría y violenta, antigua y moderna, que se extiende mucho más allá de las últimas décadas de dictadura y que ha propiciado un carácter nacional duro y desconfiado (por muy esencialista que esto pueda parecer), y graves divisiones étnicas y sectarias.

Irak nunca ha conocido la tranquilidad. Una vez más citamos a Freya Stark: «Mientras Egipto se extiende pacífica y paralelamente a las rutas de desplazamiento humano, Irak es, desde tiempos pretéritos, una provincia fronteriza que se sitúa, de manera inoportuna, perpendicular a los caminos predestinados del hombre».^[11] Mesopotamia atraviesa una de las más sangrientas rutas migratorias de la historia, que enfrenta a un hombre contra el otro y que, en consecuencia, genera pesimismo. Ya se viera atacada desde el desierto sirio, en el oeste, o desde la meseta iraní de Elam, en el este, Irak fue una víctima constante de la ocupación. Desde el tercer milenio antes de Cristo, los pueblos antiguos de Oriente Próximo lucharon por el control de Mesopotamia. Ya se tratara de los reyes aqueménidas persas Darío y Jerjes, que gobernaron Babilonia, o las hordas mongoles que avanzaron después para invadir su territorio, o el largo dominio del Imperio otomano, que terminó con la Primera Guerra Mundial, Irak ha tenido una trágica historia de ocupación.
[12]

Después de este derramamiento de sangre, Mesopotamia ha sido pocas veces un territorio demográficamente coherente. El Tigris y el Éufrates, que fluyen a través de Irak, han constituido durante mucho tiempo una zona fronteriza donde los diferentes grupos, a menudo residuos de estas invasiones extranjeras, entraron en conflicto y se solaparon. En su minuciosamente documentada obra *Ancient Iraq*, el orientalista francés Georges Roux sostiene que el norte, el sur y el centro han sostenido una guerra sin tregua desde la Antigüedad. Los gobernantes de las primeras ciudades-estado, los sumerios del sur, lucharon contra los acadios del centro de Mesopotamia. Ambos se enfrentaron a los asirios, que habitaban al norte. Los asirios, a su vez, combatieron contra los babilonios. Por no mencionar los numerosos grupos de persas que vivían entre los nativos de Mesopotamia, constituyendo otra fuente de conflicto.^[13] Solo la más sofocante de las tiranías pudo evitar la desintegración total a la que era propensa esta región fronteriza. Según apunta el politólogo Adeed Dawisha: «La fragilidad del orden social [a lo largo de la historia] fue estructural en el caso de Mesopotamia».^[14] Este orden frágil, que enfrentó a un grupo contra otro en un valle fluvial densamente poblado y sin fronteras que lo protegieran, llevó finalmente y, al parecer, de manera inexorable, a una tiranía del siglo XX calcada de la Antigüedad: un sistema que, en cuanto fue derribado, condujo a varios años de anarquía espeluznante, con atrocidades que tuvieron un halo antiguo.

Irak está condenado a sobrellevar la pesada carga tanto de su historia moderna como de la antigua. Mesopotamia fue una de las zonas más

débilmente gobernadas del Imperio otomano; un nuevo caso de vaga expresión geográfica, un conjunto poco definido de tribus, sectas y etnias, que posteriormente los turcos separaron en distintos valiatos: el kurdo de Mosul, el suní de Bagdad y el chií de Basora, de norte a sur. Tras la caída de Turquía, los británicos trataron de «modelar» un sistema de gobierno entre el Tigris y el Éufrates y crearon una pócima que mezclaba separatismo kurdo, tribalismo chií y autoafirmación suní.^[15] Con el objetivo de conectar los yacimientos petrolíferos del Kurdistán, en el norte, con un puerto en el golfo Pérsico, en el sur —como parte de una estrategia marítima y terrestre para defender la India—, los británicos unieron fuerzas étnicas y sectarias que serían difíciles de pacificar con métodos normales.

El auge del nacionalismo árabe después de la Segunda Guerra Mundial dio lugar a nuevas divisiones. Oficiales y políticos iraquíes se enfrentaron entre sí: los que consideraban que la solución a la identidad problemática de Irak sería subsumirlo bajo los auspicios de una sola nación árabe, que se extendiera desde el Magreb hasta Mesopotamia, frente a los que se esforzaban, contra todos los pronósticos, en lograr un país unido que, a pesar de su falta de lógica geográfica, acabaría con sus propias pasiones sectarias. En cualquier caso, casi cuatro décadas de democracia turbulenta, inestable y frágil, iniciada en 1921, con revueltas ocasionales y semiautoritarismo en nombre del palacio real, tuvieron un final abrupto el 14 de julio de 1958, cuando un golpe militar derrocó el gobierno prooccidental de Irak. Al rey Faisal II, que había gobernado durante diecinueve años, y a su familia los hicieron formar una fila contra una pared y los fusilaron. El primer ministro, Nuri al-Said, fue asesinado y enterrado, aunque posteriormente una turba exhumó el cadáver, lo quemó y lo mutiló. No fue un hecho al azar, sino un elemento indicativo de la violencia malsana y sin sentido que a menudo ha caracterizado la vida política iraquí. De hecho, el asesinato de la familia real hachemí, al igual que la aniquilación de la familia del zar Nicolás II de Rusia en 1918, fue un crimen profundamente simbólico que presagió décadas de homicidios y torturas infligidos por el Estado, que Irak tardará muchos años en dejar atrás. La sucesión de tiranías, de estilo similar a las del bloque oriental, comenzó con el general de brigada Abd al-Karim Qasim y terminó con Sadam Husein, en las que cada nuevo dictador mostraba menos moderación que el anterior. Solo así pudo mantenerse unido un Estado integrado por grupos y fuerzas políticas tan dispares.

Sin embargo, como explica Dawisha: «La memoria histórica no es lineal, ni acumulativa [...]. De este modo, aunque, sin duda alguna, gran parte de la

historia de Irak fue autoritaria, también hubo rayos de esperanza democrática».^[16] Mientras Irak se esfuerza por evitar recaer ya sea en la tiranía o en la anarquía, arrastrado por la pesada carga de las lealtades primeras, merece la pena recordar que entre los años 1921 y 1958 disfrutó de una especie de democracia funcional. Asimismo, la propia geografía está sujeta a diferentes interpretaciones. A pesar de la proclividad de Mesopotamia hacia la división humana, como observa Marshall Hodgson, este Estado, de hecho, no es del todo artificial y tiene una base en la Antigüedad. La misma diversidad de cultivo que generaron el Tigris y el Éufrates evidencia una de las realidades demográficas y ambientales significativas de Oriente Medio.

Aun así, cualquier democracia iraquí que surja en la segunda década del siglo XXI será incierta, corrupta, ineficiente y considerablemente inestable, en la que posiblemente los asesinatos políticos estarán a la orden del día. En definitiva, un Irak democrático, a pesar de su extraordinaria riqueza petrolífera y un ejército entrenado por los estadounidenses, será un Estado endeble, al menos a corto plazo. Sus políticos enfrentados buscarán el apoyo económico y político de las potencias vecinas —principalmente Irán y Arabia Saudí— y se convertirán, en consecuencia, en títeres de ellas. Irak podría convertirse de nuevo en una versión más amplia de Líbano, azotado por la guerra civil de las décadas de 1970 y 1980. Debido a lo mucho que está en juego en este país —quienes ostenten el poder tendrán acceso a través de la corrupción a las riquezas increíbles que se derivan del petróleo—, la lucha interna, como hemos visto, será dura y persistente. Para ser un baluarte prooccidental en el corazón del mundo árabe se necesita un Estado fuerte a nivel interno, algo de lo que todavía hay pocas señales.

Una Mesopotamia debilitada representaría, según parece, la oportunidad para que otro importante núcleo demográfico o rico en recursos naturales del mundo árabe asumiera prestigio y liderazgo, pero resulta difícil adivinar de dónde procederá dicho cambio. Los saudíes son, por naturaleza, inquietos, indecisos y vulnerables, debido a su inmensa riqueza en petróleo, a la que se añade una población relativamente pequeña que, no obstante, se caracteriza por hordas de hombres jóvenes propensos a la radicalización y deseosos de una democratización, las mismas multitudes a las que hemos visto desencadenar revoluciones en Túnez y Egipto. La era pos-Mubarak en Egipto, país que cuenta con la mayor población del mundo árabe, tendrá gobiernos que dedicarán sus esfuerzos, democráticos o no, a consolidar el control interno y a atender los desafíos demográficos asociados al hecho de que las fuentes del Nilo Azul y Blanco se encuentren en Sudán, Sudán del Sur y

Etiopía. (Etiopía, con 83 millones de habitantes, tiene una población aún mayor que la de Egipto, mientras que el norte y el sur de Sudán tienen más de 40 millones de habitantes. Las luchas por el agua ahogarán cada vez más a estos gobiernos en el siglo XXI.) Turquía e Irán, con sus llamamientos a la gran *umma* musulmana, tratarán de aprovecharse precisamente de esta misma debilidad del mundo árabe, que encuentra su expresión no solo en el Irak posterior a la invasión, sino también en Siria, un país que, tanto en la época medieval como en la moderna, constituyó otro polo geográfico fundamental del mundo árabe. De hecho, reivindicó la condición de «palpitante corazón del arabismo» durante la guerra fría.

En 1998, mientras abandonaba los montes Taurus, me dirigía hacia el sudeste y descendía las pronunciadas pendientes que me alejaban de Asia Menor y me acercaban a la llanura siria —salpicada de pinos y olivos, con alguna que otra colina de piedra caliza—, dejaba atrás, en Turquía, una sociedad industrializada y segura de sí misma, cuyo nacionalismo se veía reforzado por la lógica geográfica del mar Negro al norte, el Mediterráneo al sur y al oeste, y fortalezas montañosas al este y sudeste. En este reducto natural, el islam había sido integrado en el marco de la democracia. Sin embargo, me disponía a entrar en territorio artificial inscrito en un desierto extenso, que solo se mantenía unido por la ideología baazista asociada al culto a la personalidad. Las fotos del presidente Hafez al-Assad en escaparates y parabrisas afeaban el paisaje. La geografía no determinó el destino de Siria —o el de Turquía— pero fue un punto de partida.

La geografía y la historia nos dicen que Siria, con una población de 20 millones de habitantes, seguirá siendo el epicentro de las turbulencias en el mundo árabe. Aleppo, en el norte del país, es una ciudad bazar más vinculada históricamente a Mosul y Bagdad, en Irak, que a Damasco, su propia capital. Cada vez que la fortuna le daba la espalda a Damasco, Aleppo recuperaba su esplendor. Cuando se vaga por los zocos de Aleppo, es sorprendente descubrir cuán distante e irrelevante parece Damasco. En estos zocos predominan los kurdos, los turcos, los circasianos, los árabes cristianos, los armenios y otras etnias, a diferencia del zoco de Damasco, que se circunscribe casi exclusivamente al mundo árabe suní. Al igual que en Pakistán y en la antigua Yugoslavia, en Siria cada secta y religión se asocia a una región geográfica específica. Entre Aleppo y Damasco se encuentra el cada vez más islamista corazón suní de Homs y Hama. Entre Damasco y la frontera con Jordania se

hallan los drusos, y en la fortaleza montañosa vecina a Líbano están los alauíes, ambos pueblos vestigios de la ola de chiismo procedente de Persia y Mesopotamia que arrasó Siria hace mil años. Las elecciones libres e imparciales de 1947, 1949 y 1954 exacerbaron las divisiones mediante una distribución del voto que siguió las líneas regionales, sectarias y étnicas. El desaparecido Hafez al-Assad llegó al poder en 1970 después de veintiún cambios de gobierno a lo largo de los veinticuatro años anteriores. Durante tres décadas, fue el Leonid Brézhnev del mundo árabe, negándole al país un futuro al fracasar en la construcción de una sociedad civil. Mientras que Yugoslavia todavía conservaba una clase intelectual en el momento de su disolución, Siria no, lo cual era consecuencia directa del régimen atrofiante de Assad padre.

Durante la guerra fría y los primeros años posteriores a esta, el ferviente panarabismo de Siria fue un sustituto de su débil identidad como Estado. La Gran Siria era un término geográfico de la era otomana que incluía el actual Líbano, Jordania e Israel-Palestina, a los cuales las fronteras truncadas del actual Estado sirio dañan enormemente. Philip K. Hitti, investigador de la Universidad de Princeton, llamó a esta histórica Gran Siria «el pequeño país más grande del mapa, de tamaño microscópico, pero con una influencia astronómica», en cuya geografía se inscribe, allí donde confluyen Europa, Asia y África, «la historia del mundo civilizado, en miniatura».^[17] Siria aportó al mundo grecorromano algunos de sus pensadores más brillantes, entre ellos los estoicos y los neoplatónicos. Fue asimismo sede del Imperio omeya, la primera dinastía árabe después de Mahoma, que alcanzó mayores dimensiones que Roma en la época de su máximo esplendor, y escenario del que podría decirse que fue el mayor drama de la historia conjunta del islam y Occidente: las cruzadas.

Sin embargo, la Siria de las últimas décadas ha sido una sombra de este gran legado histórico y geográfico. Los sirios son dolorosamente conscientes de ello, porque, como saben, la pérdida de Líbano redujo de manera drástica su salida al Mediterráneo, el cual había insuflado vida a su rica herencia cultural. Desde que Francia desgajó Líbano de Siria en 1920, los sirios han intentado recuperarlo desesperadamente. Es por ello que la retirada total de los sirios de territorio libanés, que George W. Bush exigió a raíz del asesinato en febrero de 2005 del primer ministro libanés antisirio Rafik Hariri, minó el fundamento político del régimen de la minoría alauí de Damasco. Los alauíes, una secta chií heterodoxa, se distribuyen demográficamente entre Siria y

Líbano. Un miniestado alauí en el noroeste de Siria no sería una utopía después de la caída del régimen alauí de Damasco.

De hecho, después de Irak y Afganistán, el próximo objetivo de los yihadistas suníes podría ser la propia Siria, pues en el régimen sirio, encabezado a principios de 2012 por Bashar al-Assad, los yihadistas han tenido un enemigo que es «tiránico, a la vez que laico y herético».^[18] Este régimen alauí era afín al Irán chií, y se lo acusa de haber asesinado a decenas de miles de islamistas suníes en las décadas de 1970 y 1980. Los yihadistas están profundamente familiarizados con Siria desde un punto de vista logístico, ya que para sostener la yihad en Irak fue necesaria toda una red de casas seguras en territorio sirio. Ciertamente, nadie sabe en qué puede acabar traduciéndose Siria tras los regímenes autoritarios de Assad. ¿Cuán profundas son las raíces del sectarismo? Tal vez se encuentren a ras de tierra, pero una vez que comienzan las matanzas, la gente retoma sus largamente reprimidas identidades sectarias. También podría ser que una Siria posterior a Assad evolucionara mejor que el Irak posterior a Sadam justamente porque la tiranía siria fue menos dura que la iraquí, lo que redundaría en una sociedad siria menos dañada. Viajar del Irak de Sadam a la Siria de Assad, como he hecho en ocasiones, era como subir a por un poco de aire humanista liberal. Por otro lado, Yugoslavia fue una sociedad más abierta durante la guerra fría que sus vecinos de los Balcanes, ¡y solo hay que ver el modo en que las diferencias étnicas y religiosas arruinaron dicha sociedad! La minoría alauí ha mantenido la paz en Siria y parece poco probable que los yihadistas suníes puedan conseguir lo mismo. Tal vez podrían asemejarse en brutalidad, pero sin los complejos conocimientos sobre gobernanza que los alauíes adquirieron a lo largo de cuarenta años en el poder.

Por descontado, no tiene por qué resultar de este modo, puesto que existe una base geográfica sólida para la paz y el renacimiento político en Siria. Recordemos de nuevo las palabras de Hodgson: países como Siria e Irak tienen sus raíces en las tierras agrícolas, no son enteramente artificiales. Siria, a pesar de sus fronteras actuales, sigue siendo el corazón del mundo levantino, de múltiples identidades étnicas y religiosas unidas por el comercio.^[19] El poeta sirio Ali Ahmad Said (conocido por su seudónimo «Adonis») constituye la expresión misma de esta otra Siria, de una gran riqueza cultural fruto de la interacción entre distintas civilizaciones, la cual, como sabemos por la obra de William McNeill, constituye el drama central. Adonis exhorta a sus compatriotas sirios a renunciar a su nacionalismo árabe y forjar una identidad nueva basada en el eclecticismo y la diversidad de la

propia Siria; es decir, el equivalente del siglo XXI de Beirut, Alejandría y Esmirna de principios del siglo XX. Adonis, al igual que los Assad, es alauí; sin embargo, en lugar de acogerse al arabismo y al Estado policial para defender su condición minoritaria, ha preferido abrazar el cosmopolitismo.^[20] En vez de mirar hacia el desierto, Adonis vuelve la vista hacia el Mediterráneo, en el que la Siria moderna, a pesar de la pérdida de Líbano, todavía tiene considerables propiedades. El Mediterráneo representa una síntesis étnica y sectaria, que es la única base conceptual para una democracia estable en Siria. En realidad, McNeill, Hodgson y Adonis se superponen en cuanto a las buenas perspectivas de Siria.^[21]

Las implicaciones de esto para el resto de la Gran Siria geográfica — Líbano, Jordania e Israel— son inmensas. Tanto si se da como si no una revuelta yihadista a continuación de la democrática —en el caso de que no arraigue una democracia digna de Adonis—, Siria parece destinada a convertirse en un Estado menos centralizado y, por lo tanto, más débil. Una nación con un aumento repentino y significativo de la población joven: el 36 % de sus habitantes tiene catorce años o menos. Una debilitada Siria podría conllevar el surgimiento de Beirut como capital cultural y económica de la Gran Siria, a la vez que Damasco pagaría el precio por su prolongado alejamiento, al estilo soviético, del mundo moderno. Sin embargo, en la medida que los chiíes pobres del sur de Beirut, afines a Hezbolá, sigan ganando peso demográfico con relación al resto de la ciudad, y los islamistas suníes tengan más influencia política en Damasco, la Gran Siria podría convertirse en una geografía mucho más inestable de lo que es en la actualidad.

Jordania todavía podría sobrevivir a este tipo de evolución porque la dinastía hachemí (a diferencia de la alauí) ha ido forjando durante décadas una conciencia de Estado mediante el desarrollo de una élite unificada. La capital jordana de Ammán está llena de antiguos ministros leales a la monarquía jordana, personas que no fueron encarceladas o asesinadas como consecuencia de la reorganización del gabinete, y a las que simplemente se les permitió enriquecerse. Sin embargo, la maldición reside, una vez más, en la demografía: el 70 % de la población jordana, de 6,3 millones de habitantes, es urbana, y casi una tercera parte corresponde a refugiados palestinos, que tienen una tasa de natalidad más alta que los transjordanos. (En cuanto a los transjordanos mismos, la relación tradicional entre las tribus y la monarquía se ha ido desgastando a medida que la cultura tribal ha evolucionado, donde las camionetas y los móviles han sustituido a los camellos.) Y luego están los

750 000 refugiados iraquíes en Jordania, que hacen que este país sea el que más refugiados per cápita tenga de todo el mundo.

Una vez más nos enfrentamos a la cruda realidad de una geografía cerrada y claustrofóbica, según Paul Bracken, en la que los medios de comunicación han calentado los ánimos de las apiñadas y empobrecidas masas urbanas, en palabras de Elias Canetti. A causa de la violencia que se ha padecido en Irak y Afganistán durante la pasada década, nos volvimos indiferentes ante la inestabilidad de las llamadas zonas estables de Oriente Medio. Lo hicimos por nuestra cuenta y riesgo, como lo han demostrado los levantamientos árabes. Las revueltas comenzaron como expresiones del anhelo por recuperar una sociedad civil y la dignidad del individuo, que los endurecidos regímenes de seguridad nacional habían robado a sus pueblos. Sin embargo, en el futuro, la urbanización y las comunicaciones electrónicas podrían conducir a expresiones menos benévolas de la ira pública. La multitud que ruge ante las injusticias reales es el nuevo tigre posmoderno con el que la próxima generación de líderes árabes tendrá que luchar para mantenerlo bajo control.

He cruzado la frontera que separa Jordania de Israel en varias ocasiones. El valle del río Jordán es parte de una profunda falla que se extiende a lo largo de 6000 kilómetros, desde Siria hasta el sur de Mozambique, por lo que el zigzagueante camino, que desciende desde la meseta de tonos marrones de la ciudad jordana de Irbid, hasta la orilla occidental del río Jordán, es realmente impresionante. A finales de la década de 1990, la carretera estaba flanqueada de talleres polvorientos, puestos de fruta desvencijados y grupos de jóvenes que fumaban despreocupadamente. En su parte más baja, se extendía una franja de campos verdes a lo largo del curso del río, mientras que en el otro lado, en Israel, las montañas se alzaban abruptamente. El puesto fronterizo jordano y la oficina de aduanas consistían en una serie de contenedores viejos de carga en un solar vacío. El río en esa zona es estrecho y se cruza en autobús en pocos segundos, literalmente. En el lado opuesto había un parque ajardinado, que separaba los dos carriles de circulación, similar a cualquier isla peatonal de Occidente, aunque a mí me pareció una maravilla después de los tristes y polvorientos espacios públicos de Jordania y de gran parte del mundo árabe. La oficina de inmigración israelí era como cualquier pequeña terminal aérea de Estados Unidos. Los agentes de seguridad israelíes vestían camisas Timberland, que apenas se remetían en los pantalones vaqueros, para que cupiesen sus pistolas. Después de tantas semanas viajando por el mundo

árabe, aquellos jóvenes me parecieron ultramodernos. Enfrente de la oficina había aceras nuevas, bancos para sentarse e instalaciones para los turistas, de nuevo como en cualquier lugar de Occidente. Y, sin embargo, se me antojó un espacio público vacío y antipático; nadie deambulaba por allí sin nada mejor que hacer, como ocurría en el mundo árabe, donde el desempleo es algo endémico. El trato de los israelíes que atendían en las ventanillas era impersonal y grosero, y la tradicional hospitalidad oriental brillaba por su ausencia. A pesar de que había vivido en Israel en la década de 1970 y había servido en su ejército, volver allí de la manera que lo hice me permitió verlo desde otro ángulo. Aunque Israel parecía sumamente artificial en Oriente Medio, era una realidad incontestable.

Para todo el mundo musulmán, unido por los medios de comunicación a la vez que enfurecido con estos, la difícil situación de los palestinos simboliza la injusticia en los asuntos de la humanidad. Puede que la ocupación israelí de Cisjordania no haya sido un factor visible en las primeras etapas de la «primavera árabe», pero no deberíamos engañarnos. Los hechos, hasta cierto punto, han dejado de importar, ahora lo esencial son las percepciones. Y todo ello se apoya en la geografía. A pesar de que el sionismo muestra el poder de las ideas, la lucha por la tierra que mantienen israelíes y palestinos —judíos y musulmanes, tal como lo considerarían turcos e iraníes— es un ejemplo de puro determinismo geográfico.

«Muy pronto, los judíos se convertirán en una minoría en los territorios que ocupan o gobiernan desde el río Jordán hasta el Mediterráneo (según algunos cálculos, esto último ya ha ocurrido), y algunos demógrafos estiman que en quince años representarán un porcentaje tan bajo como el 42 % de la población de la zona». Esto fue lo que escribió en 2005 Benjamín Schwarz, jefe de la sección nacional de la revista *The Atlantic*, en un artículo titulado «*Will Israel Uve to 100?*». Desde entonces, pocas cosas han pasado que puedan afectar esas estimaciones, o su desapasionado análisis. La tasa de natalidad en los territorios árabes ocupados es mucho más alta que la de Israel: en Gaza el crecimiento de la población es el doble que el de Israel, con una media de más de cinco hijos por mujer durante su vida adulta. Por consiguiente, en la primera década del siglo XXI, dentro de los sectores políticos, militares y de inteligencia israelíes se alcanzó el consenso de que Israel tenía que retirarse de prácticamente todos los territorios ocupados o acabaría convirtiéndose en un Estado de tipo *apartheid* (si no inmediatamente, al menos con el tiempo). El resultado fue «la muralla»: una barrera construida por Israel que lo aísla por completo de la

demográficamente creciente y empobrecida población palestina de Cisjordania. Amon Soffer, geógrafo israelí, denomina la muralla «el último intento desesperado para salvar el Estado de Israel». No obstante, los asentamientos judíos próximos a la «línea verde» en los territorios ocupados, en palabras de Schwarz, «tienen raíces muy profundas y muy bien puede que formen parte integral de la vida diaria de muchos israelíes para que estos los abandonen».^[22] Y luego también está la premisa y el principio básico de la ideología palestina, el «derecho al retorno», que se aplica, desde su nacimiento, a los 700 000 palestinos desplazados de Israel y a sus descendientes, una población que en la actualidad puede llegar a alcanzar los cinco millones de personas. En 2001, el 98,7 % de los refugiados palestinos rechazó una indemnización a cambio de renunciar al derecho de retorno. Por último quedan los árabes israelíes, es decir, los que viven dentro de las fronteras israelíes anteriores a 1967. Si bien el crecimiento de la población de los judíos israelíes es del 1,4 %, la de los árabes israelíes es del 3,4 %, y mientras la edad media de los judíos es de treinta y cinco años, la de los árabes es de catorce.

En un mundo racional, cabría esperar un tratado de paz entre israelíes y palestinos, en el que los israelíes devolverían los territorios ocupados y desmantelarían la mayoría de los asentamientos, y los palestinos, por su parte, renunciarían a su derecho de retorno. En tales circunstancias, un Gran Israel, al menos como concepto económico, constituiría un atractivo regional en el Mediterráneo, hacia el que no solo se orientarían Gaza y Cisjordania, sino también Jordania, el Líbano meridional y el sur de Siria, incluida Damasco. Sin embargo, pocos pueblos parecen tan psicológicamente alejados de llegar a un acuerdo similar, ni tan divididos entre ellos mismos —y, por lo tanto, políticamente inmovilizados— como los israelíes y palestinos. Solo podemos esperar que el terremoto político que convulsionó el mundo árabe en 2011 y a principios de 2012 anime a Israel a hacer concesiones territoriales fundamentales.

Oriente Medio pende de un hilo tejido de interacciones humanas decisivas, tanto más cuanto se encuentra ante una geografía cerrada y densamente poblada. La geografía no ha desaparecido durante la revolución armamentística y de las comunicaciones, sino que sencillamente se ha hecho más valiosa, más preciada, para más gente.

En un mundo así, los valores universales tienen que supeditarse a las circunstancias. Recemos por la supervivencia de una Jordania hachemí y una Siria unida después de Assad, así como por el fin de la dictadura de los mulás

en Irán, donde la democracia sería una amiga potencial, que convertiría a un Gran Irán, desde Gaza hasta Afganistán, en una fuerza motivada por buenos propósitos y no por fines nefastos. De ese modo, todos los cálculos que se han hecho para Oriente Medio podrían variar; de ese modo, habría forma de controlar a Hezbolá y Hamás y mejorarían las perspectivas de paz entre israelíes y palestinos. Sin embargo, es difícil imaginar en Jordania un régimen más moderado y prooccidental que la actual monarquía antidemocrática. Asimismo, la democracia en Arabia Saudí es un enemigo potencial, mientras que en Siria debería implantarse de manera progresiva para que los yihadistas suníes no desbaraten la organización política de la Gran Siria, como ya ocurrió en Mesopotamia entre los años 2006 y 2007.

La llamada «cuestión de Oriente», es decir, los estallidos de inestabilidad y aspiraciones nacionalistas provocados por la aparentemente interminable desintegración del Imperio otomano, absorbió la atención de los líderes europeos del siglo XIX y principios del XX. Dicha cuestión quedó resuelta tras el cataclismo de la Primera Guerra Mundial, de la que surgió el moderno sistema de Estados árabes, a cuya creación contribuyeron antiguas características geográficas y núcleos de población sobre los que Marshall Hodgson escribe de manera muy elocuente. No obstante, cien años después, no debería darse por sentada la durabilidad de este sistema estatal posotomano en el corazón de la ecúmene.

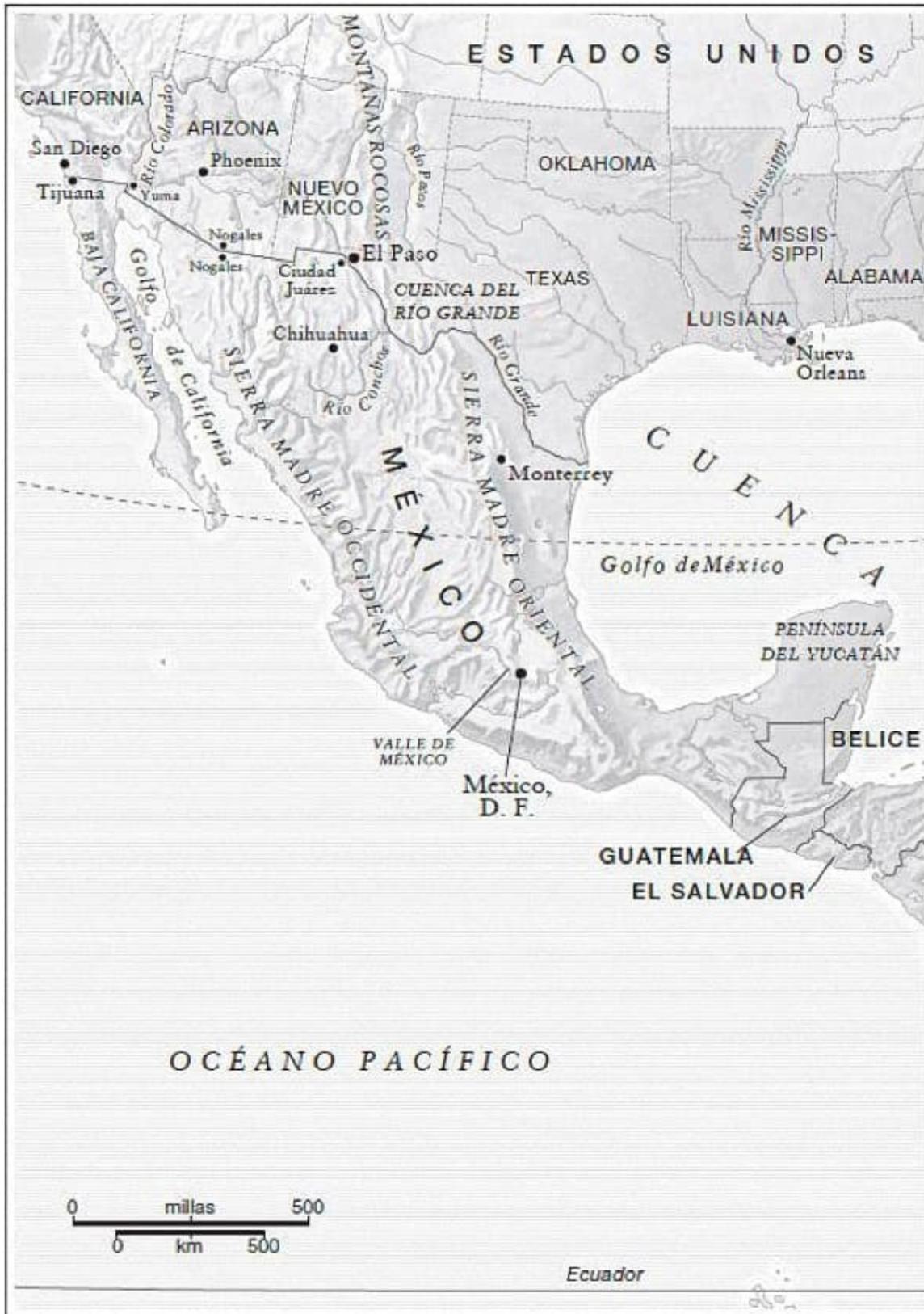
TERCERA PARTE

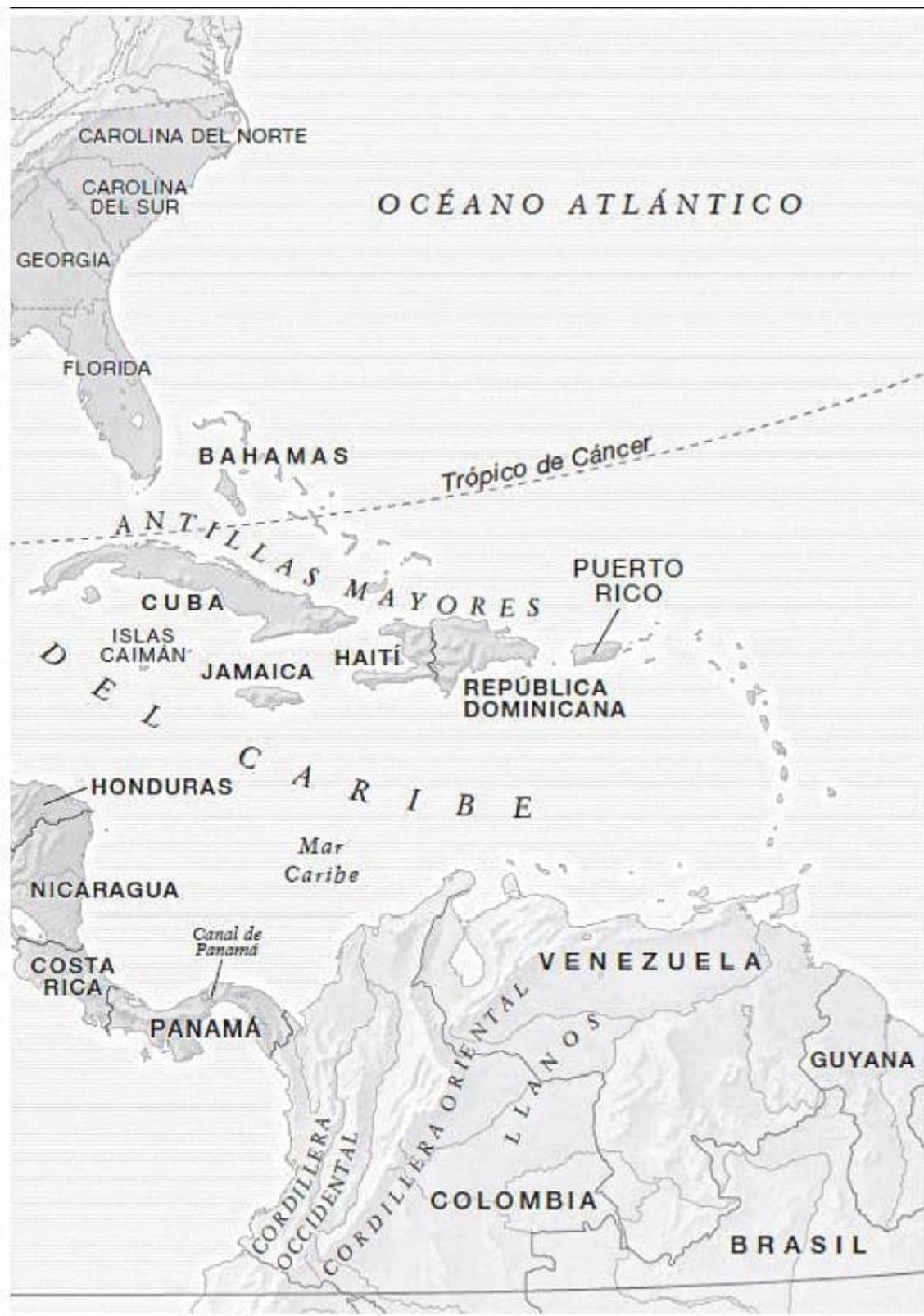
El destino de Estados Unidos

Braudel, México y la gran estrategia

El historiador de Oxford, ya fallecido, Hugh Trevor-Roper escribió en 1972 que ningún grupo de expertos había tenido mayor «efecto fertilizante» sobre los estudios históricos que la así llamada escuela de los *Annales*, fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch, y bautizada así por la revista parisina en la que solían publicar: *Annales d'Histoire Economique et Sociale*. Uno de los miembros más insignes de esta escuela francesa fue Fernand Braudel. En 1949, Braudel publicó *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, una obra que abrió un nuevo camino en el corpus histórico por el hincapié que hacía en la geografía, la demografía, el materialismo y el entorno.^[1] Braudel introdujo la naturaleza en un estudio histórico y con ello enriqueció la disciplina de un modo inconmensurable, al tiempo que ayudó a que la geografía volviera a ocupar el lugar que merecía dentro del mundo académico. Que escribiera gran parte de esta obra, compendiada en dos volúmenes, durante la Segunda Guerra Mundial, siendo prisionero de los alemanes, la hace aún más excepcional. En el amplio escenario narrativo de Braudel, las fuerzas del entorno, permanentes e inmutables, conducen a tendencias históricas perdurables que se perpetúan durante décadas y siglos, de ahí que los sucesos políticos y guerras regionales que nos afectan casi parecen predestinados, cuando no meras insignificancias. Es Braudel quien nos ayuda a entender de qué modo los fértiles suelos forestales del norte de Europa, que apenas requieren atención para que un campesino consiga ser productivo, posibilitaron en última instancia sociedades más libres y dinámicas en comparación con las que poblaban el Mediterráneo, cuyos suelos, más pobres y precarios, exigían un riego constante, lo cual, a su vez, dio paso a las oligarquías. Este tipo de suelos menos fértiles, junto con un clima incierto en el que las sequías eran recurrentes, empujó a griegos y romanos a lanzarse a la conquista de nuevos territorios.^[2] En resumen, nos

engañamos al creer que tenemos el control absoluto de nuestros destinos, por lo que Braudel nos ayuda a comprender que cuanto más conscientes seamos de nuestras limitaciones, mayor poder tendremos para influir en lo que pueda resultar de ellas.





La brújula geográfica de Braudel señala el Mediterráneo como un conjunto de mares cercanos a un gran desierto, el Sáhara. De este modo, restituyó al norte de África la importancia que siempre había tenido en los estudios mediterráneos, al mismo tiempo que proporcionaba el contexto para

la actual emigración masiva de trabajadores desde las orillas meridionales islámicas del Mediterráneo (en cuyos macizos pedregosos el latín apenas hundió sus raíces) hasta las septentrionales cristianas. La historia de Braudel, a pesar de centrarse en la figura de Felipe II, en realidad no trata de nombres individuales y los obstáculos que superan, sino de hombres y sus sociedades y de la sutileza con que unas fuerzas profundamente estructurales e impersonales los moldean. No hay momento más idóneo que el que vivimos —una época de cambio climático, de mares glaciales en pleno calentamiento que se abren al tráfico comercial, de un potencial aumento del nivel del mar que presagia el desastre para los países costeros y superpoblados del Tercer Mundo tropical, y de una política internacional dictada por la disponibilidad de petróleo y otros bienes de consumo— para leer una obra de determinismo geográfico como la de Braudel. De hecho, a través de sus escritos sobre el Mediterráneo, Braudel establece el contexto literario de una época de escasez y de acontecimientos derivados del entorno en un planeta superpoblado y con insuficientes recursos hidrográficos.

Trevor-Roper señala que la hazaña de Braudel y de los demás integrantes de la escuela de los *Annales* «es haber incorporado la geografía, la sociología, el derecho y las ideas a la amplia corriente de la historia y, de ese modo, haber refrescado, alimentado y fortalecido dicha corriente». Al fin y al cabo, prosigue Trevor-Roper: «La geografía, el clima, la población, todo ello determina las comunicaciones, la economía y la organización política».^[3] A pesar de que Braudel, a diferencia de Mackinder, Spykman o Mahan, carece de una teoría geopolítica específica que podamos estudiar, logra algo más importante, pues es mucho más que un geógrafo o un estratega: es un historiador cuya narrativa posee una cualidad divina en la que hasta el último detalle de la existencia humana se perfila sobre el lienzo de las fuerzas naturales. Si la geografía se acerca en algún momento a la literatura, es con la pluma de Braudel, quien, en cierto modo, es el resultado de todos los pensadores estratégicos con que nos hemos encontrado hasta el momento.

Barry Cunliffe, arqueólogo de la Universidad de Oxford, apunta que la contribución más significativa de Braudel al modo en que se percibe la historia tal vez sea su concepto de «longitudes de onda temporales vahadas». En la base se encuentra la *langue durée*; un tiempo geográfico lento, de cambio apenas perceptible, «de entornos que posibilitan y constriñen». A continuación, en una longitud de onda más rápida, vienen los «ciclos intermedios», a los que Braudel llama *conjonctures*, es decir, cambios sistémicos en las estadísticas demográficas, la economía, la agricultura, la

sociedad y la política. Cunliffe explica que se tratan, en esencia, de «fuerzas colectivas, impersonales y a menudo limitadas temporalmente a no más de un siglo». Estos conceptos juntos, la *langue durée* y las *cojonctures*, componen las «estructuras básicas», ocultas en gran medida, en las que se desarrolla la vida humana. En realidad, mi propio acento en la geografía está encaminado a resaltar estas estructuras básicas. Braudel denomina al ciclo más corto *l'histoire événementielle*, las vicisitudes diarias de la política y la diplomacia, que son el pan de cada día en los medios de comunicación. Braudel utiliza el mar como analogía: en las profundidades abisales encontramos el lento movimiento de las masas de agua que son la base de todo; por encima, las mareas y los oleajes y, finalmente, en la superficie, como dijo Cunliffe, «las salpicaduras pasajeras de la espuma, que se alzan y desaparecen en un minuto».^[4]

Es imposible hacer conjeturas acerca del desarrollo de la geopolítica en el inhumano marco temporal de gran parte del análisis de Braudel, especialmente dada la controversia sobre el cambio climático y el modo en que este afecta a ciertas zonas. Hablar de cómo serán las relaciones entre Estados Unidos y Europa, por decir algo, de aquí a uno o dos siglos es absurdo, debido a los muchos factores que todavía no han aparecido y que lo harán. Es mejor considerar a Braudel como alguien que nos anima a una observación más distante y desapasionada de nuestros afanes caprichosos. Por ejemplo, si uno lee a Braudel teniendo en mente todo lo sucedido en la primera década del siglo XXI, es inevitable preguntarse si las guerras de Irak y Afganistán son solo salpicaduras pasajeras de espuma o si forman parte de algo más profundo, hondo y estructural propio del destino de Estados Unidos. O, si se quiere, ¿acaso podrían las dos guerras mundiales, con una escala de la violencia inédita en la historia de la humanidad, simplemente pertenecer a *l'histoire événementielle*? Braudel, justamente porque sitúa los sucesos humanos en contraposición a la presión que ejercen las fuerzas naturales, nos ayuda a pensar en términos de la *langue durée*.

He utilizado a Braudel a modo de prólogo con el que dar paso a una de las cuestiones que se plantearon en una conferencia celebrada en Washington en junio de 2009 y que pone de manifiesto la urgencia con que debería de tratarse el análisis que propongo acerca de la importancia que tiene la geografía para Estados Unidos en el siglo XXI. Una cuestión que a Braudel le hubiera gustado, ya que apartaba la atención del público de las obsesiones del

presente y la dirigía hacia una perspectiva más amplia y a largo plazo. El evento estaba auspiciado por el Center for a New American Security, del que soy miembro. Esta entidad había organizado una mesa redonda para debatir cuáles eran los pasos que debían darse a continuación en Afganistán y Pakistán, poniendo un especial énfasis en el ajuste de la contrainsurgencia. Los integrantes de la mesa redonda empezaron a discutir sobre los entresijos de la «Af-Pak», término con el que los expertos de Washington habían acabado denominando a la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán. A continuación, otro participante, Andrew Bacevich, catedrático de la Universidad de Boston, hizo una observación descortés, que me dispongo —sentado como estaba en primera fila— a parafrasear:

Un historiador que considerara aquella mesa redonda desde el punto de vista de un futuro lejano podría concluir, conjeturó Bacevich, que mientras Estados Unidos se concentraba en Afganistán y otros lugares del Gran Oriente Medio, había un país a punto de convertirse en un completo Estado fallido en la misma frontera meridional estadounidense, con implicaciones mucho más graves para el futuro a corto y largo plazo de Estados Unidos, su sociedad y su poder que cualquier otra cosa que ocurriera a medio mundo de allí. ¿Qué hemos conseguido en Oriente Medio con todas nuestras intervenciones desde la década de 1980?, preguntó Bacevich. ¿Por qué no nos concentramos en México? Cuánto más no habiéramos prosperado de haber invertido en México todo el dinero, experiencia e innovación que destinamos a Irak y Afganistán.

Ahí, revestida de pregunta sencilla, subyace la crítica fundamental que se le hace a la política exterior estadounidense desde el final de la guerra fría, una crítica que, como veremos, va mucho más allá de México, abarca incluso a Eurasia y, aun así, está fuertemente ligada a la geografía norteamericana. Empiezo con Bacevich solo por su frustración absoluta y porque sus credenciales son especialmente impresionantes... y relevantes. Se licenció en West Point, es veterano de la Guerra de Vietnam y perdió un hijo en Irak. Mientras que Bacevich puede ser un polemista que muestra una indiferencia completa hacia las élites de la costa este norteamericana y todos los breches en que estos embarcan a Estados Unidos en el extranjero, hay otras personas cuyas opiniones coinciden con las de Bacevich. Sus análisis, junto con el de Bacevich, se cimientan en un intento consciente de superar *l'histoire événementielle* y llegar a la duración más larga. Cuando pienso en lo que realmente preocupa a todos estos analistas, la *langue durée* de Braudel es lo primero que me viene a la mente.

Bacevich, junto con Stephen Walt, John Mearsheimer, Paul Pillar, Mark Helprin, Ted Calen Carpenter y el difunto Samuel Huntington no son, ninguno de ellos, las voces más conocidas dentro del mundo del análisis de la política exterior, y además meterlos en la misma categoría es en sí una tarea harto complicada. Sin embargo, en conjunto, han puesto en entredicho la dirección básica de la política exterior de Estados Unidos respecto a la *langue durée*. Walt es profesor de la Universidad de Harvard y Mearsheimer de la Universidad de Chicago; sin embargo, a pesar del prestigio que dichos cargos conllevan, el libro que ambos publicaron en 2007, *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*, fue objeto de duras críticas, puesto que en él alegaban que los defensores estadounidenses de Israel eran, en esencia, los culpables de la Guerra de Irak, un conflicto en contra del cual estaban todos los integrantes de este grupo de analistas. Helprin, novelista y antiguo soldado del ejército israelí, no se anda por las ramas y asevera que China será el principal adversario militar de Estados Unidos, una convicción que Mearsheimer también comparte. A ambos, igual que a Pillar, antiguo analista de la CIA, les exaspera el desvío de recursos estadounidenses hacia guerras inútiles en Oriente Medio mientras China adquiere lo último en tecnología militar. De hecho, aunque establecemos Afganistán y Pakistán, China será el beneficiario principal, con capacidad para construir carreteras y redes para el transporte de energía en toda la región como parte de su búsqueda de energía, minerales y metales estratégicos. Entretanto, Carpenter advierte seriamente sobre el peligro que representa un México asolado por la violencia, como hizo Huntington en sus últimos años. Si fusionamos sus pensamientos, así como los de otros que podría nombrar y que, en mayor o menor grado, pertenecen a la facción realista dentro de los círculos de la política exterior, podemos llegar a la conclusión de que Estados Unidos se enfrenta a tres dilemas geopolíticos primordiales: un caótico corazón continental eurasiático en Oriente Medio, una superpotencia china arrolladora y en alza, y un Estado mexicano con graves problemas. Y la manera más eficiente de acometer el desafío que supondrá hacer frente a China y México es adoptando una gran cautela a la hora de implicarnos militarmente en Oriente Medio. Es el único modo en que Estados Unidos puede mantener su poder en las próximas décadas, y sobrevivir parte de la *langue durée*.

Es evidente el poco riesgo que existe, y sí cierta suficiencia, si se quiere, en planteamientos tan a largo plazo. Ninguno de estos hombres ha abordado de manera satisfactoria lo que ocurriría de verdad si, por ejemplo, nos retiráramos precipitadamente de Afganistán, por decir algo. ¿Se agotaría la

información que ha conducido a ataques exitosos con aviones no tripulados sobre Al Qaeda en Waziristán? ¿Ayman al-Zawahiri y otras figuras destacadas de Al Qaeda harían entradas triunfales en Jalalabad delante de las cámaras de televisión de Al Jazeera? ¿Afganistán se convertiría en un Estado talibán radicalizado bajo la tutela del servicio de inteligencia pakistaní? ¿La India, el Estado pivote mundial del siglo XXI, perdería el respeto a Estados Unidos a consecuencia de ello? ¿Irán se anexionaría el oeste de Afganistán de manera extraoficial? ¿Y qué habría ocurrido con Irak si nos hubiéramos retirado en 2006, en el punto álgido de la escalada de la violencia, como sin duda hubiera deseado alguno de estos analistas? ¿Las atrocidades que se cometieron en los Balcanes habrían alcanzado las mismas cotas que en Ruanda, con un millón de muertos en vez de cien o doscientos mil? Habría que ser especialmente desalmado para no saber distinguir el efecto demoledor que habría tenido sobre las vidas de miles de individuos el posible desenlace en cada uno de esos casos. Es más, ¿qué habría ocurrido en la región, y con la reputación de Estados Unidos, de habernos retirado? ¿Cómo deberían de llevarse a cabo unas retiradas tan apresuradas? Es mejor no decir nunca que las cosas no pueden empeorar, porque pueden hacerlo.

En realidad, retirarse precipitadamente de Irak o Afganistán sería irresponsable porque —nos guste o no— hemos adquirido intereses sustanciales en los resultados simplemente por haber invadido esos lugares y haber permanecido en ellos tanto tiempo. Sin embargo, sería injusto juzgar a estos analistas, y a quienes comparten su opinión, únicamente por los pormenores de Irak y Afganistán, ya que la fuente emocional de la que emanan sus opiniones parte de que, para empezar, nunca debimos de habernos implicado en los asuntos de esos países. No importa lo que acabe ocurriendo con Irak, porque las bajas, tanto estadounidenses como iraquíes, rondarán los debates sobre política exterior norteamericana durante décadas, del mismo modo que lo hizo Vietnam. Constituyen algo más que *l'histoire événementielle*.

Sin duda alguna, a estos analistas no les interesa lo que ha de hacerse a continuación en Afganistán e Irak, sino que —fusionando de nuevo sus opiniones— se preguntan: ¿qué coste han tenido nuestros grandes errores hasta el momento? ¿Podemos recuperarnos como gran potencia que somos? Y ¿dónde concentramos nuestros mejores esfuerzos, con referencia a despliegues militares selectivos y ayuda a la población civil, de modo que Estados Unidos pueda ayudar a mantener el equilibrio del poder en Eurasia y, con el tiempo, no acabar inundada por mexicanos que huyen de un país con

graves problemas? Tal como apunta Jakub Grygiel: «El aislamiento geográfico es un privilegio estratégico que una estrategia expansionista no debería dilapidar».^[5]

Así que ¿cuánto hemos dilapidado hasta el momento? Michael Lind, experto de la New America Foundation de Washington, coincide con Bacevich en cuanto a la insensatez que supone tanto la Guerra de Irak como la intensificación del conflicto en Afganistán. Sin embargo, difiere de Bacevich en si Estados Unidos puede permitirse o no esas guerras. Lind asegura que una parte relativamente pequeña de la deuda nacional corresponde al gasto militar, y otra aún más pequeña a dos guerras simultáneas, y que reducir el gasto en asistencia sanitaria es mucho más importante para la solvencia fiscal de Estados Unidos que el reciente aventurerismo de tintes imperialistas, por mucho que se oponga a este último.^[6] De hecho, si repasamos algunos de los errores cometidos por imperios del pasado, tal vez ello nos ayudaría a enfocar de otro modo los desastres de Irak y Afganistán con referencia al efecto que ya ha tenido tanto en la política exterior de Estados Unidos como en nuestra capacidad para asumir los desafíos futuros que deberemos afrontar en Oriente Medio, China y México a lo largo del siglo XXI.

En 1449, durante el regreso de una campaña fracasada en Mongolia, el ejército de la China Ming acabó rodeado por las fuerzas mongolas. Sin agua, los chinos se dejaron llevar por el pánico. Según Grygiel, confiando en la clemencia mongol, «muchos se despojaron de su armadura y corrieron hacia las líneas enemigas». Medio millón de soldados chinos perecieron en aquel encuentro y el emperador Ming fue hecho prisionero. La empresa del ejército en Mongolia marcó el inicio de la larga decadencia de la dinastía Ming, cuya posición de liderazgo quedó debilitada por la tensión con los mongoles, contra quienes el ejército Ming no volvió a intentar enfrentarse en la estepa septentrional. Todo ello llevó a la retirada de China de la Asia marítima, lo cual animaría a las potencias europeas a entrar en el anillo continental.^[7]

No ha ocurrido nada tan desastroso a consecuencia de la empresa estadounidense en Irak: nuestra posición militar y económica en todo el mundo, y especialmente en el este de Asia, es sólida y no muestra señales de retroceso, mucho menos de retirada.

Hemos perdido menos de 5000 soldados y 32 000 han resultado gravemente heridos, un precio alto, pero lejos de ser un ejército completo de

medio millón de soldados. El ejército de Estados Unidos, que se llevó la peor parte durante los combates en Irak, asciende a casi medio millón de soldados en activo, y gracias precisamente a que su experiencia en guerra irregular en Irak ha hecho que esté mejor preparado, es doctrinalmente más flexible e intelectualmente más perspicaz que nunca. Y lo mismo se aplica al Cuerpo de Marines.

Estados Unidos no incurrió ni en Irak ni en Afganistán en el error clamoroso que cometió la antigua Venecia medieval. No fue solo la situación geográfica privilegiada de Venecia, entre las rutas comerciales del Mediterráneo oriental y occidental, lo que le permitió crear un imperio marítimo, sino más bien el hecho de que unas cuantas millas de agua la protegían de la masa continental italiana, y amplios bancos de arena la resguardaban de la invasión por mar. Una de las causas de la decadencia de Venecia, que se inició en el siglo XV, fue la decisión de convertirse en una potencia en la Italia continental. Tras entablar repetidas guerras con Verana, Padua, Florencia, Milán y la Liga de Cambrai, Venecia dejó de encontrarse apartada de la «letal» política del equilibrio del poder de tierra firme, lo cual tuvo un efecto adverso en su capacidad para proyectar su poder marítimo.^[8] Los diseñadores de políticas estadounidenses deberían de tener muy presente el ejemplo veneciano si —y solo en esas circunstancias— Estados Unidos fuera a adoptar la costumbre de intervenir militarmente en tierra en el Gran Oriente Medio. Sin embargo, si Estados Unidos puede limitarse en lo sucesivo a ser un poder aéreo y marítimo, evitará con facilidad el destino de Venecia. Es la recurrencia de las pequeñas guerras lo que puede anularnos, no un error de cálculo ocasional que se da cada treinta años, por mucha tragedia y consternación que ello conlleve.

Bajo este nuevo enfoque, Irak en 2006 y 2007, período en que se vivieron los peores combates, podría compararse con la revuelta de los cipayos contra la colonización británica de la India en 1857 y 1858, momento en que los orientalistas y otros pragmatistas que pertenecían a la estructura de poder británica, y que abogaban por conservar una India tradicional, perdieron parte de su influencia a favor de reformistas evangélicos y utilitaristas, que deseaban modernizar y cristianizar la India, para que se pareciera más a Gran Bretaña. No obstante, el intento de llevar los frutos de la civilización occidental al subcontinente indio topó con una revuelta contra la autoridad imperial. Delhi, Lucknow y otras ciudades fueron asediadas y tomadas antes de que volvieran a ser recuperadas por las fuerzas coloniales. Sin embargo, la debacle no marcó el fin del Imperio británico, que continuó expandiéndose

aún durante otro siglo más, sino que señaló la transición de un imperio *ad hoc*, estimulado por el afán evangélico de imponer sus valores, a un imperio más sosegado y pragmático, cimentado en el comercio internacional y la tecnología.¹⁹¹

La historia antigua también nos ofrece ejemplos que cuestionan si las intervenciones en Afganistán e Irak nos han condenado al fracaso. Como la célebre expedición a Sicilia que Tucídides relata en el libro VI de *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Transcurrieron catorce años entre la primera incursión de Atenas en Sicilia y su debacle final en la batalla naval de Siracusa, en el año 413 a. C., el mismo número de años que pasó entre las primeras incursiones de la administración de John F. Kennedy en Vietnam y la retirada final del presidente Gerald Ford tras la invasión de Saigón.

La guerra en Sicilia dividió el frente interno ateniense del mismo modo que lo hicieron las guerras de Vietnam e Irak. Paralizados por el pesimismo y las recriminaciones, transcurrió un tiempo antes de que los atenienses se vieran con ánimos de reemprender seriamente el conflicto con Esparta. De modo que, al final resultó que Sicilia no había influido de manera decisiva en la supervivencia de la democracia de Atenas y su imperio marítimo. A pesar de todo lo que habían perdido y sufrido, los atenienses todavía dispusieron de suficientes recursos para liderar una alianza, si bien es cierto que la empresa en Sicilia acabaría demostrándose como el punto de inflexión de la Guerra del Peloponeso, que Atenas perdió.

Un ejemplo aún más trascendental lo tenemos en la debacle de Roma, que Edward N. Luttwak pormenorizó en 1976 en su libro *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century A. D. to the Third*. El método de Luttwak consiste en analizar la decadencia en referencia a la gran estrategia de Roma en lugar de hablar de ella en términos generales, y para la que Luttwak propone tres etapas cronológicas. La primera es el sistema julio-claudio o el del imperio republicano, en el que el poder de Roma «en conjunto» impresiona lo suficiente a los territorios satélite que rodeaban el corazón del imperio como para obedecer los deseos de este sin necesidad de un ejército de ocupación. En esta etapa, la diplomacia —no la fuerza militar— fue un elemento fundamental de la coacción romana, si bien es cierto que una formación abrumadora de tropas romanas rodeaba Roma formando un «vasto círculo». Dado que no se necesitaban dichas tropas ni para la ocupación de Estados satélite, ni para ningún tipo de defensa territorial, eran, en palabras de Luttwak, «intrínsecamente móviles y libremente redistribuides». Nos hallamos ante el apogeo de su poder, ejercido con

prudencia y sobre la base de un principio de economía de fuerzas. Su capacidad de respuesta ante cualquier contingencia militar era inmediata gracias a su disponibilidad y todo el mundo mediterráneo lo sabía. Por lo tanto, todo el mundo temía a Roma. Esto recuerda al Estados Unidos de Ronald Reagan, cuando el ejército vivió un aumento espectacular, a pesar de que Caspar Weinberger, secretario de Defensa, estaba totalmente decidido a no utilizarlo, para cimentar la reputación de Estado poderoso sin necesidad de embarcarse en empresas arriesgadas. El sistema antonino, implantado desde mediados del siglo I hasta mediados del siglo III, reflejaba lo que Luttwak llama la «territorialización» del imperio: Roma sintió la necesidad de desplegar su ejército en todas partes, incluso en los propios Estados satélite, para asegurarse su lealtad, olvidando por completo el principio de economía de fuerzas. Sin embargo, el imperio era próspero y se había producido una romanización voluntaria y muy extendida entre las tribus bárbaras «que eliminó los últimos vestigios de descontento entre la población autóctona», por un largo período. No obstante, sería esta misma romanización del imperio la que, con el tiempo, acabaría creando una unidad entre las distintas tribus, lo cual les permitiría hacer causa común contra Roma bajo el estandarte de una cultura que seguía sin ser la suya. Pensemos de qué modo la globalización, a pesar de que, en cierto sentido, constituye una americanización del mundo, sirve de vehículo para desafiar la hegemonía estadounidense. De ahí se derivó el tercer sistema que, junto a los dos anteriores, acabaría formando la gran estrategia de Roma: la «defensa en profundidad» de Diocleciano. Los pueblos de las fronteras se unieron en confederaciones formales para desafiar a Roma, de modo que el imperio estaba a la defensiva en todas partes y los despliegues de emergencia eran constantes. Perdieron la capacidad de reacción, que incluso el segundo sistema había logrado conservar. Con las legiones al límite de su capacidad operativa, cada vez eran menos quienes temían a Roma.^[10]

Por desgracia, nos hallamos en un terreno escalofriantemente conocido. Del mismo modo que el poder de Roma estabilizó el litoral mediterráneo, la Armada y las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos patrullan los espacios de uso común en beneficio de todos, si bien es cierto que este servicio se da por sentado —del mismo modo que ocurría con el de Roma—, y lo que ha quedado demostrado en la última década es que el Ejército de Estados Unidos y el Cuerpo de Marines no da más de sí, ocupados como están tratando de sofocar rebeliones en puntos lejanos del planeta. Por lo tanto, Estados Unidos debe plantearse una gran estrategia con vistas a restituir su posición a algo semejante al segundo sistema de Roma, o al primero, desde el tercero.

Aunque Estados Unidos no tiene Estados satélite, sí cuenta con aliados y adeptos a quienes necesita impresionar para que lo representen con mayor eficacia. Y el mejor modo que Estados Unidos tiene para conseguirlo es a través de una diplomacia activa y el aumento de las tropas de reserva, a las que se les daría un uso moderado, para restablecer su capacidad de respuesta, similar a la que disfrutó Roma durante el sistema julio-claudio. La longevidad de Roma demostró que su gran estrategia fue todo un éxito, aunque su decadencia final y estrepitosa caída en Europa occidental se debió a su incapacidad para adaptarse ante la formación de nuevas agrupaciones nacionales que estaba produciéndose en el norte, donde acabarían perfilándose los Estados europeos modernos. En cualquier caso, dichas formaciones abocaban al Imperio romano a su extinción, aunque no hubiera tenido por qué ocurrir ni tan pronto ni del modo en que lo hizo.

El verdadero fracaso de Roma en la fase final de su gran estrategia fue no establecer un procedimiento para llevar a cabo una retirada airosa, a pesar de que se estaba descomponiendo por dentro. Sin embargo, y en contra de lo que pudiera pensarse, un país o un imperio puede prolongar su posición de poder gracias precisamente a la planificación de una salida hábil de una especie de hegemonía. No existe nada más beneficioso para Estados Unidos que preparar al mundo para su propia obsolescencia. Ese sería un modo de trabajar para la consecución de un objetivo y no solo para el disfrute del poder por el poder.

¿Cómo se prepara Estados Unidos para una salida prolongada y elegante de la historia como potencia dominante? Igual que Bizancio, puede evitar intervenciones costosas, utilizar la diplomacia para sabotear al enemigo, dar un uso estratégico a los recursos de los servicios de inteligencia, etcétera.^[11] También puede asegurarse —y esto nos remite a Bacevich— de que nada socava su posición desde el sur, como le sucedió a Roma desde el norte. Estados Unidos limita al este y el oeste con océanos, y al norte con el Ártico canadiense, lo que solo supone una delgada franja de población de clase media a lo largo de su frontera. (La frontera entre ambos países es la más extraordinaria del mundo por su longitud, artificiosidad y porque, aun así, no es motivo de preocupación.)^[12] Sin embargo, si Estados Unidos tiene algún punto débil, este se encuentra en el sudoeste, la única región donde existe cierta tensión en las fronteras nacionales e imperiales, donde se pone en entredicho la coherencia de Estados Unidos como unidad geográficamente cohesiva.^[13] La zona fronteriza histórica con México es amplia e imprecisa,

como la del subcontinente indio en el noroeste, al mismo tiempo que pone al descubierto las tensiones existentes entre culturas distintas. David Kennedy, historiador de la Universidad de Stanford, apunta: «La diferencia entre la renta nacional de Estados Unidos y México es la mayor del mundo entre dos países vecinos», ya que el producto interior bruto estadounidense es nueve veces mayor que el mexicano.^[14]

La política exterior de Estados Unidos se deriva de su situación social, y nada afectará más a su sociedad que el espectacular traslado de la historia latina al norte. México y Centroamérica constituyen una factoría demográfica de producción continua con la que Estados Unidos mantiene una relación inextricable. Los 111 millones de habitantes que integran la población mexicana, más los 40 millones de Centroamérica, suman la mitad de la población de Estados Unidos. Gracias al TLCAN (el Tratado de Libre Comercio de América del Norte), el 85 % de las exportaciones mexicanas se destinan a Estados Unidos, con el que, además, Centroamérica realiza la mitad de sus transacciones comerciales. Mientras que la edad media de los estadounidenses se acerca a los treinta y siete años, lo que demuestra una tendencia al envejecimiento de su población, la edad media en México es de veinticinco años, y aún es menor en Centroamérica (veinte en Guatemala y Honduras, por ejemplo). El destino de Estados Unidos se escribirá en sentido norte-sur, no en sentido este-oeste «de un mar resplandeciente a otro» del mito continental y patriótico. (Esta certeza acabará de afianzar el ensanchamiento del canal de Panamá previsto para 2014, que abrirá la cuenca del Caribe a los megabuques de Asia oriental, cosa que contribuirá a un mayor desarrollo de las ciudades portuarias estadounidenses del golfo de México, desde Texas a Florida.)^[15]

La mitad de la frontera meridional de Estados Unidos es una línea divisoria artificial dibujada en el desierto, que se estableció en los tratados con los que se firmó el fin de la guerra de Estados Unidos y México de 1846-1848. Cruzar dicha frontera una sola vez, después de un largo viaje en autobús desde México D. R, me marcó tanto como cruzar la que separa Jordania e Israel o el muro de Berlín. Rodeado de mendigos en las maltrechas aceras de Nogales, en Sonora, no conseguía apartar la mirada de la bandera estadounidense que señalaba la frontera. El paso fronterizo para peatones que llevaba a Nogales, en Arizona, se encontraba en un pequeño edificio. Simplemente agarrando el picaporte entré en otro mundo completamente distinto. El sólido mango metálico de alta calidad, el cristal limpio y la precisión con que encajaban las baldosas de cerámica de la habitación se me

antojaron una revelación después de vivir durante semanas en medio de construcciones mexicanas descuidadas. Solo había dos personas en la habitación: un funcionario de inmigración y otro de aduanas. No hablaban entre ellos. En recintos oficiales de aquel tamaño que había visto en México u otros países del Tercer Mundo siempre había multitud de funcionarios y gente que no tenía nada mejor que hacer, enzarzados en animadas conversaciones mientras tomaban té o café. Miré las hileras de coches por la ventana y comprobé que, a pesar del escaso personal que dirigía el puesto fronterizo, este funcionaba a la perfección. Igual que en Israel, al cabo de poco tiempo me encontré en un entorno perfectamente estandarizado, aunque frío y alienador, de calles vacías y logotipos comerciales fabricados con polímeros elegantes en lugar de metal oxidado y plástico barato. Debido al caos y la semianarquía en los que había vivido durante semanas junto con más de 100 millones de mexicanos, aquellas calles tranquilas me parecieron vulnerables, incluso antinaturales. Arnold Toynbee escribe, refiriéndose a los bárbaros y a Roma, que cuando la frontera que separa sociedades con distintos niveles de desarrollo «deja de avanzar, no se alcanza un equilibrio estable, sino que, con el paso del tiempo, la balanza se inclina a favor de la sociedad más atrasada».

[16]

Desde 1940, la población de México se ha quintuplicado (entre 1970 y 1995 casi se duplicó, y entre 1985 y 2000 aumentó en más de un tercio). Los 111 millones actuales suman más de un tercio de la población de Estados Unidos, y crece a un ritmo mucho mayor. Sin embargo, las élites de la costa este norteamericana muestran relativamente poco interés en México. Los desafíos, incidentes e interacciones empresariales y culturales diarios entre este y los estados fronterizos de California, Arizona, Nuevo México y Texas distan geográficamente de sus preocupaciones, las cuales concentran en el ancho mundo y el lugar que Estados Unidos ocupa en él. En realidad, México vive mucho más alejado de su imaginación que Israel o China, o incluso la India, aun cuando este podría afectar al destino de Estados Unidos en mayor medida que cualesquiera de esos otros países. México, junto con Estados Unidos y Canadá, conforman el satélite continental más importante que se perfila alrededor de la Isla Mundial de Mackinder.

El valle de México una vez albergó un gran lago donde se situaban Tenochtitlán y Tlatelolco, las dos Venecias aztecas, en el mismo lugar que ahora ocupa México, D. F. Es el valle del Nilo del Nuevo Mundo, «la matriz de la civilización» tanto de Norteamérica como de Sudamérica, en palabras

del historiador Henry Bamford Parkes, desde donde el cultivo del maíz se extendió a los dos continentes. Situado a medio camino entre el Atlántico y el Pacífico, y nexo de las dos masas continentales del hemisferio occidental junto con Centroamérica, el valle de México y el país que ha resultado de este forman uno de los grandes núcleos de civilizaciones de la Tierra.^[17]

No obstante, México, a diferencia de Egipto, no muestra unidad geográfica. Dos grandes cordilleras, las de Sierra Madre Occidental y Sierra Madre Oriental, se alzan a ambos lados de una accidentada meseta central. Más allá se suceden otras cordilleras, principalmente en el sur: Sierra Madre del Sur, Sierra Madre de Oaxaca, etcétera. México es tan montañoso que si lo allanáramos tendría las dimensiones de Asia. Las penínsulas del Yucatán y Baja California se encuentran prácticamente separadas del resto de México, que a su vez se halla tremendamente dividido, contexto que nos ayuda a comprender la unificación actual —innegable, no declarada y de la que significativamente no se habla— del norte de México con el sudoeste de Estados Unidos y la consiguiente separación del resto del país.

La población del norte se ha duplicado con creces desde que en 1994 se firmó el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte. El dólar estadounidense es ahora una moneda de cambio habitual en lugares tan al sur como Culiacán, a medio camino de México, D. F. El 87 % de la producción «maquiladora» (libre de impuestos) y el 85 % de las transacciones comerciales que se dan entre Estados Unidos y México se realizan en el norte. La ciudad mexicana nororiental de Monterrey, una de las más grandes del país, está íntimamente relacionada con el sector bancario, las manufacturas y las industrias energéticas de Texas. David Danelo, antiguo marine del Ejército de Estados Unidos y actual empleado del Servicio de Aduanas, quien ha estudiado el norte de México en profundidad y ha viajado por los seis estados fronterizos mexicanos, me dijo que todavía no conocía a una sola persona de aquellas tierras a la que no hubiera algo que la uniera con Estados Unidos en mayor o menor grado. Según Danelo: «El norte de México conserva cierta polaridad cultural; los norteños de la frontera se consideran la antítesis de los *chilangos* [urbanitas] de México, D. F.». Aun así, el norte de México cuenta con sus propias divisiones geográficas. Al oeste, las tierras bajas y el desierto de Sonora son estables en líneas generales; al este, la cuenca del río Grande es la zona más desarrollada e interconectada con Estados Unidos —cultural, económica e hidrológicamente— y la que mayor beneficio ha extraído del TLCAN.^[18] En medio se encuentran las montañas y las llanuras, donde prácticamente impera el caos, como en la población fronteriza de Ciudad

Juárez, muy cerca de El Paso, Texas, asolada por continuos tiroteos y asesinatos en serie. Ciudad Juárez es la capital del crimen de México, donde solo en los primeros meses de 2010 se registraron 700 asesinatos. En 2009, más de 2600 personas murieron de manera violenta en una ciudad de 1200 000 habitantes; y puede que unos 200 000 más hayan huido.^[19] En Chihuahua, el estado en el que se encuentra Ciudad Juárez, la tasa de homicidios fue de 143 asesinatos por cada 100 000 habitantes, una de las peores del hemisferio occidental. Las montañas y la llanura septentrionales siempre han sido el bastión de las tribus de México: los cárteles de la droga, los menonitas, el pueblo yaqui, etcétera; una dura frontera que a los españoles les costó mucho dominar. Posteriormente, en la década de 1880, se convirtió en uno de los refugios de Gerónimo y sus apaches. Pensemos en otras tierras altas remotas que ofrecieron refugio a insurgentes: los chinos comunistas en Shaanxi, los cubanos revolucionarios en Sierra Maestra, y Al Qaeda y los talibanes en Waziristán.^[20] Los cárteles de la droga surgen de esta tradición geográfica.

El hecho de que la mayoría de los homicidios relacionados con el mundo de la droga hayan ocurrido solo en seis de los treinta y dos estados de México, casi todos ellos en el norte, es otro indicador de cómo este se separa del resto del país (aunque la violencia en Veracruz y zonas como Michoacán y Guerrero también es notable). Si la ofensiva militar que el presidente conservador Felipe Calderón lanzó en 2006 para acabar con los cárteles de la droga titubea un solo segundo, puede que la capital, en un sentido funcional, pierda el control del norte, lo cual tendría graves consecuencias para Estados Unidos. El mismo federalismo de México —resultado directo de su geografía inconexa y montañosa—, con dos cuerpos de policía federales, treinta y dos estatales y 1500 municipales, hace que la reforma sea mucho más complicada. Robert C. Bonner, exadministrador de la Drug Enforcement Administration, asegura que si las bandas logran su objetivo, «Estados Unidos compartirá una frontera de 3200 kilómetros con un narcoestado controlado por poderosos cárteles de la droga transnacionales que amenazan la estabilidad de Centroamérica y Sudamérica».^[21]

Samuel Huntington, el ya fallecido profesor de la Universidad de Harvard, cuya carrera se cimenta en una gran clarividencia, dedicó su último libro al desafío que México suponía para Estados Unidos.^[22] En *¿Quiénes somos?: los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, publicado en 2004, Huntington postulaba que la historia latina estaba desplazándose

demográficamente hacia el norte, en dirección a Estados Unidos, y que eso, en consecuencia, cambiaría el carácter estadounidense.^[23]

Huntington afirma que se trata de una verdad relativa, no absoluta, que Estados Unidos sea una nación de inmigrantes. Estados Unidos es una nación tanto de colonizadores angloprotestantes como de inmigrantes, en la que los primeros asumen el cometido de columna vertebral filosófica y cultural de la sociedad, puesto que el único modo de que esos inmigrantes se conviertan en estadounidenses es adoptando la cultura angloprotestante. Estados Unidos es lo que es, prosigue Huntington, porque fue colonizada por protestantes británicos, no por católicos franceses, españoles o portugueses, y dado que ya nació como país protestante, no hubo de convertirse en uno, de lo cual se deriva su característico liberalismo clásico. En última instancia, tanto el disconformismo, el individualismo, como el republicanismo provienen del protestantismo. «Si el credo estadounidense es el protestantismo sin Dios, entonces la religión civil de Estados Unidos es el cristianismo sin Cristo». Sin embargo, razona Huntington, una sociedad hispánica, católica y preilustrada en pleno avance podría acabar con este credo de manera sutil.^[24]

Huntington escribe:

La inmigración mexicana conduce hacia la reconquista demográfica de áreas que los estadounidenses arrebataron a México por la fuerza en la década de 1830 y 1840, por medio de una mexicanización comparable, aunque diferente, a la cubanización del sur de Florida. También desdibuja la frontera entre México y Estados Unidos, a la vez que introduce una cultura muy distinta.^[25]

Peter Skerry, profesor del Boston College, escribe que una de las «opiniones más llamativamente originales y polémicas» de Huntington es que, si bien los estadounidenses abogan por la diversidad, «en realidad, la ola de inmigración actual es la menos diversa de nuestra historia. No cabe duda —prosigue Skerry, parafraseando a Huntington— de que los inmigrantes no hispanos nunca han sido más diversos. Sin embargo, en conjunto, el 50 % de los inmigrantes hispanos constituye una cohorte mucho menos diversa. Para Huntington, esta diversidad limitada hace que sea menos probable la integración».^[26] Y David Kennedy observa: «la variedad y dispersión del flujo de inmigrantes» facilitaba el proceso de integración. «Sin embargo, hoy en día, una gran corriente de inmigrantes fluye hacia una región concreta desde una única procedencia cultural, lingüística, religiosa y nacional: México [...] lo cual lleva a reflexionar sobre el hecho de que Estados Unidos nunca

ha vivido nada comparable a lo que en estos momentos sucede en el sudoeste».^[27] En 2050, un tercio de la población de Estados Unidos podría ser hispanohablante.^[28]

La geografía se encuentra a la vanguardia de todos estos razonamientos. Según Huntington: «Ningún otro grupo inmigratorio en la historia de Estados Unidos ha presentado o ha sido capaz de presentar una reivindicación histórica sobre el territorio estadounidense. Los mexicanos y los mexicano-estadounidenses pueden y lo hacen». Gran parte de Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Utah pertenecía a México hasta la Guerra de Independencia de Texas (1835-1836) y la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848). México es el único país cuyo territorio Estados Unidos ha invadido, se ha anexionado buena parte de él y cuya capital ha ocupado. Por consiguiente, como apunta Skerry, los mexicanos llegan a Estados Unidos, se establecen en zonas del país que una vez constituyeron su patria y de ese modo «disfrutan de una sensación de estar en su propia tierra» que otros inmigrantes no comparten. La tercera generación de mexicano-estadounidenses, e incluso alguna más allá, sigue conservando una competencia lingüística en su lengua materna mucho mayor que otros inmigrantes, en gran medida a causa de la concentración geográfica de comunidades hispanas, que pone de manifiesto la invalidación demográfica de las guerras texanas y mexicano-estadounidenses. Es más, las tasas de nacionalización mexicanas se encuentran entre las más bajas de todos los grupos migratorios. Huntington señala que una nación es una «comunidad recordada», es decir, una comunidad con una memoria histórica de sí misma. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, los mexicano-estadounidenses, que constituyen el 12,5 % de la población, sin contar otros hispanos, y que se encuentran, más o menos, concentrados en el sudoeste, contiguos a México, están modificando nuestra memoria histórica.^[29]

Charles Truxillo, profesor de la Universidad de Nuevo México, predice que en 2080, los estados sudoccidentales de Estados Unidos y los estados septentrionales de México se unirán para formar un nuevo país, «La República del Norte». En 2000, el 90 % de los habitantes de seis de las doce ciudades más importantes que se encuentran en el lado estadounidense de la frontera eran hispanos, y solo en dos de ellas (San Diego, en California, y Yuma, en Arizona) el porcentaje era inferior al 50 %.^[30]

La difuminación de la frontera sudoeste de Estados Unidos está convirtiéndose en una realidad geográfica que ninguna medida de seguridad fronteriza actual es capaz de contrarrestar. Sin embargo, a pesar de que

admiro la capacidad de Huntington para aislar y exponer una cuestión fundamental que muchos dentro del mundo académico y los medios de comunicación no abordan por educación, no estoy del todo de acuerdo con sus conclusiones. Huntington confía plenamente en el nacionalismo estadounidense para preservar la cultura y los valores angloprotestantes ante la hispanización parcial de nuestra sociedad. Creo que, si bien la geografía no determina necesariamente el futuro, sí establece unos límites en cuanto a lo que puede aspirarse y a lo que no. Y la conexión natural entre México y Estados Unidos —geográfica, histórica y demográfica— es sencillamente demasiado fuerte para suponer que, como Huntington espera, el nacionalismo estadounidense pueda conservarse en el futuro tan puro como hasta ahora. Huntington acierta al ridiculizar el cosmopolitismo (igual que el imperialismo) por considerarlas visiones propias de las élites. Sin embargo, y muy a pesar de Huntington, cierto grado de cosmopolitismo es inevitable y no debe menospreciarse.

Estados Unidos, creo, aflorará en el transcurso del siglo XXI como una cultura multiétnica mestiza orientada de norte a sur, de Canadá a México, en vez de identificarse con una isla de habitantes de piel clara y situada en la zona templada que se extiende del Atlántico al Pacífico, con orientación este-oeste. Esta confluencia multiétnica vivirá en ciudades-estado suburbanas en constante expansión, todas ellas cada vez más similares entre sí desde un punto de vista estético, ya se trate de Cascadia en el Pacífico noroccidental u Omaha-Lincoln en Nebraska, que cultivarán sus propias relaciones económicas con ciudades y redes comerciales de todo el mundo, mientras la tecnología continúa eliminando las distancias. Imagino a Estados Unidos convertido en la zona caliente libre de impuestos donde se realizarán las transacciones comerciales más importantes del planeta y el lugar de residencia preferido de la élite internacional. A imagen de Roma, seguirá utilizando sus leyes de inmigración para descapitalizar el mundo de lo mejor que tenga y para diversificar aún más una población inmigrante que, como Huntington teme, será eminentemente mexicana. En esta visión, el nacionalismo quedará debilitado de manera ineludible, pero no tanto como para privar a Estados Unidos de su identidad propia, o para afectar a su ejército. En resumidas cuentas, Estados Unidos ha dejado de ser una isla protegida por el Atlántico y el Pacífico. No solo la tecnología, sino también las presiones demográficas que ejercen México y Centroamérica, la han acercado al resto del mundo.

Sin embargo, esta visión depende por completo de un México próspero, no de un Estado fallido. Si el presidente Calderón y sus sucesores salen airosos de la misión de acabar con los cárteles de la droga de una vez por todas (una hazaña muy compleja, por decirlo de alguna manera), entonces Estados Unidos habrá logrado una victoria estratégica mayor que cualquier otra que pudiera obtener en Oriente Medio. Un México estable y próspero trabajando de común acuerdo con Estados Unidos sería una combinación invencible en geopolítica. Un México poscárteles, junto con una Colombia proestadounidense y estable (casi una realidad a día de hoy), fusionaría el primer, tercer y cuarto país del hemisferio occidental mayores en términos de población, lo cual aliviaría el constante dominio estadounidense sobre Latinoamérica y la cuenca del Caribe. En resumidas cuentas, Bacevich acierta en sus conclusiones: conciliar México es más importante que conciliar Afganistán.

Por desgracia, asegura Bacevich, México parece abocado a un desastre del que nos ha apartado nuestra concentración en el Gran Oriente Medio; y si la situación se mantiene como hasta ahora, conducirá a más inmigración, legal y sobre todo ilegal, lo cual creará el escenario que Huntington teme. La ofensiva de Calderón contra los señores de la droga se ha cobrado 47 000 vidas desde 2006, de las que 4000 se adscriben solo a la primera mitad de 2010. Además, los cárteles han pasado a realizar asaltos al estilo militar, con complejos montajes trampa y rutas de escape bloqueadas. «Están utilizando tácticas militares de combate, —concluye Javier Cruz Angulo, experto en seguridad mexicano—. Han dejado atrás las estrategias típicas del crimen organizado». Ted Galen Carpenter, vicepresidente del área de estudios de defensa y política exterior del Cato Institute de Washington, escribe: «Si esta tendencia continúa, su evolución pone en peligro la salud, e incluso la viabilidad, del Estado mexicano». Las armas que utilizan los cárteles suelen ser superiores a las de la policía y comparables a las del ejército mexicano. Si a eso le añadimos las tácticas de estilo militar, los cárteles, según las propias palabras de Carpenter, pueden pasar «de ser meras organizaciones criminales a convertirse en un grave caso de insurrección». Los mediadores de Naciones Unidas han trabajado en lugares menos violentos que Ciudad Juárez y Tijuana. Ya existen hoy en día agentes de policía y políticos locales que renuncian a sus puestos por miedo a ser asesinados, y las élites empresariales y políticas mexicanas envían a sus familias fuera del país, a lo que se le suma el vuelo constante de la clase media y media alta a Estados Unidos.^[31]

En la actualidad, México se encuentra en una encrucijada: o bien se halla en la primera fase de un enfrentamiento definitivo a los cárteles o se hunde en un caos mayor; o ambas posibilidades. Teniendo en cuenta que su futuro es lo que está en juego, lo que haga Estados Unidos puede resultar crucial. Sin embargo, mientras tanto, el aparato de seguridad del Estado ha estado ocupado en otras sociedades notoriamente corruptas e inestables a medio mundo de distancia: Irak hasta 2011 y Afganistán, como mínimo, hasta 2014.

A diferencia de lo ocurrido en esos lugares, el historial de la participación del ejército de Estados Unidos en la frontera mexicana arroja un balance razonablemente positivo. Si bien es cierto que la proximidad con México constituye una amenaza demográfica, desde un punto de vista logístico supone una ventaja a la hora de controlar la frontera. Como Danelo señala, durante el siglo XIX y XX, Estados Unidos y México redujeron el bandolerismo fronterizo gracias a la cooperación entre ambos países. De 1881 a 1910, el presidente mexicano Porfirio Díaz y los presidentes estadounidenses unieron sus esfuerzos para patrullar la frontera de manera conjunta. Los rurales mexicanos cabalgaron junto a los Rangers de Texas en la persecución de los comanches. En Arizona, los soldados mexicanos y estadounidenses organizaron campañas conjuntas contra los apaches. En la actualidad, la tarea de frustrar el asentamiento de los cárteles de la droga en los terrenos accidentados y remotos de las montañas y el llano que se extiende desde Ciudad Juárez la realiza el ejército, que presta una ayuda discreta a las autoridades mexicanas, a pesar de que el escenario legal para dicha cooperación no exista, en parte debido a la interpretación literal que Estados Unidos hace de la ley del siglo XIX conocida como Posse Comitatus Act, que establece límites en el uso de militares como fuerzas del orden.^[32] Aunque hemos gastado cientos de miles de millones de dólares para influir en el desarrollo histórico de Eurasia, nos mostramos curiosamente pasivos ante lo que ocurre en un país con el que compartimos una larga frontera terrestre, que se encuentra al borde del caos y cuya población casi duplica la de Irak y Afganistán juntas.

Sin duda puede argumentarse que, con controles fronterizos titánicos, un Estados Unidos funcional y nacionalista puede coexistir junto a un México disfuncional y parcialmente caótico. Sin embargo, eso solo es cierto a corto plazo. A largo plazo, en pleno siglo XXI y más allá, tal y como Toynbee apuntaba, una frontera que separa sociedades en distintos grados de desarrollo

no alcanzará un equilibrio, sino que jugará a favor de la sociedad más atrasada. Dicho de otro modo, la supervivencia del nacionalismo estadounidense de la forma que satisfaría a Huntington es inviable, salvo que México alcance la consideración de Primer Mundo. Y en el caso de que alcanzase dicha consideración, dejaría de suponer una amenaza, aunque la fusión de ambas sociedades no haría más que acelerarse. En cualquier caso, el mapa impone una realidad que nos empuja a asociarnos de algún modo con México. Eso sí, evidentemente las medidas que tomen quienes dictan las leyes a ambos lados de la frontera pueden determinar en qué términos y circunstancias ocurra. Según Toynbee:

La construcción de un *limes* [romano] activa un juego de fuerzas sociales que no puede acabar más que en desastre para sus constructores. Una política de no relacionarse con los bárbaros del otro lado es inviable. Al margen de lo que pueda decidir el gobierno imperial, los intereses de comerciantes, colonos, aventureros y demás los arrastrarán más allá de la frontera de manera inevitable.^[33]

Toynbee también afirma que «los fundadores imponen y los ciudadanos aceptan un Estado universal como panacea para los males de los tiempos difíciles». Menciona el Imperio Medio egipcio, el Imperio caldeo, la Persia aqueménida, la monarquía seléucida, la Pax Romana y la Pax Hanica en el mundo sónico como ejemplos de Estados esencialmente universales en que pueblos y confesiones distintos coexistieron para beneficio mutuo. Roma, en especial, resolvió con maestría la molesta cuestión de la doble lealtad, en la que no entraban en contradicción la ciudadanía de la capital mundial de Roma y la de un territorio específico.^[34] Por lo tanto, puede ser que, algún día, un Estado universal acabe convirtiéndose en la panacea para los tiempos difíciles que en la actualidad afligen a la zona fronteriza del norte de México y el sudoeste de Estados Unidos.

Resultaría difícil exagerar la importancia de un cambio de estas dimensiones en la concepción del mito y la soberanía nacionales, aun cuando esté produciéndose en estos momentos a una velocidad que, según los medios de comunicación, podría medirse en eras geológicas. En 1970, cuando recorrí Estados Unidos a dedo, pude comprobar de primera mano hasta qué punto ningún otro continente es tan adecuado para la construcción de una nación como la zona templada de Norteamérica. Los Apalaches habían servido de frontera occidental para una naciente comunidad de estados hacia finales del siglo XIX, pero los valles fluviales que atravesaban dichas montañas, como

los de los ríos Mohawk y Ohio, permitieron la conquista del Oeste. Al otro lado de los Apalaches, los colonos encontraron una inmensa llanura de fértiles tierras de labranza sin impedimentos geográficos en las que, en el siglo XIX, se generó riqueza y se dejaron a un lado las diferencias humanas para formar una cultura inconfundiblemente estadounidense. El sistema fluvial de la cuenca del Mississippi y el Canal Intracostero del Atlántico dispone de más kilómetros de ríos navegables que la suma del resto del mundo, a la vez que cubre el mayor territorio continuo de tierras cultivables del planeta. Cuando los pioneros que decidieron continuar hacia el oeste se toparon con una barrera verdaderamente insalvable —el gran desierto norteamericano, a ambos lados de las Rocosas—, ya estaba disponible el ferrocarril transcontinental.^[35] «La costa atlántica estadounidense cuenta con más puertos destacables que el resto de países del hemisferio occidental juntos [...] los estadounidenses no son importantes por quiénes son, sino por dónde viven», apunta un documento elaborado por Stratfor.^[36] Cuando el geógrafo Arnold Guyot analizó el Estados Unidos continental en 1849, antes de la Guerra de Secesión y el triunfo de la Revolución industrial, lo consideró, junto con Europa y Asia, uno de los «corazones continentales» destinados a controlar el mundo, aunque por entonces también creía que se encontraría a la cabeza de los dos anteriores. Las razones: por un lado, un «muro de agua» protegía los flancos de Estados Unidos que, sin embargo, le permitía interactuar con Eurasia; y por el otro, la «interconectabilidad de un interior sin problemas hidrográficos» del continente afianzaba su desarrollo.^[37] «Por lo tanto, aquí es donde se encuentra Estados Unidos», escribe James Fairgrieve en 1917, ocupando el lugar que le corresponde en el círculo de tierras, un nuevo *Orbis terrarum*; y aun así fuera del sistema [eurasiático] que ha predominado hasta el momento, compacto y coherente, con enormes reservas energéticas, frente al Atlántico y el Pacífico, en constante relación con el este y el oeste de Eurasia, preparándose para lanzar a ambos océanos su magnífica flota gracias a un fortalecido canal de Panamá.^[38]

Esta magnificencia continental, enmarcada entre dos océanos, todavía existe. Sin embargo, otra geografía conceptual está empezando a solaparse, la de la expedición que llevó a cabo Francisco Vázquez de Coronado entre 1540 y 1542 y con la que atravesó Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas tras partir de la región centrooccidental de México en dirección al norte. Mientras que la exploración de los territorios de Luisiana y Oregón que

realizaron Meriwether Lewis y William Clark entre 1804 y 1806 llevó a Estados Unidos del Atlántico al Pacífico y, por consiguiente, estableció los cimientos ideológicos de una nación-estado moderna y continental, la expedición de Coronado —de sur a norte en vez de este a oeste—, aunque anterior en el tiempo, fue posmoderna a su manera, ya que no estaba limitada por ninguna conciencia nacional y sirvió de orientación para un Estado universal futuro que se extendería desde el México semitropical a la templada Norteamérica. Francisco Vázquez de Coronado iba en busca de oro y riquezas fáciles; tenía una mentalidad medieval. Sin embargo, los nuevos inmigrantes hispanos que se dirigen al norte no son medievales. Van en busca de trabajo —lo cual a menudo se traduce en trabajos manuales extenuantes— y por consiguiente están dispuestos a deslomarse por un beneficio material. Están viéndose transformados por la cultura angloprotestante del trabajo del mismo modo que ellos transforman la cultura angloprotestante de Estados Unidos.

Probablemente, la calidad y fluidez de esta interacción cultural y binacional determinará, más que cualquier otra dinámica individual, el modo en que Estados Unidos interactuará con la Isla Mundial de Mackinder (Eurasia y África). Es posible que la política exterior estadounidense cometa errores y coseche aciertos en las próximas décadas, pero nuestra capacidad para convertirnos en una especie de supraestado bilingüe y cohesionado con México y Canadá o, por el contrario, nuestra ineptitud para no quedar atrapados en una vasta y disfuncional región fronteriza cada vez más ingobernable que genera tensión entre la que todavía es la cultura dominante, la angloprotestante, y su equivalente hispana, afectará considerablemente al poder económico, cultural, moral e incluso político y militar de Estados Unidos. Los temores de Huntington están justificados, aunque su solución parece parcialmente incorrecta.

No olvidemos que, como sabemos gracias a Paul Bracken y otros, la geografía política del planeta constituye un sistema cada vez más cerrado y claustrofóbico. Los intercambios culturales y políticos de una orilla a otra serán progresivamente más orgánicos. Por consiguiente, si Estados Unidos no acaba de acercar posiciones con México del mismo modo que ya lo ha hecho con Canadá —si no contamos con México como un firme aliado digno de confianza en los foros internacionales—, todo ello afectará de manera adversa al resto de relaciones de Estados Unidos, sobre todo teniendo en cuenta que el ritmo de crecimiento de la población mexicana (y de Centroamérica) es

mucho mayor que el nuestro y, por lo tanto, México asumirá más importancia con el paso del tiempo. El análisis que Braudel hizo del Mediterráneo del siglo XVI deja claro el papel que fuerzas de la naturaleza como la geografía desempeñan en el desarrollo de la historia, lo cual explica la necesidad de que México ocupe un lugar destacado en cualquier gran estrategia que decidamos.

Pensemos en el mundo futuro como un sistema que se asemejará, a grandes rasgos, al régimen del *millet* del antiguo Imperio otomano: una «red de comunidades geográficamente mezcladas», en palabras de Toynbee, en vez de un «tapiz de [...] Estados provincianos segregados».^[39] Cada relación afectará a las demás como nunca antes lo habían hecho. En las décadas futuras, el ferrocarril, las carreteras y las redes para el transporte de energía conectarán toda Eurasia a partir de un centro neurálgico asiático central y, sobre todo, uno afgano. Una Eurasia orgánica y unida exigirá como contrapeso una Norteamérica orgánica y unida, desde el Ártico canadiense hasta las selvas centroamericanas. Si no se siguen fortaleciendo los vínculos con México y Centroamérica, la suma de cuyas poblaciones supone la mitad de la de Estados Unidos, acabaremos viendo cómo México, y tal vez alguno de sus vecinos del sur, entra en una órbita política y diplomática hostil en un mundo en que Eurasia estará más próxima que nunca. El modo de evitar una Venezuela proiraní y otros Estados radicales que puedan aparecer de vez en cuando en el hemisferio occidental es envolver la cuenca del Caribe en una zona de comercio libre y movimientos migratorios humanos que, por fuerza, estaría dominada por Estados Unidos, mientras las poblaciones de México y Centroamérica, más jóvenes que la estadounidense, proporcionan la mano de obra. Naturalmente, esto es algo que ya ocurre, pero la intensidad del intercambio humano debería aumentar, y lo hará.

«La guerra global, igual que la paz global —escribe Nicholas Spykman—, implica que todos los frentes y todas las áreas estén interrelacionados. No importa lo lejos que se encuentren unos de otros, el éxito o el fracaso de uno de ellos tendrá un efecto inmediato y determinante en los demás».^[40] Algo mucho más cierto hoy en día que en 1944, año en que, con carácter póstumo, se publicó dicha declaración. Y aún lo será más en el futuro. Robert Strausz-Hupé apunta: «La historia de Grecia se define por su lucha por la supervivencia contra las irrupciones cíclicas de Asia».^[41] Pensemos en lo próxima que estaba la antigua Grecia de Persia y nos haremos una idea de lo cerca que nos encontramos de Eurasia en estos momentos gracias a la revolución del transporte y las comunicaciones. Asegurarse de que una potencia del hemisferio oriental no se vuelve excesivamente dominante, o lo

suficiente como para amenazar a Estados Unidos en el hemisferio occidental, será una tarea mucho más sencilla si en primer lugar promovemos la unidad en el hemisferio occidental.

Debemos ser una potencia que actúe como contrapeso en Eurasia y una potencia unificadora en Norteamérica; llevar a cabo ambos cometidos resultará más sencillo que concentrarse en uno solo. No cabe duda que conservar el equilibrio del poder ha de hacerse por un objetivo específico que va más allá de la protección física y económica de Estados Unidos. Y ese objetivo es el de utilizar la estabilidad que garantiza un equilibrio del poder en el hemisferio occidental para hacer avanzar nada menos que la causa liberal intelectual de una *Mitteleuropa* a gran escala en todo el planeta. Del mismo modo que Stephen Dedalus defiende «su importancia como animal consciente y racional», lo que viene a decir que se resiste al destino, jamás debemos rendirnos ante la geografía, aunque debemos tenerla muy presente en nuestra búsqueda de un mundo mejor. Una vez más, volvemos a encontrarnos con la aspiración al ideal de una Europa Central cosmopolita, propio del período posterior a la guerra fría, que imbuyó el inicio de esta obra. Dicho propósito, sea factible o no, es algo por lo que vale la pena luchar, esperemos que con México de nuestro lado. Mackinder lo intuyó en su llamada a la creación de unos Estados barrera dinámicos e independientes entre la Europa marítima y el corazón continental, cuando señaló que un mundo equilibrado es un mundo libre.



ROBERT D. KAPLAN (Nueva York, 1952) es periodista, analista geopolítico, viajero y escritor. Redactor y colaborador habitual en prensa especializada y otros medios, ha trabajado como corresponsal en diversos países durante más de dos décadas, ha sido profesor de Seguridad Nacional en la Academia Naval de Annapolis y miembro del consejo asesor del Departamento de Defensa estadounidense. Gracias a sus ensayos sobre relaciones internacionales y el poder en Estados Unidos, la revista *Foreign Policy* lo ha incluido en la lista de los «Top 100 Global Thinkers» en dos ocasiones. Entre sus obras destacan *Fantasma balcánico*, *La anarquía que viene* y *El retorno de la antigüedad*, así como su fundamental *La venganza de la geografía*.

Notas

[1] Jeremy Black, *Maps and History: Constructing Images of the Past* (New Haven, Yale University Press, 1997), pág. 85. <<

[2] James C. Scott, *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia* (New Haven, Yale University Press, 2009), pág. IX. [Hay trad, cast.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Bilbao, Txalaparta, 2003.] <<

[3] Más adelante, la provincia fue rebautizada con el nombre de Jáiber Pastunjuá. <<

[4] Sugata Bose, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire* (Cambridge, Harvard University Press, 2006), pág. 56. <<

[5] Golo Mann, *The History of Germany Since 1789*, traducido al inglés por Mahan Jackson (Londres, Chatto & Windus, 1968), págs. 525 y 880, edición de Peregrine. <<

[6] Ernest Gellner, *Muslim Society* (Nueva York, Cambridge University Press, 1981), págs. 38, 41, 180, 187. [Hay trad, cast.: *La sociedad musulmana*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1986.] <<

[1] Francis Fukuyama, «The End of History», *The National Interest*, Washington, verano de 1989. Versión en libro: *The End of History and the Last Man* (Nueva York, The Free Press, 1992). [Hay trad, cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1995-1996.] <<

[2] Jonathan C. Randal, «In Africa, Unrest in One-Party States», *International Herald Tribune*, Paris, 27 de marzo de 1990. <<

[3] Timothy Garton Ash, «Bosnia in Our Future», *The New York Review of Books*, 21 de diciembre de 1995. <<

[4] Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (Nueva York, Knopf, 1980). [Hay trad, cast.: *La Viena de fin de siglo: politica y cultura*, México-Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2011]; Claudio Magris, *Danube* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1986, 1989), pàg. 268. [Hay trad, cast.: *El Danubio*, Barcelona, RBA, 2009.] <<

[5] Timothy Garton Ash, *The File: A Personal History* (Nueva York, Random House, 1997), pàg. 51. [Hay trad, cast.: *El expediente: una historia personal*, Barcelona, Tusquets, 1999.] <<

[6] Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin: A Life* (Nueva York, Holt, 1998), pág. 24.
[Hay trad, cast.: *Isaiah Berlin: su vida*, Madrid, Taurus, 1999.] <<

[7] Timothy Garton Ash, «Does Central Europe Exist?» ,*The New York Review of Books*, 9 de octubre de 1986. <<

[8] W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), pág. 201; K. A. Sinnhuber, «Central Europe-Mitteleuropa-Europe Centrale: An Analysis of a Geographical Term», *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 20, 1954; Arthur Butler Dugan, «Mackinder and His Critics Reconsidered», *The Journal of Politics*, mayo de 1962, pág. 250. <<

[9] Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pàgs. 79-83. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980.] <<

[10] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Washington, National Defense University, 1919, 1942), pág. 90. <<

[11] Cohen, *Geography and Politics in a World Divided*, p. 222. <<

[12] Colin S. Gray, *Another Bloody Century: Future Warfare* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2005), pàgs. 37, 95, 176-177. <<

[13] Michael Ignatieff, «Homage to Bosnia», *The New York Review of Books*, 21 de abril de 1994. <<

[¹⁴] James Joyce, *Ulysses* (Nueva York, Modern Library, 1922, 1934), pág. 697, edición de Vintage, 1990. [Hay trad, cast.: *Ulises*, Barcelona, Lumen, 2010.] <<

[15] Timothy Garton Ash, «Kosovo and Beyond», *The New York Review of Books*, 24 de junio de 1999. Citaba un verso del poema «September 1, 1939», de Auden, publicado en 1940. <<

[16] Timothy Garton Ash, «Cry, the Dismembered Country», *The New York Review of Books*, 14 de enero de 1999. <<

[17] Tengo mi propia versión de los hechos en relación con el desarrollo de los acontecimientos que llevó a estas intervenciones tardías. Por lo visto, mi libro *Fantasmas balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo* fue uno de los factores que llevaron al presidente Bill Clinton a tomar la decisión de no intervenir militarmente en 1993, lo que aplazó durante dos años el envío de fuerzas de la OTAN a los Balcanes. El libro, un compendio de las experiencias que viví en los Balcanes en la década de 1980, apareció primero en formato de pequeños artículos en la revista *The Atlantic Monthly*, antes de la caída del muro de Berlín. En julio de 1991, el mismo medio publicó el capítulo 3 (dedicado a Macedonia). Según aseguraba un antiguo empleado del Departamento de Estado en *The Washington Post* (21 de febrero de 2002), ese artículo contribuyó decisivamente en el «primer y único despliegue preventivo de las tropas de la ONU encargadas de mantener la paz en la antigua Yugoslavia». A pesar de que un informe de la CIA de 1990 advertía acerca de la desintegración de Yugoslavia, el Departamento de Estado «prefirió negar la evidencia [...] hasta que apareció el artículo de Kaplan». Da la casualidad de que el despliegue de 1500 efectivos de la ONU en Macedonia evitó la violencia que posteriormente estalló en Bosnia y Kosovo. *Fantasmas balcánicos* se publicó como libro en marzo de 1993. Ese mismo mes, publiqué un artículo sobre Yugoslavia en el *Reader's Digest* donde decía que: «Salvo que seamos capaces de acabar con el círculo vicioso de odio y venganza —posicionándonos enérgicamente a favor de la autodeterminación y los derechos de las minorías—, perderemos lo ganado con el final de la guerra fría. Toda ayuda, todo esfuerzo diplomático, toda fuerza, en caso de utilizarla, debe estar relacionada con la simple idea de que todos los pueblos de Yugoslavia merecen vivir alejados de la violencia». Poco después, aparecí en televisión para animar públicamente a intervenir en los Balcanes, del mismo modo que lo hice en la portada de la sección «Outlook» de *The Washington Post* el 17 de abril de 1994, más de un año antes de que dicha intervención se llevara a cabo. *Fantasmas balcánicos* describe un paisaje desalentador en cuanto a las relaciones étnicas en el sudeste europeo, pero es solo en los paisajes humanos más desalentadores donde, por lo general, la intervención se ha hecho precisa; no es necesario idealizar un paisaje humano para tomar medidas en su nombre. Y como aprenderíamos luego en Irak, cuando se interviene, ha de hacerse sin falsas ilusiones. Aunque

el presidente y otros muchos leyeron mis libros y artículos, nadie de la administración Clinton se puso en contacto conmigo por ningún medio en relación con mi trabajo y de qué modo este podría aplicarse a acontecimientos concretos y decisiones políticas que ocurrieron y se tomaron después de la finalización del libro. <<

[18] León Wieseltier, «Forcé Without Forcé: Saving NATO, Losing Kosovo», *The New Republic*, Washington, 26 de abril y 3 de mayo de 1999. <<

[19] León Wieseltier, «Winning Ugly: The War Ends, Sort Of. The Peace Begins, Sort Of», *The New Republic*, Washington, 28 de junio de 1999. <<

[20] *Ibíd.* <<

[21] León Wieseltier, «Useless», *The New Republic*, Washington, 17 de abril de 2006. <<

[22] Bob Woodward, *State of Denial: Bush at War, Part III* (Nueva York, Simón & Schuster, 2006), págs. 84-85. [Hay trad. cast.: *Negar la evidencia*, Barcelona, Belacqva, 2007.] <<

[23] Stephen Walt y John Mearsheimer, *The Israel Lobby and U. S. Foreign Policy* (Nueva York, Parrar, Straus and Giroux, 2007). [Hay trad. cast.: *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*, Madrid, Taurus, 2007.]
<<

[24] En la época del 11-S, Israel estaba sufriendo frecuentes ataques terroristas y de ahí que, como es natural, contara con la solidaridad estadounidense, a pesar de que, más adelante, se reanudaran las exigencias para que detuviera la construcción de asentamientos en los territorios ocupados. Durante todo el proceso previo a la Guerra de Irak, defendí que si Bush salía victorioso allí y conseguía renovar su mandato, debería de poner fin «al yugo que los señores israelíes ejercen sobre tres millones de palestinos en Gaza y Cisjordania», una situación que calificaba de «especialmente insostenible». «A Post-Saddam Scenario», *The Atlantic Monthly*, Boston, noviembre de 2002. <<

[25] Robert D. Kaplan, *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos* (Nueva York, Random House, 2002), pág. 84. <<

[26] Hobbes y Berlín son grandes filósofos precisamente por sus connotaciones. La filosofía de Hobbes puede presentar una visión desalentadora de la humanidad, pero también era un modernizador liberal, pues en la época en que escribió sus obras, la modernización significaba la desintegración del orden medieval mediante el establecimiento de una autoridad central, representada por su Leviatán. Asimismo, Berlín, a pesar de encarnar el humanismo liberal, también fue un realista que reconoció, por ejemplo, que la búsqueda de comida y cobijo se antepone a la búsqueda de libertad. <<

[27] De hecho, varias columnas avanzadas del ejército estadounidense habían llegado a 150 kilómetros de Bagdad en la Primera Guerra del Golfo, pero el grueso de las tropas estaba acantonado en Kuwait y el desierto saudí. <<

[1] Robert D. Kaplan, «Munich Versus Vietnam», *The Atlantic Online*, 4 de mayo de 2007. <<

[2] Hans J. Morgenthau, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, revisado por Kenneth W. Thompson y W. David Clinton (Nueva York, McGraw Hill, 1948, 2006), págs. 3, 6, 7, 12 [hay trad, cast.: *Escritos sobre política internacional*, Madrid, Tecnos, 2001]; Tucídides, *The Peloponnesian War*, traducido al inglés por Thomas Hobbes (1629) (Chicago, University of Chicago Press, 1989) [hay trad, cast.: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Cremos, 1991-2003]; Anastasia Bakolas, «Human Nature in Thucydides», Wellesley College, inédito; Robert D. Kaplan, *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos* (Nueva York, Random House, 2001). <<

[3] Morgenthau, *Politics Among Nations*, págs. XVIII-XIX, 37, 181, 218-220, 246, y 248; William Cabell Bruce, *John Randolph of Roanoke*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1922, vol. II, pág. 211; John J. Mearsheimer, «The False Promise of International Institutions», *International Security*, Cambridge, Massachusetts, invierno de 1994-1995. <<

[⁴] Thomas Hobbes, *Leviathan*, 1651, capítulo 15. [Hay trad, cast.: *Leviatán o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, Madrid, Alianza, 2011.] <<

[5] Fareed Zakaria, «Is Realism Finished?» ,*The National Interest*, invierno de 1992-1993. <<

[6] Raymond Aron, *Peace and War: A Theory of International Relations* (Garden City, Doubleday, 1966), pág. 321 [hay trad, cast.: *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, 1985]; José Ortega y Gasset, *The Revolt of the Masses* (Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1985), pág. 129 [ed. cast.: *La rebelión de las masas* (1937), Madrid, Tecnos, 2003]. <<

[7] Jeremy Black, *Maps and History: Constructing Images of the Past* (New Haven, Yale University Press, 1997), págs. 58, 173, 216. <<

[8] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideas and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Nueva York, Henry Holt and Company, 1919), págs. 15-16. Edición de la Universidad Nacional de Defensa, 1996. <<

[9] Morgenthau, *Politics Among Nations*, pág. 165. <<

[10] Alfred Thayer Mahan, *The Problem of Asia and Its Effect Upon International Policies* (Londres, Sampson Low, Marston, 1900), pág. 56. Edición de Elibron, 2005. <<

[11] W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1988), págs. 93, 130-131. <<

[12] W. Gordon East, *The Geography Behind History* (Nueva York, Norton, 1965, 1967), pág. 120. <<

[13] Nicholas J. Spykman, *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, con una nueva introducción de Francis P. Sempa (Nueva York, Harcourt, Brace, 1942), págs. XV, 41. [Hay trad, cast.: *Estados Unidos frente al mundo*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1944.] <<

[14] East, *The Geography Behind History*, pág. 38. <<

[15] *Federalist* n.º 8. <<

[16] Williamson Murray, «Some Thoughts on War and Geography», *Journal of Strategic Studies*, Routledge, Londres, 1999, págs. 212, 214; Colin S. Gray, «The Continued Primacy of Geography», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 1996, pág. 2. <<

[17] Mackubin Thomas Owens, «In Defense of Classical Geopolitics», *Naval War College Review*, Newport, Rhode Island, otoño de 1999, pág. 72. <<

[18] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 92. <<

[19] James Fairgrieve, *Geography and World Power* (Nueva York, E. P. Dutton, 1917), págs. 273-274. <<

[20] John Western, Departamento de Geografía, Universidad de Siracusa. <<

[21] John Gallup y Jeffrey Sachs, «Location, Location: Geography and Economic Development», *Harvard International Review*, Cambridge, invierno de 1998-1999. En parte, extrapolan de la obra de Jared Diamond. <<

[22] M. C. Ricklefs, Bruce Lockhart, Albert Lau, Portia Reyes y Maitrii Aung-Thwin, *A New History of Southeast Asia* (Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010), Pág. 21. <<

[23] John Adams, *Works* (Boston, Little, Brown, 1850-1856), vol. 4, pág. 401.

<<

[24] Robert D. Kaplan, *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos* (Nueva York, Random House, 2001), págs. 101-102. <<

[25] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 43. <<

[26] Murray, «Some Thoughts on War and Geography», pág. 213. <<

[27] Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006), pág. 15. <<

[28] Gray, «The Continued Primacy of Geography»; Murray, «Some Thoughts on War and Geography», pág. 216. <<

[29] Morgenthau, *Politics Among Nations*, pág. 124. <<

[³⁰] Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty* (Oxford, Oxford University Press, 1969). [Hay trad, cast.: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1998.] <<

[31] Véase Daniel J. Mahoney, «Three Decent Frenchmen», un análisis de la obra *The Burden of Responsibility, The National Interest*, de Tony Judt, verano de 1999; véase, también *History, Truth and Liberty: Selected Writings of Raymond Aron*, publicado por Franciszek Draus (Chicago, University of Chicago Press, 1985). <<

[32] Norman Davies, *God's Playground: A History of Poland*, vol. 1, *The Origins to 1795* (Nueva York, Columbia University Press, 2005 [1981]), pág. VIII. <<

[1] William H. McNeill, *The Rise of the West. A History of the Human Community* (Chicago, University of Chicago Press, 1963), págs. 22, 27. <<

[2] Freya Stark, «Iraq», en *Islam To-day*, publicado por A. J. Arberry y Rom Landau (Londres, Faber & Faber, 1943). <<

[3] Ibn Jaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History* (1377), traducido al inglés por Franz Rosenthal, edición de Princeton University Press de 1967, págs. 133, 136, 140, 252 [hay trad, cast.: *Introducción a la historia universal*, Córdoba, Almuzara, 2008]; Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter* (Nueva York, Random House, 2004), pág. 27 [hay trad, cast.: *Invierno mediterráneo*, Barcelona, Ediciones B, 2004]. <<

[4] Georges Roux, *Ancient Iraq* (Londres, Allen & Unwin, 1964), págs. 267, 284, 297, 299. <<

[5] McNeill, *The Rise of the West*, págs. 32, 41-42, 46, 50, 64. <<

[6] James Fairgrieve, *Geography and World Power* (Nueva York, E. P. Dutton, 1917), págs. 26-27, 30, 32. <<

[7] McNeill, *The Rise of the West*, págs. 69, 71; Roux, *Ancient Iraq*, págs. 24-25. <<

[8] McNeill, *The Rise of the West*, págs. 167, 217, 243. <<

[9] Ibid., págs. 250, 484, 618. <<

[10] Ibid., pág. 535. <<

[11] Arthur Helps, prefacio de la edición abreviada de 1991 de Oswald Spengler, *The Decline of the West* (Oxford, Gran Bretaña, Oxford University Press). <<

[12] Ibid., pág. 249. <<

[13] Oswald Spengler, *The Decline of the West*, traducción de Charles Francis Atkinson (Nueva York, Knopf, 1962 [1918, 1922]), págs. 324, 345, 352. [Hay trad, cast.: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa, 2011.] <<

[¹⁴] Ibid., págs. 177-178, 193-194, 353-354; Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, compendio de los vols. 7-10 de D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1957), págs. 144-145. [Hay trad, cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.] <<

[15] Ibid., págs. 451, 539. <<

[16] W. Gordon East, *The Geography Behind History* (Nueva York, Norton, 1967), pág. 128. <<

[17] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, compendio de los vols. 1-6 de D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1946), págs. 123, 237. [Hay trad, cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.]
<<

[18] Toynbee, *A Study of History*, vols. 1-6, págs. 146, 164-166; Jared Diamond, *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed* (Nueva York, Viking, 2005), Págs. 79, 81, 106-107, 109, 119-120, 136-137, 157, 159, 172, 247, 276. [Hay trad, cast.: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2005.] <<

[19] De ningún modo Europa fue única en este sentido. Toynbee señala, por ejemplo, que los habitantes del altiplano andino tuvieron que hacer frente a un clima inhóspito y una tierra casi estéril, del mismo modo que los de la costa sudamericana del Pacífico tuvieron que afrontar el calor y las sequías, que exigían una ingeniería de riego. No obstante, la diferencia entre Europa y Sudamérica, que Toynbee no señala, radica en que Europa, con sus puertos naturales de aguas profundas, se hallaba en el camino de muchas rutas comerciales y migratorias. Toynbee, *A Study of History*, vol. 1, pág. 75. <<

[20] McNeill, *The Rise of the West*, págs. 565, 724. <<

[21] Ibid., pág. 253. <<

[22] Ibid., págs. 722, 724. <<

[23] Ibid., pág. 728. <<

[24] Robert Gilpin, *War and Change in World Politics* (Nueva York, Cambridge University Press, 1981). <<

[25] Morgenthau, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, revisado por Kenneth W. Thompson y W. David Clinton (Nueva York, McGraw Hill, 2006), págs. 354-357. [Hay trad, cast.: *Escritos sobre política internacional*, Madrid, Tecnos, 2001.] <<

[26] Ibid., pág. 357. <<

[27] McNeill, *The Rise of the West*, pág. 807. <<

[28] Ibid., pág. 352. <<

[29] Toynbee, *A Study of History*, vols. 1-6, pág. 284. <<

[30] Toynbee, *A Study of History*, vols. 7-10, pág. 121. <<

[31] Para ejemplos de convenciones cartográficas eurocéntricas, véase Jeremy Black, *Maps and History*, págs. 60, 62. <<

[32] Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, vol. 1: *The Classical Age of Islam* (Chicago, University of Chicago Press, 1974), págs. 50, 56, 60-61, 109-111. <<

[33] Ibid., págs. 114, 120-124, 133; Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, vol. 2: *The Expansion of Islam in the Middle Periods* (Chicago, University of Chicago Press, 1974), págs. 65, 71. <<

[34] Hodgson, *The Classical Age of Islam*, págs. 154, 156, 158. <<

[35] Ibid., págs. 151,204-206, 229. <<

[36] Toynbee, *A Study of History*, vols. 1-6, pág. 271. <<

[37] Ibid., pág. 268. Las montañas de Abisinia eran aún más inaccesibles y permanecerían bajo una fuerte influencia cristiana. <<

[38] Hodgson, *The Expansion of Islam in the Middle Periods*, págs. 54, 396, 400-401. <<

[39] Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, vol. 3: *The Gunpowder Empires and Modern Times* (Chicago, University of Chicago Press, 1974), págs. 114, 116. <<

[40] Todas las citas directas proceden de la traducción de David Grene de 1987, publicada por la University of Chicago Press. También he recurrido a material extraído de las introducciones de otras traducciones de A. R. Bum y Tom Griffith. <<

[⁴¹] Boris Pasternak, *Doctor Zhivago*, traducción al inglés de Max Hayward y Manya Harari (Nueva York, Pantheon, 1958), pág. 43. [Hay trad, cast.: *Doctor Zhivago*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.] <<

[42] Hodgson, *The Classical Age of Islam*, pág. 25. <<

[1] Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006), págs. 2, 24; Mackubin Thomas Owens, «In Defense of Classical Geopolitics», *Naval War College Review*, Newport, Rhode Island, otoño de 1999, págs. 60, 73; Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pág. 29. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980]. <<

[2] Paul Kennedy, «The Pivot of History: The U.S. Needs to Blend Democratic Ideals with Geopolitical Wisdom», *The Guardian*, 19 de junio de 2004; Cohen, *Geography and Politics in a World Divided*, pág. XIII. <<

[3] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives* (Nueva York, Basic Books, 1997), pág. 37. [Hay trad, cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998.] <<

[4] Hans J. Morgenthau, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, revisado por Kenneth W. Thompson y W. David Clinton (Nueva York, McGraw Hill, 1948), págs. 170-171. [Hay trad, cast.: *Escritos sobre política internacional*, Madrid, Tecnos, 2001.] <<

[5] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in Politics of Reconstruction* (Washington, D. C., National Defense University, 1919, 1942), pág. 205; W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), págs. 211-212. <<

[6] H. J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pág. 155. <<

[7] H. J. Mackinder, «On the Necessity of Thorough Teaching in General Geography as a Preliminary to the Teaching of Commercial Geography», *Journal of the Manchester Geographical Society*, 1890, vol. 6; Parker, Mackinder, págs. 95-96. <<

[8] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal*, Londres, abril de 1904, pág. 422. <<

[9] *Ibíd.*, pág. 421. <<

[10] *Ibíd.*, pág. 422. <<

[11] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pág. 72; James Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 103. <<

[12] Estados Unidos viviría un destino similar, dado que salió prácticamente ileso de la Segunda Guerra Mundial, al mismo tiempo que las infraestructuras europeas, soviéticas, chinas y japonesas quedaron debilitadas, lo cual concedió a Estados Unidos décadas de preeminencia económica y política. <<

[13] Toynbee, *A Study of History*, compendio de los vols. 7-10 de D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1957), págs. 151, 168. [Hay trad, cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, PlanetaAgostini, 1985.] <<

[14] Geoffrey Sloan, «Sir Halford J. Mackinder: The Heartland Theory Then and Now», en *Geopolitics, Geography and Strategy*, publicado por Colin S. Gray y Geoffrey Sloan (Londres, Frank Cass, 1999), pág. 19. <<

[15] Kennedy, «The Pivot of History: The U. S. Needs to Blend Democratic Ideals with Geopolitical Wisdom», *The Guardian*, 19 de junio de 2004. <<

[16] Parker, *Mackinder*, pág. 154. <<

[17] Gerry Kearns, *Geopolitics and Empire: The Legacy of Halford Mackinder* (Nueva York, Oxford University Press, 2009), pág. 38. <<

[18] Parker, *Mackinder*, pág. 121. <<

[19] Daniel J. Mahoney, «Three Decent Frenchmen», *The National Interest*, Washington, verano de 1999; Franciszek Draus, *History, Truth and Liberty: Selected Writings of Raymond Aron* (Chicago, University of Chicago Press, 1985). <<

[20] Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, pág. 181; Raymond Aron, *Peace and War: A Theory of International Relations* (Garden City, Doubleday, 1966), págs. 197-198. [Hay trad, cast.: *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, 1985.] <<

[21] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pág. 2. <<

[22] Ibid., pág. 1. <<

[23] Parker, *Mackinder*, pág. 160. <<

[24] Ibid., pág. 163. <<

[25] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 24-25, 28, 32; Parker, *Mackinder*, 122-123; Fairgrieve, *Geography and World Power*, págs. 60-62.
<<

[26] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 22, 38, 41,46. <<

[27] Ibid., págs. 46, 48. <<

[28] Brzezinski, *The Grand Chessboard*, pág. 31. <<

[29] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 41-42, 47. <<

[30] Ibid., pág. XVIII, de la introducción de Stephen V. Mladineo. <<

[31] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 95-99, 111-112, 115; Cohen, *Geography and Politics in a World Divided*, págs. 85-86; James Fairgrieve, *Geography and World Power* (Londres, University of London Press, 1915). <<

[32] Sloan, «Sir Halford J. Mackinder: The Heartland Theory Then and Now»,
pág. 31. <<

[33] Arthur Butler Dugan, «Mackinder and His Critics Reconsidered», *The Journal of Politics*, mayo de 1962. <<

[34] Brian W. Blouet, *Halford Mackinder: A Biography* (College Station, Texas A & M Press, 1987), págs. 150-151. <<

[35] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 55, 78; Cohen, *Geography and Politics in a World Divided*, págs. 42-44. <<

[36] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, págs. 64-65. <<

[37] Ibid., pág. 116. <<

[38] Ibid., págs. 74, 205. <<

[39] Ibid., pág. 201. <<

[1] Robert Strausz-Hupé, *Geopolitics: The Struggle for Space and Power* (Nueva York, G.P.Putnam's Sons, 1942), págs.48-53; [hay trad, cast.: *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*, México, Hermes, 1945]; Parker, Mackinder: *Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), págs. 178-180. <<

[2] Strausz-Hupé, *Geopolitics*, págs. 59-60. <<

[3] Ibid., págs. 60-61,68-69. <<

[4] Ibid., págs. 142, 154-155. <<

[5] Ibid., págs. 85, 101, 140, 197, 220. <<

[6] Holger H. Herwig, «*Geopolitik; Haushofer, Hitler and Lebensraum*», en *Geopolitics: Geography and Strategy*, publicado por Cohn S. Gray y Geoffrey Sloan (Londres, Frank Cass, 1999), pág. 233. <<

[7] Brian W. Blouet, *Halford Mackinder: A Biography* (College Station, Texas A & M Press, 1987), págs. 190-191. <<

[8] Strausz-Hupé, *Geopolitics*, pág. 264. <<

[9] Ibid., pág. 191. <<

[10] Ibid., págs. 196, 218. <<

[11] Paul Bracken, *Fire in the East: The Rise of Asian Military Power and the Second Nuclear Age* (Nueva York, HarperCollins, 1999), pág. 30. <<

[1] Brian W. Blouet, *Halford Mackinder: A Biography* (College Station, Texas A & M Press, 1987), pág. 192. <<

[2] Nicholas J. Spykman, «Geography and Foreign Policy I», *The American Political Science Review*, Los Ángeles, febrero de 1938; Francis P. Sempa, «The Geopolitical Realism of Nicholas Spykman», introducción a Nicholas J. Spykman, *America's Strategy in World Politics* (New Brunswick, Transaction Publishers, 2007). <<

[³] Nicholas J. Spykman, *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1942), págs. XVII-XVIII, 7, 18, 20-21, edición de Transaction, 2008. [Hay trad, cast.: *Estados Unidos frente al mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.] <<

[4] Ibid., págs. 42, 91; Robert Strausz-Hupé, *Geopolitics: The Struggle for Space and Power* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1942), pág. 169 [hay trad, cast.: *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*, México, Hermes, 1945]; Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Washington D. C., National Defense University, 1919, 1942), pág. 202; Daniel J. Boorstin, *Hidden History: Exploring Our Secret Past* (Nueva York, Vintage, 1987, 1989), pág. 246; James Fairgrieve, *Geography and World Power*, Págs. 18-19, 326-327. <<

[5] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 89. <<

[6] Ibid., págs. 49-50, 60. <<

[7] Ibid., pág. 50. <<

[8] Ibid., págs. 197, 407. <<

[9] Ibid., pág. 182. <<

[10] Nicholas John Spykman, *The Geography of the Peace*, editado por Helen R. Nicholl (Nueva York, Harcourt, Brace, 1944), pág. 43. <<

[11] Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, pág. 51. <<

[12] W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), pág. 195. <<

[13] Henry A. Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Nueva York, Doubleday, 1957), págs. 125, 127. [Hay trad, cast.: *Armas nucleares y política internacional*, Madrid, Rialp, 1962.] <<

[14] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, págs. 135-137, 460, 469.
<<

[15] Ibid., pág. 466. <<

[16] Michael P. Gerace, «Between Mackinder and Spykman: Geopolitics, Containment, and After», *Comparative Strategy*, Universidad de Reading, Gran Bretaña, 1991. <<

[17] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 165. <<

[18] Ibid., pág. 166. <<

[19] Ibid., pág. 178; Albert Wohlstetter, «Illusions of Distance», *Foreign Affairs*, Nueva York, enero de 1968. <<

[20] Parker, *Mackinder*, pág. 186. <<

[21] Geoffrey Kemp y Robert E. Harkavy, *Strategic Geography and the Changing Middle East* (Washington, D.C., Brookings Institution Press, 1997), pág. 5. <<

[1] Alfred T. Mahan, *The Problem of Asia: And Its Effect Upon International Policies* (Londres, Sampson Low, Marston, 1900), págs. 27-28, 42-44, 97, 161; Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), págs. 48-49. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980.] <<

[2] Robert Strausz-Hupé, *Geopolitics: The Struggle for Space and Power* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1942), págs. 253-254. [Hay trad, cast.: *Geopolítica: la lucha por el espacio y el poder*, México, Hermes, 1945.] <<

[3] Alfred T. Mahan, *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783* (Boston, Little, Brown, 1890), págs. 225-226, 1987, edición de Dover. [Hay trad, cast.: *Influencia del poder naval en la historia*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2007.] <<

[4] Strausz-Hupé, *Geopolitics*, págs. 244-245. <<

[5] Jon Sumida, «Alfred Thayer Mahan, Geopolitician», en *Geopolitics, Geography and Strategy*, editado por Colin S. Gray y Geoffrey Sloan (Londres, Frank Cass, 1999), págs. 53, 55, 59; Jon Sumida, *Inventing Grand Strategy and Teaching Command: The Classic Works of Alfred Thayer Mahan* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997), págs. 41,84. <<

[6] Mahan, *The Influence of Sea Power Upon History*, pág. 25. <<

[7] Ibid., págs. III, 8, 26-27, 50-52, 67. <<

[8] Ibid., págs. IV-VI, 15, 20-21,329. <<

[9] Ibid., págs. 29, 138. <<

[10] Ibid., págs. 29, 31, 33-34, 138; Eric Grove, *The Future of Sea Power* (Annapolis, Naval Institute Press, 1990), págs. 224-225. <<

[¹¹] Norman Angell, *The Great Illusion* (Nueva York, Cosimo Classics, 1909, 2007), págs. 310-311. [Hay trad, cast.: *La grande ilusión*, Buenos Aires, Rueda, 1945.] <<

[12] James R. Holmes y Toshi Yoshihara, *Chinese Naval Strategy in the 21st Century: The Turn to Mahan* (Nueva York, Routledge, 2008), pág. 39. <<

[13] Julian S. Corbett, *Principles of Maritime Strategy* (Londres, Longmans, Green and Co., 1911), págs. 87, 152-153, 213-214, 2004, edición de Dover.
<<

[14] U. S. Navy, U. S. Marine Corps, U. S. Coast Guard, «A Cooperative Strategy for 21st Century Seapower», Washington, D. C. y Newport, Rhode Island, octubre de 2007. <<

[15] John J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics* (Nueva York, W. W. Norton, 2001), págs. 210, 213, 365. <<

[1] Paul Bracken, *Fire in the East: The Rise of Asian Military Power and the Second Nuclear Age* (Nueva York, HarperCollins, 1999), págs. 33-34. <<

[2] Ibid., págs. XXV-XXVII, 73. <<

[3] Ibid., págs. 2, 10, 22, 24-25. <<

[4] Ibid., págs. 26-31. <<

[5] Ibid., págs. 37-38. <<

[6] Ibid., págs. 42, 45, 47-49, 63, 97, 113. <<

[7] Ibid., pág. 156. <<

[8] Ibid., pág. 110. <<

[9] Ibn Jaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History* (1377), traducido al inglés por Franz Rosenthal, págs. 93, 109, 133, 136, 140, edición de la Princeton University Press, 1967. [Hay trad, cast.: *Introducción a la historia universal*, Córdoba, Almuzara, 2008.] <<

[10] R. W. Southern, *The Making of the Middle Ages* (New Haven, Yale University Press, 1953), págs. 12-13. [Hay trad, cast.: *La formación de la edad media*, Madrid, Alianza, 1980.]. <<

[¹¹] George Orwell, 1984 (Nueva York, Harcourt, Brace, 1949), pág. 124.
[Hay trad, cast.: 1984, Barcelona, Destino, 2010.] <<

[12] Thomas Pynchon, prefacio a la obra 1984, de George Orwell (Nueva York, Penguin, 2003). <<

[13] Oswald Spengler, *The Decline of the West*, traducido al inglés por Charles Francis Atkinson (Nueva York, Vintage, 1922, 2006), pág. 395. [Hay trad, cast.: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa, 2011.] <<

[14] Bracken, *Fire in the East*, págs. 123-124. <<

[15] *Ibíd.*, págs. 89, 91. <<

[16] Jakub Grygiel, «The Power of Statelessness: The Withering Appeal of Governing», *Policy Review*, Washington, abril-mayo de 2009. <<

[17] Randall L. Schweller, «Ennui Becomes Us», *The National Interest*, Washington, D. C., 16 de diciembre de 2009. <<

[¹] Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pág. 157. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980.] <<

[2] William Anthony Hay, «Geopolitics of Europe», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2003. <<

[3] Claudio Magris, *Danube* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1988, 1989), pág. 18. [Hay trad, cast.: *El Danubio*, Barcelona, RBA, 2009.] <<

[4] Barry Cunliffe, *Europe Between the Oceans: Themes and Variations: 9000 BC-AD 1000* (New Haven, Yale University Press, 2008), págs. VII, 31, 38, 40, 60, 318,477. <<

[5] Tony Judt, «Europe: The Grand Illusion», *The New York Review of Books*, 11 de julio de 1996. <<

[6] Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, pág. 372. <<

[7] Hay, «Geopolitics of Europe», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2003. <<

[8] Peter Brown, *The World of Late Antiquity: AD 150-750* (Londres, Thames & Hudson, 1971), págs. 11, 13, 20. [Hay trad, cast.: *El mundo de la antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, Cremos, 2012.] <<

[9] Henri Pirenne, *Mohammed and Charlemagne* (ACLS Humanities e-book 1939, 2008). [Hay trad, cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 2008.] <<

[¹⁰] Fernand Braudel, *The Mediterranean: And the Mediterranean World in the Age of Philip II*, traducido al inglés por Sian Reynolds (Nueva York, Harper & Row, 1949), pág. 75. [Hay trad, cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.] <<

[11] Cunliffe, *Europe Between the Oceans*, págs. 42-43. <<

[12] Robert D. Kaplan, *Eastward to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus* (Nueva York, Random House, 2000), pág. 5. [Hay trad, cast.: *Rumbo a Tartaria: un viaje por los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso*, Madrid, Suma de Letras, 2002.] <<

[13] Philomila Tsoukala, «A Family Portrait of a Greek Tragedy», *The New York Times*, 24 de abril de 2010. <<

[14] Judt, «Europe: The Grand Illusion», *The New York Review of Books*, 11 de julio de 1996. <<

[15] Jack A. Goldstone, «The New Population Bomb: The Four Megatrends That Will Change the World», *Foreign Affairs*, Nueva York, enero-febrero de 2010. <<

[16] Hay, «Geopolitics of Europe», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2003. <<

[17] Judt, «Europe: The Grand Illusion», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2003.
<<

[18] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives* (Nueva York, Basic Books, 1997), págs. 69-71. [Hay trad, cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998.] <<

[19] Colin S. Gray, *Another Bloody Century: Future Warfare* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2005), pág. 37. <<

[20] Josef Joffe en una conversación, Madrid, 5 de mayo de 2011, Conferencia de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales. <<

[21] Geoffrey Sloan, «Sir Halford Mackinder: The Heartland Theory Then and Now», *Geopolitics: Geography and Strategy*, editado por Colin S. Gray y Geoffrey Sloan (Londres, Frank Cass, 1999), pág. 20. <<

[22] Steve LeVine, «Pipeline Politics Redux», *Foreign Policy*, Washington, D. C., 10 de junio de 2010; «BP Global Statistical Review of World Energy», junio de 2010. <<

[23] Hay, «Geopolitics of Europe», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2003. <<

[24] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Washington, D. C., National Defense University, 1919, 1942), pág. 116. <<

[1] Aleksandr Solzhenitsyn, *August 1914*, traducido al inglés por Michael Glenny (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1971, 1972), pág. 3. [Hay trad, cast.: *Agosto 1914*, Barcelona, Styria, 2007.] <<

[2] Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pág. 211. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980]. <<

[3] G. Patrick March, *Eastern Destiny: Russia in Asia and the North Pacific* (Westport, Connecticut, Praeger, 1996), pág. 1. <<

[4] Philip Longworth, *Russia: The Once and Future Empire from Pre-History to Putin* (Nueva York, St. Martin's Press, 2005), págs. 16-17. <<

[5] March, *Eastern Destiny*, págs. 4-5; W. Bruce Lincoln, *The Conquest of a Continent: Siberia and the Russians* (Nueva York, Random House, 1994), pág. XX, edición de la Cornell University Press, 2007. <<

[6] Los tártaros eran musulmanes suníes de habla túrquica, cuya numerosa presencia en las huestes mongoles ha hecho que su nombre sea intercambiable con el de mongoles. <<

[7] March, *Eastern Destiny*, pág. 18. <<

[8] James H. Billington, *The Icon and the Axe: An Interpretive History of Russian Culture* (Nueva York, Knopf, 1966), pág. 11. [Hay trad, cast.: *El icono y el hacha: una historia interpretativa de la cultura rusa*, Madrid, Siglo XXI España, 2012]. <<

[9] *Ibíd.*, págs. 18-19, 26. <<

[10] Longworth, *Russia*, pág. 1. <<

[11] Lincoln, *The Conquest of a Continent*, pág. 19. <<

[12] Longworth, *Russia*, págs. 48, 52-53. <<

[13] Robert Strausz-Hupé, *The Zone of Indifference* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1952), pág. 88. <<

[¹⁴] Longworth, *Russia*, págs. 94-95; March, *Eastern Destiny*, pág. 28. <<

[15] Robert D. Kaplan, introducción al libro *Taras Bulba*, traducido al inglés por Peter Constantine (Nueva York, Modern Library, 2003). [Hay trad, cast.: Nikolái Gógol, *Taras Bulba*, Madrid, Alianza, 2012]. <<

[16] Alexander Herzen, *My Past and Thoughts*, traducido al inglés por Constance Garnett (Berkeley, University of California Press, 1968, 1982), pág. 97. [Hay trad, cast.: *Pasado y pensamientos*, Madrid, Tecnos, 1994]. <<

[17] Longworth, *Russia*, pág. 200. <<

[18] Denis J. B. Shaw, *Russia in the Modern World: A New Geography* (Oxford, Blackwell, 1999), págs. 230-232. <<

[19] Ibid., págs. 5, 7; D. W. Meinig, «The Macrogeography of Western Imperialism», en *Settlement and Encounter*, editada por F. H. Gale y G. H. Lawson (Oxford, Oxford University Press, 1968), págs. 213-240. <<

[20] Lincoln, *The Conquest of a Continent*, pág. XIX. <<

[21] Longworth, *Russia*, pág. 322. <<

[22] Colin Thubron, *In Siberia* (Nueva York, HarperCollins, 1999), págs. 99, 122. [Hay trad, cast.: *En Siberia*, Barcelona, RBA, 2008.] <<

[23] Lincoln, *The Conquest of a Continent*, pág. 57. <<

[24] Ibid., págs. 89, 395. <<

[25] Se plantea asimismo la cuestión del calentamiento del Ártico, que conllevaría el desbloqueo de los mares atrapados por el hielo, como el Blanco, el de Barents, el de Kara, el de Láptev y los de Siberia oriental, en los que desembocan los caudalosos ríos siberianos, impulsando así el potencial económico de esta región. <<

[26] March, *Eastern Destiny*, págs. 51, 130. <<

[27] Simon Saradzhyan, «Russia's Red Herring», ISN Security Watch, Zúrich, 25 de mayo de 2010. <<

[28] March, *Eastern Destiny*, pág. 194. <<

[29] Shaw, *Russia in the Modern World*, pág. 31. <<

[30] En lo sucesivo, los mapas soviéticos de Europa incluirían toda la Rusia europea, un recurso cartográfico que garantizaba que a Moscú no se la viera como a una extraña. Asimismo, conseguía que los Estados de la Europa del Este parecieran más céntricos, donde repúblicas soviéticas como Ucrania y Moldavia se convertían, en la práctica, en la nueva Europa del Este. Jeremy Black, *Maps and History: Constructing Images of the Past* (New Haven, Yale University Press, 2009), pág. 151. <<

[31] Shaw, *Russian in the Modern World*, págs. 22-23. <<

[32] March, *Eastern Destiny*, págs. 237-238. <<

[33] Saradzhyan, «Russia's Red Herring», *ISN Security Watch*, Zúrich, 25 de mayo de 2010. <<

[³⁴] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperative* (Nueva York, Basic Books, 1997), pág. 98. [Hay trad, cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Raidos, 1998.] <<

[35] John Erickson, «“Russia Will Not Be Trifled With”: Geopolitical Facts and Fantasies», en *Geopolitics, Geography and Strategy*, editada por Colin S. Gray y Geoffrey Sloan (Londres, Frank Cass, 1999), págs. 242-243. <<

[36] Brzezinski, *The Grand Chessboard*, pág. 110. <<

[37] Dmitri Trenin, «Russia Reborn: Reimagining Moscow's Foreign Policy», *Foreign Affairs*, Nueva York, noviembre-diciembre de 2009. <<

[38] Shaw, *Russia in the Modern World*, pág. 248. <<

[39] Trenin, «Russia Reborn», *Foreign Affairs*, Nueva York, noviembre-diciembre de 2009. <<

[40] Paul Bracken, *Fire in the East: The Rise of Asian Military Power and the Second Nuclear Age* (Nueva York, HarperCollins, 1999), pág. 17. <<

[41] W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), pág. 157. <<

[42] Philip Stephens, «Putin's Russia: Frozen in Decline», *Financial Times*, Londres, 14 de octubre de 2011. <<

[43] Paul Dibb, «The Bear is Back», *The American Interest*, Washington, D. C., noviembre-diciembre de 2006. <<

[44] Brzezinski, *The Grand Chessboard*, pág. 46. <<

[45] Richard B. Andres y Michael Kofman, «European Energy Security: Reducing Volatility of Ukraine-Russia Natural Gas Pricing Disputes», National Defense University, Washington, D. C., febrero de 2011. <<

[46] Dobb, «The Bear is Back», *The American Interest*, Washington, D. C., noviembre-diciembre de 2006. <<

[47] Martha Brill Olcott, *The Kazakhs* (Stanford, Hoover Institution Press, 1987, 1995), págs. 57-58. <<

[48] Olivier Roy, *The New Central Asia: The Creation of Nations* (Nueva York, New York University Press, 1997, 2000), págs. XIV-XVI, 8-9, 66-69, 178. [Hay trad, cast.: *La nueva Asia Central o la fabricación de naciones*, Madrid, Sequitur, 1998.] <<

[49] Andres y Kofman, «European Energy Security...», National Defense University, Washington, D. C., febrero de 2011. <<

[50] Olcott, *The Kazakhs*, pág. 271. <<

[51] Dilip Hiro, *Inside Central Asia: A Political and Cultural History of Uzbekistan, Turkmenistan, Kazakhstan, Kyrgyzstan, Tajikistan, Turkey, and Iran* (Nueva York, Overlook Duckworth, 2009), págs. 205, 281,293. <<

[52] Martin C. Spechler y Dina R. Spechler, «Is Russia Succeeding in Central Asia?» ,*Orbis*, Filadelfia, otoño de 2010. <<

[53] James Brooke, «China Displaces Russia in Central Asia», *Voice of America*, 16 de noviembre de 2010. <<

[54] Olcott, *The Kazakhs*, pág. 273. <<

[55] Hiro, *Inside Central Asia*, pág. 262. <<

[56] Parker, *Mackinder*, pág. 83. <<

[1] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal*, Londres, abril de 1904. <<

[2] Halford J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Washington, D. C., National Defense University, 1919, 1942), págs. 46-48, 203. <<

[3] China, situada en la zona templada, tiene una población de 1320 millones de habitantes y su PIB era de 4326 000 millones de dólares en 2008, mientras que Rusia, que se encuentra entre el Ártico y la zona templada, tiene una población de 141 millones de habitantes y su PIB alcanzaba en 2008 los 1601 000 millones de dólares. Simon Saradzhyan, «Russia's Red Herring», ISN Security Watch, Zúrich, 25 de mayo de 2010. <<

[4] John Keay, *China: A History* (Londres, HarperCollins, 2008), pág. 13. <<

[5] Ibid., pág. 231. <<

[6] Patricia Buckley Ebrey, *China: The Cambridge Illustrated History* (Nueva York, Cambridge University Press, 1992, 2006), pág. 108. [Hay trad, cast.: *Historia de China*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.] <<

[7] John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A new History* (Cambridge, Harvard University Press, 1992, 2006), pág. 23. [Hay trad, cast.: *China, una nueva historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1996.] <<

[8] M. Taylor Fravel, *Strong Borders, Secure Nation: Cooperation and Conflict in China's Territorial Disputes* (Princeton, Princeton University Press, 2008), págs. 41-42. <<

[9] Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006), pág. 133. Adicionalmente, Gwen Lattimore apunta: «Evidentemente, existió una línea divisoria en algún lugar entre los territorios y pueblos que podrían incluirse en el Imperio chino, para provecho de este último, y los que no. La Gran Muralla se ideó con este fin». Owen Lattimore, «Origins of the Great Wall», *Geographical Review*, vol. 27, 1937. <<

[10] Fairbank y Goldman, *China: A New History*, págs. 23, 25, 45. <<

[11] Ebrey, *China*, pág. 164. <<

[12] Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pág. 211. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980.] <<

[13] Keay, *China*, mapas págs. 8-9, 53. <<

[14] Ebrey, *China*, pág. 164. <<

[15] Fairbank y Goldman, *China: A New History*, págs. 41-42. <<

[16] La posición de Pekín, apunta el geógrafo T. R. Tregear, sirvió a las necesidades de las dinastías Yuan, Ming y Qing gracias a su situación, suficientemente céntrica para gobernar China a la vez que sobradamente próxima para vigilar las tierras de la estepa del norte y el oeste. T. R. Tregear, *A Geography of China* (Londres, Transaction, 1965, 2008), págs. 94-95. <<

[17] La amenaza de las invasiones «bárbaras» es un tema sobre el que trata la obra del fallecido sinólogo Owen Lattimore. Gwen Lattimore, «China and the Barbarians», en *Empire in the East*, editado por Joseph Barnes (Nueva York, Doubleday, 1934). <<

[18] Keay, *China*, pág. 259. <<

[19] Fairbank y Goldman, *China: A New History*, pág. 109. <<

[20] Ebrey, *China*, pág. 227. <<

[21] «Map of Nineteenth Century China and Conflicts», www.fordham.edu/halsall, reimpresso en *Reshaping Economic Geography* (Washington, D. C., Banco Mundial, 2009), pág. 195. <<

[22] G. Patrick March, *Eastern Destiny: Russia in Asia and the North Pacific* (Westport, Connecticut, Praeger, 1996), págs. 234-235. <<

[23] El autor de la teoría de las sociedades hidráulicas fue el historiador y sinólogo germano-estadounidense Karl Wittfogel, quien argumentó que estas sociedades se desarrollaron inicialmente en las civilizaciones antiguas, asentadas en los valles de los ríos, donde la construcción de obras de riego a gran escala requería de trabajos forzados de grupos enormes de individuos.
<<

[24] Fairbank y Goldman, *China: A New History*, pág. 5. <<

[25] El profesor de la Universidad de Yale, Jonathan D. Spence, menciona a Galdan, el guerrero zunghar fiel al dalái lama en el Tibet, cuyas tropas fueron finalmente derrotadas en 1696 en el norte de Mongolia Exterior por un ejército invasor que pertenecía a la dinastía Qing (Manchú) y que sumaba unos 80 000 soldados. Jonathan D. Spence, *The Search for Modern China* (Nueva York, Norton, 1990), pág. 67. [Hay trad, cast.: *En busca de la China moderna*, Barcelona, Tusquets, 2011.] <<

[26] David Blair, «Why the Restless Chinese Are Warming to Russia's Frozen East», *The Daily Telegraph*, Londres, 16 de julio de 2009. <<

[27] Spence, *The Search for Modern China*, pág. 97. <<

[28] Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches* (Nueva York, Little, Brown, 1949),
pág. 120. <<

[29] Spence, *The Search for Modern China*, pág. 13. <<

[30] Owen Lattimore, «Inner Asian Frontiers: Chinese and Russian Margins of Expansion», *The Journal of Economic History*, Cambridge, Gran Bretaña, mayo de 1947. <<

[31] Uttam Kumar Sinha, «Tibet's Watershed Challenge», *The Washington Post*, 14 de junio de 2010. <<

[32] Edward Wong, «China Quietly Extends Footprints into Central Asia», *The New York Times*, 2 de enero de 2011. <<

[33] S. Frederick Starr y Andrew C. Kuchins, junto con Stephen Benson, Elie Krakowski, Johannes Linn y Thomas Sanderson, «The Key to Success in Afghanistan: a Modern Silk Road Strategy», Central Asia-Caucasus Institute-Center for Strategic and International Studies, Washington, D. C., 2010. <<

[³⁴] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperative* (Nueva York, Basic Books, 1997), pág. 167. [Hay trad. cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Raidos, 1998.] <<

[35] Dan Twining, «Could China and India Go to War over Tibet?», ForeignPolicy.com, Washington, D. C., 10 de marzo de 2009. <<

[36] Owen Lattimore, «Chinese Colonization in Manchuria», *Geographical Review*, Londres, 1932; Tregear, *A Geography of China*, pág. 270. <<

[37] Hillary Clinton, «America's Pacific Century», *Foreign Policy*, Washington, D. C., noviembre de 2011. <<

[38] Dana Dillon y John J. Tkacik Jr., «China's Quest for Asia», *Policy Review*, Washington, D. C., diciembre de 2005-enero de 2006. <<

[39] Robert S. Ross, «The Rise of Chinese Power and the Implications for the Regional Security Order», *Orbis*, Filadelfia, otoño de 2010. <<

[40] John J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics* (Nueva York, W. W. Norton, 2001), pág. 135. <<

[41] M. Taylor Fravel, «Regime Insecurity and International Cooperation: Explaining China's Compromises in Territorial Disputes», *International Security*, otoño de 2005. <<

[42] Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, pág. 170. <<

[43] Spence, *The Search for Modern China*, pág. 136. <<

[44] James Fairgrieve, *Geography and World Power*, págs. 242-243. <<

[45] James Holmes y Toshi Yoshihara, «Command of the Sea with Chinese Characteristics», *Orbis*, Filadelfia, otoño de 2005. <<

[46] Ross, «The Rise of Chinese Power and the Implications for the Regional Security Order» (véanse las notas a pie de página con que Ross acompaña la cita), *Orbis*, Filadelfia, otoño de 2010; Andrew F. Krepinevich, «China's Finlandization Strategy in the Pacific», *The Wall Street Journal*, 11 de septiembre de 2010. <<

[47] Seth Cropsey, «Alternative Maritime Strategies», propuesta para concesión de beca; Robert S. Ross, «China's Naval Nationalism: Sources, Prospects, and the U. S. Response», *International Security*, Cambridge, Massachusetts, otoño de 2009; Robert D. Kaplan, «How We Would Fight China», *Atlantic Monthly*, Boston, junio de 2005; Mark Helprin, «Why the Air Force Needs the F-22», *The Wall Street Journal*, 22 de febrero de 2010. <<

[48] Holmes y Yoshihara, «Command of the Sea with Chinese Characteristics», *Orbis*, Filadelfia, otoño de 2005. <<

[49] Ross, «The Rise of Chinese Power and the Implications for the Regional Security Order», *Orbis*, Filadelfia, otoño de 2010. <<

[50] Andrew Erickson y Lyle Goldstein, «Gunboats for China's New "Grand Canals"? Probing the Intersection of Beijing's Naval and Oil Security Policies», *Naval War College Review*, Newport, Rhode Island, primavera de 2009. <<

[51] Nicholas J. Spykman, *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1948), pág. XVI. La frase apareció por primera vez en el artículo de Nicholas J. Spykman y Abbie A. Rollins, «Geographic Objectives in Foreign Policy II», *The American Political Science Review*, agosto de 1939. <<

[52] Esto será realmente cierto si el canal y el istmo propuestos para conectar los océanos Índico y Pacífico se llevan a cabo. <<

[53] Spykman, *America's Strategy in World Politics*, pág. 60. <<

[54] Andrew S. Erickson y David D. Yang, «On the Verge of a Game-Changer: A Chinese Antiship Ballistic Missile Could Alter the Rules in the Pacific and Place U.S. Navy Carrier Strike Groups in Jeopardy», *Proceedings*, Annapolis, Maryland, mayo de 2009. <<

[55] Jacqueline Newmyer, «Oil, Arms, and Influence: The Indirect Strategy Behind Chinese Military Modernization», *Orbis*, Filadelfia, primavera de 2009. <<

[56] Howard French, «The Next Empire», *The Atlantic*, mayo de 2010. <<

[57] Pat Garrett, «Indian Ocean 21», noviembre de 2009. <<

[58] Julian S. Corbett, *Principles of Maritime Strategy* (Londres, Longmans, Green, 1911), págs. 213-214, edición de Dover 2004. <<

[59] Robert S. Ross, «The Geography of the Peace: East Asia in the Twenty-First Century», *International Security*, Cambridge, Massachusetts, primavera de 1999. <<

[60] Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, págs. 386, 401-402.

<<

[1] James Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 253. <<

[2] K. M. Panikkar, *Geographical Factors in Indian History* (Mumbai, Bharatiya Vidya Bhavan, 1954), pág. 41. Un factor limitante en la importancia de estos ríos es que, según afirma Panikkar, estos «fluyen por tierras altas y no por valles, y por tanto no riegan el campo con sus aguas fertilizantes», pág. 37. <<

[3] Fairgrieve, *Geography and World Power*, págs. 253-254. <<

[4] H. J. Mackinder, *Eight Lectures on India* (Londres, Visual Instruction Committee of the Colonial Office, 1910), pág. 114. <<

[5] Burton Stein, *A History of India* (Oxford, Blackwell, 1998), págs. 6-7. <<

[6] El persa llegó a la India en el siglo XII como lengua literaria y su carácter formal se consolidó en el siglo XVI. <<

[7] Panikkar, *Geographical Factors in Indian History*, pág. 21. <<

[8] Nicholas Ostler, *Empires of the World: A Language History of the World* (Nueva York, HarperCollins, 2005), pág. 223. <<

[9] André Wink, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World*, vol. 1: *Early Medieval India and the Expansion of Islam 7th-11th Centuries* (Boston, Brill Academic Publishers, 1996), capítulo 4. <<

[10] Stein, *A History of India*, págs. 75-76. <<

[11] Adam Watson, *The Evolution of International Society: A Comparative Historical Analysis* (Londres, Routledge, 1992), págs. 78-82. <<

[12] Stein, *A History of India*, pág. 121. <<

[13] Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 261. <<

[14] Panikkar, *Geographical Factors in Indian History*, pág. 43. <<

[15] Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 262. <<

[16] Robert D. Kaplan, *Monsoon: The Indian Ocean and The Future of American Power* (Nueva York, Random House, 2010), págs. 119, 121. [Hay trad, cast.: *Monzón: un viaje por el futuro del Océano Índico*, Madrid, El Hombre del Tres, 2012.] <<

[17] Panikkar, *Geographical Factors in Indian History*, págs. 40, 44. <<

[18] Kaplan, *Monsoon*, págs. 122-123; John F. Richards, *The New Cambridge History of India: The Mughal Empire* (Nueva York, Cambridge University Press, 1993), págs. 239, 242. <<

[19] Richard. M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier, 1204-1760* (Berkeley, California University Press, 1993), págs. XXII-XXIII. <<

[20] George Friedman, «The Geopolitics of India: A Shifting, Self-Contained World», Stratfor, 16 de diciembre de 2008. <<

[21] La relación geográfica y cultural entre la India e Irán es casi igual de estrecha. <<

[22] El término Punjab significa «Cinco Ríos», todos afluentes del Indo: el Beas, el Chenab, el Jhelum, el Ravi y el Sutlej. <<

[23] André Wink, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World*, vol. 2: *The Slave Kings and the Islamic Conquest, 11th-13th Centuries* (Leiden, Brill, 1997), Págs. 1, 162; Muzzafar Alam, *The Crisis of Empire in Mughal North India: Awadh and the Punjab, 1707-1748* (Nueva Delhi, Oxford University Press, 1986), págs. 11, 141, 143. <<

[24] Aitzaz Ahsan, *The Indus Saga and the Making of Pakistan* (Karachi, Oxford University Press, 1996), pág. 18. <<

[25] S. Frederick Starr y Andrew C. Kuchins, con la colaboración de Stephen Benson, Elie Krakowski, Johannes Linn y Thomas Sanderson, «The Key to Success in Afghanistan: A Modern Silk Road Strategy», Central Asia-Caucasus Institute-Center for Strategic and International Studies, Washington, D. C., 2010. <<

[26] Friedman, «The Geopolitics of India: A Shifting, Self-Contained World», Stratfor, 16 de diciembre de 2008. <<

[27] Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 253. <<

[1] William H. McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community* (Chicago, Chicago University Press, 1963), pág. 167. <<

[2] Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, vol. 1: *The Classical Age of Islam* (Chicago, Chicago University Press, 1974), págs. 50, 60, 109. <<

[3] John King Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History* (Cambridge, Harvard University Press, 1992, 2006), págs. 40-41. [Hay trad, cast.: *China, una nueva historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1996.] <<

[4] Geoffrey Kemp y Robert E. Harkavy, *Strategic Geography and the Changing Middle East* (Washington, D. C., Brooking Institution Press, 1997), págs. 15-17. <<

[5] Ibid., pág. XIII. Los recientes descubrimientos y las explotaciones de yacimientos de arenas y pizarras bituminosas, sobre todo en Norteamérica, cuestionan estas estadísticas. <<

[6] Charles M. Doughty, *Travels in Arabia Deserta* (Cambridge, Cambridge University Press, 1888), vol. 1, pág. 336, edición de Dover 1979. [Hay trad, cast.: *Arabia desierta*, A Coruña, Ediciones del Viento, 2006.] <<

[7] Bruce Riedel, «Brezhnev in the Hejaz», *The National Interest*, Washington, D. C., septiembre-octubre de 2011. <<

[8] Alexei Vassiliev, *The History of Saudi Arabia* (Nueva York, New York University Press, 2000), págs. 29, 79-80, 88, 136, 174, 177, 182; Robert Lacey, *The Kingdom* (Londres, Hutchinson, 1981), pág. 221. <<

[9] Peter Mansfield, *The Arabs* (Nueva York, Penguin, 1976), págs. 371-372.

<<

[10] Kemp y Harkavy, *Strategic Geography and the Changing Middle East*, mapa, pág. 113. <<

[¹¹] Freya Stark, *The Valleys of the Assassins: And Other Persian Travels* (Londres, John Murray, 1934). [Hay trad, cast.: *Los valles de los asesinos*, Barcelona, RBA, 2008.] <<

[¹²] Peter Brown, *The World of Late Antiquity, AD150-170* (Londres, Thames & Hudson, 1971), pág. 160. [Hay trad, cast.: *El mundo de la Antigüedad tardía*, Madrid, Cremos, 2012.] <<

[13] Ibid., pág. 163. <<

[14] W. Barthold, *An Historical Geography of Iran* (Princeton, Princeton University Press, 1903, 1971, 1984), págs. X-XI, 4. <<

[15] Nicholas Ostler, *Empires of the World: A Language History of the World* (Nueva York, HarperCollins, 2005), pág. 31. <<

[16] Michael Axworthy, *A History of Iran: Empire of the Mind* (Nueva York, Basic Books, 2008), pág. 3. [Hay trad, cast.: *Irán: una historia desde Zoroastro hasta hoy*, Madrid, Turner, 2010.] <<

[17] Hodgson, *The Classical Age of Islam*, pág. 125. <<

[18] Axworthy, *A History of Iran*, pág. 34. <<

[19] *Ibíd.*, pág. 78. <<

[20] Philip K. Hitti, *The Arabs: A Short History* (Princeton, Princeton University Press, 1943), pág. 109. <<

[21] Brown, *The World of Late Antiquity*, págs. 202-203. <<

[22] Axworthy, *A History of Iran*, pág. 120. <<

[23] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, compendio de los tomos 1-6 por D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1946), pág. 346. [Hay trad, cast.: *Estudio de la Historia; compendio*, Barcelona, Altaya, 1994-1995.] <<

[24] Dilip Hiro, *Inside Central Asia: A Political and Cultural History of Uzbekistan, Turkmenistan, Kazakhstan, Kyrgyzstan, Tajikistan, Turkey and Iran* (Nueva York, Overlook Duckworth, 2009), pág. 359. <<

[25] Olivier Roy, *The Failure of Political Islam*, traducido al inglés por Carol Volk (Cambridge, Harvard University Press, 1992, 1994), págs. 168-170. <<

[26] Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, vol. 3: *The Gunpowder Empires and Modern Times* (Chicago, Chicago University Press, 1974), págs. 22-23. <<

[27] Roy, *The Failure of Political Islam*, pág. 168. <<

[28] James J. Morier, *The Adventures of Hajji Baba of Ispahan* (Londres, John Murray, 1824), pág. 5, edición de Cresset Press, 1949. <<

[29] Roy, *The Failure of Political Islam*, pág. 172. <<

[30] Ibid., págs. 174-175. <<

[31] Vali Nasr, *Forces of Fortune: The Rise of the New Muslim Middle Class and What It Will Mean for our World* (Nueva York, Free Press, 2009). <<

[32] Roy, *The Failure of Political Islam*, pág. 193. <<

[33] M. K. Bhadrakumar, «Russia, China, Iran Energy Map», *Asia Times*, 2010. <<

[34] Axworthy, *A History of Iran*, pág. 162. <<

[35] Robert Baer, «Iranian Resurrection», *The National Interest*, Washington, D. C., noviembre-diciembre de 2008. <<

[36] Robert D. Kaplan, *The Ends of the Earth: A Journey at the Dawn of the 21st Century* (Nueva York, Random House, 1996), pág. 242. [Hay trad, cast.: *Viaje a los confines de la tierra*, Barcelona, Flor del Viento, 1996.] <<

[1] George Friedman, *The Next 100 Years: A Forecast for the 21st Century* (Nueva York, Doubleday, 2009), pág. 7. [Hay trad, cast.: *Los próximos 100 años: pronósticos para el siglo XXI*, México D. F., Océano, 2012.] <<

[2] William Langer y Robert Blake, «The Rise of the Ottoman Turks and Its Historical Background», *American Historical Review*, 1932; Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006), pág. 96. <<

[3] Herbert Adams Gibbons, *The Foundation of the Ottoman Empire* (Nueva York, Century, 1916); Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, págs. 96-97, 101. <<

[4] Dilip Hiro, *Inside Central Asia: A Political and Cultural History of Uzbekistan, Turkmenistan, Kazakhstan, Kyrgyzstan, Tajikistan, Turkey and Iran* (Nueva York, Overlook Duckworth, 2009), pág. 89; Dilip Hiro, «The Islamic Wave Hits Turkey», *The Nation*, 28 de junio de 1986. <<

[5] Hiro, *Inside Central Asia*, págs. 85-86. <<

[6] Robert D. Kaplan, *Eastward to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus* (Nueva York, Random House, 2000), pág. 118. [Hay trad, cast.: *Rumbo a Tartaria: un viaje por los Balcanes, Oriente Próximo y el Cáucaso*, Madrid, Suma de Letras, 2002.] <<

[7] Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (Nueva York, Simon & Schuster, 1996), págs. 85, 125, 177. [Hay trad, cast: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Raidos, 2008.] <<

[8] Erkan Turkmen, *The Essence of Rumi's Masnevi* (Iconio, Misket, 1992),
pág. 73. <<

[9] Marc Champion, «In Risky Deal, Ankara Seeks Security, Trade», *The Wall Street Journal*, 18 de mayo de 2010. <<

[10] Geoffrey Kemp y Robert E. Harkavy, *Strategic Geography and the Changing Middle East* (Washington, D.C., Brookings Institution Press, 1997), pág. 105. <<

[11] Freya Stark, *Islam To-day*, editado por A. J. Arberry y Rom Landau (Londres, Faber & Faber, 1943). <<

[12] Robert D. Kaplan, «Heirs of Sargon», *The National Interest*, Washington, D. C., julio-agosto de 2009. <<

[13] Georges Roux, *Ancient Iraq* (Londres, Allen & Unwin, 1964). <<

[14] Adeed Dawisha, *Iraq: A Political History from Independence to Occupation* (Princeton, Princeton University Press, 2009), pág. 4. <<

[15] Ibid., pág. 5. <<

[16] Ibid., págs. 286-287. <<

[17] Philip K. Hitti, *History of Syria: Including Lebanon and Palestine* (Nueva York, Macmillan, 1951), págs. 3-5. <<

[18] Nibraz Kazimi, «Move Assad: Could Jihadists Overthrow the Syrian Government?» ,*The New Republic*, 25 de junio de 2010. <<

[19] Michael Young, «On the Eastern Shore», *The Wall Street Journal*, 29 de abril de 2011. <<

[20] Franck Salameh, «Assad Dynasty Crumbels», *The National Interest*, Washington, D. C., 27 de abril de 2011; véase también Philip Mansel, *Levant* (New Haven, Yale University Press, 2011). <<

[21] Lamentablemente, a pesar del optimismo que rezuma su poesía, Adonis decepcionó en gran medida a los manifestantes en los primeros días de la «primavera árabe» al negarse a tomar partido a favor de la oposición contra Bashar al-Assad. No obstante, su poesía sigue sugiriendo la creación de una Siria ecléctica, fundamentada en una mezcla de culturas. Robert F. Worth, «The Arab Intellectuals Who Didn't Roar», *The New York Times*, 30 de octubre de 2011. <<

[22] Benjamin Schwarz, «Will Israel Live to 100?» ,*The Atlantic*, mayo de 2005. <<

[¹] Fernand Braudel, *The Mediterranean: And the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vols. 1 y 2, traducido al inglés por Sian Reynolds (Nueva York, Harper & Row, 1949, 1972, 1973). [Hay trad, cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976.] <<

[2] Ibid., vol. 1, págs. 243, 245-246. <<

[3] H. R. Trevor-Roper, «Fernand Braudel, the Annales, and the Mediterranean», *The Journal of Modern History*, University of Chicago Press, diciembre de 1972. <<

[4] Barry Cunliffe, *Europe Between the Oceans: Themes and Variations: 9000 BC-AD 1000* (New Haven, Yale University Press, 2008), págs. 17-18. <<

[5] Jakub J. Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006), pág. 17. <<

[6] Michael Lind, «America Under the Caesars», *The National Interest*, Washington, julio-agosto de 2010. <<

[7] Grygiel, *Great Powers and Geopolitical Change*, pág. 123. <<

[8] Ibid., págs. 63, 79-83. <<

[9] Francis G. Hutchins, *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India* (Princeton, Princeton University Press, 1967), págs. 196-197; Niall Ferguson, *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power* (Nueva York, Basic Books, 2003), págs. 137-138, 151-153; Robert D. Kaplan, *Imperial Grunts: The American Military on the Ground* (Nueva York, Random House, 2005), pág. 368. [Hay trad, cast.: *Gruñidos imperiales: el imperialismo norteamericano sobre el terreno*, Barcelona, Ediciones B, 2007.] <<

[10] Edward N. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century A. D. to the Third* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976), págs. 192-194. <<

[11] Edward N. Luttwak, *The Grand Strategy of the Byzantine Empire* (Cambridge, Harvard University Press, 2009). <<

[12] W. H. Parker, *Mackinder: Geography as an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), pág. 127; Robert Strausz-Hupé, *Geopolitics: The Struggle for Space and Power* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1942), pág. 240. [Hay trad, cast.: *Geopolítica, la lucha por el espacio y el poder*, México, Hermes, 1945.] <<

[13] Bernard DeVoto, *The Course of Empire* (Boston, Houghton Mifflin, 1952), pág. XXXII, edición de la American Heritage Library de 1989. <<

[14] David M. Kennedy, «Can We Still Afford to Be a Nation of Immigrants?»
,*Atlantic Monthly*, noviembre de 1996. <<

[15] Joel Kotkin, «The Rise of the Third Coast: The Gulf's Ascendancy in U. S.» ,*Forbes.com*, 23 de junio de 2011. <<

[16] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, compendio de los vols. 7-10 de D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1957), págs. 144-145. [Hay trad, cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.]
<<

[¹⁷] Henry Bamford Parkes, *A History of Mexico* (Boston, Houghton Mifflin, 1960), págs. 3-4, 11. [Hay trad, cast.: *La historia de México*, México D. F., Diana, 1979.] <<

[18] David J. Danelo, «The Many Faces of Mexico», *Orbis*, Filadelfia, invierno de 2011. <<

[19] Jackson Diehl, «The Crisis Next Door: U. S. Falls Short in Helping Mexico End Its Drug War», *The Washington Post*, 26 de julio de 2010. <<

[20] Mackubin T. Owens, «Editor's Corner», *Orbis*, Filadelfia, invierno de 2011. <<

[21] Robert C. Bonner, «The New Cocaine Cowboys: How to Defeat Mexico's Drug Cartels», *Foreign Affairs*, Nueva York, julio-agosto de 2010. <<

[22] Robert D. Kaplan, «Looking the World in the Eye: Profile of Samuel Huntington», *Atlantic Monthly*, diciembre de 2001. <<

[23] Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity* (Nueva York, Simon & Schuster, 2004). [Hay trad, cast.: *¿Quiénes somos?: Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004.] El libro de Huntington se inspira de modo tangencial en uno del que soy autor, donde propuse una tesis similar. Robert D. Kaplan, *An Empire Wilderness: Travels into America's Future* (Nueva York, Random House, 1998), capítulos 10-13. [Hay trad, cast.: *Viaje al futuro del imperio: la transformación de Norteamérica en el siglo XXI*, Madrid, Suma de Letras, 2001.] <<

[24] Huntington, *Who Are We?*, págs. 39, 59, 61, 63, 69, 106. <<

[25] *Ibíd.*, pág. 221. <<

[26] Peter Skerry, «What Are We to Make of Samuel Huntington?» ,*Society*, Nueva York, noviembre-diciembre de 2005. <<

[27] Kennedy, «Can We Still Afford to Be a Nation of Immigrants?» ,*Atlantic Monthly*, noviembre de 1996. <<

[28] Carlos Fuentes, *The Buried Mirror: Reflections on Spain and the New World* (Boston, Houghton Mifflin, 1992), pág. 343. [Ed. orig. cast.: *El espejo enterrado*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992.] <<

[29] Huntington, *Who Are We?*, págs. 115-116, 229-230, 232, 238; Peter Skerry, *Mexican Americans: The Ambivalent Minority* (Cambridge, Harvard University Press, 1993), págs. 21-22, 289. <<

[30] Huntington, *Who Are We?*, págs. 246-247; *The Economist*, Londres, 7 de julio de 2001. <<

[31] Ted Galen Carpenter, «Escape from Mexico», *The National Interest Online*, Washington, 30 de junio de 2010. <<

[32] David Danelo, «How the U. S. and Mexico Can Take Back the Border-
Together», Foreign Policy Research Institute, Filadelfia, abril de 2010. <<

[33] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, compendio de los vols. 7-10 de D. C. Somervell (Nueva York, Oxford University Press, 1957), págs. 124. [Hay trad, cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, PlanetaAgostini, 1985.] <<

[34] Ibid., págs. 15-16, 75. <<

[35] Kaplan, *An Empire Wilderness*, pág. 14. Véase la bibliografía de dicho libro. <<

[36] Stratfor.com, «The Geopolitics of the United States, Part 1: The Inevitable Empire», Austin, Texas, 25 de agosto de 2011. <<

[37] Saul B. Cohen, *Geography and Politics in a World Divided* (Nueva York, Random House, 1963), pág. 95. [Hay trad, cast.: *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, 1980.] <<

[38] James Fairgrieve, *Geography and World Power*, pág. 329. <<

[39] Toynbee, *A Study of History*, vols. 7-10, pág. 173. <<

[40] Nicholas John Spykman, *The Geography of the Peace*, editado por Helen R. Nicholl (Nueva York, Harcourt, Brace, 1944), pág. 45. <<

[41] Robert Strausz-Hupé, *The Zone of Indifference* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1952), pág. 64. <<



ROBERT D. 
KAPLAN



La venganza de la geografía



La geografía cambia el destino de las naciones



Lectulandia